



*Señor*  
COSTABAL

CONTI CONSTANZO



## Contenido

Beatriz Andrade

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Mauricio Costabal

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Epílogo

Agradecimientos

*No es el tiempo el que cura las heridas..., eres tú quien se cura así mismo a través del tiempo porque:*

*Eres fuerte.*

*Eres capaz.*

*Eres invencible.*

*Eres mujer.*

*Y recuerda, si no empiezas, nunca terminas...*

*Para todas las mujeres que hemos sufrido de una u otra manera en la vida.*

**Beatriz Andrade**

# 1

*“No mires al Diablo a los ojos... te puedes terminar enamorando”*

La cabeza me está a punto de reventar, es la cuarta cerveza que me bebo, pero claro, no es por eso por lo que siento que es un globo a punto de estallar, sino por...

—¿Qué me pediste?, con tanto ruido no te escuché —me dice el barman sacándome de mi ensoñación personal.

—Cuatro cervezas heladas, por favor —repito sacando mi plástico que ahora sí que tendrá que aguantarme.

Cuando me las entrega, feliz pero cargada como un burro, llego a la mesa donde mis amigas me están esperando. La primera en levantar una ceja en forma de reprobación, es Claudia.

—Perdón... —habla en su tan característico tono, uno que yo odio, sobre todo ahora—. ¿Con qué se supone que pagaste eso?

—Con...

—Basta ya, Clau, llevas regañándola toda la noche, deja que la pobre al menos se emborrache para pasar las penas —interrumpe para defenderme mi otra amiga Paula, alias, “la conciliadora”.

—¡Ah, no!, eso sí que no. No tiene que emborracharse por un imbécil como ese, nosotras las mujeres somos fuertes y no lloramos por...

—Ya, corta el rollito feminista —habla de nuevo Paula, cortando tajantemente a Francisca, “la feminista del grupo”. La que nos lleva a todas las

marchas que existen por los derechos de las mujeres, la misma que no regaló a todas la polera de: “Y vo’ creí que soy *weona*” y que a mí tanto me encanta usar el fin de semana.

—Ya dejen de discutir y bébanse esta cerveza, que será la última que les podré pagar en mucho tiempo.

—No seas pesimista, ya verás que todo será para mejor, y si no, yo misma te ayudo a hundir al malnacido de tu jefe.

—¡Tú, exjefe! —Exclaman al unísono Claudia y Paula, recibiendo al fin las cervezas, cosa que yo agradezco, tenía ya los brazos congelados.

Me siento acomodándome bien para al fin poder terminar de contarles la historia con lujos y detalles, sin guardarme nada, total, para eso están las amigas, para escucharse en las buenas y en las malas, y la verdad es que yo tengo a las mejores.

Inevitablemente pienso en mi pobre tata, que seguro está ahora revolcándose en la tumba. Tantas veces que me dijo: “Respete para ser respetada y nunca sobrepase los límites, que los hombres siempre aprovechan la oportunidad” o cuando me decía: “Todo es mejor con una sonrisa en los labios”. Lástima que eso a mí me jugó una mala pasada, o no. En realidad, si lo pienso mejor, no fue la sonrisa, fue simplemente mi estupidez o...

—Por caliente te pasó, no hay otra explicación.

—¡Claro qué la hay! —salta al ataque Francisca—, es el típico cliché de “la pura puntita”, solo que tú parece que no lo escuchaste nunca —se mofa.

—No, —ríe atragantándose Claudia— fue: “Promete hasta que lo...”

—Ya basta, estoy aquí presente, dejen de burlarse de mí.

—Sí, déjenla ya, acá el único culpable es el tal Mauricio, y no hay más.

—Sí...— suspiro para mis adentros, el único culpable es, Mauricio Costabal, mi jefe.

*Aún recuerdo cuando llegó al quinto piso, o mejor dicho cuando a mí me ascendieron al piso de contabilidad y me tocó llevarle el primer informe. De solo pensarlo la cerveza me sube por la garganta. Alto, moreno y de una*



*mirada perversa que acompañada con una sonrisa seductora que es capaz de poner a cualquiera a su pies. Yo, literalmente una de ellas.*

*Juro por el de arriba que nunca antes me había fijado en él. Llevaba trabajando tres años en la compañía y solo lo había visto a veces en la cafetería, siempre con esa sonrisa de diablo al acecho de su próxima alma, la cual siempre rehuí porque soy más bien de las cobardes que no van por su presa, para eso el mundo ya tiene a Claudia, que donde pone el ojo, pone la bala.*

*Pero cuando comenzamos a compartir piso, todo cambió, ya no solo lo veía, sino que también teníamos conversaciones cada vez más extensas. Mentiría si dijera que eran de algo más que trabajo, pero la verdad es que su ronco “buenos días”, o su “señorita Andrade, ¿me trajo el informe?” Me derretían por completo, pero no tanto cuando me decía: “Felicitaciones, no sé qué haría sin usted” y claro, en respuesta y como si yo fuera un perrito, de esos que usan los taxi que mueven la cabeza de arriba abajo, le contestaba con una sonrisa “gracias, señor”. Así de tonta me ponía, y así todo comenzó. Ya no solo me ponía lo primero que sacaba del closet por la mañana, sino que empecé a escoger mi ropa, incluso me compré un par de trajes, estilo Anastasia Steele. Falda de tubo y camisita de seda. Pero claro, ¿él qué hizo?, decirme que así me había echado un par de añitos encima, que parecía una secretaria de gerencia y no una ayudante de contabilidad.*

*“Patética”, era lo más suave que me gritó mi subconsciente. Pero su comentario en vez de bajarme la moral, hizo todo lo contrario. Ese fue el día que decidí que ya nada de lo que mi querido jefe me dijera me importaría. Si no le gustaba de Barbie secretaria ejecutiva, ya no trataría de agradarle, si le gustaba lo que usaba bien y si no también. Y fue ahí cuando comencé a escuchar a la feminista que todas llevamos dentro, y claro, tanta marcha, tanto derecho femenino que ni sabía que existía, creó una nueva moda en mí: me gusta, me queda, es mío. Así comencé una agradable relación con las transparencias, el escote y los trajes de dos piezas.*

*Pero esa mañana en particular, o sea hoy a las seis y media, desperté en medio del diluvio universal. Llovía de abajo para arriba y para colmo de males, era treinta de abril, el último día para entregar o declarar el impuesto sobre la renta, y a nuestra oficina aún le quedaban informes por*

*declarar. Como gran idea, pensando en que el metro iría demasiado lleno, se me ocurrió tomar un taxi para llegar más rápido, y... ¡Qué gran error el mío! A parte de costarme un dineral, me demoré casi el doble de tiempo ya que las calles estaban atestadas de autos que, por supuesto, debido a la lluvia avanzaban a menos de un kilómetro por hora. Al ver que nos quedábamos atascados en el tráfico, otra genial idea se me ocurrió. Bajarme y correr por la vereda, no era tanto, casi una cuadra, pero con el viento y el costoso paraguas de mil pesos que me había comprado a la salida del metro todo fue desastroso. A la primera ventisca este se dio la vuelta dejando que todas las gotas se estrellaran directamente en mi cuerpo.*

*Atrasada, congelada, y mojada llegué a la oficina y cuando las puertas del ascensor se abrieron, que obvio por la hora venía vacío, llegó el horror a mi vida, el espejo me devolvía una imagen siniestra, hasta la mujer de la película “El aro” tenía mejor apariencia que yo, y así, sí que no podía llegar a mi piso, y menos enfrentarme a mi querido jefe. Directo al baño de abajo, subiría al piso restante digna e impecable. A los cuarenta minutos de retraso que llevaba le tuve que sumar casi veinte más. Conclusión, el único día que nos pedían llegar a las ocho y media, llegaba una hora más tarde.*

*Saludé a mis compañeros que estaban inmersos en los últimos informes, ninguno me devolvió el saludo, estaban demasiado ocupados para hablar. Cuando estaba colgando mi abrigo escuché:*

*—El único día que se les pide puntualidad y usted llega con retraso, buenas noches, señorita Andrade.*

*De pie, impecablemente vestido, con un traje seguro hecho a la medida estaba el diablo en persona, con tridente y todo. Su voz era suave, pero con un tono de reproche imposible de ocultar.*

*—Tuve un inconveniente, la lluvia...*

*—La tormenta, señorita Andrade —me corrige mirando hacia la ventana —. Estaba anunciada desde hace días, si viera las noticias lo sabría.*

*Mi boca se abrió en una perfecta O ¿noticias?, ¿en qué minuto? Si la última semana había salido después de las nueve y llegado a mi departamento casi a las diez y media, ¿en qué momento podía ver las noticias? Claro, como él se iba a las ocho en punto, en su auto de lujo (sí, sé que suena resentida pero lo estaba) seguro escuchaba las noticias y hasta*

*los informes meteorológicos de Tombuctú.*

*—Ahora me pondré al día, recuperaré el tiempo perdido —respondo esquivando su mirada, se veía realmente soberbio, y eso no ayudaba a mi nerviosismo.*

*—Eso espero, porque a las tres de la tarde todos los informes deben estar entregados —y mirando a mis compañeros, prosiguió— luego de enviarlos pueden irse a sus casas, se merecen el descanso. Por supuesto que esto no va para usted, señorita Andrade, usted debe pagar la hora de retraso, después me lleva el resumen de los informes de rentas de nuestros clientes a mi oficina.*

*—¿Se los mando por correo? —pregunto muy bajito.*

*—Creo que no me escuchó bien, me los lleva —recalca el verbo “llevar” como si yo fuera idiota, y la verdad es que sí lo era porque no entendía por qué cresta debía llevárselos en papel, si le podía mandar un correo con toda la información.*

*Llevaba dos años haciendo declaraciones de renta y jamás había hecho un informe en papel. Lo miré fríamente y como decía mi abuelo, con la sonrisa en los labios le dije que no había problema, aliviada porque mi voz había sonado clara y concreta.*

*Me senté y tomé la pila de informes que me quedaban por revisar e intenté seguir como si no me estuviera mirando, así como si nada comencé mi ritual, prender el pc y sujetarme el pelo con un bolígrafo Bic azul.*

*—Existen los moños —refunfuña casi en un murmullo cuando sale de enfrente de mi escritorio, al fin dejándonos tranquilos a todos.*

*Uno a uno comencé a revisar y enviar los informes, hasta que sin darme cuenta llegó la hora del almuerzo y todos mis compañeros comenzaron a salir.*

*De pronto el olor de un humeante café me hizo levantar la vista, por fin después de toda la mañana ver algo más que números en una pantalla. Ahí estaba Raúl, mi compañero, con un vaso en una mano y un sándwich en la otra.*

*—Esto no será un buen almuerzo, pero al menos te ayudará a aguantar el hambre.*

—¿Y no tienes algo que me haga aguantar al jefe? —pregunto riendo.

—Humm..., eso lo llevo buscando hace cinco años y nada.

—Un sacerdote ¿servirá?

—¿Para? —pregunta ahora, sin entender nada el pobre.

—Para hacerle un exorcismo —concluyo e inevitablemente ambos soltamos una carcajada que llega a retumbar en toda la planta.

Seguí concentrada en lo que estaba, hasta que el maldito reloj, que no era mi amigo, marcó las tres, y tal como pensé que sucedería mis compañeros felices comenzaron a retirarse, no los culpaba. Afuera incluso se veían los relámpagos y sonaban fuertes truenos, unos que a veces hasta a mí me hacían temblar.

A las cuatro y diez envié el último impuesto de la renta y ahora solo me quedaba imprimir un informe con todos los clientes, y me podría ir a mi casa. Ponerme el pijama, acostarme y ver alguna película de amor para que me diera un coma diabético.

—¡Nooooo! —chillo cuando la luz del edificio parpadea y mi computadora se apaga, menos mal que fue solo un segundo, pero un segundo que me hizo ver burros verdes, azules y grises. Si se me borraba la información nadie me salvaría, así que rápidamente saqué mi pendrive y grabé toda la información, aunque me desapareciera todo yo tendría una copia, y como Juan Segura vivió muchos años, con una gran sonrisa camino hasta la sala de fotocopias.

Puse mi aparatito en el puerto USB y como si fuera una niña en Navidad aplaudí cuando las hojitas comenzaron a salir, ¡al fin pude respirar en paz! Y en honor a eso y al hambre que tenía fui a por mi premio, un gran café que me daría la maravillosa cafetera que teníamos. En eso estaba cuando la luz volvió a parpadear, pero esta vez por varios segundos más.

Histérica corrí por los pasillos mientras me acordaba de todos y cada uno de los garabatos que sabía y los decía en voz alta, cuando llegué me encontré con el desastre total. Era algo tan simple, unas fotocopias y ya, ¿y qué había pasado?, fácil, el mundo entero se confabulaba contra mí, cada hoja tamaño carta que escupía esa máquina del demonio tenía una mancha enorme de tinta, y para colmo las últimas se habían atascado, ni caso tenía

*volver a mi escritorio he intentarlo de nuevo, no había energía, solo las luces de emergencia estaban encendidas.*

*Recorrí el pasillo con el alma por los suelos, seguro mi jefe me comería viva, y esta vez tendría razón, no había cumplido una simple tarea y lo peor es que tendría que aguantar que me dijera de todo menos linda.*

*Uno, dos, tres... respiré y toqué con cautela, como quien camina directo a entrevistarse con el mismísimo diablo.*

*—Entra.*

*Pasé, vi la oficina lúgubre en todo su esplendor, detrás de su escritorio el ventanal que daba hacia la calle me mostraba una vista maravillosa al parque forestal con sus faroles ya encendidos por la hora.*

*Sentado con la corbata suelta como esperando para quitarme el alma, estaba el señor Costabal, tenía incluso las mangas, de su pulcra camisa blanca, arremangadas hasta los codos.*

*—Lo siento —comencé con voz baja a justificarme,— los informes... — Alto, me dije a mi misma, ni la verdad ni la mejor disculpa me iban a salvar, eso lo deduje por la sonrisa malévola que ahora lucía en su rostro, así que como por obra y gracia del Espíritu Santo, una oleada de valentía me inundó repentinamente, y si moría, lo haría con dignidad. ¿Qué podía hacerme el diablo?*

*—¿Decía? —sonrió con arrogancia.*

*Sin mirarlo para no perder mi reciente valentía llegué hasta él y puse con decisión el pendrive sobre el escritorio, no dijo nada, pero me bastó con verlo un solo segundo para saber lo que cruzaba por su cabeza, y así como había aparecido mi valentía comenzó a desaparecer. Claro, si él tuviera una sonrisa menos atrayente todo sería más fácil...*

*Carraspeé un par de veces y me di fuerzas mentales para seguir, pero él parecía demasiado tranquilo para mi gusto, y eso sí que me estaba poniendo los pelos de punta.*

*—El informe completo de los clientes que hemos... —las palabras se atascaron en mi boca y mi pulmones se negaron a respirar. Su mano, su gran mano pesada y caliente se alojó ahora en el comienzo de la pretina de mi falda y lentamente bajó hacia el sur.*

*Nunca, jamás de los jamases, él se había siquiera acercado a tocarme, ¡ni siquiera la mano! Y ahora estaba haciendo mucho más que eso. Cada uno de los músculos de mi cuerpo se tensó. ¿Qué mierda estaba pasando? La parte consciente y cuerda de mi mente me gritaba: acoso laboral y que por supuesto le quitara la mano, pero mi cuerpo claramente estaba en otra sintonía y quería un poco más. Los primeros en traicionarme fueron mis pezones que se irguieron erectos poniéndose en sintonía con mi corazón, que ahora bombeaba a mil kilómetros por hora haciéndome desear más, mucho más. Como las palabras se esfumaron de mi vocabulario, su mano siguió bajando por la redondez de mi trasero hasta llegar a mis muslos. Ni un sonido, excepto el jadeo de nuestras respiraciones se escuchaba.*

*—Gírate.*

*Su voz, esa voz que imaginaba en mis sueños más húmedos, se estaba haciendo realidad y esta vez no estaba en medio de la noche sudando por una utopía, estaba a punto de vivirla en vivo y en directo, y lo peor era que, ¡quería y lo quería ya! Después de todo, ¿quién no quería una aventura con el diablo?*

*Cuando su mano se deslizó por mi cadera temblé y seguí sintiendo como su palma me quemaba al simple roce con mi piel. Por primera vez en mi vida lo miré a los ojos y nuestras miradas se encontraron, no como empleada y jefe, si no como dos personas que se deseaban. Su respiración estaba tan alterada como la mía y su mandíbula tan apretada que pensé que en cualquier momento sus dientes se romperían arruinándole su tan perfecta sonrisa. Vi en su mirada una súplica de permiso, sabía que si yo lo detenía podía irme en ese momento y él no me detendría, pero no pude, mis hormonas estaban totalmente revolucionadas celebrando algo que en la intimidad siempre me pedían. Nunca me había sentido así, decidida y sobre todo distendida, claramente no me estaba importando nada y solo me estaba dejando llevar sintiendo un millar de sensaciones, cada una más placentera que la otra.*

*—¿Qué sucede? —me pregunta, sabiendo tan bien la respuesta como yo, no había que ser un genio para adivinarlo.*

*—Eso debería preguntarlo yo —respondo con los ojos fijos en los suyos, en ese momento podía leer todas sus intenciones, y así fue, no me equivoqué. Sus manos descendieron hasta por debajo de mi falda, y como si esta*

*obedeciera a sus propósitos se levantó sin oponer resistencia. Luego vino la gloria, sus dedos hurgaron por debajo de mis medias hasta llegar al diminuto tanga que gracias al universo me había puesto. Hasta que sentí como uno de ellos me quemó la piel y yo en vez de apartarme suspiré separando aún más las piernas, quería que continuara y que profundizara más su entrada. Intenté contener un gemido cuando rozó mi clítoris pero fue imposible, el placer era intenso y ya estaba demasiado entregada, pero no solo yo me sentía así, cuando levanté la vista me fijé que Mauricio estaba igual o peor que yo, de hecho su cara estaba contraída, librando la misma batalla interior en contra del placer.*

*—Esto es mejor de lo que imaginé —susurra en voz baja,— nos imaginé así muchas veces —reconoce cerrando los ojos, como si le pesara su confesión. Luego como si fuera un papel rasgó el encaje de mi tanga, dejándome totalmente expuesta. Cuando me di cuenta lo miré con furia ¿y que hizo él?, poner esa misma maldita expresión de suficiencia que hacía siempre, ¡cómo lo odie! Pero no me dio tiempo de reaccionar, me levantó como si fuera una pluma y en cosa de segundos todos los papeles del escritorio cayeron al suelo. Esta vez no alcancé a separar las piernas cuando ya lo estaba haciendo él y jadeé con más fuerzas cuando sus dedos se volvieron a deslizar, entrando y saliendo a un ritmo frenético que no quería que parara jamás.*

*Si antes estaba en la gloria, ahora simplemente me tenía en el limbo, y necesitaba un poco más. Claramente lo suyo no eran las caricias amorosas, y esta cierta “brutalidad” por decirlo de alguna manera se le daba demasiado bien, sabía que era un hombre decidido, era mi jefe, pero esto era ir con todo. Miré al techo para respirar un poco mejor, acomodándome para recibir mi tan ansiado orgasmo, pero cuando ya veía la galaxia completa, se detuvo, dejó de moverse y me miró.*

*Justo cuando le iba a decir un par de cositas, no tan agradables, su boca carnosa chocó contra la mía haciéndome tragar cada uno de mis improperios. Nunca, pero nunca antes me habían besado así y mentiría si no dijera que con ese beso terminé de perder la cabeza, era como si con la lengua me estuviera follando, porque claramente el amor no me lo estaba haciendo.*

*Como un animal en celo lo tomé por la solapa acercándolo un poco más,*

*en tanto él con una agilidad digna de admirar en tiempo record, se desabrochó el cinturón y comenzó a bajarse el pantalón.*

*—Ahora quiero que termines lo que empezaste —me atreví a decir y Costabal soltó un sonido gutural desde el fondo de su ser, sabía que estaba perdiendo la cordura, porque una cosa sí era segura, yo sola no me quemaría en el infierno. Y de pronto, como si sobraran, los botones de mi blusa saltaron mientras sus manos comenzaron a subir a toda prisa sin detenerse en ningún lugar excepto en... mis senos, que ahora tocaba divinamente fuerte haciéndome suspirar. ¿Me quejé? No, me pegué aún más a su cuerpo. Mauricio apretó mis pezones y grité desatada.*

*Se acercó de nuevo y en vez de acallarme de nuevo con un beso, mordió mi cuello incluso pensé que me dejaría un moretón, pero... hasta deseaba que fuera así.*

*—Ni te imaginas lo que quiero hacerte... aquí y ahora.*

*Tras esas palabras, incapaz de aguantar un segundo más, la loca que vive en mí le bajó los pantalones y los bóxer liberando al fin su erección que, por supuesto, estaba erguida, dura y lista para la acción y tal como él me estaba tocando a mí, yo lo toqué a él.*

*Solo se veía lujuria en sus ojos y desenfado en su cuerpo, terminó de subir mi falda y me empujó contra la mesa y antes de decir agua va, su pene de una sola y certera embestida entró en mí.*

*Ni un solo pensamiento se atrevió a pasar por mi cabeza, ni la vergüenza se hizo paso en la ecuación, era lo mejor que me había pasado hasta el momento en la vida, y... era solo para mí.*

*Sonreí como una tonta.*

*—¿Nunca habías hecho algo así?, —pregunta apretando los dientes, golpeando sus caderas contra mis muslos que se abrían cada vez más—. Me lo imaginé.*

*—Está equivocado —afirmo para provocarlo, no le daría la razón—. Esta no es ni de lejos mi mejor vez.*

*—¿Qué? —pregunta anonadado disminuyendo el ritmo justo cuando yo estaba al final del abismo.*



—Eso... —respondo con desenfado tratando de acercarme, pero claro, ya debería estar acostumbrada a los cambios de este hombre que me traían por el quinto infierno.

—Mírame bien, Andrade —me ordena y volví a ser la administrativa obediente—, suplicame más.

Ese tono sí que lo conocía, era el que utilizaba siempre que deseaba algo, típico de alguien como él, y claro, ahora me haría suplicar. En la otra vida, porque en esta... ni cagando.

—Desgraciado.

Su sonrisa se ensanchó con regocijo dejándome claro que él había ganado, deseé como nunca antes partirle la cara, como si fuera una matona de barrio, y borrarle la sonrisa, pero al momento que volvió a acercarse y refregarse contra mí, mi cuerpo volvió a traicionarme, pidiendo el tan maldito “más”.

—Una sola palabra.

—En la otra vida —gruño apretando los dientes.

—No eres capaz —me reta y lo siguiente que sentí fue cuando sus piernas separaron las mías, tiró de mis caderas dejándome a su entera disposición.

—¿Quieres?

—Sí.

—Lo sabía.

—Cállese y termine lo que empezó, a ver si es tan bueno como dice —lo estaba tentando para que terminara con lo que había empezado sin tener que suplicarle, pero la verdad era que su cercanía me estaba volviendo loca, él rio en mi oído, parecía que sabía lo que yo quería y claro, al moverse, jadeé en respuesta e incapaz de formular una respuesta comencé a sentir cada una de sus embestidas, no me importaba sentir su triunfo, ni su sonrisa caliente en mi oído, ni mucho menos sus dientes ejerciendo presión en mi cuello. De pronto perdí todo el control cuando un calor abrasador comenzó a invadirme. Mis piernas rodearon su cintura aferrándolo con fuerza en tanto, temblores recorrían mi cuerpo, el orgasmo al fin me embargaba,

*dejándome sin aliento, a ratos intenso, a ratos descontrolado y frenético, estaba en una montaña rusa de sensaciones.*

*Pasado uno segundos comencé a respirar con más tranquilidad, recuperando en algo la compostura. Solté las piernas y Mauricio me sujetó la cabeza para que no rehuyera su mirada, y luego de mirarme intensamente me hablo:*

*—Claramente, ¿soy tan bueno como pensabas?*

*Un calor, claro que este muy diferente, me invadió esta vez, ¿cómo se podía ser tan guapo y tan arrogante a la vez? Subí las manos por su cuello y jalé de su pelo en protesta, esperaba una reacción adversa a lo que sentí a continuación, él se pegó a mí y su pene creció en cosa de segundos.*

*—Ahora, veamos si tú eres tan buena como crees que eres, mujer experta.*

*Ya no quería tirarle del pelo, quería arrancárselo con mis propias manos, pero la parte inteligente que aún me quedaba me pidió calma, ante eso, como la experta que él creía que era, tomé su pene, para acariciarlo. Grueso, largo y absolutamente rapado, lo mejor que había visto en mi vida, pero eso no se lo diría.*

*—Voy a demostrarle lo experta que sé que soy.*

*En ese instante se tensó, en tanto yo no dejaba de acariciarlo, hasta que sentí un gemido profundo y ronco, levanté la cabeza para mirarlo y deleitarme mientras él tenía los suyos cerrados y apretados, por primera vez en años sentí que tenía el poder y en vez de seguir en lo que estaba, quité la mano y en tiempo record me bajé la falda mirándolo con suficiencia.*

*—No he terminado —logró decir anonadado,— ¿qué haces?*

*—Darme un gusto por primera vez desde que trabajo contigo —lo tuteo por primera vez dando un paso atrás, ahora hasta le podía ver los cachos y la cola. Y antes de que mi valentía se fuera junto con mi cordura corrí a la puerta, di un portazo y salí de la oficina, no podía quedarme ni un solo minuto más, ni en esa oficina ni en la empresa. Cogí mi bolso y con una calma y un temple que no poseía salí al exterior para tomar un taxi.*

*No me permití temblar ni una sola vez, en vez de eso, escribí al WhatsApp de mi grupo de amigas.*

*“La cagué por caliente, las necesito en el bar.”*

—Planeta Tierra llamando a Beatriz Andrade —me habla Claudia un par de veces volviéndome a la triste realidad.

—Ya...ya, ya te escuché —respondo incorporándome de nuevo a la conversación.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer ahora? —pregunta Paula con cara de condescendiente, solo le falta tocarme la pierna para hacerme sentir aún más miserable.

—No lo sé —suspiro.

—¿Cómo qué no lo sabes?, pues yo te lo diré —me aclara Fran poniéndose de pie para que la oyera fuerte y claro—. Tú, con tu mejor cara, mañana te presentarás al trabajo y harás como que nada sucedió, eres una mujer valiente, y así como ellos van por ahí bajándose los pantalones, nosotras, las mujeres también podemos hacer lo mismo —recita como si fuera una declaración de igualdad más que un consejo.

—¡Hay, Dios mío! —me agarro la cabeza con las dos manos—. ¿Por qué me pasó a mí?

En ese minuto mis amigas se miraron y juntas gritaron:

—¡¡Por caliente!!

## 2

*“ Más sabe el diablo por viejo que por diablo ”*

Después de las cervezas que me tomé anoche en el bar y la botella de vino que terminé de bajar en mi departamento, por supuesto, hoy amanezco no con un dolor de cabeza, sino con un hachazo que de verdad me parte medio a medio, y no hay que ser mal pensado para saber que es la cabeza y no otra cosa la que se me parte.

Como si el tiempo, el universo y la vida se confabularan contra mí. Hoy el día está maravilloso, incluso en HDP, veo hasta los andariveles de la cordillera y yo, a pesar de ser las nueve de la mañana, estoy acostada con la almohada encima de la cabeza, y sí, es viernes, día laboral.

Como siento que soy un vampiro, lo primero que hago es cerrar las cortinas para que la luz no entre, yo quiero seguir sumida en mi oscuridad personal, lo único que pretendo hacer por mí es lavarme los dientes, y eso porque no me aguanto ni yo.

Cuando vuelvo del baño el sonido del teléfono de mi departamento me hace dar un salto, corro a contestarlo para que deje de sonar.

—¿Diga?

—¿Seis llamadas a tu celular y ninguna me respondes?! ¿Me puedes decir qué mierda haces en tu casa si tienes trabajo?! —me grita mi amiga, la defensora de los derechos de las mujeres, Francisca—. Por actitudes como estas, las mujeres somos catalogadas como sexo débil —me suelta el rollo feminista comenzando la mañana.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Levantarse el culo, poner tu mejor cara e ir a ganarte el pan, que bastante te ha costado llegar a donde estás. ¿O tienes un mecenas que te paga el crédito universitario?

—Olvídalo, no tengo cara para volver, y deja de gritarme que la cabeza se me parte.

—Otra cosa es la que te deberían partir a ti para que entres en razón.

—Fran —suspiro cansada,— te quiero, pero ahora te voy a cortar.

—Ni se te...

No la dejo terminar, le corto o estaré escuchando la cantaleta durante al menos una hora más. Para no seguir dando explicaciones, simplemente desconecto el cable del teléfono, necesito dormir y así tener la mente despejada para saber qué hacer con mi futuro, claro, si es que tengo alguno y el malnacido de mi jefe, perdón de mi ex jefe no me pone la reputación por los suelos.

Horas durmiendo, soñando con el país de nunca jamás, mi estómago me despierta pidiéndome a gritos algo para comer, como ni ganas tengo de cocinar, “Jinhao”, el chinito de la esquina, será mi mejor solución.

Así termino de pasar el día, comiendo, durmiendo y lamentándome. Decir que es de los peores días de mi vida, está de más, entre que duermo y despierto sudando por haber soñado con el diablo o mejor dicho con lo que me hacía. Creo que me volveré loca, pero por Dios que lo disfruté, solo con recordarlo una sonrisa tonta aflora de mis labios.

El sábado, el día vuelve a estar radiante es como si el destino se riera de mí.

—Se acabó —me hablo en voz alta, lo hago para reactivar mis neuronas. Corro las cortinas, abro las ventanas y ventilo, no solo los olores, que sí hay, sino también mi corazón. Después de todo tampoco he matado a nadie, ¿o no?

Enciendo mi celular que se demora en quedar utilizable ya que empiezan a entrar mensajes, llamadas, WhatsApps, correos, etc. No miro ninguno, los correos seguro son de mi oficina, o despidiéndome o regañándome por no ir en un día tan importante. Los WhatsApps y llamadas son de mis amigas, y a

ellas aún no me quiero enfrentar.

Me voy directamente a la aplicación de música y comienzo a escuchar a mi amor, a mi ídolo, “Arjona”. Nada mejor que hacer el aseo con mi gurú poeta del amor. Me hago en el pelo una cola y empiezo a subir alfombras, correr muebles, sacudir lámparas, y así poco a poco consigo olvidarme de mi situación.

De pronto veo mi reloj y me doy cuenta que el día a avanzado hasta el atardecer, son las siete de la tarde y mi casa brilla como el sol que se escondió para mí. Literalmente me echo sobre el mullido sillón para ver la maravilla en que se ha convertido mi mansión... y sí, me gusta. Al menos algo tengo ordenado en mi vida.

Para celebrar y para alimentarme decido salir a comprar, necesito tener provisiones porque estoy segura que las chicas vendrán en manada esta noche, y prefiero que tengan el estómago lleno a que me coman a mí. Solo me pongo un chaleco, que parece de la abuelita, y salgo a la calle.

El primero en recibirme es el conserje, que se sorprende al verme tan desarreglada, eso lo sé por su cara, ¡si hasta con patatines voy! Pero para ir al almacén de doña Juanita lo menos que necesito es glamur.

Después de jurarle y volverle a jurar a mi vecina, la periódico parlante, que estoy bien, que el pelo sucio y grasiento es por el aseo, que las ojeras son por tanto trabajo y que la ropa es porque tengo todo mojado. Como compadeciéndose de mí me regala una barra de chocolate, como estoy falta de azúcar y necesito subirme la glucemia hasta que me dé un coma diabético, lo abro y cuan niña chica que no soy, comienzo a masticarlo de la barra mientras voy caminando de vuelta mirando lo lindo que está el atardecer.

Justo antes de llegar, un ataque de risa adrenalínico me ataca, y todo gracias al chocolate, que no solo fue por comérmelo, o mejor dicho zampármelo en un santiamén, sino porque además me estoy chupando hasta los dedos, igual como una mocosa que no quiere que la pillen sus padres.

En eso estoy cuando de verdad siento que mi corazón deja de latir y mi respiración se detiene en seco. Pestañeo un par de veces para ver si son alucinaciones producto del alcohol de anoche, o es que el universo realmente se ha ensañado conmigo.

De pie, apoyado en una camioneta de esas, todo terreno, con los brazos

cruzados penetrándome con su mirada está el diablo. Inevitablemente le hago un escáner acucioso: pantalón de buzo negro con una sudadera del mismo color, barba de un par de días y el pelo mojado, revuelto, pero el diablo es el diablo aunque se vista con ropa de deporte.

—Señorita Andrade —me saluda con esa maldita sonrisa que hace que una puntada se vaya directo a mi entrepierna.

—¡Se... señor Costabal!

—Si la veo riendo y caminando —hace un paréntesis para caminar hacia mí como si nada ni nadie más existiera—, deduzco que no faltó ayer a trabajar porque está enferma.

—No...no..., señor.

—Y si no lo está, ¿sería tan amable de decirme por qué?

Lo miro abriendo los ojos y la boca al mismo tiempo, este hombre es idiota o me está tomando el pelo, más opciones no hay, y yo, parece que además he olvidado el don de razonar, aunque ya sé que con él, eso me pasa más a menudo de lo que quisiera.

—Por... por lo que sucedió el jueves —respondo tan despacio que casi ni yo me escucho.

—¿Quiere qué hablemos de esto aquí en la calle, señorita Andrade, o en su departamento?

—¡Qué! —chillo ahora sí sacando la voz—, ¡en mi departamento!

—Bueno, como prefiera —comienza a decir en tanto mi conserje, don Copucha, ya se acerca con la escoba en mano, y no para darle escobazos, si no para hacer como que barre y así poder escuchar toda nuestra conversación—. Lo que sucedió entre nosotros...

—No, —lo corto enérgicamente tomándolo del brazo para que me siga—, en mi departamento.

Él, como si fuera un lobo con piel de oveja, saluda a don copucha sonriendo mientras camina detrás sin decir nada.

Cuando subimos al ascensor me alejo lo más posible de su cuerpo, los ascensores tienen “algo” o al menos así dicen por ahí, y yo no pienso

experimentar más en mi vida. Para novelas, los libros. Aunque él me está mirando con una cara que no quiero ni pensar en qué estará pensando, hasta que como si nada me suelta:

—Le quedan bien los moños.

Me encojo de hombros ¿Qué le voy a decir?

—Está muy callada, ¿le sucede algo?

—Esto... esto está mal —consigo decirle al fin en una sola frase—, no suelo tener intimidad con mi jefe y...

—¿No suele?, ¿o sea es común en usted? —me corta y ahora vuelve a ser el diablo conocido al que me enfrento a diario. O me enfrentaba mejor dicho.

—Usted sabe a lo que me refiero —le aclaro, y ya siento que la mujer guerrera que vive en mí se está empoderando, levanto la barbilla para mirarlo a los ojos, porque yo con patatines le llego al hombro—. Y no entiendo qué está haciendo aquí, a esta hora y en un día no laboral.

Me mira, pero no responde, y justo cuando voy a decirle algo más con mi recientemente valor adquirido, las puertas del ascensor se abren obligándonos a salir.

Histérica, nerviosa y avergonzada abro la puerta de mi mansión, pero él no entra, solo me mira... me mira y me mira, como pidiéndome permiso, cosa que no ha hecho jamás en su vida.

—Puede pasar, señor Costabal.

—La última vez me tuteabas.

—Prefiero que guardemos las distancias, señor Costabal.

—¿Y crees que eso servirá?

«¿Servirá? Servirá para qué», me pregunto, ahora sí que estoy histérica.

Entramos juntos, voy directa a la cocina a dejar las bolsas, y cuando vuelvo lo encuentro sentado, instalado en mi sillón.

—Hablemos.

—¿No me ofrecerá nada para beber?, señorita Andrade, ¿ni siquiera un vaso de agua?, en la oficina al menos me lleva café.



—Estamos en mi casa.

—Sus dominios —ronronea ahora levantándose, acercándose.

—Acabemos esto de una vez, señor Costabal, dígame a qué ha venido.

—¿No es obvio?

—A terminar lo que... bueno, lo que ya sabe, porque si es así, puede volverse por donde mismo llegó, aquí no encontrará nada —le respondo todo lo enérgica que puedo volviéndome a la puerta de calle para que salga, dejándole claro que no tenemos nada de qué hablar.

—Tenemos una situación pendiente —puntualiza levantándose, mirándome directamente los senos, y por supuesto mis pezones me traicionan al instante. Antes de que llegue junto a mí, ya ha cerrado la puerta, y me tiene agarrada del brazo poniéndome contra la pared, y yo... sin poner resistencia alguna.

—¿Qué cree que hace?

Mueve la cabeza acercando su rostro a mi cuello, cierro los ojos y no por placer, dos días sin bañarme, y estoy más sudada que un caballo de carrera.

—Sabes perfectamente lo que hago, eres una mujer inteligente.

—Entonces tú eres un idiota —gruño tratando de resistirme, pero ya sé el efecto que este hombre tiene en mí, sobre todo ahora que puedo sentir su cuerpo esculpido a mano junto al mío—, no te voy a dar el gusto.

—Entonces te lo daré yo —responde encogiéndose de hombros, como si nada de lo que acabo de decir le importara—, y para que lo tenga en cuenta, prefiero las faldas, señorita Andrade.

¡Mierda! Respiro profundo para tranquilizarme, pero en el momento en que exhala siento como sus labios se pegaban a los míos y Mauricio Costabal sin ningún cuidado tira de mi coleta para soltar mi pelo, enredado y grasiento. ¡Dios! Debo de estar espantosa, aunque parece que a este hombre no le importa... y bueno, si a él no le importa, ¿por qué tendría que importarme a mí?

Como una posesa, y poseída por un espíritu demoníaco introduzco las manos por debajo de su sudadera para que se la quite, y mientras estoy jadeando dentro de su boca él comienza a ayudarme en la tarea. Parecemos dos pulpos adolescentes en una carrera quitándonos todo lo que nos estorba.

Siento como lame mi lóbulo en tanto yo rozo con los dedos su abultado bóxer, quiero sacar su hombría y sentirla en mis manos, pero al mismo tiempo deseo hacerlo sufrir, al menos un poco. Pues con algo tiene que pagar *la cagadita* que me dejó en la vida.

—¿Únicamente va a tocar, señorita Andrade? —me interroga, y antes de que pueda responderle, ya tiene su lengua tocándome casi la campanilla, enloqueciéndome de verdad.

Como a los locos nadie los culpa de nada, me vuelvo desquiciada, meto la mano completa en su interior y lo siento, está tan húmedo como yo y gime al primer contacto, en tanto, yo disfruto con lo aterciopelado y suave que es, eso sin contar con que me está quemando. Comienzo a moverlo de arriba abajo sin ninguna contemplación, es una carrera y la quiero ganar, incluso lo puedo sentir tiritar. Sus jadeos son cada vez más fuertes, estoy segura de que perderá el control en cualquier segundo.

—Suplíqueme, señor Costabal, pídamelo por favor.

—No te detengas, Andrade.

—¿Perdón? —digo aminorando el ritmo—, eso no suena a ruego, señor Costabal.

Poco falta para que me atravesase con su poderosa mirada, saque el tridente y me corte en dos. Está claro que no es un hombre que sepa de súplicas.

—Hoy es tu día de suerte —sonríe con picardía mostrándome esa dentadura de comercial de pasta de dientes, luego, como el desgraciado que es se aparta rápidamente, me coge por el trasero y ahora sí que me empuja contra la pared al mismo tiempo que me embiste con fuerzas.

«¡Wow! Esto sí que es una sensación de otro mundo».

—Mierda —murmuro.

Costabal inspira con fuerza mientras me aprieta un poco más en tanto su respiración ahora sí que está irregular. Lo acerco con mis piernas atrayéndolo lo más posible. Comienzo rápido a moverme también, quiero mi gloria y la quiero ya.

—Te falta poco —me asegura con esa voz grave que me hace ver las estrellas, acelerando aún más sus embestidas—, ya casi llegas.

Cierro los ojos, lista para alcanzar la gloria, después de haberlo sentido a él jadeando desde el fondo de su ser, entierro mis dientes en su hombro para acallar mis gemidos y de pronto, justo cuando estoy a punto de llegar, vuelve a agarrar mi trasero con sus manos y como si fuera una pluma me pone en el suelo mientras mis piernas tiritan temblorosas y mi cara lo mira con un gran signo de interrogación.

—¿De verdad? —le digo a punto del colapso, sintiéndome la mujer más frustrada del mundo.

—Muchas gracias por saciar mi calentura, señorita Andrade, ha estado usted fantástica.

—¡Desgraciado! ¡Eres un imbécil! —le grito poniéndome la camiseta junto con los calzones.

—Eso ya me lo habías dicho. Ah!, no, imbécil es nuevo —murmura en tanto termino de vestirme.

No lo miro, ahora ya no solo siento deseos, simplemente quiero matarlo, cuando levanto la vista lo veo caminar sin ropa como si fuera el dueño de la casa. Va hacia la cocina, y después de un par de minutos regresa con un vaso de agua en la mano, como si todo fuera lo más natural del mundo.

—Todos pierden alguna vez en esta vida, señorita Andrade, y toda acción tiene una consecuencia.

—No estoy perdiendo nada, esto no es una competencia, señor, solo demuestra lo que no es capaz de terminar —expreso con frialdad. En tanto él, con lentitud, comienza a ponerse el bóxer, los pantalones, la sudadera y para mi asombro y desconcierto, vuelve a sentarse en el sillón.— Y agradezca que estoy tomando pastillas, si hasta en eso es un redomado imbécil.

—Eso lo sé, te he visto tomarlas por las mañanas, no soy imbécil.

—¡Fuera! —le grito perdiendo toda la compostura dirigiéndome hacia la puerta para abrirla. Ya no soporto ver su cara de soberbia y de hombre... consigo decirlo decorosamente mientras por dentro parezco una olla a presión sin explotar.

—Cierre la puerta, he venido a hablar y eso es lo que haremos —afirma de forma implacable, acomodándose un poco más en “MI” sillón.

—¿Y cree qué después de lo que acaba de pasar tenemos algo de qué hablar?! —ya no grito, chillo y unas ganas inmensas de asesinarlo me entran en el cuerpo, es más, no me importaría nada pegarle un combo bien dado en el hocico, aunque me acusen de violenta, loca e histérica y definitivamente me quede sin trabajo.

«¿Pero qué digo?! ¡Ya estoy sin trabajo!»

—Señorita Andrade, podría calmarse y escuchar de una puta vez lo que he venido a decirle —bufa serio—. Y si no fuera mucha molestia, cierre la puerta antes de que sus vecinos escuchen sus gritos.

Como soy loca pero no tonta, le obedezco y justo cuando estoy cerrando siento como esta se abre abruptamente y como un vendaval entra la manada encabezada por mi amiga Claudia.

—¡Veo que estas vivita y coleando! —me saluda sin detenerse para dar paso a las demás.

—Aunque no muy entera —me reprocha, Francisca que me mira de pies a cabeza.

Rápidamente trato de hacerles un gesto a mis amigas para que no sigan y entiendan que no estoy sola, pero es inútil el grito de la feminista resuena por todo el lugar avisándome que ya lo sabe.

—¡Serás zorra! ¡Nosotras preocupadas por ti y tú...!

—Sola muriéndote no estás —continúa Paula.

Ahora sí que literalmente estoy nerviosa, miro al señor Costabal que sé que está disfrutando del espectáculo y veo a mis amigas que me están reprochando, y no solo con miraditas.

—Solo queríamos saber si estabas bien —sisea entre dientes—, y por lo demás, no sé si aprendes.

—Yo... Él...

—No justifiques nada —me corta—, nosotros nos vamos —me dice más conciliadora Paula.

—No se preocupen —espetea el diablo poniéndose de pie, dándole tiempo a mis amigas para que se lo coman con la mirada, y luego prosigue— ya he

terminado lo que vine hacer aquí. Pueden hacerle compañía a la señorita Andrade.

—¿Señorita? —repite gruñendo Claudia—, aunque sea una bruja con sus amigas tiene nombre, se llama Beatriz.

—No hay problema, no somos cercanos —aclaro.

—¿Y tú tendrás un nombre, verdad? —salta Fran que hoy viene abanderada con la camiseta de #NiUnaMenos, y yo presiento que será lo próximo que me regalará.

—Mauricio Costabal —responde enérgico, mirándome.

—Por favor, —suplico despacito—, no digas...

—Su jefe —termina dándome la estocada final, pasando por entre medio de las chicas que se han quedado de piedra y por muy raro que parezca, sin habla—. Y por lo mismo, la espero como corresponde el lunes, señorita Andrade.

—Yo... —balbuceo.

—Usted, póngase esto —dice entregándome delante de todas mi sostén.

Cuando cierro la puerta me enfrento al escuadrón de fusilamiento sin poder creer lo que acaba de pasar. ¿Acabo de tirarme a mi jefe, o en realidad ha sido al revés? Sin palabras miro a las chicas y exclamo:

—¡Ahora, sí que la cagué!

—¡La volviste a cagar! —me gritan todas juntas acomodando en el sillón. Y antes de que yo me pueda sentar, la única que había sido más amable, me pregunta:

—¿Y qué harás el lunes?

¡¡¡¡ El lunes!!!!

### 3

*“No tientes al diablo que lo verás venir”*

Ahora ya sé lo que siente un hombre ante un pelotón de fusilamiento, lo mismo que sentí yo anoche cuando mis amigas decidieron freírme viva y aunque no sea tan fácil de reconocer, me pasó por caliente. Cuando veo a Mauricio, toda la pose de mujer dura, liberal y fuerte, cae por los suelos, es simplemente que él puede conmigo y mi voluntad... y bueno, con mi cuerpo entero también.

Menos mal que es domingo. Estoy en casa de mi madre, ella me distrae con mil cosas sobre mi padre y mi hermano, que dicho sea de paso es un ingrato por no venir, convirtiéndome a mí en la hija pródiga.

Bien entrada la tarde me devuelvo a mi mansión y no puedo evitar pensar en todo lo que sucedió ayer, eso sí, de lo bueno que sucedió, y ahora en la soledad de estas cuatro paredes de verdad no sé qué hacer. Si antes odiaba los lunes, hoy los odio un poco más. Siento que estoy en el dilema de mi vida si no voy a trabajar, mis amigas, sobre todo Fran me mata, y como si eso fuera poco, estoy segura de que el señor Costabal aparecerá por acá pidiéndome explicaciones, y eso sí que ya sé cómo terminaría.

«¡Dios! ¡¿Pero qué digo?!».

Decido despejar la mente y tomar una ducha fría, eso aclarará mis pensamientos.

Al otro día como siempre, el despertador suena a las seis cuarenta y cinco, ni siquiera me sobre salto, llevo despierta más de media hora. Y como la mujer segura que me creo que soy, me pongo la falda que me compré en la

última liquidación de una de las grandes tiendas, esa que miré cien veces cada vez que me iba del trabajo y que esperé pacientemente que bajara de precio, eso sin contar con que escondí la talla un par de veces, pero, eso es harina de otro costal.

Cuando me bajo del metro, creo que todo confabula a mi favor, ¡si hasta sentada me vine! Mientras camino hacia el edificio me repito como mantra mi decisión de no poner en peligro mi trabajo por una calentura, o por muy rico que esté el HDP de mi jefe, hombres hay muchos, ¿ahora como él...? Muevo la cabeza para no seguir pensando en estupideces, parezco una colegiala frente al profe “buenorro” de la clase.

Al ser temprano y lunes, no hay mucha gente en el vestíbulo. Estoy sola esperando a que llegue el ascensor que me llevará a mi planta, cuando de repente escucho esa voz ronca y sexy que me pone los vellos de punta:

—Si espera a que el ascensor le hable o le dé respuestas es que está peor de lo que creía.

—¡¡Señor Costabal! —exclamo casi sin voz girándome. Nuestras miradas se encuentran y sí, tengo que tragar saliva para sacar la voz. Hoy está más guapo que de costumbre, y solo por este momento me gustaría tener la personalidad feminista de mi amiga Fran, que le soltaría unas cuantas verdades por la forma en que me está mirando, o mejor dicho, escaneando.

—Señorita Andrade —responde bajo—, veo que me ha hecho caso.

—Por supuesto —me atrevo a decirle—, no voy a dejar el trabajo por usted.

—No me refería a eso —me dice esbozando una pequeña, pero sexy sonrisa—, me refiero a que está usando falda.

—¡Pero qué es lo que se cree!

—Nada —gruñe acercándose peligrosamente a mí—, simplemente soy el jefe. Dicto las reglas y decido como dirigir mi piso. Si no estuviera siempre en su mundo lo sabría, ¿o ha sido diferente alguna vez? ¿El sábado por ejemplo?

Mi boca se abre en una perfecta “O” e imágenes del sábado irremediabilmente se vienen a mi cabeza, respiro profundo para no convertirme en un vampiro y lanzarme directo a su cuello mientras una mueca

de suficiencia aparece en su rostro.

—Como usted diga —ladro tragándome la rabia—, pero no fui yo la que tuvo que bajar de su torre de cristal, en un día, no laboral, simplemente para remediar algo que usted siendo “el jefe” no pudo solucionar.

Antes de que pueda responderme, me meto en el ascensor, que gracias a Dios viene con más gente, y de inmediato saludo amablemente a todos para que los pisos se me pasen más rápido. De reojo veo como tiene los puños apretados, digna señal de cuando está a punto de estallar.

Como siempre, me bajo un piso antes para marcar tarjeta y llevarme un café, creo que hoy será un día difícil.

Luego de justificar mi inasistencia del viernes con una mentira, al fin me siento a trabajar. Empezar un nuevo ciclo contable, es como empezar de cero, y como si eso fuera poco, necesito que mi jefe dé el visto bueno a varios de estos clientes, pero me niego a entrar en su oficina, y así es como en la siguiente hora me pillo mirando a su puerta para ver si lo veo. Y cada vez que lo hago siento mariposas, ¡no! qué mariposas, dragones en mi estómago es lo que son.

¡Qué mierda estoy haciendo! ¿Qué me está pasando? Cierro los ojos un momento para tranquilizarme y pensar en una solución, no puedo seguir así.

Justo cuando estoy retomando mi trabajo, sale el diablo de su oficina y el desgraciado ni siquiera me mira y habla como si yo no existiera.

—Estaré fuera el resto del día —le habla a Carmen, que hace como de secretaria—. No me pase llamadas.

—¿Y las urgentes? —pregunta con la cara contraída, en realidad no soy la única que le teme.

—Qué parte de “no llamadas” no entendió —responde con desdén y es el momento en que me sale la defensora de los pobres.

—Señor Costabal —le llamo—, necesito unas firmas aquí para poder ingresar a estos clientes, y como usted es el jefe —lo azuzo con rabia, no sé si por qué se va, o por cómo le habló a mi compañera.

Saltando chispas de los ojos me mira, camina lento hasta mi escritorio y firma los papeles sin siquiera mirarlos, pero antes de terminar suelta:



—¿Necesita que le firme algo más, señorita Andrade? Mi novia está esperándome.

Me quedo literalmente en *shock*, “su novia” y puedo ver claramente como el muy cabrón está disfrutando con mi actitud, pero para no ser menos contesto:

—Entonces apresúrese, no la haga esperar.

Asiente con esa diabólica sonrisa y camina hacia el ascensor, en tanto yo siento que si no llego al baño ya, voy a vomitar aquí mismo.

—¡Ah, señorita Andrade!, mañana termino con usted todo lo que me quedó pendiente —añade con falsa dulzura, doliéndome más aún.

—Imbécil —murmuro entre dientes mientras lo veo entrar en el ascensor y desaparecer.

Mi tarde avanza lenta, no me pude concentrar en nada, hasta que de pronto suena mi celular.

—Dime que estás bien y no tengo que matar a nadie —me habla mi salvadora, Claudia.

—No, pero...

—¡¿Qué mierda te hizo el cabrón de tu jefe?! —me grita, y no sé si es solo percepción mía, pero creo que sus gritos se escuchan por todo al rededor.

—Ha... hablamos más tarde, un beso —le digo y antes de que me dé respuesta, le corto.

No pasan ni dos segundos cuando llega un correo a mi bandeja de entrada.

**De:** <claudiapavic@yahoo.com>

**Para:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Fecha:** 3 de mayo de 2016 16:30

**Asunto:** ¡Te mato!

¡Espero que el teléfono se te haya quedado sin batería!

¡Dime qué mierda pasó!

**Claudia P.**

**De:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Para:** <claudiapavic@yahoo.com>

**Fecha:** 3 de mayo de 2016 16:31

**Asunto:** ¡Te mato!

¡Tiene novia! Por favor no me digas nada ahora.

**Beatriz A.**

**De:** <claudiapavic@yahoo.com>

**Para:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Fecha:** 3 de mayo de 2016 16:32

**Asunto:** ¡Te mato!

¡Hijo de la gran puta!

Cuando se enteren las chicas lo matan, y de verdad, y ni qué decir de Fran. Se quedará sin bolas.

Pero, ¿tú estás bien?

**De:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Para:** <claudiapavic@yahoo.com>

**Fecha:** 3 de mayo de 2016 16:33

**Asunto:** ¡Te mato!

Ahora estoy trabajando, hablaremos esta noche, y sí, estoy bien.

**Beatriz A.**

**De:** <claudiapavic@yahoo.com>

**Para:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Fecha:** 3 de mayo de 2016 16:34

**Asunto:** ¡Te mato!

Si tú estás bien, ¡¡yo soy la Virgen María!!

**Claudia P.**

**De:** <franciscamatus@yahoo.com>

**Para:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Fecha:** 3 de mayo de 2016 16:35

**Asunto:** ¡CSM!

¡Quién se cree que es ese hijo de la gran puta! Con las mujeres no se juega, hay que cortarle las bolas.

**Francisca M.**

Lo que me faltaba, que se enterara Fran, pienso agarrándome la cabeza con

las dos manos, ahora sí que no podré trabajar más el resto de la tarde, y antes de responderle a mi amiga entra un nuevo correo.

**De:** <paulamartinez@yahoo.com>

**Para:** <claudiapavic@yahoo.com> franciscamatus@yahoo.com >  
<beatrizandrade@gmail.com >

**Fecha:** 3 de mayo de 2016 16:36

**Asunto:** Tranquilas ¡tengo la solución!

Este fin de semana nos vamos a la playa y nos despejamos, lo que te falta es un buen polvo para olvidar.

**Paula M.**

Por culpa de los polvos es que estoy así, pero a pesar de todo, sí quiero irme un par de días a la playa y descansar.

La tarde se me pasa volando, y en la noche me es inevitable no pensar en la novia del diablo, y con eso sentirme una mujer utilizada solo para saciar a un desgraciado.

El martes pasa sin pena ni gloria, lo único que recibimos, del jefe, a última hora es un correo diciendo que el sábado tendremos un almuerzo en uno de los mejores restaurantes de Santiago para celebrar nuestro esfuerzo en la Operación Renta.

—¡Y tiene que ser justo el sábado! —chillo cuando lo abro, en tanto mis compañeros me quedan mirando con cara de no entender nada, porque claro, ellos están todos felices y celebrando.

Frustrada, regreso a mi casa mientras en el WhatsApp de amigas voy leyendo como las chicas planean el fin de semana y no soy capaz de decirles que no podré ir.

Al otro día, el maldito despertador suena y esta vez sí que doy un salto,

dormí pésimo pensando en que hoy tengo que enfrentarlo y decirle que no iré al almuerzo. Mis amigas están primero.

Como ya se me hace costumbre, me arreglo para verme despampanante y sí, también subirme un poquito la moral. Llego justo a la hora y mis compañeros me soplan que el señor Costabal está de mal genio y que no quiere que nadie lo interrumpa.

Dejo pasar un par de horas para ver si sale de su infierno, o para pensar si yo entro en él, hasta que después de un mensaje de Fran diciendo que ya tiene reservada la habitación del hotel me decido, es ahora o nunca.

Me paso la mano por el pelo alisándolo, quiero tener un aspecto presentable, y... serio. Pienso un momento en que todo sería más fácil si el diablo que está detrás de la puerta fuera feo, con cachos, piel roja y no tuviera esa mirada de hielo que simplemente me anula para bien o para mal dependiendo del momento.

Cojo aire y sin pensarlo dos veces camino decidida a su oficina sin ver a nadie, y ¡zaz!, choco con el chico de la fotocopidora, las hojas vuelan desparramándose por el piso. Todos me miran y yo como tonta le pongo una carita de disculpas a él y a los demás, que en vez de venir a ayudarnos se quedan mirando el espectáculo, ¡flojos de mierda! Porque seguro están jugando solitario o mirando cosas para comprar por internet, de eso estoy segura, porque trabajo lo que se dice trabajo hoy no tenemos, así que después de ayudarle, al fin toco la puerta, no le doy tiempo a que me responda, si no estoy segura que gritaría ,que no lo molesten.

Al abrir noto de inmediato que no está de buen humor. Su mirada es fría e incluso me atrevería a decir feroz, y con esa expresión mi valentía se empieza a tambalear.

Deja a un lado los papeles y se acomoda en la silla cruzando los brazos. Es tan guapo que me abrume, y más ahora que sé perfectamente lo que hay debajo de la camisa azul cielo que lleva puesta.

—No he pedido café —me dice molesto, lo hace para ofenderme, como si yo fuera su secretaria, pero paso de su ironía y prosigo en lo mío.

—Tengo un problema, necesito hablar con usted —le digo sin avanzar ni un centímetro más, prefiero estar lejos de su alcance.

Él sonrío con arrogancia, tanta que me dan ganas de borrarla de una sola cachetada, ya me imagino lo que está pensando.

—Y por supuesto soy el único que lo puede solucionar. —Levanta una ceja mirándome directamente la blusa y siento como mis pezones me traicionan a sabiendas que tiene novia.

—Por supuesto, es el jefe.

—Dígame entonces —responde de mala gana concentrándose en el escote otra vez.

—Necesito que me autorice a faltar el sábado.

—Olvídalo —me tutea tajantemente.

—Pero... ¡tengo un compromiso! —exclamo seria.

—No me importa —contesta y sonrío abiertamente sacándome de mis casillas.

—¡No puedo venir el sábado! —grito pensando en el pelotón de fusilamiento que me espera si les fallo.

—¿Por qué?, ¿tienes un velorio?, ¿operan a alguien de tu familia? —me pregunta ahora apoyándose en la mesa en modo de cabreo monumental, retándome a un duelo.

—No, nada de eso —contesto tomando aire para no estallar.

—Entonces no hay permiso, no insistas.

—¡Mauricio! —le reclamo como si fuera una niña de siete años, solo me falta patear el suelo por la frustración.

—¡Beatriz! —repite imitándome el tono infantil.

—Es que es un asunto de vida o muerte. —Se me viene a la cabeza la imagen de mis amigas con metralleta en mano, y a Francisca enarbolando la bandera de la lucha por la libertad.

—Puede retirarse, señorita Andrade, y cierre la puerta cuando salga.

—Por favor, —ruego—, necesito el sábado.

—Dame al menos una explicación creíble —y ahora vuelve a recostarse sobre la silla.

Cierro los ojos un momento, y cuando los abro respondo con mi mejor cara de mentirosa:

—Voy a la ruta del vino con mis amigas, teníamos tomado el tour desde hace mucho, no puedo cancelarlo ahora.

—¿Y crees qué te voy a creer?, cuando en realidad lo que quieres es irte a la playa con tus amigas a echarte un polvo —gruñe y yo me pongo roja como un tomate. Debería responderle de inmediato, me siento ofendida, pero mis neuronas tienen una parálisis momentánea, pero cuando me recupero chillo:

—¡Hackeaste mi computador!

—En todo caso, no es tu computador, es de la empresa. —Sonríe pasándose la mano por el pelo.

—¡No tienes derecho! —le reprocho rabiosa y ofendida a la vez.

—Pero sí tengo derecho a negarte el permiso, y no me da la gana de darte el sábado libre para que te vayas a tirar a un imbécil a la playa —dice pareciendo ofendido.

—¡Es mi vida!

—Y el sábado mi comida de agradecimiento, así que si ya terminaste, puedes retirarte, estoy ocupado. —Me aclara levantándose el mismo para abrirme la puerta, y como no quiero que nadie se dé cuenta, no me queda otra opción más que salir de su oficina.

Durante la tarde el señor Costabal entra y sale de su oficina pidiéndonos diferentes cosas, cual más apurada que la otra, ni me sorprende cuando lo veo acercarse a mi mesa, durante las últimas horas lo único que ha hecho es regañarme en público, supongo que encuentra algún tipo de regocijo haciéndolo, pero yo, en la mía, solo he respondido: “Sí señor, no señor” no pienso darle el gusto, es más, ni siquiera salgo a almorzar para evitar que me diga algo.

Tengo cientos de mensajes de WhatsApp, y sí, digo cientos, no me quedo corta, las chicas están alborotadas porque además de todo, este fin de semana se celebra una fiesta electrónica, y por supuesto, Paula consiguió entradas para todas. Y por qué no decirlo, todas necesitamos un fin de semana libre, ellas para salir de la rutina y yo para sacarme de la cabeza al señor Costabal. Necesito alejarme, pero sobre todo, dejar de pensar en quién será la bendita

novia del diablo. Porque lo peor es que me la imagino como a Elizabeth Hurley en *Al diablo con el diablo*, y eso me está matando desde el lunes. Al verlo venir me pongo tensa y nerviosa, parece estar preparando el tridente para apuntar en mi dirección. Mis compañeros están en lo suyo, y parece que nadie excepto yo repara en el jefe: que se sienta en la mesa de al lado, que lentamente se desabrocha el botón de su chaqueta y luego se mete las manos en los bolsillos de su pantalón. Trago saliva visiblemente nerviosa, y doy un salto cuando el teléfono de mi mesa suena.

—¿Sí?

—¿Beatriz? —me dice por el otro lado la chica de recepción—, ha llegado un paquete a tu nombre, ¿te lo mando con el guardia, o bajas tú a buscarlo?

Ante la sola posibilidad de salir un segundo del lugar respondo:

—Bajo yo, Lorena —y mirando al señor Costabal, le pido permiso para salir.

A la vuelta me cruzo con él a la mitad de la sala, y como ha sido la temática de la tarde me mira con mala cara.

—¿Comprando por internet, señorita Andrade?

—No, ha sido un regalo —respondo solo por ser cortés, porque en realidad no lo sé muy bien, el mensajero fue más bien escueto, y a continuación de mi respuesta, entra en su oficina dejando la puerta abierta. Estoy segura de que quiere ver de qué se trata, y yo, le voy a dar en el gusto, total, él no tiene por qué saber que no me lo manda ningún novio, sino que debe ser algo que me envían las chicas.

Con cuidado abro el paquetito, sé que todos están pendientes, pero disimulan bien. Dentro de la caja hay otra más pequeña, que también saco, pero antes leo la tarjeta que viene dentro.

«Si tienes tantas ganas de tirarte a alguien, no es necesario que viajes a la playa, lo puedes hacer en la intimidad de tu casa».

Ahogo un grito cuando termino de leer y tomo el vibrador que viene dentro. Todos mis compañeros me miran sin entender nada.



—¿¡Qué mierda se cree!?! —murmuro realmente furiosa levantándome de la silla para caminar directo a su oficina como un verdadero vendaval. Él al verme se levanta, hasta podría decir que un poco sorprendido.

—Después de lo que me dijiste hoy, creí lógico hacerte un regalo, ya que no viajarás con tus amigas—afirma tajante, sin mostrar ningún signo de nerviosismo, al mismo tiempo que cierra la puerta.

—¿Perdón? —le digo moviendo la cabeza con incredulidad, aparentando una calma que no poseo—, me estás regalando un vibrador para que no me tire a nadie —lo tuteo sin pudor.

—Claro, es para reemplazar... —se detiene para replantear su respuesta —, no para reemplazar porque eso es imposible, pero sí para que no necesites de otro que no sea yo.

—¡Hijo de puta! —chillo enrostrándole el maldito vibrador, ¡y rosado, encima!—. ¿Crees qué tienes algún derecho sobre mí?

«La verdad es que no sé con quién estoy más furiosa: si con él, por ser un desgraciado, o conmigo misma por permitir que todo llegue hasta este punto».

—Tengo derecho sobre ti.

—¡Serás imbécil! Toma tu maldito vibrador y métetelo por donde mejor te quepa —le digo lanzandoselo al pecho, para luego salir rápidamente de su oficina, coger mi cartera y literalmente correr hacia el ascensor.

—Cabrón de mierda, ególatra de cuarta —murmuro mientras aprieto una y otra vez el maldito botoncito, como si con eso fuera a aparecer más rápido.

Suspiro un par de veces para tranquilizarme, claro, él no tiene la culpa de todo, esto me pasa por tirarme al jefe, ¡me pasa por caliente!

—¡Señorita Andrade!, —me grita y yo ignorándolo entro por fin en el ascensor vacío apoyándome contra la esquina. Cuando las puertas del primer piso se abren veo al guardia que no me deja bajar de inmediato, que con una cara de compungido hace algo parecido a una sonrisa.

—¿Qué pasa? —pregunto sin entender nada, pero justo en el momento en que me va a responder, las puertas de la escalera de incendio se abren y aparece visiblemente cansado, el diablo. Que le da las gracias al guardia y se mete junto conmigo al ascensor, apretando el botón del *parking*.

—¿Qué mierda quiere ahora, señor Costabal! —digo ahora golpeando el suelo, estoy en mis cinco minutos de descanso, bueno, no en mis cinco, en realidad en mis diez.

—Necesitamos hablar, ¿podría comportarse como una mujer normal?

—¡Normal y una mierda! ¡Me acabas de tratar como si fuera tu puta particular! —le hablo mirándolo directamente a los ojos, sin amilanarme ni un ápice.

Ahora sí que su cara se transforma en desconcierto, impresión y confusión, ¡como si fuera yo la que lo he ofendido! El timbre nos avisa que ya hemos llegado, el lugar está oscuro y no miento cuando digo que no se ve ni un alma, y eso que este es un estacionamiento público.

Tira de mi brazo enfadado y caminamos hasta lo que supongo es su auto, no la camioneta que yo ya conocía. Abre la puerta y lanza mi bolso dentro.

—¿Cómo puedes creer que te veo como a una prostituta! —grita furioso poniéndose tenso, mirando para todos lados.

En este momento la adrenalina comienza a recorrerme por las venas, me pongo frente a él y con todas mis fuerzas le doy la cachetada que tanto se merece. Mauricio ni siquiera se mueve y el silencio cae entre nosotros mientras se toca la cara, que seguro ahora le arde, porque se le ha enrojecido en cosa de milésimas de segundos.

—Eres mi jefe, nada más y ni te pienses que eres lo mejor que me ha pasado —le escupo con sorna.

—¿Sabes qué? —ruge acercándose peligrosamente—, no te quejaste en mi oficina —da otro paso—, ni en tu casa cuando te abriste de piernas para mí, y no he oído ni una sola palabra negándote.

Mi respiración se empieza a acelerar tanto que me cuesta respirar, al retroceder choco contra el cristal del auto, solo me basta con subir la cabeza para que nuestras bocas se junten, incluso puedo sentir su aliento cálido en mi frente.

—Me voy —anuncio con dificultad.

—No. —susurra negando con la cabeza acercándose aún más, de modo que de inmediato siento eso que tanto me gustaba de él, su erección.

—Yo... me tengo ir... tú, estás... —me atropello con mis propias palabras, porque la verdad no estoy segura de lo que quiero, y mucho menos de lo que siento.

—¿Una vez más? —dice levantándose la cara, con tanta suavidad que me derrite.

—Esto no está bien —susurro en sus labios—, ni para usted ni para mí.

Mauricio respira como un toro ensanchando las aletas de la nariz, y justo cuando creo que me dejara ir, pega sus labios a mi boca, atrayéndome completamente hacia él. Gimo desde lo más profundo de mí ser cuando su aterciopelada lengua toca la mía. El suave beso se convierte en uno exigente, más caliente que pide más sin ningún cuestionamiento y pierdo los estribos cuando flexiona las rodillas y lo siento.

—¡Maldición...! —jadeo.

—Lo sé —dice contra mi boca, cogiéndome el trasero con ambas manos refregándose contra mi cuerpo—. Te deseo, aquí y ahora.

—¿Me lo estás ordenando?

En ese momento, como si yo fuera el mismísimo diablo y no él, se aparta para mirarme.

—Métete en el maldito auto, ahora —me ordena con la voz ronca, proveniente de la mismísima ultratumba.

Lo miro fijamente esperando que algún pensamiento coherente pase por mi cabeza y me haga alejarme, pero en vez de eso, hago todo lo contrario y ni siquiera razono en lo que debería hacer, sino que solo pienso en lo que quiero hacer mientras mi cuerpo tiembla al saber lo que viene. La cordura se esfuma rápidamente mientras sube la mano por mi cabeza.

—Ahora.

Listo, mi cuerpo ha tomado la decisión y yo como su títere estoy obedeciendo. Abro la puerta de atrás y antes de que me repita la orden, ya le estoy tirando de la corbata para que me acompañe. Cuando la puerta se cierra, mi vestido mágicamente ya está por la cintura y odio la tela de su pantalón. Tumbada hacia atrás, tengo al diablo sobre mí en todo su esplendor. Sus dedos marcan un suave camino poniéndome la piel de gallina al tiempo que me

separa las piernas, agradezco al cielo llevar medias de ligas que en este momento le causan un sonido de satisfacción.

—No me mires así, las otras me dan alergia, no las llevo para ti.

Y antes de que me conteste vuelvo a asaltarle la boca en tanto nuestros besos se van haciendo más largos y más exigentes, con mis manos comienzo a soltarle el botón del pantalón para sentir eso que tanto ansío y saber que esto no es producto de mi imaginación, cuando lo hago Mauricio gime.

—Ni te imaginas lo que quiero.

—Ordénemelo —le digo jugando a ese juego que sé que tanto le gusta jugar, excitándome yo cada vez más—, ¿no se supone que es mi jefe? —susurro.

Se estremece ante mi respuesta, claramente no la esperaba.

—No quiero juegos esta vez, señorita Andrade —dictamina con las manos temblando, como si fuera la primera vez que hacemos esto, para a continuación quitarme la ropa interior. Lo único que nos mueve es la pasión, esto es diferente a todo lo que he hecho antes, y no puedo negármelo a mí misma, me encanta y en honor a lo que siento, lo aparto unos segundos para que se siente y así yo quedo sentada a horcajadas sobre él.

Ya estoy perdida en la lujuria, frenéticamente bajo sus pantalones para sentir lo que tanto deseo mientras su aire caliente roza mi cuello encendiéndome aún más.

Listo, ya estoy perdida y reacciono como una marioneta que obedece a su cuerpo, con su ayuda logro bajarle los pantalones mientras nuestras respiraciones son aceleradas e irregulares, de pronto la punta de su miembro me roza y yo siento que estoy en la gloria, ya nada existe para mí, la razón abandona mi cuerpo. Cierro los ojos bajando lentamente para disfrutar al máximo esta sensación, deslizándolo hasta el fondo.

—Diossss... —gimo, no porque él sea un ser supremo, ni mucho menos el creador, sino simplemente porque esto es de lejos un placer celestial. Levanto las caderas y poco a poco comienzo a cabalgar como si fuera un jinete desbocado sobre su caballo, ni siquiera me importa el dolor de sus dedos sobre mis caderas ayudándome con el ritmo, en este momento solo respiramos lujuria y placer. Costabal cierra los ojos y acalla sus propios gemidos contra

mi pecho, haciendo que yo mire al techo para respirar un poco de aire. Cada movimiento es más intenso que el anterior y yo necesito nuevas sensaciones, agarro su pelo para que me mire y le suelto:

—Muérdeme...

No tengo que repetirle ni aclararle el dónde, pues antes de terminar ya tiene sus dientes en mis pezones haciéndome jadear de verdad.

Estamos en la misma sintonía, mi cuerpo reacciona al suyo como si fuéramos un solo ser en una lucha por tomar el poder. Nunca antes he pedido todo lo que le exijo a él, pero con Mauricio me pasan cosas extrañas, quiero sentir cosas nuevas y con él no me da vergüenza pedir las, es más, cada vez que sus dientes rozan mi cuerpo, me excito un poco más.

—¿Le gusta duro, señorita Andrade? Quiere que la muerda en otro lugar, solo tiene que pedirlo —me dice con la respiración entrecortada, ambos nos estamos aguantando y al mismo tiempo luchando para salir vencedores.

—¿No sabe cuándo quedarse callado, señor Costabal?

No le gusta lo que le digo, y sin decir palabra, me tira contra el asiento, menos mal que este auto es grande y mi cabeza no queda estampada en el manillar de la puerta. Me separa las piernas y vuelve a entrar, esta vez duro y sin contemplaciones levanta mi pierna sobre su hombro y me penetra hasta el final.

—¡Mierda! —ya no puedo exclamarle al ser supremo, sería pecado.

—¿Más duro?

Soy osada, pero nos soy capaz de responderle, así que ante su pregunta solo cierro los ojos, y él entiende perfectamente que sí, que me gusta y que quiero más, así que sube mi otra pierna y comienza acompasadamente a moverse, estoy en el cielo, no, estoy en el infierno, tampoco, ¿dónde estoy? simplemente en el limbo de las sensaciones intentando concentrarme en respirar y no morir en el intento.

—Me vas a matar, Andrade —susurra besándome la pierna sin detenerse ni un momento. Nuestros cuerpos brillan y no porque seamos vampiros expuestos a la luz, sino por el sudor, incluso las ventanas están empañadas. Lo miro sin creer lo que estamos haciendo, Mauricio está tenso por el esfuerzo y puedo sentir las ganas enormes que tiene de acabar y no puedo negar que yo...

también.

—No pares ahora —pido con una humildad que no sabía que poseía, arqueándome para quedar aún más cerca, y es ahora cuando siento una espiral de emociones embargándome completamente al tiempo que nuestros cuerpos se acercan como si estuvieran más que solo físicamente conectados y comienzan a temblar, entregándose todo lo que el ser humano puede dar en ese momento. Jadeo al terminar enterrando las uñas en sus hombros y el sabor de su piel en mi boca. En cambio él suelta una palabra inteligible con esa voz ronca que me hace vibrar y se deja ir al fin sin restricción.

Cansado y temblando luego de unos segundos sale de mí, baja mis piernas que están a punto de acalambrarse. No puedo resistirme al impulso de pasar el dedo por su hombro, produciéndole un escalofrío.

Cuando nuestras respiraciones se calman, me bajo la ropa y me siento como una niña buena que no soy a su lado, en tanto, él tiene las piernas abiertas y la mirada perdida en el techo.

Tengo una y mil preguntas en mi cabeza, pero no soy capaz de vocalizar ninguna.

—Deduzco, por lo que acabamos de hacer —me dice girando la cabeza como la niña del exorcista—, que te queda claro que el sábado nos vemos en el almuerzo.

Mi boca se abre, pero las palabras quedan atascadas en mi garganta, en tanto él se sube los pantalones con toda parsimonia.

—Perfecto, veo que me ha entendido, señorita Andrade.

Pasado unos segundos en donde la cordura vuelve a mi cuerpo, lo miro con indiferencia y me bajo del auto.

—Mi contrato es de lunes a viernes, señor Costabal, mañana le diré a Carmen que le entregue una copia —digo dándole un portazo a la puerta, que seguro quedará giratoria, y me apuro en llegar a las escaleras. Ahora sí que necesito salir de aquí.

Cuando el aire me golpea en la cara, tomo de mi cartera el celular y tecleo en mi grupo de amigas:

**¡Estoy deseando que llegue el sábado! ¡¡¡Vamos por un buen polvo!!!**

**18:45**

## 4

*“A veces ángel... A veces demonio..., pero siempre yo...”*

—¿Que hiciste qué? —me pregunta Claudia sentada al otro lado de la mesa de la cocina de su casa. «Menos mal que nos separa un espacio, sino, ya la veo estrangulándome con la misma cara que me está mirando ahora».

—Bueno, ¿qué te digo?, no lo planeé —contesto para justificarme, tomándome de un solo trago la copa de vino que yo misma he traído para ahogar las penas. Además de todo me estoy volviendo una alcohólica—. Solo pasó.

—¿Solo pasó? —me recrimina molesta en tono de burla, y eso que no le he contado que leyó mis correos, sino con el mismo cuchillo para pelar tomates que tiene en la mano me mata a mí y luego a él—. ¿Y qué es lo que vas a hacer ahora?

—¿Cómo qué voy a hacer?

—Deja de repetir lo que digo y respóndeme, no te hagas la tonta conmigo —me dice ahora apuntándome con el cuchillito rojo.

—Nada, esto se acabó hoy.

—¿Sí? Y yo soy la Madre Teresa, no me vengas con estupideces, te lo vas a volver a tirar.

—¡No! Si es mi jefe y...

—¿Y qué? —me apremia.



—Y... y está el asuntito de la novia.

Sin decirme ni media palabra, coge el *notebook* que está sobre la mesa y abre su *Facebook*

—Dame el nombre completo —me ordena sin por favor ni gracias.

—Mauricio Costabal.

Solo dos segundos bastaron y *voilà*, varias fotos con ese nombre aparecen al instante, ninguna de él, pero como mi amiga debería ser de la PDI no cesa y pone su nombre en San Google.

¡Mierda! Ahora sí que varias fotos con su cara saltan en menos de un segundo, se ve tan sexy, tan elegante, que hasta me estremezco.

—Además de ser un imbécil, con un buen trabajo y todo lo que tú ya sabes, no aparece nada de la novia.

—¿Pero tiene? —quiero saber con un verdadero interés en tanto mi amiga me mira como si tuviera cachos en la cabeza.

—¿Me lo estás preguntando para tirártelo sin remordimientos? ¡Ah, perdón!, si remordimientos es lo que no tienes.

—¡¡Claudia!!

—¡¡Beatriz!! —me imita cerrando la computadora, dando por finalizo el tema, y la verdad es que lo agradezco, llevábamos más de una hora hablando de mi jefe, y ya no solo lo estoy sintiendo en mi cabeza. «¡Maldito sea el, HDP, de Costabal!»—. La decisión es tuya, Bea, si quieres seguir así siendo la otra, allá tú, yo no te voy a juzgar porque soy tu amiga, pero piensa en que a ti no te gustaría que te hicieran lo mismo, no es justo para ninguna mujer.

Una, dos, tres..., cien balas directas al corazón y yo sin chaleco protector, estos son más que dardos venenosos, es la pura y santa verdad, es más, creo que si hubieran más personas como mi amiga no habrían tantos amantes ni mujeres cornudas.

Después de esa declaración de principios cenamos viendo la teleserie nocturna, luego me voy a mi departamento, y como soy masoquista me duermo pensando en la “declaración de principios” de Claudia. Sería todo mucho más fácil si mi jefe fuera pelado, gordo y yo..., bueno mejor lo dejo ahí antes de reconocer lo que no quiero, porque la verdad no es ofensa, dicen por ahí.

Antes de que suene el despertador ya estoy en pie, y para aprovechar el tiempo hago mi maleta sacando del *closet* solo mi ropa linda, esa que uso en ocasiones especiales. Porque para mí, todo este fin de semana será especial.

Pantalones es lo que decido ponerme, y no me importa pensar que los estoy usando como un escudo porque soy una... mejor ni lo pienso.

Al llegar a la oficina me sumerjo en todos los papeles que encuentro y comienzo a llamar a mis clientes, nada mejor que trabajar para distraer la mente. Al señor Costabal solo lo veo entrar y mentiría si dijera que él me miró.

Mis compañeros lo único que hacen es hablar del gran almuerzo de mañana y pasan lista como si fuéramos alumnos de quinto básico para saber a qué hora llegaremos, en qué estación de metro nos juntaremos y ¡hasta qué llevaremos puesto!

Miento como una cosaca diciendo que estaré con ellos y que seré puntual.

A la hora de colación, bajo sola, necesito un poco de silencio y por supuesto alejarme de todo esto del almuerzo, y qué mejor que las chicas, que también parecen niñas, pero estas de cuarto medio a punto de irse a la gira de estudio para hacer de su vida lo que quieran, y yo... la verdad es que espero encontrarme con algún extranjero en la fiesta electrónica y darme el polvo de mi vida, ese que me haga olvidar al señor Costabal.

De vuelta paso por mi cafetería preferida y me compro un *late* alto para llenar de energías mi tarde, entro en el ascensor vacío y voy dosificando mi cuota de líquido para llegar con algo a mi escritorio y ahí sí, terminar de disfrutarlo.

De pronto, como si el universo quisiera seguir ensañándose conmigo por ser una oveja descarriada, el ascensor se detiene en el segundo piso y veo al sr Costabal hablando con dos personas más. Me atraganto cuando nuestras miradas se cruzan e instintivamente doy un paso hacia atrás cuando lo veo caminar directo hacia mí. Perfecto, ahora subiré los pisos restantes con él y... ¡en un ascensor vacío! Mi mente de inmediato piensa en el señor Grey y Anastasia, muevo la cabeza para sacarme esa idea, aunque en honor a la verdad con el traje oscuro que lleva puesto está para... comérselo. Pero de inmediato se me viene la declaración de principios de Claudia y vuelvo a ser yo.

—¿No pensaba esperarme? —me pregunta en tono de afirmación poniendo la mano entre las puertas para que estas no se cierren, entra y se cierran dejándonos completamente solos a los dos.

—¿Qué quiere? —respondo cansada en tanto él me inspecciona de pies a cabeza deteniéndose en mi pantalón negro de secretaria ejecutiva, sin ofender a nadie que sino mi Fran me mata.

—¿Qué te sucede?

Ya me está tuteando y de nuevo siento esa extraña sensación que me impide pensar con claridad, o mejor dicho razonar, pero rápidamente pienso en mi género y lo olvido.

—Usted, me pasa.

—¿¡Yo!?! —dice haciéndose el sorprendido con una sexy sonrisa, aprovechando la ocasión para pasar su mano tibia y pesada sobre mi hombro.

—Sí, usted, y no estoy de humor para esto, señor Costabal.

—Puedo cambiar su humor si me lo permite, señorita Andrade.

—No me interesa —respondo mirando el marcador de piso, rezo un momento para que alguien se suba en el tercero, pero nada, seguimos solos.

—Qué saca con mentir, señorita Andrade, si estuviera tan segura de sí misma hoy..., —se detiene mirando mis piernas—, hubiese venido con falda, como todos los otros días del año.

—¿Quiere la verdad? Sí, me gusta, y supongo que la mayoría de las mujeres lo deben encontrar guapo —le confieso envalentonándome—. Pero se acabó, y esta vez es de verdad, no tengo ni la menor intención de repetir nada con usted, todas las atracciones pasan, y esta, ya se acabó.

En este momento su sonrisa se borra lentamente, pero sin perder totalmente la curvatura de sus labios. Su capacidad de no demostrar nada me impresiona, es como si le hablara al espejo y no a él en realidad.

—Esto no es una atracción —señala nuestras figuras en el cristal del espejo—, esto es...

—Perfecto, sí, tiene razón, no es una atracción, fue una simple calentura, ya está, lo dije, lo admito —confieso tomando aire, porque siento que además

de estar roja como un tomate maduro, me estoy asfixiando—. Y por lo tanto ya se enfrió, no tengo intención de repetir nada con usted, porque aunque piense que yo voy tirándome a los hombres así porque sí por la vida, no lo es, primero necesito tener una relación.

—No lo pienso —me dice ahora sí muy serio—, pero yo no tengo ni ganas ni tiempo para tener una relación.

—Perfecto —le respondo ahora sí que con la moral por los suelos, ese fue un golpe bajo, y he de reconocer que me ha dolido—. Entonces ya nos estamos entendiendo.

La puerta de nuestro piso se abre, y contrario a lo que espero, que se baje primero, se acerca un poco más, toca mi mejilla y luego con mucha suavidad suelta los dedos que sujetan mi café y lo toma con su mano.

—El amor romántico solo pasa en los cuentos de hadas —sonríe—, pero muchas gracias por el café. Y espero que le vaya muy bien en su viaje a la playa.

Mi boca se abre en una perfecta “O”, y no porque se haya quedado con mi café, ¡es un todo y más!

Sin energías me siento a esperar que la hora avance rápidamente, me quiero ir, ¡y sí!, en el fondo de mi corazón idiota, quería otra cosa.

Cuando el reloj marca las seis, ya no con tanto entusiasmo como el de antes, tomo mis cosas y me marcho a mi departamento intentando no pensar en nada sabiendo que ahora sí todo se acabó.

Al rato después las chicas pasan puntualmente a las ocho de la noche. Todas nos vamos en el auto de Fran a la playa. Parecemos niñas cantando canciones románticas, y otras que son de cuando éramos bastante más jóvenes, pero cuando suena “Christina y Los Subterráneos”, todas entonamos nuestro himno; *Dile a papá que me voy de la ciudad* incluso la chica del peaje se ríe con nosotras.

Fran, mientras maneja, de vez en cuando mira hacia atrás y nuestros ojos se conectan, yo prefiero esquivarle la mirada antes de enfrentarla, porque al fin y al cabo, a ella no se le puede esconder nada.

En el hotel nos dividimos las dos habitaciones y yo de inmediato me voy con Claudia, las razones, son obvias. Justo cuando nos estamos poniendo de

acuerdo para cambiarnos y salir a dar una vuelta por la costanera, Fran me dice:

—Si crees que por dormir con Claudia te vas a salvar del interrogatorio, no olvides que ya nos conocemos desde hace doce años, tonta.

—Yo también te quiero —respondo para quitarle importancia al asunto.

En la habitación, Claudia, mi amiga organizada, antes de cambiarse guarda todo en el *closet*, son dos días, pero para ella el orden es fundamental. Lo que es yo, simplemente me pongo unos *jeans* rajados en la rodilla, y me calzo mis zapatillas favoritas marca supermercado.

Al salir la brisa marina nos alegra y nos revitaliza a todas, caminamos felices tomadas del brazo impidiendo que cualquiera que venga de frente pase por entremedio. Y así, como amigas, sin conversar nada trascendental, estamos relajadas, solo existimos nosotras.

Al otro día, a las nueve de la mañana toca la puerta mi querida Fran y nos tira sobre la cama dos poleras blancas y agrega:

—En media hora las quiero en el comedor para tomar el desayuno, y por supuesto con sus poleras.

Cuando cierra la puerta, nos miramos, Clau y yo, y hacemos una carrera hasta el baño, ninguna puede ni quiere llegar tarde.

Luego de la ducha me pongo la camiseta y salgo estirándola por el borde para mostrársela a mi compañera de habitación que está literalmente cagada de la risa sobre de la cama.

—¿En serio? “Flaco, olvídate”.

—No te quejes, peor hubiera sido que dijera, “Mauricio olvídate”.

—Ridícula— le digo lanzándole la toalla.

Tal como me lo imaginé, ver pasar a cuatro mujeres vestidas iguales y que precisamente no parecíamos chicas de *Team*, llama mucho la atención, casi todo el mundo nos mira y los que no, murmuran entre ellos. Pero la verdad a nosotras no nos importa, estamos felices.

A las cinco de la tarde de vuelta en el hotel comenzamos a prepararnos, a las siete debemos irnos a nuestra súper fiesta electrónica, esa que me hará

olvidar.

El requisito es vestir de blanco o *dress code*, como dice Paula, así que me pongo lo que cualquier mortal con dos dedos de frente diría que es un simple trozo de tela con dos tajitos pequeños sobre los muslos, o sea una faldita que con suerte me tapa la humanidad y una camiseta de tirantes, resultado: soy otra.

—¡Oh!, *my good* —a lo más gringa es lo que se me sale del alma cuando llegamos y veo la fila enorme que hay para entrar, por lo menos cien personas antes que nosotras, y la música tan fuerte que hasta afuera la escuchábamos todos. Casi cuarenta minutos después entramos al fin y lo primero que hacemos las tres al ver a Paula es reírnos a carcajadas.

—¿Y a ustedes qué les pasa? —nos pregunta enojada.

—Tu vestido —la señala Fran.

—Mi vestido, qué es un *Dolce & Gabbana*, ¡y de verdad! —nos ruge.

—¡Ah!, con mayor razón entonces —le ladra de vuelta Fran y ya veo en sus ojos que se abanderó por una causa—. Tu vestido es de croché.

—¡Sí, es la última moda!

—Chicas —habla Claudia, la verdad es que la gente ya nos empieza a mirar, y ya no solo a Paula, sino a todas.

—¡Es ella la que se ríe de mí!

—¡Pues claro, si tu súper vestido de marca *requete conocida* es de hilo y con las luces de neón se te ve hasta lo que comiste ayer!

—¡¡Ay, no!! —chilla Paula—. ¡Me muero!

—Nada de eso —nos habla Claudia mirándonos a todas, ya enojada—, no nos gastamos un riñón entero y la mitad del otro para devolvernos al hotel ahora. Tú —dice mirando a Francisca—, sácate la blusa.

—¡Qué!

—Lo que escuchaste, se llama causa común —y mirándome a mí continúa—, tú igual, no vamos a dejar que acá la señorita *Dolce & Gabbana* haga el ridículo sola.

—¡Yo..., yo no me puse sostén! —grito, y con tan mala suerte que el chico

que va pasando por nuestro lado se me queda mirando, y por supuesto, ¡justamente las tetas!

—¿Qué miras? ¡Nunca has visto un par de tetas! Si hasta las vacas tienen —me defiende Francisca quitándose la camiseta, enseñando un hermoso sostén bordado, que claramente no es marca de supermercado y todas nos la quedamos mirando.

—Dejen de mirarme las tetas que pareceremos lesbianas, y sepan que ninguna de ustedes tiene entre las piernas lo que me gusta a mí, y un arnés no lo arregla, y sí, es de marca, me lo regaló Roberto.

Ante esas palabras las tres nos matamos de la risa, es tanto que siento que la cara me duele de tanto estirarla. ¡Mis amigas son únicas... y las adoro!

Seguimos caminando hasta llegar a una mesa desocupada mientras mi cuerpo solito se va empapando de la atmosfera libertina del lugar. Aquí cada uno está en lo suyo, algunos cuerpos que están bailando se frotan entre sí y otros están en su propia dimensión con una carísima botella de agua mineral que cuesta el módico precio de tres mil pesos. Todo esto podría ser demasiado, pero como ocurre casi siempre en este tipo de fiestas, todo está al borde del exceso sin ser grotesco.

—Quiero hacer un brindis —propongo cuando el camarero nos entrega la copa de champaña de bienvenida—. Por ustedes, la conciliadora, la feminista y la enojona.

—Y yo —se adelantó mi Fran—, ¡por la caliente!

Las cuatro chocamos las copas y dimos por empezada esta noche de diversión y descontrol, nos la bebimos y salimos a bailar.

La primera en desunirse del grupo y llevarse un guapo rubio es Claudia, y la verdad es que a ninguna de nosotras nos extraña, simplemente es ella. Yo soy la siguiente, esta es mi oportunidad para sacarme el estrés de la última semana. Empiezo a bailar entre los cuerpos danzantes que se contorsionan a mi lado y de inmediato me siento engullida por el musculoso de mi acompañante. Listo, es ahora o nunca, me desato bailando perdiendo toda compostura al contornearme, levanto las manos y poco a poco comienzo a liberarme de la tensión al ritmo de la música y el ardiente ambiente de la discoteca.

—Eres muy guapa —me dice y a lo único que atino es a devolverle una

sonrisa, es obvio que me está mintiendo, estoy con el pelo pegado en la cara por la transpiración y seguro tengo el maquillaje corrido, pero como necesito pasar a algo más y el espécimen no está nada mal, respondo:

—Gracias, tú no estás nada mal.

Él me mira y sonrío, y aunque tiene una linda sonrisa y dientes PEP, no es lo mismo que el HDP, de Mauricio, ¡por la cresta! tengo que dejar de pensar en él y a eso he venido, por un polvo magnífico y esporádico que me haga zumbiar aunque suene más que atrevido, y en honor a eso me acerco y soy yo la que le planta un beso en la comisura de los labios, sorprendiéndolo.

—Vamos a tomar algo —me dice y antes de que le pueda responder me saca de la pista de baile tomando mi mano para llevarme hasta su mesa. Al sentarnos aparece un camarero con un par de tequilas, y así más que achispada llego al tercero de la noche.

—Bueno —comienza a hablar tomando la iniciativa con mi mano, acariciándola de arriba abajo—, ¿qué te parece si nos vamos a un lugar más cómodo? —sugiere ahora atacando mi muslo desnudo, llegando un poco más arriba del dobladillo de la falda, y eso... sí que es mucho decir.

Cierro los ojos un momento para tomar valentía y respondo:

—Claro, me encantaría —“me encantaría” Dios, sí que estoy siendo patética, ¿por qué mierda no le hablo así a Costabal?

—¿Viniste con alguien? —me pregunta acomedido—, para que les avises que te vas conmigo.

—Con mis amigas, tardo dos minutos en avisarles —le digo poniéndome de pie y él, galante se levanta junto conmigo y afirma con la cabeza. ¿Se puede ser más dulce?

Deambulo por el lugar y como existe la ley de Murphy no las encuentro, hasta que bastante rato después diviso en medio de la pista subida a un cubo a Claudia, mi primera intención es gritarle, pero no me escucha, así que empiezo a hacerle señas con las manos hasta que me ve y le indico que me voy, que nos vemos luego y ella en respuesta sonrío levantando los pulgares, poco falta para que haga otro gesto.

De vuelta a encontrarme con “no sé ni cómo se llama” cojo un chupito de una bandeja para infundirme valor y avivar la chispa que sé que me falta. Y



vaya que lo hace, ahora siento que piso algodones.

De pronto al dar la vuelta siento como alguien toma de mi codo con tanta suavidad que me giro con la mejor de mis sonrisas para ver a mi nuevo acompañante, pero la sonrisa de mis labios se queda congelada cuando veo a quien tengo en frente.

—¿Lo estás pasando bien?

—¿Señor Costabal...? —pregunto idiotamente, pero es que vestido con una simple camiseta blanca y unos pantalones de igual color no tiene nada que ver con el hombre que estoy acostumbrada a ver, siempre de traje e impecable —. ¿Qué hace aquí?

—Esto es una fiesta, y por lo que sé pública, señorita Andrade.

—Sí... sí..., claro —balbuceo alucinada, no alcanzo a reaccionar cuando toma mi mano ya no suavemente y comenzamos a caminar por entremedio de la gente, dando tantas vueltas que hasta me mareo y no sé si es por el alcohol o por la situación en la que ahora estoy metida. Subimos por las escaleras a lo que supongo es el VIP, porque él muestra su pulsera de muñeca color amarillo fosforescente y nos dejan pasar en tanto yo lo miro consternada y me quedo quieta.

—Sube.

Antes de que pueda protestar vuelve a tirar de mi mano y no me queda otra que avanzar o sino seguro me caigo de bruces, y doy un verdadero espectáculo.

Aquí la música está menos alta y se agradece, porque ya me retumba la cabeza, cuando creo que nos vamos a sentar volvemos a girar, pero ahora hacia la derecha, si antes había poca gente, ahora menos, aunque sí podemos ver a todos los que están bailando abajo, incluso veo a Claudia aún sobre el cubo.

Nos miramos por un momento en un silencio incómodo, no tenemos nada que decirnos, cierro los ojos porque esto no está funcionando, y cuando los empiezo a abrir, lo veo venir como una flecha hacia mi boca sintiendo esa maldita descarga eléctrica que se aloja entremedio de mis piernas. No aminora el beso cuando muevo mi cabeza hacia atrás, y perdiendo la razón como me pasa siempre lo abrazo en tanto nuestros cuerpos chocan por la ansiedad de un

simple, pero ardiente beso.

Con un gruñido de macho que me encanta, pone ambas manos sobre mi trasero levantándose del suelo, y con una zambullida enérgica introduce su lengua, tanto que casi no me deja respirar. Y sin importar lo excitada que me siento me aparto con fuerza por culpa de la que está ahora bailando feliz sobre el cubo y su maldita declaración de principios.

—¡Alto!, —logro decir sintiendo la humedad de mi boca—, usted tiene novia.

Costabal suspira, mira hacia el cielo y luego con esa penetrante mirada me mira arrugando el entrecejo.

—¿Hace cuánto que trabaja para mí, señorita Andrade?

—¿Qué?

—Responda —me apremia.

—Dos años.

—¿Y en estos dos putos años ha visto que me vaya a buscar alguna mujer o que me pasen llamadas de una novia? —bufa acercándose más, claro, si lo pienso así...

—Nunca...

—Entonces quítate esa idea de la cabeza y continuemos en lo que estábamos —me recrimina con ansias, aplastándose contra la baranda, y yo instintivamente enrosco mis piernas alrededor de su cintura. Él sube mi falda que claro, con lo corta que es no le cuesta mucho.

—No pienses en cuentos de hadas —me recuerda al momento de deslizar a un costado la tela de mi ropa interior para a continuación pasar su dedo caliente y rozarme.

¿Y yo que hago? Me dejo tocar, me encanta, hundo mi cara en su cuello y mis dedos ávidos de más desabrochan con rapidez el botón de su pantalón sin siquiera pensar en dónde estoy, mientras él respira con dificultad en mi oreja excitándose aún más, avivándose a más.

La música retumba a nuestro alrededor y aminora toda clase de sonidos que nacen de nuestro interior, facilitándonos las cosas. Mauricio me anima

pidiéndome más y yo sé que estoy perdida en su mirada, en esos perfectos movimientos sensuales y lascivos que solo sabe hacer el desgraciado de Costabal. Acaricia y tira de mi pezón por encima de mi camiseta haciendo que realmente crea que la gloria existe y que el cielo se abre para mí sin importarme que haya más gente alrededor, pero basta que uno solo de ellos detenga la mirada en nosotros y sume que uno más uno son dos, o en este caso: nosotros, y sabrán perfectamente en que estamos o en que estaremos en menos de cinco minutos.

—¿Quieres? —me pregunta poniendo la mano por debajo de mi camiseta, tocando al fil mi piel—. ¿Aquí y ahora?

—¿Serías capaz? —pregunto con ganas de una aventura de verdad.

Solo una risa gutural sale desde su interior, sin darme una respuesta verbal, porque esta llega en forma de embestida sin hacerse esperar. Por encima de su hombro puedo notar como la discoteca se abre ante mis ojos. Pero ya estoy atrapada en este cúmulo de sensaciones con la emoción a flor de piel. Mauricio flexiona las rodillas enseñándome lo bien entrenado que está y se acopla completamente dentro de mí, moviendo solo las caderas para que yo pueda sentir y mi placer se convierte en el suyo cada vez que entra un poco más. Me aprieto contra su pecho restregándome para sentirlo aún más, como si eso fuese posible.

Afirmándome con las manos en su dura espalda juntamos las caderas y siento como con fuerza empieza a embestirme mientras yo sigo suspendida en el aire, llenándome de él, escuchando todos los sonidos que emite, hasta que al fin me abandono al intenso placer que me está dando este espectacular polvo exhibicionista. Una fantasía prohibida que jamás pensé que experimentaría en mi vida.

—No puedo más... —reconozco alargando lo más posible este orgasmo, tanto que siento que ya no soy dueña de ningún movimiento de mi cuerpo.

—No tan rápido, señorita Andrade —me dice apretando los dientes contra mi hombro.

—¡Acaba! —gimo de auténtico placer y esa parece ser la palabra mágica detonante para que Mauricio comience a rendirse, yo ya estoy extenuada, tanto que casi no puedo soportarlo, a excepción de aceptar todo lo que me está dando.

—Mírame —me pide casi en una súplica, rindiéndose ante la dominación que este polvo magistral nos está entregando a los dos.

Mauricio Costabal brama reclamando lo que él cree que es suyo, y agradezco el ruido que acalla nuestros sonidos mientras yo con premura tomo su boca para besarlo y así poder gemir en sus labios.

Ya está, es demasiado, me pierdo en su boca sintiendo el éxtasis de una oleada de orgasmos continuos mientras él me folla con fuerza embistiéndome como un poseído hasta que deja escapar un sonido salvaje que al contrario de asustarme me excita aún más. Es rápido, lujurioso y sexy a más no poder, yo no ofrezco resistencia alguna, y muy al contrario le doy la bienvenida a todo lo que está fluyendo de su ser en este momento.

Se sacude con fuerza, estremeciéndose, sin esconder nada, aunque en su cara puedo ver su agonía al no querer entregarse por completo sin restricciones, hasta que por fin lo hace, se rinde ante mí y nuestra locura. Y de verdad, en este momento soy muy feliz, por él, por mí, por esto.

Pasados unos segundos cuando su respiración vuelve a ser normal lo beso en los ojos, en la punta de la nariz y en la comisura de sus labios, pero él se retira hacia atrás y me dice aun con la voz entrecortada por el esfuerzo:

—Espero que haya tenido el polvo que tanto quería, señorita Andrade.

Lo miro tragándome el nudo de emociones que comienza a fluir en mi interior, lentamente desenroscó las piernas de su espalda y me paro con toda la tranquilidad que logro reunir en tan poco tiempo.

—La verdad, Mauricio —me atrevo a tutearlo por primera vez mirándolo directamente a los ojos, unos que no logro descifrar qué dicen—. No vale la pena que te responda la pregunta, y gracias.

—Se lo dije —responde inseguro y sorprendido al mismo tiempo.

—Te equivocas, no te agradezco por el polvo exhibicionista que nos acabamos de dar. Te agradezco por abrirme los ojos a lo que de verdad eres.

—Soy el Diablo, ¿no es así como me llaman todos en la oficina? —me dice elevando el rictus del labio en algo que ni siquiera alcanza para ser una sonrisa.

—No, Mauricio, eres un simple mortal como todos nosotros —respondo

tocándole la cara con cariño, incluso puedo jurar que se estremece ante mi contacto y no da crédito a lo que sucede. En tanto yo... me doy media vuelta y me voy, por primera vez con tranquilidad, esa tranquilidad que da el saber que entregaste todo, y salir herida siempre fue una opción.

Como ya me despedí de las chicas salgo sola a tomar un taxi, cuando este se detiene, siento el grito de Fran que me pide que la espere. Ambas nos miramos y no hacen falta palabras para que sepa lo que me pasa, me pongo a llorar como si fuera una nena de cinco años, o en mi caso una mujer adulta que siente que tiene roto el corazón.

Cuando llegamos, muy por el contrario a dejarme sola, Fran sube conmigo a la habitación.

—Dúchate, que con olor a sexo no voy a dormir contigo —me dice metiéndose en mi cama, y cuando le voy a lanzar la camiseta se tapa bajo las sábanas.

Al estar frente al espejo veo la marca que tengo, y una nueva lágrima rueda por mi mejilla, justo cuando voy a abrir el agua siento la puerta y a continuación una voz... ¡esa voz!

Y por supuesto la curiosidad que mató al gato me embarga. Abro un poco la puerta y lo veo de espaldas sentarse a los pies de la cama y decir:

—Escúchame, Beatriz, yo sé que soy un hombre... complicado por decirlo de alguna manera, pero contigo me sucede algo que no logro comprender, me desorientas, me incitas a hacer cosas que no quiero hacer así, no creí volvería sentir, complicas mi mundo perfecto...

—¿Qué?! —ladro abriendo la puerta de golpe—. ¿Qué yo te complico? —vuelvo a chillar y en ese momento, como en un acto de magia, Francisca se destapa poniendo la cara de Mauricio como un poema, nos mira a ambas sin entender nada, pero es mi amiga la que habla mirándome a mí:

—Tenías que cagarla, aquí el Romeo de cuarta categoría me estaba explicando que es lo que su cabecita cuadrada no lo deja entender.

—Yo pensé que tú... —balbucea levantándose, y en ese momento las puertas del dormitorio se abren y entran el resto del regimiento gritando al unísono:

—¡¡¡Señor Costabal!!!



## 5

*“Cuando creas haberle ganado al Diablo... yo te estaré esperando”*

¡Ay Dios! Suspiro para mis adentros cuando veo entrar a las chicas, esto sí que no me lo esperaba. Tomo aire profundamente y me amarro bien la toalla al cuerpo para poder salir y plantarle cara a él y a ellas, que ahora me miran como si tuviera cuernos en la cabeza, la única que está disfrutando con la situación es Francisca.

El señor Costabal cambia de posición, colocando una rodilla sobre la cama, y ahora únicamente me mira a mí, es como si nadie más existiera, y eso me da ¡pánico!

—Vístete, tenemos que hablar —me ordena, y en ese mismo momento veo como la almohada de la cama se estrella directamente en su espalda.

—¿Y tú quién te crees que eres? —chilla Francisca—, acá Beatriz no está sola, y hoy para que te enteres no es día laboral, así que haz el favor de salir...

—Antes de que yo misma te corra a patadas —concluye Claudia abriéndole la puerta.

—Señorita Andrade... —gruñe en ese tono habitual al que ya estoy tan acostumbrada.

—¿Perdón? —habla ahora Paula con una cara de cabreo como pocas veces le he visto en mi vida—, ¿usted que es de universidad prestigiosa, culto, hombre de mundo y bla, bla, bla, no es capaz de entender? Bueno, se lo repito, es simple. ¡Fuera!

Antes de que se arme la tercera guerra mundial salgo del baño para poner

calma, pero antes de dar un paso, todas me gritan: alto, y yo, más apabullada que obediente me quedo tipo “Moái” parada en la puerta. Costabal gruñe cual perro furioso levantándose, las mira a todas sin amilanarse y luego se detiene frente a mí, mira su reloj y luego habla con una sonrisa que juro que quiero borrar de su cara.

—En unas horas..., hablaremos —suspira exasperado—, en mi oficina, en mi espacio..., señorita Andrade, ¡ah!, y si intenta excusarse con una licencia barata, créame que sé dónde vive.— Y dicho esto, pasa en modo #AquiVengoYo entremedio de las chicas, y cuando todas estamos a punto de respirar en paz se gira y dice:— Romeo, para que sepan, le habla a Julieta desde la calle a su balcón, pero claro, seguro solo conocen la adaptación a película, interpretada por DiCaprio, no la obra que escribió Shakespeare.

Sin importarme nada, apenas oigo el cerrar de la puerta, me tiro literalmente en la cama poniéndome el brazo en la cara, estoy agotada, física y emocionalmente, y claro, ahora estoy escuchando una cantidad indefinida de improperios hacia mi jefe.

Si antes las chicas lo odiaban, ahora es peor, pero no solo las balas van dirigidas a él, sino que todas las esquirlas me pegan a mí.

En un instante, siento como una mano cálida me aparta el pelo de la oreja y me susurra que me vaya a la ducha, después de un té, todo estará mejor. Mi Clau..., suspiro y hago exactamente lo que me dice, cuando regreso, un poco más decente y oliendo a esencia de coco, la de la fruta, no de la otra. Las chicas ya están calmadas, ninguna dice nada. Nos despedimos con besos y quedamos en juntarnos al otro día para disfrutar de la última jornada de nuestro gran fin de semana.

Por la tarde, cada kilómetro que recorremos de vuelta, me acerca un poco más a la realidad, esa que sé, que tengo que enfrentar mañana, una para la que por supuesto no estoy preparada para afrontar, porque sí, soy una cobarde aunque la parte cuerda de mi cerebro me dice que tengo que hacer las cosas bien, el problema es que creo que aquí, son precisamente “las cosas” las que ya se han salido de control, y eso es lo que verdaderamente me asusta, ¿y por qué?, porque yo sí creo en los cuentos de hadas y el lobo feroz, y como soy rara, no quiero un príncipe azul, quiero a un lobo que me coma mejor.

Me despido de las chicas, y ellas por supuesto me llenan de consejos, los



más extremos, de Fran y de verdad me gustaría ser un poquito más como ella, al menos así podría ponerle los puntos sobre las íes.

Por supuesto y con lo nerviosa que estoy me despierto antes de que el reloj suene, y aunque él crea que ganó, me visto con pantalones. Sí, es mejor afrontarlo de una buena vez, a mí me pasan cosas con el señor Costabal, y lo peor es que no es solo una calentura.

Desde que lo vi la primera vez he hecho cosas para que se fije en mí. Muevo la cabeza para no recordar nada, cada locura que hace una... Justo cuando voy saliendo, las palabras de Francisca retumban en mis oídos, y sí, ella tiene razón; sin importarme llegar tarde me vuelvo y me pongo un traje de falda y chaqueta color rojo junto con una polera negra y zapatos a juego, la verdad es que me veo bien, ¡o más que bien diría yo! Y así, concientizándome que puedo, me voy a trabajar.

Aquí en la oficina todos hablan de lo espectacular del almuerzo del sábado, y yo para evadir cualquier tipo de explicaciones me siento a trabajar. Sé que en algún momento del día tendré que enfrentar al diablo, y para eso me estoy preparando, aunque claro, imposible saber de qué humor se encontrara hoy... después de lo de ayer.

No, no tengo ni la mayor idea, pero supongo que vamos a conversar, aunque por primera vez tengo claro lo que no voy a hacer. ¿Sí? No, me estoy mintiendo a mí misma, si quisiera mandarlo a la cresta definitivamente no me habría puesto esta falda, y mucho menos las pantis de liga. No, ni en sueños. Solo hablaremos.

Respondiendo unos correos estoy cuando de pronto entra uno de Paula, seguro quiere saber de mi estado.

**De:** <paulamartinez@yahoo.com>

**Para:** <claudiapavic@gmail.com> franciscamatus@gmail.com >  
<beatrizandrade@gmail.com >

**Fecha:** 12 de mayo de 2016 09:34

**Asunto:** Tranquilas, ¡tengo la solución!

Hola Brujas: Se me perdió el teléfono, así que les hablo por aquí mejor, a todas y de

una vez. Aquí va: creo que tengo la solución para la calentura de Bea. Hay que buscarle algo serio, estable, no un polvo de fin de semana.

Las quiero brujas.

Leo y mi boca se abre, incluso me refriego los ojos para ver si estoy leyendo bien, no alcanzo a teclear cuando aparece una respuesta.

**De:** <claudiapavic@gmail.com>

**Para:** <paulamartinez@yahoo.com> franciscamatus@gmail.com >  
<beatrizandrade@gmail.com>

**Fecha:** 12 de mayo de 2016 09:35

**Asunto:** Tranquilas ¡tengo la solución!

Me encanta, organizo algo en mi casa, con los amigos de mi oficina.

¡¡Qué inteligentes que estamos!! Las quiero brujis.

Voy a responder, cuando ingresa otro correo.

**De:** <franciscamatus@gmail.com>

**Para:** <paulamartinez@yahoo.com> claudiapavic@gmail.com >  
<beatrizandrade@gmail.com >

**Fecha:** 12 de mayo de 2016 09:36

**Asunto:** Tranquilas ¡tengo la solución!

¿Por qué creen que un hombre es la solución?, Bea, ¿te compro un vibrador? ¡Ah!, no, verdad que ya tienes uno ja, ja, ja se me olvidaba que el jefe piensa en todo, pero tranquila, te regalo uno clitoriano, así cuando lo veas y se te mojen las bragas te lo pasas y ¡Zaz!, quedas livianita.

\*Paula, lo tuyo es de psiquiátrico, tercer celular que pierdes este año, te voy a regalar uno de palo.

Y no les diré que las quiero, no somos lesbianas, y otra cosa, “Brujas” ¡¡¡Por favor que

somos adultas!!!

Un beso.

Me tapo la boca para no reír ante las ocurrencias, pero prefiero enviarles un correo de inmediato diciéndoles que esa no es la solución a nada, no necesito otro hombre en mi vida, en realidad no necesito a ninguno.

Voy a poner la primera letra cuando mi teléfono suena, y ahora sí que mi día comienza, no falta el cliente atrasado en sus impuestos. Y obvio no quiere pagar de más. De lleno me pongo a buscar subterfugios para dejarlo contento.

En eso estoy cuando, sin siquiera tener que levantar la cabeza, siento su presencia, mentiría si dijera que es su perfume o el ruido que hace al caminar, es simplemente... el señor Costabal y lamentablemente mi cuerpo lo sabe.

Levanto solo la vista y veo al hombre de mis pesadillas esta mañana más formal que de costumbre. Su traje es de un impoluto negro, y una corbata de seda del mismo color. Se ve, literalmente soberbio. No sé si está tranquilo o enojado, porque sus bonitos ojos están escondidos detrás de unas gafas. Lo que sí sé, que la elegancia que lleva no es ni de cerca parecida al hombre con el que follé la madrugada del sábado, este me da... repelús. No es que esté pensando en otra cosa...

—Señorita Andrade —expresa tranquilo.

—Dígame, señor Costabal.

—La espero en mi oficina, me debe un par de explicaciones —abro los ojos como platos y los colores de inmediato se apoderan de mi cara, él se da cuenta y continúa—: me debe una explicación por lo del sábado.

Justo cuando voy a botar el aire, que ni sabía que tenía contenido en mis pulmones, agrega:

—Y la explicación es doble, y da la casualidad que únicamente es entre usted y yo.

Trago saliva, porque sé que todos nos están mirando en este momento, y como una buena actriz, asiento con la cabeza como si sus palabras no tuvieran mayor importancia.

—Termino de mandar un correo y voy.

Mira lo que estoy escribiendo sobre mi libreta, y luego camina a su oficina. Ahora tengo claro como vendrá la mano, trato de demorarme lo más posible, hasta que lo veo parase en la puerta. Me llegó la hora.

Camino con la máxima seguridad que puedo, y cuando paso por su lado sé que me está mirando, no espero a que me invite a sentarme aunque es lo primero que hago, y cruzo las piernas como si eso me fuera a dar algo de protección.

Cuando se sienta frente a mí, sus ojos se abren como nunca antes los había visto y dirige sus ojos directo a mis piernas.

Instintivamente voy a bajar más mi falda cuando lo escucho rugir.

—Ni se te ocurra..., me agrada la vista.

—Yo no soy la entretención de nadie —respondo molesta, y antes de descruzar las piernas, siento como el señor Costabal pone su mano, pesada y caliente sobre mi falda, impidiéndomelo.

—Tenemos que hablar, me debes unas explicaciones.

—¡Yo! —chillo realmente desconcertada.

—Baja la voz, que no estamos en una fiesta —me regaña sin dejar de mirarme a los ojos.

—Yo no tengo que darle ninguna explicación, usted fue a mi hotel el sábado —respondo con valentía.

—Y por lo mismo me debe una explicación.

Niego con la cabeza tragando saliva.

—¡Sí! —gruñe—, ¿qué mierda es eso que ahora quieres una pareja estable?

—¿Espías mis correos?! —lo acuso con ganas.

—Responde.

—No tengo que darle explicación sobre mi vida privada.

—¿Por qué mierda tus amigas te están buscando pareja? ¿No tienen nada mejor que hacer? —me pregunta enarcando una ceja con una irritación

evidente.

—¿Acaso no leyó todo el correo? —Le reclamo entre dientes—, ¿no fue capaz de hacer la investigación completa?

—Tal vez quieren buscarte a un imbécil para que no termines como solterona llena de gatos.

Eso sí que me molesta, me inclino hacia delante para que me escuche y no gritarle lo que en realidad quiero.

—O tal vez para que me olvide de un imbécil, que tiene tendencia al acoso y...

Antes de terminar, su frente se pega a la mía, agarra mi cara y comienza bufar.

—Eres la persona más...

Cierro los ojos al momento de sentir su cálido aliento preparándome para sentir sus labios sobre los míos, pero nada de eso sucede, en cambio retira la silla hacia atrás y con la cara de maldito diablo que tiene sonrío.

—Vuelva a trabajar, señorita Andrade, que para eso le pagan. En realidad no tenemos nada que aclarar.

Uno, dos, tres segundos pasan hasta que reacciono ante sus palabras, me levanto rauda con el ego por los suelos y cuando estoy por llegar a la puerta me suelta:

—No sabía que trabajaba en una línea aérea, parece azafata.

No me giro únicamente para que no vea la lágrima que corre por mi mejilla. Salgo como si nada y corro al baño. Rabia, ira, pena, desazón, pero sobre todo humillación es lo que siento, el maldito de Costabal hace que mis sentimientos sean un torbellino de emociones y prácticamente todas negativas. Después de mojarme la cara un par de veces aprovecho que no hay nadie y me siento sobre la taza del WC, necesito serenarme antes de volver a mi puesto de trabajo, hasta que de pronto, el único ser que no quiero ver, entra.

—Definitivo —suspiro cansada—. Usted, señor Costabal, no sabe leer, este es el baño de mujeres.

—Quería saber si estabas bien.

—Por supuesto que estoy bien, ¿no sabe a qué se viene al baño? —le respondo intentando tranquilizar mi respiración, a través del espejo puedo ver lo agitada que estoy, pero es que este hombre simplemente... me descoloca.

—Recién... —comienza a decir mientras avanza—. ¿Querías que te besara?

—Salga de aquí, no le voy a responder una estupidez como esa, ¿cree que es irresistible?

—Eres tan fácil de leer —sonríe levantando la comisura de su labio.

—Si no tiene más nada que agregar, láguese y déjeme en paz.

—Te dejaré en paz cuando me respondas la pregunta —murmura tensando su mandíbula, pegándose demasiado a mí.

—No sé si quería —comienzo a sincerarme sin saber por qué—, pero lo esperaba.

—Justamente por eso no lo hice —responde con toda la tranquilidad del mundo—, tú querías que te besara, que te abrazara, y que te dijera que había ido a buscarte a la fiesta, y que después me había ido a declarar a tu hotel el sábado. Yo no hago ese tipo de cosas —habla entre dientes, como si le molestara lo que me está diciendo.

La humillación que siento es reemplazada por la furia, producida únicamente por sentirlo tan seguro de algo que yo ni siquiera estaba esperando. ¿O sí?

—No tengo idea si hace o no ese tipo de cosas, de lo que sí estoy segura es que lo vi el sábado en la fiesta, y luego en mi habitación, no estoy tan loca como para no recordarlo.

—No, no estás loca, al menos no completamente —afirma apoyándose en la puerta, ahora sí que no puedo salir.

—En eso sí que estás equivocado —digo tuteándolo—, debo estar bastante loca para no partirte la cara por todo lo que me has dicho, pero tranquilo, no estoy tan loca como para acusarte de algo que también provoqué.

—¿Provocar? ¿Acaso sabes lo que tú provocas en mí?

Niego con la cabeza.

—Nada, absolutamente nada —asegura con una sonrisa sardónica.

—Si no te provoco nada —siseo—, ¿qué mierda estás haciendo aquí? —bramo desde el fondo de mis entrañas, igual como lo haría un animal herido.

Definitivamente, la atracción que siento por este hombre me va a volver loca de verdad.

—Únicamente vine a ver si estabas bien —repito mirándome directo a los ojos—. Lo que intento que entiendas es que conmigo no conseguirás ese maldito cuento de hadas que tienes en la cabeza, esto es solo lujuria, morbo y placer, ¿no lo entiendes?!

—¿Y qué si no lo quiero entender!? —exclamo esperando otra de sus cuchilladas, pero en vez de eso, solo silencio, y con esa respuesta cierro los ojos... derrotada, ya no tengo que tocar más fondo, yo ¡YA! estoy en el fondo de la humillación, pero cuando los vuelvo abrir resignada veo como sus pupilas están completamente dilatadas.

—La única razón por la que no te besé en mi oficina, es porque tú quieres un maldito beso diferente al que yo quiero darte. Tú quieres un puto beso con los ojos cerrados, mientras te acaricio con ternura y pasión, y lo que yo quiero es quitarte ese pedazo de tela que no alcanza para ser una falda, besarte con los ojos abiertos y ver el deseo en tus ojos mientras te sujeto por el pelo y te quito el estúpido moño de vieja de mierda que estás usando —gruño respirando agitado—, entonces, resulta señorita Andrade, que lo que usted visualiza es distinto a lo que quiero, por eso es mejor hacer las cosas como las estoy haciendo yo.

—No eres adivino para saber lo que quiero —miento descaradamente, pero me mentiría aún más si le digo que tampoco quiero ese beso que me ofrece.

—Ni te imaginas lo que yo quiero.

—Si no me dices lo que quieres... imposible saberlo —refuto acercándome yo a él, definitivo: sí estoy loca—, ya que tú eres tan, pero tan inteligente, me lo podrías decir.

—Quiero lo que me pertenece.

—Lo siento, señor Costabal, solo en el mundo de Disney uno le pertenece al otro, en cambio en el que usted vive, eso, claramente no existe —murmuro

rozándole los labios, haciéndolo temblar.

—No sabes lo que dices —responde mirando hacia el techo, tomando aire, ese que parece ahora le falta.

—Lo tengo claro,... y no cierre los ojos, porque si no es imposible que pueda ver las chispas que le están saliendo, y... —continuo bajándole la corbata al tiempo que le desabrocho el primer botón—, debería quitarse este traje que lo hace parecer un garzón.

Bajo las manos lentamente hasta metérselas bajo la cinturilla de su pantalón, hasta sentir un bulto, duro y dispuesto para mí. Sin poder aguantar más, suelta un bufido masculino que me hace temblar, pero no de miedo, sino que de pura excitación y con eso sé que ambos estamos perdidos. Sigo un poco más al sur mientras mis dedos como si fueran expertos comienzan a masajearlo sintiendo su humedad.

—Vete al infierno, Andrade.

—¡Oh!, sí, allí mismo es donde quiero llevarlo ahora —digo rozando su cuello con mis dientes.

Él deja escapar una risita nerviosa y con una fuerza que no sabía que tenía lo empujo contra la puerta del baño, cojo sus manos y cual fuera, Beatriz Grey, las paso por sobre su cabeza manteniéndoselas juntas con las mías poniéndome de puntitas para besarlos. Siento como intenta sin mucha fuerza sacar sus manos y para que entienda mi negativa, muerdo su labio inferior.

—Deja de luchar —mando restregándome contra su cuerpo sintiendo su erección.

—¡Maldición! —responde bajando su cabeza y yo puedo alcanzar sus labios sin problemas—. No podemos hacer esto aquí —se excusa no muy convencido.

Sin siquiera atender su suplica, porque eso es más que una negativa, comienzo a besarle el cuello hasta llegar a su clavícula para dirigirme al hombro, todo esto sin soltarle las manos, solo su boca en su piel. Estoy tentada a abrirle la camisa con un solo movimiento, pero a pesar de que estoy más que caliente, algo de cordura me queda y recuerdo que después ambos deberíamos salir por la puerta.

—No te muevas —le ordeno mirándolo a los ojos, dejando sus manos



hacia arriba, mientras con rapidez le desabrocho todos los botones para al fin quitarle la maldita corbata.

« ¡Guau!», chillo en mi interior, este hombre posee un *six pack* completito y está a mi disposición, seis tabletas de chocolate dispuestas para ser comidas, y yo... ¡amo el chocolate!

Bajo con un reguero de besos hasta su pantalón, que como sospechando lo que llegará, se baja considerablemente.

Mi lengua es la primera en hacer contacto con su ombligo, precediendo lo que vendrá haciéndolo gemir, incluso sus rodillas se flectan un poco.

—Shshs —susurro contra su estómago.

—Más... por favor.

—¡Qué educado! —Me sale del alma y como a mí me enseñaron que las cosas con la teoría del “garrote y la zanahoria”, decido premiarlo por ser obediente, aún está manteniendo sus manos arriba, aunque ya no tan estiradas. Pero al momento de bajar su bóxer para reclamar mi premio, siento como sus manos me cogen por las axilas; de inmediato aferro las piernas a su cintura y lo primero que hace sin delicadeza alguna es quitarme mi moño, que tanto trabajo me costó para que me quedara perfecto.

Se da la vuelta y ahora soy yo la que queda pegada contra la pared, entonces se da cuenta que nos separa demasiada ropa. Estoy completamente vestida, solo he perdido un tacón. Y como si me leyera el pensamiento, sus manos comienzan a tirarme de la ropa con desesperación.

De pronto ambos sentimos unos ruidos provenientes del pasillo y soy yo la primera en tensarme, después de algunos segundos, mirándome con la lujuria instalada en la cara me repite:

—No deberíamos hacer eso.

—Entonces no lo hagamos —respondo con sinceridad, tampoco lo voy a obligar.

—¿No quieres? —me pregunta abriendo mucho los ojos, casi como si lo hubiera insultado. Me mira, nos miramos y ninguna palabra sale de mi boca. Mis dedos rozan sus brazos hasta llegar de nuevo a su cuello y un escalofrío recibo en respuesta.

—No sé qué quieres tú —logro articular atontada por el cúmulo de emociones que estoy sintiendo.

—Yo...

—Dímelo, ya sé que eres un hijo de puta sin sentimientos.

—Yo quiero cerrar los ojos.

—¡Tú! Después de todo... —su boca arremete contra la mía y sé que ya estoy perdida, que no hay vuelta atrás.

—Quiero estar dentro de ti, ahora.—Sin hacerlo esperar más porque no soy quien, corro mis bragas para darle acceso al libre al centro del placer.

—Estoy lista.

Nunca, en mis veintipocos años me había sentido tan deseada salvajemente, hasta el punto de ser primitiva y solo dejarme llevar, en cambio con Mauricio me pasa todo y más. Ambos gemimos cuando lo siento entrar lentamente deslizándose en mi interior. Vuelvo a pedirle silencio, pero sus jadeos ahogados me hacen sacar las ganas que le tengo y soy yo quien comienza a moverse más rápido. Una parte de mí está gozando al hacerlo sufrir, en tanto él me paga con embestidas cada vez más duras y yo sí quiero gritar. Para aplacar el sufrimiento, o aumentarlo mejor dicho, comienzo a susurrarle preguntas al oído: Como si le gustaba follar así, si quiere que le diga otro tipo de palabras, etc. Pero cuando le pregunto si le puedo hacer un chupón, sin importarle quien, o dónde estamos gruñe un “sí” que retumba por todo el lugar.

Los cuadros que cuelgan se están moviendo, ya veo que alguno se cae al suelo, pero ni eso me interesa en este momento, solo lo quiero sentir.

—Estás destrozando mi mundo, Andrade —asegura apretando los ojos, dejándose llevar por un camino que yo también estoy recorriendo—, cuando salgas de aquí quiero que lo recuerdes, quiero que recuerdes lo que me haces, y quiero que recuerdes que yo te lo advertí —concluye desesperado.

Ante esas palabras expresadas más con pesar que otra cosa, tomo su mano entrelazando nuestros dedos para que me sienta.

—¿Me sientes? —pregunto casi en hilo de voz, él mueve su cabeza tan lento que casi parece en cámara lenta—. Entonces solo cierra los ojos y ya.

Cuando lo hace toma mi boca juntando sus labios con los míos emitiendo un sonido ahogado de un suspiro, y así como por arte de magia el clímax comienza a llegar. En este mismo instante nos dejamos llevar por un sinfín de sensaciones. Las últimas embestidas, más profundas y fuertes me hacen saber que él ya ha llegado a su máximo placer, en tanto yo sigo estando en el limbo de las emociones.

Soy la primera en abrir los ojos y por primera vez en estos dos años que nos conocemos puedo ver de verdad su rostro relajado. Ahora y por un segundo, no es mi jefe, no es el señor Costabal, es simplemente Mauricio, que abre los ojos cuando ambos sentimos unos tacones acercarse, rompiendo la maravillosa burbuja del momento, obligándome a bajar las piernas y separarme de él, pero antes de que eso suceda, pega mi cara contra su pecho y nos quedamos en completo silencio.

Tras varios minutos así, me separo y comienzo a vestirme, en cambio el señor Costabal sigue en la misma posición, solo que ahora con el ceño fruncido.

Una vez lista, me mojo el pelo e intento reordenar mi cabello. Ahora, el baño se me hace demasiado pequeño y entre nosotros reina un incómodo silencio. Tomo la manija de la puerta deseando tener algo que decir. ¿Pero qué? ¿Qué follemos cuando quiera? ¿Que lo he disfrutado? Nada, salgo en completo silencio y en vez de ir a mi escritorio, me voy directa a la cafetería, necesito un café y por supuesto despejarme.

Al rato después, cuando vuelvo, Carmen me dice:

—¡Los ratones estamos de fiesta!

—¿Cómo? —le pregunto sin entender su cara de felicidad.

—El señor Costabal se fue.

—¿Se fue? ¡Cómo se fue!



## 6

*“Algunas decisiones pueden llevarte a mi...  
infierno”*

Si el resto de la mañana se me pasó lento, la tarde fue peor, he mirado la hora más veces que en toda mi vida, y junto con eso, la entrada. No sé qué pensar del señor Costabal, tampoco sé dónde está, bueno, ni yo, ni mis compañeros, ni su secretaria que ha dado un sinfín de disculpas a todos los clientes que lo llaman, y peor aún es con los que han venido personalmente a verlo.

De mis amigas paso, y ellas además tienes ese noveno sentido y saben que lo estoy haciendo a propósito; el último mensaje de Fran es que no me corte las venas, en cambio, mi Clau, solo quiere saber si estoy bien, la verdad es que yo también me lo pregunto, ya que la realidad es que no lo sé, y no lo sé porque no sé nada de nada.

Cuando el reloj marca las seis de la tarde, cual zapatilla de clavo me levanto de mi escritorio para irme, necesito aire y un coma diabético, que sé me dará un helado de menta, una barra de chocolate, y para coronarlo, una salsa grande de chocolate, y no una cualquiera, sino la de la marca gringa que vende el supermercado.

Tras casi una hora de viaje, me doy cuenta que odio el metro, es lo primero que se me viene a la cabeza cuando apenas logro bajarme del vagón, pero ni eso me impide pasar al supermercado, y ahora camino a mi casa como burro de carga, porque no solo lo dulce me habló, sino que un paquete de papas fritas, unos nachos, una bebida y par de cervezas para ahogar las penas.

A este paso terminaré en Alcohólicos Anónimos y con lo loca que estoy me pongo a reír sola, pero como siempre el universo se confabula en mi contra, o como dice Paula, es el karma que todo lo devuelve, aunque, claro que si fuera por eso estoy segura que fui *La Quintrala* en la otra vida. Pero el karma o universo, o todo junto mi teléfono con el *rington* de un perro empieza a sonar, o sea, me llama mi madre. Aunque hago esfuerzos por responderle se corta la llamada, y no pasan ni dos segundos cuando ahora empieza a sonar el aullido de un gato. O sea, mi madre me llama desde el teléfono de mi padre, y si son dos veces es mejor responderle.

—¡Mamá! Voy con las bolsas del supermercado —respondo para que me corte, pero es ella, y primero me pregunta lo que quiere saber antes de cortar, y una vez que ya le juro y re juro que sí voy este fin de semana a almorzar a su casa, me deja colgarle.

Con tan mala suerte la mía, que justo cuando estoy guardando el maldito teléfono, este vuelve a sonar, y ahora cacarea un gallo.

—¡Ya dije que iría el domingo! —le chillo a mi hermano—, y le sonreiré a la maravillosa esposa que tienes como si fuera mi mejor amiga —me mofo, riéndome, no hay nadie que me caiga peor en el mundo que mi cuñada—, y ahora, te juro que te voy a cortar porque si no las compras del supermercado se me caerán, y estoy pobre para comprar de nuevo. Un beso para ti, para mis niños y como hoy voy en plan buena, uno para la amargada.

Mi hermano solo me lanza un beso de vuelta y como siempre, es él quien me deja hablando sola. Ahora seguro lo llamarían *bullying* entre hermanos, pero en mi tiempo y en mi familia, o según él se llama la ley del hermano mayor, la verdad es que ser la menor apesta, por último la del medio es el jamón del sándwich.

Por fin termino de hablar con toda mi familia, menos mal que no tengo más hermanos, si no, no llegaría jamás y el helado se me derretiría. Apresuro el paso un poco más, y pongo mi mejor cara para el conserje levante su... humanidad y me abra la puerta, cuando de pronto escucho:

—Son las ocho y media, ¿se puede saber dónde mierda te has metido, en estas más de dos horas, si sales a las seis?

Me giro literalmente temblando de nervios... ¡Es el señor Costabal!

¡Y ni siquiera unas buenas noches!

Lentamente me vuelvo hacia él, me quedo de piedra y sin aliento al verlo sentado sobre el capó de su auto con los brazos cruzados, por supuesto, con el ceño fruncido esperándome, y encima señalándome la hora en su reloj de muñeca.

—Estoy esperando una respuesta, señorita Andrade. No es tan difícil la pregunta.

Me quedo un par de segundos literalmente sin decirle nada, es más, ya siento como mis manos tienen un leve temblor. Muevo la cabeza para ambos lados para salir del letargo en que me encuentro y contestarle a este imbécil como Dios manda, ¿Quién se cree que es?

—Lo que yo haga después de las seis de la tarde es mi problema, y usted... —le apunto acercándome con una fuerza que no sabía que poseía. Pero justo cuando estoy por tocarlo, una de las malditas bolsas celestes se abre, y la bebida se estrella contra el suelo, reventándose, manchándole completamente los pantalones y parte de la camisa.

—¡Mierda! —exclamo soltando ahora todas las bolsas, para a continuación sacarme la bufanda que llevo y comenzar a limpiarle el pantalón, que dicho sea de paso, está empapado. Sin querer la paso por esa parte, y él con unos reflejos que jamás imaginé que tuviera, detiene mi mano justo ahí, ejerciendo la presión justa para no hacerle daño.

Roja, fucsia, y ahora sí que muy avergonzada levanto la vista para mirarlo, está realmente furioso.

—Subamos.

—¿Qué? ¡No! —Una cosa es la oficina y otra muy diferente la intimidad de mi departamento, niego con la cabeza. Pero claramente al señor Costabal parece no importarle, coge las bolsas pasando por mi lado sin siquiera mirarme, y por increíble que parezca, antes de que llegue a la puerta, el conserje le abre, y... ¡lo saluda!

Sin podérmelo creer lo sigo, Cuando se para frente al ascensor me hace un gesto para que apriete el número, yo ni siquiera lo miro, no puedo.

Al llegar a mi piso, como todo un caballero que no es, me deja salir, claro, porque no tiene las llaves, sino seguro hasta me abriría y entraría primero.

Con mis manos temblorosas pongo la llave en la puerta, entro y enciendo

la luz, él se queda en la puerta esperando a que lo invite, y cuando lo hago, se queda mirando pasmado todo alrededor.

—Bueno, ya había venido, claro, pero no está tan ordenado como esa vez, pero... —comienzo a justificarme no sé por qué, pero antes de seguir hablando me corta.

—Es muy tú, tal y como está —sonríe de medio lado.

—¿Perdón? —pregunto de verdad sin comprender ni una sola palabra.

—Simple, este espacio —dice apuntando—, te representa completamente —suspira dejando las bolsas sobre la mesa, y como si fuera una pantera elegante comienza a acercarse luego de cerrar la puerta.

El silencio cae sobre nosotros, únicamente nos miramos durante un par de minutos que se me hacen interminables.

—Ahora, dime, ¿de dónde vienes?

Solo abro la boca, ¿no ve las bolsas del supermercado que él mismo cargó?

—Estoy esperando una respuesta —Un paso más y ya casi nos tocamos.

Furiosa por lo que me pregunta, juro que mi instinto animal hace que me den ganas de tirarle las bolsas a la cara, pero me contengo.

—Lo que yo haga después de las seis es mi problema. ¿O le pregunto yo dónde estuvo todo el día de hoy señor Costabal?

—Eso es asunto mío y no le incumbe.

«¡Basta! ¡Mi paciencia se acabó! ¡O sea yo tengo que dar explicaciones y él no!».

—Aclaremos una cosita —comienzo a decir mientras sé que me estoy sulfurando—, lo que yo haga, así como lo que usted haga, no nos incumbe a ninguno de los dos. Por lo tanto, haga el favor de dar media vuelta y marcharse, la salida ya la conoce.

Decidida, paso por su lado para ser yo quien le abra la puerta. ¿Quién mierda se cree que es?

—Estabas con el imbécil de turno que tus brujas te han buscado —me acusa con superioridad para que recuerde que lee mis correos.



No me quita la vista de encima y por supuesto no avanza. ¡Será idiota!

O la idiota soy yo que lleva dos minutos con la puerta abierta, decido quedarme aunque sé que no se moverá, así que me giro para enfrentarlo.

Su ceño sigue fruncido y ahora el mío también, ambos nos retamos con la mirada sin dar nuestro brazo a torcer. Tiene una actitud que me intimida mientras por obra y gracia del espíritu santo avanza hacia la puerta, y cuando creo que está a punto de salir, la cierra dando un portazo que mueve el ventanal y eso sí que me pone nerviosa.

—Beatriz...

—¿Perdón?, señorita Andrade para usted.

—Ya no son las seis —sonríe con su típica sonrisa de #AquíTePilloAquíTeMato.

Se acerca... demasiado.

—Váyase de mi casa —le exijo en un tono que hasta a mí me cuesta creérmelo.

—No me voy a ir y lo sabes —da otro paso y yo retrocedo.

Achino los ojos para que vea que no estoy jugando. ¿Y él qué hace?, se acerca un poco más.

—Si no se va, mañana presentaré una queja en la inspección del trabajo.

Al fin se quita esa maldita sonrisa de la cara, pero ahora da un último paso y quedo acorralada contra la pared. Toma mis brazos y tira de mí hacia su cuerpo, un segundo después, pone su mano en mi nuca y me besa como solo él sabe hacerlo. Con posesión, y yo, ni siquiera le detengo, me gusta y sería inútil negarlo. ¿Siempre será así?

—No he podido dejar de pensar en lo que sucedió esta mañana.

Asombrada por lo que escucho lo miro alucinada.

—Y si fueras tan amable, ¿podrías decirme de dónde vienes a las ocho y media de la noche si...?

—Del supermercado —lo interrumpo antes que vuelva con la cantaleta que ya me ha repetido anteriormente y aprovecho para poner aunque sea unos centímetros de distancia—, y si ya está conforme con la respuesta, podría irse

de mi casa o...

—¿Otra amenaza? ¿A quién llamaras, al conserje?, ¿a tus amigas?

—No es una amenaza y aunque esté acostumbrado a mandar a todo el mundo y ordenarles que salten, y que ellos le respondan, yo no pienso hacerlo.

Mueve la cabeza y susurra muy cerca de mis labios.

—Sé que quieres esto igual que yo —afirma con altanería, esa que le da el saberse ganador de antemano. En tanto yo no le respondo, no puedo, porque no puedo ser tan cara de raja y mentirle en la cara. Esta situación, su cercanía, me gusta, pero tampoco lo voy a reconocer.

—Yo no quiero esto...

—Lo sé, quieres algo que solo pasa en los cuentos de hadas —recuerda pegando su frente a la mía.

—Te escucho, Beatriz, no soy sordo y mucho menos idiota.

Me dice y vuelve a desconcertarme, ¿Cómo me puede recordar algo que le dije hace tanto tiempo? Pero sin darme un solo segundo más me eleva poniendo sus manos en mi trasero, ahora quedamos frente a frente, y eso, baja mi rabia en al menos un grado y camina conmigo hasta sentarme sobre la mesa.

—Estamos en sintonías diferentes —murmura en mi oído—, y no sé por qué una mujer como tú, que tiene todo, quiere otra cosa.

—¿To... todo? —tartamudeo confusa—, ¿qué es todo?

—Un trabajo, solvencia, amigas, una vida completa... —Con una delicadeza que antes jamás había tenido conmigo pone un mechón de mi pelo detrás mi oreja y besa mi nariz—. Lo tienes todo y quieres algo tan fácil de quebrar.

—¿Me estás diciendo que tu concepto de todo es lo que me acabas de decir?, ¿que ese todo es sinónimo de una vida feliz? Por Dios, Mauricio —lo tuteo soltándome, incrédula de sus palabras—, ¿qué clase de persona eres?, ¿qué... qué tranca tienes para ser así?

Ahora una risotada invade todo mi departamento, descolocándome cuando me vuelve a besar. ¿Pero qué me pasa? Ni siquiera me niego y sé que esto de verdad es un juego para él, y yo nunca he sido un juguete de nadie, pero este

hombre consigue cosas conmigo que jamás imaginé que haría y eso... me asusta. No me aterra, porque como la masoquista que siempre me he jactado de no ser, ahora siento que me estoy calentando y lo deseo, sí, lo deseo y no me basta solo con este beso, quiero más, y no sé si es “ese más”, pero al menos sé que lo quiero desnudo, en mi cama y sobre mí.

Abro los ojos y noto que los de él siguen cerrados, ¡me encanta!, ¡me trastorna! Por primera vez en mis veintitantos, creo que me estoy empoderando de mi sexualidad y de lo que me hace sentir.

Sube mi falda y con su mano experta llega hasta mis braguitas.

—Estás tan lista —ronronea cual gato.

Diosss, yo hubiera dicho caliente, pero ahí está la diferencia de ir a un colegio privado, sonrió para mis adentros, regañándome mentalmente por mi pensamiento social, pero a quien le voy a mentir, ¿a mí? Dejo de pensar cuando introduce uno de sus dedos y con su otra mano me obliga a mirarlo haciendo verdaderos estragos en mi sexo.

—No te resistas —no sé si me pide o me ordena moviendo su pulgar en círculo sobre mi clítoris, ejerciendo la presión justa para que yo explote en cualquier momento... ¡Y en la mesa de comedor que me regaló mi mamá!

Con su boca sobre la mía sé que estoy perdida y mi cuerpo se rinde a su merced. Esa maldita sonrisa termina de volverme loca y me hace desear sentirlo dentro, pero a él, ya no es suficiente solo con sus dedos. Quiero ese más, ese más que involucra verlo desnudo con su pene dentro, pero antes de racionalizar, su voz ronca me vuelve loca al oírlo murmurar:

—Esto es solo para ti, siéntelo, disfrútalo y acaba para mí.

Y ahí, tal cual fuera un Tony Kamo cualquiera, arqueo la espalda mientras me dejo llevar por un temblor que comienza en la punta de mis pies y no tarda nada en subir haciéndome explotar. Cuando voy a gemir extasiada, su boca ahoga cada uno de sus jadeos en tanto mis músculos se contraen alrededor de su mano y cuando pasa el temblor, tal como dice la canción, sin dejar de mirarme retira su mano y chupa sus dedos, yo, quedo simplemente pasmada, no por asco ni mucho menos, sino que es lo más erótico que he visto en mi vida y sí, me gusta.

—Ni se te ocurra irte ahora —le digo aclarándome la garganta.

—Por supuesto que no, me debes un orgasmo —sonríe, sin esa petulancia que le caracteriza, por primera vez.

Niego con la cabeza.

—¿No?

—No, tenemos que hablar —le digo saltando de la mesa, llevándome las bolsas a la cocina para al fin poner el helado derretido en el refrigerador, y cuando dejo el chocolate sobre el estante escucho:

—Si hubiera sabido que tenías chocolate... —gruñe.

—¿Quieres helado? —le pregunto nerviosa, sé que la pregunta es estúpida, pero su respuesta me sorprende.

—Necesito un baño.

—Al fondo a la derecha.

Y sin más se va, cuando regresa lo hace solo con su camisa y una toalla enrollada en la cintura. ¡Mi toalla! ¡Juro que no la lavaré nunca!

—Lo siento, mojaste mis pantalones —comenta sin atisbo de culpa.

—Ya..., pero... ¿era necesario?—digo indicando lo obvio.

—Cuando se sequen, me los pongo.

—¿Te vas a quedar?

—¿No querías conversar?

Asiento con la cabeza, y en vez de sentarme a su lado, en mi sillón morado, me siento en la silla con la mesa de comedor de por medio.

—¿De verdad ese es tu escudo?

Trago saliva, él sonríe con esa sonrisa...

—Debo confesar que tu escudo juega a mi favor.

—No hay escudo si al fin y al cabo vamos a conversar, señor Costabal.

—Mauricio —me corrige cruzando las piernas y luego habla—, ante todo quiero que sepas que por lo general los hombres no tenemos trancas que nos hagan así.

—Hijos de puta —suelto sin querer queriendo.

—No, sinceros y consecuentes no personajes literarios creados en la fantasía de una escritora que...

—Ni se te ocurra insultar la literatura, ya te lo aguanté con los gatos, pero con los libros, no.

—¿Y no me vas a decir que no me estás comparando con algún desequilibrado literario? —levanta una ceja, ¿pero cómo mierda sabe...?—. Tengo una hermana, y hasta mi madre ha hablado de ese tipo de cosas con mi padre.

—¿Tienes familia? —pregunto, y sé que me estoy desviando, pero esto es nuevo.

—Por supuesto, no vengo de la cigüeña, y ante tu curiosidad, sí, somos todos normales y no les pongo sonidos de animales en mi celular.

—Eso tiene una explicación —me defiendo avergonzada.

—Me lo imagino, como todo en tu vida.

—Mi vida completa —le recuerdo con ponzoña.

—Así es.

—Mauricio, no entiendo, o sea, no te entiendo. Me desconciertas por decirlo de alguna manera. Estas últimas semanas han sido al menos, extrañas, tú... yo.

—Basadas en sexo, Beatriz —dispara como si estuviéramos hablando de algún balance—, las cosas como son.

—Sí, bueno, eso mismo —trago saliva—, vas a la playa, vienes a mi casa...

—Todo por culpa de tus amigas.

—¿De las chicas?!

—Por supuesto, si ellas no te estuvieran buscando a un imbécil, ni te metieran ideas en la cabeza, todo sería diferente.

—Alto ahí —le pongo la mano—, a las chicas las conozco de toda la vida y siempre hemos sido iguales.

Niega con la cabeza y con su dedo, ni que fuera el ex presidente Ricardo Lagos.

—¡Cómo qué no!

—Eso, antes no se empeñaban en buscarte a nadie.

—Porque lo hacía sola —me defiendo y el vuelve a negar con la cabeza.

—Llevas mucho tiempo sola, Beatriz, o al menos sin nadie importante en tu vida, te conozco hace años, y te... veo —reconoce apesadumbrado dejándome otra vez sin saber que pensar.

—Estás mal, esto está mal, y tú tienes una tendencia psicópata que a veces me asusta.

—O te gusta.

—¿Qué invadas mi espacio cuando yo no lo espero?, no, no es correcto.

—En cambio a mí me encanta ver tu cara de sorpresa y tus estados de ánimo, porque permíteme decirte que si yo tengo tendencia sicopática, tú eres un tanto bipolar. Primero me odias y luego gozas del placer tanto como yo.

—Eso no es verdad —me defiendo, molesta.

—Mentirosa.

—No lo soy.

—¿Seguro? Entonces porque me follaste en la oficina la primera vez, luego en el estacionamiento, en la discoteca, aquí mismo y dos veces, si siempre me dices que no primero.

—Antes que nada te diré una cosa, ¿follar?, que palabra es esa, ni que vivieras en España.

—Viví cinco años en Madrid, y los españoles follan.

—Pero en acá en Chile culiamos —respondo y me tapo la boca, esto sí que se me salió desde lo más profundo del corazón, el maldito de Costabal se da cuenta del error y comienza a reír, abrumándome aún más, es que este hombre me va a matar.

—No sabía que tenías una lengua tan...

—Ya lo sé, soez —aclaro buscando una palabra rebuscada para enmendar

mi error.

—No, tu lengua me encanta, y a mi...

—¡Ya! Ni lo digas —me levanto parándome frente a él, así no llegaremos a ningún lado, esta conversación no tiene ni pies ni cabeza.

—Me parece bien que lo tengas claro —y hace un gesto para que me siente a su lado, y yo, con lo bipolar que dice que soy, me siento, pero eso sí, al otro extremo. Ni nos tocamos, él solo pone los ojos en blanco como diciéndome que es una soberana estupidez mi reacción, y sí, lo es pero no me importa.

—No te voy a morder.

—Ya lo sé.

—¿Entonces? —vuelve a señalarme y como no me muevo, es él quien se acerca dejándome atrapada entre el apoyabrazos y su cuerpo. ¿Y qué hace?, me besa como tanto me gusta y sin ser consciente, ya estoy sentada a horcajadas sobre Mauricio, ¡y eso que pensé que conversaríamos!

—No sabes lo que estás haciendo, Beatriz.

—Bueno, supongo que lo mismo que tú.

—No me estás entendiendo, yo no soy el prototipo de hombre que tienes metido en la cabeza, soy frío, calculador y un egoísta, me interesa mi placer ante todo.

—Hace un rato no parecía que te interesara precisamente tu propio placer —digo en un hilo de voz tratando de digerir sus palabras. ¿Será realmente un hijo de puta?, ¿un cabrón? Me acerco con cautela, dibujo sus facciones igual como lo hacía mi abuela antes de que me durmiera y pegadita a sus labios murmuro:

—Si eres o no un hijo de la gran puta debería decidirlo yo.

—Te voy a destruir, lo sé.

—No eres tan poderoso como crees y tu herramienta es bastante normalita —respondo quitándole hierro a la conversación, nunca lo había visto tan serio.

—Beatriz— me regaña.

—Está bien, está bien, ¿pero sabes?, creo que no te conoces a ti mismo y siento que eres un cobarde por no atreverte a sentir más, es como cuando

quisiste que no cerrara los ojos en el baño esta mañana, y lo hiciste tú, ¿y luego qué hiciste?

—Me fui porque tenía cosas que hacer.

—Si claro, Mauricio, créetelo, y yo me creo que soy *culombiana*—  
contesto moviendo mi trasero.

—¿*Culom* qué?

—Nada —eso sí que no se lo voy a explicar a él.

—Bueno, ¿qué haremos entonces?

—¿Cómo que qué haremos?, ¿no entiendo?

—No dijiste que querías intentarlo —Me quedo pensando, ¿cuándo dije yo eso?—, ¿qué tú decidirías si yo era o no un mal tipo?

—No dije eso, dije que eras un hijo de puta.

—Deja de insultar a mi madre.

—Bueno, eres un cabrón, ¿mejor así?

—Supongo, y este cabrón quiere intentarlo.

Alucinada lo miro, si no fuera porque estoy segura moriría de vergüenza luego, me pondría a dar saltitos como cual loca que soy, pero me contengo.

—¿Bajo qué términos?

—Por Dios, ¡esto no es un contrato!

—¡Oh, no! —me rio—, eso sería para otra cosa —suelto, pensando en sado, y aunque nunca lo he probado, un par de azotes bien dados al señor Costabal no me desagradaría darle.

—Quiero poder verte después de la oficina, cenar, y que por supuesto no salgas con tus amigas a hacer estupideces.

—No hacemos estupideces, pero pongamos días.

—¿Para qué?, ¡cuando quiera!

—Error, señor Costabal, los miércoles cenamos todas juntas, y los sábados es día de chicas, y de literatura, voy a los lanzamientos de alguna que otra amiga escritora.



—¡Ah, de esas que escriben porno para madres!

—No pensé que fueras tan prejuicioso, pero aún peor, ignorante. No sabes la diferencia entre una novela erótica y el porno.

—Ilumíname.

Niego con la cabeza y me pongo de pie, camino al baño y vuelvo con su pantalón en la mano.

—Póntelo, es tarde, tienes que irte.

Me mira por unos segundos, molesto, enrabiado y muy, muy enojado. Se pone de pie, y como si nada suelta la toalla en el suelo e inevitablemente mis ojos se van directo a su erección, porque eso es lo que tiene entremedio de sus piernas. Con parsimonia se pone su ropa y camina hacia la puerta.

—No pensaba terminar así la noche.

—¡Oh, claro que no! —me mofo—, seguro pensabas terminarla con el orgasmo que te debo.

—Me lo debes —dice abriendo la puerta para irse, y antes se voltea y agrega—, está de más decirte que esto es solo entre nosotros dos, debemos mantener las distancias en la oficina y nadie debe enterarse de esto jamás.

—¿No? Y yo que pensaba publicarlo en *Facebook*.

—Esto es serio.

—La verdad —suspiro un tanto abatida—, no he procesado aún todo lo que me has dicho —él levanta una ceja—, eso de soy una mierda, soy un cabrón, voy a destruirte y una sarta de estupideces más, ah, pero sobre todo, esto que se supone que tenemos, ¿cómo le llamaste? Follar, si eso. Así que tranquilo y si mañana no aparezco por la oficina es porque simplemente sí me cagaste la vida con todo ese discursito, que por cierto debiste decírmelo antes, no cuando ya hemos culia... tenido sexo en más de una ocasión.

—Solo he sido sincero.

—Por favor, señor Costabal...

—Mauricio —me corrige por enésima vez en la noche, pero es que para mí siempre ha sido el señor Costabal.

—Vete por favor, sin tener que echarme ni ponerme a gritar como una loca,

necesito descansar.

—Y yo.

—Pensé que lo habías hecho durante la tarde.

—¿Sabes lo que hice en la tarde?

—Ni la menor idea.

—Mentirosa —me dice y ahora sí que se da la vuelta y camina hacia el ascensor.

—Adiós, Mauricio —me despido con el corazón latiendo a mil, no sé porque.

—Hasta mañana, señorita Andrade.

Cuando cierro la puerta me agarro la cabeza con las dos manos, y como una autómatas camino hacia la cocina, saco la salsa de chocolate y me tiro un chorrillo directo a la boca, necesito azúcar, pero lo más importante es entender. Camino a mi pieza y me lanzo a la cama, ni siquiera prendo la luz y por primera en muchos, muchos años siento arder mis ojos y me pregunto ¿si voy a poder?

## 7

*“Dicen que soy el Diablo, y tú eres la estrella  
que iluminó de nuevo mi cielo”*

La jaqueca con que me despierto por la mañana es monumental, y tengo muy clara la razón. Me pasó por aguantarme las ganas de llorar, pero como no pienso dejar que el HDP me invada completamente, prefiero echarle la culpa a las hormonas, seguro debo estar ovulando.

Por supuesto que al mirarme en el espejo mi cara es un espanto: ojos hinchados, ojeras y para rematar el conjunto, un lindo grano en medio de mi frente, sí, definitivo, me va a llegar *Andrés*.

Claramente mi estado de ánimos va de mal en peor, y cuando salgo a la calle lo primero que hago es llamar a mi Clau, sí, ella siempre sabe cómo ayudarme, pero con tal mala suerte que me tira, directo al buzón de voz, así que decido dejar un mensaje en el WhatsApp de “Las brujas” pero nadie me responde, supongo que estarán enojadas, y yo... con tantas cosas que contarles.

Al llegar al trabajo, como siempre, voy primero por un café, y luego me sumerjo en las hojas de cálculo que tengo en el computador, esto de la contabilidad es lo mío, todo cuadra y tiene un lugar, y si se descuadra, es que está mal, no hay opción para el error, y es así como debería ser mi vida, una hoja de *Excel* con ventanas adosadas perfectamente coordinadas, no el revuelto que tengo en la cabeza, que además, me está a punto de estallar.

Al mediodía al fin suena mi teléfono celular, y al escucharlo doy un respingo, todos están trabajando en silencio, y en la oficina no vuela ni una

mosca, así que cuando veo quien es, decido ir a la sala de fotocopadoras, con la tonta excusa de sacar unas cuantas copias, que ahora mismo no necesito.

—¡Por fin te acuerdas que existo! —exclamo respondiendo el teléfono, y siento como refunfuña Fran por el otro lado de la línea, en tanto yo empiezo a poner papeles en la máquina.

—En este instante te odio, podría haberte pasado algo y nadie se entera, te llamé ayer, te mandé mensajes y nada, así que créeme que no eres mi persona favorita.

—Aunque me odies, yo te quiero, y mucho.

—Suenas a...

—Ni me digas —me rio, porque ya sé que me dirá que parezco del otro equipo. A veces, pero solo a veces mi Fran es un tanto, extraña por decirlo sutil.

—Tengo pocos minutos para hablar, el trabajo me está matando, así que supongo que tu silencio de ayer significan muchas cosas, sintetiza y cuéntame.

—¡Así y sin anestesia! —chillo divertida pegándole a la fotocopadora que se le ha atascado el papel.

—Bueno, te debo el trago —bromea Fran—, vamos, directo al grano.

—Creo que estoy *follolandio* con alguien.

—¿Algo nuevo y que yo no sepa?

—Te podría decir la sarta de estupideces que me dijo, pero como quieres que sintetice, no puedo, ¿qué tal si nos tomamos un café, y te cuento más?

—Esto se merece más que un café, menos mal que mañana es miércoles y nos pondrás al día, y presiento que no nos va a gustar.

—Si lo toman solo como un *folloleo*, me van a entender.

—Como digas, ¿y qué más en tu resumen?

—Me va a visitar *Andrés*, y creo que me traerá problemas, se viene con todo este mes.

—Peor sería que no te visitara.

—Sí, tienes razón, ¡amo a *Andrés*!—me rio y le vuelvo a pegar a la

maldita fotocopidora, ahora se le ha arrugado el papel.

—Te dejo, llegó un cliente, nos hablamos luego, ¡ah! Y te quitaremos la ley del hielo, te volvemos a hablar, besitos.

Y así sin más, me corta el teléfono como si solo ella tuviera que trabajar, para que a continuación, varios mensajes de las chicas empiecen a llegar, se nota que ahora me vuelven a querer. Riéndome a todo pulmón estoy cuando no necesito levantar la vista para saber quién me está mirando, y sí, con los brazos cruzados a la altura del pecho, me aniquila con la mirada, y muy tranquilo me suelta:

—Señorita Andrade, ya debería saber que una maquina fotocopidora funciona con papel, y como si eso no fuera suficientemente obvio, la pantalla le avisa que le faltan suministros, y luego de esa operación tan complicada, debe presionar *Enter* no pegarle como si con eso mágicamente fuera a funcionar —gruñe enojado y no entiendo por qué. Las únicas palabras que nos hemos dicho ha sido: buenos días, y hasta me había parecido amable.

—Sé eso, señor Costabal, es solo que...

—Si no sabe hacer las cosas bien, simplemente no las haga, o no se comprometa a hacerlas.

«¿De qué me estoy perdiendo?», pienso.

—Respóndeme.

—¿Cómo? —pregunto, sin entender nada, mirando alternadamente a la fotocopidora que ahora funciona correctamente y a él, que siento que me está atravesando con la mirada.

—Respóndeme,¿ por qué no eres capaz de hacer las cosas a las que te comprometes?

Abro la boca para responderle, pero me quedo sin palabras, porque claramente no me está hablando de la fotocopidora, y en este momento la bipolar no soy yo precisamente.

—Cuando me comprometo, cumplo —le suelto con rabia, y él, simplemente como si ni siquiera hubiera hablado se da media vuelta y se marcha.

Ah, no, yo no me voy a quedar así, camino rápido pero sin correr, tampoco

puedo llamar la atención de todo el mundo, y claramente un paso de él son casi tres de los míos.

—Señor Costabal, ¿podría esperar un momento por favor? —pido para que se detenga, él se gira lentamente, me mira de pies a cabeza de forma despectiva y agrega:

—Lo que tenía que saber, ya lo sé, y lo que tenía que probar, también. Su reputación la precede, señorita Andrade.

—¿Perdón? —. «Qué mierda es esto, ¡qué reputación!»

Él frunce el ceño y avanza un paso hacia mí, pero de pronto parece darse cuenta que no estamos solos.

—La verdad duele, pero no ofende —y mirándome atentamente para ver mi reacción continúa—. No es la primera vez que tiene problemas con la fotocopidora, en el futuro podría pedirle ayuda a alguno de sus compañeros. En eso es experta, ¿o no?

—Siempre he podido con esa maldita máquina, que a estas alturas debería ser laser, a veces, no solo algunos deben disfrutar de las comodidades.

Si antes me fulminaba con la mirada, ahora simplemente me está ametrallando, incluso puedo ver como empuña su mano dentro del bolsillo de su pantalón un par de veces.

—Y claramente con esa no le basta —masculla entre dientes.

Mi mente comienza a elucubrar una y mil conjeturas para poder entender este ataque injustificado, y así poder defenderme sin problemas, pero no logro entender el meollo del asunto y aunque quisiera gritarle, ¿qué mierda le pasa?, no puedo hacerlo en medio de la oficina, y claramente él no tiene intenciones de moverse.

—Los términos eran simples —vuelve a la carga, quitándome la hoja que aún sostengo entre las manos, y al hacerlo, el pequeño roce de sus dedos con mi piel me produce un escalofrío—. Y las reglas eran muy claras, incluso para ser usadas por usted, una simple mortal —termina con ponzoña.

—Claro, pero a veces la conveniencia de algunos, no es la misma que la de otros.

—Por supuesto que sí —murmura ahora acercándose un poco más—, la

valorización del sistema sería clave y solo le traería beneficios, señorita Andrade.

—Eso lo entendí perfectamente —afirmo entendiendo un poco por donde va la cosa, lo que si no entiendo es en que le he fallado, si solo han pasado unas pocas horas desde que hablamos.

—Parece que hay un detalle que no entendió.

—¿Cuál?

—La exclusividad —dice, y su mirada se clava directo en mis labios. Y esa ansiosa mirada, similar a la de un depredador listo para cazar a su presa, me hace retroceder dos pasos. El hombre que tengo en frente destila ira, molestia y rencor. Y por primera vez en mi vida siento ganas de arrancar. El señor Costabal se pasa la mano por la barbilla mientras sé que está esperando una reacción, yo contengo un suspiro para no hablar pero justo cuando voy a responder, agrega—. ¿Tiene algún problema con la exclusividad?

Cierro los ojos un momento, debo estar en la luna, porque no sé a qué mierda se refiere, pero como idiota no me voy a quedar, así que me encojo de hombros y respondo:

—A veces, tener un par de clientes diferentes disminuye el riesgo.

—Se equivoca —ruje casi en un murmullo—, comprometerse en exclusiva con el cliente indicado solo trae beneficios y elimina el fracaso.

—O simplemente el acuerdo puede llevar a ambos clientes al precipicio, porque no existe claridad en el acuerdo —gruño bajito solo para él, le hierve la sangre, lo sé.

—Elegió mal, señorita Andrade, fracasó, quédese con la maldita fotocopiadora, y pídale a su amigo *Andrés* que le solucione los problemas —suelta sin más. Y al fin entiendo qué mierda es lo que le pasa.

Y como soy tonta, sí, porque eso soy, unas ganas enormes de abofetearlo y luego besarlo me entran al cuerpo, y no solo eso, sino que también me dan ganas de arrancarle la camisa y arañarlo aquí mismo por idiota, por copuchento, y por *weón*, sí, por *weón*. Pero... como estamos en público me obligo a calmarme y con la mejor de mis sonrisas fingidas le suelto:

—Definitivamente haber estudiado en un colegio privado, lo hizo idiota,

señor Costabal, ¿no dijo qué tenía hermana? ¡Pues vaya y pregúntele quién es *Andrés*! —dicho eso, le arranco las hojas de sus manos y no siento nada, o sí, rabia por lo cavernícola que es.

Voy a mi puesto y sé que no se ha movido ni un solo centímetro, sigue ahí, parado, impávido. Luego parece reaccionar y se va directo a su oficina.

Sin siquiera mirarlo comienzo a trabajar, que se joda Costabal, que se joda todo el mundo.

Al fin a la hora de almuerzo salgo con mis compañeros y logro distraerme un poco, la verdad es que me hacía falta, y aunque estoy un tanto pobre, casi como las ratas, me doy el gusto de comer *sushi*, y además pagarle la cuenta a Raúl, que está peor que yo, y eso porque tiene señora e hijo que alimentar.

Cuando vuelvo, justo antes de llegar a mi puesto, veo al señor Costabal frente a mi escritorio, camino despacio tratando de disimular lo mucho que me pone nerviosa y me siento fingiendo naturalidad, en tanto noto como él me observa con una expresión indescifrable, ¿vergüenza?, ¿irritación?

Con toda la calma del mundo, pone una bolsa de papel sobre mi mesa. Y luego, así, igual de parsimonioso se va, y esta vez, no a su oficina, sino que lo veo alejarse al ascensor. Al cerrarse las puertas, lo primero que hago, sin que nadie se dé cuenta es esconder el paquete y al tomarlo, creo que me voy a morir aquí mismo, blandito y esponjoso, y aunque no necesito abrirlo para saber que es, la curiosidad que mató al gato me mata y lo abro.

¡Grandísimo hijo de la gran puta! Son toallas higiénicas, y juro por lo más sagrado que no se si reír o llorar, sin poder evitarlo se me escapa una sonora carcajada que llama la atención de todos mis compañeros, sí, parezco una loca, y como la loca que soy necesito contárselo a las chicas. Ni siquiera me molesto en disimular el celular, como si nada empiezo a contarles, un tanto resumido todo lo que ha pasado desde ayer hasta hoy, y culmino mandándoles la foto de las toallas higiénicas. Por supuesto los mensajes no tardaron en llegar.

**\*¡Nooooo!**

**14:10**



**\*¿Pero qué se cree! ¿Estás loca, Beatriz?**

**14:11**

**\*¿Te estás tirando a tu jefe!**

**14:12**

**\*¿Te vas a quedar en la calle!!**

**14:13**

Y así sigo leyendo los mensajes que caen, hasta que leo uno que jamás esperé leer, uno de Fran.

**\*Sabes que moralmente lo que estás haciendo es totalmente incorrecto, pero dejando de lado todo eso, ¿estás dispuesta a cagarte la vida por un hombre que sabes que tarde o temprano te va a hacer sufrir? ¡Y qué te lo dijo de antemano! Si es así, y decides asumir las consecuencias, estoy contigo.**

**14:15**

Miro alucinada el mensaje, y dos segundos después vuelven a caer un par.

**\*Apoyo a Fran. Si tú estás bien, nosotros estamos bien.**

**14:18**

**\*Yo no estoy de acuerdo, esto no es un libro, es la vida y te la vas a cagar, ese hombre no es normal.**

**14:19**

Justo cuando voy a responder, el teléfono del escritorio empieza a sonar, y como siempre sucede, me tengo que sumergir en arreglar uno que otro problema, y ni siquiera me doy cuenta cuando llega el señor Costabal. Y así, sin darme cuenta, son las seis de la tarde y me estoy levantando. Carmen, con

esa sonrisa amable que tiene me avisa que el jefe me espera en su oficina.

Con decisión camino hacia su oficina, no necesito tocar porque antes me avisa que pase, y que cierre la puerta. Me quedo en el umbral sin saber si avanzar, la verdad es que las palabras de las chicas resuenan en mi cabeza.

—¿Necesita algo, señor Costabal? —pregunto un tanto nerviosa.

—Sí, he tenido una conversación de lo más extraña con mi hermana —me explica cruzándose de piernas—, parece que *Andrés* las visita a todas una vez al mes.

—No me diga —me mofa en su cara, es más, estoy sintiendo como sube mi mal humor.

—Así que creo que te debo una disculpa, Beatriz —me habla sin ningún formalismo, apartándose de su silla para avanzar hasta mí. Y eso me pone los nervios de punta.

—No es necesario que me pida disculpa, señor Costabal...

—Mauricio... —me corta y yo prosigo, pero veo que su cabreo empieza a ser descomunal, y esta vez no lo estoy haciendo a propósito.

—Lo que me gustaría es que dejara de escuchar, leer o espiar mis comunicaciones personales, porque así en el futuro nos evitaríamos problemas, y sobre todo, me encantaría que dejara de hacer escenitas como la del pasillo, en donde todos mis compañeros podrían haber estado escuchándonos.

Listo, la paciencia se le ha esfumado, suelta un sinfín de palabrotas y se pasa los dedos por el pelo y yo me quedo embobada mirando cómo esas hebras oscuras se recuperan de inmediato y quedan en perfecto estado. ¿Este hombre de verdad es humano? ¿Cómo puede ser que exista un dios del sexo y sea tan perfecto?, y no pensaré en un dios griego porque si no mis amigas escritoras me mataran, pero de que es perfecto, ¡wow!, ¡lo es! El mismísimo Belcebú hecho hombre.

El recuerdo de anoche me atropella de repente, sus manos realmente me hicieron ver las estrellas, pero tengo que dejar de pensar en eso y concentrarme en lo que el señor..., perdón, Mauricio me está diciendo y como no le entiendo, soy yo la que prosigue.

—Las relaciones, del tipo que sean, están basadas en la confianza. Si te dejas llevar por cotilleos, debes aguantar después que te digan a la cara lo equivocado que estás.

Aprieta el puño, una, dos y tres veces, odia que le digan lo que tiene hacer, y yo sigo en mi declaración de derechos.

—Tienes que dejar esa tendencia psicopática que tienes, porque asumiendo que eres un cabrón, que me harás sufrir y no se cuanta estupidez más, no sé si también puedo con esa tendencia tuya, y así, a veces me dan ganas de arrancar.

—¿Arrancar? —pregunta en voz baja—. Tú no puedes arrancarte de mí, sé dónde vives y lo más importante, he sido franco desde el principio.

Acorta la distancia y nuestras caras quedan casi pegadas, él tiene la respiración agitada y está conteniendo sus impulsos más básicos porque está a punto de estallar. Pero a pesar de eso, es el momento de que entienda como tiene que hacer las cosas.

—A lo mejor, tú también deberías explicarme algunos términos, y no reírte de mí, *follolandio*, “colombiano” —dice torciendo el cuello y ahora eleva la voz—, y no reírte de mí con tus amigas.

—No me burlo de ti, es simplemente que no entenderías.

—Explícame —gruñe—, si fui a colegio privado, no debo ser tan estúpido, ¿no?

—Eh... fuiste porque tus padres podían pagarlo...

—Beatriz, céntrate en lo que te estoy preguntando —me reprende ahora pegándose completamente.

—*Follolandio* —cierro los ojos porque algo de vergüenza tengo—, es como pololear, pero solo follar, que es..., es lo que nosotros hacemos y *culombiana*, es..., cómo te lo explico.

—Claramente.

—Las colombianas tienen grandes culos, por eso *culombianas*. ¿Entiendes ahora?

—En el fututo espero que me expliques lo que no entiendo y no me hagas

sentir como un idiota, aquí el jefe soy yo.

—¿Me estás...? —¡webeando! Termino la frase en mi cabeza, esto debe ser una broma, en qué momento pasamos de hablar de *folloliar* al trabajar.

—No, y las decisiones finales también las decido yo.

—Es una pena que seas además de todo un ególatra redomado, y déjame decirte que no siempre tomas las decisiones adecuadas.

No le gusta mi comentario, y extiende sus manos aferrando mis brazos, está tan cerca que puedo sentir el placer de tener su cuerpo rozando el mío, y la curva de su labio tiene un ligero temblor, ¿duda?

—Crees que lo sabes todo y en realidad no sabes nada, Beatriz, todavía estás aprendiendo.

Todo mi cuerpo reacciona ante esas palabras, y mis pezones son los primeros en reaccionar anhelando que ponga en práctica sus enseñanzas.

—Entonces, tal vez no eres tan buen profesor si todavía estoy aprendiendo.

—¡Cállate!

—Oblígame entonces a quedarme callada.

Mauricio lo duda un segundo, pero de pronto se pega a mis labios, el beso es fuerte y voraz, ardiente y exigente, y mientras se adueña de mi boca me levanta y me lleva hasta su escritorio, en tanto yo separo las piernas para darle más acceso a mi cuerpo. Mauricio se da cuenta de lo que le estoy proponiendo y sus ojos se van directo a mis muslos, la falda se me ha subido generosamente, y antes de que yo pueda decirle algo me coge los tobillos y los cruza por su espalda... y yo me dejo llevar por el cúmulo de emociones que me hace sentir mientras me está devorando la boca como un depredador hambriento que se está comiendo a su presa.

Empieza a subir sus manos por mis muslos hasta que llega a mis braguitas negras, y en ese momento captura en su boca el jadeo que emana desde lo más profundo de mi ser mordisqueándome el labio, produciéndome una puntada que va directo a mi entrepierna.

—Quiero tocarte —susurra atrapando mi labio—, tengo que...

—No me pidas permiso, solo hazlo.

Y como el hombre obediente que es, sus mágicos dedos se meten por debajo del elástico y encuentran su objetivo antes de lo que yo misma espero y me preparo para la penetración, pero en vez de eso comienza a acariciar mi clítoris con el pulgar y me hace enloquecer, en un acto reflejo le tiro el pelo y separo aún más las piernas, Dios... lo quiero todo y cuando estoy a punto de llegar al orgasmo, suena el intercomunicador:

—Señor Costabal, su cliente acaba de llegar.

Intento apartar mi boca de la suya, pero parece como si él no hubiera escuchado lo mismo que yo, hasta que de pronto reacciona, cuando quita sus dedos me siento vacía y puedo respirar perfectamente el olor a sexo que flota en el aire.

—Mierda, señorita Andrade, dijimos que en la oficina no —jadea en tono #Yosoyeljefe—. No fue mi intención.

Lo miro señalando el bulto visible que aparece en su pantalón y agrego:

—Yo creo que sí, señor Costabal, o por lo menos su cuerpo dice lo contrario —señalo lo obvio.

—Beatriz...

—Ya, no importa, no le des más vueltas, me voy.

—En una hora estoy en tu casa.

—No, y no quiero que aparezcas en una hora.

—Mañana quiero ir a cenar.

—Tampoco, es miércoles, junta de chicas.

—No puedo ni el jueves ni el viernes, tenemos balance general —gruñe apretándome un poco las mejillas, antes de darme un beso en la boca, debo tener la expresión de un pollito.

—Pues el sábado yo tampoco puedo, tengo un lanzamiento —el levanta una ceja—, sí, de esos libros porno que dices que leo, y antes de que digas otra cosa, el domingo tampoco, tengo un almuerzo familiar.

—¡Por la mierda! ¿Entonces cuándo se supone que nos vamos a ver en una forma decente?

—Cuando el tiempo se nos dé, así de simple. Ahora, señor Costabal,

atienda a su cliente, lo que es yo, me voy a descansar.

—No quiero esta mierda.

—No sea mal hablado, use palabras decentes.

—No quiero esto así —dice soltándose con reticencia—, y prefiero mi conducta psicopática, al menos así sé que no me dirías que no, te negarías con tu bipolaridad, pero al menos terminaríamos satisfecho los dos.

¡Satisfechos! Esa maldita palabra es la que me hace mantener mi negativa y juro que estaba a punto de decirle que nos veíamos más tarde.

—Yo quedaré saciada igual, mi amigo *el Lobo*, me dará lo que necesito —él levanta no una, sino las dos cejas, así que prefiero sacarlo de su error—, es un vibrador, no se espante.

—Ese aparato no es ni de lejos tan efectivo como yo —asegura con arrogancia arreglándose el bulto de su pantalón.

—Pero es lo que hay, y si se porta bien, a lo mejor le regalo un huevito. Y no, no uno que sale de la gallina, uno para que se pueda masturbar feliz, y tal vez... piense en mí —suelto y eso último no sé porque lo digo.

—No necesito masturbarme para pensar en ti... —y cuando creo que mi corazón va a estallar de alegría agrega—, la masturbación es solo la estimulación de los órganos genitales, el resultado siempre será el mismo.

Cabrón, sí, eso es lo que es, y sin decirle ni media palabra salgo de su oficina, me despido de Carmen, y veo que el cliente que entra, es un soberano cacho, típico de médicos que para evadir impuestos le hacen boletas hasta su abuelita.

Antes de llegar al primer piso, Fran me avisa que me está esperando en el café de siempre, y sé que la batalla será dura, a veces parece la más loca de todas, pero sus palabras por lo general son las más certeras. Veinte minutos después me siento en frente de ella, ni un beso, ni un abrazo, y claro, con su estilo de ejecutiva comienza:

—Una cosa es que nos guste la literatura, y otra muy diferente que creas qué existe, Grey es ficción, y el señor Anguita, alias sexo y solo sexo también es de una novela, o sea, ¡tampoco existe! Así que dime, ¿qué vas a hacer?

—Me gusta...

—Y las manzanas son rojas, dime algo que no sepa.

—Quiero pasarlo bien.

—¿Pero tú eres tonta? Siempre te ha gustado ese hombre, esto no es de ahora.

—¿Quién te dijo eso?

—Bea, Bea, Bea, no somos idiotas, desde que ese hombre llegó a tu oficina nos has hablado de él como cual colegiala enamorada, si hasta cambiaste tu forma de vestir por él, y de repente, no sé porque, volviste a ser tú, y ahora, tiran como conejos cada vez que se ven, y como si eso fuera poco, él viene con la cantaleta de: te voy a destruir, no soy bueno para ti. Y lo aceptas, ¿de verdad me dirás que solo te gusta?

—Me gusta el sexo con él.

—Bueno, vale, no insisto más, solo quiero que sepas que esto no es una novela, y en la vida, las cosas no siempre terminan bien.

Dicho tremendo decálogo, cerramos el tema y comenzamos a hablar de cosas mucho más agradables, pero yo tengo ese maldito retintín en la cabeza. Y así, después de casi tres horas me voy a mi departamento.

Realmente llevo dos días agotada. Me quito los zapatos y los tiro en la alfombra, y a continuación, literalmente me lanzo al sillón, me encanta, es tan blandito que siento que me acuna, no alcanzo a encender el televisor cuando siento el citófono del departamento, maldición, seguro que se me olvidó retirar alguna carta.

—¿Sí? —respondo un poco mosqueada, que una no pueda ni estar en paz en su propio hogar, suspiro.

—Señorita Beatriz, aquí hay un caballero que pregunta si puede subir a su departamento.

¡Pum, pum, pum!, empieza a latir mi corazón, esto no puede ser.

—¿Quién es?

—Mire, es que —comienza a justificarse un tanto complicado—, dice que es don psicopático.

Una carcajada me sale sin poder evitarlo, incluso retiro el teléfono para

que no crea estoy tan loca.

—Dígale que suba.

Ni me molesto en ponerme los zapatos, estoy en mi casa, y antes de que llegue a la puerta, él ya está tocando el timbre. Lo primero que veo cuando abro, es a Mauricio vestido con un jeans y una camiseta blanca, sosteniendo una bolsa en las manos.

—Traje un helado.

—¡Uno! Pero sí parece que compraste todo el supermercado —le digo haciéndolo pasar.

—No sabía cuál te gustaba, así que traje algunos sabores.

Entra, y en vez de esperar a que lo invite a sentarse, es él quien como si estuviera en su casa lo hace, yo después de dejar los helados en el refrigerador, me siento en frente, mirándolo. Así nos quedamos un largo rato, sin decir nada, hasta que cuando ya no aguanto más y soy la primera en hablar.

—¿En qué habíamos quedado? Te dije que no vinieras, pero aquí estás, si quieres mañana te pido una hora al psiquiatra, en una de esas te ayuda con tu psicopatía.

—Ni siquiera te he recriminado que son las nueve de la noche —me suelta obviando mi propuesta mientras mira su reloj de pulsera.

—Y no tendrías por qué hacerlo.

—Saliste a las seis —murmura y sé que está esperando que le diga de dónde vengo—. Y es martes.

Suspiro, pero hay algo en esos ojos que puede conmigo.

—Escúchame con atención, Mauricio, si te dije que no quería que vinieras es porque así lo quería, no me gusta que me psicopatees, soy una mujer adulta que además le gusta que respeten sus decisiones. Así como yo acepto tus términos, un tanto frikis, quiero que tú hagas lo mismo, no te estoy pidiendo nada de otro mundo, ¿es qué no lo ves?

—Sí —sonríe sin ganas, poniéndose de pie—, entonces quieres que me vaya.

«¿Quiero? ¡No!»



—Bueno, ya que estás aquí, ¿dime a qué has venido? —indago, y al momento me arrepiento por la pregunta tan tonta—. ¿Has venido a *folloliar*, verdad?

—Esa era mi intención, al menos hace dos horas, pero en realidad, ahora no sé.

—¿Cenaste?

El mueve la cabeza negativamente.

—¿Quieres que te prepare algo de cenar?

Vuelve a negar con la cabeza, por Dios, ni que fuera un niño de cinco años, ¡yo no soy adivina!

—¿Qué quieres, Mauricio? —resoplo intentando adivinar qué mierda querrá, ¿helado?

Sin decirme ni media palabra, se levanta, tira de mi mano y me abraza, luego empieza a besarme: la frente, las mejillas, el oído, el cuello, y yo... ya siento que tengo la piel erizada, pero cuando me besa en la boca, ya sé lo que quiere, y como yo no me miento a mí misma, ¡también es lo que quiero yo!

Caminamos a rastras hasta mi habitación y tomándole la mano lo invito a entrar a mi dormitorio. Es el momento de la acción, Mauricio tarda un poco en sintetizar todo, es como si le costara dar un paso más allá, así que sin esperar más, soy yo la que comienza a besarlo, comenzando con los preliminares, si él tiene que ir al psiquiatra por psicópata yo por bipolar, porque ahora lo quiero todo y más. Le mordisqueo el labio y agarro sus glúteos, envidiablemente duros, hasta que de pronto, ya no es el chico asustado, y menos mal, porque así no siento que lo estoy violando, ahora es el señor Costabal de siempre, con ese brillo en los ojos que me hace vibrar, pero sobre todo, que me hace sentir tan mujer.

—Voy a cobrarme todo lo que me debes. Que no se te olvide.

En respuesta a eso arqueo la espalda y le entrego mi cuello, él capta de inmediato mi intención y comienza con un reguero de besos y mordiscos encendiéndome todavía más mientras mis manos ávidas de sentir su piel levantan su polera, ¡y oh! Una, dos, tres, y así hasta llegar a seis tabletitas de chocolates, totalmente dispuestas para mí.

—Solo palabras y nada más que amenazas.

Mauricio se ríe y el ruido rebota por toda la habitación.

—Mmm, pagarás por tu atrevimiento, y rogarás por piedad.

—¿Seguro? —levanto una ceja jugando, pero él no está jugando, me empuja a la cama y sin siquiera desabrocharme la falda me quita las bragas y siento su dedo mezclarse con mi propia humedad en tanto me acaricia de una manera sublime. Me remuevo, jadeo, pero parece no importarle, solo me observa con cara de lobo hambriento esperando que me retuerza de placer. Y cuando lo hago se le iluminan los ojos y me besa con fuerzas.

—Dios...—jadeo agotada con la respiración entrecortada, aún con mi cuerpo temblando, sintiendo en mi muslo su erección.

—Ni de lejos he acabado contigo, te dije que me pagarías todo, y vamos por el diez por ciento.

—Entonces quiero seguir, no quiero tener deudas contigo —lo azuzo.

—¿Quieres ser una chica mala? ¿Seguro qué es lo que quieres?

—Soy una chica mala, enséñame cuan malo puedes ser tú, oh mejor dicho, cuan cabrón puedes llegar a ser.

Inclina la cabeza y los botones de mi blusa son los primeros damnificados en este juego de seducción, juega con mi pezón sin darme tregua y cuando creo que se va a retirar lo succiona con tanta fuerza, que siento como si lo estuviera haciendo en mi clítoris y mi espalda se arquea otorgándole una nueva batalla ganada.

—Lista para seguir pagando.

—Siempre...

—Demasiado tarde, ya estás con morosidad —me advierte chupándome con más fuerza llevándome en cosa de segundos al borde del abismo, obligándome a pedir clemencia, pero él parece disfrutar con la tortura y zaz, vuelo al cielo nuevamente justo cuando acaricia mi clítoris hinchado que está pidiendo un poco más.

Demasiado excitado para seguir así, tocándome, con un movimiento ágil, digno de copiar, se quita los pantalones y la camiseta, quedándose

completamente desnudo frente a mí.

—¡Wow! —babeo sin atisbo de vergüenza—, eres tan guapo.

—Tú no te miras al espejo —me dice mientras me ayuda a quitarme la blusa, el sostén, la falda y quedo tan desnuda como él—, eres realmente preciosa, Beatriz. Pero no por eso voy a perdonar tu deuda.

Se pone sobre mí y yo aprovecho a acariciar su espalda, sus glúteos, el suave roce produce un escalofrío en su piel, y es mi uña la que ahora lentamente lo recorre haciendo círculos en su columna vertebral. Mauricio gruñe, y sé que con eso estoy al menos dando la pelea, está tan agitado como yo.

—¡Te gusta así! —digo apretando la justa presión con mis uñas.

—Quiero el pago de la deuda completa —me amenaza y antes de que entienda a que se refiere, me separa los muslos y empieza a bajar por mi abdomen, hasta que usa sus dedos para separarme los labios de la vagina y la primera embestida que siento con su lengua me quema por dentro, jadeo sin control escuchando como desde dentro de su ser me devuelve algo parecido a un gruñido animal, que es música para mis oídos, y así, mientras está dándose un festín conmigo allá abajo, veo las estrellas por tercera vez y luego como si nada le importara me besa, haciendo que sienta mi propio sabor. ¿Hay algo más excitante que eso? No lo sé, no lo había hecho así antes con nadie y cierro los ojos. Derechita al infierno me voy a ir.

—Mírame.

No es una orden, no es una súplica, solo palabras expresadas desde lo más profundo.

—No quiero deber más, cóbrame —pido, o ruego, ya ni siquiera lo sé, pero lo necesito, y así, con esa suplica Mauricio me penetra y cuando creo que lo hará rápido y de una sola vez, lo hace lento, muy lento, centímetro a centímetro disfrutando de mi reacción.

—Deja de un lado la lección y métemela, ¡ya! —me sale desde el alma y es como si yo diera las órdenes. Mauricio aprieta su mandíbula hundiéndose hasta el fondo. Mi cuerpo lo acoge con todo y mis piernas se cierran alrededor de su cintura, juro que no quiero que salga jamás en tanto él mira hacia el techo y comienza a moverse por fin. Sus caderas danzan el baile más erótico

que he visto jamás, firme, ardiente y acompasado, y cuando siento que va a bajar la velocidad porque está perdiendo el control, soy yo la que apresuro el ritmo, y cuando creo que voy a perderme de nuevo en la nebulosa, saco mis manos de sus glúteos y agarro su cara para besarlo, y siento como en cosa de milésimas de segundos, el acaba en mi interior, el orgasmo nos arrasa a los dos con el mismo alcance arrebatador mientras nuestras lenguas hablan por sí mismas.

Pasado unos segundos, en que no quiero que se mueva, Mauricio se acuesta a mi lado y extiende su brazo para que me acerque, y así sin más me da un beso en la frente.

—Saldada tu deuda.

Tras varios minutos en que debo parecer un gato ronroneando mientras su dueño le acaricia la espalda, de pronto deja de hacerlo, y como si le pesara el cuerpo se levanta y busca sus pantalones.

—¿Qué haces? —pregunto e instintivamente cojo las sábanas.

—Me voy.

—¿Por qué siempre haces lo mismo?, follamos y te vas.

—Para no gustarte esa palabra, la usas demasiado.

—Te hice una pregunta.

—Simple —comenta encogiéndose de hombros—, porque no quiero que te vayas a enamorar de mí.

Una risa amarga estalla de mi boca y él solo me mira con esa cara indescifrable que pone a veces, se termina de vestir y me dice: hasta mañana, fue un placer.

¡Un placer...!

Respiro, me tranquilizo y me digo a mi misma que solo estamos *follolandio*, nada más.



## 8

### “*Con el rosario en el cuello, y el diablo en el cuerpo*”

A diferencia de todas mis otras noches, cuando el cabrón me deja así, esta la siento diferente, no por eso disminuye mi rabia, pero tal como mis amigas me dijeron, yo acepté los términos, es más ¡yo misma los inventé!

« Así que Beatriz Andrade, no seas la reina del drama», murmuro con una copa de vino en la mano. Y como soy bien mujercita para mis cosas, enumero lo que tengo mentalmente.

Un muy buen sexo. Un muy buen sexo, en realidad, y nuevamente un muy buen sexo, o sea, *folloleamos* como los Dioses del Olimpo, aunque claro, el señor Costabal está lejos de ser Thor, no solo porque no es rubio, sino porque hasta él, hizo cosas por amor.

Después de pensar un buen rato, decido irme a la cama, mañana será otro día y con la visita de *Andrés* seguro estaré un poquito sensible.

Dicho y hecho, pero como dice mi Fran, es preferible tener la visita que lamentarme o correr por las farmacias buscando la pastillita del día después.

Mi oficina es una taza de leche, todos trabajan tranquilos y mi querido psicopático ni me saludó. ¿Será cabrón? Pero bueno, decido meterme en las interminables hojas de cálculo y así olvidar. Trabajar, trabajar que el mundo se va a acabar, hasta que de pronto esa voz ronca que solo sabe mandar se cuele en mi cabeza, y me permito ver cómo le da órdenes a Carmen sin que él se dé cuenta. De inmediato me asalta una oleada de calor, ese maldito traje

azul marino le queda a la perfección, su camisa se pega a sus bíceps pidiendo a gritos ser descubiertos, de modo que en su conjunto se ve más que apetecible, incluso me lo puedo imaginar quitándose la ropa mientras me mira fijamente, ¡Dios! ¡Sí qué me pone caliente! Dejo de mirarlo y así inhibo el rumbo de mis pensamientos antes de que moje mi ropa interior.

En eso estoy cuando Raúl se acerca a mi escritorio con una amplia sonrisa.

—Hoy te invito a almorzar comida china.

—¡En serio! —aplauzo, porque de verdad me encanta y ya tengo hambre.

—Señorita Andrade, puede venir a mi oficina, creo que se equivocó en un informe —escucho que me dice el señor Costabal,

—¿Cómo?

—¿Es sorda? Tengo un balance erróneo sobre mi escritorio, y da la casualidad de que es cliente suyo.

—Imposible —respondo defendiendo mis derechos, nunca he tenido un error, menos en un balance, de hecho es lo que mejor se hacer.

—Ahora, señorita Andrade.

Suspiro y cuento hasta tres, y cuando miro a Raúl él me dice:

—Te espero en el chino de abajo.

—No pierda su tiempo, la señorita Andrade no saldrá a almorzar, necesito el balance ahora.

—¡Ahora!

—¿Se lo repito? ¿Se lo escribo? ¿O se lo envío por correo?

Sin más que agregar lo sigo fulminando con la mirada.

—El balance está incompleto —suelta tirándome la carpeta para que lo vea—. Y las cosas deben hacerse bien. —Me acerco para cogerlo y por más que lo hojeo lo encuentro perfecto—. Lo quiero ahora, puede terminarlo aquí, desde mi computadora —me dice pasándome el *notebook* y quitándome la carpeta de las manos. Cuando lo hace siento el roce tibio de sus dedos, y él en silencio presiona un poco más. Pero ya va siendo hora que este... hombre sepa lo profesional que puedo llegar a ser.

Como si nada y con una mirada gélida empiezo a teclear y a arrastrar columnas de un lado a otro repitiendo las mismas operaciones anteriores, en tanto, él frunce el ceño mirándome con soberbia desde arriba y aunque tengo ganas de responderle me contengo. Aparte de todo los ovarios me están matando. Hoy odio a *Andrés*.

—Está cometiendo el mismo error, nuevamente —comenta y con solo un tecleo borra todo lo que llevo hecho desde hace quince minutos.

—No había terminado, señor Costabal.

—Eso está claro, y así jamás terminará. Su trabajo está incompleto porque le faltan datos, ¿no se dio cuenta?, ¿o es que en el instituto no se lo enseñaron?

Hiervo de rabia ante lo que está claro que intenta hacer, humillarme, pero como dicen por ahí, la venganza se sirve en plato frío y prefiero no responderle alteradamente.

—Entonces, usted, que fue a la mejor universidad, ¿podría explicarme?

Costabal se pone detrás y por sobre mi cabeza comienza a teclear, y de pronto, ante mi asombro abre una nueva ventana con datos que yo jamás había visto, copia, pega y ¡zaz!, un balance completo comienza a formarse ante mis ojos.

—Esto es un balance bien hecho, señorita Andrade —comenta con una mirada deslumbrante—. Un trabajo como corresponde, no como el que me presentó.

Ni la rabia que siento por lo que me dice hace que me den ganas de discutirle, de verdad que los ovarios me están matando, siento que hasta la cabeza se me está partiendo, solo quiero salir y tomarme un ibuprofeno, o dos.

—¿No me va a decir nada? —pregunta con suficiencia.

—Sabe, señor Costabal, sí, le voy a decir lo que quiere escuchar: mi balance estaba incompleto, pero no malo, me faltaba información privilegiada que usted manejaba, pero por favor, dejemos hoy este jueguito del jefe cabrón hasta aquí.

—Perdón —se exalta abriendo los ojos como plato.

—No soy tonta, esto es lo mismo que con *Andrés*, pero con Raúl. A usted le encanta tener el control y escuchar conversaciones ajenas, digno de su



psicopatía, reconozco que en general termino siendo bipolar y no me importa, pero hoy no por favor, y le agradecería que si ya terminó la lección me deje salir a almorzar —le digo reuniendo todas mis fuerzas porque necesito imperiosamente salir al baño o ponerme a llorar aquí mismo—, por favor.

Ahora sí que me mira raro, como si tuviera más de una cabeza sobre mis hombros, hasta que dice:

—¿Qué te pasa?

Cierro los ojos, no esperaba explicar tanto, y prefiero cuando él pone algo más de distancia entre nosotros.

—Tienes razón, no tuve la mejor reacción hace un rato, pero no estaba espionando tu conversación.

Gira mi silla, quedando literalmente frente a él, ahora ya no me mira con arrogancia.

—Está bien, señor Costabal, como diga.

—No, no quiero esa respuesta, quiero saber qué es lo que te sucede —y ahora sí que me asombro, su voz es baja, incluso condescendiente, ni siquiera en la intimidad me ha hablado así.

No pensaba decirle que es lo que me pasa, pero escuchándolo hablar así, algo se mueve dentro de mí, seguro son las hormonas que hablan por mí.

—Me siento mal, me duelen los ovarios y cuando no como me duele la cabeza —le explico contándole toda la verdad.

—¿Y por qué no te has ido a tu casa?

—¿A mi casa? —pregunto ahora sí que confundida.

—Por supuesto, si te sientes mal, ¿o crees que soy tan cabrón como para no autorizarte a irte?

—No creo que lo seas, lo eres —suelto pero me arrepiento enseguida, tampoco es para que le hable así.

—Puedes irte, o mejor aún, puedo llevarte a tu casa.

—Gracias, pero nunca he faltado a mi trabajo por algo que me va a ocurrir una vez al mes por lo menos hasta que tenga cincuenta años, pero sí me gustaría ir a comer algo.

—¿Únicamente necesitas eso? —murmura tan bajo que hasta me tengo que esforzar para escucharlo.

Tengo ganas de decirle que sí, pero no me siento con ganas de mentirle, creo que es la primera vez que tenemos una conversación en su oficina sin gritarnos o decirnos pesadeces.

—No, también necesito un ibuprofeno.

Y en un acto que jamás esperé, pasa su mano por mi pelo y camina a la puerta de su oficina, abriéndola. Me levantó y ahora me mira con mala cara.

—Voy a comer algo y luego le redactaré de nuevo el informe y...

—No —me corta—, voy a buscar un sándwich para que comas, y esa pastilla —comenta saliendo de su propia oficina dejándome con la boca abierta y juro que no sé qué mierda pensar.

Cuando vuelve lo hace con todo lo que pedí. Me trago la pastilla y me devoro el sándwich, luego me levanto y es el momento en que él lo hace también, se acerca y como si le costara besa mi pelo y se vuelve a su asiento.

—Espero que esto no se repita todos los meses, señorita Andrade.

—No se preocupe, señor Costabal —le digo indignada cerrando la puerta, y así paso mi tarde, si antes estaba confundida, ahora lo estoy más.

A las seis de la tarde me voy y por fin me junto con las chicas. Hoy no soy el centro de atención, ya que Paula tiene un problema con su *amigovio* y todas nos volcamos a aconsejarla. Así se nos pasa gran parte de la noche, hasta que inevitablemente me toca el turno a mí.

—¿Cómo vas en tu *folloleo*? —me dice Fran aguijoneándome.

—Bien, las cosas son claras, anoche...

—¡Anoche! —chilla Clau.

—Bueno, sí, anoche después de *folloliar* se fue y me dijo que lo hacía para que yo no me fuera a enamorar de él.

—Maldito idiota —me defiende Pau.

—No, no es un idiota, todo lo contrario, es muy inteligente —comienza Francisca—, este es como el juego del gato y el ratón, y tú tienes que ser el gato.

—En español, por favor.

—Fácil, él es quien quiere tomar la iniciativa, él es quien quiere decir “yo follo cuando quiero y como quiero” con eso, tú, que ya sabemos que estás calentita, haces lo que él te dice, pero si no cambias o no haces las cosas al revés, y no te respetas un poquito más, la cosa siempre será igual.

—¡Me respeto!

—Entonces toma tú el toro por las astas, ¿no te cree la mujer superada, no sé cuántas estupideces más? Pues bien, demuéstreselo a él ¡y demuéstrela a ti también!

—Apoyo a las #Niunamenos.

—Muy bien, Paula, y así necesito que me apoyen el domingo, tenemos marcha por los niños del Sename.

—El domingo tengo almuerzo con mis padres.

—La marcha es a las diez de la mañana, tu almuerzo es después, así que las quiero a todas temprano, y con su mejor cara, ¿entendido?

Como siempre, ya estaba todo oleado y sacramentado, y como todos los miércoles ya nos habíamos dicho las cosas a la cara, pero eso sí, con respeto.

En la soledad de mi departamento, las palabras de Francisca cobran sentido, y sí, en algo tiene razón, debo tomar el toro por las astas y eso es lo que voy a hacer desde mañana.

¿No le gusta ser un cabrón señor Costabal? Pues bien, yo le voy a enseñar cuan cabrona puedo llegar a ser.

Con ese pensamiento me duermo, y ahora que veo los primeros rayos de sol, mi sonrisa se ensancha completamente. ¿Y eso por qué? Porque ahora mis fantasías giran en torno a un cabrón un tanto... especial, pero que sabe mover su cuerpo de forma sublime. Técnicamente tal vez solo sé la teoría, pero ahora muero por ponerla en prácticas y así al fin traspasar ese límite de ficción/realidad. Y ya que tengo que tomarme el toro por las astas... voy a cambiar, o mejor dicho, él va a cambiar. Porque si a él le gusta el poder, a mí también, y no pienso ser una mujer débil, sino una que al menos haga lo que quiere. Voy a ser la mujer que lo deje con la boca abierta.

Ni siquiera corro para llegar justo a tiempo, es más, paso por un café y

como si no fuera solo diez minutos atrasada me decido por las escaleras. Atravieso la puerta con una gran sonrisa pensando en mi súper idea, hasta que de pronto lo veo. ¡Dios! ¡Qué guapo que es este hombre!, hoy va con unos pantalones grises y una camisa a tono, varias ideas se me pasan por la cabeza, pero las descarto inmediatamente.

—¿De dónde viene, señorita Andrade? Necesito ya los balances actualizados de nuestros clientes.

Suspiro porque ya sé que mi mañana será un tanto movidita, y eso solo retrasará mis planes.

—Siento llegar tarde, pero no se preocupe, en un rato se los envié, señor Costabal, los voy a preparar con Raúl.

—¿Otra vez con Raúl? —dice mirando a mi compañero que está en lo suyo—. En qué quedamos... ayer —ladra y veo cómo le tiembla el labio inferior, está conteniendo su rabia con esa postura de hombre serio y sereno, en tanto yo tengo que hacer esfuerzos para no reír.

—Siempre hemos trabajado en conjunto, no se preocupe —respondo y no sé porque le entrego mi café y veo en él una mirada de sorpresa, y como si eso fuera poco, su estómago ruge de pronto, ¿Acaso no come en su casa? —. ¿Desayunó?

Él hace un gesto de cabeza como si le molestaran mis palabras y agrega:

—Como no me tenga los informes para el mediodía y se distraiga en otra cosa, está despedida.

Ahora sí que se me escapa la risa sin poderme controlar, paso por su lado y antes de que empiece a echar humo por la nariz me siento a trabajar. Se me pasa la mañana volando, y justo dos minutos antes de la una, mando los informes y corro a la salida, tengo una hora para hacer mi propósito, y ni el señor Costabal me lo va a impedir.

Después de caminar varias cuadras, llego al centro de la perdición, toco el timbre, me abren la reja y luego en el segundo piso me atiende una chica de lo más amable.

—Si necesita ayuda, solo dígamelo.

La miro con una sonrisa y mis ojos se iluminan al igual como lo hacen los

de Gollum cuando encuentra su tesoro yo ya he encontrado el mío, que está perfectamente dispuesto sobre una estantería. Sin perder más tiempo, tomo lo que necesito, se lo paso a la dependienta y le pido una boleta sin detalles, ella me mira extrañada pero no dice nada, luego, tan rápido como llegué, me voy. Y antes de llegar a la oficina paso a una paquetería y lo envuelvo en papel café, no quiero que nadie sepa que traigo.

Así como la mañana, la tarde se me pasa volando y hoy, “ni un necesita algo”, me dice el señor Costabal, solo sé que me mira, porque cada vez que voy a conversar con Raúl o con algún otro compañero, sale de su oficina, y claro, no vuela ni una mosca, y aunque me muero de ganas por entrar a su oficina, me contengo. Así que cuando llegan las seis de la tarde me marchó a mi casa, y sí, reconozco que un tanto frustrada. En la mañana tenía todo planeado, pero ahora, nada, mi plan al traste, al final sí voy a terminar creyéndome un poco bipolar.

¡Viernes! Al fin, último día, sonrío, pero al mismo tiempo mi sonrisa desaparece, dos días sin ver al señor Costabal, y eso porque yo misma le he dicho que no. Suspiro resignada, no tengo mucho más que hacer.

La mañana es ajetreada como siempre, hoy salimos más temprano, y es cuando mi mente calenturienta piensa en que hoy sí nos podríamos ver.

Definitivamente, soy bipolar, y ahora la adrenalina comienza a correr por mis venas, lentamente me acerco hasta donde está Carmen.

—¿Hoy tienes que hacerle el cuadro al señor Costabal, verdad?

—Sí, ya lo tengo listo, en unos minutos se lo llevo, ¿por qué?

—Es que tengo un gasto, y me gustaría que me lo reembolsara, toma —le digo entregándole el sobre—. Dentro está la factura.

—Entonces me apresuraré para que te lo reembolsen hoy mismo.

Solo le respondo gracias y me voy de vuelta a mi escritorio fingiendo que trabajo, porque lo que estoy haciendo es esperar a que ella entre en su oficina, y pagaría hasta lo que no tengo por verle la cara. Carmen sale, empiezan a pasar los minutos mientras estoy tamborileando los dedos contra una carpeta, hasta que suena su teléfono, y luego ella me mira y me avisa con una cara seria que el señor Costabal me llama.

Mi corazón empieza a latir frenéticamente, estoy segura que hasta los

colores de mi cara delatan mi ansiedad.

—Señorita Andrade —dice apenas cierro la puerta—, ¿qué mierda cree que es esto? —anuncia sacando la boleta, enrostrándomela, está enojado, muy cabreado.

—¡Uf!, para ser tan inteligente y haber estudiado en una gran universidad, a veces me pregunto si entró por el llamado a viva voz, y no a la primera. Pero tranquilo —le digo cuando veo que su cabreo ahora es un tanto descomunal, pero de alguna manera debo devolverle lo del instituto, aunque no me avergüenzo de ello—, es una boleta.

—No soy idiota —brama dejando el papel perfectamente doblado sobre su escritorio, mientras veo como sus pupilas se dilatan—, ¿por qué tendría que pagarlo yo?

—Porque todo lo que compré en el *Sex Shop* pienso utilizarlo en usted, entonces creo que es injusto que lo pague de mi bolsillo si el que va a disfrutar es usted, señor Costabal.

Inspira hondo y vuelve a tomar el papel, con la diferencia que ahora se acerca y quedamos totalmente pegados, incluso puedo sentir su erección contra mi estómago. Y a continuación me toma de mi moño, ese que el tanto odia y me obliga a mirarlo. Sé que lo hace para intimidarme, pero extrañamente hoy me siento como la mujer maravilla, ni siquiera me amilano y lo miro decidida. Siento como pasa sus labios por la comisura de míos, y como es un cabrón, en vez de besarme me huele y vuelve a echarse hacia atrás.

—¿A qué quieres jugar, Beatriz?

—Ya lo verá.

—Quiero verlo ahora —ronronea pasando por mi lado en dirección a la puerta para ponerle pestillo—. Tenemos pocos minutos, quítate la ropa interior.

Mis cejas se levantan solas y este imbécil, ¿qué cree que soy?

—Lo siento, este juego no va así.

—Pero es el juego al que yo quiero jugar. No se lo voy a repetir.

—Creo que no está entendiendo nada, señor Costabal, mi juego, mis reglas —me mira enfadado, sé que estoy jugando con fuego y en su territorio, pero

esta es mi partida, y bajo mis reglas.

—Tiene suerte de que no la tome de ese maldito moño y la ponga contra la pared.

—¿Oh...? —me mofo—, me siento alagada entonces, pero resulta que el moñito de vieja, como dice usted, me encanta, y si quiere ver que es lo que tendrá que pagar, lo espero el lunes en la noche.

—No.

Y sin apartar esa mirada que me calienta hasta el alma repite:

—Quítate la ropa interior.

Ahora resoplo, la enojada soy yo y niego con la cabeza. Él suspira y me mira cabreado tirando la boleta al suelo.

—Perfecto, señorita Andrade.

«¿Así de fácil he ganado?», me pregunto cuando lo veo sentarse.

—¿Qué sería su perfecto, señor Costabal?

Con ese gesto que yo odio tanto suelta:

—Cuando decida crecer y hacer las cosas como mujer adulta y no jugar a la sorpresa como si fuera una niña de cinco años, vuelva.

«¿Pero quién se cree?», pienso enojada. «¿Una niña idiota que babea por él, o que tiene que hacer lo él quiera cuando quiera?». Soy una mina adulta, resuelta, y recordando mi propuesta y mis términos respondo:

—Como quiera.

—¿Cómo quiera qué, señorita Andrade? —Gruñe entrecerrando los ojos, en tanto yo le hago frente intentando parecer fuerte.

—Cuando entiendas —lo tuteo—, que mientras *folloliemos* somos iguales, y que no eres mi jefe, ni el cabrón pedante de siempre, ahí tal vez yo decida volver.

Nos miramos retándonos y una tensión cae sobre nosotros, estamos en una batalla que ninguno de los dos quiere perder.

—Me voy —soy la primera en claudicar—, pero jamás pensé que fuera un cobarde.

—No soy un cobarde —murmura.

—Entonces ¿por qué simplemente no puede aceptar lo que le estoy proponiendo?, debería sentirse honrado, todo será para su placer personal, ¿o es que acaso no confía en mí?

—¿Debería hacerlo?

—¡Por Dios, Mauricio! —Exclamo perdiendo totalmente la paciencia—, ¡hemos follado como conejos las últimas semanas y todavía no sabes si puedes confiar en mí! Déjame decirte que para decir que no eres un hombre con trancas emocionales tienes muchas rarezas, no te estoy pidiendo plata prestada, solo te estoy diciendo la hora y el día para...

—Para que tú juegues conmigo a ser dominatriz —agrega como si fuera un vidente.

—Para que lo pasemos bien —aclaro.

—Perfecto, si no tuviera cosas que hacer hoy, te diría que te veo más tarde en tu casa.

—Dije el lunes, después del trabajo.

Él sonríe y niega con la cabeza, se acerca a mí nuevamente, pone sus labios sobre los míos y cuando voy a quitarme mete su lengua dándome un beso que me deja tonta, así, tal cual, luego retrocede y me dice:

—Creciste en un tiempo record, pasaste de ser una niña a ser toda una mujer, y una que además quiere jugar, estaré en tu departamento a las seis el domingo.

Abro la boca para reclamarle, pero al ver su maldita sonrisa, quiero matarlo.

—No necesitas decirme que tienes planes con tus padres, pero a las seis es más que suficiente, ahora puedes retírate, le diré a Carmen que te transfiera a tu cuenta —me dice volviéndose a ver su computadora, ignorándome—, ¡ah!, y si me extrañas el sábado después de juntarte con tus amigas, puedes usar el vibrador que te regalé. Y que por supuesto no te cobré.

Dicho eso, dejándome con una rabia enorme, se centra completamente en su computador y olímpicamente pasa de mí.



Pero eso no hará que mi viernes se arruine, así que llamo a la única persona que sé está un viernes por la noche y que su panorama será ver un programa de televisión de farándula, un súper panorama para esta noche. Mi Clau. Tras conversar de nada y todo, siento que ya me he mentido demasiado, y estoy a punto de ahogarme, ¿pero... podré decírselo solo a ella? Debo admitir que estoy aterrada por lo que me pueda decir, pero peor que eso, estoy cagada de susto por tener que contárselo a alguien.

—Beatriz, te conozco desde hace más de diez años, y esa cara que traes no es de gratis, sin contar con que sé que este programa no te gusta —habla tomándome la mano—, así que, o me dices qué te está pasando, o llamo a las chicas.

No me siento preparada en este momento para contarle, así que le hago un gesto con la cabeza y seguimos mirando la televisión. Pero media hora después, media botella de champán y la presión estallándome en la cabeza cierro los ojos y antes de que la modelo que está hablando cuente con que futbolista está saliendo le suelto:

—Me gusta más de lo que quiero admitir y no me importa que sea un cabrón porque lo que siento por él no lo entiendo ni yo misma. Lo que sí sé es que lo odio.

Suspira, levanta la copa y se bebe de un trago lo último que le queda.

—Déjame entender algo, lo odias, pero te gusta —asiento con la cabeza—, ya sé que están follando porque nos lo contaste —vuelvo a asentir—. ¿Y no sabes lo que te pasa? —ahora niego y ella respira—. Fácil, Bea, te enamoraste de ese cabrón.

—¡No...! —Murmuro—, te estoy diciendo que lo odio.

—Deja de mentirte, no puedes estar lejos de él y estás perdonándole todo porque te enamoraste, y sabes que te va a cagar porque te lo dijo, pero tampoco te importa porque lo poco que te da, te gusta y lo vas a aceptar.

—Suen a masoquismo puro —reconozco escondiendo mi cara entre mis piernas.

Ella asiente con la cabeza y suelta sonriendo:

—Increíble lo que puede hacer un buen polvo.

—Más que eso, es intenso, morboso, lujurioso, y...

—No me saques pica que ya entendí —sonríe haciéndome callar.

—¡No te burles!

—No me burlo, es que acabas de sonar como una mujer enamorada, y esto no suena a *folloleo* de novela, y no de esas que nos gustan a nosotras porque esas terminan todas felices, esta va a terminar mal.

—Te estás pareciendo al señor Costabal.

—No, Bea, te estoy diciendo la verdad, él no quiere nada serio, disfruta del sexo, ¡claro! Pero de ahí a algo más, lo dudo, es más, hasta se está aprovechando de ti, ¡es tu jefe! ¿Qué va a pasar después?

—No sé.

—Ojo, no te estoy diciendo que tener una relación solo basada en sexo esté mal, para nada, pero aquí el temita es que es tu jefe, tienes que alejarte antes de que sea demasiado tarde.

—Ya lo es, no quiero.

—Hay, chanchita... —susurra acercándose para abrazarme—, vas a sufrir.

—No le cuentes nada a nadie, por favor.

—No lo haré, pero las chicas no son tontas, y te conocen tanto como yo. Lo único que tienes que tener claro es que como esto se sepa tu reputación, tu trabajo y tu credibilidad se irá a la mierda, y a él no le va a pasar nada de nada porque es hombre. Y si tú puedes entender todo esto y seguir *fallándotelo*, está bien, solo debes tener claro que tan malas son las consecuencias.

Me encojo de hombros incapaz de hablar, visto así no suela tan mal..., suena aterrador.

—Voy a ver hasta dónde se estira el elástico.

—Entonces cambia esa carita, brindemos por la vida, y luego nos vamos a acostar, así como estás ni de joda te dejo subirte a un *Uber*.

Con mi Clau, siempre siento que las cosas son claras, pero esta vez, en la soledad de la habitación siento que a pesar de estar aliviada por contarle a alguien, también sé que el *orgasmeable* tiene fecha de vencimiento. Así,

pensando, me duermo profundamente gracias al alcohol.

El sábado comienza con un desayuno de campeones, claro, al estilo de Grez, porque Claudia está haciendo esa maldita dieta y solo comemos huevos revueltos, ¡con mantequilla!, ni medio pancito me deja comer. Al mediodía vamos juntas a mi departamento, me cambio de ropa y nos juntamos a almorzar con las chicas. Es nuestro sábado, y además uno muy especial, ¡sábado de libros! Por la tarde vamos al lanzamiento de una novela y nos juntamos con las otras locas lindas que aman tanto la literatura como nosotras. Ahí no importa de dónde venimos, que edad tenemos o en qué trabajamos, todas somos iguales y gozamos de la misma forma con el mundo de los libros, ¡si hasta las escritoras participan con nosotras!

Al terminar, en vez de irnos por ahí a algún karaoke como nos gusta tanto, cada una se va a su casa, mañana madrugamos todas por los niños del “Sename”, ellos se merecen todo nuestro apoyo por su causa, no están solos. Así comienza nuestro domingo, todas marchando con poleras alusivas por la Plaza Italia, familias completas con niños caminamos por la misma causa.

Riendo felices estamos todas sentadas en el pasto, porque una cosa hay que admitir, ya no tenemos veinte años y tanta caminata cansa. De pronto mi celular comienza a sonar con el típico “ñau” y sé que es la hora de irme. Me despido de todas y sin siquiera cambiarme me voy a la casa de mis padres.

Un aperitivo, un picadillo, luego el almuerzo, la sobremesa y así transcurre el almuerzo, mi madre sigue cocinando como los dioses, mi padre tan lindo como siempre y mi hermano, bueno, él es cuento aparte, siempre con esa cara mirándome de menos por ser soltera y alocada, pero que se joda él y su mujer, que odio con todo mi ser, ella parece siempre tener un palo en el culo, palo que por supuesto le impide ayudar a mi madre cada vez que viene, y si fuera invierno se va a dormir y deja a sus hijos al cuidado de sus abuelos, pero supongo que algo muy bueno debe tener para que el pelotas de mi hermano siga casado con ella. Cuando veo el reloj, ya son las cuatro. Con la excusa de que tengo que trabajar adelantando algunos informes para mañana me voy. No sé si me creen, pero mi papá me deja en la parada del bus, y una hora después, ya estoy en mi departamento.

Mi corazón está acelerado, tanto como porque estoy ordenando, como porque estoy preparando todo para esta tarde, quiero cumplir una fantasía, y que mejor que hacerla con el señor Costabal.

En la ducha me paso la máquina de afeitar y quedo suavcita como potito de guagua, me echo crema, me perfumo y solo me quedo con la bata de raso roja, me falta una boa de plumas rojas, y me convierto en Kristal del Cielo, ¿y quién es ella? Bueno, la heroína del libro que yo quiero imitar, con la diferencia que ella tiene experiencia y yo solo la he leído.

Antes de que den las seis de la tarde, toca el citófono y no necesito contestar para saber quién es.

Cinco minutos después tomo aire un par de veces y camino a la puerta, le abro y lo primero que veo es su cara de asombro, de estupefacción y de no saber qué hacer, tanto que ni siquiera ha avanzado un solo paso.

—Si no pasas, voy a ser el hazmerreír de mis vecinos, así que por favor —digo haciéndole el gesto con la mano—. Puedes entrar.

—¿Esa bata la compré yo?

—No, es mía, ya verá por lo que pagó, señor Costabal.

—Mauricio —me corrige como siempre, pero a estas alturas decirle señor hasta me gusta, he soñado con esto desde que se me ocurrió la idea. Lo único que necesito es que él se deje seducir por mí y quiera cederme el control... casi nada.

Pero antes tengo que romper algunos muros y darme valor a mí misma. Quiero llegar a un punto arriesgado en donde todo se puede ir a la mierda, solo espero que este hombre confíe lo suficiente.

Sonrió con gracia y le entrego una copa de champán.

—¿Te divierte esta situación?

—Mucho, y tú, ¿ves algo que te guste, que me miras tanto?

—Podría ver mejor si te quitas esa cosa.

—Esto —digo desabrochándome el cinturón—, se llama bata —suspiro bebiéndome un trago para infundirme valor.

Su sonrisa se amplía y sé que está satisfecho con lo que ve, porque su erección responde incluso antes de que él hable.

—Ven, sígueme —le pido haciéndolo pasar a mi habitación que tengo adornada con algunas velitas dándole más intimidad. Además así me sirve

para que no vea lo colorada que me voy a poner.

—Esto es..., increíble.

—Eso es lo que voy a intentar —tomo otro sorbo, pero Mauricio sigue observando todo, parece una estatua—, sé que te gusta llevar el control en todo, siempre.

—No le veo el problema a eso —responde mirándome fijamente. La bata la llevo abierta por la mitad, solo se me ve la braga negra de encaje que llevo puesta.

—Yo tampoco lo veo complicado, supongo que un cabrón como tú necesita de ese control para sentirse fuerte y superior en el sexo, sino sería imposible, pero lo que yo quiero proponerte es un juego, una fantasía. Me gustaría que ahora tú me cedieras el control en la cama.

Juro que lo escucho jadear, aunque está también a punto de tirarse sobre mí y echarme a perder mi plan.

—¿Por qué? ¿Quieres jugar a la dominatriz? —me interroga tratando de controlar su voz mientras se empieza a desabrochar el botón del pantalón—. ¿Quieres hacer realidad tus fantasías? ¿Quieres hacer lo que lees en esos libros? Si es así te advierto que a mí no me vas a azotar, a mí esas estupideces al estilo Grey no me van, además creo que en ese libro la cosa es al revés.

Trago saliva cuando veo como baja su pantalón, este hombre me va a matar antes de empezar.

—Menos mal que no sabes de novelas eróticas —me burlo, pone mala cara como recordándome que tiene hermanas—. No, tranquilo que a mí tampoco me gusta el dolor, pero quiero ser yo la que controle la situación.

Entrecierra sus ojos, ahora lentamente y muy obediente sin tener que decírselo se quita la polera y la lanza al mismo lugar en que ha caído su pantalón. Inevitablemente mis ojos se van a su bóxer, o concretamente a su pene que grita por ser liberado.

—Quiero que te rindas al placer —revelo aclarándome la voz, redirigiendo la mirada.

—Siento placer cada vez que llego al clímax, y créeme que ahí no ejerzo ningún control —ronronea con esa voz sexy y arrogante—. Pero parece que tú

tienes ganas de ser una chica muy mala.

—No sé si muy mala —reconozco tomándole la mano para que se acerque, y ahí surge esa maldita corriente eléctrica que me vuelve loca—, acuéstate en medio.

Él levanta una ceja.

—¿Confías en mí, Mauricio? Y piensa bien tu respuesta, o te juro que todo esto se va a la mierda —le advierto.

—¿Para qué?

—Sí o no.

Duda un par de segundos, resopla y al fin contesta.

—Estoy aquí, eso debería ser una respuesta a tu pregunta.

Como sé que no voy a conseguir más, asiento.

—Gracias, y ya que confías en mí, quiero que me dejes hacer algo —pido sacando de mi velador un par de esposas que yo misma escogí, no son las típicas de policía, estas son recubiertas con una especie de piel de peluche negras—. Quiero esposarte.

Una risa un tanto nerviosa brota desde sus adentros, pero no es una burla, es más parecida al nerviosismo.

—Me estás webeando. ¿No podemos simplemente tener sexo duro y sin control?

—Wow, no pensaba que sabías decir garabatos, y no, no quiero el sexo que tenemos siempre, quiero *folloliar* de esta manera para que explotes sin tener que preocuparte por nada. Estoy pidiéndote humildemente que me dejes a mí darte placer, que me entregues a mí el control, solo..., por esta noche, y si en algún momento te sientes incómodo, dímelo y esto se acabará. ¿Pero de verdad quiero intentar esto contigo?

—¿Lo has hecho antes? —me interroga con fuerza en sus palabras, con ese maldito autocontrol que tiene siempre sobre mí.

—Nunca —decido ser lo más sincera posible, después de todo la que le está pidiendo confianza soy yo y tiene que ser recíproco para los dos—, es la primera vez que lo hago, y hasta hace unos días jamás había sido siquiera una

fantasía en mi vida. Y si la luz estuviera encendida verías lo avergonzada que estoy. Pero por favor..., hazlo por mí.

—Nunca he cedido el control, no sé si puedo —reconoce mirando las esposas, sentándose en medio de la cama.

—Yo creo que si lo intentamos podrás —digo en tanto me pasa una mano para que lo espose, y yo jamás en mi vida pensé que la cama de bronce de mis abuelos me serviría para una cosa como esta, pero me quito esa idea o voy a terminar rezando y pidiendo perdón—, piensa que es solo un juego para que lo pasemos bien. Y así tengas una experiencia diferente para recordar. Y de paso me concedes esta fantasía de novela.

Espero unos segundos su reacción mientras mi mente ya se lo imagina, mis emociones en cualquier momento me van a delatar, y cuando creo que todo está perdido habla.

—Espósame —suspira casi con expresión de cansancio—, pero únicamente porque quiero que seas una mujer satisfecha sexualmente con sus fantasías, y para que también te des cuenta de cuanta estupidez genera leer esa clase de cosas que te gustan tanto.

Me rio para liberar mi tensión. Esposo sus muñecas por separado, él tira apenas escucha el clic, pero con eso además me aseguro que queda bien sujeto, y cuando lo nota, no sé porque su excitación crece todavía más.

—¿Contenta?

Me muerdo el labio ante su mal humor, y me quedo a horcajadas sobre sus piernas mirándolo, realmente este hombre es guapo. Cada uno de sus músculos es cincelado a mano, incluso son elegantes sin llegar a ser excesivos. Lentamente me inclino hacia adelante y mi pelo es lo primero en tocarlo, para a continuación besarlo con la lengua incluida de inmediato como si con esto estuviera mostrándole lo que vendrá en un momento. Cuando me retiro un centímetro, él respira alterado y sus ojos me miran con verdadera pasión.

Me tomo mi tiempo, mordisqueo y chupo sus pezones tal cual como me lo hizo él a mí, luego con una mano comienzo a bajar, hasta que me topo con el elástico de su bóxer, lo bajo lentamente y ¡saz! Toda su hombría en total extensión, y juro que mi boca se hace agua, pero son mis dedos los primeros en deleitarse. Mi mano comienza a danzar sobre su pene que poco a poco se va lubricando facilitándome el trabajo. Mauricio gime de placer tirando de sus

manos que reciben de inmediato el enganche, recordándole que no puede moverlas más. Me aprovecho de su mirada en las esposas para apresurar mi vaivén mientras se retuerce en la cama.

—Se acabó, ¡quítame esta mierda ahora! Quiero tocarte.

—Solo aguanta un poquito más, es mi fantasía ¿recuerdas?

Costabal maldice recitando un rosario de palabras, incluso algunas que yo ni conozco, pero como deseo más, bajo mis labios directo a su erección hasta que al fin la pruebo como si fuera el mejor de los manjares.

Uno, dos, tres y siento como está a punto de entregarse, los primeros temblores incontrolables han comenzado a llegar y es el momento en que aprovecho para tomar su pene y dejarme caer sobre él, lentamente sintiendo como llena cada rincón de mi interior.

Mauricio aprieta sus dientes tratando de tomar el control, pero es imposible, mis pliegues se acoplan tan perfectamente que sé que lo está disfrutando tanto como yo. Hasta que de pronto, sin contenerse más, explota dentro de mi arrasando todo lo que se pueda llevar, y una de esas cosas es a mí, que apenas lo siento lo presiono todavía más tomando su cara para besarlo y gemir junto a él.

—Beatriz... —susurra mirándome con sus ojos acuosos sintiendo pánico de lo que vendrá a continuación—, no sigas por favor.

La súplica de sus palabras me hace dudar.

—Solo mírame, Mauricio, siénteme y ve lo que soy.

Sus pupilas se dilatan al mismo tiempo que sus músculos se relajan permitiéndome entrar un poco más. Cierra sus ojos como si ya no pudiera más.

—Gracias, Mauricio —le digo conmocionada por el momento tan bonito que me acaba de dar—, gracias por permitirme llegar hasta ti —agradezco moviéndome lentamente mientras siento como de pronto se derriba una barrera y es él quien se empieza a mover sin control, con premura, con ganas clavándose cada vez más. El placer insoportable que siento ahora no tiene nada que ver con algún otro que haya tenido, es en un momento una tormenta acabando con todo, y es en este momento en que siento que yo misma acabo de traspasar mi propia barrera de un juego a una realidad.



Una aterradora realidad que no quiero ni siquiera imaginar.

Y no quiero hacerlo, vuelvo a tomar su cabeza en tanto él deja de luchar con las esposas y flexiona sus piernas para darme mayor comodidad, simplemente nos estamos besando mientras nuestras lenguas hacen mucho más. Ahora le estoy haciendo el amor, cursi, anticuado o sobrevalorado, son esas tres palabras las que están haciendo de esto algo sólido y real que está pasando en este momento, aquí y ahora. Porque siento que de alguna forma Mauricio Costabal me acaba de regalar su autocontrol.

—Gracias. Ojalá en algún momento pueda retribuirte todo lo que me acabas de hacer sentir.

Mis palabras le calan hondo, y veo como nuevamente mueve sus manos, no con violencia, pero sí con decisión.

—Necesito que me sueltes ahora mismo.

Sin dilatar más la tortura, obedezco aún sentada sobre él, Mauricio me mira un momento, acomoda mi pelo detrás de mi oreja y con un cuidado que antes jamás había tenido me pone a un costado. Luego como si todo sucediera en cámara lenta se levanta, coge su camiseta, se pone su pantalón y sin decir nada sale por la puerta de mi habitación, segundos después el cerrar de mi puerta me indica que se ha marchado.

—Mierda, ¿qué he hecho? —susurro en voz alta abrazando mis piernas.

Sin entender que es lo que acaba de suceder me levanto para ir al baño, y cuando lo hago, veo un objeto negro tirado en el suelo. La gata curiosa que llevo dentro me lleva directo a ver lo que es..., su billetera, y sin pensármelo dos veces la abro, esperando buscar algo, lo que sea, y lo que aparece delante de mis ojos es su licencia de conducir con dirección y todo.

—Sí, le debo una disculpa —hablo sola cual loca estoy.

En tiempo record me visto con la idea fija de ir a su casa y preguntarle qué es lo que sucedió, después de todo creo que me merezco una explicación.

Cuando llego a la dirección un moderno edificio se levanta frente a mí, el conserje me ve y rápidamente me abre la puerta.

—Buenas noches, voy al departamento de Mauricio Costabal.

—Déjeme anunciarla —me dice, pero en ese preciso momento aparece una

señora un tanto desesperada diciéndole que por favor le ayude a controlar una fuga de agua en su departamento que se le está inundando el baño.

«No sabrá cerrar la llave de paso digo yo».

—Disculpe señorita, podría subir usted. Piso dieciséis a mano derecha.

—Gracias —respondo feliz y tomo el ascensor. Cuando llego a la planta que corresponde no es muy difícil adivinar cuál es, solo tengo un par de departamentos, toco el timbre, espero un par de segundos y de pronto la puerta se abre. Mi vista se dirige hacia abajo y una pequeña niña idéntica a Mauricio me sonríe mostrándome así que le faltan los dos dientes delanteros.

—Hola —me saluda sacándome de mi propia ensoñación.

—Está... está, el señor Costabal —tartamudeo con todo el formalismo que puedo encontrar.

—No, mi papá no está, pero le puedo avisar a mi mamá...

—¡Dios mío! —exclamo en un murmullo ahogado tapándome la boca al mismo tiempo que doy dos pasos hacia atrás como si la diminuta enana que tengo enfrente me fuera a devorar, y sin perder más tiempo camino hacia las escaleras que se transforman en un espacio sepulcral en donde solo puedo escuchar el quebrazón de mi corazón.

## 9

*“La capa del Diablo por un lado tapa, y por el otro destapa”*

Al llegar a la puerta, el aire fresco me da directo en la cara, con eso casi puedo despejar mis ojos que están cargados de lágrimas sin derramar, y con la poca dignidad que siento que me queda, camino al único lugar que sé que no me va hacer sentir tan mal.

Veinte minutos después, estoy sentada en algo que se supone que es un bar, y digo “supone” porque la música me va a reventar los tímpanos, pero al menos esto no me hace llorar.

Llamo a las chicas por el grupo de “Las Brujas” porque no puedo repetir muchas veces las cosas, hasta me cuesta hablar, y sé que ya estarán por llegar. El chico de la barra me pregunta qué quiero beber, y yo, con lo tonta que soy, en vez de pedirle algo fuerte para emborracharme, le pido un café bien cargado. Me mira un poco extrañado, pero no dice nada.

Para matar la espera me pongo a mirar a la gente, que ríe, conversa y algunos se abrazan y se tocan un poquito de más. Como diría el HDP, “están listos para follar”, pero al pensar en él la hiel se me sube por la garganta, así que la bajo con un sorbo de café.

Hasta que de repente escucho como desde la puerta mi Fran habla, o mejor dicho grita:

—¡¿Qué mierda te hizo ese cabrón?!

Mis ojos se abren como platos al escuchar el silbido del *barman*, que

ahora sí sabe porque le pedí un café.

—Te puedo dar algo más fuerte, y va por cuenta de la casa.

—No gracias —le digo—, prefiero estar sobria para enfrentar al batallón de fusilamiento —respondo, pero no puedo seguir hablando porque las chicas ya están frente a mí.

La primera en abrazarme es Claudia, luego le sigue Paula, y Fran solo se me queda mirando y agrega:

—Cambia esa cara que además de escuchar tus dramas quiero darle placer al cuerpo.

—Lo siento, no estoy de ánimos.

—Ah, claro, como seguro ya te revolcaste con Costabal hace un rato y después se fue como el cobarde que es, ya estarás satisfecha —alega enojada, sé que es su manera de ser, su cabreo, pero de igual forma su ataque me duele —, pero yo no me levanté de la cama solo para venir a escuchar cómo te lamentas por algo que sabías que iba a pasar.

—Sí, en eso tiene razón —continúa Paula—, sabes que el HDP no se queda después para hacer cucharita, ya deberías aceptarlo.

—No te estamos recriminando nada, Bea, no nos molesta venir acá — agrega Claudia mirando con mala cara a las chicas—, pero es verdad, mientras más rápido lo aceptes, menos te dolerá.

—¡Por supuesto! —Chilla Fran—, porque esas son las reglas del juego que tú aceptaste, y te lo advertimos, y no me mires así que no estoy mintiendo, tampoco te estoy diciendo lo tonta que eres por querer follarte al jefe.

—Para no querer decírselo, le ha quedado claro, Francisca.

—Estoy con Fran —la apoya Paula—, es que me molesta verte hecha bolsa por un tipo que ni siquiera vale la pena.

—Porque no se te ocurra defenderlo —vuelve a la carga la feminista.

—Eso sí que no, tú solita empezaste este jueguito.

—Yo no empecé ningún juego —explico tratando de defenderme, parece que la que está siendo enjuiciada soy yo y ni siquiera me dejan hablar.

—Pues bien que lo estás jugando, ¿o acaso no te abres de piernas cada vez

que el HDP ese no te lo pide?

—¡Podrían callarse y escucharme un segundo! —grito abriendo los brazos. Ellas me miran seriamente, saben que algo ha pasado y Claudia es la primera en preguntar.

—¿Necesitamos un trago o un café?

—Solo estoy tomando café porque necesito estar lucida para contarles.

—Bien —dice Paula mirando al *barman*—. Cuatro tequilas margarita, joven.

Sin decir nada más caminamos hasta una mesa que está junto a la ventana, esperamos unos minutos a que llegue nuestra orden y cuando tengo el vaso en la mano, tomo aire y suelto:

—Quieren la versión larga, o corta.

—¡Larga! —chillan todas al unísono, y es ahí cuando empiezo a contarles todo el episodio vivido en mi departamento hasta que me interrumpen.

—¡Wow!, Grey es una alpargata al lado tuyo —sonríe Paula.

—Ya te imagino poniéndole las esposas —comenta Claudia riendo, pero es Francisca la que me mira bebiendo por su bombilla, hasta que escucho los gorgoritos del final, ese ruido que hacemos todos cuando queremos que algo no se acabe, y después de varios segundos deja el vaso perfectamente centrado en medio del posavasos y me mira como si no nos rodeara nadie más.

—Hay algo que aún no nos has contado, ¿verdad, Beatriz?

¡Dios! Esta mujer debería ser de la PDI.

—Sí, dejó su billetera en mi departamento, vi la dirección en su carnet de conducir y decidí ir a dejársela a su departamento y pregunté por el señor Costabal.

—Y... —vuelve a la carga mi feminista favorita.

—Me abrió una niña de unos siete años y me dijo que no estaba su papá, que si quería que le avisara a su mamá...

—¡No! —protesta Claudia que siempre es tan compuesta—. ¡Pero es un verdadero cabrón infiel!

—¡Weón de mierda! —gruñe Paula—, ¿pero cómo?

—No lo sé, estoy tan sorprendida como ustedes, lo único que sé, es que se acabó.

—¿¡Qué!?! Tú eres tonta o te lo haces solo por la noche —comienza Francisca que estaba en silencio, y extrañamente no lo ataca a él, sino que a mí—. Tú lo que vas a hacer es exigir una explicación y no vas a juzgarlo hasta que haya hablado.

—Estás loca, que quieres que le diga: Señor Costabal, ¿me puede decir cómo se llama su señora y su hija?

—No, tonta. Vas a poner las cosas claras de una vez por todas, ¿o qué? Piensas renunciar mañana al trabajo y no volver nunca más.

Me tardo unos segundos en responder, porque es exactamente lo que pensaba hacer.

—¡Lo sabía! Estás tonta de la cabeza, pero escúchame bien, Beatriz, aquí, tú eres la soltera, no tienes compromiso, en conclusión, no has hecho nada mal. ¿Me entiendes?

—¿¡Cómo va a seguir trabajando ahí si Costabal está casado?! —se espanta Claudia acercándose a mí para acariciarme la espalda.

—¿Sabes tú que está casado? A lo mejor el hombre es separado, o la pendeja era su hermana, ¡qué sé yo!

—Dijo que era su papá —murmullo más bajito.

—Pero tú preguntaste por el señor Costabal, no por Mauricio, Sherlock. Él no es el único señor Costabal.

—¿Por qué lo estás defendiendo? —la interroga Paula mirándola feo.

—Sí —continúa Claudia—, ¿desde cuándo eres abogada defensora y no agente de seguros?

Francisca resopla, pone los ojos en blanco y fulminándonos a todas con la mirada responde:

—No lo estoy defendiendo, quiero que vean las cosas en perspectiva, no como minas histéricas que no ven más allá de su ombligo, somos adultas y esta es una conversación seria, ¿sacamos algo con insultarlo si no sabemos qué fue

lo que realmente pasó? Vamos, díganme, no se queden calladas —nos insta—, ¿o qué quieren?, ¿que acá la poco pilla se quede sin trabajo de un día para otro? Porque la luz, el agua, el arriendo, el gas y la comida no se pagan solos, y como si eso fuera poco y no les bastara... ¿dónde quedó su dignidad?

—Visto así —recula Claudia, poniéndome el pelo atrás de la oreja, y ese simple gesto me hace temblar porque me hace recordar—. Fran tiene razón. Te mereces una explicación.

—¡Y qué quieren que haga! —chillo poniéndome un poco histérica.

—Que mañana vayas a trabajar como cualquier día lunes normal.

—No puedo —niego vehementemente con la cabeza—, no seré capaz.

—¡Por supuesto que lo serás! —gruñe ahora apuntándome con el dedo—, y ahora térmate el maldito trago que para todas mañana es lunes, y me tengo que levantar en menos de seis horas.

—Es verdad, chicas.

Cuando nos despedimos Francisca murmura indignada:

—Espero que sepas escuchar la explicación, y que tu cabeza reaccione como corresponde si te dice que no ama a su mujer, que duerme en el sillón y que están juntos solo por la hija.

—No soy tonta.

—Eso espero.

Listo, punto y final. Lo que ha dictaminado Fran, ni el hombre lo puede arreglar. Y aunque siento que las chicas me están mirando con pena, no hacen ningún comentario lastimero, cosa que en realidad se los agradezco, con los que me digo yo misma me basta y me sobra.

Al llegar a mi departamento me detengo en el umbral de la puerta de mi dormitorio y observo como quedó todo, los recuerdos se vienen a mi mente uno a uno y no explicarme qué es lo que sucedió. Como sé que no voy a dormir nada porque estoy nerviosa, me tomo un relajante muscular, y con eso logro al menos conciliar el sueño.

Al otro día, antes de que me suene el despertador ya estoy en pie, me miro al espejo y veo que mi cara es un auténtico desastre. Sí, todo me está pasando

factura. Así que para arreglarlo me maquillo lo mejor que puedo, incluso me pongo doblemente corrector de ojeras para tratar de disimular.

La mañana está tranquila, y como voy con tiempo paso por un café, necesito algo que al menos me levante el ánimo. Tan concentrada estoy en lo mío que ni siquiera saludo al guardia que amablemente me abre la puerta, me subo al ascensor con siete personas más, y eso hace que me quede al fondo, pegada al espejo. Dos pisos más arriba, las puertas se abren y veo que entra él, el señor Costabal, y como si eso fuera poco, viene conversando con la rubia de recursos humanos. Ellos por supuesto no me ven, y como si estuviera sufriendo una posesión demoniaca mis ojos se van directamente al vaso que sostengo. No lo pienso ni una sola vez, abro la tapa y con cuidado me paro detrás de él. Espero uno, dos tres... cinco, y cuando las puertas se abren paso por entremedio de los dos como si me persiguiera el mismísimo diablo y le derramo el café caliente en toda la espalda.

Justo cuando voy saliendo escucho:

—¡Mierda!

Me giro lentamente y mis labios se curvan en una perfecta sonrisa malévolamente en tanto su cara se transforma en algo diabólico, digno de arrancar, y antes de que pueda hacer algo, el ascensor sigue subiendo con él y todo el ajetreo adentro.

Ni siquiera me detengo a pensar en lo que acabo de hacer, subo los pisos restantes que me quedan por las escaleras. Total, “que se joda Costabal” que su mujer le mande la chaqueta a la tintorería, ¡Dios! ¡Cómo me duele ese pensamiento!

Me encantaría sentirme mejor, pero nada, la rabia me ahoga y no sé cómo quitármela de encima, o sí, tal vez si lo usara de saco de boxeo.

Un poco más tranquila llego hasta mi escritorio, saludo como si aquí no hubiera pasado nada a todos mis compañeros, en especial a Raúl, que me entrega un pedazo de queque que hizo su señora.

«Que mujer más abnegada», pienso.

A penas enciendo el computador veo que tengo un correo de Francisca con copia a todas las chicas.



**De:** franciscamatus@gmail.com

**Para:**

<claudiapavic@gmail.com<paulamartinez@yahoo.com<beatrizandrade@gmail.com  
>

**Fecha:** 5 de junio de 2016 09:12

**Asunto:** Aviso de utilidad pública.

Buenos días señoritas, que su semana sea llena de paz y de amor, dicho esto, ahora te hablo a ti cabrón psicópata que seguro estás leyendo este correo, de verdad espero que tengas una muy buena explicación, si no es así, créeme que yo misma voy a ir a abrirle los ojos a tu santa mujer, porque nadie se merece tener por marido a un HDP como tú. Dicho esto, chicas, que su día sea productivo.

Las quiere.

**Fran.**

¡Madre mía! Exclamo para mis adentros, esto sí que está mal, y no alcanzo a procesar toda la información cuando escucho a Carmen que me habla amablemente:

—Beatriz, el señor Costabal te espera en su oficina, necesita hablar algo urgente contigo, y de verdad espero que no sea nada malo, tiene una cara..., bueno, creo que no tan mala como la tuya. ¿Pasó algo? ¿Estás enferma?

—No, solo me duele la cabeza, no es nada —contesto y camino a la oficina del señor Costabal sin siquiera pensar, solo armándome de valor porque tengo claro lo que vendrá, seguro el diablo en persona me estará esperando. Y aunque la posibilidad de dar la vuelta y marcharme a mi departamento se me cruza por la cabeza, al mismo instante también se me cruza la imagen de Fran, y creo que ese huracán será más duro de sobrellevar, así que estoica sigo mi camino.

La puerta está abierta, él está con las manos en los bolsillos con ese maldito traje negro que le queda a la medida. Por supuesto solo con camisa, y como está de espaldas logro ver la gigantesca mancha de café.

Cierro y a penas lo hago se da vuelta, fulminándome.

—¡Qué mierda hiciste! —ruge caminando hacia mí, y yo en vez de avanzar me quedo pegada a la puerta, hasta que me alcanza y me sujeta por los brazos, con fuerza, pero sin hacerme daño. Cuando me mueve para que le conteste antes de poder responderle prosigue—, ¡y no te estoy preguntando por el numerito de la chaqueta! ¡Qué tienes en la cabeza! ¡¿Cómo se te ocurre ir a mi hogar?!

—¿Qué? ¡Quítame las manos de encima! —le suelto con rabia—, aquí la que tiene que dar explicaciones no soy yo, ¡si no que tú! —le vomito al fin.

—Por la mierda, Beatriz —gruñe por entremedio de los dientes, si parece que hasta humo está a punto de lanzar—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Que mierda estás pensando!

De un solo manotón le quito las manos retirándome de su alcance, pero no doy dos pasos cuando vuelve a atrapar mi brazo.

—¡No me toques! —chillo un tanto desesperada, y mis ojos se abren como platos cuando veo venir la mano abierta de Mauricio que se estrella directo en la pared.

—¿A qué cresta fuiste a mi departamento? ¿Te dije que podías ir? ¿Te di yo mi dirección? ¿O creías que yendo podríamos seguir follando? —abro la boca para protestar, pero no puedo hablar por lo que escucho—. ¡Y así dices que el que tiene rasgos psicopáticos soy yo!

Dejo de mirarlo, no puedo o me pondré a llorar, además como si esto no fuera suficiente, siento que me tiemblan hasta las rodillas, nunca lo había visto así, tan... ¿desequilibrado?

De pronto se aleja, se sienta detrás de su escritorio y en un acto impensado se tapa la cara con un sonido gutural desde lo más profundo de su ser.

—Me merezco una explicación —repito casi en un susurró.

—Lo sé —responde inclinándose hacia adelante, como un maldito cazador a punto de atraer a su presa, que en este momento soy yo. Pero en vez de mirarme, se gira hacia la ventana.

—Te escucho.

—¿Qué le dijiste a mi hija? —susurra ahora volviéndose hacia mí.

Al escuchar esa maldita confirmación, todas las ganas que sentía de

pedirle perdón se esfuman como agua entre los dedos, y aunque no lo admita jamás en voz alta, algo se quiebra en mi corazón.

—No le dije nada a tu hija ni a tu mujer —respondo con las pulsaciones tan aceleradas que siento que me estoy ahogando, y de verdad.

El levanta una ceja, como pidiéndome más explicaciones.

—No sé con qué clase de zorras sueles cagarte a tu mujer, pero yo tengo algo que se llama dignidad, y no fui a tu departamento para conseguir nada más, solo para devolverte esto —indico lanzándole la billetera al escritorio.

—No te permito que hables así de mí.

—¿Ah no? ¿Acaso es mentira la verdad?

Nos miramos por segundos, el aire se puede cortar con tijeras, no vuela ni una mosca, y si así fuera, hasta el zumbido escucharíamos.

—Te lo advierto, no vuelvas jamás a hacer algo como lo del ascensor.

—Te odio con toda mi alma.

—No me odias —reconoce con amargura—, puedes estar sorprendida, dolida, incluso con rabia, ¿pero odio? Permíteme que lo dude.

—Por supuesto que te odio, en tu casa estaba tu hija con tu mujer, ¿qué quieres?, ¿qué te aplauda?

Nos miramos a los ojos y un silencio desgarrador cae entre nosotros, ya no hay palabras que pronunciar. Ni una explicación más estoy dispuesta a escuchar. Porque lo que yo quiero oír está lejos de la realidad. No es su hermana, no es su sobrina, es... su hija, y ella su mujer.

Y como dando por terminada la conversación se gira y empieza a trabajar en su computador como si yo no estuviera parada como una idiota frente a él, como si no existiera, como si nunca hubiese existido en su vida. Se acabó, así y sin más, yo nunca le interesé, o sí, pienso para mis adentros, para follar a la hora que él quisiera.

—Seguro que con tu mujer no puedes hacer las cosas que haces conmigo —le digo con el orgullo herido, y no me importa parecer patética.

Él ni siquiera despega los ojos del computador y afirma más que me pregunta:

—¿La viste?

No respondo, no puedo decir nada más, y hecha mierda por este cabrón HDP camino hacia la puerta y la cierro con mucha suavidad.

Al pasar por delante de Carmen me pregunta qué me pasa, yo ni siquiera soy capaz de parpadear o derramaré unas lágrimas aquí mismo. Le hago un gesto con la mano como diciéndole que nada sucede. Sigo caminando directo hasta el baño. Y lo primero que hago es lavarme la cara para así poder derramar esta maldita lagrima que me está amenazando, y cuando lo hago, no sé de dónde me ataca un cúmulo de sentimientos encontrados, sé que jamás nos prometimos nada, que solo era sexo, pero... era necesario que me escondiera una cosa así, ¿tan poca cosa cree que soy?

Cierro los ojos y mis manos tapan mi cara en el mismo momento en que me pongo a llorar, por tonta, por crédula... ¡y por caliente! Y eso me duele, jamás a mis pocos años había actuado así, y ahora que lo hago me siento una verdadera mierda, cuando el verdadero culpable de todo aquí es él y no yo.

Hasta que de pronto la puerta del baño se abre y yo me incorporo limpiándome la cara lo mejor que puedo, pero es el rostro amable de Carmen es el que me desarma.

—Beatriz, ¿estás bien? —me pregunta acariciando mi espalda, y eso me pone peor—, dime qué sucede, a lo mejor te puedo ayudar. Si es por el jefe... —niego con la cabeza porque no quiero ni que piense que esto tiene algo que ver con él—, ¿entonces son penitas de amor? —resuelve como si solo por eso lloráramos las mujeres.

—No.

—Nada es tan grave en la vida, solo la muerte y tarde o temprano todos llegaremos a ella.

La miro y juro que hasta la garganta me duele de tanto sollozar, pero le entrego una sonrisa genuina a esta mujer por tomarse el tiempo y venir a ver qué me sucede. Seguro que Carmen sería el superhéroe de Francisca, simplemente por tener empatía y “sororidad” esa palabra que se hizo conocida por todo el mundo gracias a una humorista, sí, así de increíble es la vida, porque así como las cosas importantes no nos las enseñan en las escuelas, sí la enseñan las experiencias, y esta, buena o mala es la mía.

De repente, la maldita puerta se abre de nuevo, y esta vez no es ninguna otra de mis compañeras, es el señor Costabal, de inmediato aparto la vista de él, y me compongo lo mejor posible.

—Carmen, haga el favor de salir.

«¡No! Pido al cielo, como si este alguna vez me escuchara, y por supuesto, esta vez no es la excepción».

—No creo que sea lo mejor, señor Costabal, si necesita algo, yo puedo ayudarlo, Beatriz se siente un poco mal.

—Si no me equivoco, usted es secretaria y no contadora, por ende lo que necesito no me lo puede dar usted, así que si fuera tan amable —manifiesta con paciencia abriendo la puerta para que Carmen salga, y ella sin saber qué hacer, termina por obedecerle.

Cuando nos quedamos solos, con la palma de la mano me sueno la nariz que siento que ya me corre un hilito de agua.

—Escenas como la del ascensor y cómo estás son precisamente las que te pedí que evitaras.

—No estoy haciendo ninguna escena, y usted no tiene nada que ver con esto.

—No me gustan las mentiras.

—¡Ah!, no, para no gustarle dice muchas.

—Beatriz —resopla ofuscado—, hablaré con María José de recursos humanos para que te tomes unos días y cuando vuelvas lo hagas más tranquila.

—No quiero que mueva un puto dedo por mí, entendió bien, señor Costabal —gruño con rabia levantando la cabeza—. De hoy en adelante haga como si no existiera, hábleme solo si es estrictamente necesario. Cualquier informe que no le cuadre véalo directamente con Raúl, y si se le ocurre molestarme, iré yo misma a hablar con María José de recursos humanos y pondré una queja por acoso laboral.

—¡Qué estás diciendo!

—Lo que escuchó, ahora hágame el favor y déjeme salir —demando pasando por su lado sin siquiera mirarlo, porque ahora lo que realmente

quiero hacer es matarlo, y con mis propias manos.

Camino de vuelta y mientras lo hago creo que el pasillo se me hace eterno, siento los ojos del maldito Costabal clavados en mi espalda y cuando llego a la sala veo que todos mis compañeros están celebrando.

—¡Bea! —me llama Raúl—. Abre tu correo —me dice como un niño chico que acaba de recibir un regalo en Navidad.

Con tranquilidad me siento, le obedezco y la verdad es que agradezco esta algarabía para que no se fijen directamente en mí.

Cuando abro el correo veo el mensaje que los tiene a todos tan felices, la empresa nos ha premiado como departamento de contabilidad y nos ha regalado un viaje con todo pagado de cuatro días a las Termas.

No alcanzo a reaccionar cuando los brazos de Raúl me estrechan de felicidad.

—¡Nos vamos a Los Andes!

Me dejo abrazar, me reconforta dándome seguridad y en respuesta, estiro mis brazos pasándoselos por sus hombros regalándole la mejor sonrisa que puedo elaborar.

Hasta que por supuesto, esa voz nos devuelve a todos a la realidad.

—Compórtense como adultos, este premio no los eximirá de sus deberes, así que ahora pónganse a trabajar —bufa entrando a su oficina, incluso dando un portazo, todos nos miramos y los chicos vuelven a celebrar, como yo no estoy para eso, me pongo a trabajar.

A mediodía salgo con Raúl a almorzar y ni siquiera tengo hambre, no puedo tragar nada, y cuando vuelvo al fin puedo respirar. Carmen nos informa que el señor Costabal se ha retirado, eso es como una patada en el estómago para mí, si se va a su casa, es que se va con su mujer...

Al final de la hora, no me siento capaz de llamar o hablar con las chicas sobre todo lo que pasó, prefiero asumirlo, procesarlo y luego contarle, así que solo les envío un escueto mensaje diciéndoles:

**\*El señor Costabal es culpable.**

18:23

A continuación de eso, los mensajes empiezan a caer como gotas de lluvia y prefiero apagar el celular, opto por no pensar. Porque si lo hago, todo lo que haré es recriminar mi actuar. Porque no entiendo nada, ¿qué se supone que significo yo en su vida? Nada, claro, absolutamente nada, o sí, su amante que le da todo lo que su esposa no puede darle, pero no entiendo, ¿cómo pensaba que saliéramos a comer?, ¿cómo se supone que le tenía que dar una oportunidad? ¡Mierda! ¡¡Y quién se cree zarandeándome como si fuera de su propiedad!!

Cuando llego a mi departamento, ni siquiera me tomo el café de todos los días, voy directo al dormitorio, debo tener la presión baja porque tengo frío, así que saco el pijama de polar que me regaló mi mamá y me acuesto, así al menos intentaré dormir un rato.

De pronto, unos ruidos provenientes de no sé dónde me despiertan, me siento en la cama y por inercia miro mi reloj, son las 3:45 am, ahora sí me asusto, alguien está tocando la puerta, y no con suavidad.

—¡Dios! —murmuro levantándome, seguro que tengo al pelotón de fusilamiento con armas cargadas listas para disparar, corro a abrirles y cuando lo hago me quedo literalmente de piedra.

Frente a mi tengo al señor Costabal y al conserje, no sé cuál de los dos más sorprendido mirando mi ropa, vale, ya sé que parezco una oveja, pero tampoco es para tanto.

El corazón me late tan fuerte que lo siento en el cuello, está a punto de salirseme, y ver su maldito cuerpo a centímetros del mío me pone nerviosa.

—Señorita Andrade. —Pongo la mano en la puerta, para impedirle el paso y después de lo que me parece una eternidad, agrega—. Necesitamos hablar, déjeme pasar.

—No, no tenemos nada de qué hablar, señor Costabal —respondo sosteniéndome bien, porque ahora mis piernas han comenzado a temblar.

—Es importante.

—Nada es tan importante como para que venga a mi casa de madrugada.

Se lo dejé claro hoy, señor Costabal, ¿realmente quiere que lo acuse de acoso sexual?

—Perdón —dice el conserje tocándole el hombro en el momento que escucha lo que le he dicho—, usted me dijo que era su hermano, que necesitaba urgente hablarle de su mamá—. Y mirándome a mí agrega—. ¿Quiere que llame a los carabineros?

—¡Por supuesto que no! —responde ofuscado, el diablo, dando un paso hacia adentro, haciendo que yo retroceda dos pasos.

—Sí, don Hugo, llame a los carabineros —le digo mirando a Costabal para ver si así se va, pero en vez de eso cierra la puerta y se gira hacia a mí. Y yo de verdad espero que el Plan Cuadrante sea efectivo.

—Debemos hablar —repite abriendo y empuñando su mano, como si le doliera, y al fijarme, veo que tiene las manos coloradas.

—No hay nada más que hablar, ya hemos aclarado todo.

—Yo no estoy tan seguro.

—No quiero que esté aquí, en mi departamento —digo mirando su mano, y cuando él se da cuenta me mira ofendido.

—¿Crees que sería capaz de hacerte daño?

—Le dio un golpe a la pared y...

—Jamás podría hacerte daño, ¡y esa es la puta razón de por qué estoy aquí!

—Perfecto, aclarado el punto, puede irse.

—Te advertí que esto podría pasar, te advertí que podía destruirte.

—Puede estar contento, su profecía ya se cumplió, señor Costabal, ¡me cagaste! —digo en tono de reproche tuteándolo por primera vez en la noche.

—Jamás esperé que fueras a mi departamento —reconoce sacando algo de su chaqueta, estirando su mano para entregarme algo.

En un principio me resisto, pero es él quien toma mi mano y me obliga a cogerla. Miro lo que me enseña y mi mentón empieza a tiritar sin control.

Veo a la misma pequeña que me abrió la puerta y a una mujer que supongo



debe ser su madre..., y por lo tanto su...

—Sal de aquí por favor —ruego, con las manos temblorosas sosteniendo la fotografía—. Tú ya tienes una mujer que te espera en casa. ¿O me lo vas a negar?

—Dime —me dice sin importarle nada lo que acabo de decirle—. ¿A ella la viste en mi departamento?

—Sí.

—Mentirosa —gruñe entre dientes—, me estás mintiendo, Beatriz.

—Está bien. Solo hablé con tu hija, ella me abrió la puerta, no estoy tan desubicada como para quedarme también a hablar con tu mujer. Y no quiero que me digas nada más, esto se acabó, ¡ya fue! Te tiré el café encima como un arrebato, me dio rabia verte con María José riendo como si nada hubiera pasado, pero ya lo entendí, follamos unas cuantas veces y todo bien. Te puedes quedar tranquilo, yo jamás le contaré nada a tu mujer ni a nadie en la oficina.

—¿Sé qué clase de mujer eres! —responde a la defensiva, y no sé si es para tranquilizarme o insultarme—, y hoy estaba en recursos humanos hablando con María José para que cuando tú aparecieras me avisara, no pensaba permitir que renunciaras.

—Ah, claro, así podíamos seguir follando cuando al jefe se le diera la gana —me mofa con tristeza.

—¿Lo has pasado mal! —grita por primera vez desde que lo conozco—, no se supone que siempre hemos estado de acuerdo. ¡Y no digas que yo me aproveché de ti! ¡Porque jamás ha sido así! Tú también lo pasabas bien follando, ¿¡o no dejé que hicieras lo que quisieras conmigo!? ¿No te entregué mi confianza?

—Qué confianza, imbécil, ¡si tu mujer te está esperando en tu casa! ¡Nunca me has respetado! ¡Has hecho siempre tu voluntad! Así que por favor, no sigamos con esto que no nos llevará a ningún lado. Sé cómo va esto, no soy una mujer inocente, y ni se te ocurra decirme que estás mal en tu matrimonio que no follas con tu esposa y que duermes en el *living*, porque créeme que no te lo voy a creer, no intentes verme la cara de tonta, Mauricio, ¡a mí no!

—Jamás he creído que seas tonta, ¡y esto no se trata solo de sexo! —vuelve a gritar, y yo creo que ya estoy escuchando a lo lejos las sirenas de los

carabineros.

—¡Para ti siempre va todo de la mano con el sexo! Y esa es la única forma en que nos entendemos, en lo demás, siempre intentas mostrarte superior a mí.

—Por qué mierda no puedes entender que somos adultos y que esto no es un puto cuento de hadas con príncipes y princesas, ¡ah, no, perdón!, con personajes de libros, ¡esto es la vida real, Beatriz! La puta y maldita vida real.

—¡Se acabó! Vete, porque como entren los carabineros te voy a denunciar, te lo juro por mi abuelita que está muerta en el cielo.

Me mira furioso y vuelve a meterse la mano al bolsillo, y cuando la saca, siento que el mundo se abre bajo mis pies, y como si mis piernas ya no tuvieran fuerza para sostenerme termino hincada en el suelo.

—Lee —me ordena desde las alturas como el mismísimo demonio que es, en un principio me niego y es él quien abre la maldita libreta café de matrimonio y me obliga a leer—. Te escucho.

—Mauricio Costabal Munita, nacido en 24 de Agosto de 1982, casado con Soledad Rojas, nacida en 3 de marzo de 1985. El 12 de junio de 2005. —Lo miro y una lágrima cae sin detenerse.

—Continúa... —Me ordena y yo obedezco girando la página.

—Sofía Costabal Rojas nacida en 5 de diciembre de 2010 —vuelvo a mirarlo, pero ahora tengo los ojos vidriosos—, ¡qué más quieres! Ya entendí...

—Gira la maldita página, Beatriz, y sigue leyendo.

Lo hago y dos páginas después mis dedos se detienen y mi cerebro no logra procesar la información.

—¿Qué dice? —escucho que me habla con un susurro lastimero—, quiero escucharte...

—Mauricio... eres... ¿viudo? —tartamudeo mirándolo hacia arriba y él es quien se agacha junto a mí y sin poder reaccionar siento como sus labios se estrellan contra los míos.

Ambos jadeamos al mismo tiempo, noto que sus ojos ahora están oscurecidos por el deseo y su mirada de forma penetrante me consume. Pasa

un segundo hasta que sus manos me rodean por la cintura y siento como si me estuviera componiendo poco a poco.... ¡no es casado!

—¿Aún me dirás que he jugado contigo todo este tiempo? —me culpa agarrándome la cabeza para que antes de responderle lo bese, es como si ambos nos necesitáramos desesperadamente, y cuando su mano caliente toca mis costillas, escuchamos.

—¡Carabineros de Chile!, ¡abra la puerta!

Y así, de pronto, los ruidos provenientes de la puerta, los sonidos de las sirenas nos vuelven a la realidad. Mauricio se pone de pie y me estira su mano para ayudarme, luego arregla su pantalón y con toda la calma del mundo camina hacia la puerta. Ahora parece un robot.

—Señor, nos han informado sobre un allanamiento de morada.

—Él es, oficial —escucho que dice don Hugo desde atrás, y lentamente Mauricio Costabal se gira hacia mí, y sé que ahora tengo mucho que explicar...

## 10

### “*El Diablo tiene un ángel de la guarda*”

Mauricio se aparta de la puerta, y con sus ojos echando fuego me mira sin comprender aún bien la situación. Parpadea un par de veces y con movimientos robóticos camina hacia mí cogiéndome de la cintura, y presiento que es porque el carabinero me está mirando. En cambio *la Paca* puedo jurar que se lo está comiendo con la mirada.

—¿Se encuentra bien, señorita? El conserje nos avisó sobre un incidente, a lo menos sospechoso.

—Un error —habla Mauricio tajante.

Eso me molesta enormemente, sobre todo por el tono de soberbia que utiliza y antes de que pueda volver a hablar, el carabinero prosigue:

—Según el conserje usted pidió que nos llamaran, ¿podría explicarnos la situación, señorita?

—Yo..., bueno, sí, sucede que el señor Costabal llegó de repente entonces... —Dios, a cada palabra que digo me pongo más nerviosa.

—Carabineros de Chile no está para juegos, señorita —habla *la Paca* sacando una libreta, y ahora se dirige a Mauricio—, ¿usted vive o no aquí, señor?

—No —responde casi entre dientes.

—¿Engañó al conserje para subir a este piso?

—No.

—¡Claro qué sí! —exclama don Hugo y por más que intento hacerle alguna señal él continúa—. Me engañó y además fue violento con la señorita Andrade.

—¿Perdón? —escucho que dice Mauricio avanzando hacia él de mala manera, sin importarle siquiera que los dos carabineros lo estén mirando—. ¿Usted es idiota o se hace?

Don Hugo se queda con la boca abierta y retrocede un par de pasos.

—Jamás fui violento con la señorita Andrade.

—¿Pero sí acepta haber engañado al conserje para subir a este piso?

—Necesitaba subir, era urgente.

—La justificación solo agrava la falta, señor —agrega el carabinero y Mauricio lo fulmina nuevamente de muy mala gana y sin ningún respeto—. Deberá acompañarnos a la comisaria, señor.

—No voy a poner ninguna denuncia —logro decir para tratar de arreglar un poco todo este mal entendido.

—Con o sin denuncia el señor aquí presente deberá abandonar el domicilio y acompañarnos a la comisaría.

Alargo la mano para coger la de Mauricio, pero ya ha dado un paso hacia adelante quedando al lado de los carabineros, ni siquiera me mira y es él mismo el que cierra la puerta de mi departamento, como diciendo que es ¡él! quien tiene la última palabra.

Cuando la puerta se cierra me quedo un par de minutos mirando, y a decir verdad también escuchando, pero todo está en completo silencio. Cansada, abrumada y totalmente sobrepasada por la situación me acurruco en mi cama y sin saber cómo me duermo profundamente.

Lo primero que se me pasa por la mente cuando apago la alarma es Mauricio, y a posterior, ¡que no es casado! Y eso indudablemente me saca la primera sonrisa de mi cara.

Con ese ánimo me arreglo para ir a trabajar, y de corazón espero que mi querido HDP termine de contarme su verdad.

El ambiente en la oficina aún es de algarabía, en dos días nos vamos a

unas pequeñas y merecidas vacaciones, y esta vez, sí que quiero ir.

Carmen es la primera en preguntarme cómo estoy y con una genuina sonrisa le respondo que bien. Me siento a trabajar llena de esperanza y sería mentirosa si niego que a cada dos por tres no miro hacia el ascensor, sí, estoy esperando con ansias al señor Costabal.

Ni cuenta me doy cuando el reloj marca la una de la tarde y con eso ya sé que es la hora de almorzar.

—Hoy sí te invito a la comida china —me dice Raúl, y con lo contenta que estoy lo cojo del brazo y así nos dirigimos hacia el ascensor. Ni siquiera me molesta cuando en el tercer piso se nos une María José de recursos humanos, incluso a ella le entrego una sonrisa.

Hoy, el sol sale para mí.

El almuerzo se me pasa rapidísimo, con Raúl es imposible pasar penas, escucharlo hablar de sus hijos y de su mujer por alguna extraña razón me hace añorar a mi familia. Así que antes de volver llamo a mi mamá y me quedo un buen rato charlando con ella, no alcanzo a cortar cuando entra una llamada de Claudia y recién en este momento cuando me acuerdo que no les he contado nada y ellas siguen creyendo que el señor Costabal es casado.

—¡Mierda! —chilló hablando sola cual loca, y como una verdadera cobarde dejo que el teléfono suene hasta que se pierde la llamada. En vez de irme a mi escritorio me voy a la sala de la fotocopidora, único lugar que siempre está vacío, me siento y empiezo a teclear un escueto mensaje al grupo de “Las Brujas”.

**\*Antes que todo, no me maten porque realmente estoy viva, y viva de verdad, mañana les contaré todo en extenso, pero lo que sí les puedo decir es que el HDP,!!! no es casado!!!**

**14:15**

No alcanzo a terminar de escribir cuando un mensaje de Claudia aparece.

**\*Quiero saberlo todo...**

**14:15**

**\*Con lujo y detalle.**

**14:16**

Acota Paula, y veo como ahora dice Fran escribiendo...

Y eso me aterra, porque llevo más de un minuto esperando y aún no aparece su papiro, y no solo yo estoy esperando sino que todas las chicas, porque nadie ha puesto nada, hasta que de repente aparece en la pantalla.

**\*Me guardo todos mis comentarios.**

**14:18**

—¡Qué! —chillo mirando a la pantalla, ¿más de cinco minutos para solo leer esto? Y a pesar de llevarme el primer dardo venenoso me atrevo a escribir:

**\*Seguro que no dirás nada, no es tu estilo.**

**14:19**

**\*Y el tuyo tampoco es ser tan descriteriada, nosotras estamos para ti a la hora que sea y tú...decides comunicarte con nosotras casi un día entero después. Si tú no tienes consideración con nosotras, a mí no me interesa tenerla contigo.**

**14:20**

No doy crédito a lo que leo, pero muy en el fondo sé que tiene razón, y no dispuesta a dejar esto pasar porque sí se merece una explicación marco su número y antes del primer *ring* me responde:

—No gastes tu tiempo explicándome nada porque en este momento no quiero escucharte, Beatriz —murmura con tono cansado.

—Solo te llamaba para decirte que tienes razón.

—Siempre la tengo, esta no sería la primera vez. Ahora sigue trabajando, mañana hablamos.

—Fran..., escúchame.

—Ahora no, Beatriz, así como a ti te gusta que respetemos tus minutos de no querer saber nada de nadie, hazlo tú conmigo. Mañana hablamos. Adiós.

Sin ganas de nada me devuelvo a mi puesto, y antes de sentarme Carmen me indica que el señor Costabal quiere verme.

—¿A mí?

—Pues sí, y debo decirte que no tiene muy buena cara.

«Mierda», y por una décima de segundos pienso en pedirle a Carmen que le diga que no estoy o que se invente algo, y justo cuando estoy por decirle mi plan maestro, la puerta de su oficina se abre, y él como el diablo que es aparece sobresaltándonos a las dos.

—La espero desde hace más de media hora.

—Estaba almorzando, señor Costabal.

—¿Comida China? —inquire más que en tono de pregunta de acusación.

—Sí —le respondo picaneándolo—, y con Raúl. ¿Tiene algún problema, señor Costabal?

—No tendría ninguno si cumpliera el horario de trabajo, como le dije anteriormente llevo esperándola media hora.

Con la rabia fluyendo por mis venas voy a responder, pero antes de poder hacerlo, el desgraciado mira su reloj pulsera y agrega:

—Dos y media de la tarde, ¿tiene algo que agregar? —critica levantando una ceja, y hasta ahí llega mi defensa, treinta minutos tarde. Como ve que no respondo me hace una seña con la cabeza para que entre en su oficina, y aunque intento quedarme parada en la puerta, es él que con su mano me indica que tome asiento.

Nos miramos unos minutos sin decir nada, aunque tengo claro que me está recriminando por lo del almuerzo, hasta que al fin habla:



—Hoy es martes.

—No me diga —me mofo pero al segundo me arrepiento—. Sí, ¿por?

—Hoy no cenas ni te juntas con tus amigas, ¿verdad?

—No.

—Perfecto, entonces cenamos juntos. Creo que aún no terminamos de conversar.

—No es necesario...

—Lo es —me corta tajante y el muy desgraciado pasa su vista por mi escote haciendo que me sienta muy incómoda—. ¿Le parece a las nueve?

—O sea..., sí puede cenar conmigo, pero no soy buena para que su hija me vea... —me sale del alma, él coge aire y mirando hacia otro lado responde:

—Para no creer necesario tener una conversación...

—No diga nada —pido compungida.

—Perfecto, puede retirarse, nos juntamos en el restaurante chino que está cerca de su casa.

—¡Chinos! —exclamo—, pero acabo de almorzar comida China.

—Pero yo no —me corta enérgico—. ¿Tiene algún problema con eso?

—Para nada —respondo poniéndome de pie, y cuando estoy a punto de llegar a la puerta suelto—, ¿me puede aclarar una duda, señor Costabal?

—¿Cuál? —bufa de vuelta.

—¿Usted qué edad tiene?, ¿quince? Porque si es así avíseme para no ser pedófila —dicho esto y dejándolo con la última palabra en la boca cierro la puerta y me voy a trabajar.

A la media hora veo como Carmen, que a estas alturas creo que es una santa, entra en la oficina del diablo con una bolsa café, con lo que me imagino debe ser comida, yo podría haberle traído un arrollado primavera, pienso riéndome sola.

Justo cuando dan las seis me levanto para irme, pero Raúl me pide que lo espere, y yo encantada me quedo un rato más esperándolo, hasta que de pronto sale el señor Costabal.

—¿Paga horas extras? Que yo sepa no se las he cobrado —me increpa—. ¿No tiene nada mejor que hacer, que aún está aquí en la oficina?

—Yo, he... —tartamudeo, pero es Raúl quien acude en mi rescate.

—Ya nos vamos, señor Costabal, es que le pedí a Beatriz que me esperara —comenta de lo más inocente, y es en este momento cuando veo como su mano se abre y se cierra en cosa de segundos.

—Caminamos juntos al metro —me apresuro en dar explicaciones, pero parece que al señor Costabal no le importan y así como llegó se va dejándonos a ambos sin entender nada, o bueno, a Raúl más que a mí.

Como puedo distraigo a Raúl porque no tengo cara para decirle la verdad, y así, ambos salimos al fin de la oficina, y tal como quedamos, caminamos juntos al metro, él toma el tren con dirección hacia “Los Dominicos” y yo con dirección hacia “San Pablo” para en un par de estaciones más hacer combinación y ser un cordero más que va al matadero, porque eso es lo que parecemos todos los simples mortales al tratar de tomar la línea morada o azul a las seis treinta de la tarde.

Una vez en el departamento me doy una ducha, me jabono hasta los lugares más oscuros de mi cuerpo y como si no quiere la cosa cojo la máquina de afeitar, uno nunca sabe cuándo se puede estar de fiesta, y yo... ¡quiero ver hasta los fuegos artificiales del Año Nuevo!

Me decido al fin por un vestido rojo que me hace sentir sexi, y para acompañar todo, las medias de ligas que sé que le gustan tanto. No lo voy a negar, sé a dónde quiero llegar, o mejor dicho donde quiero terminar y no me voy a mentir a mí misma aunque por caliente me vaya al mismo infierno y me queme en él. Total, no seré ni la primera ni la última en quemarse por un HDP, pero es que el señor Costabal... ¡lo vale!

Con los ojos bien delineados, y los labios bien pintados me miro al espejo y sí, la mujer que me devuelve la mirada es la que quiero ser.

Cual diva por la vida, y como si el universo me sonriera tomo el *Uber* que acaba de llegar, me queda claro por la cara del conductor que me veo para matar, y así, en cosa de minutos, y puntual como nunca, diez para las nueve llego al restaurante. Me siento en la última mesa y como soy una mujer segura de mi misma me pido un *pisco sour*, pero no uno cualquiera, sino que el Catedral.

Veinte minutos después comienzo a tamborilear los dedos contra la mesa mientras con la otra mano juego Tetris en el celular. El maldito del señor Costabal aún no aparece y ni siquiera un mensaje avisando que va a llegar tarde. Juro por todos los santos que en este minuto lo estoy odiando con todo mi ser, cierro los ojos y pienso que es como un crío de quince años, capaz de estar en su casa corriéndose la paja, frustrado y enojado, para darme una lección, y ni siquiera pienso en disimular mis pensamientos, total, si en las primeras páginas de un libro que me hicieron leer en el colegio el escritor lo pone así textualmente, ¿Por qué yo no puedo pensarlo? “Mala onda” la cosa.

Se acabó, una hora después dos catedrales y cuatro wantanes en el cuerpo decido que ya no más. Pido el *Uber* y me visa que en diez minutos llegará, y como si eso no fuera suficiente castigo porque ya siento que toda la gente me mira y piensa “pobre tonta” o “la dejaron plantada” la *App* me indica que está en tarifa dinámica, o sea que me costará más del doble, para eso me hubiera ido en un taxi normal, pero a decir verdad, me da un poco de susto salir así a la calle, uno nunca sabe con qué loco se puede encontrar. Y cuando me estoy levantando al fin para irme, se me ilumina el alma y el corazón, así de patética soy. Mauricio Costabal con cara de circunstancias cruza la puerta del restaurante. Como si caminara en cámara lenta lo observo sonreír amablemente a la china de la caja, y ella misma se levanta para guiarlo, hasta que me ve y su ceño se vuelve a fruncir.

—¿Te vas?

Antes de que le conteste suena mi teléfono y es el conductor del *Uber* quien me llama, seguro para indicarme que ya está afuera esperándome.

—Prometo que tuve un problema –se disculpa realmente apenado y yo abro los ojos un poco más y me aplaudo a mí misma, ¡pensaba qué me iba! Bueno, me iba, pero ahora que ha llegado, cambia la cosa..., así que como soy bipolar decido ganarme el Altazor y con mucha coquetería tomo el celular y respondo:

—No te preocupes, Carlos —blufeo como si le hablara a un conocido, que claramente no entiende nada porque me pregunta ¿qué? dos veces, pero yo continúo con mi teatro—. Decidí a último minuto que me voy a quedar —concluyo cortando el teléfono.

—No tenía como avisarte.

—O sea —le digo envalentonada por los dos catedrales que tengo en el cuerpo—, sabes mi dirección, lo que hablo con mis amigas ¿y no tienes mi número de celular?

—Aunque no lo creas...

—No te creo, eso sería insultar tus rasgos psicopáticos y hablaría muy mal de ti. Mejor simplemente dime que no ibas a venir y a última hora cambiaste de opinión.

—¿Qué crees que estaba haciendo? —inquieta un tanto enojado, para variar.

—¿Quieres la verdad o te miento?

—Siempre la verdad.

—Mmm. —Bueno, ¿no quiere la verdad?—. Pensé que estabas masturbándote en tu casa.

Por supuesto que se le borra la sonrisa y casi se le salen los ojos cuando le suelto la barbaridad que pensé, pero es la verdad. Y sin darme tiempo a nada más llama al camarero y ordena un menú completo, y no contento con eso añade un vaso de agua para mí.

—No estoy ebria —me defiendo.

—Pero tampoco sobria, y quiero que hablemos.

—Bueno, tú dirás, Mauricio —lo tuteo haciéndole un mohín de lo más infantil—, sino me queda más remedio, te escucho.

—Primero, ¿por qué siempre tienes que estar con Raúl?, y segundo, ¿quién era ese tal Carlos que te venía a buscar?, ¿que no tienes amigas que te recojan?

—¡Perdón! —exclamo un tanto fuerte llamando la atención de más de una persona—, yo tengo miles de preguntas, no quiero ni voy a responderte nada hasta que tú lo hagas.

—Dime —suspira exasperado.

—Primero, cuando fui a devolverte la billetera, tu hija, a la que no quieres que vea no sé por qué, me dijo que le avisaría a su mamá, y si mal no recuerdo

se supone que eres viudo...

—No se supone —me corta enojado—, lo soy. Continúa.

—Eso es lo primero que quiero saber, porque no lo entiendo.

Me ignora y con un gesto llama al camarero de nuevo, y este antes de llegar mágicamente nos trae el pedido, y lo primero que hace el señor Costabal es entregarme el vaso de agua y esperar a que beba, lo hago solo por darle en el gusto porque ni de lejos estoy ebria con solo dos... ¿copitas? Tal vez un poco más valiente y eso me agrada.

—Esto será un monólogo y te rogaría que me escucharas hasta el final sin interrumpir, lo que te voy a contar no es fácil.

—¿Bueno qué, me dirás que tu mujer se murió en un accidente y que ibas manejando tú? —me burlo aburrida de tanto esperar y molesta por su forma de hablar.

—No iba conduciendo yo, lo estaba haciendo, Soledad.

Eso me golpea. Fuerte, directo y siento que todo el efecto achispado del cathedral me abandona repentinamente, y solo puedo pensar.

«“CSM” esto no me puede estar pasando a mí».

—No me mires así, Beatriz —me advierte recostándose en la silla—, no necesito tu compasión ni tu simpatía.

Un silencio incómodo cae entre nosotros y no puedo dejar de preguntarme cómo se me ocurrió bromear con algo así, ni siquiera puedo imaginar su dolor. Pero su voz me saca de todo pensamiento y lo miro de forma brusca, y cual cobarde, después de unos segundos, saco una pelusa inexistente del mantel.

—Disculpa, yo jamás pretendí... —intento aclarar pasándome la mano por el pelo—, burlarme de algo así.

—Lo sé, eres impulsiva, Beatriz —expresa respirando profundamente—. Hemos venido a conversar, aunque en realidad no esperaba tener que contarte esto todavía —me confiesa y puedo ver una punzada de dolor en su semblante—. Mi vida cambió de golpe.

—Si no quieres contarme, no lo hagas, no es necesario —pido ocultando el temblor de mis dedos, nunca imaginé una confesión como esta y no sé si

estoy preparada para escucharla.

—Llegado a este punto, si es necesario —empieza mirándome fijo como si solo nosotros dos existiéramos—. Soledad era diseñadora, nos conocimos en la universidad, comenzamos a pololear, nos comprometimos y al encontrar mi primer trabajo le pedí que se casara conmigo —lo veo ponerse rígido como un palo y ahora mirar a un punto ciego—. Murió hace poco más de dos años y medio en un accidente automovilístico, en el que ella iba conduciendo. No es una historia de Disney con “el vivieron felices para siempre”.

Trago saliva y me bebo el vaso de agua que tengo servido para intentar pasar el nudo que siento en la garganta.

—Lo siento mucho —murmuro apenada, y en un acto que jamás imaginé, Mauricio estira su mano por encima de la mesa, vacilo un poco antes de tomarla y cuando lo hago puedo sentir su pulso acelerado a un ritmo que antes nunca había sentido.

—Desde que nos casamos la vida se nos pasó rápidamente, al año siguiente Soledad quedó embarazada de Sofía, ninguno de los dos lo esperaba —se encoge de hombros como disculpándose de un acontecimiento no planeado—. Ante eso busqué un trabajo mejor, necesitaba más dinero para tener una mejor solvencia económica y darles lo mejor, eso hice —sonríe tristemente—, y así los días, las semanas, los meses y los años nos pasaron por encima sin darnos cuenta. Un día Soledad decidió darme una sorpresa. Fue a buscarme a la oficina para que nos tomáramos el fin de semana libre, solos los dos —instintivamente aprieto su mano no sé si para darle valor a él o fuerza a mí para lo que seguro viene a continuación—. Estábamos en pleno invierno, a ella le encantaba esquiar, así que decidió que nos iríamos a Farellones, a la montaña, al menos así lo había planeado, pero yo sabía que si subíamos un poco más encontraríamos mejores rutas para el descenso. Arrendamos una cabaña en lo más alto que pudimos llegar. Al otro día por la tarde mi suegra nos llamó para contarnos que Sofía estaba con fiebre, le dije a Soledad que no se preocupara, que con un paracetamol se le pasaría, que disfrutáramos del fin de semana, pero al llegar la noche ella estaba intranquila, y de repente me dijo que nos íbamos, que había llamado y que la niña seguía enferma. Me molesté y lo único que hice fue subirme al auto y esperar que Soledad empacara todo sola, cuando se subió ni siquiera la miré, recliné el asiento y dejé que condujera ella —se detiene unos segundos y cierra los ojos,

es como si lo estuviera recordando todo y yo incluso desde mi silla puedo sentir su angustia.

—No fue tu culpa, Mauricio —suelto con convicción, noto en su cuerpo que la culpa lo está matando.

—Estaba lloviendo, incluso sin ver lo podía sentir. Las curvas eran pronunciadas pero aun así Soledad no bajaba la velocidad, yo ni siquiera recliné mi asiento —repito resoplando un suspiro ahogado—. De repente sentí como el auto derrapaba y cuando abrí los ojos la vi maniobrar el volante de un lado a otro mientras nos ronceábamos por la carretera. De ahí en adelante todo sucedió demasiado rápido —se estremece frente a mí y ahora le cojo ambas manos con más fuerza—. El cinturón de seguridad no me permitió enderezarme, y lo que recuerdo perfectamente es el sonido de los neumáticos frenando, aunque eso no sirvió de nada, nos estrellamos contra la baranda de contención y comenzamos a caer cerro abajo —mi estómago ahora sí que se me sube por la garganta y puedo imaginarme todo lo que me está contando como si lo viviera en primera persona—. Dimos varias vueltas de campana mientras rodábamos, pero yo casi no me movía de mi asiento, en cambio Soledad se golpeaba cada vez más duro como si fuera un muñeco de trapo que no pesara nada.

—¡Dios mío! —exclamo tapándome la boca con una mano, ya que Mauricio no me suelta la otra y me la deja retenida.

—Lo siguiente que recuerdo cuando abrí los ojos es que estábamos de cabeza, yo en el asiento y Soledad tirada sobre el manubrio sin cinturón de seguridad. Habíamos dado tantas vueltas de campana que el auto estaba hecho mierda, pero a pesar de eso ella estaba respirando, o al menos así lo creía yo, porque juro por Dios que la escuchaba respirar. Intenté quitarme el cinturón pero no pude, ni siquiera podía tocarla. Con un pedazo de vidrio de la ventana traté de cortar la cinta, pero nada... fue horrible. Empecé a gritarle para que me mirara, y nada.

—¿Estás seguro qué quieres continuar? —le pregunto con toda la dulzura que soy capaz de reunir en cosa de segundos.

Él asiente con la cabeza, toma un sorbo de mi agua, se aclara la garganta y continúa:

—No sentí miedo, sentí pánico y sobre todo me sentí impotente, no podía

hacer nada y para más remate mi brazo derecho no se movía, estaba roto en dos partes. Como pude intenté remover a Soledad con mi pierna, pero nada, hasta que de pronto no sé cómo el auto se volvió a mover y comenzamos a caer otra vez. Fue ahí cuando perdí la conciencia totalmente. Pasaron horas hasta que volví a abrir los ojos desconcertado, solo vi a los bomberos que me decían que todo estaba bien, y yo, el muy imbécil creí que me decían la verdad, sobre todo cuando les pregunté por mi esposa y me dijeron que estaba siendo atendida en la otra ambulancia.

—No sé qué decirte —le hablo con total sinceridad, jamás esperé que me contara algo de esta envergadura, o siquiera que algo así pudiera suceder, esto no es un libro ni una película, es la vida real y con más drama que el que jamás me pude imaginar.

—Nada —se encoje de hombros regalándome así una pequeña sonrisa—. Al otro día me enteré que Soledad había fallecido en el accidente. Pensé en Sofía, y en cómo decírselo, pero mi madre ya lo había hecho por mí —hace una pausa para exhalar la nostalgia—. Después de los funerales yo quería estar solo, y así estuve durante una semana, hasta que mi hermana llegó con mi hija y me dijo que me tenía que hacer cargo —vuelve a sonreír—. Mi ángel solo me abrazó y en vez de contenerla, lo hizo ella conmigo mientras lloraba como un crío con una niña de cinco años. No fui a trabajar durante tres meses, me consumí en mi propio dolor y egoísmo. Me despidieron de mi trabajo y me quedé sin nada, todo lo que había construido se esfumó de mis manos en un abrir y cerrar de ojos. Un día Sofía me dijo que tenía hambre, fui a la cocina ¿y sabes? —murmura y espera que le pregunte.

—¿Qué...?

—No tenía nada para darle de comer, ni dinero para comprar. Ese fue mi punto de quiebre, ese fue el *clic* que necesité para saber que no solo yo me estaba yendo a la mierda, sino que me estaba llevando a mi hija también. Fui a la casa de mis padres y fue mi madre quien me ayudó, no me abrazó, ni me habló con palabras bonitas, me obligó a afeitarme, me pasó un traje de mi padre y me echó de su casa obligándome a buscar trabajo. Ella dice que eso ha sido lo más duro que ha hecho en su vida, pero resultó, esa misma semana encontré un empleo en Management Consulting GmbH y todo comenzó otra vez.

—Recuerdo el día que llegaste —afirmo en un hilo de voz, acordándome



de cuando lo vi por primera vez, nos habían advertido a todos que llegaría un nuevo gerente y que tenía un genio del demonio.

—También me acuerdo de ese día..., y te odié —me dice así sin más, sin atisbo de culpa.

—¿Y yo qué te hice?, ni siquiera te saludé.

—Te reías —evoca con melancolía—, y conversabas con una de tus amigas tan inmersa en tu mundo que ni siquiera te diste cuenta que yo estaba hablando con Carmen.

—Perdón...

—Tú eras feliz, lo tenías todo y yo lo había perdido todo e inexorablemente siempre estabas ahí.

—No solo yo —me defiende no sé bien por qué—, todos en el departamento estábamos ahí.

—Pero no me fijé en los demás, tú eras la luz que yo necesitaba apagar.

Muevo la cabeza sin entender lo que me está diciendo, hasta que aparece el camarero trayéndonos el segundo plato, cuando ni siquiera hemos comido el wantan ni los rollitos de primavera. Mauricio se sirve, come y yo lo miro anonadada.

—Tengo hambre —me explica encogiéndose de hombros, como si no me hubiera contado hace minutos la historia trágica de su vida.

—Tengo una duda.

Se ríe a carcajadas, se limpia la boca y me dice:

—No serías tú si no la tuvieras.

—Tu hija, Sofía —me corrijo—, me dijo que si quería hablar con su mamá.

—Le dice mamá a su abuela, mi madre.

—¿Por qué te molestaste tanto cuando te dije que la había visto? Es una enana hermosa, no el jorobado de Notre Dame —explico para quitarle un poco de hierro a la situación, creo que aún estoy en *shock*.

—Porque desde que pasó el accidente hemos sido ella y yo contra el

mundo, y a Sofia sí que no sabría cómo explicarle, esto —manifiesta apuntándonos a ambos con el tenedor.

—¿Cómo tú y ella contra el mundo?

—Definitivamente tú escuchas solo lo que a ti te interesa oír, te pregunté hace algún tiempo si me habías visto con alguna novia, o polola, ¿recuerdas?

—Sí, y te dije que no —afirmo.

—Pues bien, ella y mi familia tampoco.

—¡Cómo qué tampoco!

—A buen entendedor pocas palabras, Beatriz.

Ahora sí que se me abre la boca en una perfecta “O” de incredulidad, no puedo imaginarme a semejante hombre solo como un dedo durante todo este tiempo, «a pura manuela palma» como diría mi hermano mayor. Y es en este momento cuando algo en mi cerebro me hace *clic* y logro procesar las sensaciones que me provoca el señor Costabal.

Emociones peligrosas, pero sobre todo complicadas y verdaderas. No sé bien como tomarme esto, o sí, en realidad lo sé, tal cual se toma un jarabe amargo que sé que al final me va a sanar o peor aún, me va a hacer adicta, porque yo me lo puedo pasar la raja, pero Mauricio siempre seguirá siendo el señor Costabal, y ahora con mochila incluida.

Siempre he hecho lo que él ha querido y ni siquiera tengo cara para tener vergüenza, ya que cuando me toca..., uf, soy incapaz de controlarme porque se me revolucionan hasta las hormonas dormidas.

—Todo lo que me has dicho es espantoso —confieso—, y no entiendo porque me lo has confiado.

—Beatriz... —suspira y deja de comer—, te conté mi pasado para que entiendas mi presente y tengamos algo en un futuro.

—¿Qué? ¿Cómo qué algo?

—Te lo dije en tu departamento.

—Esto es tan raro —suspiro.

—¿No fuiste tú la que dijiste que querías intentarlo?

—Y tú me dijiste que, deja recordar tus palabras exactas... ¿me cagarías?

—Destruiría, ese fue el término exacto.

—¿Entonces?

—Ahora necesito pensarlo.

—¿Por qué? —me habla en tono agresivo—. Porque soy un hijo de puta, porque soy viudo o porque tengo una hija.

—A todo lo que acabas de decir la respuesta es sí, eres todo eso y más, pero no eres un hijo de puta, y eso te lo digo porque creo que tienes una santa madre, pero no por eso no eres un cabrón. Sí eres viudo y sí tienes una hija.

—Y...

—Quiero pensarlo, eso es todo.

—Y si querías pensarlo, ¿por eso viniste vestida así y con esa boquita pintada de rojo?

Me quedo mirándolo fijamente, en cosa de segundos ha vuelto a ser el de siempre.

—Realmente eres un cabrón, pero déjame decirte una cosita, puede que yo me pinte los labios de rojo, pero tú vas por la vida creyéndote la última chupada del mate, porque sabes que eres guapo —le suelto con una sonrisa maquiavélica en los labios—. Y si has estado solo todo este tiempo es porque tú y solo tú lo has querido, simplemente por una elección.

—Eres una caja de sorpresas —sonríe y como no le contesto nada se acerca un poco más a mí por encima la mesa—. Te sientes muy segura de ti misma, ¿verdad?

—No soy una mujer insegura. Ya deberías saberlo.

—Pues a mí no me lo parece.

—Entonces es que no te has fijado bien —refuto, y al decirlo me felicito a mí misma porque me siento realmente orgullosa de lo que soy.

—Te he mirado más de lo que crees, pero a partir de ahora me fijaré aún más.

Y así con esas palabras damos por terminada la conversación y

continuamos cenando como si no me hubiera tirado una bomba de racimo. Ni siquiera soy capaz de pedir postre, así que cuando terminamos salimos sin decirnos mucho, o al menos yo.

—Espero que ahora se te quiten las ganas de comer comida China.

Como estoy distraída solo lo escucho pero no atino a responderle, y es ahí cuando vuelve a atacar muy en su tono.

—No quiero que almuerces con Raúl.

Me vuelvo a mirarlo, levanto las cejas y de corazón se me escapa una risa realmente catártica que creo lo enfurece, pero antes de que hable levanto la mano para acallarlo:

—Raúl es mi amigo y compañero, y como si eso fuera poco lo conozco antes que a ti, así que evítate el disgusto porque seguiré almorzando cuantas veces quiera con él, así como tú puedes hacerlo con María José o con quien te dé la gana.

—Eso lo veremos. Ahora te llevo a tu casa.

—Me puede llevar Carlos —lo molesto con mi mentira anterior.

—Nos vamos —me dice, o en realidad me ordena en su tono de siempre, y yo, ante un Carlos inexistente le obedezco.

—Gracias por la cena y las confesiones.

—A ti por escucharme, pero, cuéntame. ¿Qué vas a hacer ahora, tienes algo pensado?

—Ahora me dejarás en mi casa, tengo un jefe que odia que llegue tarde, es un tanto, a ver cómo decirlo...—me bajo un poco la falda que se me ha subido más de lo debido y veo como los ojos de Mauricio me comen—. Cabrón.

—O sea, no estás tan segura de ti si no puedes plantarle cara a tu jefe —asevera acomodándose en su asiento, adoptando la posición de diablo—. La verdad, ya me lo suponía —expresa arrancando el auto de mala gana.

Y es, en este preciso momento en que comienza a fraguarse en mi interior una idea, y así como diría Carlos Pinto..., nada haría presagiar lo que vendría a continuación.

A penas llegamos al semáforo, que ruego marque el rojo, me desabrocho el

cinturón de seguridad que me obligó a ponerme y tomándolo desprevenido lo tomo por la cabeza y le estampo el beso que tantas ganas tenía de darle desde cuando lo vi con los ojos tristes. Lo tengo cogido con las dos manos, está tan sorprendido que no sabe cómo reaccionar en tanto lo beso como una salvaje y enrosco mi lengua a la de él, disfrutando del mejor de los manjares, como el postre que no me comí.

Me devuelve el beso, incluso con un mordisco, que instintivamente siento en mi entrepierna, mi mano se va directo a su pecho, hasta que ambos sentimos como el idiota de atrás nos da un bocinazo para que avancemos.

—Me importa una mierda lo que le inventes a tu jefe mañana —gruñe con la mirada turbada por la lujuria—. Siéntate y ponte el cinturón, ya.

Tal como si fuera un auto de carreras, que no es, pasamos de cero a cincuenta km por hora en cosa de segundos, claramente está tan caliente como yo, y antes de reírme a carcajadas me muerdo el labio, pero ni eso basta para que ahogue el suspiro cuando deliberadamente toma mi mano y la pone sobre su miembro, duro como una roca.

—Esto lo solucionas —se queja apretando tanto el volante que los nudillos se le ponen blancos. ¡Y qué me dijeron a mí! Sin siquiera dejarlo terminar le subo la camisa y con una maestría que no sabía que poseía, desabrocho el botón de su pantalón y acaricio su bóxer, porque bueno, soy osada pero no kamikaze.

—Maldición —protesta ronco—, pasa la mano por debajo —musita casi en tono de súplica.

Al hacerlo, soy yo la que gime de gozo al sentirlo húmedo, es una sensación de placer que ni siquiera sabía que existía y como si mi mano tuviera vida propia comienzo a acariciarlo desde arriba hacia abajo sintiendo cada roce en mi interior.

—A esto me refería cuando te dije que eras una caja de sorpresas.

—¿Buena o mala? —jadeo excitada, quemándome por dentro.

—Maldición, Beatriz, soy contador auditor, en mi vida todo cuadra perfecto y está planeado.

—En la mía esto se llama dejarse llevar —me defiende sin aminorar el ritmo—, solo deja de pensar, además tu diversión está por terminar, estamos a

punto de llegar a mi departamento.

Mauricio gira la cabeza como la niña del exorcista, y con una sonrisa pícaro me informa que se va a bajar, y antes de que pueda refutarle estaciona el auto en frente del edificio. No sé en qué momento se abrocha el botón, pero me lleva de la mano hasta que entramos en el ascensor, y cuando las puertas se cierran me tira contra la pared pegando su erección.

—Me estás provocando, Beatriz... —y en respuesta a eso pego aún más mi pelvis—, así ni diez minutos voy a durar.

Y aunque esa frase podría sonar mata pasiones, a mí me llena de alegría. Apenas llegamos a mi piso saco la llave, pero no soy yo la que abre, sino que Mauricio que apenas cierra la puerta atrapa mi boca con vehemencia, y con esa misma fuerza empieza a tironearme el vestido, que por supuesto que como no es Hulk ni el animal favorito de Escocia no se rasga ni nada por el estilo, así que soy yo misma la que me bajo el cierre y es ahí cuando mi lobo hambriento, sin quitarme el sostén, atrapa mis pezones, y lo siguiente que veo es su boca succionándomelos. Cierro los ojos, porque la que no va a durar nada soy yo, así que como puedo empiezo a desnudarlo sin ayuda, porque él, lo único que hace es tocarme, ¡parece un pulpo!... ¡Me encanta!

Paso la lengua por su cuello y con pequeños besos que algunos terminan en mordidas voy bajando hacia su pecho, cuando llego a sus pezones los muerdo igual como él lo hizo anteriormente y con las manos temblorosas desabrocho de nuevo su botón para bajar hacia el sur arrastrando conmigo sus pantalones y su bóxer. Justo cuando estoy lista para chupar, Mauricio me detiene con su mano, eso sí, casi sin fuerza de voluntad.

—Para... por favor.

—Solo siente, Mauricio.

—No es eso —me vuelve acariciar el pelo—, así no voy a durar, deseo sentirte, Beatriz.

—Y lo harás.

—No quiero esperar —me dice sonando absolutamente resuelto y con eso me jala por los brazos y quedo a su altura.

—Pidiéndomelo así —le coqueteo quitándome al fin el vestido. Me levanta por la cintura sin previo aviso y yo chilló de placer, Mauricio jugueteó

me pone..., me pone caliente.

—Voy a follarte a mi modo, a mi forma y sin contemplaciones —gruñe—, así como tú cumpliste tu fantasía, yo voy a cumplir la mía —jadea asaltando mi boca con tanta brusquedad que hasta nuestros dientes chocan al juntarse—. Dime que estás caliente.

—¡Mauricio! —exclamo porque jamás lo había escuchado expresarse así.

—¿Qué? ¿Me dirás que no lo estás? Estás húmeda y sé que es por mí —se jacta y yo asiento, ¿para qué le voy a mentir?, ¡y ahora!

Sin esperar más, se quita el pantalón conmigo en brazos, me lleva a la habitación, que gracias al cielo que está ordenada, y justo cuando me deja sobre la cama me penetra sin compasión de una sola vez. Le rodeo con las piernas en tanto sus embestidas son feroces, incluso dolorosas... y aunque me avergüence reconocerlo, me gustan. Siento tanto que incluso sus testículos hinchados me golpean excitándome aún más con cada empujón.

—Te gusta duro —no sé si pregunta o afirma, porque además creo que la respuesta no le importa, esto es a su modo y yo no tengo ni voz ni voto—. No cierres los ojos —me ordena cuando intento pestañar para aguantar un poco más—. Siénteme, acéptame....

¡Dios! “Acéptame” es más que sexo, es más que todo esto. A penas puedo procesar esas ocho letras mientras me está llenando por completo. De pronto y no sé cómo ahora quedo yo sobre él sentada a horcajadas y me permite a mí marcar, o mejor dicho sentir con el ritmo frenético que ambos tenemos. Por mis venas no corre sangre, sino que pura adrenalina que se abre paso al placer desenfrenado que ambos sentimos, nos faltan manos para tocarnos y bocas para besarnos. A nuestro alrededor los jadeos y gemidos se mezclan con nuestras respiraciones agitadas abriéndose paso bruscamente en nuestros cuerpos. Sus manos se pegan en mis caderas para apresurar mi propio ritmo, y de pronto una embestida, seca, dura y brutal me hace gemir más fuerte de lo habitual, pero rápidamente es acallado con un beso abrasador que me lleva en cosa de segundos al punto más brillante de mi propia galaxia.

—Dámelo todo —me exige—, ¡lo quiero todo y ya!

Igual como se quema un fósforo, arqueando su palo, mi espalda se curva en un orgasmo bestial que no solo me lleva a mí al precipicio, sino que nos arrasa a los dos.

Y cuando lo miro a los ojos, veo algo abrumador. Me veo a mi misma, y lo peor es que un sentimiento de pequeñez me embarga. Con cuidado me salgo de encima y me acuesto en la cama dándole la espalda a Mauricio, rezo para que no me toque, no solo mi respiración está a mil, sino que algo mucho peor también. Mis sentimientos.

De pronto lo primero que siento en mi trasero es su pene tan erecto como hace dos segundos, y luego su pecho pegado a mi espalda mientras su brazo rodea mi cintura, atrapándome un poco más.

—Mierda... —murmura golpeando la cama.

—¿Qué..., te pasa? —pregunto sintiéndome culpable, recriminándome todo lo que acabamos de hacer, sobre todo después de tamaña confesión.

—Me pasas tú —y como se dice vulgarmente me “puntea” y suelta una risita, que hasta podría jurar que nerviosa—, no te escondas de mí, Beatriz.

Lentamente me giro y quedamos frente a frente, mirándonos. Alisa mi pelo y con una ternura dolorosa me quita el sudor de la frente.

—No pierdas esa seguridad en ti misma que te caracteriza pensando algo errado de lo que acaba de suceder.

—No sé qué pensar...

—No tienes nada que pensar, Beatriz, solo tienes que sentir —me aclara y empieza a besarme lentamente y yo sin siquiera darme cuenta ya estoy sobre él abriéndome de piernas para dejarlo entrar, en tanto él con sus dedos comienza a acariciar mi clítoris hinchado, y me susurra pegado a mis labios—. Te gusta así, Beatriz.

«¿Qué si me gusta?, ¡Dios! Estoy en las estrellas », así que en vez de hablar, solo asiento con la cabeza y me muevo un poco más, en tanto el cabrón sonrío satisfecho por lo que está haciendo.

Con sus manos me acomoda a un costado y me indica que me ponga en cuatro mientras él se pone detrás. Primero me tensó, luego cuando siento su pene ingresar por el camino correcto, y no prohibido, logro relajarme un poco, sobre todo cuando sus dedos retoman el masaje justo donde lo había dejado.

—¿Estás preparada? —me pregunta enroscando su mano libre en mi pelo y antes de que pueda responder siento la primera estocada que arquea mi



espalda, y aunque siempre pensé que era delicada del pelo, porque cuando me lo tengo que desenredar llego a llorar, ahora compruebo que no. Mi cuello se arquea en cada embestida erotizando todos mis sentidos expulsándolos en forma de gemidos femeninos que se entrelazan con los roncos y masculinos gruñidos de Mauricio.

—Me tienes loco.

Y así, con esa simple oración, expuesta ante él completamente llega mi segundo orgasmo, con tanta fuerza como el primero, con la única diferencia que esta vez no tengo fuerza para gritar, pero no por eso mi cabrón favorito no lo hace, avisándome a mí y a todos los vecinos que espero no estén escuchando que también ha llegado a su final abrazándome, rodeándome por la espalda sin dejar que me separe. Ambos caemos en la cama y aunque me encanta la sensación de Mauricio pegado a mi espalda, sobre todo cuando besa mi nuca, siento que necesito respirar sin un peso adicional. Y creo que como siempre me lee el pensamiento y se hace un lado, y cuando creo que voy a poder respirar me rodea con sus brazos firmemente. La sensación me conmueve, pero eso no es lo peor, me sobrepasa, me sorprende y por primera vez en toda mi vida me siento pequeña, y no solo eso...me siento completa.

—Me quiero quedar así —susurra en mi oído.

Sonrío en silencio, yo quiero lo mismo, así que en respuesta me vuelvo a pegar a él y lo siento.

—¿Qué? —le digo dándome la vuelta ahora para mirarlo—. ¿Eres insaciable?

Se encoge de hombros como si no fuera tal cosa, y mi respuesta automática es mover mi pierna y ponerla sobre su pene que esta como un *boy scout* “siempre listo”.

—Si te duchas —digo bajito cerrando los ojos, porque aunque no parezca, sí tengo vergüenza—, puedo solucionarlo.

—Solo si nos duchamos juntos y tú me dejas hacer lo mismo.

—Yo no tengo ese problema —chillo moviendo mi pierna—, el problema eres tú.

El niega con la cabeza.

—Mi problema se llama Beatriz.

—Mauricio... yo no quiero ser un problema en tu vida.

—Eres mi maldito problema, señorita Andrade, desde el día que entré en la empresa y te vi sonreír.

—Cuando me odiaste —le recuerdo sus propias palabras.

—Cuando me gustaste —me corrige besándome en la nariz—, y solo llevaba ocho meses de viudez.

Eso me golpea frío y directo, no esperaba tanta sinceridad post coital.

—Mauricio, yo...

—¿Vamos a la ducha?

Ninfómana seguro que me estoy volviendo, esa mísera propuesta me vuelve a excitar, lo tomo de la mano y juntos entramos, el agua caliente cubre nuestros cuerpos al mismo tiempo que yo siento ese sabor salado al que creo que me estoy haciendo adicta, y tal como me lo advirtió, la reciprocidad del placer también me embarga a mi dejándome satisfecha. Con movimientos lentos esta vez volvemos a la cama. Mauricio apoya su frente sobre la mía y un silencio cómplice abre una extraña conexión entre nosotros. Respiramos hondo bebiéndonos nuestros suspiros mientras sus manos se entierran en mi pelo, ahora sí que muy enredado.

—No muevas más los dedos, me va a doler —pido acariciando su espalda húmeda.

—Te advertí la primera vez que dolería.

—Que me destruirías, para ser exacto —le recuerdo—, pero esto lo solucionará el bálsamo.

—¿Y tendrás suficiente bálsamo para mí? —me interroga y siento que no se refiere al pelo.

—Te pedí que me dejarás pensarlo... —le sonrío cómplice, y antes de que termine la frase él despega sus caderas de las mías.

Suspira, me mira, resopla y un par de minutos después me dice al mismo tiempo que se levanta.

—No llegue tarde mañana a trabajar, señorita Andrade, follarse al jefe no

le dará ningún beneficio.

Apoyo el codo en el colchón y muevo la cabeza de un lado a otro por incredulidad a lo que me acaba de decir, pero tal como pensé en el restaurante Chino, Mauricio siempre será el señor Costabal, y eso no cambiará.

—No se preocupe, señor Costabal, tengo quien me lleve mañana a trabajar —le miento, y acto seguido cojo las sábanas y me tapo con ellas, sorprendiéndolo—. No necesito mostrarle la salida, usted ya la conoce.

Sé que se está vistiendo porque siento cada prenda que se pone acompañada de un bufido, pero yo no lo miro, no puedo... hasta que cinco minutos después siento la puerta cerrarse y con eso sé que se acaba de ir.

«¿Qué estás haciendo Beatriz?»

# 11

*“¿Soy el Demonio, y tú un Ángel, te gustaría llevarme al cielo?”*

Antes de que suene el despertador ya estoy duchada, vestida y peinada. No pienso darle en el gusto al señor Costabal, porque por supuesto no sé de qué humor lo voy a encontrar.

Lo mejor de llegar temprano es que no hay nadie, incluso me siento con toda tranquilidad y me bebo mi café. Incluso les mando un mensaje a “las Brujas”.

**\*¿Dónde nos juntamos hoy?**

**8:25**

La primera en responder es Claudia.

**\*Hay partido, ¿dónde lo vemos?**

**8:26**

**\*¿Tenemos que verlo?**

**8:26**

Sé que con eso Fran me odiará, además de feminista es pelotera a morir.

**\*Quiero un miércoles en paz, al menos la mañana. Nos juntamos en el bar donde están las cervezas ricas. Punto y final.**

**8:27**

**\*¡¡Compraré cornetas!!**

**8:27**

Ante lo que escribe Paula me rio a carcajadas, eso solo significa que como trabaja en el centro, específicamente en la calle Ahumada, se traerá todo y más alusivo al partido de nuestra selección.

**\*Que haya partido no te exime de contarnos todo, con lujos y detalles, Beatriz.**

**8:28**

**\*Todo y más sobre el HDP, ustedes tranquilas.**

**8:29**

Con eso nos despedimos y comienzo a trabajar en los informes que tanto me gustan, como estoy tan concentrada, a penas saludo a Raúl, y después de unos minutos, como siempre nos compenetramos y empezamos a ser la mejor dupla del mundo mundial.

Justo cuando estoy discutiendo un informe con él, ingresa en la bandeja de entradas un correo que nos informa que la capacitación recreacional que nos ganamos ya no será en Los Andes, sino que en el Cajón del Maipo.

—Quería las Termas —refuta Raúl, con un puchero que me hace tanto reír.

—Pero el Cajón es espectacular, ojalá tengamos actividades al aire libre.

—Es precisamente lo que no me gusta.

—¿Y eso?

—No sé —habla subiendo y bajando los hombros, sé que debe haber alguna razón, pero no es momento de preguntar. Así que cambio el tema y me obligo a seguir en lo que estaba.

Mi rostro se ilumina absolutamente cuando veo entrar al Sr. Costabal, incluso dejo todo para poder verlo, y claro, él pasa por mi lado como si ni siquiera existiera, solo se refiere a Carmen, tiene la misma actitud que Raúl cuando ella le informa el cambio, la única diferencia es que él refunfuña como un animal.

—Mmm, y qué animal —murmuro si querer.

—¿Qué dijiste? —me pregunta Raúl, y me doy cuenta de mi error.

—Nada, nada, continuemos, que me quiero ir temprano para ver el partido.

—¿Y desde cuándo te gusta el fútbol?, ¿o vas a ver a los jugadores?

—Tú dices —me pongo de pie porque ya son la una—, ¿qué voy a ver el partido solo para ver las calugas de Alexis? —él afirma divertido con la cabeza y yo prosigo—, equivocado, lo veo por los tatuajes de Vidal, y a eso súmale que si juega Pinilla tengo la película porno completita. Hombres corriendo detrás de una pelota y sudados, mmm, ¡viva Chile, mierda! —chillo levantando las manos, incluso simulo el gesto típico del Pato Yáñez.

En eso estoy cuando me sobresalto, por esa voz:

—Señorita Andrade, el partido es a las siete de la tarde —protesta, y juro que no exagero—, y si no termina su trabajo como corresponde, creo que ni siquiera lo podrá escuchar por la radio.

—Pero hay una página en internet para verlo *on—line* —se entromete Fabián, otro de mis compañeros, que es como el “Canitrot” de la oficina, él siempre está de fiestas.

—Fabián —lo fulmina con la mirada el señor Costabal—. ¿Qué hace aquí, en este departamento?

—Vengo a buscar a Bea —comenta así muy suelto de cuerpo—, me debe el almuerzo.

Ante esas palabras la aniquilada ahora soy yo, y creo que no pasa desapercibido para nadie. Pero es que trabajar en una oficina de contabilidad con pocas mujeres hace que una haga muy buenos amigos y simplemente seas

una más, sin miramiento alguno.

—Me uno al almuerzo —se agrega Raúl levantándose de la silla también poniéndose a mi lado—, podríamos repetir chinos.

—¡No! —se me escapa del alma y es el diablo quien sonrío ahora.

—¿Y eso? —quiere saber Raúl.

—Pero si te encantan los chinos.

—La comida China, sería en ese caso —aclara el señor Costabal.

—Eso también —bromea Fabián muy en su estilo y agrega—. ¿Nos vamos?

Antes de que se arme alguna batalla, en la que estoy segura yo seré la más perjudicada, nos vamos y dejamos al diablo, que aunque no se le nota, sé que está más que indignado. Pero los pensamientos se me pasan a penas se cierran las puertas del ascensor al escuchar:

—Estoy seguro que a Costabal lo que le falta es un buen revolcón con una mina que lo haga ver las estrellas.

—¿Tú crees? —pregunto mordiéndome la lengua para no reírme, porque una cosa sí tengo claro, aquí en la oficina nadie puede saber, o a la que pondrán de patitas en la calle será a mí.

—No lo creo, estoy seguro.

—No todo se arregla con un buen polvo —opina muy serio Raúl—, a ese hombre lo que le falta es amor en su vida. —Eso si me pone alerta y paro mis antenitas de vinil haciéndole un gesto para que continúe—. Eso, amor del bueno, que lo quieran, seguro que sexo con la pinta que tiene lo consigue a montones, ¿pero cariño?

—El diablo es el diablo, eso no cambiará jamás. Y ese tiene pinta de ser un HDP, se le nota a leguas, pobre mina la que se enganche de uno como él, a la primera de cambio los cuernos le llegarán a Júpiter.

Parezco árbitro de ping pong, ahora mi cabeza se gira a Raúl, e imploro fervientemente que lo defienda, creo que lo necesito más de lo que quiero reconocer.

—No lo creo —y al fin exhalo el aire que ni sabía que contenía en los

pulmones—, me da la impresión que es un hombre muy solo, que ha sufrido.

—Pero igual es un cabrón —reafirma Fabián y Raúl asiente—, y seguro también un picaflor, por decirlo bonito delante de Bea.

—Por mí no te cortes —carraspeo.

—Esto es cahuín, y peor que el de ustedes las minas. Yo creo que tu jefe se la mete a la de recursos humanos.

—¿A María José? —le suelto de sopetón, porque su cara es la primera que se me viene a la cabeza.

—A calienta José —se mofa Fabián con una sonrisa que dice más que mil palabras, con eso me queda claro que sabe de primera mano porque lo dice.

—¿Bueno, pero vamos a almorzar o a pelar al jefe? —dice Raúl y yo en silencio se lo agradezco.

Cuando salimos del edificio intento reír con lo último que nos cuenta Fabián, que nos informa que a las cuatro tiene cita con el dentista, y por supuesto sabemos que no es verdad.

Increíblemente, cuando llego del almuerzo encuentro una carpeta llena de archivos sobre el escritorio. La abro para revisarla y no entiendo nada, hasta que es Carmen con su sonrisa amable la que se acerca a explicarme.

—El señor Costabal te la ha dejado, dijo que era urgente, que la necesitaba para primera hora de mañana.

—Pero si nos vamos de paseo mañana.

—Eso mismo le recordé, pero tú ya sabes como es.

—¿Y por qué no la hace él? —bufo viendo que esto claramente no lo podré terminar ni en un millón de años para las seis.

—Porque los jefes de todos los departamentos se han reunido hoy en un almuerzo y el señor Costabal ha dicho que no regresará hasta mañana.

—¡Todos!, ¿recursos humanos también? —salta mi vena de gata curiosa, y juro que hasta me veo las uñas.

—¡Claro! Si incluso María José lo vino a buscar, es tan amorosa ella.

Cuenta, Beatriz, cuenta. Pero aunque llegara al cien sé que no calmaría el



volcán que llevo dentro, pero no por eso voy a hacer erupción delante de Carmen, así que resignada tomo los papeles y me pongo a trabajar, tengo claro que hoy no dormiré, porque si él se está vengando de mí por no haberle dado una respuesta anoche, se quedará con las ganas, porque como que me llamo Beatriz Andrade lo voy a terminar, sí señor.

Antes de que den las seis me levanto de mi puesto, me importa nada las miradas que me dan mis compañeros, total, a ellos nadie les dice nada cuando sacan la vuelta. Tomo la carpeta, y con la cara llena de risa me marchó.

Por supuesto el metro va atestado de gente, todos quieren ver el partido. Pero como no todo es tan malo, faltan diez minutos para las siete, Francisca sonriente ya está instalada guardando la mejor mesa, exactamente frente a la pantalla. Me da un beso y luego un abrazo, con eso ya sé que estoy perdonada. Cinco minutos más y como una tromba llega Paula, como un burro de carga y antes de sentarse nos entrega: camisetas, cornetas, gorros y como si eso fuera poco, saca de una bolsa que ni vi que traía una bandera enorme de Chile. Los chicos que están a nuestro lado sonrían y empiezan a silbar.

—C, h, i —aparece gritando Claudia que está en su salsa, todo lo que sea compañía masculina para ella bienvenido sea.

Por supuesto nuestros nuevos “amigos” responden a coro, y en vez de ser una mesa solo para cuatro, se convierte automáticamente una mesa para nueve. Nos vamos juntas al baño y a la vuelta somos todas hinchas de la selección chilena, no nos cabe más tricolor en el cuerpo. La cerveza empieza a correr como agua y las risas son parte de todo, hasta que de pronto todos nos ponemos de pie y con la mano en el corazón comenzamos a cantar nuestro himno nacional, da igual si es bien o mal, lo importante es apoyar. Tenemos que ganar e ir al Mundial, aunque la verdad, verdad, a mí me da igual.

Comienza el partido, con eso la pelotita a moverse y todos se ponen nerviosos. ¡¡Vamos, Vidal!! ¡¡Cuidado, Pitbull!! Son los gritos, hasta que un uhhh generalizado se escucha, nos han metido un gol, ¡qué gol!, ¡un golazo!, y el de amarillo que además es el capitán de la selección ni siquiera pudo atrapar, así que de ser el bueno de la película ha pasado a ser el malo de los malos en cosa de segundos.

Se acaba el primer tiempo y aquí todos vamos en la segunda cerveza. En el medio tiempo comentamos el partido, reímos y obvio, todos somos directores

técnicos, los chicos y nosotras damos nuestro punto de vista, y por supuesto odiamos al equipo contrario. Se reanuda el partido y el nerviosismo reaparece, en el minuto veinte, golazo del *niño maravilla*. Todos nos abrazamos, da igual si nos conocemos o no, la felicidad nos embarga a todos, pero cuando pasan diez minutos más, es Jarita, el chico del dedo curioso es el que mete el gol. Ahora todos, pero todos gritamos de alegría, vamos ganando y con la adrenalina que llevo en el cuerpo me subo arriba de la silla imitando a Paula que grita, no, en realidad chillaba como cabra chica anunciando el gol.

Nadie nos dice nada, incluso nos imitan, cuando todo pasa volvemos a sentarnos y el chico que está a mi lado, que no se ni su nombre, empieza a conversarme con demasiada cercanía para mi gusto. Intento ignorarlo, pero no es mucho lo que logro. Cuando acaba el partido el descontrol es total y empieza el verdadero desmadre.

—¡Vamos a la plaza Italia! —chilla uno de nuestros amigos.

—No —soy la primera en hablar—, no podemos, no tenemos auto.

—¿Y cuál es el problema?, Javier tiene una camioneta —responde otro, y antes de poder decir otra cosa ya estamos todos caminando hacia la salida del local con rumbo al estacionamiento.

Ni pregunto dónde nos vamos a subir todos, porque claramente iremos en el *pick up*, así cual críos, en un momento de locura máxima me subo y todos comenzamos a saltar. Las bocinas, las trompetas, son la música de la fiesta, yo y medio Chile salimos a la plaza Italia.

No estoy segura cuanto tiempo pasa hasta que llegan los carabineros a poner orden, claro, a mi departamento llegaron de inmediato, aquí ya han pasado más de dos horas. Y por primera vez siento que me quiero ir.

De pronto Fran me toma del brazo y me lleva a un lado.

—Sé que no te gusta el fútbol, ¿pero estás bien?, ¿qué te hizo ese cabrón?, ¿qué te dijo ayer?

—¡Muchas cosas! —grito para que me oiga—, pero no es nada referente a él, solo que tengo que entregar un informe para mañana —me excuso—, y preferí venir a estar con ustedes que trabajando.

—¿Para qué hora?

—Primera hora y... —no alcanzo a terminar cuando mi chica feminista se dirige con voz de mando a las demás—. Se acabó la fiesta, calabaza, calabaza cada uno para su casa, mañana trabajamos todos y no somos parte del lumpen que se va a formar ahora.

Cual corderitos que somos cuando Fran nos da una orden, todas asentimos y caminamos, pero es Javier quien amablemente se ofrece a llevarnos a cada una nuestra casa, y menos mal que la primera soy yo.

Cuando llegamos Fran se baja conmigo y yo la miro sin entender mucho.

—Te voy a ayudar, después me voy en *Uber*.

—¿En serio? —me alegro en el alma.

—¿Lo dudas? —ante eso me lanzo a sus brazos, adoro a esta mujer y lo mejor es que es ingeniera comercial, o sea, hablamos casi el mismo idioma.

—¿Qué pasa? —quiere saber Claudia sacando la cara por la ventana de la puerta, está claro dónde ella terminará su noche y con quién.

—Nada, voy a ayudar a Bea con un informe para mañana, así el cabrón no se la come, al menos de esa manera.

—¡Bea! —chilla Paula bajándose del *pick up*—, tienes trabajo pendiente, pero mañana es tu paseo.

—No es un paseo —aclara Fran—, se llaman jornadas de integración.

—Sí, eso mismo —sonríe Claudia haciéndose la coqueta, de lejos se le nota que está caliente, pero... ¡quién soy yo para juzgarla!

—¿Quieres que me quede? —pregunta Paula sintiéndose culpable, ya son casi las dos de la madrugada.

—¡Estás loca!

—Sí, muy loca si crees que vas a quedarte acá con nosotras, mañana madrugamos para acompañar a la tía al consultorio, vete que nosotras dos nos la apañamos.

Con un abrazo como si no nos fuéramos a ver más, nos despedimos y subimos al fin a mi departamento.

Tras prepararnos un café para despertar bien, esparcimos todos los papeles en la mesa y como si fueran las dos de la tarde y no de la madrugada

comenzamos a trabajar. Fran, hace las cuentas, calcula, saca ivas y yo genero los informes. A las cinco de la mañana termino de teclear el último punto y literalmente bajo la tapa del *notebook* tirándome sobre él.

—Terminamos —murmuro en estado de trazo.

—Sí, y esto fue un abuso, que hiciste para mereértelo, porque perdona que te diga, lo que acabamos de hacer son cálculos a largo plazo de estados financieros, activos y pasivos, no es parte de tu trabajo, de eso estoy segura.

—Te lo resumiré porque si no, no dormiremos nada y tú en un rato trabajas.

—Yo puedo llegar más tarde, pero quiero un resumen decente.

—El señor Costabal tiene una hija, es viudo, se le murió la señora en un accidente en el que él también iba, la mujer lo raptó un fin de semana, tuvieron que volver antes y él enojado no quiso manejar, se sentó de copiloto, llovía a chuzos, se le fue el auto y se fueron barranco abajo, ella falleció ahí —Fran abre los ojos incrédula a lo que le digo—, pero eso no es todo, se sumió en una depresión durante seis meses hasta que cuando no tuvo nada que darle de comer a su hija se fue a donde su madre y ella lo obligó a buscar trabajo, ese fue su punto de quiebre.

—¡Hijo de la gran puta, se dejó estar con hija y todo!

—Guarda insultos, aún falta, me odia porque cuando me vio por primera vez le molestó mi presencia, me dijo algo así como que me quería apagar.

—¡Mierda!

—Eso mismo pensé yo.

—¿Y tú le dijiste que te gustó de inmediato cuando lo viste?, que te volviste media loca, bueno más de lo que estás, ¿y que tratabas de llamar su atención?

Niego con la cabeza.

—¿Y entonces? , no entiendo por qué está tan enojado, lo que sí sé y me preocupa que es un cabrón de verdad, no solo contigo, sino de siempre, hasta un poco misógino diría yo.

—No es misógino, no es que no confié en las mujeres, es que está cagado

de miedo, él cree que me va a destruir.

—Ya... —se burla medio en serio—. ¿Me estás webeando?

—No, eso me dijo la primera vez.

—¿Y entonces qué mierda tienes tú en la cabeza?! Tienes veinticinco años, no eres una pendeja, Beatriz. Hazte respetar de una vez por toda, porque él no te va a poner la pata arriba, ¡sino que el cuerpo entero!

—Por eso es que he trabajado tanto —le confieso—, como no le di una respuesta después de la bomba, me tapó a pega.

—¿Hasta qué hora estuvo aquí anoche?

—¿Cómo sabes que estuvo aquí?

—No soy adivina, pero sé que estuvo aquí, que tuvieron relaciones y que como no le diste una respuesta se fue cabreado, típico de un hombre como él y te hará la vida imposible hasta que no tomes una decisión.

—Lo sé.

—¿Y entonces?

—No es tan fácil, me pasan cosas.

—A mí también me pasan cosas con mis amigos, con mis padres, contigo. Se especifica.

—Lo quiero —susurro muy bajito para intentar pasar desapercibida.

—¿Y estás dispuesta a cargar con todo lo que significa Costabal?

—Explícate.

—La mochila completa, quieres bancarte el rol de la tía buena onda que siempre estará en segundo lugar, porque lo más importante aquí siempre será su hija. Y como si eso no fuera poco esperamos que la pendeja sea amorosa, porque para ella su papá es su todo, su héroe, tú serás la intrusa que se lo quiere quitar, ¿pensaste en eso?

—Visto así suena macabro.

—No es macabro, es la realidad, pero si estás dispuesta a soportar todo eso, quien soy yo para impedírtelo.

—Él..., él no me ha dicho que me va a presentar a la niña.

—¿Tú eres tonta o te haces? Claro que no hoy, pero en algún momento sí, ¡y tienes veinticinco años!

—Bueno, por eso es que lo estoy pensando.

—No, lo estás retrasando, porque la respuesta será afirmativa y no te mientas a ti misma pensando en lo contrario, pero me gusta que lo hagas sufrir un poco. Así toma de su propia medicina.

—¿Y si me equivoco? —le pregunto desnudando mi alma completamente ante ella con todos mis temores.

—Si te equivocas tendremos esta misma conversación, pero con un traguito para pasar las penas, eso sí, y te lo advierto, y no son palabras al viento. Si te hace algo se lo hace a todas y ni su hija lo salvará de la pateadura, mira que ganas no me faltan —me aclara poniéndose de pie—, y ahora, ¡a dormir! —dictamina y con eso ambas nos vamos a la habitación.

Cuando abro las tapas de la cama Francisca me mira y me dice:

—Dime que cambiaste las sábanas por lo menos.

—Por supuesto, ¿qué te crees? —respondo y me tiro sobre el colchón, estoy agotada.

Cuando suena el despertador siento que no he dormido ni dos horas. Echo un par de cosas a la maleta, me calzo mis *jeans* favoritos, mis zapatillas y me hago un moño bien estirado, cuando me veo al espejo, ni con un kilo de corrector me tapo las ojeras. Ni siquiera me da tiempo a desayunar y salgo como una flecha hacia la oficina.

A penas llego al escritorio Raúl exclama:

—¡Estuvo buena la celebración, parece!

—Solo te diré que terminamos celebrando en la plaza Italia.

—¡No!

—Pero no te pongas tan feliz, después de eso me quedé trabajando hasta tarde para entregar estos informes.

—¿Un café? —pregunta condescendiente, Raúl es tan lindo que seguro por eso su mujer está tan enamorada de él.

Cuando vuelve con el vaso humeante empezamos a hablar del partido, de nuestro fin de semana y de las expectativas que tenemos. Hasta que de pronto, con gafas tipo aviador, vestido con unos pantalones cargo en negro y una camiseta aparece mi cabrón favorito. Instintivamente dejo de reír porque la mirada que me dirige es letal. Pasa por mi lado, y le habla directamente a Carmen pidiéndole los informes.

—Llegó de malas —dice Raúl—, si estuviera Fabián diría que es porque no ha...

—No quiero saber —lo corto antes de que continúe—, lo que haga o no el jefe no nos importa ni a ti ni a mí —respondo porque con lo que conversamos ayer tengo caldo de cabeza para muchos días más.

Voy donde Carmen y le entrego los informes, hasta ella se asombra y me felicita, claramente pensaba que no lo lograría. Vuelvo a mi puesto y aunque es jueves no tenemos nada que hacer, solo esperar que sea la hora para que el bus nos lleve al Cajón del Maipo.

Justo cuando estoy cerrando los ojos, o mejor dicho se me están cerrando solos mientras estoy reclinada en mi silla Raúl me interrumpe.

—Por lo visto, al final el señor Costabal no está tan solo ni descariñado, la jefa de recursos humanos acaba de entrar a su oficina con una sonrisa.

Llego a saltar al escucharlo, miro hacia su oficina y solo logro ver la puerta cerrarse y mi mente empieza a tejer no una sino una serie completa de cinco temporadas.

Tras diez minutos en que se me hacen eternos, Carmen entra a la oficina y como deja la puerta abierta logro escuchar la risa cantarina de caliente José, no sé si el cabrón lo está haciendo a propósito o es rollo mío, pero de igual modo me siento mal con el estómago revuelto. De pronto con la cara llena de risa salen las dos, y Carmen se acerca a mí para decirme que el señor Costabal quiere verme.

Mi primer instinto es decir que no, pero no tengo ninguna excusa válida para negarme. Camino despacio y toco a la puerta, como no me dice que entre enseguida, estoy a punto de dar la vuelta cuando es él mismo quien de golpe la abre.

—Señorita Andrade, entre y siéntese.

—Espero que haya podido ver el informe, cómo ha estado tan ocupado — le suelto sin poder detenerlo, y no me importa parecer... ¿celosa?

Ignora mi comentario, pasa por mi lado y se sienta con los brazos cruzados, por supuesto con el ceño fruncido, después de unos minutos y con rabia habla:

—No necesito mirarlo para saber que está incompleto.

—¿Cómo? —casi tartamudeo al preguntar, estoy segura que es completamente imposible.

—Lo que escuchaste, dudo que a la hora que llegaste y en las condiciones que lo hiciste, pudieras haber hecho algo medianamente decente. ¿Lo pasaste bien anoche? —me agujonea con cizaña.

Definitivo, creo que me estoy convirtiendo en una mujer violenta, juro que quiero partirle la cara de una sola cachetada, por idiota y sobre todo por psicópata.

—Respóndeme —me apremia al ver que estoy en silencio—, ¿lo pasaron bien tus amigas y tú? ¿O me perdí parte de la fiesta? Porque te vías feliz. Te repito, Beatriz, ¿quedaste satisfecha?

—Lo mismo te podría preguntar yo a ti, ¿quedaste satisfecho ahora con la jefa de recursos humanos?

—O sea, sí lo pasaste muy bien anoche —afirma apretando los labios, tanto que hasta se le hacen una pequeñas arruguitas.

—Para tu información —comento levantándome de golpe, tuteándolo—, lo que yo haga después de la oficina es mi problema. Y ya que fuiste tan cabrón para entregarme un trabajo a última hora, al menos podrías tomarte la molestia de revisarlo. Y si no tienes nada más que preguntarme sobre el trabajo, con tu permiso o sin él me volveré a mi puesto.

Enojada camino hacia a la puerta, de verdad que estoy molesta, y para peor sentida, justo cuando voy a llegar a la salida, suelta:

—Señorita Andrade, hágame el favor de decirle a Carmen que le avise a María José que la paso a buscar a su puesto en cinco minutos para que nos vayamos en mi auto al Cajón del Maipo.

Ni siquiera me volteo a mirarlo, salgo y doy el mensaje, creo que mi voz



no es de muy buena gana porque hasta Carmen se sorprende.

Con la mejor sonrisa que puedo fingir me acerco a Raúl que está conversando con Fabián, me uno a la charla justo cuando veo salir al cabrón con una sonrisa que antes jamás le había visto.

Una vez en el bus lo primero que hago es cerrar los ojos, necesito aunque sea un par de horitas, dormir.

Raúl es un sol, incluso me tapa con una mantita y ni siquiera interrumpe mi descanso.

Cuando llegamos ya me siento un poco más repuesta y decido pasarlo bien en esta jornada de integración.

Lo primero que hacen es darnos la bienvenida entregándonos una camiseta institucional, los hombres de inmediato se la ponen. Cuando nos asignan habitación me toca con Carmen, y juntas vamos a desempacar.

Lo que nos queda de mañana la tenemos libre, así que junto a mis compañeros recorreremos el lugar, es maravilloso, la naturaleza en su estado puro, incluso sin llegar al río podemos sentir el sonido del agua.

El almuerzo es en un comedor al aire libre, y mentiría si no dijera que no es extraordinario, aunque claro, los jefes por un lado, y nosotros por el otro, y lamentablemente tengo vista privilegiada al mío, más a la regalada de caliente José, y aunque me gustaría decir que el cabrón está incómodo, es todo lo contrario, hasta parece disfrutarlo.

Dejo de comer, no puedo.

A penas el gerente nos da la bienvenida y no dice que la piscina temperada estará disponible para nosotros, me levanto y me voy, juro que si los veo tontear en el agua voy a vomitar, me excuso con los chicos y les digo que me voy a dormir que con el partido trasnoche de más. Ellos me entienden incluso me cubren. Pero cuando empiezo a caminar en dirección a la habitación me arrepiento. ¿Cómo voy a ser tan tonta que me voy a echar a morir por un cabrón? ¡No!

Y así deambulando por la naturaleza se me pasa toda la tarde, casi al anochecer regreso y soy imbuida por las actividades que nos proponen, todos sin excepción vamos a un claro a ver las estrellas, que además es como si se pudieran tocar. A la primera estrella fugaz que veo le pido un deseo y suspiro.

—No me dirás que crees en esas tonterías —se burla Raúl que sabe lo que he hecho.

—¿Tú, no?

—¡No! —chilla y no sé porque ambos comenzamos a reír haciendo que todas las miradas se dirijan a nosotros.

—Perdón —dice Raúl—, es que a Bea se le ocurre cada cosa.

Con ese simple comentario me suben al columpio, pero lo que no imaginé jamás es ver tan acaramelado a Costabal, incluso la tiene abrazada, y eso sí que no lo puedo soportar. Le aviso a Carmen que me voy y ella me dice que se quedará un poco más y en el fondo de mi corazón lo agradezco porque estoy a punto de llorar.

¡Maldito seas señor Costabal!

Cuando llego, tiro los zapatos lejos y enciendo la televisión, quiero distraerme, y para peor, no están dando nada bueno. De pronto la puerta empieza a sonar suavemente y el corazón se me acelera, me encojo en la cama como si eso ayudara, pero todo lo contrario, ahora los golpes son más evidentes y si siguen así van a llamar la atención de todo el edificio, pero así todo no soy capaz de levantarme, hasta que de pronto la puerta se abre y yo me quedo pasmada. El cabrón se acerca hasta donde estoy y ni siquiera puedo hablar porque se lanza sobre mí y empieza a besarme. Muevo la cabeza porque no quiero responderle, pero como siempre me sucede, pasan dos segundos y soy yo la que lo agarra por la cabeza y le introduce la lengua, sabor que me sabe a gloria.

Como si fuéramos dos adolescentes sin tiempo, Mauricio comienza a desabrochar el botón y yo por mi parte hago exactamente lo mismo. Sin suavidad alguna me arranca el pantalón y agradezco estar usando estos que son una talla entera más grande, ¡vivan los *jeans boyfriend*! Cuando siento sus manos en mí entrepierna me dejo llevar, dejo de pensar y le doy libre acceso abriéndome un poco más. Lo que hace me gusta, me encanta, me calienta y me excita. Jadeo de puro placer que me enloquece. Y justo en el momento en que saca su mano y juro que lo quiero matar, me mira derritiendo toda mi cordura.

—Anoche quería estar contigo.

Sin siquiera quitarme mi bonita braga, solo corriéndola a un lado me

penetra y no digo nada. Dejo que haga todo y más porque ya estoy en el séptimo cielo, hasta que siento una mano llegar directo a mi glúteo, ¡me pega! Bueno, no es que me golpee, pero lo noto.

—Quería estar contigo anoche —repite en una especie de gruñido—, y voy a follarte tal como lo pensé, pero tú —y zaz, vuelve a darme con la palma de su mano y esta vez me duele un poco más, definitivo, a mí no me va el sado, pero ni tiempo de protestar tengo porque su lengua me llega hasta la garganta y con eso se me apagan todos los sentidos y me arrasa el placer.

Soy yo la que se mueve una y otra vez hacia adelante y atrás, pidiendo y buscando más, ese maldito más que va a terminar con lo poco de cordura que me queda, y lo peor, es que él cabrón lo sabe. Y estoy segura que hasta lo disfruta.

—Ni se te ocurra acabar.

Esa orden sí que me molesta y dejo atrapado en mi garganta el gemido que está a punto de salir. ¿Quién se cree que es? ¡Claro que voy a acabar!

Me guardo todas mis expresiones y voy a explotar. Sale y entra como si el mundo se fuera a acabar, sus movimientos son fuertes y potentes, incluso puedo sentir sus testículos chocar contra mi culo, estoy cerca de llegar al final y un temblor involuntario me delata hasta que escucho:

—Me cae muy bien María José. —Y con tan solo esas palabras me alejo completamente del placer, solo siento que a cada embestida me rompe un poco más y aunque me está haciendo completamente suya y me estoy dejando, mi mente rebobina otra vez la cinta: «Me cae bien María José».

La rabia de sus palabras y la forma en que me está poseyendo me tienen absolutamente bloqueada. Aprieto mis piernas contra su espalda y eso le encanta, lo sé porque su respuesta es un sonido gutural desde lo más profundo de su alma, y así chocamos una y otra vez. Hasta que de pronto es su cuerpo el primero en explotar derramándose completamente en mi interior, abre los ojos y me ve, ni siquiera espero pestañar porque se lo que va a pasar.

Cuando nuestras respiraciones se normalizan con la suavidad que él no tiene, descruzo las piernas de su espalda, Mauricio se levanta lentamente y me mira o mejor dicho me recorre entera para dos segundos después sonreír satisfecho.

—Tenía razón.

Y con esa confesión me queda claro lo que acaba de hacer, solo quería satisfacerse él, y así poder tener un acceso con un único final unilateral. Me hierva la sangre, porque aunque no lo quiera aceptar es un verdadero cabrón y yo una soberana weona que se deja llevar, y sin pensármelo dos veces al ponerme de pie camino a su lado, como estoy sin tacos le llego al hombro, pero eso no me impide darle vuelta la cara de una sonora cachetada.

—Sal ahora mismo de mi habitación —le ordeno tan calmada que hasta yo me asombro, y sé que esta paz no va a durar demasiado.

Me mira, pero al menos la sonrisa se le ha borrado de la cara y ha vuelto a ser el temido diablo, y como no se inmuta ni se mueve le suelto:

—¿Quién mierda te crees que eres?

Se abrocha el pantalón, sigue mudo, y yo ya he perdido mi estado *zen* recién adquirido.

—Yo no soy una mujer con la que solo te quitas las ganas, pero claro, eso es muy difícil de entender, y sabes por qué, porque eres un cabrón, y por eso también estás solo, nadie te soporta, es más, ni siquiera te soportas tú, ¡por eso le haces la vida imposible a los demás!

—¿Qué dijiste?

—Lo que escuchaste, Costabal, eres insoportable, te mereces estar solo y no porque seas un cabrón, sino que porque eres una mala persona, jegoísta!

—Te lo dije —responde con la voz de ultratumba y yo resoplo, él nunca me va a entender.

—Perfecto, sí, tienes razón, ¿y quieres saber qué más? —levanta las cejas para que continúe—. Ganaste, me destruiste, ¡me cagaste! Ahora ándate con María José o con quien quieras y que sea perfecta para ti y tu perfecta vida, yo no lo soy y no lo será jamás.

Se cierra el botón del pantalón y me observa con furia, no dice nada aunque su respiración es acelerada. Solo quiero que me deje sola, que se marche antes de que Carmen entre por esa puerta y las cosas se compliquen aún más. Casi dos minutos después en que solo nos miramos, se da media vuelta y se va.

Cuando escucho el golpe de la puerta me pongo la mano en la boca para acallar el aullido que sale desde dentro de mi corazón, no es rabia, es mucho peor, es pena y desazón del corazón.

Abro las ventanas para que se vaya el olor a sexo y sin querer pensar en nada más me meto en la ducha y comienzo a llorar. Cinco, diez y quince minutos pasan hasta que me calmo y salgo con la cara hinchada agradeciendo en silencio que Carmen no ha llegado. Me meto en la cama y me pongo a dormir, estoy tan agotada que ni siquiera puedo pensar.

## 12

*“A los Demonios como yo, nos han prohibido enamorarnos de Ángeles como tú”*

Carmen podría ser la perfecta hermana mayor, con cuidado me despierta, incluso me regala un vaso de agua, juntas nos vamos a desayunar, durante la mañana tenemos un *coaching* y por la tarde actividades al aire libre, al menos así dice nuestro programa.

Antes de llegar al comedor nos encontramos con Raúl que me cuenta que anoche le costó dormir, que extrañaba a su mujer y que la cama se le hizo enorme, su confesión me produce tal gesto de ternura que lo abrazo como abrazaba a mi hermano cuando se peleaba con su actual señora, así entramos, hasta que de pronto nuestros ojos se encuentran en la barra del *buffet*, ¡Dios! Ese hombre que tanto odio me encanta, hasta podría decir que se ve más joven con *jeans*, con la polera institucional de piqué y esa carita sin afeitado. Pero dejo mirarlo apenas escucho la risa de ella.

—Perdón por llegar tarde, Mauri.

«¡Mauri! ¡Ni que fuera flete! », pienso con odio, y cuando la miro bien, la envidia, y no de la sana me corroe, la polera que lleva puesta debe ser dos tallas más pequeña, se le aprieta al cuerpo perfectamente dejando ver toda su voluptuosidad, en cambio la mía me queda las mismas dos tallas, pero más grande, si me la saco del pantalón me llega a la mitad del muslo.

—¿Quieres que te traiga café, Bea?—me pregunta el solícito de Raúl, niego con la cabeza y como soy arrebatada camino decidida directo hacia donde están ellos.

—Buen día —es todo lo que digo por respeto, pero “Mauri” me ignora y solo tiene ojos para... ella, que se gira y con esa maravillosa sonrisa me saluda.

—Buen día, señorita Andrade. ¿Durmió bien? Tiene ojeras —comenta la muy pe... desgraciada.

—El sonido del río no me dejó dormir muy bien —miento descaradamente, estoy segura que en la otra vida fui hija de Gepetto, porque estoy mintiendo como Pinocho.

—¿En serio? —comenta haciéndose la asombrada y mirando a “Mauri” continúa—, nosotros no sentimos nada, ¿verdad?

Él, la mira sonríe y responde:

—Y eso que tu ventana da directo al río.

¡Da al río! Escuché, ¡da al río! Y no me hace falta entender más porque es el cabrón quien le entrega una taza de café y a mi... simplemente me ignora, en tanto “*esa*” sonríe como una verdadera idiota.

Tomo mi taza, un pocillo con piñas y me vuelvo a la mesa. Para espectadora no estoy.

Casi nada me cabe por la garganta, es que en cosa de dos segundos he desarrollado un oído biónico, solo escucho sus risas, y para más remate, se ríe lindo.

Varios minutos después veo como salen y el señor Costabal al abrirle la puerta pone su mano en su espalda y ella, por supuesto se deja hacer. Y supongo que también deshacer.

Inhalo y exhalo para calmarme, porque estoy segura que la rabia me tiene roja como un tomate, pero antes de que grite fuera de mí, Carmen nos apremia para que terminemos.

Mientras avanzamos a la sala de reuniones pienso en todo lo que me dijo Fran, y daría hasta lo que no tengo por estar con ella ahora, seguro sabría qué tengo que hacer, porque aunque me gustaría negarlo estoy sintiendo unos celos que antes jamás había sentido, y menos pensado que tenía.

Soy una idiota, él es un idiota y ella también lo es, pero la que se lleva el premio soy yo. Pero si él espera que le haga alguna escenita de celos que

espere sentado, no lo he hecho en mi vida, menos lo voy a hacer ahora, weona solo hasta las doce, ¡pero del día anterior!

Cuando ingresamos al salón nos reciben regalándonos una libreta y un lápiz, el mismo que me han dado ganas de enterrarle al señor Costabal que está riendo, y digo riendo, cosa que no lo había escuchado jamás, junto a todos los jefes y a ella.

Justo cuando me voy a sentar al lado de Raúl, se escucha:

—Señorita Andrade, siéntese aquí adelante, así no se distrae, no estamos en el colegio, perdón, en el liceo.

¡HDP! Y no me importa insultar a su madre, porque lo que acaba de hacer es ponerme la “pata” encima, pero yo no me voy a callar.

—Y por lo mismo, señor Costabal, debería poder elegir donde sentarme.

Con frialdad, y la máscara puesta lo miro y asiento positivamente, me giro hacia atrás, donde están mis compañeros más cercanos y con risa les digo:

—Ya saben chicos, si se portan mal, se van fuera de la sala, o donde el director.

Ellos no dicen nada, jamás nadie se sale de madre con Costabal, pero que se joda él y todos los que están en el salón.

Y así, con los jefes delante de nosotros comienza la charla motivacional, es María José la que habla durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, nos habla de lo importante que es el desarrollo humano, de la lealtad entre compañeros, del desarrollo personal y de un sinfín de cosas más que no escucho, porque mi mente divaga lejos en tanto voy dibujando pelotitas ordenadas en mi libreta. Cuando acaba de hablar, todos pero todos sin excepción la aplauden a rabiar, pero se les bajan los decibelios de inmediato apenas comienza el diablo a conferenciar; por supuesto, serio, cortante y directo al grano. Él nos habla de las metas cumplidas y de lo que tenemos que lograr, gráficos tras gráficos pasan por la pantalla y me veo obligada a dejar de dibujar cuando se oscurece el salón para que el proyector se vea mejor.

Cuando termina también lo aplauden y el gran jefazo, con el que tengo más *feeling*, ya que fue justamente el que me entrevistó y me dio esta oportunidad de trabajo sin tener ninguna experiencia laboral empieza a hablar, y a él, por respeto lo escucho atentamente, tanto así que se me pasa volando el



tiempo, y cuando su conferencia llega a su fin lo aplaudo a rabiar, él lo único que ha hecho ha sido elogiarnos sin pedir nada a cambio.

Las luces se encienden y varios mozos ingresan con bandejas con comida y bebida, y es el momento en que aprovecho para acercarme al jefe, felicitarle y agradecerle personalmente. Le estrecho la mano protocolarmente, y él que es como mi abuelo por la edad que tiene me estrecha en un abrazo fraterno.

—He visto tus informes, Beatriz, creo que si continuas así en pocos meses podrías llevar algunas cuentas de clientes tú sola.

—¡En serio! —pregunto más alto y alegre de lo normal.

—¿Quieres quedarte calculando ivas y declaraciones de renta para siempre?, ¿o quieres jugar en las ligas mayores en mi departamento y evaluar proyectos de inversión?

Ni siquiera lo pienso.

—Por supuesto las ligas mayores.

—Yo creo, Agustín —se entromete el señor Costabal con su tono de siempre—, que Beatriz aún no está preparada. Le falta poder de análisis.

—Pero, hombre —le da un golpecito en la espalda—, todos los informes que he leído de ella son correctos, además tiene muy buena llegada con los clientes, pero claro, si tú lo dudas.

—Sí, lo dudo. Le falta control.

Mis ojos se van directo a los de Costabal que en menos de dos segundos se está echando mi carrera profesional a la par con que se ha echado mi vida personal.

—Eso lo podemos arreglar, de aquí a fin de año se verán los nuevos cargos —expresa condescendiente, yo creo para subirme la moral—, y si creo que estás preparada, te vienes a mi departamento, chiquilla.

—Gracias, señor Prats.

Dicho eso me retiro junto a mis compañeros y acepto el primer café, que daría cualquier cosa porque fuera algo más fuerte, pero como no lo hay, me tomo otro más.

Juro que me cuesta respirar, siento una opresión en el pecho que tiene

nombre, apellido y sobre nombre. Cuando el *break* pasa, nos volvemos a sentar y ahora entra una conocida mujer que da charlas motivacionales, incluso a escrito libros. Me encantaría que Claudia, que la admira sobre todas las cosas, estuviera aquí.

La mujer es total, realmente increíble, me hace olvidar todo con una serie de ejemplos cotidianos de la vida, nos hace interactuar a todos y así como si no costara nada nos compenetramos completamente y conformamos un grupo unido de personas.

La primera sonrisa honesta me sale del alma escuchándola, y sí, creo que a veces uno se ahoga en un vaso de agua.

Al fin termina todo y nos vamos a almorzar, pero ahora todo está preparado en una mesa estilo *té club* en donde nadie tiene poder sobre otro, esa es la idea, al menos así nos han dicho.

El almuerzo transcurre casi con total tranquilidad, eso porque justo en frente mío se ha sentado el señor Costabal y su rémora.

Cuando llega el postre nos dicen que está todo dispuesto para que en un rato hagamos *rafting*, todos aplauden, excepto mi amigo Raúl. No le pregunto nada pero no lo veo entusiasmado.

Justo a la hora indicada todos nos reunimos en la orilla del río ya con nuestros trajes puestos en donde casi parecemos prietas y yo siento que me estoy asfixiando. Me acerco a Raúl.

—¿Por qué esa cara?

—Por nada —me responde nervioso.

—Vamos, Raúl, sé que algo sucede, dime qué es, somos amigos.

Tras unos segundos de silencio suspira y me explica:

—No sé nadar.

—¡Qué! —chillo, no porque no sepa, sino que porque se va a lanzar al río a hacer *rafting* y hay una alta probabilidad de que esas cosas de goma se den vuelta.

—No grites —me regaña—, no quiero que nadie se entere.

—No te preocupes, pero no puedes hacer la actividad.

—Claro que la haré.

—Pero es...

—Nada, ¿tú sabes nadar?

—Nadar así tipo Michael Phelps no, pero sé nadar mejor que a lo perrito.

—Perfecto, entonces serás mi salvavidas si pasa algo —me dice serio, demasiado nervioso para mi gusto, y para que se relaje me hago la chistosa.

—Para ser la Pamela Anderson me falta de aquí —rio haciéndole un gesto con las manos, y justo cuando sé que se va a reír aparece a mi lado mi peor pesadilla, y doble.

Mis manos automáticamente se bajan, pero me queda claro por su cara que ha visto todo el gesto, claro, aunque no debería importarle tanto, la pechugona que lo está acompañando lleva el traje abierto hasta la cintura dejando ver todo y más, en cambio yo lo tengo cerrado hasta el cuello, ¿para algo existe la imaginación, no?

—¿Qué estás haciendo? —susurra bajito en mi oreja.

—Nada que le interese, señor Costabal.

—Me interesa si se está exhibiendo como un trozo de carne que se vende en el supermercado.

Como estamos solos y sé que nadie nos puede escuchar, ya que Raúl fue a ayudar a Carmen con no sé qué, me acerco y le digo:

—El trozo de carne se lo regalo a quien yo quiero, usted vaya a comer filete, aunque claro, seguro será más plástico que otra cosa —dicho eso me doy la vuelta y me marcho dejándolo con la palabra en la boca. Sé que se me pasó la mano, pero juro que lo necesitaba, el ahogo me iba a matar si me lo guardaba.

Arreglándome el pelo en una cola alta estoy cuando ante todos nosotros aparece un hombre, ¡pero qué hombre! Con el traje hasta la cintura y todo un *six-pack* ante nosotros, no hace falta que se presente para saber quién es el monumento que tengo en frente, es nada más y nada menos que un exchico de *realities* extremos que además es oriundo de esta zona y un experto instructor de deportes de aventuras.

¡Si fuera un monito animado estaría babeando!

—Buenas tardes —se presenta—, mi nombre es Pablo y seré su instructor. ¿Algún voluntario para enseñarles a ponerse esto? —pregunta levantando el salvavidas. Y antes de que termine doy un paso adelante sin siquiera levantar la mano.

Él sonrío y me alienta como voluntaria, en tanto sin verlo sé quién me está fulminando con la mirada. Y así con ese simple acto me convierto en la “modelo extrema”, Pablo nos da instrucciones de cómo usar el chaleco, de cómo remar y los conocimientos básicos para lo que vamos a realizar. Veinte minutos después estoy asfixiándome con el chaleco, y ya estamos preparados para subirnos a los botes. Me acerco a Raúl que ya no está tan compungido, pero tranquilo tampoco está.

—Escuchaste bien las instrucciones, ¿tienes alguna duda?

—Las entendí todas, pero no quiero ir ni atrás ni adelante.

—No hay problema —lo tranquilizo desabrochándome al fin el chaleco—, iremos en medio.

—Gracias.

Nos dividimos en dos botes de siete plazas cada uno, y obvio elijo en la que no irá el odioso de Costabal. Y justo, para mi “mala” suerte me toca con el chico reality, incluso estoy tentada en pedirle una foto solo para presumirle a mis amigas.

—Pensé que irías adelante —me dice con una sonrisa que en otro minuto me derretiría. Como dicen las españolas, ¡para bajar bragas! Pero las mías están pegadas con cola, porque ni se despegan, en cambio por otro, uf, se caen solas al suelo.

«¿Qué injusta es la vida, verdad?».

—No, le prometí a Raúl que iríamos en medio.

—Está bien —comenta con un movimiento de hombros que le mueve hasta los oblicuos y mis ojos se van directo a ellos—. Eso sí, abróchate el chaleco.

Con la mano le hago un gesto y me pongo al lado de Raúl, me abrocho el casco y me preocupo de todas las reglas de seguridad en mi amigo que ahora está como decimos con mis amigas, “con un palo en el culo”, ¡ni se mueve!

—Chicos, no se preocupen, el *rafting* que practicaremos hoy será sin caídas, pero como uno nunca sabe que nos depara el destino, sigan todo lo que ya les he dicho y estará todo bien.

Dicho eso empuja el bote al agua y de un salto se pone en la parte trasera y comienza llevarnos. Ambos botes van al mismo tiempo e inevitablemente mis ojos se van para el lado y veo como “esa” está agarrada del brazo del señor Costabal y ni siquiera nos hemos separado un metro, así que decido no volver a mirar y centrarme en esta aventura.

A medida que nos adentramos más, el bote se bambolea, a la primera caída todos saltamos y coreamos ¡wow! Aunque fue poco siento que volamos.

Los instructores, que además son primos, sonríen y hacen un gesto levantando los remos, luego de eso nos chocamos moviéndonos todavía más. La adrenalina se siente, se respira ¡y se vive! Los primeros rápidos que enfrentamos nos ladean de un lado a otro, Raúl va totalmente afirmado de las cuerdas, a penas rema, así que yo lo hago con él. De pronto algo sucede y frente a nosotros aparecen unos remolinos, deduzco por el tono de Pablo que no se lo esperaban.

—¡Afirmense y no suelten el remo!

Los primeros en enfrentarlos son los chicos que van adelante y con expectación y porque no decirlo también un poco de miedo vemos como bajan y la corriente los envuelve, incluso los perdemos de vista con el salto. Pablo se pasa raudo por sobre nosotros para ver qué tal salieron de la caída, segundos después el primo grita “¡sin novedad!” Y como si fuera una especie de código levanta el remo tres veces, con ese simple gesto Pablo se relaja un poco y dice:

—¡Vamos a por la acción! Recuerden no soltar el remo y afirmarse bien, ¿estamos listos?

Todos gritamos ¡sí! Excepto Raúl que se ha quedado paralizado a mi lado y eso me preocupa.

—Raúl, Raúl, ¿estás bien?

—No puedo, Bea, no puedo —tartamudea y me toma la mano libre fuertemente. No alcanzo a reaccionar cuando siento el limbo de la caída y es como si todo pasara ahora en cámara lenta. Creo que vuelo y que mis pies no

se afirman a nada, Raúl al sentirlo me suelta para afirmarse y yo quedo literalmente en el aire, cuando el bote toca el agua se balancea hacia el lado y yo al no estar afirmada en nada pierdo el equilibrio y me voy en dirección contraria. Sé que estoy cayendo cuando veo la cara de espanto de Raúl, lo siguiente que siento es como el agua me traga y la fuerza centrífuga de la corriente me arrastra hacia el fondo en forma de remolino, suelto el remo para bracear a la superficie, y cuando muevo el brazo el chaleco que no tengo abrochado se sale de mi cuerpo y no hay nada que haga que flote.

Pataleo desesperada pero sigo en la misma posición, intento tranquilizarme, pero me está costando horrores, abro la boca y creo que me tomo la mitad del río, echo la cabeza hacia atrás y me doy de lleno con una roca en la cabeza, ya no estoy tranquila y mi corazón está a punto de reventar. Justo cuando aprieto los ojos y rezo, después de no sé cuántos años, siento que algo me jala de un brazo tironeándome hacia la superficie, cuando lo logro doy la primera bocanada de aire para inflar mis pulmones, pero no pasan ni dos segundos cuando de nuevo y ahora ambos somos arrastrados hacia abajo, Pablo me rodea con sus brazos y siento la presión de todos sus músculos, hasta que no sé cómo en un nuevo impulso salimos despedidos hacia arriba, y esta vez casi la mitad de nuestros cuerpos flotan ya en aguas más calmas.

Pablo me quita el pelo de la frente y pone su mano en mi nuca, al sacarla veo una arruguita en su cara que me indica que no todo está bien.

—No te quedes callado —le apremio, y antes de que me pueda responder siento nuevamente que una fuerza extraña me gira y como estoy sin fuerzas me vuelvo a hundir, pero esta vez mi pelo es el que sufre las consecuencias, ya que ahora me jalan de ahí, pero esta vez lo primero que veo son los ojos de Mauricio, que me miran como nunca antes lo habían hecho, y esta vez le temo de verdad.

—No ha sido mi culpa —gimoteo intentando zafarme, de su mirada y de su odio, pero lo único que consigo es que me agarre más fuerte del brazo, haciéndome daño.

—¿¡Dónde mierda está tu maldito chaleco!?

—Yo, eh...

—Tranquila —habla Pablo, también tratando de separarme, pero es imposible, y lo más increíble es que todo esto es mientras flotamos en el agua

y yo lo único que quiero es volver a subirme al bote.

Mis compañeros al ver que estoy bien aplauden, pero yo solo escucho la voz de Raúl que me pide disculpas. Entre estos dos titanes que además les sobresalen la mitad de los hombros yo no puedo ver nada.

En un movimiento diferente siento que empezamos a avanzar hacia la orilla, cuando mis pies tocan la tierra se me doblan las rodillas y me voy de sopetón al suelo, si no es por la rápida maniobra de Pablo que además pasa mi brazo por su cuello no podría moverme.

Me sienta en una roca, y yo empiezo a toser expulsando toneladas de agua, ¡y turbia!

—¡Sigán río abajo! —grita mi salvavidas a su primo—, señor, ¿quiere que le acerque el bote para que vaya con ellos? —le pregunta a Mauricio.

—No, quédate —pido, ruego o no sé qué, pero cuando lo miro me arrepiento al instante.

Mi superhéroe, mira al río, le hace un gesto al otro instructor y los de mi bote se pasan al otro, y siguen avanzando.

Pablo se agacha para ver cómo estoy, “si mareada”, “si respiro o que se yo”, en cambio el señor Costabal se queda de pie y de brazos cruzados, demostrando lo gran cabrón que es. No hace nada, e inevitablemente pienso en las palabras de Fran, “siempre ha sido un cabrón, incluso con su mujer lo fue”.

Dejo de mirarlo, eso me tranquilizaba, prefiero centrarme en Pablo y en lo que me está pidiendo. Lentamente me baja el cierre del traje y ya siento que puedo respirar mejor, me lo deja a la altura de los hombros y mira la parte de atrás de mi cabeza.

—Es un corte pequeño, ni siquiera necesitarás puntos, solo te quedará un poco hinchado.

—Lamento mucho que la actividad se haya arruinado por el poco tino de la señorita Andrade, y que tú te hayas visto en la obligación de ayudarla —le habla serio y molesto Mauricio a Pablo—, pero no te preocupes, será sancionada como corresponde.

Mi primer intento es levantar la cabeza, pero al hacerlo tan rápido siento que me mareo, vuelvo a la posición original y ahora sí que el cabrón se digna

a hincarse, y es él con su propia mano el que levanta mi barbilla.

—Realmente no sé qué tienes en la cabeza, ¡nada!, esa es la respuesta, solo a una loca como tú se le ocurre no abrocharse el único medio de seguridad —gruñe tan fuerte que hasta siento como Pablo se pone a mi lado en forma de protección—. Inconsciente, pendeja de mierda, eso es lo que eres.

—Mauricio... —susurro asombrada.

—Cero sentido de la responsabilidad, y no se te ocurra llorar porque yo mismo me voy a encargar que sean lágrimas de verdad, y sí lo dudas, es que no me conoces, Beatriz Andrade.

—¡Eh, hombre! —lo para Pablo, pero para Mauricio como si no existiera y continúa:

—Dime en qué mierda estabas pensando, ¿querías llamar la atención?, ¡respóndeme!

—Mauricio, estoy bien —respondo intentando bajar sus revoluciones, no porque quiera ser condescendiente, sino porque de verdad está alterado.

—Me importa una mierda lo que me digas y...

—¡Alto! —lo detiene el chico *reality* poniéndose ahora frente a mí. Veo como Mauricio aprieta los puños, los suelta y estira los dedos un par de veces, luego da media vuelta y se va.

La primera lágrima, no sé si de impotencia, o de pena cae al suelo, Pablo se agacha y en un acto amable me abraza, intento no llorar pero un sollozo se me escapa de igual modo, él, amoroso acaricia mi espalda como si nos conociéramos de toda la vida.

Cuando uno sufre una experiencia extrema crea este vínculo con su salvador, no sé si esa es la razón, pero la agradezco, necesito reconfortarme y él lo está logrando.

—No porque sea tu jefe tiene que tratarte así. No puede decirte cosas como esas —me informa acariciando mis brazos para que entren en calor, estoy helada.

—Lo sé, el problema es que no me lo dijo como mi jefe, él...

—¡Entonces menos derecho tiene! —exclama—, no puedes aguantarle una



cosa así. ¿Sabes cómo se llama eso?

—Lo sé, es que estaba nervioso, de verdad no es así.

—Mira, escucha, sé que no te conozco de nada, pero en mí puedes confiar, si él te agrade...

—¡No! —lo corto porque se está haciendo una idea totalmente errada—, Mauricio jamás me ha puesto una mano encima —«al menos no cómo crees»—, estaba nervioso, solo eso.

—Nervioso, permíteme dudar.

Niego con la cabeza, pero tampoco puedo revelar su secreto, al menos no completamente.

—Hace poco sufrió un accidente, por eso su reacción, te lo juro — prometo agarrándole las manos, él me mira y sonrío.

—Tendré que confiar en ti entonces, ¿verdad?

—No te queda de otra —le devuelvo la sonrisa y me pongo de pie ya mucho más restablecida.

Luego de ser inspeccionada completamente, y cuando digo completamente es en forma literal lentamente comenzamos a caminar, a los pocos minutos ya me siento bien. Hablar con Pablo me resulta demasiado fácil, es como si lo conociera de toda la vida, y bueno tanto verlo en la televisión hace eso, supongo.

Cuando llegamos al recinto, mis compañeros me aplauden y el primero en llegar a abrazarme y pedirme cien veces perdón es Raúl, que realmente está apenado, en cambio cuando el señor Costabal me ve, se va, y con eso su rémora personal también.

¡Vaya jefa de recursos humanos que tenemos!

Enseguida aparece don Agustín que me pregunta un par de veces si me lleva a la clínica, tras negarme las mismas veces se queda tranquilo, y me exime de todas las actividades hasta mañana. Lo que sí quiero hacer es irme a descansar un rato, y soy escoltada por Pablo y Raúl.

Cuando llegamos a la habitación les digo:

—Se vería feo si los hago entrar a los dos a mi habitación, ¡imagínense

que podrían pensar! Mínimo que estaríamos haciendo una orgía.

—¡Bea! —chilla Raúl asombrado, en cambio Pablo solo sonrío de medio lado.

—Estoy de acuerdo, una orgía no sería conveniente —afirma—, pero sí me gustaría invitarte a cenar, después de todo eras mi responsabilidad.

—Pero no me abroché el chaleco.

—Eso fue por mi culpa —se apena Raúl—, así que me parece genial que cenemos juntos.

—¡Raúl!

—Sí, Bea, y cuenta con queques por la mañana el resto del año, cuando le conté a mi señora lo que había pasado casi me mata y a ti te apuesto en un altar.

—Bueno, siendo así, me sacrificaré por ti —comento sacándole la lengua—, pero por favor déjame descansar un ratito.

—Por supuesto, a las nueve vengo a por ti. Te aconsejo que te des una ducha.

—No... —bromeo, y juro que no es coqueteo—, ¡me encuentras hedionda!

—Estás loca, hueles a barro, mi olor favorito —se carcajea—, pero con eso tus músculos se relajaran y es eso lo que necesitas.

Cuando se van, en vez de irme a mi cama, me voy a la ducha, mi cuerpo se reconforta con el agua caliente, cuando me enjabono noto que tengo en varios lugares hematomas rojizos tirando para morados, conclusión, voy a quedar amoratada entera.

Después de secarme el pelo y con lo abuelita que estoy me duermo de inmediato.

Como si tuviera un reloj biológico veinte antes de las nueve despierto, me pongo unos *jeans*, un polerón y una chaqueta encima, estoy terminando de maquillarme un poquito para verme presentable y tocan a la puerta. Por un momento mi corazón se acelera y estoy esperanzada en que sea Mauricio...y no, no lo es.

—Nunca me habían mirado con cara de decepción, acabas de herir mi ego.

—Perdón —digo la verdad, no quiero mentirle.

—Esperabas al atinado de tu jefe, ¿verdad?

—Mmm.

—Bueno, pero como no es él tendrás que conformarte con este pechito que está aquí.

—No te hagas el modesto, lo que sucede es que estás acostumbrado a que todas te besen los pies.

—¿La verdad?

—Sí.

—Casi siempre.

—Te lo dije, pero aquí llegaste tarde solo un par de meses.

Confesándonos cosas con y sin importancia empezamos a caminar por un sendero que para mi asombro no nos lleva al comedor, sino que directo al río.

—Dime que no me tengo que subir a un bote, por favor.

—No, hace mucho frío para tirarme al agua, no estoy en plan rescata doncellas.

—¡Me bajaste de categoría!

—Claro, ¿qué esperabas?, si yo no causo ningún efecto en ti, es justo que tú tampoco en mí.

—Estamos a pate —le comunico dándole la mano, y así como si nada y sin ningún drama cerramos un trato.

Seguimos caminando hasta que cuando damos la vuelta me detengo pasmada, frente a mis ojos veo una mesa de madera típica de picnic, y en cada esquina una especie de poste que sostiene una guirnalda de luces, y un par de velas encendidas.

—Esto es..., esto es...

—Esa era la impresión que quería causar, justa esa expresión que tienes en la cara.

—No es una cena romántica —le corto el rollo antes de que piense mal.

—Por Dios, ¿no que a todas las mujeres les gustan las cosas románticas?

—Sí, pero del hombre adecuado.

—Bueno, no soy tu jefe, pero soy un caballero, y aunque no lo creas, esto siempre resulta, aunque —me mira justo cuando voy a reprochar—, solo será una cena entre amigos. Hicimos un trato.

—Visto así, sí quiero cenar, tengo hambre.

—Y yo.

Nos sentamos uno frente al otro y así de la nada comenzamos a conversar.

—¿Desde cuándo estás enamorada?

—Y quién te dijo eso.

—Se te nota, y dijimos que nos hablaríamos con la verdad.

—Bueno, aquí va. Enamorada desde hace poco, o en realidad desde hace mucho, pero las cosas son demasiado complicadas.

—No me digas: es casado, eres su amante. Si es así por favor no le creas que duerme en el sillón, eso lo decimos todos los hombres para que nos tengan lástima y así, bueno, así se entreguen más rápido, ¿qué mujer no se apiada de un hombre que su mujer lo trata mal?

—No, es viudo.

Se produce un silencio entre los dos.

—Vaya, sí que es complicado, ¿hijos?

Tomo aire un par de veces y cuando me doy cuenta ya le he contado casi la mitad de la historia, y ya nos estamos comiendo el postre.

Metiéndome la última almendra en la boca estoy cuando de entremedio de las ramas aparece Mauricio Costabal agitado.

—¿Qué haces aquí? Y con él —bufa de mala manera.

—Escucha, amigo —comienza Pablo poniéndose de pie—, en la tarde te la aguanté, y ya fue suficiente.

—Beatriz, nos vamos —me ordena como si solo yo existiera, muy a su estilo.

—No, estoy cenando.

—Tenemos que hablar.

—Hablar, hablar —empiezo a desesperarme, la verdad es que mi nivel de tolerancia está muy bajo últimamente—, lo único que nosotros no hacemos en esta vida es hablar, así que por favor..., te lo pido, vuélvete por donde viniste o pídeselo a María José, ¡o a tu mano! Lo que quieres conseguir conmigo —digo sin querer queriendo.

—Te debo una disculpa.

—¡Tú, Mauricio Costabal me debe una disculpa a mí! —vocifero teatralmente—, bueno, ponte de rodillas y lo pensaré —le digo girándome para que se vaya y me deje tranquila, pero lo que veo en la cara de Pablo me alerta, con un movimiento de cabeza me dice que mire.

Me giro y ahora sí que la boca se me abre en una perfecta “O” no está de rodillas, pero sí en cuclillas.

—¡Wow! —chifla Pablo y yo lo miro feo.

—Discúlpame —comienza—, pero es que me vuelves loco, no piensas las cosas, eres impredecible, y ni siquiera te preocupas por tu seguridad.

—Amigo, si esta es tu disculpa es que vas a perdedor.

—Cállate —le ordena, pero es verdad.

—¿Te das cuenta que actúas sin razón?, ¿qué haces aquí con un completo desconocido?, esto es lo mismo que con los tipos de la camioneta, ¡tú no te cuidas! A ellos ni los conocías.

—Los conocía —me defiende.

—¿Sí?, ¿de dónde?, ¿de un bar?, ¿viendo un partido de futbol?, eso no es conocerlos, podría haberte sucedido cualquier cosa, ¿es que no lo entiendes?

—Punto para el amigo, ¿de verdad te fuiste con unos tipos que conociste en un bar?

—¡No!, bueno sí, pero...

—Y yo que te salvé la vida no tengo ni media posibilidad —espeta medio en broma medio en serio y ya me estoy desesperando.

—Tu no entiendes, Beatriz, contigo es todo surrealista, esta situación es extraña, constantemente haces lo contrario a lo que creo, contigo no sé qué esperar, eres como una pulga que siempre está saltando de un lado a otro. Siempre se dónde estás, pueden haber veinte personas pero siempre sé dónde estás tú. Te haces notar, irrumpes mi paz y no me dejas pensar, me haces parecer un puto psicópata siguiéndote, esperándote afuera de tu departamento por horas. Te di el trabajo para que te fueras a tu casa, ¿no quizás quién sabe dónde!

—Fui a la Plaza Italia.

—¿En serio! Definitivamente debí haberte conocido antes —Se vuelve a entrometer Pablo, y sí, por un momento esta escena me parece surrealista.

—Tú —digo mirándolo—, te quieres callar, y tú —hablo mirando ahora a Mauricio—, te puedes levantar de una vez por todas y dejar de hacer el ridículo.

—Tú me lo pediste.

—Ahora no te vengas a hacer el santo, te has paseado con María José estos días delante de mis narices y ni una sola vez pensaste en cómo me pude sentir.

—Lo hice para que veas que se siente, tú lo haces todo el tiempo con Raúl.

—¿Estás demente! Es mi amigo, ¿casado y con hijos!

—¿El que te pidió perdón mil veces?

—¡Sí! —gritamos los dos al unísono y él silva, me da la impresión que apoyando a su nuevo amigo.

—Esa no es una razón, y lo que hiciste anoche, ¿acaso también me dirás que tiene una justificación?

—Si te decía que me caía bien María José, solo ibas a pensar en eso.

—¿Estábamos culeando! —chillo y ni me atrevo a mirar a Pablo que se le acaba de caer algo por el ruido que he sentido.

—Quería castigarte con algo.

—¡Mauricio! Tú no eres mi padre para castigarme, y menos con una cosa así.

—No quería que acabaras —suelta así como quien habla de la fruta que corta en el árbol.

—¡Cállate!

—Por mí ni te cortes, que a estas alturas no sé si eres mi ídolo o un verdadero weón.

—¡El rey de los weones!

—Alto ahí, conozco a Boris —me corta Pablo en esta situación demasiado hilarante—, y me cae la raja, así que no le puedes robar el título.

Me siento agobiada y me agarro la cabeza a dos manos, esto se salió de control, me supera de verdad.

—Escucha —se acerca solícito Mauricio y aunque está muy pegado no me toca—. Sé que quererte no es lo mejor, lo sé —otro silbido de mi espectador—, hay personas más fáciles para querer, menos complicadas, quizás estoy siendo un loco y tú una masoquista, pero me gustas. En vez de distraerme con el fútbol, o con otras cosas como lo hace la gente normal, me gusta quererte a ti. No es lo mejor, pero es perfecto. Contigo le encuentro sentido a los días de nuevo, contigo no me siento uno más en esta vida que me ha quitado tanto, me siento especial. Quererte me hace sufrir, pero eso me hace saber que estoy vivo, que existo. Tú me das motivos para pensar en el día, en la noche a todas horas, es que no lo entiendes, eres esa luz que quiero apagar y que a la vez quiero que me ilumine, quererte es lo mejor y lo peor que me ha pasado, eres como la ruleta rusa, no se cual tiro me va a matar y estoy siempre esperando el disparo final. Desde que te vi supe que eras un error, pero eres el error más perfecto que podía encontrar. Te he odiado con la misma intensidad que te he querido, que estemos juntos es absurdo y ambos lo sabemos, y eso siempre será así, pero si no lo intentamos no sabremos cuánto nos va a durar.

Ahora la muda soy yo.

—¡Wow!, no sé si es la declaración más bonita o más espantosa que he oído, y mira que he escuchado varias.

—Cállate —ladra Mauricio y toma mi mano.

—Dime algo, lo que sea, necesito escucharte, porque por primera vez estoy intentando explicarte lo que siento aquí —se pega en el pecho y me muerdo el labio para no llorar—, no es la primera vez que te pido que lo

intentemos, Beatriz.

—¡Tú sí que no entiendes nada!

—Entonces explícamelo, porque no eres fácil de entender.

—Yo no hago las cosas porque sí, sin pensar, y tú jamás me entiendes, me haces daño —me quejo—, me haces sentir mal, buscas siempre un motivo para ofenderme, lo hiciste ayer, lo hiciste esta mañana, lo hiciste en la tarde, y lo peor es que lo seguirás haciendo. ¿Es que acaso tú no piensas en mí?, ¿en lo que yo siento? —cierra los ojo un momento y veo como su labio tiembla—, no lo haces, no lo sabes y es porque tú no sientes lo que siento yo.

—Claro que siento lo que sientes tú, pero es distinto, eso es lo que no entiendes, tú estás aquí —marca tocándose la sien—, y no puedo sacarte ni de día ni de noche. No sé qué me hiciste, esto, esto es nuevo para mí, no me cuadra, ¿dime cómo hago yo con esto que siento?, si siempre pensé que amor era lo que sentía por Soledad. Yo a ti te necesito para respirar, ¡y hoy te metiste en el río sin abrocharte el chaleco salvavidas! Y como si eso no fuera suficiente eres una pendeja a la que yo quiero entregarle una responsabilidad, ¿dime como encajo todo eso en mi vida?, explícamelo porque yo no entiendo —dice frotándose los ojos enrojecidos.

—Así cualquier cosa parece imposible, Mauricio.

—Te das cuenta que no entiendes nada.

—Claro que entiendo

—¿Sí? ¿Y entiendes que te estoy diciendo que estoy enamorado de ti como nunca antes lo había estado?, ¿y qué quiero encerrarte y que ojalá no salgas de ahí hasta que no seas responsable de tus actos?

—¿E- na- mo- ra- do?

—Uffff, Bea, es que si no lo entendiste desde un principio es que no entiendes nada —argumenta Pablo casi aplaudiendo—. Si el Naka te conociera estoy seguro que te haría un contrato para un *reality*. —Y mirando ahora a Costabal pregunta—: ¿Quieres que te de un consejo?

Mauricio lo mira casi con desprecio, sé y sabe que no lo soporta, así que niega con la cabeza, pero a él ni le importa y habla igual.

—Mi abuelo dice que el amor es como una planta, si se riega crece, si no



le echas agua se muere, y si le echas demasiada, la ahogas.

—Eso sí que no lo entiendo —comento de inmediato, porque si para algo no estoy, es para metáforas.

—Pero lo entendí yo, y de una vez por todas ¿te quieres ir? ¿No tienes algo mejor que hacer?

—¿Quieres que me vaya, Bea?

Asiento con la cabeza, tres son multitud.

—Esto de verdad que es mejor que cualquier *reality show*, y se los digo con conocimiento de causa —argumenta levantándose—, pero como todo, el programa se acabó, nos vemos mañana en el mismo canal, en el mismo lugar.

—Olvídalo, Beatriz no se vuelve a subir a un bote mientras yo sea su jefe.

Voy a reprochar, pero de verdad que no es el momento y le hago una seña con la mano a Pablo para que se marche.

—Voy a tratar de pensar antes de hacer las cosas.

—Lo sé, y si no juro que te voy a castigar.

—No eres mi padre, pobre de tu hija —refuto levantando las cejas.

—Estoy hablando en serio, Beatriz, necesito que seas adulta, sé que tienes veinticinco años, pero quiero presentarle a Sofía a una mujer grande, no a una hermana mayor, ¿me entiendes?

—¿Quieres presentarme a tu hija?

—¿Y qué es lo que entiendes tú por una relación normal?

Y así con esas palabras el huracán Costabal aterriza exigiendo una respuesta en mi vida.

—No quiero que tomes una decisión sin pensar en todo lo que significa tener una relación conmigo, ¿lo comprendes?

—¿No me darás trabajo extra?

—De todo lo que te he dicho ¿solo te importa el trabajo? —me pregunta a la par de asombrado e intrigado.

—Cuando te dije que quería pensar era justamente porque sabía lo que se

venía y aunque se la respuesta de antemano, quiero y necesito sopesarlo. El sexo contigo es alucinante, tú me nublas la razón y aunque creas y yo quiera proyectar que soy una mujer experimentada...

—Beatriz —me corta con esa sonrisa diabla—, puedes ser muchas cosas, pero estás lejos de ser una mujer experimentada, y eso no sabes cuánto me agrada, eres mi niña grande.

—¿Y no que querías que fuera una mujer?

—No quiero hacerte daño.

—Y no lo harás.

—¿Me vas ayudar?

—Siempre que me lo permitas —asegura acercando su mano a mi nuca y con eso nuestros labios se juntan en un beso tierno y lleno de promesas por cumplir. Cuando me separo le digo:

—Aún estoy enojada.

—¿Qué te gustan, las flores, los chocolates?

—Me gustas tú —confieso.

—Vamos adentro, hace frío.

—Perdóname por haberte preocupado esta tarde.

—Lo olvidaremos juntos en un par de días —dice muy serio. Caminamos en dirección a las habitaciones en silencio, y cuando creo que me dejará como un caballero en la puerta de la mía pasamos de largo hasta llegar a la suya.

—¿Es correcto?

—Solo entra —murmura resignado—, ¿nos podemos simplemente regalonear?

—¿En serio?

—¿Qué crees que soy?

—Bueno, tres días sin sexo te hacen un insaciable, aunque... —me callo de golpe y la imagen de María José se cruza por mi cabeza y como si me leyera el pensamiento levanta mi barbilla y me mira a los ojos.

—Anoche estuvimos con Agustín en la habitación de María José, conversando de cómo iría la reunión de hoy, entre ella y yo no hay absolutamente nada.

—Pero...

—Pero nada de nada, a mí me gustas tú.

—¿Y?

—Te quiero a ti, aunque tú no me lo digas a mí.

Me abraza con cariño. Apenas nos sentamos en su cama comenzamos a besarnos en un acto de perdón mutuo, él a mí por ser tan imprudente, y yo a él por ser un verdadero cabrón, mientras me acaricia recuerdo cada palabra bonita que pronunció para mí, y aunque estoy tentada en confesarle mi verdad, me contengo por inseguridad.

—Te quiero tanto —suspira.

Le acaricio la cara, paso las manos por todo el contorno de su rostro dibujando cada facción, memorizándola en mi mente, beso su cuello y dejo que sus manos acaricien mi espalda envolviéndonos en cariño, uno que pronto se convierte en deseo y mis manos solitas se van hacia su cinturón, y son sus propias mano las que me detienen.

—¿No quieres?

—Más que nada en la vida.

—¿Entonces?

—Quiero que te sientas amada, segura y tranquila, yo velaré tus sueños esta noche. Ya mañana será otro día.

Y así, con besos y mimos celestiales me acurruco a su lado, mi respiración se empieza a ralentizar hasta que se convierte en un profundo estado de paz en un universo paralelo en el que solo existimos él y yo. Nadie más.



## 13

*“Si lo ángeles pueden matar, ¿por qué los demonios no podemos amar?”*

Segundos, minutos, horas, no sé cuánto tiempo ha pasado, pero ni en mis mejores sueños imaginé despertarme así. Un brazo cálido envuelve mi cintura y su respiración es tan relajada que incluso puedo escuchar el latir de mi propio corazón.

Esto es un sueño hecho realidad.

—Mauricio... —susurro lento y despacio para no sobresaltarlo, pero apenas me muevo, él atrapa mi espalda.

—Repítelo —dice con una voz suave y aterciopelada, pero que no deja de ser una orden solapada... ¡y ni siquiera ha abierto los ojos!

Suspiro desde lo más profundo de mi alma, siento la imperiosa necesidad de tocarlo y aprovechándome de la oscuridad que me dan las cortinas, lo beso tiernamente en la barbilla y comienzo un reguero de pequeños besitos que tienen como finalidad llegar a su oído.

Porque como dice mi amigo Carlos Pinto, una idea ya comienza a fraguarse en mi interior, ¡y...me encanta!

—Beatriz —suspira en un tono ronco que me indica que todo en su interior está despertando y pienso aprovecharme de la situación, tomo su mano y comienzo a bajarla por entremedio de mis senos y aunque sus dedos intentan detenerse en ese punto sigo manejándola hacia el sur. Costabal niega con la cabeza, pero no habla y cuando respiro en su oído tiembla. Lo que siento es

tan intenso que no sé cómo definirlo con exactitud.

Nunca antes había sido tan descarada, aunque claro, con este hombre hago cosas que jamás imaginé. Mientras me voy acostumbrando a la oscuridad puedo ver la intensidad de su mirada y estoy segura de que sabe lo que quiero que haga, pero yo quiero ir más allá, quiero pedírselo en voz alta.

—Quiero acabar así.

A pesar de la poca luz puedo ver en su cara una mezcla de sorpresa y de satisfacción, su mandíbula se tensa y su mirada simplemente me quema, y como no soy capaz de verlo cierro los ojos, espero que me diga lo que sea, incluso que me encuentre una descarada, pero lo que no espero y hace es que en un movimiento digno de Tomás González se pone sobre mí cuerpo.

—Mírame... —y aunque no lo hago de inmediato doy un salto cuando siento como su lengua quema mi estómago, ese calor y esa humedad que me anuncian lo que vendrá ahora, me hace temblar. La combinación de su boca sobre mi cuerpo y la lentitud con que lo está haciendo es irreal, y cuando llega a ese punto, separa mis piernas que en un principio se resisten, ¡menos mal que les queda algo de cordura! Porque lo que es yo, siento que ya la he perdido, pero poco les dura porque le facilitan el trabajo de inmediato.

Me muevo un poco para sentarme y así resistirme algo, pero su mano dominante sobre mi pecho me indica que la batalla está perdida. Nuestras miradas se encuentran en la entrega más grande, más pura y más verdadera que un ser humano puede entregarle al otro, esa que dice mucho más que un permiso, esa que indica que todo irá bien, ese “sí” lento y pausado que le da la bienvenida a su lengua húmeda y hábil.

—¡Así cualquiera quiere despertar!

Mauricio se ríe con esa maravillosa sonrisa genuina de diversión que tan poco veo y a continuación lame sus labios y yo simplemente vuelvo a temblar. Baja su mano y me abre para él y con un solo movimiento ya estoy entrando en la gloria. Estar así es increíble, nunca habíamos estado en una cama y menos en esta posición, nadie nos apresura, ni siquiera el tiempo nos apremia. Besa cada centímetro al mismo tiempo que me chupa y tira con sus dientes, ¡Dios! Siento que voy a explotar. Jadeo despacio, gimo más fuerte y su intensidad también aumenta.

—¡Mauricio! —chillo cuando siento que me succiona literalmente hasta el

alma, pero es como si le gritara al viento, o a un sordo, él sigue ensimismado en lo suyo.

Durante varios segundos sigue en la misma, hasta que de pronto siento que ya no puedo más y aunque intento pensar en otra cosa, sé que en cosa de milésimas de segundos voy a caer en un limbo de sensaciones y por primera vez me siento tan expuesta que me voy a estrellar.

—No aguanto más. —Es mi más sincera confesión y en respuesta a eso recibo un par de embestidas más fuertes en tanto sus manos se aferran aún más a mis caderas y así, sin más me estrello en mi propio placer en un cúmulo de espasmos que me recorren sin darme tregua y cuando al fin creo que voy a respirar en paz al detener su lengua, Mauricio me abraza y ahora son sus dedos los que continúan con mi placer en tanto me dice palabras de grueso contenido erótico, “qué si quiero más fuerte”, “que le gusta mi sabor”, “que lo disfrute”, “que le gusta ver mi cara”, pero cuando me dice que me quiere más que la cresta, quiebra la última barrera que tengo en mi corazón y sé que después de esto ya nada volverá a ser como antes.

Con un beso apasionado termino de caer esperando que mi respiración se normalice para poder hablar. Mauricio me mira atentamente y susurra:

—Te quiero —repite acariciándome el pelo y comienza a bajarse el pantalón y esta vez soy yo la que lo detengo.

Tomo aire, cierro los ojos y murmuro:

— Créeme que quiero más, pero tengo que irme, está amaneciendo y ¿Qué va a pensar Carmen?

—¿De verdad te vas?... —pregunta incrédulo—, quiero estar contigo.

—Mauricio, no puedo quedarme, está amaneciendo —le recuerdo apuntando hacia las cortinas pero no le importa, me agarra del brazo tirándome de nuevo a la cama. Atrapa mi cara y me da el primer beso de los buenos días, y como si eso fuera poco, su mano comienza a bajar por mi cintura, y como ya sé a dónde va, con decisión aparto su mano—. De verdad que no puedo y antes de que digas algo —porque ya lo veo venir—, no te enojés ni arruines esto tan bonito que ha pasado. Sé un buen niño, pórtate bien y te daré un premio —sonríó levantándome rápidamente.

Camino directamente a la puerta sin siquiera mirarlo, porque sé que está

enojado, incluso siento su respiración agitada, y justo cuando estoy a punto de salir escucho:

—Señorita Andrade, está de más decirle que queda eximida de cualquier actividad extrema que tengamos hoy, si no...

—¿De verdad hay una advertencia, Mauricio? —pregunto asombrada por el cambio de humor en sus palabras en cosa de segundos.

—De la puerta hacia afuera señor Costabal para usted, señorita Andrade.

—¡Oh! —me mofo girándome—, muy maduro de tu parte. Creo, Mauricio —recalco su nombre—, que debes decirle a Carmen que te pida una hora al oftalmólogo, sufres de presbicie.

—¿De qué sufro según tú? —ladra enojado, sentándose como indio sobre la cama, y así con el torso desnudo se ve adorable.

—¡Ah!, bueno, ir a un colegio privado no te enseñó tanto —respondo poniendo la mano en el pomo—, presbicie es una enfermedad de la vista que le da generalmente a los mayores, creo que es lo que tienes tú, porque como ves, aún estoy dentro de tu habitación.

—Y claramente a ti —responde defendiéndose con una sonrisa de suficiencia—, el colegio con letra tampoco, se dice: Presbicia y es una anomalía al cristalino que impide ver bien de cerca.

Achino los ojos con rabia sin importarme nada.

—Bueno, presbicia o como sea que se llame dudo que tenga Pablo, porque como es más joven que tú... —suelto y salgo de la habitación imaginándome las mil y una cosas que debe estar pensando, pero que se joda, una E o una A da exactamente igual, porque está claro que entendió el concepto.

Mientras me voy riendo por el pasillo choco de frente con caliente José.

—Tu habitación no queda hacia el otro lado, ¿y en otro piso?

—Sí... sí. —¡Mierda!—. Es que me perdí —miento patéticamente, lo sé y lo sabe, pero sin darle más tiempo a esta conversación apresuro el paso y me voy directo a dormir. Menos mal que Carmen ni se da cuenta, me acuesto y espero a que amanezca.

A la hora del desayuno le cuento a todos mis compañeros lo ocurrido ayer



en el río, soy el florero de la mesa, pero sin mala intención. Tan inmersa estoy en la conversación que ni cuenta me doy cuando entra, el ahora señor Costabal, acompañado por supuesto de calienta José, que apenas se levanta a la mesa del *buffet*, lo sigue. Me bebo rápidamente el café para poder acercarme, pero es imposible, Raúl, que ahora parece esclavo por la culpa que siente se levanta y va por él. Con eso se desvanece mi oportunidad de “un buenos días”, ¡y tantas ganas que tenía!

Cuando acabamos nos levantamos y caminamos a una nueva charla motivacional, o como quiera que se llamen.

La sala de reuniones es la misma del día anterior, con la diferencia que ahora están nuestros jefes en la puerta dándonos la bienvenida. Don Agustín comienza entregando carpetas, luego la jefa de recursos humanos saluda afectuosamente a todos hasta que cuando llega el turno de Costabal él solo estira su mano, ¡y además como si le costara! Cuando es el turno de Raúl, ni siquiera lo mira, y eso sí que me molesta. Avanzo lentamente, abrazo al superjefe, le doy la mano a la mala jefa y quedo frente Mauricio que me da una mirada gélida que me hace estremecer.

—Buenos días, señorita Andrade —pronuncia lentamente y muy protocolar, como si no hubiera pasado nada nunca entre nosotros—. ¿Tiene sirviente personal?

Arrugo la frente y niego con la cabeza porque no entiendo a qué se refiere.

—No. ¿Por?

—Entonces —dice acercándose muchísimo a mí, produciéndome un sinfín de sensaciones, cuál de todas menos decorosas—, ¿por qué Raúl le lleva café y tostadas? ¡Si usted tiene manos y pies!—gruñe esto último creo que un poco fuerte porque ahora la *calienta José* nos mira con demasiada atención.

—Porque...

—Luego me darás las explicaciones —me corta, suelta mi mano y me veo obligada a avanzar porque estoy haciendo taco. Pensé en sentarme delante, como ayer, pero me niego a darle el gusto al muy cabrón, así que me voy directo hacia atrás donde me esperan mis compañeros, entre ellos Raúl.

Comienza la charla y no vuela una mosca, y la verdad es que es tan interesante que me quedo atenta escuchándola y así se me pasan las dos horas

como si hubieran sido solo cinco segundos. Mauricio no me mira ni una sola vez, en cambio sí lo hace muy seguido nuestra jefa.

Justo cuando estamos en el *break* y me estoy tomando el primer café, se acerca Carmen y me dice:

—Beatriz, María José y don Agustín quieren hablar contigo.

Raúl me mira sin entender nada, y cuando da un paso junto a mí, con la mano le pido que se detenga, no es necesario que se siga inmolando por el asunto del bote.

—No sé qué quiere decirte don Agustín —sigue diciendo Carmen—, pero todos sabemos que el incidente de ayer no fue tu culpa.

Yo asiento con la cabeza, porque lo que en realidad me está comiendo los sesos es otra cosa, ¿no será que *calienta José* sospecha algo entre Mauricio y yo y se ha ido de “tarro” con don Agustín? Niego con la cabeza para no pensar en eso y no ser una mina “pasada a rollo”, y me repito a mí misma como un mantra mientras camino y Carmen habla no sé qué a mi lado.

Beatriz Andrade, esto es la vida real, no una novela. Beatriz Andrade...

¡Oh, oh!, cuando levanto la cabeza, veo a la jefatura completa reunida, y a María José con una sonrisa de oreja a oreja. Mauricio al verme da un paso, pero es la mano de esa yegua lo que lo detiene, y el gran jefe es el primero en acogerme.

—Beatriz —me habla con amabilidad—, ¿cómo te encuentras hoy?

—Muy bien, señor, ayer fue solo el susto.

—Y un accidente —concluye por mí el señor Costabal, sorprendiéndome gratamente.

—Lo sabemos, Mauri. —¡Mauri! ¡Le dice la muy yegua! Tomándole el brazo—, y por eso creo que lo que necesita es descansar.

—He descansado —suelto de improviso aunque no sea verdad, ya que si fuera Pinocho mi nariz mediría dos metros.

—Pero no lo suficiente —habla con arrojo—, por eso hemos decidido que vuelvas a la ciudad, Beatriz. Agustín está de acuerdo, creemos que será lo mejor.

—Pero...

—Oh, no te preocupes, hija, lo que queda de jornada será solo de actividades al aire libre, y María José ha pensado que lo mejor es que regreses a Santiago y el lunes te reincorpores a la oficina.

—¿Y cuándo pensabas informármelo, María José? —comenta el señor Costabal mirándola furioso—. Porque su jefe directo soy yo.

—Exacto, su jefe, Mauri —responde y creo que hay algo subliminal en sus palabras. Maldita sea esta mujer, ¿Qué es lo que se propone?—, y como le mandé un correo a don Agustín y él está de acuerdo...

—¿Y no pudiste mandarlo con copia?, ¿o enviarme un mensaje al celular?

—Fui anoche a tu habitación, pero no estabas —dice sin cortarse ni un pelo y yo parpadeo anonadada.

—Señores —pone freno don Agustín—, no perdamos el tiempo discutiendo una decisión ya tomada —, y mirándome a mí con esa sonrisa amable que posee continua—, ve a preparar tus cosas, el *transfer* ya debe estar por llegar.

—¿*Transfer*? —interroga ahora con una mezcla de asombro y cabreo el señor Costabal.

—No pretenderás que la dejemos en un bus en el pueblo y se vaya sola — se mofa la yegua.

—Puedo llevarla yo, soy su jefe directo y en un par de horas volver.

—¡Mauri! —vuelve a chillar “ella”—, ¡es una excelente idea! Voy a arreglarme y te acompaño.

—¡No! —chillo un poco más fuerte de lo debido—, no es necesario que se tomen ninguna molestia. Voy por mis cosas y me iré en el *transfer*.

—Señorita Andrade. —Cierra los ojos un segundo—, quiero hablar con usted un momento.

—Lo siento, Mauricio, ahora te toca exponer —explica don Agustín, y con eso sé que será imposible despedirnos, así que hago lo más sensato en esta situación, le doy la mano a cada uno de ellos y le agradezco la estadía, luego de eso me voy a las habitaciones acordándome de cada uno de los familiares

de la yegua peli teñida.

Veinte minutos después estoy en la recepción del hotel esperando como la niña buena que no soy, hasta que de pronto siento como alguien se abalanza por mi espalda y hace girar.

—¡Para! —chillo muerta de la risa al saber que no puede ser otro que Pablo.

—¡Para!, pero que mal recibimiento, si hubiera sido el estirado de tu jefe hasta te pones de rodillas, o... —se queda callado un segundo cavilando si seguir o no—, ¿lo hiciste ayer?

—¡Pablo! —lo reto enérgica—, que comentario más desubicado.

—Vamos, pero es que después de tan bonita declaración era lo menos que se merecía el hombre, al menos yo lo hubiera exigido así.

Respiro un segundo para calmarme, sé que no lo hace de mala intención, pero prefiero mantener mi vida sexual solo para mí.

—Escúchame —me acerco a su oído—, aquí nadie sabe lo del señor Costabal y yo, y así debe quedarse.

—Tranquila, eso me lo imaginaba, hay una extraña política en las empresas de no confraternización entre empleados.

—Exacto, y la mía la posee.

Asiento con la cabeza hasta que él se da cuenta que mi maleta está en el suelo.

—¿Qué pasa?

—Me devuelvo a Santiago. El paseo se ha acabado para mí.

—¿Y eso? —pregunta sentándose y me hace un gesto para que salgamos de la recepción y así podamos conversar tranquilos.

—Bueno, según la jefa de recursos humanos lo mejor será que descanse en mi casa.

—¿La pechugona es tu jefa?

Vuelvo a asentir con la cabeza.

—Madre mía, Beatriz, si esa hasta tiene cara de caliente y creo que a tu

señor Costabal lo persigue como perra en celos. —Se queda un momento en silencio hasta que agrega—. Qué lástima que se haya acabado el *reality* de parejas, aquí tenemos el trío completo, hasta con jote incluido.

Justo cuando le voy a responder llega mi *transfer* a buscarme.

—Bueno, me tengo que ir.

—Te acompaño, así me dejan en el pueblo y seguimos conversando un poco más. Me encantan las mujeres que no me dan bola.

—¿Te recojo el ego? —digo agachándome en forma de pantomima y le entrego algo, y él me sigue el juego poniéndoselo por la cabeza en forma de temblor.

—Listo, vuelvo a ser yo —responde dándome un beso en la mejilla que me hace sonreír. Es tan fácil jugar con Pablo, y sin esperar a que me suba, ya está arriba abriendo la ventana.

Cuando estoy dando el último vistazo a este lugar que me ha traído tan buenos momentos, y malos también, de pronto lo veo a lo lejos, acercándose apresuradamente.

Durante el par de segundo en que nos miramos nos invade un silencio incómodo. Hasta que ambos al mismo tiempo tomamos mi maleta y cuando nuestras manos se juntan esa corriente nos recorre a los dos.

¡Dios! Esa mirada que siempre tiene cuando quiere expresar algo y no lo dice, hace que mi alma se vaya al suelo porque no tengo ni la más mínima idea de lo que piensa hasta que lo entiendo todo.

—Y yo que pensaba que viajarías sola —me recrimina achinando los ojos—. La Van está pedida solo para un pasajero, señorita Andrade.

Juro por todo el universo que en este momento unas ganas locas de partirle la cara me están invadiendo.

—Ten cuidado, Beatriz.

—No me amenace, señor Costabal. Y no diga algo de lo que después se pueda arrepentir.

—¡Mujer! Solo te estoy diciendo que te cuides en el viaje, no te estoy amenazando, ¿pero quién crees que soy?

—Bueno, yo... —titubeo y sé que estoy poniéndome colorada como un tomate.

Él sonrío con arrogancia y cuando termina de meter mis maletas bajo la atenta mirada de Pablo agrega:

—¿Por qué siempre crees que soy un cabrón?

—Porque la mayoría del tiempo lo eres.

Otra risotada y con eso apoya su mano en el vidrio muy cerca de mí solo para que yo lo escuche. Mi corazón comienza a latir desbocado con su proximidad, su olor, su cuerpo, todo nubla mi razón, mierda, Beatriz, ¡compórtate! ¡Es solo un hombre!

Carraspea sacándome de mis pensamientos más lujuriosos y me da la mano para ayudarme a subir. ¡Sí es un caballero!

Cuando estoy sentada, y ya se ha asegurado de ponerme el cinturón de seguridad murmura muy cerca de mis labios:

—Lláname cuando llegues, nos vemos el lunes.

Asiento igual que las figuritas de los taxis, de arriba abajo.

—Y si no fuera mucho pedir, ¿te puedes cuidar?

—Sí... sí.

Dicho eso cierra la puerta, le da dos golpecitos a la ventana del *transfer* y este comienza a avanzar, en tanto yo me quedo mirándolo hasta que al dar la vuelta nos perdemos de vista, el tiempo que compartimos juntos sirvió para aumentar al menos mis sentimientos.

—Cambia esa cara, mujer, ¡que lo verás el lunes!

Con esas simples palabras, Pablo hizo que me olvidara de todo, al menos hasta que llegamos al pueblo.

Una vez en mi casa me doy cuenta de que no tengo el número de Mauricio, resoplo un par de veces porque ya imagino la que se me va a armar el lunes y en vez de tirarme en la cama, cosa que tengo muchas ganas de hacer, les mando un WhatsApp a las chicas. Necesito desahogarme y que mejor que hacerlo con ellas.

**\*Estoy de vuelta,¡¡¡ hoy cena en mi casa!!!**

**14:30**

La primera en responder es Paula.

**\*¿Todo bien?**

**14:31**

**\*¿Qué haces en Santiago?**

**14:32**

Leo que dice Claudia, y el silencio de Fran me asusta.

**\*Si estás en Santiago levanta el culo y nos juntamos en la plaza Italia, hay marcha de NO + AFP**

**14:34**

Me agarro la cabeza con las dos manos, no porque no me parezca la consigna de la marcha, sino que por primera vez no tengo ganas de ir a marchar, por alguna razón quiero estar en mi casa, literalmente encuevada.

Como me demoro un poco en contestar, el WhatsApp vuelve a sonar poniendo un signo de interrogación y aparece escribiendo...

Sé que todas estamos atentas al papiro que pondrá Fran, y estoy segura que los dardos serán para mí, hasta leo.

**\*¿A qué hora en tu casa? No pusiste horario.**

**14:37**

Mi boca se abre en una perfecta “O” porque no creo lo que leo, y es Paula la primera en responder.

**\*Fran, estás bien o te golpeaste la cabeza.**

**14:38**

Dios, Fran escribiendo de nuevo, y este sí que va para largo, hasta que pasado unos minutos se ve.

**\*No me he pegado en la cabeza, es más, creo que ustedes sí, o no se dan cuenta que es sábado y que Beatriz ha llegado un día entero antes, y ¡!!! qué en vez de pedirnos que vayamos a un bar nos está invitando a cenar a su casa!!!! Eso solo puede significar dos cosas, la primera es que el HDP le hizo algo y por eso se ha vuelto, cosa que no sería rara en un cabrón como él. Y segundo que ha pasado algo más grave y que la señorita no nos ha contado por teléfono, por eso nos quiere a todas reunidas. Esta vez, de corazón, espero equivocarme y escuchar que todo es culpa de Costabal. Y por último, habrán más marchas a las que asistir, pero la amigas estamos cuando nos necesitamos mutuamente, y si Beatriz nos necesita, ahí tenemos que estar... ¡!!!qué se creen que soy!!!!**

**14:40**

Madre del amor hermoso, juro por el universo que mi corazón está latiendo desbocado dentro de mi pecho. La Fran es la raja, no solo como amiga, ¡sino que como mujer también!

**\*Te quiero, mil.**

**14:41**

**\*Y yo mil de millones.**

**14:42**



Pone Paula y a continuación es el turno de Claudia.

**\*;;;También te quiero muchísimo!!!!**

**14:43**

**\*Dejen de decir idioteces que suena a que somos un grupo de lelas, y como si eso fuera poco, solteras, y yo ya llevo mucho así.**

**14:44**

Ahora me apretó la guata riéndome de Fran, sé que la sensiblería no es lo suyo, lo de ella es ir por el mundo como una auténtica guerrera, aunque por dentro sea un corazón de abuelita.

Nos despedimos y quedamos en juntarnos a las siete de la tarde, así que me pongo a cocinar cositas ricas para picar.

Cuando llegan las chicas todas nos abrazamos como si no nos hubiéramos visto en meses, y así como hacemos siempre nos ponemos a conversar de todo, y de nada mientras estamos todas sentadas en el suelo alrededor de la mesa del *living* comiendo.

Cuando me preguntan por qué he llegado antes, les suelto de golpe y sin pensarlo al igual como se toma el tequila todo lo que pasó.

En un principio me dicen de todo menos bonita hasta que las aguas se van calmando cuando llego a la declaración del señor Costabal.

—¡Wow! —exclama Paula—, jamás me lo hubiera imaginado de ese cabrón.

—Ni yo —prosigue Fran—, creo que esta vez me tendré que morder la lengua.

—Yo sí —afirma Claudia—. Pero esto solo confirma algo que no me gusta nada.

—Dime —la apremio, cuando Claudia se sienta en el sillón y pone esa

expresión seria que no me gusta nada, es más, hasta me da pavor.

—Costabal es un cabrón y eso no va a cambiar.

—Pero ¿qué no escuchaste la declaración tan bonita que hizo? —le discute Paula.

—¿Y tú la escuchaste bien?

—Todas la oímos, Claudia, ¿cuál es tu punto? —pregunta ahora Fran sentándose también en el sillón, cosa que me gusta todavía menos.

—Mi punto es que Costabal quiere cambiar a Beatriz, quiere amoldarla a algo que no es para presentársela a su hija y eso no me gusta, cuando uno quiere a alguien lo hace con sus virtudes y defectos, y lo que él quiere es mostrarle otra Beatriz a su hija, una mujer diferente, quiere que cambie, y eso no me parece ni me gusta.

—No lo había pensado —comenta Fran mascando un apio—, y está claro que celoso será siempre, eso tampoco lo va a cambiar, él es un hombre que no aprende lecciones, si no la aprendió cuando se murió su mujer, ¿Por qué lo va a hacer ahora contigo?

—Bueno —empiezo a decir un tanto incómoda por enfrentarme al pelotón de fusilamiento en pleno—, estamos recién comenzando, hay que ver qué pasa con el tiempo, puede que esto resulte como que no, ¡démosle una oportunidad!

—¿El beneficio de la duda? —pregunta Paula que ahora también está sobre el sillón.

—Llámenlo como quieran, pero yo confío en el señor Costabal...

—¿Señor Costabal? —me corta Fran—, ¿qué? Esto es una relación de amo y sumisa, porque si no es así empieza a decirle por su nombre, no es tu señor, ¿estamos claras?

—Confío en Mauricio —me corrijo yo misma—, y quiero ver qué es lo que va a suceder entre nosotros.

—Y en la oficina, ¿qué va a pasar?

—Bueno, ahí nadie se puede enterar.

—De mal en peor —suspira Claudia, y con eso sé que ninguna de las chicas está de acuerdo con esta pseudorelación, o lo que sea, así que decido

cambiar el tema y como siempre hacemos empezamos a arreglar el mundo. Claro, con un par de cervezas todas somos expertas economistas mundiales.

El domingo se me pasa volando, y como hace mucho tiempo que no hago me voy a la peluquería a hacerme un cariñito en el pelo, y a eso le sumo la compra de una blusa nueva que voy a estrenar precisamente mañana para ir a trabajar.

Suena el despertador y me levanto feliz, ni siquiera tomo el desayuno, solo quiero verlo, porque la verdad es que anoche tenía la secreta esperanza de que tocara mi puerta, pero claro, eso no sucedió y me imagino que tenía que llegar a su casa junto a su hija, aunque una desviadita no le hubiera hecho ni tan mal a él ni a mí, pero bueno, eso no sucedió.

A penas entro en la oficina, Carmen me indica que el señor Costabal está esperándome en su despacho y eso me llena el alma. Saludo a Raúl, recibo el queque que su señora me ha enviado, y dejo mis cosas en mi puesto. Justo cuando voy caminando a su encuentro lo veo con el ceño fruncido parado al lado de Carmen, y cuando me ve dice:

—No me pase llamadas —anuncia haciéndome pasar a su despacho sin siquiera saludarme, me molesta, pero a pesar de eso no puedo evitar darme cuenta de lo bien vestido que viene esta mañana.

—Aun espero tu llamado, Beatriz.

—No tengo tu número de celular —me disculpo pero parece no importarle mucho, pasa por mi lado y se sienta en su sillón de cuero negro.

—Siéntate —me ordena en modo cabrón.

—Tengo un millón de cosas que resolver, señor Costabal.

—Y yo tengo una junta en quince minutos —ladra de vuelta—, pero debemos resolver un par de puntos.

—Entonces usted dirá —le digo y cruzo las piernas. En ese momento se levanta de la silla y se sienta en su escritorio frente a mí, incluso nos rozamos con las piernas sin llegar a tocarnos más allá.

—Solo quiero que cuando te pida algo seas capaz de cumplirlo, pero visto que no tienes mi número de teléfono creo que debo disculpar tu falta.

—¿Disculpar mi falta? —boqueo como un pez un par de veces.

—Sí, y ahora quiero que me saludes como corresponde.

—Pues a eso esperaras sentado —digo echándome hacia atrás al momento que me bajo la falda, porque sé dónde está mirando—. Estás siendo un redomado cabrón.

—Puede que no te guste la forma, pero estoy siendo totalmente sincero con lo que quiero como persona adulta.

—Yo también soy una persona adulta, pero no por eso quiero que me trates como si fueras mi dueño.

El señor Costabal levanta las cejas.

—Ya está, déjalo que no lo entenderás...

—¿Terminaste? —me pregunta tomándome de la muñeca justo en el momento en que me estoy levantando.

—No dejaré que te vayas sin mi beso de buenos días, y tampoco voy a disimular mi excitación ni las ganas que tengo de ti, porque desde hace dos días que estoy imaginando este maldito saludo de buenos días, y créeme que estoy siendo paciente, porque ni siquiera te he recriminado los cinco minutos tardes que has llegado.

Lo miro con anhelo, amo a este hombre a la vez que lo odio a partes iguales, y sí, también me tienta completamente al pecado, porque sentirlo así tan cerca me fascina, pero la parte cuerda le gana a mi calentura y es la que responde.

—Los saludos ni las relaciones se planifican como si fueran un balance o una transacción bancaria, señor Costabal.

—Puedo cambiar en cosa de segundos eso e incluir en tu contrato una visita diaria a primera hora de la mañana para planificar el día, no me tientes, Beatriz.

—¿Es una broma, verdad? —hablo tratando de apartarme, eso sí, no con mucha convicción—, ¿tú te estás escuchando? Suena casi como que tengo el deber de besarte y hacer lo que tú me digas por las mañanas, ¿Qué te crees que soy?

Ahora sí que estoy molesta, pero cuando se pone a reír y ese sonido retumba por toda la oficina me pongo furiosa. Esa maldita risa de arrogancia

al menos lo hace el de siempre y me permite no sentirme tan vulnerable, a este señor Costabal sí puedo dominar.

—Te voy a saludar de otra forma cuando me nazca, no cuando me lo ordenes, esa es una regla básica del respeto mutuo.

Al acercarse más a mí ya ha perdido hasta la curva de su sonrisa.

—Tu cara, tu cuerpo, y todo tu ser me envían señales completamente diferentes a las que me estás diciendo. ¿Por qué no cambias de actitud y dejas fluir lo que realmente quieres? —levanta una ceja.

—Lo que yo quiero es que me sueltes y que me dejes salir ahora —digo caminando hacia la puerta con decisión y energía, y justo cuando pongo la mano sobre el pomo lo siento ponerse en mi espalda, atrapándome. Y al tenerlo así, tan cerca se me empieza a nublar la cordura.

La energía que proyecta sobre mí el señor Costabal es tanta que siempre me termina absorbiendo. Lentamente me giro para mirarlo a los ojos y expresarle con la mirada lo que no soy capaz con palabras, porque aunque no lo quiera reconocer este hombre me convierte en una mujer caliente que quiere que le planten un buen beso de buenos días en la boca, y que si viene acompañado de un te quiero, es tanto mejor. Así de bipolar soy.

—Gírate, Beatriz —me ordena con esa voz cargada de lujuria y morbo.

Cierro los ojos controlando la oleada de placer que me está recorriendo justo ahora y al suspirar huelo ese olor que me vuelve loca. Cuando su cuerpo se pega al mío y siento el primer contacto, la parte salvaje que está dormida me invade porque lo deseo, aquí y ahora, y lo peor de todo, ¡a las nueve de la mañana!

Apoyo la frente en la puerta, y él con cuidado me acerca a su torso todavía más.

—¿Por qué eres tan complicada? —susurra en mi oído—, solo quería un beso, solo quería verte, era una broma al igual que tú me la hiciste con Pablo —ahora su mano sube por mi estómago y yo siento su virilidad lista y dispuesta en mi espalda—, ahora sin pensar cosas que no son ni corresponden, gírate y dime hasta luego.

Decepcionada porque me estoy quedando con ganas de mucho más, ese “más” que yo solita me he cargado por pendeja me giro entre sus brazos,

poniéndome en puntillas para quedar a su altura. Él se encorva un poco para quedar a mi altura y la mano que antes subía por mi estómago ahora baja hasta la curva de mis glúteos y pido en silencio que me apriete, porque esta suavidad realmente me está torturando, volviéndome más loca de lo que estoy.

Y su mirada, uffff, esa mirada me está quemando y cuando ya no aguanto más suelto:

—Dame un beso de buenos días, Mauricio, dame ese beso que tanto querías recibir.

Por fin me aprieta y me abraza un poco más, me mojo los labios y cierro los ojos preparada para recibir lo que vendrá en tanto Costabal jadea y pega sus labios a los míos con suavidad ejerciendo la presión justa para querer más. Pero cuando siento su lengua, a la mierda la compostura soy yo la que lo sujeta por el pelo y con agresividad comienzo a darle un buen beso, salvaje y excitante a parte iguales. Es tanto lo que ambos sentimos que puedo notar el latir de su corazón. Da dos pasos apartándose de la puerta para que estemos más cómodos.

—Te quiero, y te deseo ahora, no como la señorita Andrade, sino que como Beatriz, mi niña grande y no puedo ni quiero evitarlo.

Un, dos, tres, listo, derretida completamente y a su merced. Mi cuerpo obedece al suyo y responde sin siquiera tener que escucharlo de nuevo. Siento la piel de gallina y fuegos artificiales comienzan a salir de mi entrepierna reclamando frenéticamente unas manos que tardan en tocarme y llevarme al séptimo cielo.

A penas soy consciente cuando se mueve conmigo hasta el escritorio y me sienta delante de su silla, que pateo, y esta rueda lejos para no estorbarnos. Mauricio está besándome tan magníficamente que ni siquiera me importa la lucha interna que el lleva con mi falda que por la posición aún no termina de subirse a pesar de la firmeza de sus manos.

Lo oigo maldecir contra mis pantis porque están más arriba de mi cintura.

—Dios, Beatriz, estas pantis son eternos —maldice con la respiración agitada—, menos mal que ya viene el verano, y antes que todo, te prohíbo que uses *short*, nada que me dificulte esta tarea —ronronea en mi oído haciéndome reír.

Aún en este limbo de emociones levanto un poco el trasero para ayudarlo en su cometido. Y en premio a esta pequeña ayuda vuelve a bajar la cabeza y de nuevo ataca mi boca con violencia, justo en un punto que está en el límite de lastimarme, pero eso es lo que lo hace aún más excitante y morboso.

Hasta que de repente, se aparta irguiéndose con dificultad, en tanto me quedo un segundo desorientada por lo que acaba de ocurrir, hasta que me doy cuenta de que algo está mirando.

«¡Cresta... alguien ha entrado en su oficina...!».

## 14

*“Si no vas a amar mis demonios, no intentes sacarme del infierno”*

Con el corazón latiéndome a mil por hora por haber sido interrumpida intento bajarme la falda lo más rápido posible, pero la mano de mí ahora serio señor Costabal me lo impide. Sus ojos ni una sola vez se han cruzado con los míos para decirme algo, aunque creo que es lo mejor, porque si tuviera que compararlo con algo en este momento creo que sería con un animal echando espuma por la boca.

—Termine de entrar, ¿o se va a quedar ahí parada?

—Yo... yo... toqué, señor Costabal.

Al escuchar esa voz cierro los ojos con fuerza, la vergüenza me invade completamente y ni siquiera me atrevo a girarme, mi aspecto debe ser de lo menos espantoso, solo basta con ver por dónde tengo la falda.

—Pase de una vez —habla el señor Costabal pasándose las manos por el pelo, alisándose—, y cierre la puerta.

Horrorizada por cómo le está hablando a la pobre de Carmen, que seguro está tan impactada como yo, de un salto me bajo del escritorio y me giro para verla, todo al mismo tiempo que me arreglo la falda.

—Carmen, esto no es...

—Con tonteras no, Beatriz —me corta el perro con rabia que tengo delante de mí—, esto sí es lo que acaba de ver Carmen.

—Pero... —intento explicar y la que tartamudea ahora soy yo.



—Déjame hablar mí, sal de la oficina —me ordena, mira a Carmen y en tono grave le dice—, siéntese.

—Señor...

—Cállate, Beatriz, y haz el favor de salir —me repite en el mismo tono serio en tanto me arregla la blusa y alinea mi escote para que nada se vea fuera de su lugar—. Péinate.

Mis ojos se abren tanto que creo que se me van a salir, paso por el lado de Carmen y ni siquiera me atrevo a mirarla, y creo que ella siente lo mismo que yo, porque tampoco lo hace.

Al cerrar por fuera respiro completamente y ni cuenta me había dado que me faltaba el aire. Voy a mi escritorio y literalmente como un saco de plomo me siento.

Cuento los minutos que pasan hasta que por fin veo salir al señor Costabal y dirigirse como si nada hubiera pasado hasta el ascensor. Apenas se va corro a donde está Carmen.

—¿Te encuentras bien? —pregunto con suavidad.

—¿Quieres realmente saber cómo estoy?

Asiento con la cabeza porque las palabras no me salen.

—Estoy totalmente anonadada, ¿sabes lo que hubiera pasado si otra persona entra y los encuentran en... en esas condiciones? —murmulla fuerte, pero solo para mí.

—De verdad lo siento, Carmen.

—¿Es que acaso no te has dado cuenta? ¡Tú, y el señor Costabal!

Así como me lo está diciendo suena a que somos un par de degenerados.

—Carmen, escucha.

—No, ya escuché y vi todo lo que tenía que ver —me recrimina y eso me llama la atención—, y quédate tranquila, igual como le dije a nuestro jefe — recalca su jerarquía—, de mi boca no saldrá nada.

—¿Te amenazó? — me sale del alma la pregunta.

—No puedo creer lo que me estás preguntando —reprocha poniéndose de

pie enojada y ofendida, y así, sin dejarme saber más me deja parada frente a su escritorio.

Con todo lo que tengo en la cabeza ningún número me cuadra, estoy preocupada y el señor Costabal aún no aparece. Me he rascado tanto la cabeza que seguro parezco una loca. Muevo los hombros de un lado a otro y para despejarme amablemente le pregunto a mis compañeros si alguien necesita alguna fotocopia, por supuesto varios se aprovechan y con lo que me llevo seguro tengo para veinte minutos.

Mi primer enfrentamiento con esta máquina fue desastroso hace algún tiempo, así que como si me escuchara le hago un cariñito para que todo funcione correctamente. Tomo aire y me pongo a trabajar aunque mi mente está lejos de este lugar. Los minutos pasan como si fueran segundos, hasta que de repente siento que alguien me toma por la cintura y yo doy un salto con el corazón desenfrenado.

—¡Vaya que estamos nerviosa!

—Tú... tú ¿qué haces aquí?

—¿Yo?! ¿Tú que haces aquí?, te busqué en todo el piso y juro que en dónde menos pensé encontrarte es aquí sacando fotocopias.

—Alguien tiene que hacerlo —respondo como si no me importara—, pero tú, ¿qué haces buscándome a mí?

—¡Quiero saberlo todo! Todos están hablando de ti. Eres la noticia de toda la oficina, desde el conserje hasta la jefatura máxima, incluido el señor Zañartu.

¡CSM! Mi alma cae al suelo, mi sangre deja de fluir por mis venas, las piernas me tiemblan y tengo que afirmarme de la máquina para no caer. Trato de inventarle algo en cosa de segundos.

—Fabián, escúchame, esto... esto no es...

Riendo se acerca a mí con cara de pillo y suelta:

—Ya está, tontita, tranquila, no es tan grave que hayas dado tremendo espectáculo.

—No sé qué te contaron pero...

—No me lo contaron, ¡si incluso lo grabaron! —exclama feliz extendiéndome un celular con su mano que no soy capaz de mirar.

—No es... no es lo que parece, el señor Costabal y yo...

—¡Costabal es un héroe! —vuelve a chillar apretándole *play* al video—, mira cómo se lanza al agua, ¡ni que fuera Mitch Buchannon!

—¡¿Qué?! —ahora soy yo la que chilla, le arranco el maldito teléfono de las manos y lo que veo me deja atónita, es la grabación del río, de cuando me caí al agua. De los nervios una lágrima se me escapa y Fabián me abraza fuerte para consolarme.

—Tontita, todo está bien —me dice creyendo que me afecta la vergüenza de la caída, cuando en realidad estoy respirando en paz, en cosa de milésimas de segundos pensé que Carmen había ido con la “copucha” a todo el mundo y que sería el comidillo de toda la oficina.

Mientras estoy abrazada mi cuerpo se comienza a relajar pasando a una respiración más pausada y normal.

—Ven, vamos abajo por un café, creo que aún no se te pasa el susto por lo ocurrido —habla ahora muy serio en tono paternal—. Si hubiera sabido que te afectaba tanto te prometo que no te lo muestro.

—No, no, no es eso, es que no me lo esperaba —respondo mientras caminamos al ascensor dejando todo en la sala de fotocopiadoras, ahora sí que necesito tomar un poco de aire para reponerme del susto de mi vida, y no quiero ni pensar que sucedería si la verdad se supiera en toda la oficina.

En el primer piso vamos directo a la cafetería, Fabián me entrega un café y como aún estoy temblando se sienta junto a mí haciéndome cariño en el pelo, consolándome..., hasta que de pronto veo aparecer a mi jefe y a su jefa junto con don Agustín.

Nuestras miradas se cruzan y por supuesto mi cabrón personal no lo hace de buena forma, sé que es porque estoy siendo rodeada por los brazos de mi compañero. Ni siquiera me muevo, no estoy haciendo nada malo, pero como todo no puede ser tan perfecto, es la jefa quien se acerca y nos habla a los dos, aunque su mirada venenosa se dirige más a mí.

—Vaya, Beatriz, veo que siempre tiene a alguien que la consuele.

—¿Cómo dice? —pregunto sentándome mejor, esta mujer desde las alturas es como mirar a Maléfica.

—Aún no es hora de colación —se acerca el señor Costabal—, falta una hora, sesenta minutos.

—Señor Costabal, señorita Rojas. —Se pone de pie Fabián con estilo y esa soltura de hombre resuelto que es imposible de negar, con calma y con mucha cercanía le habla primero a *calienta José*—. A las amigas hay que consolarlas en momentos difíciles, eso se llama camaradería —y viendo a Costabal agrega—. Señor, un café no le quitará más tiempo de productividad que el que le quita sacar miles de fotocopias.

Ante esas miradas, opto por ponerme de pie y tomar mi vaso para retirarme.

—Será mejor que subamos —le digo a Fabián, aunque él parece estar en algún duelo personal con la jefa de recursos humanos, así que tarda un par de segundos en reaccionar, pero cuando lo hace me descoloca tomándome por la cintura, arrastrándome hacia la salida.

Ni siquiera me doy la vuelta, pero de todas formas siento los puñales que me está lanzando el señor Costabal que seguro está pensando por supuesto lo que no es.

Cuando llegamos al ascensor le suelto a mi compañero:

—¿Me puedes explicar qué fue todo eso?

—Nada —comenta encogiéndose de hombros.

—¡Nada! ¿Tú te crees que yo soy idiota?

—No lo entenderías, aún eres una niña.

—No me digas estupideces que no soy un queso ni un vino para que me juzgues por la edad, así que vamos, te escucho —lo insto poniéndome las manos en la cintura, menos mal que estamos solos en el ascensor.

—Tengo un asunto no resultado con María José. Punto.

—¡Punto! Ni punto ni coma ni nada, suéltame la puntuación entera.

—¡Dios! ¿Por qué todas las mujeres son tan curiosas? —se pregunta más a sí mismo que otra cosa pasándose la mano por el cuello, creo que nunca lo

había visto tan complicado, y eso que lo conozco hace años.

—No me desvíes el tema y cuéntame —le pido acercándome más, cual gato que pide y exige atención a la vez.

—Tenemos un tema no resuelto. Punto y final.

—¡Qué! —chillo en un tono casi histérico—. ¿Tienes relaciones con tu jefa?

—Relaciones —se carcajea y ahora me pasa a mí la mano por el pelo—, ¿te das cuenta que eres una niña todavía?, no tengo relaciones, solo nos quitamos el estrés mutuamente. ¿Lo entiendes?

—Especifica.

—Follamos —explica como quien te da la hora.

—Pero qué manía tienen ustedes los hombres con esa palabra, ¡vivimos en Chile por Dios!

—Escúchame —me dice ahora en tono serio—, los hombres somos más básicos de lo que crees, follar es tirarse a una mina sin intención de nada más, por calentura, por demostrarle quien manda, o simplemente porque sí. Y tener relaciones involucra mucho más, es un compromiso. Yo solo follo con mi jefa de vez en cuando, pero no por eso soy el segundo plato de nadie.

—Ahora sí que no entiendo —y no lo digo solo por lo que acabo de escuchar, sino que porque “Mauri” también me folla y eso sí que no lo quiero pensar.

—No le des más vueltas, es solo que a ella no solo le gusta tirarse a los empleados, también a los jefes. ¿Me entiendes ahora?

—¿A don Agustín? —interrogo de lo más anonadada, tanto así que hasta la boca se me ha abierto.

A lo que recibo como respuesta una tremenda risotada y una mirada que me dice que soy la reina de las ingenuas, y justo cuando voy a preguntar más las puertas se abren en su piso, se baja dándome un beso en la frente y por supuesto dejándome con ganas de saber más.

Las puertas se cierran y sigo subiendo hasta llegar a mi piso. En silencio voy a buscar las cosas a la fotocopidora y como si fuera el junior comienzo a repartirlas sumida en mis propias conjeturas, ¿será Costabal el otro jefe?

Mientras estoy repartiendo aparece el motivo de mis pensamientos, me mira de una manera extraña, no sé bien cómo interpretarla. ¿Y ahora qué le pasa? Lo veo hasta que entra en su oficina y cierra la puerta.

Pasan los minutos, espero a que todos se vayan a almorzar y cuidándome de que no me vea Carmen, entro en su oficina, él está concentrado tecleando algo al mismo tiempo que habla acaloradamente pero con mucho respeto por teléfono.

Nuestros ojos se cruzan y él como si nada prosigue en lo suyo. Ignorándome.

—No te preocupes, yo hablo con ella más tarde. Nos vemos mañana. Un beso.

—¿Todo bien? —quiero saber a penas cuelga.

—¿Necesita algo, señorita Andrade? —pregunta mirando su reloj de pulsera—. ¿No hay nadie esperándola para almorzar, o con el café quedó satisfecha? ¿O es que necesita más de uno?

—¿Podrías dejar el sarcasmo de lado?, estamos solos, Mauricio — expreso pasando por alto su pesadez—. ¿Podemos hablar?

—No. ¿De qué tendríamos que hablar? ¿O quieres darme alguna explicación?

Cierro los ojos y suspiro, pero a cabrón, cabrona y media.

—No te debo ninguna explicación, en cambio tú, sí. Dime, ¿Qué le dijiste a Carmen?

—Solucioné el problema —bufa enojado y eso sí que me molesta, primero porque le llama problema y segundo por el tono que utiliza, y sin ganas de escucharlo me doy media vuelta dispuesta a salir, pero antes de llegar a la puerta escucho:

—Beatriz, tranquila, solo le dije a Carmen que estamos recién conociéndonos y que lo que vio debe quedarse solo entre nosotros tres.

—¿Recién conociéndonos? —repito sus propias palabras y los decibeles se me suben un poquito más—, y también le dijiste que solo “follamos”.

Mauricio enarca las cejas y junto con eso me regala esa maldita sonrisa de

arrogancia, esa que siempre quiero borrar de mala manera.

—Señorita Andrade, acérquese —vuelve al tono autoritario.

—Ah, ya estás en modo jefe cabrón aquí mando yo.

—Es de la única forma en que realmente me obedeces.

—¿Pero tú eres tonto?, todo lo pretendes arreglar con sexo, ¡ah!, no perdón, ¡ follando!

Sin decirme nada más pasa por mi lado, cierra la puerta con llave, me toma del brazo y me acorrala contra la pared.

—Beatriz, pensé que ya había quedado claro entre nosotros que no te follaba, no al menos desde que sé que estoy enamorado de ti.

—Tienes razón —cierro los ojos porque todo esto es culpa de mi inseguridad—. Pero dime en realidad que le dijiste a Carmen.

—Claro —sonríe—, dame un beso de buenas tardes y te cuento todo con lujos y detalles.

—No, primero me cuentas y si vale la pena te doy el beso hasta de las buenas noches.

—Beatrizzzz... —arrastra el nombre cabreándose, está claro que a él le gusta siempre tener la última palabra en todo.

—Mauri —me rio de él en su cara, pero no me da tiempo a reaccionar cuando de pronto siento sus labios comiéndome con todas sus letras la boca, y antes de poder ahondar más en este placer carnal que me lleva al limbo tocan a la puerta he intentan abrir, Mauricio se separa rápidamente y como si fuera una mueca de trapo me lleva hasta la silla.

—No digas nada, a las seis nos vemos en el estacionamiento del menos tres. Hoy nos vamos juntos y te contaré todo.

Y así, sin poder objetar nada abre la puerta y recibe a María José.

—Vaya, no sabía que estabas ocupado —manifiesta la muy... desgraciada en tono irónico.

—En absoluto, la señorita Andrade ya se va. Solo estaba recalcándole su falta. Y advirtiéndole que sea la última vez.

—Tienes toda la razón, Mauri. No podemos consentir que los empleados hagan lo que quieran, yo ya aclaré cuentas con Fabián.

—Lo que hagas en tu departamento es problema tuyo, aquí las cosas las manejo yo. ¿Nos vamos a almorzar?

La yegua lo toma del brazo y coquetamente moviendo sus caderas sale con mi Mauri, siento ganas de matarla a ella y a él, bueno, a él de demostrarle quien soy y con quien se tiene que quedar.

¡Dios! ¡Pero qué digo!, muevo la cabeza saliendo de la oficina, realmente me estoy volviendo loca.

Como se me ha pasado la hora llamo a Raúl para que me traiga un sándwich, y con toda la energía que tengo me pongo a trabajar feliz.

Luego de la hora del almuerzo cuando regresa el señor Costabal solo cruzamos la mirada por un par de segundos, y Carmen que no es tonta me mira desde la esquina meneando la cabeza negativamente, así que decido ignorarla y enfocarme en Raúl.

—¿Te parece si yo hago el balance y tú redactas los informes?

—Me asignaron nuevos clientes esta mañana.

—¿Nuevos? ¿Pero cómo?

—Lo mismo le pregunté al señor Costabal, pero me dijo que las ordenes las daba él, y bueno, no es tan terrible, pero de todas formas puedo ayudarte en lo que necesites.

Me giro para mirar hacia la puerta de la oficina del que ha vuelto a ser el cabrón de siempre, y cuando lo hago veo que está hablando con Carmen, me mira y pregunta:

—¿Sucede algo, señorita Andrade?

—Nada, nada, señor Costabal.

—Perfecto, pensé que tenía algún problema con los informes y balances.

—Ningún problema, señor Costabal.

—Entonces deje de perder el tiempo y comience —hace un gesto con la mano y continua conversando con Carmen.



Sin que nadie me vea, cual niña chica de quince años, le levanto el dedo garabatero, ¡y bien! Nota mi gesto poniendo cara de sorpresa en tanto a mí se me escapa una sonrisa de victoria.

Riéndome por lo que acaba de pasar empiezo a trabajar renovada de energías y sabiendo que me está mirando. Comienzo un juego peligroso de seducción creyéndome toda una Sharon Stone. Primero me tomo el pelo y lado el cuello un par de veces, me desabrocho dos botones de la blusa y cruzo las piernas de forma sexy y provocadora, hasta que de repente siento un portazo que retumba en toda el piso. Mis compañeros asombrados levantan la cabeza y yo ni me molesto, sé el por qué.

Solo dos segundos pasan hasta que llega un correo.

**De:** <m.costabal@gmail.com>

**Para:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Fecha:** 18 de Junio de 2016 15:32

**Asunto:** ¡insultos, insinuaciones!

Señorita Andrade, sepa que todo se paga en esta vida.

**Mauricio Costabal.**

**De:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Para:** <m.costabal@gmail.com>

**Fecha:** 18 de Junio de 2016 15:33

**Asunto:** ¡insultos, insinuaciones!

Por partes, insultos, sí, merecidos son.

Insinuaciones, sí, merecidas son, pero por eso estoy encantada de pagar. A las seis de la

tarde salgo de Dicom.

**Beatriz Andrade.**

**De:** <m.costabal@gmail.com>

**Para:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Fecha:** 18 de Junio de 2016 15:34

**Asunto:** ¡insultos, insinuaciones!

Perfecto, sepa que me cobraré todas sus morosidades.

**Mauricio Costabal.**

**De:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Para:** <m.costabal@gmail.com>

**Fecha:** 18 de Junio de 2016 15:35

**Asunto:** ¡insultos, insinuaciones!

Y yo a usted le haré pagar con intereses judiciales. Ahora déjeme trabajar que el cabrón de mi jefe me va a despedir.

**Beatriz Andrade.**

**De:** <m.costabal@gmail.com>

**Para:** <beatrizandrade@gmail.com>

**Fecha:** 18 de Junio de 2016 15:36

**Asunto:** ¡insultos, insinuaciones!

Si le prometes a tu jefe que nunca más volverás a usar esas pantys espantosas, capaz que te perdone. Ahora, sigue trabajando, yo seguiré lidiando con empleados poco eficientes.

**Mauricio Costabal.**

Ojiplática me quedo mirando su mensaje, pero decido no responderle para dedicarme de lleno a mi trabajo.

A las seis de la tarde en punto cuando termina la jornada espero que todos mis compañeros se marchen, le invento algo a Raúl para que no me espere y así me zafo de él. Voy al baño, me arreglo un poco y se me ocurre la genial idea de quitarme las *pantys* que tanto adora Costabal, y junto con eso, la braga que me ha acompañado todo el día.

Decido bajar por las escaleras para no toparme con nadie, y cuando llego al menos tres me doy cuenta de que no tengo idea de cuál es el auto de Mauricio.

«Vas bien Beatriz, mañana mejor», me recrimino a mí misma mientras espero.

Seis treinta y aún nada. Un poco cansada y aburrida decido darle solo cinco minutos más, y cuando está por cumplirse el tiempo aparece con una sonrisa ladina y los ojos brillantes.

—Casi me voy —le recrimino mimosa, pero muy a su estilo no me responde ni media palabra y como si fuera una niña que necesita que le den la mano para cruzar la calle toma la mía y me lleva a grandes zancadas hasta su auto.

Me subo y me llevo el primer susto, justo frente a nosotros, dos pasillos más adelante camina don Agustín. Mi primer instinto es agacharme, y no encuentro mejor lugar que poner la cabeza sobre las piernas de Mauricio, y juro por todos los santos que sin intención alguna.

—Esto promete —dice acariciándome el pelo, hasta que de pronto se queda callado y yo creo que ya nos han pillado.

—¿Qué pasa?

—Estás sin pantys.

Me muerdo la lengua para no reír porque su cara es un poema.

—Es que tengo un jefe un tanto cabrón, y no le gustan, ¿por qué?, tienes alguna objeción —respondo juguetona.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —me advierte y arranca el auto, la verdad es que voy bastante cómoda, pero como tengo ganas de jugar, mi mano lentamente comienza a acariciar su pantorrilla y así comienza a subir por su muslo.

—Necesito que te pongas el cinturón —susurra complicado.

—Mmm —es todo lo que le respondo en tanto ya he llegado al bulto que tiene entre sus piernas, duro como una roca y hasta podría jurar que está palpitando, tanto o más de como lo está haciendo mi corazón.

—Beatriz —repite cuando acelera—, por favor, ponte el maldito cinturón.

Mi primera reacción es no obedecerle, pero luego me acuerdo de Soledad y como si fuera una autómatas me enderezo y no me atrevo a mirarlo. No por vergüenza, sino porque a veces puedo llegar a ser muy idiota.

Pasan varias cuerdas y yo sigo mirando los postes pasar hasta que llegamos a un semáforo y siento su mano en mi pierna desnuda.

—¿No me dirás nada?

Me giro lentamente, aún avergonzada.

—No pretendía incomodarte, solo... solo quería jugar.

—Lo sé, Beatriz, el complicado aquí soy yo, lo tengo claro —suspira—, pero no quiero incomodarte. Dame un beso —me pide estirando esos labios que en realidad ahora quiero morder.

—¿Puedo?

—¡Claro que puedes, estamos en rojo! —sonríe y con eso me da pase liberado a su boca, me acerco y no me importa incrustarme la palanca del auto y al fin lo beso. Al principio con timidez pero justo cuando voy a darlo por finalizado, Mauricio me agarra de la cabeza y mete su lengua hasta el fondo. Jadeo. Ahora no existe nada más que él, yo y la excitación que comienza a recorrerme justo entremedio de las piernas. Y no solo lo siento ahí, ya que sus manos ahora buscan frenéticamente mis pezones que no ponen resistencia

alguna. Y en lo único que puedo pensar es en llevar su mano justo donde no hay nada más. Directo al fuego.

Cuando su mano alcanza el objetivo su respiración se acelera y es él el que jadea ahora.

—¡Dios, Beatriz! Necesito tocarte ahora —afirma como leyéndome el pensamiento y yo sin ser capaz de negarle nada asiento positivamente mientras mi mano también lo está tocando.

—¿Puedo? —interrogo antes de bajarle el cierre del pantalón.

—Te estás tardando —gime al primer contacto, y eso que es solo con un bóxer.

De pronto nuestra burbuja sexual se revienta cuando el auto que está detrás de nosotros toca la bocina como enajenado, pero a él parece no importarle mucho.

—Para... para —jadeo.

—Quiero verte a los ojos cuando acabes.

—¿¡Aquí!? —pregunto nerviosa, muy nerviosa porque sé que no está hablando en broma y automáticamente cierro las piernas apartándole la mano de un manotazo, loca pero decente.

Mauricio bufá como un toro y solo para cabrear más al auto de atrás avanza a un kilómetro por hora.

—Un par de segundos más y lograba mi objetivo —murmulla molesto como un crío.

—Vamos a casa y te prometo que te cumplo ese y cualquier deseo —suelto, pero a penas termino al ver su cara me arrepiento—, bueno, así como cualquiera, cualquiera no...

—¿Cobardía?

—¡No!

—Entonces no seas niña y atente a las consecuencias —dice y ahora sí que apresura el auto.

—¿Con..., consecuencias?

—Oh, sí. Te voy hacer acabar tantas veces que vas a suplicar por piedad.

—Mmm.

—Así me gusta, que no tengas nada que decir —habla con ese tonito tan suave como diciendo “yo no rompo un huevo”, cuando en realidad rompe la bandeja completa... ¡y de 30!

—Bueno, sí tengo algo que decir —comento cruzándome de piernas y me mira de reojo—, si tú —comienzo a desabrocharme un botón—, me vas a hacer acabar a mí no sé cuántas veces, yo me veré en la obligación de hacer lo mismo... con las manos, con la boca, con mis...

—Te quieres callar —jadea tomando mi mano y llevándosela directo a su entrepierna, que si antes estaba dura, ahora es un roca.

—Así vas a sufrir más —susurro friccionándolo.

—Pendeja caprichosa, ¡quieres tocarme ya! —me ordena cabreado y excitado a partes iguales y yo como soy muy pero muy obediente lo acaricio casi empuñando mi mano—. Por debajo... —me pide desesperado.

Le saco la camisa lo más rápido que puedo y al fin desabrocho su pantalón y meto la mano por debajo, su calor me sorprende, pero no tanto como la humedad que encuentro, si yo estaba a punto de tener un orgasmo por combustión, él estaba igual o peor.

—Eres una pésima influencia para mí. Esto es peligroso.

—Solo no cierres los ojos —respondo acariciándolo de arriba abajo rítmicamente, ni tan rápido ni tan lento, tampoco quiero que choque, únicamente deseo darle placer—, en un par de cuerdas llegamos a mi departamento.

Al fin llegamos, Mauricio deja el auto enfrente de un portón y cuando voy a regañarle su mirada me dice que calladita me veo más bonita. Entramos y por supuesto el conserje le hace un desprecio, don Hugo y él no se llevan bien.

—Tiene correspondencia, señorita.

Me detengo y creo que a propósito el conserje me hace firmarle un recibido y luego con lentitud me entrega y me lee las tres cuentas que me da.

—Por la mierda, Beatriz —gruñe enajenado tirando de mi mano, haciendo

que casi se me caigan las cuentas—. Voy a matar a tu conserje.

—Por favor —susurro en su oído una vez dentro del ascensor pegándome a su cuello y mordisqueándole—, no puedes ser un asesino, yo no te voy a ir a dar la dominguera.

—¿Lo estás disfrutando, verdad? —se queja pegándome todavía más. Agarrándome el culo más fuerte de lo que quisiera, pero no me quejo, estoy jugando con fuego y me quiero quemar, en realidad no, ¡me quiero achicharrar!

Y ya que estoy en modo ardiente me aprovecho de la lentitud de esta cajonera y viendo el morbo de la imagen que me dan los espejos comienzo a desabrocharle los botones de la camisa, todo sin dejar de susurrarle palabras de grueso calibre en su oído. Ya que el señorito me va a hacer pagar por mi valentía, ¡al menos espero ser digna guerrera en la batalla!

A tropezones y sin despegarnos salimos del ascensor, menos mal que ningún vecino está en los pasillos porque si no, no sabría cómo mirarlos. Cuando le doy la espalda a Mauricio literalmente siento como me “puntea” mientras la llave también opone resistencia con la cerradura, aunque no sé si es culpa de mis manos o de la chapa.

Apenas ponemos el primer pie dentro, ni siquiera alcanzo a prender la luz cuando en vez de quitarse la ropa él comienza a quitármela a mí, no me desabrocha los botones, y antes de que me la rompa, porque estoy segura que será así, me la saco por la cabeza y me quito la falda quedando únicamente en sostenes frente a él que durante una milésima de segundos me contempla. Y ahora soy yo la que lo ayuda en su tarea, luego me lanzo a su cuello como si fuera un vampiro, claro, y uno no tan contenido como Edward Cullen porque yo literalmente lo estoy mordiendo. Hasta que comienzo a bajar por su pecho lamiéndolo constantemente, es el mejor de los manjares para mí, incluso agarro entre mis dientes uno de sus pezones duros y erectos. Mauricio suelta un sonido gutural que lejos de asustarme me enciende todavía más... ¡como si eso fuera posible!

—No —me detiene tomándome por los hombros—. ¿Qué haces?

—Te dije que te haría acabar tantas veces como lo hicieras tú conmigo, y así es como quiero llegar a mi primer orgasmo —sonríe poniéndome de rodillas como si fuera a pagar una manda... ¡y qué manda!

Con esas palabras de advertencia termino de ponerme frente a mi pecado

favorito y sin esperar más, voy directo a mi cometido y meto la punta de su miembro en mi boca, que poco a poco va entrando un poco más. Con mi mano ayudo la tarea como si fuera toda una experta ejerciendo la presión justa sobre la punta haciéndolo gruñir de pura satisfacción.

—Me vas a matar... —jadea y cuando nuestros ojos se conectan, no dejo de mirarlo y cada vez que entro o que salgo sus pupilas se dilatan todavía más. Cuando echa su cabeza hacia atrás, sé que estoy a punto de hacerlo perder la razón, incluso sus piernas han empezado a temblar, y las manos que ahora tiene en mi cabeza apuran el ritmo convirtiéndolo en una loca y frenética carrera por llegar al final.

—Me encanta —reconoce con los dientes apretados y la mandíbula tensa —, pero no aguanto más.

Con esas palabras siento que me acabo de ganar el Kino y sin importarme la molestia en la mandíbula le doy las mejores y últimas embestidas con un ritmo rápido en tanto entierro mis uñas en sus glúteos para afirmarme mejor. Solo existe mi boca y su pene, y es así cuando siento el temblor inminente y su sabor en mi boca llenándome de placer acompañado de un sonido que me lleva hasta la gloria.

—Mi vida... —escucho que me dice y yo pestañeo anonadada y en agradecimiento paso mi lengua por su punta húmeda y aún erecta—. Esa boca tuya me vuelve loco, y si continuas así voy a eyacular de nuevo, y soy un firme partidario de la retribución del placer.

Sin esperar más tiempo me coge por la cintura y a horcajadas sobre su cintura me lleva hasta la cama y me apresa contra el colchón. Su boca asalta la mía y la recorre con posesión, ni siquiera me quita el sostén cuando ataca mis pezones devorándome los, dándome tanto placer que siento que voy a enloquecer.

—Ahora me toca, y no voy a tener compasión de ti —sonríe con picardía —, he esperado pacientemente este minuto durante todo el día.

—¿De verdad? —digo agarrándolo para el pelo para que me mire.

—Sí, mi vida, es absolutamente verdad —ronronea.

Y antes ese apelativo tan cariñoso vuelvo a besarlo, lo necesito tanto como él a mí y saberlo me da una satisfacción al alma, que es mucho más profunda



que la carnal. Mauricio suspira y en respuesta al fervor del beso sin ninguna contemplación tal como me lo dijo se introduce dentro de mí, tan lento que realmente es una tortura, y cuando intento apresurarlo con un movimiento de caderas él con su mano en mi vientre me detiene.

—No así... —suplico en sus labios—, rápido.

El muy cabrón sabe lo que está provocando y como si fuera una inocente paloma pregunta:

—¿Quieres más rápido, mi vida?

—Sí, Mauri —me mofa, a ver si así reacciona, pero lo único que logro es que salga de mi interior.

—No juegues ahora, Beatriz. No en un momento como este.

—Por favor, por favor —ruego y no me importa parecer ni delirante ni una nena pequeña.

—Por favor ¿qué?

Toda la adrenalina que recorre mi cuerpo se aloja justo en mi clítoris hinchado esperando el contacto del más mínimo roce para explotar como si fuera fuegos artificiales en año nuevo. Y cuando estoy dispuesta a rogarle nuevamente, como leyéndome la mente, al fin vuelve al lugar de donde nunca debió salir. Una, dos, tres y vuelve a repetir con certeras y duras embestidas que al rozarme con su pelvis me hacen caer lentamente en un limbo y no únicamente de placer.

Cada vez siento que me penetra un poco más y ni siquiera un aviso previo comienza a arrasarme un orgasmo, que muy por el contrario a detenerse continua cada vez más rápido.

—Ya... ya. —Nada, es como si le jadeara a un sordo, Mauricio no me escucha, y aun cuando llega al clímax junto conmigo no se detiene, pero aminora sus embestidas regalándome una tregua, al menos para respirar.

Mirándonos a los ojos y con un cariño infinito nos besamos suavemente, totalmente satisfechos de lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

—Odio no poder besarte cuando quiera.

—Hoy te di un beso de los buenos días —sonríó para que deje de arrugar su

frente tan bonita.

—Odio no poder tocar lo que es mío cuando se me da la gana —responde introduciéndose un poco más, y como mi amigo no está en todo su esplendor se resbala produciéndonos un ataque de risa a los dos.

—Eso te pasa por odiar tantas cosas a la vez. Pero aunque tú no lo creas, yo también lo odio. Incluso me encantaría poder almorzar contigo... así como lo hiciste hoy con María José.

—Yo te vi hoy abrazada con Fabián, ¿por qué?—quiere saber cambiándome el tema, ¿cómo lo voy conociendo ya señor Costabal;

—Porque pensé que Carmen le había contado todo, me asusté, me puse nerviosa, por eso bajamos por un café.

—Ese tipo no me gusta.

—Por el amor de Dios, Mauricio, es que a ti nadie te gusta, y crees cosas que no son realidad —lo corto enérgica—, yo me llevo bien con todos mis compañeros, pero no por eso voy a pensar en ellos de otra manera, y por lo demás Fabián es el Canitrot de la oficina, su naturaleza es así.

—Por eso exactamente es que no me gusta, le sirve todo.

—De chincol a jote —suelto mirándolo fijamente.

—Así es —reafirma entre dientes y aunque suene primitivo su gesto me agrada.

—Mauricio, deja de ver cosas donde no las hay, entre Fabián y yo no hay ni habrá nada.

—Prométemelo.

—Promesa de alita de *boy scout* —sonrío haciéndole el típico gesto con los dedos—. Y ya que estamos en esto, a mí me gustaría que tú no compartieras tanto con María José. —Y al decírselo se pone tenso, y eso sí que no me gusta, algo pasa y lo quiero saber ¡ya!—. No te quedes callado, dímelo. —Intento separarme pero me es imposible, estoy completamente atrapada. Me mira durante unos segundos y lo sé todo, porque si camina como pato, grazna como pato y nada como pato, es porque es pato.

—No puedo prometerte algo que no cumpliré.

Ahora la que se tensa por la respuesta soy yo.

—Escúchame tranquilamente y con la mente abierta, por favor.

—¿Qué?! ¿Quieres que tenga la mente abierta? —comienzo controlando mi tono histérico porque estoy segura de lo que vendrá, y ahora sí que las palabras de Fabián me cuadran, sobre todo las de “ser segundo plato”—, ¿me vas a decir que te la has follado?

—Sí —reconoce.

—¡Hijo de puta! —le suelto y con fuerza lo aparto, pero solo logro quedar a su lado porque tiene mi mano con fuerzas y del hombre que me hacía vibrar y llegar al cielo ya no queda nada, su gesto es adusto y su frente demasiado arrugada para mi gusto.

—Hemos follado algunas veces, pero de eso ya hace muchos años. Ahora solo tenemos una buena comunicación y no existe nada entre nosotros, Beatriz. No mezclo las cosas. ¿Me entiendes?

—¿Entender? —me mofa y vuelvo a tirar de mi brazo, pero es imposible —, quieres que entienda que no mezclas nada, cuando justamente ahora estamos en pelotas los dos ¿y acabamos de follar como conejos? Qué es lo que no mezclas, Mauricio Costabal. ¡Porque no entiendo una puta palabra de lo que dices! No tengo la mente tan abierta.

—No me mezclo con mi familia, ¿me entiendes ahora?

—¿Qué...?! —Dios, ahora sí que no entiendo nada.

—María José es mi cuñada —me suelta, y un balde acompañado de un escalofrío recorren mi cuerpo, Mauricio me toma con sus dos manos y me pone sobre su cuerpo, mi pelo cae sobre nuestros rostros haciendo una cortina, aislándonos del mundo—. Por medio de ella en la universidad conocí a Soledad. Por eso te dije que no nos podemos alejar.

—Dime que esto es una broma de muy mal gusto, por favor, por favor...

Él niega con la cabeza dos veces y mi frente se pega a la de él.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Lo mismo que estábamos haciendo hace unos minutos. Yo estoy enamorado de ti y eso nada lo cambiará, solo necesito que tu confíes y te

sientas segura a mi lado. ¿Eso es tan difícil?

—Claro que es difícil, me acabas de decir que la *calienta José* es hermana de la fina... de tu exmujer —rectifico rápidamente, pero sé que Mauricio se dio cuenta porque levantó una ceja—, que te la follaste en la universidad y aunque me digas que ella no quiere nada contigo sé que eso no es así, porque estoy segura que ella no te ve como a un excuñado precisamente.

—Lo sé.

—¡Qué! ¿Cómo qué lo sabes?, no seas arrogante, Mauricio Costabal.

—No soy arrogante, María José me lo ha dicho, lo hemos conversado.

—¡Ay, no! —suspiro y no teatralmente—, ¿y qué más me falta por saber?, me dirás que tu madre la adora y tu hija la considera su segunda madre —él niega con la cabeza aguantándose la risa, vale, sé que mi reacción es exagerada pero la situación es a lo menos hilarante.

—Mi madre la adora, Sofía no.

—¡Ohhh...! —digo por decir algo—. ¿Con eso debo sentirme agradecida, entonces?

—No, solo debes sentirte agradecida porque te quiero a ti, porque estoy enamorado de ti y no me importa lo que piense ella o el resto. Solo déjame manejar esto a mí, y a mi modo.

—Esto es peor que una novela de las que me gusta leer a mí.

—¿Y no has escuchado que la ficción a veces supera la realidad? Tanto así que jamás imaginé que te tendría así, aquí entre mis brazos, sudada y desnuda.

—Oh, gracias por considerarme. Me siento alagada.

—Alagado me siento yo por tenerte aquí —me dice y me besa derribando de a poco mis barreras autoimpuestas, resquebrajándolas en cosa de segundos.

—Escúchame una cosa, Mauricio, me importa una mierda que sea la hermana de Soledad, y esto te lo digo bien en serio, te prohíbo, y sí, no me abras así los ojos, te prohíbo que interactúes con ella más allá de lo estrictamente profesional. ¿Me entiendes?

Como caballero afirma con la cabeza.

—Y para que te quede más claro aún, no más almuerzos de oficina, a eso

me refiero específicamente, en lo familiar no me puedo meter ni te lo puedo negar porque no soy quien para hacerlo, pero en la oficina es diferente. ¿Estamos claros, Mauricio?

—¿O sino qué? —quiere saber retándome a duelo.

—O sino nada, esto no es una amenaza, no seas infantil.

—Bueno, ahora que ya tenemos este punto aclarado, ¿podemos seguir en lo que estábamos?, solo llevamos un orgasmo.

—Tú llevas dos —le recuerdo besándolo en el momento en que Mauricio atrapa mis pezones y comienza a bajar hacia el sur, y sé exactamente a donde va.

Varios minutos después, realmente exhausta por alcanzar mi orgasmo número cuatro jadeo con la respiración entrecortada y busco en el velador un *colet* para hacerme un moño.

—Me gusta tu pelo suelto y no ese...

—Ese moño de vieja culiada, ya lo sé, pero no sé por qué me muero de calor.

—Yo de hambre —comenta mirándome justo ahí.

—Olvídalo, te traigo algo de comer y de tomar —respondo poniéndome de pie para ir a la cocina. Lleno un vaso de agua, saco un pedazo de queso y justo cuando me estoy volviendo a la habitación suena el citófono y estoy segura que es don Hugo para decirme que Mauricio tiene que ir a correr el auto.

—¿Adivina para quién es? —le informo a Mauricio cuando aparece desnudo por la cocina.

—Que llamen a la grúa, no pienso salir de aquí esta noche.

—¿Qué... qué dijiste?

—Lo que escuchaste, Sofía duerme en casa de mis padres.

—O sea... ¿tenemos toda la noche para nosotros dos?

—Aja.

—¿Y vas a dormir conmigo?

—No sé si dormir, pero en teoría voy a pasar la noche contigo, a no ser

que tú quieras otra cosa.

Feliz me lanzo a sus brazos y ambos caemos al sillón del salón abrazados, atacándonos las bocas, hasta que de pronto un aire helado siento en mi espalda junto con un grito horrorizado.

—¡Beatriz Andrade, qué mierda haces con él y aquí! —chilla Francisca con la cara completamente congestionada, y no precisamente por lo que ha visto.

Mauricio la mira indignado entrecerrando los ojos y yo le hago un gesto para que no diga nada y se levante, en cambio lo único que hace es ponerse un cojín en su humanidad, pero no se mueve.

—¿Además de cabrón eres exhibicionista? —le suelta Fran sorbiéndose la nariz aún desde la puerta.

—¿Y tú no sabes tocar?

—Mauricio, por favor —le pido tendiéndole la mano, y peor que un crio lanza el cojín a los pies de Francisca y ella en respuesta lo patea de vuelta, ahora mi precioso cojín de diseño parece pelota de fútbol, así que antes de que uno de los dos haga un gol, con destrozo incluido, lo cojo y lo dejo sobre la mesa, luego tiro de la mano de mi adolescente favorito y lo llevo a la habitación.

—¿Qué hace ella aquí? —es lo primero que me dice apenas llegamos a mi habitación.

—No sé —respondo pensando en que realmente los hombres a veces tienen solo dos neuronas, una para pensar y la otra para..., bueno, ya se imaginarán para qué.

Rápidamente me pongo una camiseta y las bragas pero ante su cara de espanto me detengo.

—¿Qué?

—¿Vas a salir así?

—Por Dios, voy al *living* y Fran me ha visto con menos que esto.

Vuelve a abrir los ojos, pero esta vez no me quedo, voy directa al *living*, y antes de llegar siento los brazos de mi amiga rodeándome el cuello.

—Chanchita... —le llamo cariñosamente, pocas veces en la vida me deja que le hable así—. ¿Qué pasa?

—Lo primero que quiero que sepas es que toqué, te llamé por citófono y como no respondiste pensé que no estabas y usé la llave de emergencias... y... —comienza a hipar.

—Eso no importa, dime, ¿qué tienes que me estás preocupando?

—Roberto se va a casar con su ex —me suelta y zaz, se larga a llorar desconsolada en mi hombro.

—Roberto, ¿tu Roberto? —le pregunto solo para que me lo confirme—, pero ustedes no habían terminado hace tiempo, porque tú lo dejaste.

—¡Pero no para que corriera a los brazos de esa zorra aprovechadora! —se altera separándose de mí, abriendo el ventanal para tomar aire—. ¡Así no tenían que suceder las cosas!

—¿Cuándo estuviste con Roberto por última vez? —me atrevo a preguntarle a pesar de las consecuencias.

—Hoy en la mañana —susurra más bajo.

—¿Cómo qué hoy? Si tú misma nos has dicho que todo se acabó y que lo odias con todo tu corazón...

—¡Mentira! —se sincera de una vez por todas y vuelve a llorar—, hemos ido y venido todo este tiempo.

—Pero nos dijiste...

—¡Todo lo que les dije era para creérmelo yo, yo que soy una mujer resuelta, que lucha por los derechos de los demás no soy capaz de respetarme y estoy con un desgraciado que lo único que ha hecho es cagarme desde el día uno! ¡A mí!

—Fran...

—¿Qué voy a hacer ahora?, dime —llora en mi hombro—, se va a casar, y ahora sí que lo voy a perder de verdad, Bea.

—Por lo pronto, calmate, voy a llamar a las chicas y en media hora estaremos todas comiendo helado.

—¿No podríamos emborracharnos y perder la conciencia para olvidar?

Niego con la cabeza, le doy un beso, la dejo sentada y camino lentamente a donde sé que voy a tener un problema monumental, pero las amigas son las amigas, por mucho que el hombre de mis sueños y de mis pesadillas esté esperándome.

Mauricio está encima de la cama totalmente desnudo con esa sonrisa ladina y un brazo atrás de su cuello.

—Ya se fue, la *feminazi*.

—No le digas así —lo regaño con cariño y me siento a su lado para tomar aire.

—¿Y cuánto más se va a quedar? —pregunta mirando la hora.

—Escúchame, así como tú me pides que tenga la mente abierta —comienzo utilizando sus mismas palabras—, yo te pido que hagas lo mismo, por eso...

—Olvídalo —me corta enérgicamente—, no es miércoles, no es día de tus amigas. ¡Es mío! Mío, Beatriz.

—Mauricio, entiéndeme —murmuro tratando de que entienda, aunque me encanta el gesto y la posesividad de sus palabras, no puedo.

—No, no voy ni quiero entenderte, así de simple, así que elige, ella o yo.

—¿De verdad me lo estás preguntando? —lo interrogo totalmente incrédula.

—Elige —repite poniéndose de pie.

—Mauricio..., por favor.

—Perfecto, veo que ya tomaste una decisión —me mira furioso y yo asiento lentamente.

En cosa de segundos y como si nada va al *living*, trae su ropa, se la pone y una vez que está listo me vuelve a mirar y sin decirme nada camina hacia la puerta.

—Mauricio, no te vayas así.

—Señorita Andrade —espeta con esa mirada que odio, siendo el cabrón de siempre—. Espero que pase una buena noche, porque la mía así lo será.



Abro los ojos como plato, pero no pienso darle en el gusto discutiéndole algo que sé que no hará, ¿o sí?

Justo antes de salir, sin compasión alguna mira a Francisca que está hecha un ovillo en el sillón, pero no por eso ella no le devuelve una mirada con rabia. Son como dos titanes retándose, y eso no me gusta nada, y justo cuando creo que se va, Fran le suelta:

—Cierra bien la puerta, aquí no te necesita nadie.

—Claramente a ti tampoco —bufa con esa maldita sonrisa—, y no es difícil adivinar por qué —concluye dando un portazo, dejándonos a las dos con ganas de responder.

Y ahora sí qué sé, que voy a tener muchos problemas... ¡Y por partida doble!

*“El infierno puede ser divertido si estás con el demonio correcto”*

Al cerrar la puerta me planto frente a mi amiga que de mártir en este momento no tiene nada y poniéndome las manos en la cintura le suelto:

—¿Era necesario, Fran?

—¡Bah...! —me dice mirando hacia otro lado—. Me gusta más verlo en tono cabrón que todo sumiso.

—Me estás... —se me queda la palabra atascada porque no creo lo que escucho.

—¡No! Ya, te lo dije, ¿qué? ¿Quieres que te mienta? ¿Qué tiene que hacer ese hijo de puta aquí? ¡Dime!

Mi cabeza se mueve lentamente porque juro por todos los santos que no quiero creer lo que estoy escuchando, no de mi amiga, no de Fran y como soy idiota con cautela le pregunto:

—¿Me estás hablando en serio?

—No bromearía con un tema como este.

—¡Es qué no lo puedo creer! —chillo un poco más fuerte—, ¡juro que no lo creo! ¿Me estás diciendo que te molesta verme con Costabal? ¿Cuándo tú sabes todo lo que ha pasado entre nosotros?

—Ese HDP no te conviene— comenta con displicencia y juro que mi nivel de tolerancia está a su máximo nivel.

—¿Qué no me conviene? ¡Qué no me conviene! ¡Tú eres mi amiga! Se

supone que las amigas se apoyan, ¡para eso estamos! —grito—. ¡Y se supone que nos contamos todo! —digo esto último sabiendo que le molestará.

—Bueno, claramente no nos contamos todo, sino yo jamás hubiera venido hoy a... interrumpirte —recalca sonriendo sin luz, sé que solo se está blindando, y a veces, solo a veces tengo más inteligencia emocional, aunque espero que pronto llegue Claudia y nos ilumine a ambas, porque en este momento quiero matarla... y de verdad.

Y como si el universo me escuchara tocan el citófono y con eso sé que ha llegado la caballería.

Ambas nos miramos retándonos con la mirada y caminando como a cámara lenta voy hacia la puerta dejándola abierta para que las chicas entren. Cinco minutos después Claudia junto a Paula aparecen y sin siquiera tener que decirles algo abrazan a Francisca, y al ver que no me acerco es Claudia la que me interroga.

—¿Qué sucede aquí entre ustedes dos? —señala moviendo su dedo perfectamente esmaltado.

—Sucede —toma aire Fran y con eso sé que aún está en sus cinco—, que lo primero que veo cuando llego es a esta tirando con el HDP en el sofá.

Paula levanta las cejas en forma divertida, en cambio Claudia toma su tiempo para hablar, pero antes de que lo haga soy yo la que me adelanto.

—Sí —afirmo con la frente bien en alto—, estaba con Mauricio.

—¡Se los dije! —berrea apuntándome, cual niña chica que no es.

—¿Tu jefe estuvo aquí? —pregunta Claudia.

—Sí, hasta hace un rato estuvo conmigo, ¿algún problema?

—¡Claro que hay un problema! —salta Francisca y ahora sí que mi paciencia se agota.

—Mira, Francisca —la detengo enérgica—, aquí yo no soy el problema porque estoy en mi casa, y da la casualidad que me encontraste con Mauricio, que para tu información es el hombre con quien tengo una relación, la cual, todas ustedes —digo apuntándolas—, ¡ya sabían! El tema aquí no soy yo, ¡sino tú! Y cómo no soy una desgraciada como otras, no te voy a acribillar por no habernos contado que aún estabas con Roberto, sino que te voy a prestar el

hombro para que nos cuentes cómo te sientes.

—Tiene razón Bea —acota Paula sentándose a mi lado—, esta es su casa y por lo demás no ha cometido ningún crimen.

—Es cierto —afirma Claudia sentándose a su lado, cogiéndole las manos porque aunque es casi imperceptible, mi amiga está temblando—, ahora, Fran, cuéntanos qué pasó.

—Estoy enamorada de Roberto —murmura bajito mirando el suelo, por un minuto estoy tentada en preguntarle qué dijo, pero aún tengo alma y me quedo callada para seguir escuchándola—, nunca ha sido diferente, y cuando terminamos continuamos viéndonos, pero al parecer él ya no siente lo mismo por mí.

—Fuiste muy dura con él —acota Paula, ya sé por dónde va, y estoy segura que a Fran no le gustará—, tú no te quisiste ir a vivir con él, no quisiste dar el siguiente paso y terminaste la relación.

—¡Pero no para que se fuera con su ex! —se desespera y es Claudia la que la calma—, ¿cómo pudo hacerme una cosa así?, ¡a mí!

—Porque tú lo dejaste —repito las mismas palabras de Paula—, jugaste con fuego y te quemaste, querías probarte a ti misma que no necesitabas de nadie para ser feliz, te enamoraste y huiste.

—Sí —dice Claudia—, lo tenías todo en ese momento, eras feliz, pero te aterraste, de un día para otro decidiste quedarte sola, eso, chanchita, es lo que te pasó y claro, Roberto superó la etapa, en cambio tú...

—Yo no la superé... ¡y ahora me voy a quedar sola por idiota!

—No te quedarás sola —revela Paula—, nos tienes a nosotras.

—Claro, aquí estaremos —manifiesto sería—, siempre y cuando seas sincera contigo y con nosotras, porque si nosotras nos unimos a tu causa, es justo que sepamos por qué luchamos.

—Es verdad, ¿por qué no nos contaste nada? —susurra Claudia.

—Para qué —se encoge de hombros.

—¿Para qué te aconsejáramos ponte tú?, porque somos amigas, por qué si sabes qué significa eso, ¿verdad?

—Bea —habla Paula en modo conciliadora—, te estás pasando.

—No, Pau, ¿sabes qué me sucede realmente? No me molesta haberme perdido la primera noche completa que iba a pasar con Mauricio por quedarme con ustedes, juro por Dios que no es eso, pero sí me molesta que Francisca, doña perfecta, nos critique a todas cuando nos equivocamos, y que además se quite la rabia culpándome a mí.

Nadie dice nada, un silencio se produce en el *living* y como no puedo soportarlo ni ser sónica les digo que voy a la cocina a preparar café, creo que nos quedan al menos un par de horas conversando, arreglando nuestro mundo. Cuando estoy con los ojos cerrados apoyando la cabeza en el mueble siento que alguien entra y posa su mano en mi hombro, no me muevo, tengo claro quién es.

—Tú sabes cómo es Francisca, no te enojas con ella, es así.

—Claudia —suspiro—, no me enojo, me duele que es peor, ¿por qué no solo puede estar feliz por mí? No le pido que salte, ni que me dé una medalla, pero reaccionar así es injusto.

—¿Y qué va a pasar cuando Costabal trapee el piso contigo? —pregunta Francisca entrando de improviso—, ¿me meto la medalla por el culo?

Lentamente me giro con una sonrisa sarcástica y le suelto:

—¿Qué es lo que realmente te preocupa, Francisca?, ¿qué te tengas que meter la medalla por el culo, o verla colgada de mi cuello?

—No sabes dónde te estás metiendo. Y por caliente te vas a cagar la vida.

—Prefiero cargármela por caliente que por cobarde —escupo mirándola directo a los ojos, ninguna de las dos quiere rendirse y si no es por Claudia que se lleva a Francisca estoy segura que habríamos seguido así por mucho tiempo más.

En el *living* del departamento a penas cruzamos palabras, yo escucho atentamente todo lo que cuenta y no puedo negar que muero de ganas de abrazarla, está sufriendo, pero me quedo en mi lado y veo como mis amigas lo hacen por mí. Después de dos cafés, una *cassata* y media de helado de chocolate y varios centímetros cúbicos de lágrimas, las chicas se van a sus casas. Son casi las cuatro de la mañana y yo estoy aquí sentada sola mirando el techo. Varios minutos pasan hasta que el timbre suena.

« ¿Qué quieren las chicas ahora?», pienso en tanto me apresuro para que dejen de tocar, pero al abrir la puerta me quedo petrificada.

—¿Puedo pasar?

La voz de un cansado Mauricio suena por todo al rededor, mis ojos se abren como dos faroles encendidos.

—No quiero volver a cometer errores por ser orgulloso, ya lo hice una vez y casi me muero —suplica—, por favor déjame pasar esta noche contigo.

Estoy absolutamente confundida porque Mauricio Costabal acaba de suplicarme algo a mí y porque supongo que ha esperado todo este tiempo a que las chicas se marchen.

Obligo a mi cuerpo hacerse a un lado y dejarlo entrar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —la respuesta es bastante obvia pero necesito escucharla de él. Mauricio da un paso hacia adelante mirando a todos lados como si fuera la primera vez que entra.

—Discúlpame por lo de antes, aunque no por eso estoy de acuerdo con lo que hizo tu amiga, ¿no sabe tocar? —Su mano toca la mía y es él quien me guía hasta el sillón.

—No te fuiste...

—Me quedé en el auto hasta que vi salir a tus amigas, no hay otro lado donde quiera estar.

—¡Ay, Mauricio!

—¿Quieres que me quede esta noche contigo?

Sin responderle nada porque las palabras están atascadas en mi garganta apoyo la cabeza en su pecho y siento como su corazón late fuertemente, cosa que para mí es como si fuera la más hermosa de las melodías.

—Sé que no estuvo bien lo que le dije a Francisca.

—Ella tampoco actuó de lo mejor —admito porque la verdad es que estuvo pésimo—, no hablemos de ella, solo... abrázame fuerte.

Mauricio sonrío, su rostro se ilumina de alegría y excitación, en tanto yo me estremezco entre sus brazos.

—¿Quieres ir a dormir?

—¿Tú quieres ir a dormir? —le respondo con una contra pregunta levantando una ceja.

Ahora sí que su risa suena por todo al rededor y es un beso de esos que me gustan tanto el que me abre un abanico de posibilidades haciendo que me olvide del mundo, permitiéndome solo sentirlo a él, hasta que de pronto muerde mi labio inferior con tantas ganas que gimo en su boca, prisionera de un placer punzante que me atrapa inesperadamente. Lejos de pedir perdón sus manos comienzan a actuar sin vergüenza como si todo lo que tocaran les pertenecieran, y en cierto modo...así es, ya que mis bragas en cosa de segundos se humedecen y mis pezones se endurecen.

Al llegar la mañana, como todos los días, el despertador comienza a sonar a las seis cuarenta y cinco, y cuando voy a apagarlo me doy cuenta que no me puedo mover, tengo una mano y una pierna encima de mi cuerpo, lo primero que se me escapa es una sonrisa y un suspiro del alma. ¿Cuándo iba a imaginar que amanecería con Mauricio Costabal? ¡Nunca!

Con un poco de timidez me giro para mirarlo y despacio me acerco a su boca con dulzura cubriéndolo de pequeños besos para que despierte, hasta que el diablo lo hace en su lugar introduciendo su lengua. Su boca ardiente contra la mía empieza a explorar impaciente en tanto nos vamos sumergiendo un poco más.

Me rodea con las manos acariciándome la espalda, atrayéndome todavía un poco más. El roce de sus dedos me hace temblar de excitación, todo mi cuerpo vibra en tanto mis terminaciones nerviosas se revolucionan al contacto con su cuerpo.

Nos besamos durante un buen rato, absorbiendo el aliento del otro, provocándonos, jugando hasta que nuevamente el despertador suena y con eso sé que ahora sí que estamos muy atrasados.

—Mauricio...

Nada en respuesta, solo un gruñido posesivo que me indica que no quiere que me mueva, pero la parte responsable aflora desde mi interior.

—Vamos a llegar tarde.

Otro gruñido, pero esta vez acompañado de una mano que acerca mi boca

a la suya haciéndome alucinar en todos los colores de la rosa cromática poniendo énfasis en los tonos rojos.

—Mau...

—No hables —me ordena y es todo lo que puedo decir porque ahora sí que ya estoy perdida. Y así como si el tiempo no nos apremiara se introduce lentamente haciéndome vibrar.

Exactamente quince minutos después ambos apurados corremos por la habitación, en realidad un poco más yo que Mauricio, ya que él se ha dedicado la mayor parte del tiempo a mirarme, y aunque estoy tentada en decirle alguna pesadez me contengo, todo lo que ha pasado ha sido hermoso.

Sin siquiera un café en el cuerpo, y muy muy atrasados salimos de mi departamento. Durante todo el trayecto nuestras manos están unidas y yo juro que me siento en la gloria, pero cuando ya quedan pocas cuadras me tensa.

—¿Podrías dejarme por acá? —y como si ahora fuera la niña del exorcista Mauricio se gira rompiendo toda la magia que teníamos—, es... es para que no nos vean llegar juntos.

Y así, sin avisarme detiene el auto, y esta vez agradezco estar con el cinturón puesto porque si no estoy segura de que hubiera llegado hasta el parabrisas.

Me aganto el improperio que tengo ganas de decirle y con toda la calma del mundo me bajo sin siquiera mirarlo, a los pocos segundos él acelera el auto mostrando esa superioridad que tanto le gusta.

Media cuadra después Fabián me coge por sorpresa comprando dos café para llevar.

—¿Ese café es para tu jefe? —me pregunta así, de rompe y raja, sin anestesia.

Trago saliva y poniendo en cosa de segundos mí mejor cara respondo:

—¡Estás loco! ¿Por qué sería para el señor Costabal?

—Porque te acabo de ver bajándote de su auto —inquire levantando una ceja.

—¡Vengo del metro! —miento como Pinocho—, creo que debes usar gafas



con aumento.

—No soy ciego.

—Pues ahora lo has sido —comento y comenzamos a caminar demasiado juntos para mi gusto, siempre hemos tenido afinidad, pero la mano en mi cintura no es necesaria, aunque en este momento me lo tengo que aguantar.

—Bea,... ¿sabes que en mí puedes confiar, verdad?

—Por Dios, Fabián, qué dices, ¿cómo se te ocurre pensar que entre Mauricio y yo hay algo? —le suelto sin ser consciente de que ya estamos esperando el ascensor y varios de mis compañeros me escuchan.

—¿Mauricio? ¡Cuánta familiaridad!

—¿Y qué quieres que te diga? —respondo más bajito solo para él—. Si me estás diciendo una estupidez del porte del cerro Santa Lucia.

Justo cuando me va a responder las puertas se abren y somos abducidos como corderos al matadero hasta el último rincón, y es ahí cuando la cercanía de Fabián me molesta, él se pone frente a mi aprisionándome contra la pared, su mano pone una hebra de pelo detrás de la oreja y por primera vez siento no llevar el moño de vieja... de mierda que tanto odia el señor Costabal.

—Escúchame, Beatriz —me calla poniéndome un dedo en la boca—, no hagas cosas de grandes que después te puedes arrepentir.

—¿Pero qué estás diciendo?

Maldición, nos detenemos en el segundo piso y entra más gente aún, ¡¿qué nadie sabe usar las escaleras?!

—El tipo es un cabrón, eso lo sé yo y todo el mundo aquí.

—Escúchame una cosita, Fabián, ante todo jamás te he dado la confianza para que me hables así, y para que te quedes tranquilo, entre el señor Costabal —recalco ganándome un Oscar, un Grammy y los Globos de Oro—, entre ese hombre y yo no hay ni habrá nada, ¡somos completamente diferentes!

—Lo único que quiero que entiendas —me explica tomando mi rostro con sus dos manos. Demasiado serio para mi gusto, ni rastro del “Canitrot” de siempre—, es que no te ilusiones con un hombre que solo es un buen envase por fuera...

—Fabián —suspiro y hago lo mismo que él está haciendo conmigo—, de verdad no te preocupes, y para que lo sepas, este café —digo enseñándoselo —, es para Raúl que todos los días me trae un queque hecho por su señora, ya era hora de retribuirle con algo, ¿o no?

—Eso espero, Beita —concluye poniendo su frente sobre la mía en una conciliación honesta y sin mala intención, al menos por parte de él, porque solo yo le he mentado.

Hasta que de pronto siento como se despega un tanto desorientado y la última voz que quería escuchar retumba en esta caja de metal rodeada de espejos.

—¿Qué crees que estás haciendo, Fabián Cabrera?

—Lo que ha visto, señorita María José, ¿o necesita que se lo explique?

—¡No! No es... —intento aclarar las cosas, pero esa mirada fría e hiriente me detiene.

—Dentro de esta empresa está prohibido tener relaciones, ¡lo dice el reglamento! —le grita con furia a Fabián y agradezco que las dos personas que quedan no son de nuestra empresa, sino que de otra oficina de turismo dos pisos más arriba que la nuestra.

—¿Usted lo tiene claro, jefa?

—¡Esto no se va a quedar así!

Aprovechando que el ascensor se detiene y aprovechando que ellos dos están en una acalorada discusión salgo sin ser vista.

Con el corazón acelerado decido irme por las escaleras, espero que Fabián logre apaciguar a *caliente José*, porque si no, no solo él tendrá problemas, y esta vez sí que soy inocente de todo cargo.

A penas cierro la puerta de las escaleras de servicio me topo con Mauricio que me mira extrañado, pero sin perder su estilo al ver que nos miran responde:

—Levántese más temprano si va a utilizar las escaleras —y mirando su reloj agrega—: llega cinco minutos tarde, los mismos que recuperará de la hora del almuerzo. ¿Le queda claro, señorita Andrade?

Mis compañeros están alucinando con el espectáculo, y como hace cinco minutos me convertí en actriz, decido volver a mi reciente rol adquirido y responder:

—Sí, señor Costabal.

Con eso y con una sonrisa de suficiencia camina hacia el escritorio de Carmen, recibe unos papeles y da un portazo muy al estilo Costabal.

Raúl es el primero en acercarse y aprovecho para entregarle el café que no era para él, por supuesto feliz lo recibe, y antes de que me abrace camino directo a mi puesto para empezar a trabajar.

Al mediodía recibo un llamado de Fabián para informarme que todo está bien, que me quede tranquila, que todo está arreglado, y con eso al fin el alma me vuelve al cuerpo.

Miro el WhatsApp de “Las Brujas” todavía no he saludado, pero no soy la única, Francisca tampoco, eso quiere decir que aún está enojada.

Al dar la una, todos mis compañeros salen a almorzar, y yo como si estuviera en el colegio castigada por la profesora me quedo sentada esperando que pase el tiempo de mi castigo.

Cuando me levanto en vez de ir al ascensor decido hacerlo por las escaleras, no tengo ninguna gana de encontrarme con *calienta José*, y si algo tengo claro, es que esta caja escala solo se usa cuando la modernidad se ha echado a perder, ¡por eso tanto sobrepeso en Chile!

Justo cuando estoy abriendo la puerta presurizada escucho:

—¿A dónde cree que va, señorita Andrade?

Miro alrededor y no hay nadie, pero dispuesta a seguir con este jueguito respondo:

—Recuperé el tiempo que me dijo, señor Costabal, ahora si no le importa y no tiene nada más que decirme, me voy a comer.

Dicho esto lo miro con una sonrisa pícaro y los ojos chispeantes, y acto seguido entro a la caja escala. En cosa de segundos siento que él también entra, no bajamos ni un piso cuando sus manos atrapan mi cintura por la espalda produciéndome un gran escalofrío que me hace temblar.

—¿O sea que usted diría que su jefe es un cabrón, señorita Andrade?

—Mejor dicho imposible, señor Costabal —sonríó—, pero es un cabrón con suerte.

—¿Ah sí? —comenta pegándose completamente a mi espalda y yo ya puedo sentir algo más que su respiración—, ¿y por qué sería un cabrón con suerte?, si se puede saber —ronronea como el diablo seguro de sí mismo que es.

—Porque aceleró a dos metros del semáforo en rojo, atravesó la calle sin mirar, ¿y...me vas a creer que es un obsesivo con las leyes de tránsito?—me mofo al final.

—Beatriz —ruje mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—Te pasaste la roja, fuiste un irresponsa... —antes de poder terminar me gira con brusquedad y me mira anonadado.

—¿Te preocupas por mí?

Su pregunta me deja marcando ocupado por unos segundos, ¡este hombre realmente es tonto! Me empujo más hacia adelante y mis manos se posan detrás de su nuca, en respuesta a eso los dedos de una mano se enmarañan en mi pelo, ¡y ahora sí agradezco no llevar el famoso moñito! En tanto la otra comienza a recorrer mi muslo lentamente, tal cual como las torturas que a él le gusta ejercer y a las que a mí me gusta someterme.

—¿Quiere que le diga cómo me preocupo de usted y de sus necesidades, señor Costabal? —pregunto tocándole el bulto que sobresale de su pantalón—. Y para que vea que además de ocuparme de sus necesidades también escucho lo que dice, siga subiendo su mano...

—Ligas —me corta cuando descubre lo que me he puesto hoy—. ¿Te está esperando alguien para ir a almorzar? —me pregunta refiriéndose a Raúl.

—Nadie.

—Perfecto, entonces creo que me voy a quedar aquí —anuncia llegando hasta mis bragas ya húmedas—, un poco más.

—No tengo ninguna objeción, señor Costabal, me lo estoy pasando de maravilla, eso claro siempre y cuando mi jefe, después, me de cinco minutos para bajar a comprar algo porque si no me voy a morir de hambre durante la

tarde.

Claramente mi “Mauri” ya no me está escuchando, su mano hurga en el sur y la otra por la cordillera que solo tiene dos cerros normales haciendo que mi mente ya empiece a volar.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que todos vuelvan de almorzar?—me pregunta, y aunque estoy tentada en decirle que cuarenta y cinco minutos como todos los cristianos y aprovechar de quejarme por el poco tiempo, ya que él como gerente se toma hora y media , me arrepiento y decido olvidarlo centrándome en este momento.

—Media hora como mucho.

Ante esa respuesta sus dedos se cuelan bajo mi ropa interior adueñándose de todo. Me rodea la cintura y con cuidado levanta mi pierna derecha mientras yo bajo las manos para liberar lo que a continuación me hará muy feliz mientras nuestras lenguas juegan a su propio y frenético compás.

En este momento no existe nadie más que él y yo tocándonos con pasión, escuchando apenas nuestros gemidos ahogados que rezan por ser oídos. Sus caderas se acoplan perfectamente y gracias a mis tacos, quedo a la altura perfecta para ser asaltada de la mejor manera que puede existir. A pesar de la posición, la primera embestida llega asertivamente y mi grito es acallado por su boca que se bebe cada uno de las estocadas siguientes mientras mi pecho choca con el suyo. Y mi mente reclama cada sentimiento que Mauricio me pueda entregar.

—Necesito todo de ti —le suelto desde lo más profundo de mi corazón al momento que un orgasmo arrasador comienza a invadirme mientras mis piernas apenas son capaces de afirmarme. Y como si fueran luciérnagas ante mí aparecen palabras de amor que siempre me sorprenden cuando vienen de Mauricio Costabal, mi mente no sabe cómo procesarlas, y como no lo sé, en vez de responderle con palabras, lo beso apretándolo todavía más haciendo que tan solo por un momento ambos seamos únicamente un solo ser entregándonos placer.

—Quiero que vengas a cenar a mi casa mañana.

—Pero... —murmuro atontada, agotada física y psicológicamente incapaz de poder entender la invitación en toda su extensión.

Un beso tierno y a la vez violento cierra un acuerdo que no soy capaz de aceptar con palabras. Mauricio se separa con una sonrisa satisfecha y como si fuera mi padre me arregla la falda y abotona mi blusa, luego sin ganas de separarnos ambos nos miramos a los ojos y cuando dejamos de jadear él es el primero en darse la vuelta y subir los escalones para llegar a su oficina.

—Cómprase algo de comer, señorita Andrade.

—¿Para recuperar fuerzas dice usted, señor Costabal?

No me responde nada solo me cierra uno de sus preciosos ojos y con eso me siento en el séptimo cielo. Con cuidado y con las piernas todavía temblando por lo que acaba de pasar llego al *lobby* y lo primero que me encuentro al salir es a la jefa de recursos humanos conversando con don Agustín. Me tenso, pero es la sonrisa amable de ese hombre que me tranquiliza.

—Beatriz —me saluda dándome un beso y me siento incómoda de que me toque, es como si mi frente dijera “Alto, recién follada”.

—Don Agustín, ¿cómo está?

—Aquí, esperando a Mauricio, tenemos una reunión y llevamos un rato esperándolo.

No es necesario que diga nada porque los colores de mi cara se encienden y sé que incluso me cuesta hablar.

—No sé dónde se ha metido, no está en su oficina —agrega María José por supuesto sin mirarme.

—Qué extraño —suspira don Agustín mirando su reloj—, debería estar acá ya hace diez minutos, él nunca se retrasa —y mirándome agrega—, ¿vienes de tu oficina?

—Eh... —titubeo un par de segundos, la verdad es que no sé qué mierda responderle—, no señor, estaba en la fotocopidora.

—Pero Beatriz, no debes pasar la hora de almuerzo trabajando —dice amorosamente—, debes tomarte tu tiempo, esa máquina no se moverá de ahí.

—No te vi —aguijonea la jefecita con ponzoña, y antes de que pueda decir más las puertas del ascensor se abren y aparece el motivo de mi felicidad, pero a medida que se va acercando creo que me voy a morir y la ansiedad

empieza a desesperarme. Como una verdadera actriz me adelanto en tanto los ojos de Mauricio se abren sorprendidos y supongo que los que me miran desde atrás ahora también.

—¡Señor Costabal! —exclamo para que se detenga y deje de caminar—, don Agustín me ha dicho que va a una reunión —él me mira sin entender nada y yo continúo—, necesito que me firme unos papeles urgente.

—Ahora no, señorita Andrade, voy retasado —comenta mirando su reloj, haciéndome un gesto.

—Es sumamente necesario —le repito y estoy tentada a tomarlo del brazo, pero eso sería delatarme.

—Lo que tengas que decirle a Mauri puede esperar, no seas imprudente, Beatriz —como si fuera la niña del exorcista me giro pero me contengo de mirarla igual, o en su defecto vomitarla, luego miro a Mauri y le abro tanto los ojos que creo que se me van a salir, él gracias a no sé qué deja de caminar y me dice suspirando.

—¿Qué es lo tan importante que necesita, señorita Andrade? —gruñe.

—Que firme una autorización para impuesto internos, tiene que ser antes de las dos.

Ahora sí que me mira incrédulo.

—Ya son casi las dos —suelta malhumorada María José y es ahí cuando el idiota de Costabal, que es muy inteligente para algunas cosas y muy retrasado para otras, ve su reloj de pulsera y yo aprovecho para soltarle.

—Quedan cinco minutos, señor Costabal, si sube ahora a la oficina me los puede firmar —y antes de que diga algo corro a afirmar las puertas del ascensor que están a punto de cerrarse, él, enojado camina con parsimonia y yo estoy a punto de gritarle, cuando las malditas puertas se cierran malhumorado sube la voz.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Por la cresta, Mauricio, ¡mira! —le digo tirando de su camisa para que vea la mancha de lápiz labial, él al verla se tensa como nunca antes lo había visto y dice:

—No sé de dónde salió eso, te lo juro por Sofia.

Ante su vehemente respuesta me entra una risa nerviosa incapaz de controlar, si antes me miraba feo, ahora me quiere comer, como puedo dejo de reír y entre carcajadas respondo:

—Es... es mía, eso ya lo sé, pero no pueden verte así.

—Mierda —es lo único que dice y acto seguido me abraza besándome el pelo—, ¿por qué no me lo dijiste antes?

Ahora sí que la sorprendida soy yo, le salvo el pellejo y ni siquiera un gracias recibo.

Ambos entramos al baño y con el jabón líquido le limpio lo mejor posible, menos mal que el color es rosado y no rojo sino otra sería la historia, una vez que termino lo arreglo lo mejor posible y como si yo fuera su mamá hasta le acomodo el mechón rebelde que se le escapa de su siempre tan perfecto peinado.

—Listo, ahora ya puedes ir a tu reunión.

—No sé si alcance a volver, vamos a una auditoria —se disculpa en un tono tan solícito que me estremece.

—No te preocupes, hoy es día de chicas, mañana nos vemos a la misma hora y en el mismo lugar —le comento cerrándole un ojo para que se vaya tranquilo.

—Me gustaría que fuera diferente, te voy a extrañar.

—Y yo, pero por favor ahora ándate que no quiero que se demore más tu reunión.

—Estás loca, sino bajas conmigo ahí sí que pueden sospechar —me regaña como si él hubiera descubierto todo y no yo.

Ambos volvemos a bajar y cuando nos encontramos todos en el primer piso veo algo extraño en la cara de María José, es más, podría jurar que recorre a Mauricio completamente, ¡la muy yegua lo está escrutando!

—Nos vamos —habla don Agustín y con eso al fin los tres salen del edificio y yo logro respirar en paz.

La tarde como siempre se me pasa increíblemente rápido, aunque por primera vez en mi vida deseo que mi señor Costabal vuelva de la reunión y



ansío verlo, aunque sea de lejos.

A las seis de la tarde me voy con la esperanza de juntarme hoy con las chicas, pero nada, no hay quórum en el grupo, Fran aún no da señales de vida y Paula está con *Andrés* y no quiere salir ni a la esquina, aunque no por eso Claudia no me dice que vaya a su casa, así que paso a comprar un par de cositas ricas y así cenamos juntitas.

Casi a la media noche después de haber aclarado muchas cosas y odiar menos a Fran por todo lo que conversamos decido mandarle un mensaje de WhatsApp.

**El valor de una mujer comienza por su propia causa y tú tienes una batalla que dar, no con Roberto, sino contigo misma y se llama perdón.**

**23:46**

Justo cuando estoy abriendo mi puerta el maullido de un gato me indica que tengo un WhatsApp.

**¿Eres la reencarnación de Nietzsche?**

**23:55**

Decido no responderle, pero me queda claro que lo leyó y espero que algo le quede.

Al otro día me despierto feliz, voy a ver a mi jefe y como si eso fuera poco cenaremos en su casa, ¿podría tener un mejor día que este?

Para mi mala suerte en la oficina todo está como siempre, y a pesar de que son las once y media aún no veo al señor Costabal. No me atrevo a preguntarle a Carmen por él así que me dedico a trabajar, pero ni así me lo puedo sacar de la cabeza.

Después de la hora de almuerzo cuando vuelvo veo la puerta de la oficina de mi cabrón favorito abierta, eso solo puede significar... ¡que ha llegado!

Tomo un par de carpetas y con la excusa de una revisión camino directo

hasta su oficina, pero es Carmen la que me detiene.

—El señor Costabal está ocupado con una clienta, si necesitas que te firme algo déjalo sobre mi escritorio y cuando se desocupe se los hago llegar.

—No es necesario, puedo esperar —le respondo muy interesada en lo que está sucediendo adentro, porque ahora ambos se están riendo, y que el señor Costabal se ría... ya es demasiado raro.

—Beatriz —me saca de mis pensamientos Carmen con su voz dura, sé que aún está enojada conmigo—, si quieres te aviso cuando se desocupen.

—¿De verdad?

—No porque no me gusta lo que sucede soy una desgraciada —me sonrío tras varios días y yo me siento un poco más tranquila.

Varios minutos después el motivo de mi preocupación sale de su oficina, solo un par de segundos transcurren hasta que nuestras miradas se juntan en algo que va más allá de un saludo, pero mi sonrisa se desvanece al ver a la despampanante mujer que ahora lo acompaña.

Es realmente wow, no es que sea ni muy alta ni muy baja, ni muy gorda ni muy flaca, es... casi normal, pero la seguridad y la prestancia que utiliza al caminar le dan ese halo de superioridad digno de admirar.

—Hasta luego, Kristal —le dice Mauricio.

—Chao, y en serio piensa en la invitación que te hice, de verdad estaría encantada de que conozcas el lugar. ¡Eres bienvenido!

—Veré cuando puedo dejarme caer por ahí, ya lo veras.

—¡Yo feliz! —chilla ella y su mirada se ilumina. ¿Qué mierda está pasando aquí que yo no sé?

Carmen le habla y mi oído se agudiza aún más.

—Perdón, señorita, ¿cómo me dijo que era su nombre?

—Kristal del Cielo Rodríguez Rodríguez.

«¿Kristal del Cielo? ¿Y ese qué nombre es? ¿Existe?»». Todas esas preguntas cruzan por mi cabeza cuando la veo yo y todos mis compañeros que ahora babeaban por ella, y justo cuando las puertas del ascensor se abren aparece Fabián que ni corto ni perezoso le da una repasada completa, cosa que

a ella parece no importarle, hasta que le suelta como quien habla del tiempo.

—¿Usted es, Kristal?

—Sí —le sonrío amablemente.

—Esa Kristal, ¿Kristal del Cielo?

—La misma que viste y calza —le responde haciéndole una reverencia teatral.

—¡Wow, es qué... es qué —lo escucho tartamudear por primera vez en mi vida—, no lo puedo creer!, ¡usted aquí!

—Bueno, alguien tiene que llevar la contabilidad —le responde ella—, y solo he escuchado buenas referencias de este lugar.

—¿Podría sacarme una foto con usted?

«¡Anda ya! ¡¿Y esta mujer quién cresta es?! En mi vida la había visto».

La tal Kristal, amablemente posa a su lado y se toman una foto, cuando se va la curiosidad que mato al gato y desde luego a mí me hace levantarme de la silla y correr hacia Fabián que le trae unos papeles a Carmen.

—¡Contigo quiero hablar! —le digo apuntándole con el dedo y él levanta las manos en forma cómica.

—Acompáñame a la fotocopidora y hablamos, tengo que hacer copias de esto en menos de diez minutos, sino mi jefa me va a colgar de las bolas y no precisamente por placer.

—¡Fabián! —chillo asqueada, leer tanta novela erótica me hace imaginar cada cosa, que eso hasta puede ser posible y viniendo de quien viene, aún más. Cuando llegamos y antes de que ponga la primera hoja sobre el vidrio sin rodeos le pregunto:

—¿Con quién te tomaste la foto?

—¡Con Kristal del Cielo!

—Ya... ¿y...?

—¿Y qué?

—¿Quién es?

—Kristal.

—Por el amor de Dios, Fabián, dime algo más, ¿qué sé yo quien es Kristal!

—¿Y tú por qué lo quieres saber? —me pregunta y creo que he metido la pata hasta el fondo.

—Porque..., bueno porque todos aquí babearon cuando la vieron.

—¿Tu jefecito también? —quiere saber venenosamente.

—¿Qué sé yo si él también!, me basta solo con verte la cara a ti, a Raúl y a los chicos, por eso quiero saber, porque a mí me pareció de los más normal para que todos tengan esa actitud tan cavernícola con ella, quizás como se sintió la pobre —miento apelando a la hermandad de género.

Luego de reírse a carcajadas delante de mí me abraza paternalmente, cosa que últimamente se le está haciendo costumbre.

—Ella está acostumbrada a que la miren, es una bailarina.

—¿Del ballet municipal? —pregunto estúpidamente y eso hace que la carcajada sea aún más sonora.

—¡No! Ella es la estrella del Passapoga —levanto una ceja sin entender, pidiendo más información—, del club nocturno más importante de todo Chile.

—¡Es puta! —exclamo sin un ápice de vergüenza.

—¡No! Qué dices, es bailarina exótica, no por eso puta, esa manía que tienen las mujeres de encasillar todo y de la peor manera —me regaña ahora revolviéndome el pelo, cosa que odio. Mi mente está totalmente revolucionada con esa información cuando de pronto Fabián es el primero en tensarse y un segundos después yo también.

—Señorita Andrade —me habla con un tono enérgico y distante—, podría dedicarse a trabajar y venir a mi oficina ahora, ¿o es que estoy interrumpiendo algo?

—No, señor, nada —responde Fabián y se centra en su tarea dejándome sola en la batalla, pero con la rabia que tengo lo miro directo a los ojos, camino delante de él moviendo las caderas para torturarlo y así de pasada llamar la atención de varios de mis compañeros.

—¡A mi oficina, ahora! —gruñe y esta vez incluso yo le temo.

Por supuesto da el portazo habitual muy al estilo ¡aquí mando yo!, pero antes de que me diga algo soy yo la que deja bruscamente la carpeta sobre la mesa y pregunta:

—¿Qué hacías tú con esa puta?, ¡y en tu oficina! —le acuso apuntándole con el dedo.

El muy cabrón sonrío y pasa por mi lado como si nada, ni siquiera me ofrece el asiento, y aunque odie reconocerlo está más que guapo, pero me niego a sentir algo por él en este momento y me gustaría estrangularlo con la misma corbata que lleva puesta en este momento.

Cuando decide mirarme yo estoy tocándome la uña del dedo gordo con el meñique haciendo un ruido molesto.

—¿A qué se debe tanta risa con Fabián?, y no me digas que nada porque los escuché, Beatriz.

—Entonces respóndeme, por qué estabas con una puta aquí en tu oficina.

—No hables así de una cliente y respóndeme lo que te pregunté, porque me estás haciendo perder la poca paciencia que me queda.

—Hazlo tu primero —le digo mirándolo fijamente.

—Beatriz...

—Estoy esperando —le suelto decidida y con verdaderas ganas de que me responda, incluso ahora miro hasta su maldita corbata imaginándome toda una escena espantosa.

—Si no me vas a responder, puedes retirarte, al menos yo tengo trabajo que hacer —me dice y vuelve a mirar la pantalla de su computador. Como un resorte me levanto de la silla y camino hacia la puerta y cuando estoy a punto de salir frustrada escucho:

—Recuerda que hoy en mi casa a las ocho, sé puntual.

Me giro con todo el cabreo que tengo y le suelto:

—Sabes dónde puedes meterte la cena...

—No seas infantil —me corta y es él ahora quien me fulmina—. Comportate como adulta, no como una pendeja con berrinche por un arrebató de celos que no tiene ni arte ni parte en esta situación.

—No es...

—Ni siquiera intentes desmentirlo —me vuelve a interrumpir demasiado tranquilo para mi gusto—, y si tanto te interesa saber quién era esa señora — recalca esa última palabra—, utiliza internet, que para tu información no solo sirve para ver seriales o cotillear por redes sociales. Ahora vete que tengo cosas que hacer, nos vemos a las ocho.

Con la boca abierta me deja, estoy totalmente obligada a tragarme mi rabia y mis palabras.

Tal como me dijo y sin importarme que la empresa monitoree lo que buscamos en la red tecleo el nombre de la culpable de mi mal humor y como si fueran luces de navidad la pantalla se empieza a llenar de información, como no soy capaz de leer nada me voy a imágenes, y tal como pasa en los dibujos animados mi mandíbula se desencaja.

Esta no es una mujer normal, ¡es una Diosa!

Totalmente concentrada estoy mirándola en diferentes escenarios cuando suena mi teléfono aviándome que tengo un mensaje del WhatsApp de “Las Brujas” no me dan ganas de mirarlo, pero en cosa de segundos suena y suena, pienso que es algo importante así que lo abro y comienzo a leer.

**Tenemos lanzamiento de un nuevo libro.**

**14:30**

**Genial, cómpralos.**

**14:31**

**Ya están comprados, pero se mueren dónde es.**

**14:32**

**No soy adivina.**

**14:33**

Eso me asombra, después de un día para hablar, Francisca nos ilumina con una pesada frase, pero algo es algo, me consuelo.

Y veo que dice escribiendo, hasta que de pronto aparecen varios emoticones de bailarina y festines.

La primera reacción es de Paula

¿?

14:34

Pero casi me muero cuando leo.

**¡¡¡Será el sábado 18 en el Passapoga!!!!**

14:35

—¡¡Qué!! —chillo y no me importa llamar la atención de todos.

«No, por favor, esto no me puede estar pasando a mí», pienso, agarrándome la cabeza con las dos manos.

## 16

*“Todo demonio siempre tendrá un ángel  
esperándolo en casa”*

Toda la maldita tarde pienso en el bendito lanzamiento, y por primera vez no sé qué hacer, me gusta la autora y quiero el libro, y para colmo de males, mi querido y odiado señor Costabal sale de la oficina acompañado nada más y nada menos que por *calienta José*, y... como si eso no fuera suficiente castigo al pasar por mi lado ni siquiera me mira, ninguna conexión entre nosotros.

Cuando al fin dan las seis de la tarde me marchó a mi departamento, en el camino decido llamar a la única persona sensata que tal vez me podría apoyar. No alcanzo a escuchar el segundo pitido cuando me contestan por el otro lado.

—¡Beita, linda de mi corazón!

—Vaya, qué animada estás, Paula.

—¿Y tú no? ¡Vamos a conocer el Passapoga! —chilla, a mí de inmediato se me encoge el estómago, y pienso que lo mejor es decírselo de una, y al hueso.

—No quiero ir.

—¡¿Qué?! Pero tú eres tonta, ¿cuándo vas a tener otra oportunidad de conocerlo?, bueno, a menos que te hagas bailarina, ¡o... puta! —festina y por supuesto pienso en la tal Kristal del Cielo—. ¿Por qué no vienes a mi casa y celebramos?, tengo un vinito exquisito que me regalaron.

—Aunque lo del vinito es muy tentador, paso, Mauricio me invitó a cenar a su casa.

—¡No! ¿Cómo, cuándo y por qué yo no sabía nada?, te estás poniendo Francisca para tus cosas —se ríe por el otro lado de la línea, creo que esto de conocer ese lugar la tiene viendo estrellas de colores.

—A Francisca ni me la nombres, una cosa es que esté mal por lo de Roberto y otra que tire mierda como si fuera un guanaco.



—Está sangrando por la herida, entiéndela.

—La entiendo, pero no estoy de acuerdo con ella.

—Bueno, pero ahora lo importante, cuéntame todo lo de la cena.

—Nada, ayer me dijo que cenáramos hoy en su casa, eso es todo.

—¡Todo! Eso es más que todo, dime, ¿qué le compraste a su hija?, no puedes llegar con las manos vacías.

—¿A la hija? ¿Y qué tiene que ver la hija en esto?

—¿Cómo que qué tiene que ver?, ¿no van a cenar todos juntos? ¿Tipo presentación en sociedad? —se burla y vuelve a reír, definitivamente está más que feliz.

—No, solo nosotros.

—¿Estás segura?

—Me lo hubiera dicho —respondo pensando seriamente en esa posibilidad, pero rápidamente desecho la idea, por qué me lo hubiera comentado... ¿verdad?

—Bueno, entonces ponte algo sexy pero bien sexy y lo sorprendes, después de todo esto va a ser como su primera cita juntos y de verdad.

—No sé si se lo merece —suspiro de todo corazón.

—¿Y eso?, cuéntame todo lo que te pasa, que tiempo tengo de sobra.

—Júrame que no te vas a reír.

—Bea...

—Júramelo o no te cuento nada.

—Promesa de alita.

—Pero si tú nunca fuiste *Scout*.

—Pero era mi sueño, y quería tener todos los parches y los pañuelines colgados del cabecero de mi cama.

—O sea querías ser: “niña vestida de weona mandada por weona vestida de niña”.

—Beatriz Andrade, ¡qué prejuiciosa que estás! No me lo creo.

—Eres la segunda persona que me dice lo mismo hoy.

—¿Y eso?

—Bueno, voy a confiar en tu palabra de ala y te voy a contar, hoy conocí a una bailarina de ese lugar que tanto quieres conocer.

—¿En serio?, me muero, ¿y cómo era?

—Qué se yo.

—Cómo que no sabes, ¿era linda?, ¿tenía un cuerpo de infarto?

—Eso da igual, el problema es que estaba con Mauricio en su oficina, y... se reían.

—¿Y?

—Cómo que “Y”, ¿no me escuchaste?

—Sí, y supongo que ella debe necesitar un contador, igual como todos los chilenos que tienen un negocio, no le veo el drama.

—¡Era una bailarina! —chillo un poco más alto porque justo está llegando el metro, pero creo que fue demasiada la exageración, ya que hasta los que están al lado mío conversando se giran a escuchar.

—Tú lo dijiste, bailarina, no otra cosa, deja ser prejuiciosa. Lo que a ti te pasa es que estás celosa, para bien o para mal el cabrón de Costabal está muerto contigo y aunque no se lleve el premio de Miss Simpatía, desde que están juntos ha sido honesto, en cambio tú...

—¿Yo, qué? —pregunto un poco molesta.

—Tú te estás comportando como Francisca, estás asustada y no ves que el cabrón está haciendo las cosas bien, de que es extraño, bueno lo es, pero nunca ha sido diferente, eres tú la que no te quieres entregar cien por ciento.

—Sí lo hago.

—Bea, tirar como conejos a cada rato y en cualquier lado no es entregarse, eso es ser caliente, tú no te has entregado nada, o acaso ya le dijiste “te quiero”, o le hablaste de tus padres, o nos lo has presentado formalmente, no digo que hagas una cena, pero podríamos ir a tomarnos algo todos juntos, creo

que es lo que corresponde.

—No lo sé —murmuro indecisa.

—Deja de darle tantas vueltas, tírate a la piscina, ándate a tu casa, aféitate bien para que quedes suavcita como potito de guagua, arréglate como nunca en tu vida y sorpréndelo, de una vez por todas dile que lo quieres. Demuéstrale que tú también puedes ser como la mujer que lo visitó hoy, se audaz, ellas a diferencia de nosotras explotan su sensualidad, y eso no es ningún pecado, porque espero que no seas de las que piensan que por usar una falda corta estás exponiéndote a una violación.

—¡No! ¡Cómo se te ocurre!

—Entonces, querida mía, póngase linda y sexy que te lo mereces, y lo más importante, se honesta, la vida es muy corta, ya viste lo que le pasó a Francisca.

—Tienes razón.

—Perfecto —dice aplaudiendo—, entonces ahora sé la mujer más linda del mundo mundial y el dieciocho con la cara llena de risa y con todo el estilo del mundo vamos a ir a conocer ese lugar del que todo el mundo habla.

—Pau,... gracias.

—Las gracias las hacen los monos en el circo, nosotras somos amigas y para eso estamos. Besos, te quiero un mil.

—Y yo un dos mil.

—Ya... ya... para, que si alguien nos escucha pensará que somos del otro equipo.

—¿Te imaginas lo que nos diría Fran? —pregunto pensando en ella.

—Me lo imagino, y como me lo imagino, voy a tomar el vinito que me regalaron y voy a ir a su casa a verla.

—¡Qué valiente!

—No, no es ser valiente, amigas en las buenas y en las malas, Bea, y hoy, es un día de esos malos para ella.

—¿Quieres que te acompañe?

—¡No! No se te ocurra, tú irás a echarte ese polvo que a mí me falta tanto, ¿estamos de acuerdo?

—¿Y no era que no tenía que tirar como un conejo?

—¡Dios! —resopla—, la comprensión auditiva a ti no te la implantaron, entregarse en cuerpo y alma no te impide acostarte con Costabal y tirar como coneja, solo que hazlo de verdad, como la mujer grande que eres y con la frente en alto, eso es todo.

—¡Ya, entendí! Te dejo, creo que me saliste más barata que la consulta psicológica.

—Y quién te dijo que no te iba a cobrar, me debes una cervecita helada.

Y así con el ánimo por las nubes termino de hablar con Paula, creo que tiene razón en todo lo que me dijo.

Con este optimismo que siento cuando llego a mi departamento me paro frente al armario, quiero verme especial. Y como si la ropa me hablara veo una blusa negra transparente, sin dudarlo la saco y para acompañarla me pongo un sostén que es realmente un lujo, por lo que me costó y porque de verdad el trabajo del encaje es realmente increíble. Quince minutos después estoy prácticamente lista y lo mejor de todo es que me veo sexy, sobre todo con el maquillaje y el pelo aleonado que me quedó gracias a secármelo con la cabeza hacia el piso.

Miro el reloj, ansiosa, pero sobre todo nerviosa. Faltan quince minutos para las ocho y decido que esta vez no voy a ser puntual, total... ya no estamos en el trabajo ni debo marcar tarjeta.

A las ocho diez de la noche cojo la chaqueta y salgo a tomar el taxi, que por la reacción que tiene creo que debo darme por pagada, su sonrisa me lo dice todo.

Casi veinte minutos después gracias a un taco infernal llego al departamento de Mauricio, apenas me anuncio el conserje con una encantadora sonrisa me dice que suba, incluso me acompaña hasta el ascensor. Un momento más tarde toco el timbre y me pongo en la pose más sexy que se me puede ocurrir, no pasan ni dos segundos y la puerta se abre.

¡¡Me quiero morir!! ¡¡Y de verdad!! Una señora vestida con un traje de dos piezas estilo Carolina Herrera, incluso con el mismo peinado abre y me queda

mirando.

—¿Beatriz?

—Yo...eh... —tartamudeo y lo primero que hago es cerrarme la chaqueta con las manos, pero lo peor no es eso, desde un costado aparece ella, esa pequeña niña que no sé por qué siempre le he tenido miedo..., no, qué miedo, en realidad terror es la palabra.

—¡Papi!, es la señora de la otra vez, la que te vino a dejar la billetera.

Ante esas palabras aparece Mauricio, que por un momento se queda choqueado observándome de pies a cabeza y yo... ¡no sé dónde meterme!

—Entren —les dice en tono autoritario y abre más la puerta para que pase y al hacerlo me quedo petrificada viendo todo. Aunque quiero llevarme la mano a la boca para que no se escuche mi suspiro no puedo, esto no es un hogar, es un departamento piloto donde nada sale de su lugar. Todo es perfecto, perfecto para una foto de revista dominical.

—No te dije que te esperaba a cenar a las ocho —murmura bajito visiblemente enojado sacándome de la ensoñación en que me encuentro.

—Es... estoy aquí —me defiendo.

—Cuarenta y cinco minutos tarde —sisea entre dientes—. Toda mi familia te espera.

—¡No! —chillo y ahora sí que me llevo las manos a la boca—, ¿Cómo qué...? —no alcanzo a terminar cuando esa enanita que me da pavor vuelve a aparecer y se dirige directamente a mí.

—¿Quieres que te muestre mi casa?

—Sofía...

Y como de tal palo tal astilla, la enana se gira y dándole la mejor de las sonrisas a su padre que se queda embobado mirándola me toma la mano, como si fuera un recorrido a un museo comenzamos a avanzar por el pasillo, y mientras lo hago diviso varias imágenes de ellos. Al final del corredor abre una puerta y me enseña la habitación de Mauricio, que es realmente sacada de una revista de decoración, una gran cama con un cubrecamas en tono beige, varios cojines en *composé* y por supuesto un equipo de música que dudo que alguna vez lo haya ocupado en su vida. Un berger de cuero café y una mesita a

juego, por supuesto la cortina es de los mismos tonos que lo demás. Salimos rápidamente y me lleva a la creo que es su dormitorio, cuando entramos una sonrisa ilumina mi rostro, ¡Dios! Pensé que me iba a encontrar con la pieza de una Barbie rosada, pero todo lo que está aquí es puro color, ¡alma! Una cama de madera y colgando de la cabecera una guirnalda de luces de colores que van por todo al rededor. Morados, calipsos, rosados, blancos son los reyes del lugar y en medio un gran gato blanco.

—¿Te gusta? —me pregunta sin soltarme la mano que ya me comienza a transpirar.

—Es muy, muy bonita.

—A mi tía no le gusta porque dice que no es de princesa, pero yo —dice bajando la voz y me hace un gesto para que quede a su altura, y yo como si fuera idiota le obedezco—, no quiero ser princesa, quiero ser Mal, la hija de Maléfica en la peli de Descendientes.

—¡Oh...! —exclamo sin tener idea de lo que me está diciendo, ¿Cuándo la bruja mala de la Bella Durmiente tuvo una hija?

Pero como claramente esta niña es llevada a sus ideas me lleva hasta su escritorio y me muestra lo que está pintando y es ahí cuando veo un cuadro con una gran foto de su madre. Mis manos instintivamente se van al cuadro. Sofia es la viva imagen de Soledad, dos gotas de aguas.

—Ella es mi mamá que ya no está.

—Ah... —logro articular como idiota.

—No está de viaje, está muerta y me está cuidando desde una estrella.

—¿Desde una estrella?

Ella asiente con la cabeza y me lleva hasta la ventana, abre su cortina de tul de diferentes tonalidades y me señala con el dedo una muy brillante.

—Desde ahí me está cuidando mi mamá y cuando yo sea muy viejita, más que mi mamá Yola me voy a ir con ella. Pero ahora cuido a mi papá. Es un poco enojón, pero no se lo digas.

Una risa se me escapa ante las ocurrencias de esta niña, yo también tengo ganas de decirle que estoy de acuerdo, pero me muerdo la lengua.

—¿A ti te ha retado?

—A mí... ¡eh!

—¿Tú sabes hablar como yo?

Otra risa, en cosa de segundos Sofía me ha ganado el corazón. No me extraña que esta niña sea la única alegría que tiene Mauricio, y precisamente pensando en él estoy cuando, por supuesto con el ceño fruncido, aparece en la habitación.

—Como supongo que ya ha acabado el tour por el departamento, creo que sería bueno que Beatriz venga a conocer al resto de la familia, ¿no crees, Sofía?

—Me faltaron mis juguetes —alega haciendo un puchero mientras señala una caja de color morado y tapa fucsia.

—Las Barbies pueden esperar.

—¡Papi! —lo regaña poniéndose las manos en las caderas, no son Barbies, ¡son Monster High!

—¡No! —la imito, porque en realidad esa muñeca me gusta más que la rubia curvilínea—, ¿no me digas que tienes a Frankie Stein? —le pregunto recordando la que más he escuchado.

—¡¡Sí!! —responde pletórica y corre hacia la caja, saca la tapa y comienza—, también tengo a Draculaura, a Gigi Grant y a Marisol Coxi.

—¡Wow! ¿Y no tienes a Jackson Jekyll? ¿O a algún chico?

—No, mi papá no me los quiere regalar, en realidad no me quiere regalar ninguna de estas muñecas, lo hace mi tía Macarena.

—¿Sabes cuál es mi favorito? Clawd Wolf, ese lobo me encanta —comento mirando a Mauricio que está aún parado mirándonos, pero ahora con los brazos cruzados.

—Sofía —le dice esbozando una sonrisa sarcástica—, ya que estás enseñándoles los juguetes a Beatriz, por qué no le enseñas las muñecas lindas que te ha regalado la tía María José.

Eso me duele, y por supuesto me recuerda que ellos son parientes, maldito cabrón, sabe lo que hace, mi sonrisa desvanece. De mala gana Sofía camina a

otra caja, esta es celeste con tapa amarilla y sin ningún ánimo saca las Barbies, que se ve están intactas.

—No sé cómo se llaman —se encoje de hombros—, pero da lo mismo, son todas iguales. Rubias con ojos de pescado, solo tienen ropa diferente.

—Yo las encuentro hermosas —aporta Mauricio y toma una para observarla—, esta es la Barbie Ejecutiva, con pelo perfecto, poco maquillada, intachablemente vestida con un traje de dos piezas y unos bonitos zapatos de tacón rosados.

Con rabia se la quito de las manos y la pongo frente a sus ojos.

—Claro, es la mujer perfecta que irradia superficialidad, su consigna general es “¡me encanta ir de compras!” “¿Tendremos alguna vez suficiente ropa?” Sin contar por supuesto que parecen anoréxicas y si la lleváramos a una mujer real sus medidas serían, metro setenta y cinco, 91—46—84 ¡wow! Igualito a las mujeres chilenas, todas rubias de ojos celestes. —Y acercándome más a él susurro en su oído para que Sofia no escuche—, y son un perfecto fetiche para los depredadores sexuales que hacen películas porno con ellos. ¡Bravo! —aplaudivo—. Un juguete muy bonito, y eso que no hemos hablado de él —tomo el muñeco que Sofia le entrega riendo—, como olvidar a Ken, el novio perfecto que siempre viste de traje, y muy musculoso casi de metro noventa.

Dicho el decálogo de Barbie, en donde estoy seguro Fran me agarraría a besos, tomo la Monster High y le digo:

—Definitivamente esta morena me gusta más.

Por unos segundos Mauricio me mira y como no tiene nada más que decir porque por primera vez lo veo mudo, espeta molesto:

—Salgan, ¡a cenar!

En un acto que no espero Sofia pasa por el lado de su papá me toma de la mano y me lleva hasta el comedor, que por supuesto es sacado de la revista “Casa y Decoración” la señora vestida de Carolina Herrera es la primera en acercarse con una sonrisa amable.

—Te pido disculpas por mi recibimiento, es que... solo me quedé sorprendida —se disculpa de todo corazón.



—No se preocupe —le digo tomándole la mano—, mi mamá si me viera así —digo más despacito—, seguro me arrastra al baño y me lava la cara con agua y con jabón, pero le prometo que yo juraba que solo sería una cena entre su hijo y yo, ni siquiera le traje algo a Sofía —respondo apenada y en respuesta ella me regala una sonrisa genuina.

—Mauricio... —suspira y con eso me hace un gesto indicándome—, ese señor que vez allí es mi marido, Alberto, y ella.

—Mamá. Tengo treinta años, me puedo presentar sola —aclara llegando hasta nosotras—, mi nombre es Macarena, y si te soy sincera, desde que el Grinch me avisó ayer que vendrías a cenar la curiosidad me está matando, pero créeme que estoy gratamente sorprendida.

—Macarena —le habla enérgico el que ella llama Grinch—, podrías comportarte, ¿qué va a pensar, Beatriz?

—Uf, hermanito, de pensarlo ya tiene que haberlo pensado todo de ti, nosotros somos la parte normal de tu vida, el color que le falta a tu arcoíris, aunque presiento...

—Macarena —resopla Alberto cortando a su hija, ella de inmediato se calla, toma la mano de Sofía para ir a sentarse a la mesa y ahora se dirige a mí —, bienvenida a esta casa.

—Si ya acabaron con las formalidades, ¿podemos cenar? —habla Mauricio en un tono neutro.

—Claro, hijo —responde Yolanda—, siéntense mientras traigo la cena.

—Mauricio —habla el gran señor Costabal—, no seas mal educado, recíbele el abrigo a Beatriz.

—¡No! —exclamo nuevamente sujetándolo—, no es necesario, es que estoy un poco resfriada y... tengo frío.

—¿Quieres que te traiga un "*paramaradol*"? —pregunta muy interesada y en su propio idioma Sofía—, eso siempre me da mi mamá Yola cuando me duele la cabeza.

—No se preocupen, esto es... alergia.

—¡En julio! —aporta el tarado de Mauricio y yo juro que ahora sí que lo quiero matar.

—Mauricio —dice Macarena que creo que es la única que entiende por qué no me quiero quitar la bendita chaqueta—, déjala así como está —sisea entre dientes—, y siéntate de una vez por todas.

Tras esa pequeña discusión entre hermanos todos nos sentamos a la mesa y cuando la señora Yolanda vuelve con una bandeja no creo lo que veo y mi expresión debe ser de absoluto y puro asombro porque la que habla es Macarena.

—El Grinch dijo que te gustaba la comida China, por eso ha encargado al mejor restaurante, “según él” todos estos platos, así que de verdad espero que tengas mucha, pero mucha hambre.

—Lo más probable es que la comida esté fría, la idea era cenar a las ocho, no casi una hora después —bufa molesto, y sin importarme absolutamente nada, solo sintiendo alegría en el cuerpo levanto mi mano y tomo la suya, apretándosela.

—Gracias..., muchas gracias por este detalle tan significativo —y levantándole la mano se la beso delante de todos, que se quedan alucinando en toda la gama de colores cuando ven que su hijo se queda petrificado mirándome.

Menos mal que un carraspeo del padre nos devuelve a todos a la realidad y empezamos a comer. Como veo que Sofía a partido un rollito de primavera y lo golpea contra el plato, sin dudar lo tomo y con un tenedor le saco todo lo de adentro, ante eso la pequeña me regala una maravillosa sonrisa.

La cena transcurre sin mayores contratiempos, aunque en realidad estoy muerta de calor y lo único que quiero es quitarme la chaqueta.

De pronto el teléfono suena y es la mamá de Mauricio la que se levanta y cuando vuelve su cara está completamente iluminada.

—Era la Cotetita, dice que mañana por favor la pases a buscar a su casa igual como los otros días para que se vayan juntos al trabajo, le mandó muchos saludos a Sofía, también me contó que compró unas entradas para ir al cine el sábado.

—Ufa —reclama con un puchero Sofía—, no quiero ir con la tía María José al cine.

—¡No! —exclama la señora—, la invitación también es para tu papá, irán

los tres a divertirse el sábado.

Mi cabeza se gira automáticamente a ver a Mauricio, o mejor dicho a su boca para escuchar su respuesta, él aprieta su mandíbula tensándose de inmediato y como no me puedo aguantar susurro bajito solo para él:

—Así que se van juntos al trabajo.

Ignora mi pregunta y se dirige a su hija demasiado serio para mi gusto.

—El sábado discutiremos eso, ahora —espetea mirando a su madre—, no es el momento.

Macarena que observa todo atentamente sin perderse detalle levanta una copa y hace un salud por todos y lo agradezco, pero no por eso Sofía se queda conforme.

—No quiero ir, me aburro, ¿podemos ir con Beatriz el sábado también?

Justo antes de contestar, mi teléfono maúlla con el sonido de un gato, avisándome que es mi hermano, como no me quité la chaqueta lo tengo en el bolsillo, rápidamente lo cojo y lo silencio.

—¡Un gato! —aplaude Sofía—, ¡tienes un gato!

—No —le aclaro con cariño mostrándole el teléfono.

—Y no solo un gato, un perro, un gallo y no recuerdo que otro sonido más tiene en ese teléfono, Beatriz, tiene una granja completa —se burla y ahora sí que lo fulmino con la mirada, la enojada debería ser yo y no él.

—Sí, tengo sonidos de animales para identificar los mensajes —le explico con una sonrisa a la enanita.

—¿Y te gustan los gatos?

—¡Los amo! Casi todos mis sonidos son un “miau”.

—A mí también me gustan, pero a mi papi no, y no me deja tener uno.

—No voy a comprar un gato, me niego, Sofía Costabal —responde serio con nombre y apellido.

—Ah, pero no tienes que comprarlo —me giro desafiante para mirarlo atentamente—, puedes encontrarte un gatito pequeñito en situación de calle pasando frío, ¿no creo que no tengas corazón para no adoptarlo? Si eres tan

buen cuñado —recalco la palabra—, para llevar a la señorita María José al trabajo...

—Esas situaciones hipotéticas creadas por tu imaginación no se dan —niega tajante.

—¿Y si encontráramos uno así, papi? En situación... ¿de qué era? —me mira y yo termino la frase por ella.

—De calle, un gatito pequeño sin hogar y sin nadie que lo cuide —sonríe en forma de mofa. Todos están en silencio, de reojo noto como el gran señor Costabal está disfrutando de lo lindo de la situación, y bueno, Macarena está que me aplaude.

—Si encontráramos un gato —aclaro imponiendo condiciones—, abandonado, flaco, feo, sin padres y que no tenga dueño en situación de calle, sí —sonríe como diciendo “eso es imposible”—. Lo aceptaría, pero los que te gustan a ti en las tiendas de mascotas no son así —aclaro sabiéndose ganador, pero al ver la cara de Sofía algo en mí se mueve y sin importarme nada una idea *flash* se cruza por mi mente.

—¿Sofía? —pregunto saboreando la victoria—, ¿te gustan las frutas y las verduras?

Mauricio arruga la frente sin entender nada y la pequeña chilla:

—¡Sí! Me encantan, las peras, los *palatanos*, los duraznos, pero no con pelo porque me pican, ¡y las manzanas de Blanca Nieves también!

—¡Perfecto! Entonces, qué te parece si el domingo, después que vayas a ver la película con tu tía para que no se quede triste vamos a la Vega y compramos todo eso.

—¡No...! —alza la voz con un tono de exclamación el gran señor Costabal que estoy segura entendió mi plan—, me parece perfecto, y por favor compren un cajón de tomates también.

—Sofí —habla Macarena mirando a su sobrina con un cariño inmenso—, yo que tú, hoy cuando me vaya a dormir pensaría en un nombre bien bonito para un gato.

—¿Tú crees tía?

—Estoy segura —ríe cerrándome un ojo.

—No tengo idea dónde está la Vega —aclara Mauricio que aunque no se imagina mi plan, tonto no es, pero es su padre el que le responde.

—Tú de eso no te preocupes, pones la dirección en tú muy moderno celular y llegaras solito.

—¡Maravilloso! —aplaudivo feliz—, entonces el domingo nos vamos de paseo a La Vega.

—¿De verdad quieres salir con Sofia y conmigo el domingo? —pregunta Mauricio increíblemente bajito y sorprendido, tanto así que hasta se me parte el corazón y ya me estoy arrepintiendo de mi plan para encontrar un gato, porque lo que veo en sus ojos es una gratitud que borra todo lo anterior, y nuevamente mi mano se va a la suya.

—¿Por qué no voy a querer salir con ustedes?

—Yo... —se queda sin palabras, demasiado abrumado y no es lo que esperaba.

—Claro, ahora gratis no te saldrá —digo para distender el momento—, después nos tienes que llevar a tomar helados.

—¡Sí, papi! Uno de frutilla con vainilla bañado en chocolate también.

—Esos manchan.

—Le ponemos un vasito y listo, problema solucionado —¡Dios! ¿Qué este hombre no tiene sentido común?

El silencio es tan abrumador que creo que ha pasado algo pero no soy capaz de entender qué.

Cuando llegamos al postre ya todos hablamos fluidamente de diferentes cosas y es como si nos conociéramos de siempre, aunque claro, a Mauricio le hablan como si estuviera dos pisos más arriba que los demás.

Al pasar la hora, Sofia bosteza y me pide a mí que la lleve a la cama, no sé qué hacer, los miro a todos sorprendida y es la señora Yolanda que me indica que lo haga, pero a Mauricio que es el que estoy mirando no dice ni mu, y yo no sé si le molesta o le gusta, pues solo le da un beso a la enana y nos mira. Una vez en su habitación igual como lo haría con uno de mis sobrinos le abro la cama, la acurruco, la tapo y cuando le voy a dar un beso me dice:

—¿De verdad puedo pensar en un nombre para un gatito?

No lo pienso ni un segundo y le digo que sí, pero cuando voy de regreso al comedor sé que me he metido en buen lio, sé que el gato lo vamos a encontrar, pero no sé el tamaño del corazón de Mauricio para aceptar al animalito, creo que como siempre mi boca, mi espontaneidad y mis ganas de llevarle la contraria me han jugado una mala pasada.

—¿Todo bien? —quiere saber Macarena que me ve callada.

—Sí, todo bien, pero creo que es tarde, voy a llamar un taxi.

—¿Perdón? —bufa Mauricio que está hablando con su padre tranquilamente—, no te vas a ir en taxi, yo te iré a dejar.

—Pero, hijo —interviene su madre—, mañana tu padre se tiene que levantar temprano, tenemos que irnos y tú también, no olvides que tienes que pasar a buscar...

—Macarena —interrumpe a su madre y le habla a su hermana que de inmediato lo mira atenta—, ¿te quedas hasta que llegue? —ella asiente y él mira de nuevo a su madre—, pueden irse tranquilos a dormir, problema solucionado.

—Mauricio —comento incómoda—, no es necesario que me vayas a dejar, un taxi me dejará en la puerta de mi casa sana y salva.

—Te llevaré yo, ¿o tienes algún problema con eso?

—Es que...

—Despídete, nos vamos —me ordena en un tono serio volviendo a ser el de siempre. Me acerco al gran señor Costabal que me da un beso más la mano, y como si eso fuera poco, además me desea suerte en la Vega el domingo. Macarena de frentón me abraza y al oído me dice que no me preocupe que me demore todo lo que quiera, en cambio la señora es más reticente y solo me besa con poco entusiasmo, pero no por eso descortés.

En el ascensor vamos juntos pero no nos tocamos, en realidad hasta un poco distante está. Pero como el caballero que a veces es me abre la puerta de su auto, yo para no mirarlo volteo la cabeza hacia la ventana. Mientras recorremos las calles ni música suena, y yo que ahora sí que me estoy muriendo de calor porque no sé dónde está el maldito botón para bajar el

vidrio que no está en la puerta como todos los autos normales, opto por desabrocharme la chaqueta y de inmediato la vista de mi piloto se va a la blusa transparente.

—Bonita ropa escogiste para cenar con toda mi familia —habla en una forma que es de total desaprobación y muy calmado, mala pero mala señal.

Suspiro, ya se lo que se viene, y de verdad no tengo ni ganas.

—Claramente si me hubieras dicho que era con toda tu familia no hubiera venido así, pensé que solo seríamos nosotros dos, pero como tú, el señor Costabal, todo un semidiós solo habla cuando le conviene —digo encogiéndome de hombros.

—No me insultes, Beatriz, no quiero discutir.

—Porque no te conviene.

—¿No? Y por qué si se puede saber, aquí la que ha cometido no uno sino varios errores no he sido yo —comenta impávido mirando hacia adelante.

—¿Seguro?

—Segurísimo —responde tajante y esa, esa es la gota que colma el vaso.

—Cuando te pones en plan cabrón mejor no hablarte.

—Insisto, porque te conviene. ¿Tú crees que está bien presentarte así por primera vez delante de toda mi familia?, ¡de mi hija! Y cómo si eso no te fuera suficiente espectáculo además me desafías delante de todos con el tema del gato. Y todo esto por una soberana estupidez.

—Una estupidez —me acomodo mejor en el asiento para mirarlo—, ¿Cuál estupidez? ¿Quieres saber quién es el...?

—Si estás celosa, ¡por qué no solo me lo dices como una persona adulta y ya!

Mi boca se abre y boqueo como un pez en tanto esa maldita sonrisa de medio lado ya comienza a asomarse.

—Eso es lo que te gustaría, que lo estuviera ¿verdad?

—¿No lo estás? —pregunta muy confiado, pienso un segundo en decirle que no, que son ideas tuyas, pero prefiero ser honesta y no solo con él, sino que conmigo, no quiero acabar como mi amiga, así que cierro los ojos un

segundo y cuando los abro ya sé todo lo que le voy a decir.

—¿Qué pasaría si un hombre guapo me visita, me rio a carcajadas con él durante horas, y luego saliera a cenar con otro, y a eso agrégale que me veo todos los días con mi ex, a no perdón, sino solo es ex, además es mi cuñado y en las mañanas pasa por mí?, dime, ¿cómo mierda te sentirías?

—Estás malinterpretando las cosas. Tu ataque de celos es ridículo porque carecen de razones fundamentadas —ahora no solo la boca se me abre sino que los ojos también.

—Me estás... webeando... —Me observa atento desviando la mirada de la calle por unos segundos—, ¿o sea yo me imagino que te viste con la tal Kristal?, que además de todo es una supermega estrella de un club nocturno, segura de sí misma, y además también escucho mal que *calienta José*, que por cierto quiere algo contigo te pide que la sigas llevando al trabajo, sí, yo estoy sacando y malinterpretando las cosas de contexto, que idiota soy.

—No estás confiando en mí y eso solo confirma que eres una niña arrebatada.

—Como quieras —refuto y vuelvo a mirar por la ventana—, piensa lo que quieras, perfecto, yo estoy mal, Mauricio, y como soy una niña arrebatada ahora no quiero hablar más contigo.

Ante mi respuesta y como si eso no fuera ser arrebatado le da un golpe al volante y acelera, de ochenta kilómetros por hora pasamos a cien en una calle que no permite esta velocidad, ¡y así dice que yo soy una pendeja! Varios metros más allá veo que el semáforo cambia de verde a amarillo y Mauricio no hace ni un atisbo por frenar, mis manos inconscientemente se afirman de la guantera y cuando veo que la luz es completamente roja y no disminuimos la velocidad cierro los ojos, pero en ese mismo instante la fuerza del frenazo me lleva hacia adelante y agradezco haberme puesto el cinturón sino ahora estaría estampada en el parabrisas.

Mi corazón se acelera tanto que me demoro dos segundos en reaccionar, pero cuando lo logro lo primero que hago es desabrocharme el cinturón, abrir la puerta para salir y al poner un pie en el pavimento le grito:

—¡Si yo soy una pendeja tú eres un verdadero loco de remate que por un berrinche casi nos mata a los dos!, ¡¿qué no te bastó ya con la vez anterior?!



—¡Me vuelves loco! ¡Me desesperas! —grita en medio de la calle.

—Bienvenido a mi mundo, Mauricio, ¿qué crees que haces tú conmigo? ¡Lo mismo! —le devuelvo el grito con la misma intensidad. Me doy cuenta que mi edificio está a pocos metros y como él no dice nada y parece una estatua decido irme caminando lo más rápido posible, ahora soy yo la que no quiere verlo, quiero llegar a mi departamento, tirarme en mi cama, dormir y dejar de pensar.

Al llegar, don Hugo al verme un poco apurada corre a abrirme la puerta y cuando me va a hablar le indico con la mano que después, no quiero nada de nadie y con nadie. Abro la puerta y mi ánimo ni siquiera me da para llegar a la habitación, tiro lejos la chaqueta y literalmente me desplomo sobre el sillón, aún mi corazón está acelerado, cierro los ojos y veo el semáforo en rojo y la aguja del velocímetro a cien.

De pronto suena el timbre con suavidad y maldigo que soy capaz de recordar a don Hugo, ¿qué no puede esperar hasta mañana para decirme lo que me tenga que decir, o peor aún, para pasarme la cuenta que seguro me va a entregar?

Intentando poner mi mejor cara le abro, pero en vez de tener a mi conserje parado se encuentra Mauricio.

—No puedo más —le digo levantando la mano en son de rendimiento—. Juro por Dios y yo no soy una persona que jure que estoy agotada, totalmente sobrepasada y si me quieres decir histérica también lo acepto, pero no está en mis planes morir en un accidente automovilístico por un arranque de rabia injustificado.

Mauricio sigue callado sin decir ni una sola palabra, hasta que sus brazos alcanzan mi cintura acercándose, como no lo miro, con sus manos levanta mi mentón, despeja el pelo de mi cara y apoya su frente en la mía.

—No soporto que no confíes en mí, ¿es que no te das cuenta que solo tú existes para mí? Y el solo hecho de imaginarte con otro hombre me enloquece. ¿Me puedes entender?

Niego con la cabeza.

—Es que no quiero entenderte más, no quiero comprender nada más porque yo no soy así.

—Así cómo, mi amor.

—Así como estoy ahora.

Sus manos atrapan mi cara y sus labios se acerca a los míos, me besa como si no existiera mundo, su lengua es una experta dentro de mi boca, hace que me sienta en otro tiempo y espacio, como si orbitase un planeta diferente en el que solo existe esta sensación, sus manos no se mueven del lugar inicial, y cuando creo que me voy a ahogar se retira lentamente y se queda mirándome a los ojos.

—Perdóname —pronuncia con los ojos cerrados—, perdóname por ser un idiota, pero sobre todo por ser inseguro.

—Tú, ¿inseguro? — me sale del alma el comentario, ¿Quién podría decir que Mauricio Costabal es un inseguro? Realmente este hombre está loco.

—Sí, Beatriz, inseguro de lo que sientes tú por mí porque jamás has sido clara como yo lo he sido, eso me confunde. ¿Qué es lo que sientes por mí? Dime por favor, ¿qué sientes?, ¿sientes que no puedes vivir sin mí?, porque eso es lo que yo siento, ¿o sientes lástima y por eso no me lo dices? Esa respuesta es la que me está volviendo loco —.Suspira—. Yo te miro y te deseo, te deseo en todas partes y no siempre es de buena manera.

Todas las frases que siempre se me salen del alma ahora se me atorán en la garganta y aunque quiero decírselas no puedo, al menos no con palabras, le tomo la mano y lo guio hasta el sillón. Sorprendido y sin entender nada se sienta y yo me quedo parada en frente para que me mire, así, sin más, solo en la oscuridad de la noche, sin más luz que la que alumbra el pasillo, pero la suficiente para que me observe a mí y a mi cara roja como un tomate.

—Estás preciosa —murmura—, nunca dije que tu ropa no me gustara, lo de la Barbie... —empieza a justificarse y yo pongo un dedo sobre mis labios para que se calle y lo hace.

—Solo mira y por favor entiende lo que con palabras no sé cómo decirte —susurro con la voz nerviosa—, y que sepas que esta es mi primera vez.

—¿Qué vas a hacer?

—Te voy a bailar sintiéndome una mujer sexy, linda y...

—¡Eres una mujer sexy! No tienes que demostrarme nada —agrega y hace

el intento en ponerse de pie, y con una calma inusual lo detengo con la mano y él vuelve a sentarse.

—Mauricio... —vuelvo a pedir y es él esta vez que levanta las manos y se acomoda para mirarme.

Cierro los ojos, no un segundo sino que varios intentando darme valor, y por supuesto recordando alguna película de striptease para poder recrear, y cuando Demi More aparece en mi mente, mis caderas como si tuvieran vida propia comienzan a moverse con un sonido inexistente, o en realidad si hay uno, el compás de la respiración de Mauricio. Cuando abro los ojos con mucho valor le digo:

—Solo mira y por favor déjame terminar.

—¿Es un castigo?

Niego con la cabeza porque si le hablo ahora juro que le doy vuelta la cara por estúpido, así que no pongo más atención en su comentario y me centro en lo mío y en Demi, que ya a estas alturas es mi mejor amiga. Con sensualidad mi cuerpo se contonea y soy capaz de notar de reojo como mi único espectador se reclina incómodo controlando sus manos cuando los botones de mi blusa van siendo desabrochados lentamente uno por uno.

Nuestros ojos encuentran una conexión especial y así poco a poco voy desprendiéndome de la blusa, de mi falda, hasta quedar solo con ropa interior y por supuesto las medias de liga que a este hombre le gustan tanto.

Solo con la mirada le voy diciendo todo lo que siento y no soy capaz de pronunciar, le traspaso que me estoy entregando a él tal y como soy, sin esconderle nada, sin guardarme nada y sin miedos en completa libertad renunciando al temor que siento por todo lo que vendrá, porque lo acepto, así con pasado, con mochila y con familia incluida, porque quiero un futuro con él sin importarme su historia anterior, que lo elijo por arriesgar su tranquila vida y por dejarme entrar en ella, porque me ha tolerado y no renunció en los momentos difíciles.

Con movimientos lentos y sensuales después de expresarle todo con el cuerpo en el mejor baile que he hecho en mi vida y como si fuera una verdadera profesional me toco el cuerpo en una forma tierna, lejos de tener intención de provocarlo hasta que mi mano llega a mi corazón y con una entrega total e incondicional camino hasta que nuestras rodillas se tocan,

Mauricio tiembla y puedo notar que lo que tiene entre sus piernas está a punto de explotar, como si eso no me calentara tanto, como sí lo hace me siento sobre él y llevo su mano junto a la mía, ambas tocan mi corazón que sin exagerar está a punto de salirse del pecho.

—Me entrego a ti porque eres lo mejor que me ha pasado en esta vida, por eso hoy mi corazón quiere sentir tu mano y por favor mira mis ojos y lee lo que dicen.

Pasan varios segundos y Mauricio no es capaz de reaccionar ante mis palabras y yo siento que me voy a morir aquí mismo.

—No deseo leerlo, quiero escucharlo —carraspea con una voz ronca, excitada y muy, muy pero muy sexy.

—Te quiero —murmullo desde lo más profundo de mi alma, y al decirlo se me eriza la piel al mismo tiempo que un escalofrío recorre mi cuerpo.

Con sensualidad sus brazos me rodean y nos fundimos en un abrazo que me traspasa más que calor hasta que al oído me susurra:

—Yo me entrego a ti simplemente porque eres la mujer perfecta para mí —confiesa levantándose como si no pasara nada, cual pluma que no soy. Apoya mi espalda en el sillón y me besa como solo él sabe hacerlo llevándome al cielo en cosa de segundos.

—Quiero hacerte el amor... —jadea cuando se separa para tomar aire pasando sus manos por mis muslos hasta llegar al borde de mi braguita, que por supuesto está totalmente húmeda, aunque claro, estoy segura que él no se queda atrás. Y antes de que le dé una respuesta sus dedos hurgan en mi interior impidiéndome pensar con claridad, ambos respiramos con dificultad y esta vez, Mauricio un poco más que yo.

—No podemos —insisto separándome un poco.

—¿Por qué no podemos? —es casi más un gruñido que una pregunta.

—Porque te están esperando —logro responder al momento que su dedo profundiza su expedición.

—No pienses en nadie, no pienses en nada.

Juro que quiero hacerlo, es más, estoy excitada a más no poder, pero no puedo, tomo su cara para besarlo en un último beso, y al momento que nuestras

lenguas se juntan para bailar más que un tango una cueca brava afloran las sensaciones pasionales, esas que me llevan por el camino del abandono al más puro placer carnal, pero que hoy por primera vez van de la mano con mi verdad, esa que me duele tanto demostrar.

—Te quiero tanto, Mauricio Costabal, y si hacemos el amor ahora no voy a querer que te marches esta noche —confieso de todo corazón.

—Me quedo —responde sin importarle nada y la única neurona normal que poseo se pone en alerta y lo detengo, pero su brazo es más fuerte y mis piernas se abren solitas para él, incluso mis caderas se elevan para facilitarle un poco el trabajo haciendo que me olvide de todo cuando ya no son sus dedos los que llegan hasta el fondo embistiéndome con intensidad. Rítmicamente una y otra vez endureciendo mis pezones que chocan contra su pecho.

—Te quiero —le repito justo cuando sé que un orgasmo está a punto de alcanzarme y antes de terminar la oración, ambos, coordinadamente nos caemos al limbo de las sensaciones, y en un acto erótico y morboso Mauricio lleva sus dedos a mi boca y sintiendo mi propio sabor los chupo como si lo estuviera haciendo con él. La lujuria de segundos anteriores no se compara ni de cerca con la que estamos sintiendo ahora mientras nuestros cuerpos ya no pueden aguantar ni un poquito más, con la última embestida yo gimo y el gruñe desde sus entrañas, y cuando ya no tiene nada más que expulsar su cuerpo cae laxo sobre el mío, no sin antes darme un nuevo beso tierno y reconfortante que me deja más enamorada de lo que ya estoy. Sí, lo dije ¡y qué!

Enamorada, ocho letras que pueden cambiarlo absolutamente todo.

—¿Sientes cómo late? —murmura en mi oído haciéndome cosquillas, por latir creo que tiene dos corazones, uno arriba y otro abajo.

—Los siento a ambos —sonrío con picardía.

—Somos uno solo —suspira—, eres absolutamente mía.

—¿Yo puedo decir lo mismo?

—Soy tuyo, Beatriz, completamente tuyo para lo que quieras hacerle a este pobre hombre.

En ese momento mi mente aprovechadora aflora.

—De momento quiero ofrecerte una ducha con una condición.

—Sexo en la ducha me gusta. Tu cuerpo se resbala contra el mío y cómo estás... ¿sucias? —levanta una ceja de lo más juguetona—, incluso puedo limpiarte.

—Tentadora la oferta, pero no es eso lo que quiero.

Pone un puchero muy cómico.

—Quiero que el domingo seas este Mauricio, no el cabrón de siempre.

—¿Por qué voy a ser un cabrón, si voy a salir con las dos mujeres más hermosas de mi vida?

—Solo prométemelo por este momento que acabamos de pasar.

—Está bien, te lo prometo —dice levantándose sin perder más tiempo guiándome él a mi propio baño.

Luego de ducharnos y algo un poquito más brutos y más carnales que en el sillón me pongo una camisola y cuando veo que va directo a mi cama lo detengo. Caliente pero con sentido de la responsabilidad.

—Olvédelo, señor Costabal, usted ahora se vas a tu casa. Su hermana lo está esperando y Sofía también.

—Quiero dormir aquí —apunta mi lado de la cama.

—Me encantaría, pero no va a poder ser, ¿y sabes por qué? —le pregunto pasándole la chaqueta que es lo único que le queda por ponerse.

—¿Por qué? —levanta una ceja.

—Pues porque mañana tempranito —digo en forma irónica caminando hacia la puerta de salida—, tienes que pasar a buscar a tu cuñadita para llevarla al trabajo.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad? —quiere saber serio, ya muy en su estilo.

—Vete, hasta mañana, señor Costabal, y déjame dormir que ya le he dicho que mi jefe es un gruñón.

—Yo me las arreglo con tu jefe mañana, estoy segura que si le llevas un café te perdonará.

—Mmm —pienso con una risa malévol—, imposible, mañana desayuno con Fabián —suelto solo para molestarlo y antes de que me diga algo le cierro

la puerta, pero eso no impide que escuche desde el otro lado de la puerta.

—Beatriz...

## 17

*“Siento que estoy a tres pasos del infierno,  
pero solo a uno del cielo”*

Desde que le solté, o mejor dicho vomité toda la verdad sobre mis sentimientos a mi amado y odiado señor Costabal, me siento un poquito más liviana, claro, por eso y porque ayer tuve un par de orgasmos que me dejaron realmente agotada, así que hoy voy más que feliz al trabajo y por primera vez quiero que sea domingo para salir con Sofía y Mauricio.

Si antes me lo hubieran preguntado, jamás de los jamases habría querido que llegara el último día de la semana o me apenaría porque fuese viernes, eso no me pasaba ni en la época de colegio cuando pololeaba con algún compañero.

Como casi todas las mañanas paso por mi café, y en vez de llevarle uno a alguno de mis compañeros lo hago para él, de solo pensarlo se me escapa una sonrisa tonta de idiota enamorada. A estas alturas no sé si odio a amo esa palabra.

Como llego diez minutos antes estoy en la soledad más absoluta del piso. Sin que nadie me vea, muy tranquila, entro a su oficina y dejo el café sobre la mesa, para hacerlo más cursi le dibujo un corazón, ¡cuál adolescente de quince años!

Después de mi única misión de esta mañana, empiezo a hacer cosas de la vida real, o sea a trabajar y una de ellas es fotocopiar los informes para la reunión de planificación que tendremos hoy con la plana mayor, y aunque la verdad es que no me gustan, esta en especial la espero con ansias. ¿Y todo gracias a quién?

Como hoy no odio a nadie ni a nada, incluso le hablo a esta máquina



infernally que tantos dolores de cabeza me ha dado. Pongo las hojas en la bandeja de entrada y como si nada más existiera empiezo a recordar esas caricias, esos dedos...

En eso estoy cuando unas manos me atrapan por detrás y doy un salto que casi me deja estampada en el techo.

—¿Tan malo es verme?, ¿o en este caso sentirme? —quiere saber mirándome de reojo porque aún no me permite voltear.

—De que te siento, te siento —respondo echando la cola hacia atrás, por supuesto lo que me encuentro me encanta, ¡siempre preparado y listo para la acción!

—A mi café le faltó azúcar —alega, y antes de que conteste me gira y me planta un beso de “buenos días” que me deja viendo estrellas en esta y en la galaxia siguiente. Al separarme siento que estoy acalorada—. Buenos días, señorita Andrade. ¿Desayunó usted bien?

—Podría haber desayunado mejor.

—Oh, ¿y cómo podría haber sido eso posible?

—Mmm.

—¿Mmm? ¿Únicamente eso? Pensé que en el colegio con número le habían enseñado a hablar, o al menos a hilar una frase.

Achino los ojos molesta, pero sé que eso es exactamente lo que quiere que suceda.

—Recién me estoy tomando un café, aquí en la oficina —le aclaro y de inmediato su cara es iluminada por una genuina sonrisa que incluso hace que vea las arruguitas que se le forman en los ojos—, y no quiero saber quién fue tu copiloto esta mañana.

—Dios es mi copiloto —suelta y sin poder evitarlo una carcajada se me escapa desde lo profundo del alma.

—¿Amaneciste contento, parece?

—Pletórico es la palabra correcta, pero no sé si sabes su significado.

—Podría enseñármelo entonces, señor Costabal.

Ahora el que levanta las cejas es él, mira alrededor, sin darme tiempo a

reaccionar me arrincona contra la pared y una de sus manos literalmente desciende hasta mi trasero.

—¿En simple? —pregunta acercándose un poco más.

—En muy simple... —susurro; mis pezones ya están tan erectos como esa parte de su cuerpo que me está marcando como si le perteneciera, en tanto nuestros ojos se retan con la mirada pidiendo un poco más.

—Beatriz...

—¿Mmm...?

—Quiero pasar otra noche contigo, invéntales alguna excusa a tus amigas para mañana, vámonos a la playa, solos los dos, una noche y un día completo juntos sin que nadie nos interrumpa.

—Pero...

—Pero nada, tengo todo cubierto con Macarena, ella se quedará con Sofia.

—¿Y el cine? —trago saliva porque el cine significa, él, Sofia y *calienta José*.

—A quién le importa el cine. ¿Tú, quieres?

—De querer quiero, pero...

—Hoy nos vamos todos temprano después de la reunión. Espérame en tu departamento —no sé si me dice o me ordena, el caso es que ni siquiera alcanzo a responderle porque me da un nuevo beso en los labios y se marcha tan silencioso como llegó, y yo me siento... ¡feliz!

Desde este momento en adelante el reloj comienza a avanzar como tortuga, hasta que llega el momento de que mis compañeros y yo nos alistamos para la reunión.

El primero en salir es el señor Costabal que me mira de reojo. Desvío la mirada porque la sonrisa se me nota de aquí a la China y no quiero que nadie sospeche, pero claro, como no todo lo que brilla es oro, apenas se abren las puertas del ascensor aparece ella con una gran sonrisa y para colmo de males, con un traje negro pegado al cuerpo y un escote que no deja nada, pero nada a la imaginación.

No es que sea puritana, pero al menos respeto por mi dignidad tengo, entre

ese vestido y uno de los que usan las chicas que sirven café en el centro no hay un ápice de diferencia, o sí, en realidad sí la hay, y es que la que estoy viendo aquí es una zorra con todas sus letras, y las otras son unas damas.

Cuando es la hora, tal y como me lo esperaba todos suben y por supuesto nadie le ayuda a Carmen, así que por solidaridad y porque esta mujer realmente me cae bien voy a su puesto y cojo las carpetas, sin hablarnos mucho llegamos a la sala de reuniones.

Todos sentados y delante, justo en frente de la pantalla y más guapo que nunca exudando seguridad, está el señor Costabal, no lo puedo evitar y junto con la sonrisa que me delata recibo un codazo de Carmen. Ignoro lo sucedido y justo cuando me voy a sentar *calienta* José nos habla:

—Carmen, puedes retirarte. —Ella solícita asiente y se va, y es justo cuando se dirige a mí—, Beatriz, ¿podrías traer el café?

Con ganas de mandarla a la mierda y con la más fingida de las sonrisas me voy a la mesita de atrás y preparo los doce café que son, una vez que termino de repartirlos y me voy a sentar vuelve al ataque.

—Aún no, Beatriz —dice con palabras cortantes—, falta que entregues las carpetas que están sobre mi escritorio.

—¿Cómo? —le pregunto sin entender bien mientras la rabia ya me está sobre pasando—, las carpetas son estas, yo misma las he impreso.

—Quiero las que están sobre mi escritorio —gruñe abriéndome la puerta para que salga—, soy tu jefa, y te estoy dando una orden —recalca con autoridad—. Sucede que si no te hubieras tomado atribuciones indebidas, tal vez lo entenderías, pero hiciste todo lo contrario.

De inmediato mi mente se reactiva pensando en las imágenes de la fotocopidora, pero es imposible que nos haya visto. Respiro profundo para no darle en el gusto hasta que una sonrisa de suficiencia ganadora aparece en su rostro, y ahora sí que se me escapa lo india que fluye por mis venas, eso sí, y como dice alguien por ahí... “con respeto” le pregunto:

—Además de las carpetas —digo tragándome la mierda—, ¿necesita algo más o con eso estaría todo?, a mí no me importa seguir demorando la reunión, pero es viernes y siempre don Agustín almuerza con su señora.

Sin decir ni media palabra más porque no me deja ya que prácticamente

me hecha de la sala salgo directo a su escritorio, y al llegar la quiero matar, no solo son los mismos documentos que yo misma he llevado, sino que además están desordenados. Tardo un poco más en llegar y cuando vuelvo la reunión ya ha empezado y todos están con sus carpetas en la mano.

El primero en ponerme mala cara es el señor Costabal que está sentado en la cabecera escuchando atentamente lo que explica don Agustín, que al verme tampoco entiende nada, y estoy segura que tampoco le hace mucha gracia.

—¿Dónde estabas? —me consulta bajito Raúl en tono de regaño al momento que empuja la silla hacia atrás para que me siente.

—Después te explico, ¿qué han dicho?

—Que habrá cambios importantes y que se repasarán las reglas internas de la empresa.

—¿Y eso?

—Señorita Andrade —habla mi ahora odiado cabrón—, ¿quiere compartir algo con nosotros?

—No, no, señor Costabal. Disculpe.

—Si llegas tarde, —continúa la jefa de recursos humanos—, podrías tener la amabilidad de no interrumpir la reunión.

Achino los ojos y aprieto la mandíbula, zorra desgraciada, pero eso no es lo que más me sorprende, sino lo que dice a continuación.

—Las carpetas están incompletas, faltan los datos estadísticos.

Mauricio de mala gana le quita la suya y revisa una a una las hojas que yo misma fotocopié, pero la víbora no contenta con eso toma la de don Agustín y repite el proceso.

—En la mía tampoco están —afirma el gran jefazo—, y sin esa información no podemos continuar. ¡Podría alguien traérmela! —acota ya no en el tono de siempre, sino que un poco molesto.

—No se preocupe, don Agustín, me tomé la libertad yo misma de imprimir toda la información. —Y es ella la que ahora se pone de pie y rauda llega hasta la mesa, toma las carpetas que yo he dejado y comienza repartirlas con una gran sonrisa de triunfo en la cara.

Ahora sí que quiero matarla y de verdad, la sigo con la vista y cuando se agacha para pasarme la que me corresponde susurro:

—¿Qué pretende?

Ella solo me dirige una mirada de suficiencia y camina contoneando las caderas, llamando la atención de todo el mundo, y cuando digo, “todo” es “todo”. Una vez que se posiciona adelante se endereza, como diciendo estos son mis dominios, le regala una sonrisa a don Agustín y a Mauricio casi se le regala entera, y juro por el universo completo y todas las galaxias que no es un comentario de mujer celosa.

—Bueno —comienza a discursar—, una de las razones de por qué estamos hoy aquí reunidos es para recordar también las reglas de convivencia, en donde se encuentran los horarios establecidos, tanto como para llegar o como para retirarse, es inadecuado incumplirlos, pero eso no es todo, dentro del reglamento también está prohibido mantener relaciones entre compañeros, y como las reglas están para cumplirse, el que no las lleve a cabo simplemente será desvinculado de la empresa, —advierte sin mirar a nadie en especial y yo siento que sus palabras van dirigidas directamente a mí, ni siquiera me atrevo a mirar a Mauricio que está tan tranquilo como si le hablaran del clima—. No lo digo por nada en particular, solo creo que es bueno que lo tengan presente, y que recuerden el caso de la señorita Soto y el señor Martínez, ambos con bastantes años de servicio y fueron desvinculados por comportamientos impropios.

Miro a Raúl porque no tengo idea de quienes hablan y él muy bajito me dice:

—Ellos eran amantes, Catalina Soto era secretaria de don Agustín, y Carlos Martínez era junior.

—¿Y eran amantes? —se me escapa con asombro la pregunta.

—¿Y por qué no? ¿A caso solo los jefes millonarios pueden tener aventuras?

—No —me rio porque me doy cuenta de que estoy siendo prejuiciosa... otra vez.

—Hay algo que le parezca cómico, señorita Andrade —salta el señor Costabal que me mira con el entrecejo fruncido y María José lo mira

directamente a él para que continúe hablando—, ¿tiene algo que compartir con nosotros?

—No, señor —respondo lo más rápido posible, porque lo único que está haciendo es generar tensión, y únicamente porque me estoy riendo con Raúl. ¿Será *pendejo*?

Desde ese minuto, y roja como tomate, la jefa sigue recordándonos el reglamento interno poniendo énfasis en algunos puntos que de verdad me dan miedo, una cosa me queda muy clara, si alguien se llega a enterar de lo nuestro, ambos nos vamos de patitas a la calle, de solo pensarlo me da un escalofrío que Raúl malinterpreta y me abraza preguntándome si estoy bien, de tomate he pasado a estar blanca como papel.

—Sí, estoy bien, solo cansada —le digo agradeciéndole la preocupación, pero es el sonido de una carpeta cayendo violentamente a la mesa el que me da más miedo, no es necesario que mire para saber que es de Mauricio, que se pone de pie de mala gana y comienza a señalarnos los gráficos de planificación. Cuando pasa por mis clientes no entiendo uno, no porque sea tonta, sino que porque lo pasa tan rápido que ni siquiera soy consciente de lo que dice, pero es Raúl nuevamente el que me salva y me lo explica apuntando la hoja que tenemos.

Y otro sonido igual de espantoso se escucha desde adelante.

—Señorita Andrade. ¿Qué es lo que no entiende? Acérquese para explicarle —me indica como si estuviera en el colegio, y cuando lo hago el muy cabrón coge la carpeta y se la enseña a María José. Luego me mira con una sonrisa burlona y agrega—: ¿qué es lo que no comprende, no es este su cliente?

Le doy una mirada llena de reproche; don Agustín y María José están atentos a mi respuesta, así que con calma hablo:

—Efectivamente es mi cliente, pero no alcancé a ver la información, señor Costabal.

—Pero hubiera hablado antes —festina cerrando la carpeta de golpe al tiempo que la deja sobre la mesa y corre la silla para que me siente—. Quédese acá, así ve la pantalla y no se distrae.

—No es necesario, señor Costabal —le expreso tratando de disimular la

rabia—, no quiero incomodarlo.

—¿Está segura de eso?—Me mira de manera inquisidora, culpándome de algo que no he hecho al tiempo que su mano se posa en mi hombro produciéndome ese maldito efecto. Mi corazón se acelera.

—Por supuesto —respondo calmada, cosa que en realidad no estoy, y aprovecho para salir de su alcance en forma brusca, pero como él, es un cabrón, y no le gusta perder, con su mano toma la silla y la acerca a la suya.

—A estas alturas creo que usted tiene un problema para entender las reglas y concentrarse, no es la primera vez que interrumpe una reunión, si mal no recuerdo sucedió lo mismo en el Cajón del Maipo, ¿no estaba usted también distraída con Raúl y por eso tuvo que sentarse adelante?

Mi cara comienza a tomar colores que oscilan por todas las tonalidades del rojo, y lo peor es que lo está disfrutando enormemente sin darse cuenta de que no solo él está siendo un espectador.

Cuando se acerca un poco más susurra en mi oído con un aliento tibio que me producen un sinfín de emociones, menos ternura.

—¿En qué quedamos con respecto a Raúl?, ¿necesitas sentir algo más?

Me muerdo el labio para no gritarle un impropio y tan bajito como me habla él le respondo:

—Te estás comportando como un HDP.

—Tenga cuidado con sus palabras, señorita Andrade —responde enojado, ¡enojado él! ¿Pero a qué cresta está jugando? Una cosa es que sea un verdadero cabrón, pero otra muy distinta es que lo haga conmigo delante de la gente de la oficina.

No me da tiempo a responderle cuando es don Agustín el que toma las riendas de la reunión. Durante todo el tiempo que veo pasar las imágenes de gráficos aproveché también para mirarlo con odio, pero claro, como el gran cabrón que es cada vez que mis ojos se desviaban de la pantalla él se encarga de que mire al frente, incluso en una ocasión se atreve a decírmelo interrumpiendo al gran jefe.

Una vez que todo acaba, me pongo de pie y cojo las cosas rápidamente, pero es don Agustín quien me detiene y le pide a al señor Costabal que

también se quede, y por supuesto la víbora aprovecha y se queda también.

—Bueno, quise que se quedaran acá un momento más para aprovechar la ocasión de felicitar a Beatriz. Tu trabajo es increíble.

—Gracias, don Agustín.

—La señorita Andrade solo cumple con sus obligaciones, como cualquiera de sus compañeros, no es nada del otro mundo.

—Estoy de acuerdo con Mauricio, don Agustín —concuera la zorra que por supuesto no puede quedarse callada.

—Me parece perfecto que pienses así, Mauricio, porque será más fácil prescindir de sus servicios.

—¿Cómo? —pregunto tragando saliva, en mi mente solo veo el sobre azul.

—¿Perdón? —carraspea mi jefe directo molesto.

—Bueno, no tenemos nada para brindar, así que por favor, María José, ¿podrías traernos cuatro tazas de café?

La aludida de mala gana va y hace lo que el gran jefe le pide, en tanto entre nosotros reina el silencio, cuando vuelve, don Agustín alza la taza blanca y mirándome a los ojos dice:

—Felicitaciones por su ascenso, desde hoy trabajará en mi departamento, no más balances tributarios, ahora jugarás en las ligas mayores, ¡acciones! — exclama feliz.

—¡No! —refuta Mauricio casi con un gruñido—, la señorita Andrade no entiende nada de acciones, es contadora, Agustín, por Dios, no tiene los conocimientos necesarios, ni siquiera fue a la universidad. ¿Qué hará especulando en la bolsa de comercio?

Mi boca se abre y una puñalada de dolor se clava en mi pecho, ¿tan poca cosa cree que soy? Y a continuación sucede algo que si no escucho no lo creo.

—Mauri —lo interrumpe María José pasándole la mano por el brazo, ¡acariciándose!—, ¿de cuándo acá haces diferencias entre un instituto y la universidad?, creo que Beatriz se merece una oportunidad así.

Mis ojos parecen dos pelotas de pin pon yendo de uno a otro esperando las respuestas.



—A mí no me parece que tenga las capacidades necesarias —continúa él sin siquiera mirarme ni escucharla, solo le habla al gran jefe, y no de la mejor manera—, la Bolsa de Comercio son palabras mayores, los errores que ha cometido con algunos de nuestros clientes se pueden mejorar, pero una equivocación en la bolsa es hacerlos perder millones de pesos y por supuesto ella no tiene la espalda financiera para cubrirlos. No estoy de acuerdo.

—Pues a mí no me parece en absoluto, Mauricio, es más, creo que Beatriz tiene un instinto innato, ese que no te da la universidad, ni el instituto.

—¡Beatriz ni siquiera habla inglés! —exclama casi llevándose las manos a la cabeza—, ¿cómo trazaré las acciones? ¿Los *commodities*? Y los diferentes mercados, Agustín.

—¿No hablas inglés? —me pregunta directo a mí, y es cuando creo que mi alma ha descendido varios metros bajo tierra.

Niego con la cabeza porque no soy capaz de responder con palabras, no solo no lo hablo, ni siquiera lo entiendo.

—Eso no es problema —interrumpe María José casi aplaudiendo—, tenemos un convenio con el Instituto chileno norteamericano, y como Beatriz nunca ha asistido a ninguno de nuestros cursos de perfeccionamiento sería una candidata ideal para aprovechar esta oportunidad. Yo como jefa de recursos humanos no tengo ningún problema en preparar una ficha para su calificación en la junta de directorio de este mes.

—Problema solucionado entonces —dice don Agustín mirándome—, ¿estarías de acuerdo en hacer un curso?

—Claro.

—Imposible —vuelve a la carga el cabrón, que en este minuto odio con todo mi ser—, esos cursos se dictan por la tarde, y no puedo dejar esa plaza vacía durante tantas horas.

—Mauricio —habla calmado don Agustín palpándole el hombro—, ese ya no será problema tuyo, desde el lunes Beatriz pasará a mi departamento, yo me encargaré de eso, y tú, María José, ¿podrías revisar el contrato nuevo?

—Estás cometiendo un gran error, Agustín.

—Pero ese será mi problema desde el lunes, tú no te preocupes —aclara

tomando los papeles, haciéndome una señal para que lo siga—, ¿qué te parece si vamos a mi oficina a afinar los últimos detalles...? —Antes de que don Agustín termine la frase Mauricio furioso lo corta.

—Antes de subir podrías entregarme los últimos datos para cerrar el informe del cliente que tenemos pendiente, el que viaja a China justo hoy por la noche.

«¿Qué cliente viaja a China?», pienso seriamente por unos segundos, pero claro, ¡ninguno!

—Anda, Beatriz, termina tranquila y luego almorzamos juntos —responde don Agustín, y al fin todos salimos de la sala de reuniones.

Al llegar al ascensor entramos en completo silencio, no quiero ni mirarlo, lo odio, al menos ese es mi sentimiento. Esta cosa va con dos personas más que gracias al universo no son de nuestro piso, y lo único que quiero es llegar y preguntarle a este... hombre, ¿qué es lo que le pasa?, pero por supuesto, esta maldita caja de metal avanza como una verdadera tortuga, en cada piso se nos va uniendo más gente, dejándonos a nosotros al fondo. Cuando llegamos al piso siguiente se nos une Fabián, que lo primero que hace es saludarme con un gran beso en la mejilla.

—¿Dónde almorzamos hoy? Me toca escoger.

Cierro los ojos un segundo y recuerdo que hoy me toca invitarlo a mí, pero rápidamente siento el brazo de Costabal en mi espalda, separándome de Fabián como si él me fuera a pegar alguna enfermedad infecciosa.

—Señor Costabal —habla mi amigo recién dándose cuenta de que no estamos solos.

—Beatriz está ocupada —es lo único que responde y literalmente me arrastra hacia afuera cuando por fin llegamos, pero no contento con eso y aprovechándose de que estamos solos tira de mi mano y nos dirigimos a su oficina, en donde la puerta es la primera damnificada por el portazo que da, en tanto yo me mantengo lo más alejada que puedo.

—¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo?

—¡Yo! ¿Tú qué estás haciendo?, ¡¿acaso disfrutas dejándome como una idiota delante de don Agustín?! —Y tal como si lo hubiera insultado me mira con la boca abierta.

—¡No estás preparada para ese cargo! Punto y final, ahora en el almuerzo le dirás que no puedes aceptarlo.

Parpadeo una, dos y tres veces, porque si me pinchan no sangro.

—¿Me estás *webeando*?

—¡Por supuesto que no!, —grita y por primera vez lo escucho fuera de sus cabales—, no tienes nada que hacer en “acciones e inversiones” ¿qué sabes tú de eso?

Sus palabras me duelen, y no como mujer, sino que porque está dudando de mis capacidades en el trabajo cuando todo lo que he logrado me lo he ganado a pulso, lo miro con odio esperando una disculpa y el maldito lo sabe.

—No me voy a disculpar, es lo que pienso.

—¡Me estás poniendo la pata encima, Mauricio!

—Señor Costabal para usted, señorita Andrade —recalca muy bajito acercándose a mí exhalando ese cálido aliento contra mi rostro.

—Perfecto —lo aplaudo con rabia en la cara—, acabas de arruinar mi final feliz.

—¿Final feliz? El único final feliz es el orgasmo, señorita Andrade, el resto es producto de su imaginación. Ahora —dice caminando hacia la puerta—, supongo que tiene claro que hacer.

Me aparto con rabia, y mirándolo a los ojos le suelto:

—Qué triste que pienses así, Mauricio —repito su nombre—, pero el final feliz no solo se da en un orgasmo, porque el encuentro más íntimo no es el sexual, y la verdadera felicidad es cuando dos personas que tienen una relación son capaces de vencer el miedo a mostrarse emocionalmente tal cual son y tú, simplemente estás siendo el mismo cabrón de siempre, solo pensando en ti, y “en tu bienestar” pero aquí estamos hablando de mi carrera.

—Señorita Andrade —vuelve a repetir ahora con tono cansado mirándose el reloj—, ya sabe qué hacer.

—Así es —afirmo positivamente—, voy a celebrar mi ascenso por...

—Como quiera. Nos vemos el lunes —concluye y es él quien sale de su oficina dejándome con la palabra en la boca y la rabia mezclándose con la

pena. Adiós viaje a la playa, adiós todo, a la mierda Mauricio, así de simple, así de fácil.

Sin ánimo de nada, pero poniendo la mejor cara, bajo a almorzar con don Agustín. La comida pasa sin pena ni gloria para mí mientras escucho un sinfín de oportunidades que voy a tener. Una hora y media después sellamos el trato con un abrazo y tengo solo un par de cosas muy claras en mi vida: la primera es que este mes seré más rica que el anterior, y la segunda, que es la que además hace que mis ojos se pongan acuosos es que Mauricio será desde ahora solo el señor Costabal.

Camino a mi casa mientras voy en el metro atestada de gente me empiezo desesperar, ¿por qué mierda no quiere mi ascenso? ¿Por qué todo tiene que ser como él dice? Muchas preguntas pasan por mi cabeza hasta que sin darme cuenta llego a mi departamento.

La soledad del lugar le da paso a mis lágrimas, lágrimas de impotencia, de dolor y de idiota enamorada. Cuando al fin dejo gemir me voy a la habitación, la cama desordenada y aún con olor a sexo se ríen de mí en mi cara. Me tiro sobre ella y al igual como si fuera una película, y yo la imbécil despechada me tapo la cara con la almohada y ahogo un grito de furia que proviene desde lo más profundo de mis entrañas, lo maldigo a él y a toda su familia con los garabatos que jamás pensé que diría alguna vez.

Durante la tarde y como soy la reina de las masoquistas veo varias veces por la ventana a ver si aparece. Aunque mi parte racional me dice que no sea estúpida, pero esa tonta esperanza que albergo dentro me hace creer que aparecerá en cualquier momento. A las ocho de la noche ya casi estoy convencida de que soy una soberana idiota y de que no vendrá.

Después de una cassata completa de helado de frutilla, dos paquetes de galletas, y un chocolate en rama, justo cuando estoy a punto del coma diabético, me convenzo de que no vendrá, con rabia me quito la ropa y solo para no ir a la habitación y recordar todo lo que hicimos en ella me quedo profundamente dormida en el sillón.

Los rayos de sol son los primeros en colarse por entremedio de las cortinas y despertarme, simplemente me giro y sigo durmiendo un poco más. Justo cuando estoy soñando algo alegre suena el teléfono, y como una loca corro a la habitación para responderlo, pensando por supuesto que es él.

—¿Mauricio?

—Bueno, si algo me colgara entre las piernas tal vez sería ese cabrón — me saluda Claudia muy feliz.

—Claudia... —respondo sin mucho entusiasmo, para no decir que mi ánimo se fue en picada.

—¡Tenemos planes!, nos vamos de picnic al parque, y por la tarde a ver una función de teatro, ¿qué tal?

—No puedo.

—Ya... ¿Y eso? —quiere saber demasiado interesada—, ¿nos cambiarás por tu jefe? Así de rápido—bromea. «Si supiera».

—No, quedé en ir a la casa de mis padres.

—¿Hoy?

—Bueno, sí —miento descaradamente—, ya sabes cómo es mi madre, cuando se le pone algo en la cabeza no hay quien la saque.

—Mmm, ¿y qué quiere hacer la tía? —indaga, maldita vena de Inspector Gadget que tiene.

—Celebrar con su hija que la subieron de puesto.

—¡¡No!! —grita de pura y absoluta felicidad por el otro lado de la línea, y con eso me obliga a contarle todo, claro que solo la parte bonita, excluyendo al ogro y a la bruja del cuento. Media hora después corto y el teléfono vuelve a sonar y esta vez repito la historia con Paula que también salta de alegría, y a esta última le juro que la invito yo al concierto de mi amor, ¡Ricardo Arjona, allá vamos!

Casi cuarenta minutos después ya con el teléfono caliente corto y entra un mensaje que me asombra cuando lo leo:

**\*Felicitaciones, te lo tienes merecido, pero... ¿Cómo se lo tomó tu jefe?**

**15:05**

Boquiabierto lo leo dos veces más sin saber que contestarle a Francisca,

ella siempre tiene un sexto sentido para estas cosas, y como no soy rápida para responderle vuelve a escribir.

**\*Me queda claro, nada bien.**

**15:08**

¿Será hija de Yolanda Sultana esta mujer? Así que para evitar suspicacias vuelvo a mentir.

**\*Feliz por mí, anoche celebramos.**

**15:10**

En respuesta a eso solo me pone una mano de me gusta, ¡cómo odio ese emoticono! ¿Qué la gente no sabe escribir?

A las cuatro de la tarde mi estómago me avisa que algo tengo que comer, y para pagar las culpas del día anterior. Solo me hago una ensalada con harto limón y sal.

La tarde me la paso vegetando viendo la televisión, veo todos los resúmenes de teleseries y a las nueve de la noche me atrevo a acercarme a mi pieza y para no recordar nada de nada, con fuerzas arranco las sábanas y las pongo a lavar. A las once de la noche mi pieza parece sacada de una revista de decoración, y como me gusta tanto el resultado, empiezo a ordenar el resto de la casa. De madrugada, exactamente a las tres, mi casa huele a limpio y está impecable, nada fuera de su lugar, incluso los almohadones están esponjosos, porque si voy a empezar una nueva vida... ¿A quién trato de engañar? ¿Qué nueva vida? Yo quiero lo que tenía antes, a Mauricio, y todo lo que él me daba, quiero poder contarles a mis amigas la verdad y llamar a mi madre para decirle que tengo una pena de amor. Y envalentonada por estos cinco minutos de sinceridad tomo el teléfono, y como algo de conciencia tengo, en vez de llamar a mi progenitora escribo un testamento al WhatsApp de “Las Brujas”.

**\*Soy de lo peor, les mentí, no estoy con mis padres ni estoy feliz por el ascenso, todo se terminó con Mauricio y solo quiero llorar porque así de tonta soy, pero como no quiero un “te lo dije”, o su lastima no quise contarles, pero ahora...**

**03:37**

**\*Gracias.**

**03:39**

**\*¡Gracias! ¿Gracias por qué?**

**03:40**

Es lo que le escribo a Francisca que llevaba varios días sin hablar por este medio, y justo cuando voy a volver a escribir noto que está grabando un audio, y cuando lo escucho todas mis defensas se vienen abajo:

**\*Gracias por no ser como yo y confiar en nosotras, gracias por ser una mujer valiente y perseguir tus sueños así como yo no fui capaz de perseguir los míos, y gracias por ser mi amiga y quererme todo lo bruta que soy.**

**03:43**

A esto no puedo responder con otro audio así que la llamo por teléfono, y cuando me contesta ambas como dos nenas peleadas de cinco años nos ponemos a hablar una sobre la otra, por supuesto con lágrimas incluidas llenas de disculpas, perdones, te quiero y de maces. Aunque Fran insiste en venir a verme le digo que no, que estoy bien, que no es necesario, y como si los minutos de mi plan fueran ilimitados, cosa que no son, hablamos casi durante una hora y media más en donde aprovecho para decirle soterradamente que la acompañaré a un Sex Shop para que al menos por las noches no se sienta tan sola. En un primer momento me recrimina, pero luego acepta mi propuesta con la condición de que ambas nos compremos algo. Me doy cuenta de la hora cuando por el otro lado mi feminista favorita me grita que soy una inconsciente, que ya amaneció, y volviendo a ser ella me manda a dormir cortándome el teléfono.

Me quedo mirando el aparatito un par de segundos y aunque no he arreglado el mundo siento que mi corazón al menos se ha compuesto un poco más, con algo más de ánimo me quedo profundamente dormida, eso sí, esta vez me arrastro hasta mi habitación que está tan ordenada que hasta pena me da desarmar la cama.

A la mañana siguiente siento que necesito una ducha urgente, así que utilizando todos los productos esos que me gané en un bingo en febrero, lleno mi baño de olores, sales aromáticas y me zambullo en la tina escuchando música, claro, no cualquiera, sino una de esas que te corta las venas y que te recuerda lo desgraciada que eres, pero ¿qué le voy a hacer? Así somos las mujeres.

Mientras estoy pensando en mi desdicha suena el timbre, y sonrío al pensar que comeré más helado, ya que estoy segura que Francisca y las chicas vienen a mi rescate.

Salgo con la bata de unicornios que me compré por internet y que no me importó esperar más de dos meses por ella. Cuando veo por la ranura me quedo sin palabras, no hay nadie. Pensando en que me están haciendo una broma abro enfadada, me quedo de piedra cuando veo a Sofía. ¡La enana!

—Hola —me saluda tímidamente, poniendo mucha atención en mi bata.

—¿Qué, qué haces aquí? ¿Cómo llegaste?

—Me llamo Sofía —sonríe la muy pilla—, estoy aquí porque dijiste que iríamos a La Vega y... ¿qué más me preguntaste?

—Pasa, pasa —le indico mirando por el pasillo todavía un poco choqueada.

—¡Qué linda es tu casa! —chilla y va directo al sillón lleno de almohadones de colores y toma uno que tiene la cara de un gato.

—¿Dónde está tu papá?

—Abajo, nos está esperando.

—¿Y te dejó subir sola? —pregunto horrorizada y molesta a partes iguales, cobarde de mierda.

—¡¡No!! Me trajo hasta la puerta, me dijo que contara hasta diez y tocara el timbre —y más bajito agrega—, pero yo solo conté hasta cinco. Quería



verte —me dice tirándose a mis brazos, dejándome aún más choqueada de lo que estoy.

—Así que Mauricio te dejó en la puerta y se fue a esperarnos abajo — pienso en voz alta, ¿qué se cree el muy cabrón? ¿Que esto es La Polar? ¡Llegar y llevar!

Sofía asiente y sigue mirando el cojín y es cuando una idea se me ocurre, no puedo negar que una parte de mi está feliz porque esté aquí, ya lo sé, soy blanda y poca gente me entendería, pero tampoco voy a negar que estoy enamorada hasta las patas de ese hombre, aunque no por eso me voy a regalar en bandeja de plata.

—¿Quieres comer helado con salsa de chocolate y galletas?

—¿Puedo?

—¡Claro! —le digo y vamos juntas a la cocina para que ella elija como quiere comérselo, cuando está listo la llevo a mi pieza y la siento en medio de mi cama mientras me visto.

Ella pone los monitos y se queda pegada viendo la televisión, yo empiezo a contar los minutos para que el cobarde suba hasta mi departamento. Los primeros minutos me desesperan, nada de nada, los siguientes diez ya estoy cortando las huinchas y me niego a mirarlo por la ventana.

Exactamente una hora después cuando estamos riéndonos literalmente a pata suelta de sus ocurrencias suena el timbre. Me tomo mi tiempo y le pido a la enana que se quede acá hasta que vuelva, ella solo asiente con la cabeza y sigue en lo suyo.

Mientras camino a abrir, mi cara va cambiando y mi ánimo de guerrera va aumentando en cosa de décimas de segundos, estoy segura de que cuando Mauricio escuche de mi boca que he aceptado el puesto se irá, pero en tanto me acerco un poco más, toda mi alma combativa comienza a desaparecer. ¡Dios! ¿Por qué seré tan tonta? ¿Será culpa del síndrome enamoramiento? No lo sé, pero en mi caso estoy segura de que sí.

Al fin abro y sería una auténtica mentirosa si dijera que mi mano no tiembla al hacerlo. Por un par de segundos nos miramos, en su rostro veo esa sonrisa arrogante que tanto odio. Pero cuando da un paso hacia adelante sus ojos me dicen otra cosa, está cansado y con un par de ojeras que bien podrían

llegarle al suelo, da otro paso y yo retrocedo igual como lo hace su presa de su cazador.

—Voy a besarte. —No es pregunta ni orden, ni nada parecido, solo está siendo el de siempre, simplemente Mauricio Costabal que no me deja ni reaccionar cuando se acerca, y en una posición un tanto extraña me rodea con sus brazos, me quedo mirándolo asustada porque sus ojos hablan por él, hasta que sus labios calientes y húmedos tocan los míos y siento su calor, su poder, y así sin más de pronto nos estamos literalmente comiendo los labios, no tengo idea de quien besa a quien solo sé que es un acto desesperado a la par de dulce, no es una lucha de poderes, ni tiene que ver con quién se rinde ante quién, es el puro deseo de una persona a estar cerca de la otra estrechándonos a más no poder.

Al separarme lo primero que hago es soltarle:

—Acepté el puesto, señor Costabal.

—Mauricio —me corrige pasándome el dedo por mi labio húmedo—. Yo mismo he firmado la autorización el viernes, incluso sé hasta cuanto vas a ganar, Beatriz.

Justo cuando le voy a responder algo siento los pasos de Sofía que corre hacia nosotros.

—¡Papi! ¡Mira! —exclama cogiéndolo de la mano para enseñarle los cojines de gatos, y como si él no los conociera los mira sorprendido, luego me mira a mi pidiéndome que diga algo.

—Son lindos ¿verdad?

—No, espantosos —responde con toda la sinceridad de un cabrón, tal cual es.

—Sofía, ¿qué tal si terminas el helado para que salgamos a La Vega?

—¡No...! ¿Puedo terminar el capítulo que estoy viendo primero?, ¡por fi... por fi... por fii!

Ante ese chantaje emocional ambos caemos redonditos y le decimos al unísono que sí, cuando ella se va nos quedamos mirando, obvio se ve impresionante con *jeans* ajustados a la cadera y una simple polera escote V, así que camino hacia el ventanal, prefiero estar lo más lejos posible, pero

Mauricio no lo entiende y para evitar que se acerque mi lengua me defiende.

—¿Lo pasaron bien ayer en el cine?

—Solo fue Sofía, y dudo que lo haya pasado bien.

—Ah...

—¿Podemos hablar?

—Si no soy sorda, creo que estamos hablando.

—Tienes razón...

—Siempre la tengo —lo corto y él me pide silencio, pero no estoy dando concesiones y no tengo muchas ganas de hacerlo justo en este momento.

—Soy un cabrón.

—¡Descubriste América por celular!

—Escucha... soy un cabrón —da un paso adelante y yo otro hacia atrás—, por no querer que te vayas de mi sección, soy un cabrón por no estar feliz por ti, y definitivamente soy un cabrón por herir tus sentimientos, pero necesito que me entiendas.

—¿Qué yo te entienda? —murmuro ante la declaración del mayor de los cabrones.

—Sí, sé que eres capaz de estar en el piso de Agustín, sé que llegarás a ser una destacada ejecutiva en la empresa, sé que en poco tiempo todos verán tus capacidades y sé también que Agustín piensa que podrías ser una gran agente de Bolsa y que para eso te está preparando —se acerca hasta tocarme la mejilla—, y no solo lo piensa él, sino que yo también estoy seguro de que así será, ¿pero sabes qué sucederá a partir del lunes? —niego por miedo a hablar y que mi voz no salga—, estaremos separados, tú, cinco pisos más arriba y apenas cruzaremos palabras, te vas a olvidar de mí, Beatriz.

—No es así —refuto.

—Lo es, y me mata pensar que te voy a perder, tal vez creas que soy egoísta, y lo soy, y es verdad soy yo quien tiene que aceptar, pero si no te explico lo que siento en mi interior no me vas a entender cuando vuelva a ponerme como un cabrón, porque lo soy, nunca te mentí, ¡te dije que era así! Pero nunca me sentí tan solo como ayer y antes de ayer hasta que entendí,

mientras te odiaba, que si no lo aceptaba te iba a perder, porque el amor acá no tiene nada que ver con lo que tú quieras hacer sino que con lo que sentimos y si no lo dejo fluir de forma natural esto se va a marchitar.

Siento que toda mi rabia baja de intensidad, no me gusta verlo así, vulnerable, y no es que sea blanda, pero mi corazón late con fuerzas, tanto que hasta me ahoga.

—¿Con esto me estás pidiendo una disculpa? —le digo tratando de sonar aún disgustada.

Como si fuera un cachorrito que no es afirma con la cabeza y se acerca, casi nos rozamos pero se detiene, nos miramos atentamente, nuestra necesidad de contacto aumenta, son sus manos las que primero estira para llegar hasta mí, luego su cara roza la mía y su lengua ataca mi oído dándome así un reguero de besos que terminan en mis labios. Mi cuerpo ya no me obedece y se pega un poco más y es ahí cuando siento toda su erección en mi estómago, mis manos suben hasta su pelo y con rabia lo tiro ¿y qué hace él? ¡Gime de verdadero placer!

—Quiero follarte —susurra en mi cuello al tiempo que me da un mordisco.

—¿Follarme? Pensé que ya habíamos superado esa etapa —respondo con dificultad, no solo los vellos de mi cuerpo se me están parando.

—Sí, follarte tan duro como pueda, cuando te hago el amor lo hago con suavidad y ahora no quiero ser precisamente suave contigo —me aclara desabotonando el primer botón de mi blusa blanca y acto seguido, con poca delicadeza, sacarme el *colet* del pelo y meterme los dedos en medio—, odio ese moño de...

—Ya, sé, ya sé —respondo y soy yo quien lo besa con fervor deslizando mi lengua sobre la suya cálida y húmeda provocándome un anhelo que comienza por debajo de mi vientre y se aloja entre mis piernas, y justo cuando sus manos bajan hasta mi trasero una vocecita nos espanta.

—¡Terminó! Ya estoy lista para ir a La Vega.

Rápidamente me salgo del alcance de Mauricio porque él tarda un poco más en reaccionar.

—Nosotros también —respondo y paso por su lado a la cocina en busca de un par de cosas que estoy segura voy a necesitar.

—¿Para qué es esa manta?

—Mmm, ya verás —y agachándome le susurró en el oído—, ¿pensaste en un nombre para el gatito?

Ella con un gesto cómplice pone sus manitos en mi oreja y me devuelve el susurro.

—Soñé que encontrábamos uno y que se llamaba Soledad como mi mamá.

—Wow... —es lo único que puedo decir, porque la verdad es que me sorprende, y aunque suene egoísta el nombre no me encanta, pero... ¿Quién soy yo para prohibírselo? Y como si una alarma hubiera sido accionada Mauricio llega hasta nosotras, volviendo a ser el hombre serio de siempre y aunque nuestras bocas se curvan en alegres sonrisas ni siquiera nos tocamos, volvemos a ser “normales” sin contacto, ni besos furtivos robados.

Jamás imaginé que un viaje a La Vega, centro neurálgico de las frutas y las verduras, pudiera ser tan entretenido, sobre todo viajando con Mauricio y Sofía, ella tiene una energía increíble, ¡no se calla nunca! Canta, juega, habla pregunta y yo a pesar de llevar solo media hora ya estoy agotada.

El primer reclamo viene cuando por supuesto no nos podemos estacionar donde él quiere y debemos hacerlo, casi a una cuadra de distancia, y como si volviera a tener cinco años a penas nos bajamos toma la mano de Sofía y la mía, ¡como si me fuera a perder!

Sé que no necesitamos un carrito para que nos ayude con las cosas, pero como necesito hacer esto muy creíble y espontaneo le pido a uno de los chicos que nos ayuden. La primera media hora vamos sumergiéndonos en colores y olores, cual más maravilloso y apetecible, y aunque Mauricio se resiste un poco se suelta y es él quien de muy buen ánimo comienza a escoger cosas que Sofía dice que le gustan, pero yo ya me empiezo a preocupar, no hemos visto ningún gatito pequeño, ¿será que es verdad que se los comen? Hasta que de repente y como si el universo me escuchara, delante de nosotros tomando agua de una posa estancada encuentro el tesoro que tanto he buscado, y sí, ¡estoy dispuesta a ganarme el Oscar!

Dejo caer la manzana que estoy comiendo justo en dirección a la bola de pelos pegada y es mi actriz secundaria quien chilla:

—¡Un gatito! ¡Y está solito!

El animal por supuesto se asusta y rápidamente con lo ágil que es corre a esconderse atrás de unas cajas vacías que están a unos cuantos metros, pero las ganas de esta niña tiran de la mano de su padre que no la sueltan y caminan hacia el escondite.

—¡Mira! —vuelve a gritar Sofía, llamándome, y yo con la curiosidad que me caracteriza me acerco y ¡wow!

—¡Gatitos!

—Seguro son de alguien —bufa Mauricio mirándome, y en cosa de segundos entiende todo, me agarra por el brazo y me lleva a un costado, más feo y oscuro del que estábamos.

—¡Sabias que esto iba a suceder! —gruñe entre dientes visiblemente molesto—, ¡lo planeaste!

—Primero, te puedes calmar —pido muy seria aguantándome las ganas de reír, así como lo plantea parece que fuera la autora intelectual de un asesinato en serie—, vinimos a comprar frutas —recalco—, y tú dijiste...

—¡Me engañaste!

—¡Papi, papi! —aparece Sofía con el gato gris entre sus manos, bueno, con el gato y sus habitantes, porque de inmediato veo como un puntito negro salta a su polera—, está solo, no tiene mamá y está en esa situación rara.

—No —la corta irguiéndose tanto que hasta a mí me da un poco de temor, pero ver los ojos tristes de Sofía me dan valor.

—Lo prometiste —aguijoneo, con disimulo le quito la pulga de la polera, aunque en dos segundos veo que por el cuello del gato camina otra.

Mauricio achina los ojos y de mala gana toma al gato casi del pellejo, se acerca hasta el puesto más cercano y casi poniéndole el animal en la cara al vendedor le pregunta fuerte y claro para que nosotros escuchemos:

—¿Este gato de quién es, tiene familia?

¿¡Familia!? Ahora sí que se me escapa una risotada desde lo más profundo de mi alma.

—Señor —sonríe el vendedor con educación—, aquí hay muchos gatos, ¿Cómo voy a saber yo si tienen familia? —agrega y creo que la última palabra

la dice en tono de burla.

—¡No tiene! —chilla Sofía dando un saltito para alcanzarlo, pero el cabrón de Mauricio levanta aún más el animal, pero... como ella es digna hija de su padre se acerca al vendedor y le habla—, esos gatitos que están allá —apunta con su pequeño dueño—, ¿tienen mamá?

—¿Los que están debajo de las cajas? —pregunta un poco más amable el verdulero, Sofía asiente varias veces con la cabecita—, a esos gatos los vinieron a tirar hace un par de días, no están acostumbrado a carroñar por acá, por eso están tan flacuchentos, niña.

—¿A tirar? —pregunta más bajito y ahora su carita se transforma.

—Si son esos esos dos de allá, sí, los vinieron a dejar acá.

—Perfecto, entonces no están solos, se acompañan —corta Mauricio y camina para devolver el gato y a mí el corazón ya se me está partiendo. ¿Dónde están sus sentimientos?

—Papi... —suplica Sofía agarrándolo del brazo—, me lo prometiste.

—Pero también te dije que si era uno que estuviera solo, él tiene un hermano.

—Pero...

—No podemos tener dos gatos, Sofía, y no podemos separarlo de su hermano, eso sería crueldad.

—Yo me quedo con el otro —suelto y antes de terminar la frase siento que la he cagado. ¿¡Qué voy a hacer yo con un gato!?

—¡Sí! —chilla, salta y aplaude Sofía, que como si fuera una velocista se lanza a mis piernas, me abraza con tanta emoción que no soy capaz de negarle nada—, ¡ahora nos veremos más seguidos! Los hermanos no se pueden separar para siempre, así como como la tía Maca come en nuestra casa nosotros llevaremos a Pasqui a visitar a Soledad a tu casa.

—¿Cómo? —pregunta choqueado por el nombre Mauricio—, ¿qué dijiste?

—Mi gatito se va a llamar Pasqui, y el de Beatriz Soledad como mi mamá.

—No..., no sabemos si es hembra o macho, primero debemos saber eso —comento y mientras me lo pasa para que lo revise ruego con todas mis fuerzas

que sea hombre.

—¿Qué es, tiene pene o vagina?

«¡¿Qué sé yo si los gatos tienen vagina?! Pero lo que sí sé, es que este pene no tiene».

—Es niña —respondo bajito y ella con su agilidad va a tomar el otro y hace lo mismo, lo reviso y es macho. Y como si todo ahora fuera un torbellino de emociones Sofía sostiene a su gato y yo a la mía en tanto la cara de Mauricio es un verdadero poema, y tal cual como me sucede con la poesía no entiendo su expresión, porque está totalmente callado.

Comenzamos a caminar de vuelta, él no dice ni media palabra, me siento como la hija que hizo algo muy pero muy malo. Una vez que estamos instaladas, se asegura de ponerle el cinturón a la enana y a mí me mira feo para que haga lo mismo, agarra a los gatitos, los envuelve en la manta que ya sabe para qué era y los pone en el asiento trasero.

Si Sofía antes estaba alegre, ahora va pletórica contándoles cosas a los gatos sobre su nuevo hogar y sus nuevas vidas.

—Mauricio... —me atrevo a decirle muy bajito, pero él no me responde y sigue conduciendo, hasta que varios minutos después se detiene frente a un *Street Center* donde hay un *Pet*.

—Bájense —nos ordena y yo no entiendo a la primera—. ¿Qué? No piensan llevarse a la casa esos gatos infectados en pulgas —y mirándome agrega—, no pienso bajarme y pasar vergüenzas con esos animales, que los revise el veterinario, que los bañen, que les pongan las vacunas y les compras lo que necesiten para comer, cagar y dormir.

Justo cuando me estoy bajando me entrega su billetera y yo niego con la cabeza.

—Beatriz... —alarga la palabra demasiado para mi gusto—, toma la puta billetera y paga lo que tengas que pagar, mis gatos, mis responsabilidades.

—Pero... pero yo pagaré por la gata.

—Soledad —interfiere Sofía desabrochándose el cinturón, cogiendo a ambos gatitos con cariño, incluso los besa.

—Las espero en ese café —nos indica bajándose raudo por la puerta,



presiento que le molesta más el nombre que el animal en sí.

Cuando entramos al *Pet*, el chico del mostrador nos mira bastante feo, no a nosotras sino que a nuestros pequeños animalitos, cuando le cuento toda la historia arrisca la nariz como si le diera asco, pero cuando vuelve de contarle al veterinario este feliz nos dice que los atenderá sin problema y que además nos hará un descuento por lo noble de nuestra proeza.

Sofía se entretiene buscando cosas para los gatos y como no estoy preparada aún para volver con Mauricio espero la hora y media sentada que nos entreguen a nuestras nuevas mascotas. Y cuando lo hacen, ya ni asomo de esos peludos sucios, malolientes e infestados en pulgas, ahora incluso les brilla el pelaje.

Al terminar pido dos cuentas a parte, y cuando abro la billetera de Mauricio me encuentro con una pequeña foto de Sofía de bebé con una inscripción:

*“Porque no me olvido que un día solo floté, hoy vuelvo a nadar”.*

De inmediato mis ojos atraviesan los suyos buscando los de él al otro lado de la calle, pero el periódico que está leyendo me impiden mirarlo.

Cuando estamos listas y por recomendación del veterinario llevamos a nuestros hermosos gatos en una jaula. Al llegar Mauricio nos mira a nosotras y luego a ellos, y movida por un impulso lo beso en la mejilla, sorprendiéndolo.

—Si quieres, yo feliz nado a tu lado.

Sus ojos se abren y una auténtica sonrisa de felicidad aparece en sus labios y sin importarle ni el lugar, ni que Sofía esté mirándonos me atrapa con fuerza haciéndome caer sobre él y me planta lo que se llama un don beso en la boca y luego divertido nos dice:

—Ahora ustedes dos me van a alimentar, porque supongo que no compraron todas esas frutas y verduras para nada, ¿verdad? —esto último lo dice viéndome.

—¿Quieres que hablemos? —le pregunto por su silencio anterior.

—Todo está bien, a veces ser cabrón me supera, y el nombre de la gata...

—Puedo hablar con Sofía y cambiárselo, no quiero que te sientas incómodo.

—Beatriz, el que no quiere que te sientas incómodo soy yo, a mí me da igual, Soledad significó mucho para mí, pero no es mi presente ni mucho menos mi futuro —confiesa—. Y ahora hagan el favor de meter a esos animales a sus jaulas ¡y vamos nos que muero de hambre!

Oleado y sacramentado, de pasar a ser el rey de los cabrones este hombre puede ser el mejor de los caballeros, ¡para comérselo! Así que obedeciendo lo que me pide lo hago y así de una vez por todas regresamos, y cuál es mi asombro..., vamos directo a su hogar.

En su departamento, la primera en desaparecer es Sofía y yo veo de reojo como Mauricio mira a su hija feliz jugar sobre el sillón. Media hora después cuando el almuerzo ya está casi listo es ella quien se ofrece a poner las cosas en la mesa, la verdad es que pacemos una verdadera familia, cada uno se desenvuelve perfecto en lo suyo y.... ¡me encanta!

A las cinco de la tarde terminamos de almorzar y somos abducidos a ver una película de monitos, así que ahora figuramos los tres en su pieza viendo la televisión, y por supuesto, más los dos nuevos integrantes.

Cuando termina, Mauricio nos invita a tomar helados y a pesar de que se niega a llevar a las mascotas terminamos nuevamente los cinco sentados en el parque. De vuelta y aún con energía, Sofía me pide que la acompañe a bañarse y luego que la arrope para dormir, después de todo mañana es lunes y ella tiene colegio.

Tras decirle buenas noches a su padre y recordarle que lo ama con todo su corazón abraza a los gatos y se duerme.

Cuando llegamos de vuelta al salón suspiro.

—¿Siempre tiene tanta energía? —le pregunto desplomándome en el sillón realmente agotada.

—Siempre, pero hoy estaba aún más agitada, ¡y eso que no te ha tocado estar con sus compañeras!

—¿Tú, sí?

—Por supuesto, Sofía las invita de vez en cuando y sus madres les preparan cosas exquisitas para comer.

—Mmm, claro, pero supongo que no solo son para las niñas.

—A mí me hacen otras cosas.

—¡Ah sí! —le digo poniéndome muy cerca de su oído—, y qué se supone que te hacen esas señoras, feas y viejas.

—Muchas cosas —responde con una exhalación.

—Yo también sé hacer muchas cosas —le beso el cuello—, pero como ya tienes quien te las hace...

Mauricio suelta una carcajada y me acerca aún más a él y murmura tocándome el contorno del escote.

—¿Por qué no me enseñas qué puedes hacer?, a lo mejor aún puedo aprender algo.

—Soy muy buena profesora.

—Si eres la mitad de buena profesora de cómo eres urdiendo planes para coludirte en contra mía estoy seguro voy a aprender mucho.

—Ridículo...

—Sí, mucho, ahora deja de hablar y enséñame.

—Perfecto, voy a ser tu profesora y tú mi alumno, ¿entendido? Se buen niño.

—Tú sé una buena *profe* y te ganarás una manzana. Esto me está gustando —expresa dándome la mano para que lo siga, y cuando llegamos a su habitación me siento un poco incómoda, sobre todo cuando miro hacia la cama.

—En este departamento solo hemos vivido Sofía y yo —agrega como leyéndome el pensamiento y yo asiento—, y esta cama la he usado solo yo —agrega besándome el cuello y eso me deja tranquila.

Ahora me lanza a la cama, desabrocha mi pantalón y me quita la blusa de un solo tirón por la cabeza.

—No iba a ser yo la profesora —le recuerdo mientras desabrocho su pantalón.

Encoge los hombros.

—Me acordé que te dije que te follaría, luego, si aún no estás agotada

puedes ser lo que quieras —dictamina y acto seguido apaga la luz, solo sombras es lo que se ve, pero eso no impide que sus manos sepan muy bien donde acariciar.

—Vas a pagar muy caro mi viaje frustrado a la playa —me dice y ataca mi cuello con un mordisco que me hace chillar—, no grites, no estamos solos.

—¡Ponle pestillo a la puerta! —chillo abriendo mucho los ojos pensando en Sofía que está solo a unos metros de aquí.

—Tranquila, no despierta ni con los temblores, relájate —susurra tirándome la braguita que sale lejos, dejándome totalmente desnuda ante él, porque el sostén fue el primero en volar.

—No grites ni digas nada. ¿De acuerdo?

Con lo caliente que estoy no puedo negarle nada, y es justo cuando solo muevo la cabeza que siento que su boca ataca de nuevo mi cuerpo y esta vez comienza por mi pezón.

—Te dije silencio.

—No puedo —respondo porque sus labios ya están atacándome de nuevo con tanta intensidad que es uno de sus dedos el que se mete en mi boca para hacerme callar, y yo lo empiezo a chupar como si se lo estuviera haciendo a él.

—Te voy a follar con la lengua y así vas a acabar.

—No —logro decir con su dedo entre mis dientes, pero claramente no me escucha y ya está totalmente instalado allá abajo. Al primer contacto ahogo un gemido con mi mano y cierro los ojos para concentrarme, pero su lengua no me da tregua.

—¡Sube!

—Ni de broma —murmura y ahora no solo es su boca la que siento sino que también sus dedos que empiezan a buscar un camino propio, excitándome todavía más a un ritmo frenético que me está volviendo loca. Mientras su lengua succiona mi clítoris mis caderas se levantan exigiendo un poco más, cosa que entiende de maravilla.

—Para... para. O voy a... —no termino la frase porque sus dientes atrapan mi vulva y con eso sé que no tengo ninguna posibilidad de seguir

hablando —, entendí...

—Aquí mando yo, vas a acabar en mi boca porque yo quiero y no volverás a hablar, y si lo haces, seguro encuentro algo para callarte —me advierte y cuando voy a reclamar levanta una ceja.

—Me da vergüenza —le suelto con total sinceridad, y al contrario de lo que pienso sube hasta mi boca y yo retiro mi cara porque no quiero que me bese, no para sentir mi propio sabor.

—Eres mi niña grande —sonríe y sin importarle mi queja me besa con tanta pasión que me deja de nuevo mirando las estrellas y ¡zaz! ya no soy dueña de nada en mi cuerpo y son mis manos las que lo agarran de la cabeza para que retome su viaje hacia el sur y haga lo que quiera hacer conmigo, incluso le abro más las piernas—, un día de estos voy a grabarte.

Ahora sí que mi lívido baja en picada, ¡¿qué?! No, ni en esta ni en la otra vida, pero cuando voy a reclamar su lengua empieza a hacer un trabajo sublime, suave y en el punto perfecto se mueve en círculos sin ejercer presión alguna produciéndome un placer inigualable sin disminuir ni un poco su intensidad.

Agarro el bonito plumón que tiene y así de poco decoroso lo muerdo, porque es eso o el gemido frustrado se me escapa desde lo más profundo de mi garganta. En silencio, caliente y excitada poniendo las manos alrededor de sus hombros le clavo las uñas y me dejo ir soltando toda la tensión acumulada. Segundos después, cuando ya no quiero más porque no puedo, intento retirarme, pero ahora son sus manos las que me agarran fuerte por el culo impidiéndomelo.

—¡No más! —le suelto—, no puedo más.

—¡Oh sí!, Beatriz —susurra pegado y ese airecito tibio me calienta aún más... ¡como si eso fuera posible!

—Te odio... te juro que te odio, Mauricio Costabal.

Mis palabras surgen efecto y al fin despega su boca y queda a mi altura, de rodillas, mirándome con la lujuria de alguien que tiene muy claro lo que va a hacer, y es justo cuando levanta mi pierna y la pasa sobre su hombro.

—¡No! —exclamo desesperada en tanto él sonríe con arrogancia.

—¿Por qué no? —quiere saber acomodándose.

—Porque la vas a meter de una y hasta el fon... —no alcanzo a terminar la frase cuando la primera estocada es certera y profunda, ¡chillo! mis manos se aferran a su espalda y con la fuerza que emplea quedamos casi sentados y soy yo quien empieza a moverse con él dentro.

Rápido, fuerte y rítmicamente.

—Así... así... no pares —jadea mordiéndome el hombro y tengo que cerrar los ojos para aguantarme el dolor, definitivo, el sado a mí no se me da. Pero cuando los abro y estoy a punto de bajar con todo veo que por la puerta se cuele una luz y me detengo de inmediato.

¡La enana!

—No pares —gruñe y su mano se apodera de mi culo para acercarme con fuerza.

—¡Sofía! —digo saltando hacia atrás para separarme, en tanto Mauricio aún sigue de espaldas a ella, luego se da vuelta y agitado le dice:

—Estamos viendo una película de terror.

Mi cara es la misma que la de la niña del exorcista, me giro y lo miro abriendo mucho los ojos como diciéndole.

Idiota, ¡¡No tienes televisor!!

## 18

*“Dicen que iré al infierno, pero en realidad vivo en él”*

Bloqueado como nunca en mi vida he visto a alguien está Mauricio, todo sucede como a cámara lenta, rápidamente cojo las sábanas y me cubro lo que más puedo, hasta que es la voz de Sofia quien nos saca a ambos de esta burbuja algo bizarra que se ha formado.

—Soledad está enojada.

Con el solo hecho de escuchar ese nombre Mauricio salta de la cama tal y como Dios lo echó al mundo.

—¡Imposible! ¿¡Cómo va a estar enojada si está...!?

—¡Mauricio! —le grito al mismo tiempo que le pongo la almohada en sus partes íntimas, porque estoy segura que Sofia en su vida ha visto a su padre desnudo y tampoco creo que sea algo muy decoroso para recordar—. La gata, está hablando de la gata.

—¡Qué gata!

«Será idiota», pienso tratando de aguantarme la risa, porque la cara de la enana es de todo menos feliz, sus ojos parecen pelotas de pin pon y van desde su padre a mi intercaladamente.

—La gatita que trajimos hoy en la tarde, Mauricio —empiezo a hablarle como si fuera un niño, ahora está sudando y no por el esfuerzo.

—Muy enojada —nos interrumpe dando un paso más hacia adentro. Sofia

y mi idiota preferido, en este momento, retrocede y cae en la cama. Con eso me confirma que no solo es idiota, sino que está en *shock*, no es que yo sea muy experta, pero al menos reacciono mejor, rápidamente me pongo la parte de arriba y tomo la bonita piecera de la cama y me la enrolla a la cintura, camino como si no hubiera pasado nada y tomo de la mano a Sofía.

—Vamos a ver qué le pasa a Soledad, y así dejamos que tu papá se recupere de la impresión que le dio ver la película de terror —digo, pero en ese mismo momento se detiene y me mira con sus ojitos perspicaces.

—Mi papi no tiene televisión en su pieza, solo hay en la mía, a él no le gusta mirarla.

—¡¡No!! —exclamo pensado rápidamente en cómo salir de este embrollo —, no es que la estuviera viendo de ver, de mirar, ¿entiendes? —ella niega con la cabeza—. Yo... yo le estaba contando una película de terror.

—Ahmm —murmura y seguimos caminando.

Al llegar a su habitación veo que Soledad está fuera de su caja, en tanto Pasqui duerme plácidamente, la gata al vernos comienza a chillar, y yo no sé quién lo hace más fuerte, si yo en modo excitada por no decir caliente, o la gata que parece que está reclamando algo.

—Ves, está enojada.

Me agacho para cogerla y automáticamente se queda callada y comienza a ronronear.

—Solo quiere cariño —le cuento abriéndole la cama para que se vuelva a costar y cuando lo hace pongo el animalito a su lado.

—Mi papi me dijo que no podía dormir con ellos —responde apenada—, por eso no la acosté conmigo.

«¿Será idiota?, no, lo que es, es que no tiene sentido común», suspiro y le regalo mi mejor sonrisa.

—No te preocupes, tu papá no se va a enojar, y tú vas a dormir hoy con la gatita para que no se sienta sola.

La pequeña asiente feliz un par de veces y agrega:

—Si yo voy a dormir con Soledad, ¿tú vas a dormir con mi papi para que



no se sienta solito?

—¡No! —chillo abriendo mucho los ojos, tanto, que hasta Sofía sonrío.

—¿Y entonces por qué estabas acostada con la luz apagada?

¡Diossss, qué niña más inteligente!

—Ya te dije, porque le estaba contando una historia de terror y para que tuviera más miedo teníamos la luz apagada.

—Ahmm, pero tú tenías más miedo.

—¡No! —sonrío—, yo era la valiente.

—Pero yo te escuché gritar a ti.

Cierro los ojos un momento y me armo de valor, porque la paciencia ya se me agotó y le invento un cuento más o menos creíble en donde justo yo gritaba avisándole que los malos venían, y así, mientras estoy creándome una verdadera historia no tan tétrica y apta para su edad, Sofía empieza a cerrar los ojos hasta que duerme profundamente.

Cuando me giro para dejarla sola veo a Mauricio mirándome desde la puerta con los brazos cruzados y una expresión indescifrable, con cautela me acerco y susurro:

—Todo está bien y... —antes de terminar la frase, me abraza fuerte y respira sobre mi cabeza.

—Eres increíble.

—¡No! —le digo riéndome—, es increíble que tú hayas inventado una excusa tan tonta como la de la televisión, ¡si no tienes!

Solo se encoge de hombros y salimos para dejarla dormir tranquila, voy directo a buscar mi ropa frente a su atenta mirada que estoy seguro que es de reprobación.

—No quería terminar así la noche.

Del alma me sale una carcajada porque este hombre es un verdadero adolescente que solo piensa en su satisfacción, y bueno, para no faltar a la verdad en la mía también.

—Bueno, pero como has podido ver, no podemos, es tarde, ahora me voy y

mañana nos volveremos a ver.

—¡Cómo que te vas! —casi pone el grito en el cielo—, ¿cómo te vas a ir?, imposible, es tarde.

—Soy una mujer adulta que sabe tomar un taxi.

—¡Sola!

—Por favor, Mauricio, cálmate, ¿qué me va a pasar?

—Quédate aquí.

Aunque estoy tentada en decirle que sí, me acerco a él, lo beso con ganas y le doy a entender que es imposible. Veinte minutos después, al fin con mi nueva mascota, tomo un *Uber* y me voy a mi hogar. Al entrar tal y como si fuera la loca de los gatos le hablé:

—Soledad, este será tu nuevo hogar.

La gata me mira y ronronea entremedio de mis pies, y así me voy a dormir, con *la Sole* entre mis brazos.

Como pocas veces lo hago antes de que suene el despertador me levanto, me planto frente al *closet* y estoy varios minutos pensando en qué me voy a poner, hoy comienzo una etapa diferente. ¡Voy a trabajar en mi sueño!

Escojo un vestido azul pegado que me queda como guante, y no es que se me suba el ego, pero es la pura y santa verdad.

Lo primero que hago es ir a mi puesto de trabajo y automáticamente mis ojos se van a su oficina, está cerrada, y es la propia Carmen quien me dice que el señor Costabal está en recursos humanos, nada más y nada menos que con la zorra, eso me amarga, pero no pienso dejar que eso me quite la alegría.

Luego de llegar a mi nuevo piso es el propio don Agustín quien me explica las cosas básicas de mi nuevo trabajo y así se me pasa absolutamente toda la mañana.

Cuando dan la una bajo a mi antiguo piso con ganas de verlo, pero nada, su oficina está abierta y el señor Costabal no está. Apenada me voy y antes de llegar al final del pasillo siento que me agarran del brazo.

—Te extrañé en la mañana, ya me estabas haciendo falta.

Me giro, lo miro a los ojos, y antes de que pueda continuar le doy un beso

furtivo en los labios.

—Yo también te he extrañado —le digo poniéndole cara de puchero. A lo que él me mira con las pupilas dilatadas y una sonrisa sexy de infarto.

—Tenemos cuarenta y cinco minutos para solucionarlo.

—¿Aquí?! —chillo mirando para ambos lados del pasillo.

—En mi oficina.

—¡No!

—¿Cómo qué no?, además no sería la primera vez —me recuerda y antes de poder responderle ya me está tomando de la mano, y esta vez, al llegar se encarga de poner el pestillo en la puerta.

Sus labios fuertes y ansiosos se mueven magníficamente, no alcanzó ni a parpadear cuando sus manos empiezan a hacer su trabajo en tanto mi mente deja de pensar en todo y en todos y con este beso... ¡pero qué beso! todo comienza a parecer un sueño. Mis ojos se cierran y comienzo a devolverle el beso con el mismo fervor y así, tal como si estuviéramos almorzando, nos devoramos con ardor.

Con una sonrisa satisfecha, antes de las dos de la tarde, nos separamos y mirándonos a los ojos nos arreglamos la ropa. Un último roce clandestino del adiós es el que nos damos.

Justo cuando estoy cerrando la puerta escucho:

—¿Qué haces en este piso?

—Vine... vine a entregarle unos documentos al señor Costabal —logro mentirle más o menos convencida, pero ella cómo la zorra que es me mira de arriba abajo y espeta:

—El jueves estará listo el anexo de contrato para que bajes a firmarlo, y el curso de inglés comienza el mes que viene.

—Gracias, señorita Rojas —digo y paso por su lado, aunque sé que es imposible siento un cartel en mi frente que dice “recién follada”.

—Beatriz —me detiene sin mirarme—, no arruines tu carrera.

—¿Perdón? —me giro con actitud altiva, una cosa es que sea mi jefa y otra que me dé amenazas solapadas.

—Lo que escuchaste —repite, y cuando estoy a punto de atacarla continua —, trabajar con don Agustín es una oportunidad única, aprende de él.

Si esto fuera una caricatura yo estaría boqueando como un pez, ¿qué le digo yo a sus buenos deseos? ¡Nada!

Durante la tarde sigo aprendiendo y el superjefe no me da tregua, tanto así que salgo después de las seis y ni siquiera puedo volver a ver a Mauricio.

En mi casa me siento sola, pero es Soledad la primera en darme la bienvenida y yo como la loca de los gatos que me estoy convirtiendo ¡le hablo! Incluso le cuento lo de *calienta José* y nuestro extraño encontrón.

Sin ganas me preparo algo para comer y durante un largo rato hablo por WhatsApp con las chicas, y el día que debería ser el más feliz de mi vida se transforma en uno triste porque quiero estar en otro lado, y con dos personas. Para ser una mujer moderna le echo la culpa a las hormonas y como hace mucho que no hago llamo a mi madre para contarle mi pequeño problema.

Claro y conciso le empiezo a decir que estoy saliendo con un hombre que viene con mochila incluida. Ella, a pesar de estar reticente al principio me apoya y me dice, no en realidad me exige conocerlo este fin de semana.

Mientras me estoy negando dándole mil excusas tontas suena el timbre. Abro distraída con el teléfono en la mano y mi sorpresa es enorme cuando los veo.

—¡Mauricio, Sofía y... Pasqui! —digo alejando el teléfono y no atino a hacerlos pasar.

—Pasqui quería verte —es Mauricio el que habla, porque Sofía ya ha entrado para juntar a los gatos.

—Beita, Beita, ¿sigues ahí? —me recrimina mi madre por el otro lado de la línea.

—Sí, mamá.

—¿Y quién ha llegado? —por Dios... ¡esta señora es psíquica!

—Mau... Mauricio y Sofía.

—Dame con él.

—¡Qué!—chillo ante la atenta mirada de mí inesperada pero bienvenida

visita.

—Quiero hablarle —repite.

Niego con la cabeza como si me viera, pero como la señora habla tan fuerte repite la orden y claro, Mauricio que no es sordo la escucha, como si nada me quita el teléfono y contesta:

—Buenas noches, señora.

Intento acercarme al aparatito pero Mauricio que es más alto se yergue un poco más y se me hace imposible escuchar bien, lo único que oigo es: “encantado, señora, el domingo nos vemos en su casa” y luego de eso me entrega el teléfono.

—No lo puedo creer —le suelto aún anonadada.

—¿Qué? Si tú conoces a mis padres es justo que yo conozca a los tuyos.

—Pero..., pero es que no sabes cómo son, te harán mil y una pregunta y creerán... ¡cresta! —exclamo y me tapo la boca horrorizada.

—¿Qué sucede? —quiere saber quitándome las manos con cariño.

—Mis padres..., mis padres creerán que lo nuestro es serio, que es...

—Lo nuestro es serio, Beatriz.

Con esas palabras me lanzo a sus brazos al mismo tiempo que mi corazón comienza a latir desbocado dentro de mi pecho.

La siguiente hora y media la pasamos los tres conversando felices en tanto los gatos juegan entre ellos.

Cuando se fueron, tras darme un beso que me deja en las nubes y pidiendo más me voy a dormir, por primera vez en muchos años me siento sola y triste. ¡Quiero estar con él!, ¡con ellos! Como dicen que los animales son intuitivos, Soledad se acerca y me entrega el cariño que necesito.

Por la mañana ya no tengo que pasar por mi antiguo piso y no encuentro ninguna excusa decente para hacerlo, así que me voy directo a mi escritorio y comienzo a trabajar. La verdad es que aquí es una relación entre la computadora, el teléfono y las pantallas que me indican los movimientos de la Bolsa, y aunque esto es lo que he querido siempre y me encanta, también extraño mirar hacia la oficina y ver de reojo al señor Costabal. En eso estoy

pensando cuando don Agustín interrumpe mis pensamientos.

—Beatriz, me gustaría ver los balances financieros de estos clientes —me dice y cuando veo de quienes se tratan mis ojos se iluminan.

—¡Claro! Puedo traerle los balances y sus estados financieros, estos clientes los lleva Raúl.

—Perfecto, que me mandé los archivos de inmediato.

—¡No! —hablo un poco más alto—, no se preocupe, se los traeré en físico así los puede analizar de mejor manera.

—Pero que sea rápido —expresa mirando la hora, sé que está apurado porque rara vez pide todo de inmediato.

¡Qué me dijeron a mí!, no espero ni un segundo más y bajo, pero cuál es mi decepción al ver la puerta abierta, pero no al señor Costabal ni a Raúl.

Con cautela me acerco a Carmen.

—Buenos días.

—Hola, qué tal todo por los cielos.

—Increíble, y más tranquilo de lo que me imaginé.

—Me alegro, aquí abajo nos estamos volviendo locos, tenemos auditoría interna.

—¿Hoy? —digo totalmente sorprendida.

—Sí, en eso estamos todos, ¿qué necesitas?

—Unos balances de un cliente, ¿pero no está Raúl para pedírselos?

—No, llegará más tarde, pero puedes buscarlos tú misma por favor, es que tengo que terminar este informe.

—Sí, claro —le digo no muy contenta, no vi ni a mi amigo ni mi amor—, nos vemos.

Como ya he perdido mucho tiempo voy directo a buscar la carpeta. Cuando la encuentro la reviso asegurándome que esté todo lo que necesito, y al volver, ¡al fin! Ahí todo serio revisando algo desde el teléfono está mirando por la ventana. No me demoro ni un solo minuto y voy a su encuentro.

—Al fin lo encuentro, señor Costabal —susurro y me acerco—. Necesito el beso de los “buenos días” y si es la mitad de bueno que el de anoche... — no termino la frase cuando siento su boca sobre la mía y me muerde el labio. Me toma por los hombros y arrincona contra la pared obligándome a ponerme de puntillas para quedar más cómoda.

—Definitivamente este beso es mejor —jadeo en su boca.

—Deja de hablar y ahora salúdame tú.

—Sí, señor —respondo y esta vez lo beso yo, así seguimos por un momento hasta que ruidos en el pasillo nos distraen y nos separamos rápidamente.

Por suerte para ambos solo es uno de mis compañeros que nos saluda y sigue de largo, pero yo me quedo con la sensación de algo extraño, incluso me siento observada, pero rápidamente esa sensación es distraída por palabras de grueso calibre que ahora, mí no tan decente señor Costabal, murmura en mi oído poniéndome la piel de gallina.

—Quiero tenerte en mi escritorio de nuevo, pasar la lengua por tu interior mientras tú te aguantas las ganas de gritar y entierras las uñas en mi espalda.

Aturdida, atónita y alucinada me deja este hombre, pero sobre todo, ¡caliente! Lo que Costabal me ha dicho hace que me sonroje porque no hay nada que no sea verdad y ni siquiera puedo defenderme, y como lo sabe, con lo cabrón y seguro de sí mismo que es, pasa sus manos por mis senos haciendo que mis pezones se pongan duros automáticamente dejándome sin respiración.

Su mirada intensa llena de lujuria me aceleran y me excitan a tal punto que muero de ganas de tocarlo, y cuando lo hago noto lo abultado de su pantalón, y olvidándome de todo, respondo de igual manera que él, que se aprieta contra mí buscando algo más, justo ese “más” que es imposible dar. Durante varios segundos nos besamos apasionadamente en la soledad del pasillo. Mi cuerpo tiembla suplicando un poco más en tanto sus manos me están estrangulando la cintura. Cuando la cordura vuelve a reinar, se aparta jadeando y me dice:

—A las seis nos vamos juntos.

Niego con la cabeza, no porque no quiera sino que porque estoy comprometida con Claudia, pero claramente a él parece no importarle y afirma casi en un gruñido:

—A las seis te espero en el estacionamiento.

—Pero...

—Ni se te ocurra no estar, se en que puesto trabajas y hoy Agustín se va a las cinco —demanda y luego de darme un beso casto y puro en la frente se va.

Así, desconcertada subo, le entrego el informe a mi jefe y me pongo a trabajar como posesa para dar la talla que corresponde. En este departamento todo es más serio, y claro, se juegan altas sumas de dinero, pero nadie habla mucho con nadie y aparte de la secretaria soy la única mujer, y además creo que por ser la más joven no me ven con tan buenos ojos.

A las seis en punto he olvidado llamar a Claudia para avisarle que no voy, así que me veo obligada a pedirle a Mauricio que nos acompañe.

Tal y como me dijo me está esperando en el estacionamiento y yo por más que quiero quitarme esta sensación no puedo, y siento que algo me observa....  
¡Maldición!

—Cinco minutos tarde, señorita Andrade —me dice en tono formal.

—Que puntual, señor Costabal —bromeo cruzando las piernas y por supuesto poniéndome el cinturón—, pero creo que tengo una noticia que no le va a encantar.

—Me da igual si estás con la regla, o con ese tal *Andrés* como dices tú.

—¡Mauricio!

—¿Qué?, es verdad, a mí no me da asco nada de ti —asevera acelerando el auto.

—No, no es eso, y sí, a mí sí me da asco así que olvídale.

—¿Entonces?

—Me tengo que juntar con Claudia, se lo prometí —ahora el que gira la cabeza como la niña del exorcista es él, y tarda varios segundos mirándome.

—Bueno, no me mires así, traté de decírtelo.

—Te acompaño.

—¡Qué!

—Eso, que te acompaño, ¿o es qué no quieres presentarme a tus amigas?



—Ya las conoces.

—Sí, pero podemos beber algo de forma normal.

Suspiro un par de veces, cierro los ojos y le digo que acepto. Mientras avanzamos le mando un mensaje a Claudia avisándole que voy con Mauricio, ella en respuesta me manda el típico monito con las manos en la cara, ese que dice “wow”.

Al llegar la veo de inmediato, está en el lugar de siempre bebiéndose una cervecita y a mí se me hace agua la boca. Antes de llegar a la mesa paso a saludar a Julio, el dueño del bar. Me abraza como siempre y me levanta un par de centímetros del suelo. Incómoda por cómo sé que me están mirando le pido que me baje, me da un beso en la mejilla y me baja.

—¿Lo de siempre? ¿Heladita y con limón?

—Sí, por favor.

—Enseguida va, ¿pero... está vez como la vas a pagar? —bromea cerrándome un ojo y yo no quiero ni darme vuelta.

Me acerco a Mauricio que por supuesto está con el ceño fruncido y le digo que no es lo que se imagina, ambos caminamos a la mesa, Claudia se levanta de inmediato y antes de saludarme a mí le estira la mano a mi acompañante.

—¿Vienes en plan jefe o de acompañante?

—Vengo con mi mujer, tómalo como quieras.

«Mi mujer», eso me derrite de inmediato y si pudiera echarle porras lo haría, pero me contengo y al mirar a Clau, sé que su respuesta le gusta.

Nos sentamos los tres, Mauricio levanta la mano para que lo atiendan, pero no sé porque se demoran un poco más hasta que una de las camareras llega y muy coquetamente, para mi gusto, le toma el pedido, ¿y que pide? ¡Whisky! ¡¡Aquí!! En donde todos tomamos cerveza, pero ni modo, Mauricio siempre será el señor Costabal, mi cabrón favorito.

La conversación fluye rápidamente entre los tres, Claudia es una dama y aunque no hablamos de nada importante somos capaces de reírnos.

—¿Vienen siempre?

—Uf, si este lugar hablara, las cosas que contaría, pero...

—Lo que ocurre en el bar se queda en el bar —acota una voz enérgica y suspicaz.

Levanto la mirada y veo a mi feminista favorita que no sé en qué plan exactamente está hoy.

—¡Francisca! —chillo.

—Así tengo el gusto de llamarme —sonríe irónicamente, y mirando hacia el lado sabiendo perfectamente quien es pregunta—, ¿y tú eres?

—Mauricio Costabal —se presenta en todo su esplendor levantándose como signo de buena educación.

—No es necesario que te pongas de pie, ni que me corras la silla, las mujeres sabemos hacerlo solitas —le recita un decálogo de inmediato.

—No me cabe duda, pero la caballerosidad no se hace menos por ser educado.

Ignorando el comentario Francisca se sienta, de inmediato llega su cervecita y desde luego la conversación se pone más tensa.

—Bueno, ¿y tú qué haces aquí? —le pregunta de sopetón, sin guardarse nada Fran, justo cuando Mauricio se llevaba el vaso a los labios. Él, con lentitud termina de beber y mirándola directo a los ojos le responde:

—Hoy es martes, no es su día de... —alarga la palabra—, “chicas”.

—Vaya, así que además de todo eres controlador—resopla.

—En absoluto, solo aclaro un punto.

—Fran... —niego con la cabeza, pidiéndole paz.

—Está bien. No diré nada más, pero que sepas que estás coartando mi libertad de expresión —me dice.

—Por mí no te cohíbas.

—Por ti no, por supuesto, pero por mi amiga sí, se llama “sororidad”, ¿conoces la palabra?

—Por supuesto, ¿y tú conoces la palabra “respeto”?

—No me gustabas antes y menos ahora, punto y final.

—Salud por eso —levanta el vaso Mauricio mirándola a los ojos—, mientras le guste a Beatriz, todo bien.

—Vale, entendimos el punto, ahora por favor continuemos en “paz” porque ambos conocen la palabra, ¿o se las describo?

Mauricio suspira y se reclina hacia atrás de la silla pasando su brazo por mis hombros, luego en signo de cansancio se afloja un poco la corbata.

—¿Ahora te sacarás la ropa? Digo, para mostrarnos tus atributos —espeta Francisca al aire.

—Eso es lo que te gustaría —responde en el mismo tono sarcástico y creo que entre estos dos nunca habrá *feeling*.

Al rato por supuesto se nos une la que faltaba, Paula y así como jamás pensé comenzamos a compartir los cinco, aunque eso de cinco como cinco, no, pero al menos conversábamos entre cuatro, porque Fran hablaba solo para decir una pesadez.

Casi una hora después al fin me logro zafar, me despido de las chicas con un abrazo y un beso, en tanto Mauricio por supuesto lo hace dándoles solo la mano, bueno, así es el señor Costabal, un *robot* que solo demuestra sus emociones en ciertas ocasiones, y tengo claro cuando es eso.

Al salir le digo:

—Perdón, no pensé que estarían todas las chicas, solo me juntaría con Claudia.

—No me pidas perdón, está claro que no soy santo de su devoción.

—Pero tampoco era la idea que estuviéramos dentro de una batalla constantemente.

—Yo me entretuve —dice de lo más suelto de cuerpo.

—¡Mauricio!

—Digo la verdad, estar sentado con ustedes fue como sentarse con varias niñas que protegen a otra niña.

—O sea, me estás llamando “pendeja”.

Afirma con la cabeza.

—Sí, mi pendeja favorita —sonríe y me pega a su cuerpo—, pero, tú, ahora, cuando lleguemos a tu casa vas a resarcirme de este momento siendo una muy pero muy buena chica.

Y así con esas palabras nos vamos y literalmente calentamos motores dentro de su auto. Apenas llegamos a mi departamento, el primer prelude sexual comienza en el ascensor y para que describir lo que sucede en la alfombra, si basta con resumir que me besó hasta sombra. Sí, así tal cual como dice mi cantante favorito. Con la única diferencia es a pesar de la negativa de Mauricio, Soledad se quedó con nosotros todo el tiempo.

¡Sí! ¡Creo que tengo una gata voyerista!

## 19

*“Hasta los demonios se quieren hundir en el infierno”*

Si me hubieran dicho en algún momento de mi vida que estaría compartiendo mi cama con Mauricio Costabal y Soledad, no me lo hubiera creído jamás, y al pensarlo me muerdo el labio para no reír, pero a la gata no le hace gracia y al moverme me entierra las uñas, así que obediente me pego aún más al cuerpo de mi HDP favorito, y sin saber cómo, me quedo completamente dormida.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que despierto. Me siento totalmente atrapada, y como si eso fuera poco, no solo su brazo me rodea, sino que su pierna también, ¡¿así quién puede dormir?! Al menos yo no. Cuando intento despegarme un poquito, tal cual como si fuera un animal, Mauricio gruñe pero sigue durmiendo, aprovecho de acomodarme y como estamos desnudos sobre mi cama la visión que tengo es digna de contemplar, y así me quedo embobada admirándolo, como si mis manos tuvieran vida propia comienzo a acariciar su espalda.

Cuando ya son casi las cuatro de la madrugada, con todo el dolor de mi corazón que es hora de despertarlo.

—Mauricio —susurro bajito, pero nada—, es tarde.

Su única respuesta es volver abrazarme, y ahora sí que no me puedo mover, su reacción es tan rápido que hasta Soledad se asusta saltando lejos. Desde la puerta me mira como diciendo “y ahora qué”. Me muevo un poco y logro zafarme de su agarre, me acomodo de lado y empiezo a darle pequeños besos en su torso. ¡Dios! Esto es una delicia, ¡todo de este hombre me encanta!

¿Me estaré volviendo loca? ¿Más aún?

En un acto inesperado Mauricio literalmente salta sobre mí y ahora sí que no tengo ni una sola posibilidad de moverme.

—Creí que estabas durmiendo —expreso, él en respuesta mueve sus caderas hacia adelante, cosa que me indica que está listo para la acción. ¡Otra vez!

—Lo estaba, pero alguien interrumpió mi sueño, y por eso debe pagar, señorita Andrade —sonríe con picardía y me da un cálido beso en la frente, a lo que en respuesta le hago un puchero.

—No estoy interrumpiendo su sueño, señor Costabal, estoy simplemente siendo responsable —él levanta una ceja para que siga explicándole, “hombres, claramente piensan con la cabeza de abajo”—. Tienes que irte.

—No quiero —susurra cerrando los ojos.

—Pero tienes que hacerlo, mañana llevas a Sofía al colegio, y supongo que tu hermana querrá irse a su casa.

—Puedo irme de acá a las seis de la mañana.

¡¡Dios!! Nada me encantaría más, pero la maldita vena responsable que muy dentro habita en mí me dice que no es correcto y niego con la cabeza.

Mauricio abre mucho los ojos en forma desaprobatoria a lo que digo, y claramente no le importa mucho, ya que se queda en la misma posición, toma mis manos y las levanta sobre mi cabeza.

—¿Seguro qué quieres que me vaya?, ¿ahora?

En cosa de segundos mi vena responsable se va a las pailas, tenerlo desnudo sobre mí hace que me excite de inmediato, se me seca la boca con lo que sé que va a pasar a continuación. Me mira por unos segundos deteniéndose justo en mis senos.

—No quiero que te muevas, y espero que puedas obedecer una simple y pequeña orden.

—¿Qué... qué vas a hacer? —pregunto realmente interesada.

—Nada que no te guste, o que ya no hayamos hecho antes —confiesa con fanfarronería—. ¿Dejarás las manos arriba? —me pregunta ahora sentándose

sobre mí. Asiento con la cabeza lentamente porque no sé si podré realmente dejar las manos arriba y no tocarlo, pero al menos lo intentaré.

Su sonrisa me dice que está disfrutando de lo lindo, y que ya tiene algo planeado en su cabeza, y claro, no tengo que ser adivina para saber qué es. Lentamente se agacha y primero besa mis senos con mucho cuidado, para luego empezar a lamerlos como si fueran un verdadero manjar. Por instinto mis manos bajan a su cabeza y son sus dientes los que me advierten que no lo haga.

—¡Mauricio! —chillo en protesta, y en respuesta sin sacar sus dientes me hace subir las manos y lame con suavidad entreteniéndose más de lo que yo quisiera porque siento que me estoy quemando. Su lengua húmeda y caliente me tiene totalmente desesperada. ¡Y yo que lo quería echar!

Justo cuando voy a mandar mi promesa a la mierda él levanta la cabeza y susurra soplándome los pezones, endureciéndolos aún más.

—¿Tiene calor, señorita Andrade? —pregunta y mira directamente mis brazos que están levantados—, te voy a morder de verdad la próxima vez.— Me advierte y juro que estoy a punto de contestarle y mandarlo a la mierda, pero cuando su boca baja de nuevo mi calentura gana y jadeo de auténtico placer, en tanto él ya comienza a bajar por mi vientre y juro que nunca en mi vida me hubiera imaginado que una lengua, ¡pero qué lengua!, en mi ombligo hicieran estragos en mi entrepierna, que dicho sea de paso se abren solitas para recibir lo que viene.

La lentitud de su lengua es una verdadera tortura, lo sabe y por supuesto que lo está disfrutando, en tanto yo estoy jadeando como si hubiera corrido una maratón. Y juro que lo intento, intento no bajar las manos, pero es que me tiene desesperada y hasta mis caderas lo saben y se empiezan a mover apurándolo hasta que cuando al fin llega a mi pelvis simplemente mis manos bajan a su cabeza un poco más, ¡¿y qué hace él?! ¡Me muerde el clítoris!

—Sube las manos —me ordena en su todo habitual hablándome entre dientes, y antes de que me lo repita junto mis manos y me afirmo del cabecero de mi cama, en tanto su lengua comienza a lamerme mágicamente sin parar mientras mi cuerpo lentamente se va perdiendo en un cúmulo de sensaciones, cual más placentera que la otra. Pero cuando uno de sus dedos se introduce dentro de mí friccionándose, siento que ya no puedo más, no sé si es su lengua, sus labios o sus dedos, pero una corriente eléctrica empieza a

recorrerme desde la punta de los pies subiendo rápidamente hasta mi vientre arrastrando toda mi cordura a su paso. Y así sin mucho más y sin aviso previo estallo.

—Ya... para... para —pido, ruego porque de verdad siento que el corazón se me va a salir, y utilizando la poca fuerza que me queda, y sin importarme las consecuencias, bajo las manos y lo agarro del pelo para que suba y me penetre como tanto lo necesito.

Y así lo hace, de una sola embestida llega al final, y aunque en un principio me resisto toma mis labios y sintiendo mi propio sabor alarga mi placer. No sé cómo y en un movimiento muy de cabrón voluntarioso me tira hacia su cuerpo y ya es imposible que estemos más pegados, ni aire pasa entre nuestros cuerpos. Sus labios me están devorando y aunque me asfixie aquí mismo no pienso separarlos. Esto es más de lo que nunca imaginé. Incluso puedo sentir el corazón latir de Mauricio, y cuando creo que ya no puedo respirar, el beso es reemplazado por pequeñas mordidas que son simplemente deliciosas.

—¡Te quiero, Beatriz! Te necesito a mi lado siempre —reconoce jadeando sin dejar de moverse—, quiero que te vengas a vivir a mi casa —susurra, y antes de poder entender, contestar o reaccionar su boca ataca la mía y él con una última embestida llega al final arrastrándome a mí también, en tanto yo... ya he dejado de pensar. Mi cabeza cae hacia atrás y cuando nos separamos, él con cuidado y como si fuera una muñeca de trapo, me acomoda en la cama. No tengo ni un poquito de fuerzas y mi energía ha sido consumida completamente.

Pasan unos segundos y es como si hubiera pasado un angelito, no hablamos, hasta que es Mauricio el que poniéndose de lado me mira y pregunta:

—¿No me responderás nada?

—¿Qué quieres que te diga? —reconozco bajito porque no sé si me lo dijo en un momento de euforia o de verdad.

—Perfecto, veo cuánto te importo, o sea para ti no soy nadie —responde en tono hosco poniéndose de pie, comenzando a vestirse.

—Mauricio, escúchame, esto...

—No quiero escucharte ahora —me corta sin siquiera mirarme, termina de



vestirse y a pesar de que creo que no lo hará, rodea la cama y me da un frío beso en los labios, luego sale de la habitación y tiene un pequeño encontrón con Soledad, porque hasta acá escucho su maullar y el impropio que Mauricio le da.

Me agarro la cabeza con las dos manos y me tiro hacia atrás sobrepasada totalmente por la situación. ¡¿A quién le dicen así y de sopetón que se vaya a vivir a su casa?! ¿Y su hija? ¿Y su familia? ¡Dios! ¿Y *calienta José*? No, esto es demasiado incluso para mí. ¡Es una locura sin pies ni cabezas, si no nos conocemos tanto!

Pasan veinte minutos, ya casi son las seis de la mañana y yo aún no me puedo dormir, de verdad es que no sé qué hacer. A pesar de la hora tomo mi teléfono y le escribo a mi feminista favorita, tal vez para cualquiera no sería la persona más idónea para preguntar, debería ser Claudia, pero sé que ella me dirá la verdad.

**\*Sé que es un poco tarde, tal vez veas el mensaje más tarde, pero necesitaba contártelo. Parece que Mauricio me dijo que me fuera a vivir con él.**

**05:52**

Cierro los ojos para infundirme valor, pero el tono de llamada entrante me hace saltar. Lo cojo y al ver quién es aprieto más los ojos.

—¿Te desperté?

—No, si estaba cenando —me responde con voz de sueño.

—Perdón.

—Me puedes explicar en castellano y si fuera posible en mi idioma qué es lo que me escribiste, o estás ebria y no sabes lo que dices —me suelta un tanto enojada.

—Lo... lo que leíste.

—¿Cómo qué parece que te dijo? Se clara, o anda a lavarte la cara y así te despejas y me cuentas mejor —me regaña y desde aquí sé que ha encendido un cigarro, ¡y eso que nos dijo que los dejaría!

—Estás fumando —la acuso.

—Sí, claro, tengo siempre uno en mi velador cuando los nervios me atacan, y con la bomba que me tiraste amerita no uno, sino una cajetilla, pero no tengo. Así que me puedes explicar, “cómo es que crees”.

—Bueno, eh..., estábamos, ya tú sabes en qué, y de pronto me suelta que me vaya a vivir con él, así de repente, de rompe y raja.

—¿Y tú que le respondiste, Beatriz Andrade?

Mierda, si es nombre y apellido es porque la conversación es seria.

—Le dije... le dije...

—¡Dime de una vez qué le dijiste, mujer, por el amor de Dios! —chilla cortándome toda la inspiración.

—Nada, ¡le dije que no sabía! —exclamo de vuelta tirándome sobre la almohada.

—Beatriz —habla muy pausada y despacio—, dime por favor que me estás tomando el pelo y no le respondiste esa soberana estupidez.

—¿Cómo que soberana estupidez? —me defiendo volviéndome a sentar.

—Por supuesto que es una estupidez, ¿cómo mierda se te ocurre responderle eso a Mauricio?, tú sabes, o mejor dicho, ¿te imaginas cuánto lo debe haber pensado ese hombre para pedírtelo?, ¿y qué haces, tú? No le respondes, y como si eso fuera poco, ¡no lo tomaste en serio! ¿Qué tienes en la cabeza a parte de pelo, ¡acaso las neuronas te flotan!? —me grita exasperada y eso me molesta.

—¿Me puedes decir qué te pasa? Se supone que eres mi amiga, no la de él, para que lo estés defendiendo tanto —le suelto.

—¡Beatriz Andrade! No lo estoy defendiendo, ese HDP me cae como patada en el hígado, que te quede claro, pero una cosa es eso y otra muy distinta que vea la situación tal y como es.

—¿Y cómo es según tú?, ¡ah...!

—¿De verdad quieres que te lo explique?

—Sino no te lo estaría preguntando.

Francisca suspira no una sino dos veces, le da un par de caladas a su cigarrillo y como si fuera mi madre empieza a hablar pausadamente:

—El cabrón te abrió las puertas de su casa, de su vida y de su corazón, y no conforme con eso es capaz de decirte que quiere que vivas con él, con todo lo que eso significa.

—Claro, mucho, imagínate yo tengo mis cosas, mis...

—¡Pero tú eres tarada! —me vuelve a cortar con un solo grito—, deja de pensar que eres el centro del universo, aquí en esta historia no lo eres, ¡es su hija! Esa niñita es su vida y él por muy cabrón que sea te está ofreciendo absolutamente todo, te está abriendo la puerta a su vida, a su hija que es lo único que tiene en esta vida, ¿qué no lo ves?

—Visto así —murmuro.

—Bea..., no es visto así, es así, vamos, amiga, piénsalo un poco, piensa en cómo es él y todo lo que le debe haber costado...

—Me lo dijo cuando estaba a punto de acabar —ahora soy yo la que la corta, tanta defensa férrea hacia Mauricio me pone los pelos de punta.

—¡Con mayor razón entonces! Ese es un momento mágico en que no solo son los cuerpos los que se conectan, sino que el alma y el corazón se unen en un solo ser, sintiendo lo más bonito que existe, es más que amor, más que calentura, más que sexo, es..., es un todo, es lo más importante que tiene un ser humano, porque no se gana, no se compra, solo se siente, y esa conexión la tienes solo con la persona indicada, ese que no solo te movió las hormonas, es la persona que tocó algo tan profundo de ti que crees que cuando no estás con él estás vacía, es como si te faltara una parte. ¿Me entiendes?

—Fran... —susurro asombrada.

—Qué, ¿crees que yo no tengo sentimientos? —ahí vuelve la Fran de siempre.

—No, es que no pensé que...

—Ese es el problema, amiga, no estás pensando, y eso sí es grave. Te voy a hacer una sola pregunta y contéstamela con total sinceridad, aunque no sea bonita la respuesta. ¿Te ves criando a la hija de Mauricio junto a él?, ¿te imaginas caminando por el parque con ese hombre cuando sean viejos?

Lo pienso un momento y no sé por qué el corazón se me acelera.

—Sofía es una niña increíble, y aunque la he visto muy poco tiempo siento que la quiero.

—Eso no es lo que te pregunté, yo también quiero a la hija de mi vecina, es una niña muy simpática. Contéstame.

Lo pienso unos segundos y mi sonrisa se ensancha de solo pensarlo.

—No sé si me veo criándola, esa es la verdad, pero sí me veo al lado de Mauricio y de Sofía, me gusta su compañía, me gusta sentirme parte de la vida de esa pequeña y que ella me considere, quiero enseñarle cosas, quiero mostrarle que la vida es linda a pesar de lo que le pasó a su madre, y bueno... con Mauricio me veo de todas formas, solo que nunca me lo había planteado así.

—¿Entonces, amiga...?

—Entonces no sé —resoplo agotada mentalmente—, tengo veinticinco años.

—¿Y qué? ¿Eres queso, vino o algo por el estilo que te estás midiendo en años? —resopla.

—No, claro que no, pero..., y si no puedo y los defraudo, esto no es cómo cambiarse de trabajo, ¡es serio!

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Obvio.

—Cuando te viniste a estudiar a Santiago, y vivías en la pensión de la señora Ana, ¿siempre pensaste en que terminarías la carrera?

—No...

—¿Pensaste que a los veintitrés años estarías pagando un dividendo?

—Me ayudaron mis padres...

—Estúpida, respóndeme como adulta.

—No, jamás pensé que todo me saldría tan fácil —contesto con total sinceridad.

—Es por eso, amiga, es porque todo te ha salido más fácil de lo esperado

que ahora tienes miedo, y crees que no vas a poder, pero escúchame bien, Beatriz Andrade, eres una mujer fuerte, valiente y decidida, solo tienes que darte un voto de confianza. ¡Tú puedes! Y aunque solo lo reconoceré esta vez, Mauricio Costabal es el hombre de tu vida. Date esa oportunidad, no seas como yo que teniendo todo para ser feliz dejé ir a Roberto por cobarde.

—Y si...

—Y si nada, el que no se arriesga no cruza el río, y es peor, ¡se ahoga!

—Voy a hablar con él mañana.

—¡No! Llámalo ahora, ¿por qué vas a esperar?

—Porque son las seis de la mañana ponte tú.

—Ah, y a mí sí me puedes llamar —me agujijonea—, deja de ser cobarde y llámalo ahora.

—Fran..., gracias.

—Las gracias las hacen los monos en el circo, las amigas estamos para esto, pero una cosa sí te diré, sigo pensando que Costabal es un cabrón.

—Te quiero, loca.

—Y yo a ti, ¡pero llámalo!

Y así, sin más me corta el teléfono. Miro el aparatito y marco su número, mientras espero camino por mi habitación que huele a él, a sexo y a amor. Y tras esperar el tercer pitido la llamada se corta. Miro el teléfono sin entender y vuelvo a marcar, pero ahora se corta al segundo toque.

«Qué te has creído que no quieres hablar conmigo, imbécil».

Vuelvo a marcar el teléfono y sucede lo mismo de nuevo, al hacerlo por cuarta vez y obtener la misma respuesta me rindo. Me siento en el sillón del *living* y de inmediato Soledad se sube a mis piernas.

—¿Verdad que Mauricio es un tonto?

La gata me mira, me mira y me mira, hasta que como si entendiera lo que digo me hace un desprecio y gira la cabeza.

—Ah, claro, ¿tú también lo vas a defender, también crees que yo tuve la culpa? —le hablo a Soledad como la loca de los gatos, y cuál es mi reacción

al escuchar un “miau” tipo afirmativo para que a continuación se vaya con la cola bien en alto, la desgraciada. Haciéndome sentir culpable de verdad.

Al otro día muy temprano llego a la oficina, y aunque estoy tentada en pasar por el cuarto piso, sigo de largo en el ascensor. Mi trabajo ahora está varias plantas más arriba.

Rápidamente me sumerjo en el trabajo, ¡me encanta! Y cómo si eso no bastara, mis compañeros en su mayoría todos hombres son de lo más amables, ni cuenta me doy en cómo se me pasa la mañana, y justo cuando dan la una y me estoy levantando para ir a almorzar aparece don Agustín.

—¿Beatriz, qué te parece si almorzamos juntos?, no hemos tenido tiempo de celebrar tu ascenso.

—Eh... sí claro, don Agustín, ningún problema —respondo y pienso en que la posibilidad que tenía de ver a Mauricio se ha esfumado como el agua entre mis dedos, no me contestó ni una sola vez el teléfono durante la mañana, y para colmo de males le pidió a Carmen que no le pasara llamadas y como si eso fuera poco desconectó su directo.

El gran jefe va hablándome algo trivial, sin tanta importancia, mientras bajamos por el ascensor, hasta que de pronto las puertas se abren en recursos humanos y cuál es mi sorpresa al ver a *caliente* José y a Mauricio parados enfrente, ¡sonriendo!

—¡Don Agustín! —exclama la jefa de RRHH entrando feliz, le da un par de besos en las mejillas y se pone a su lado, en tanto Mauricio pasa por mi lado sin siquiera mirarme y lo saluda protocolarmente.

—Estábamos viendo el contrato de la señorita Andrade —habla el cabrón dando una explicación que sé que va dirigida a mí, pero si él no me quiere mirar, ¿por qué tengo que hacerlo yo?

—Ya es hora de almuerzo, hombre, no hablemos de trabajo, de hecho en este momento vamos a celebrar con Beatriz.

—Maravilloso —aplaude ella—, nosotros también vamos a almorzar, ¿podríamos hacerlo los cuatro?

—No es necesario que interrumpamos la celebración de la señorita Andrade —le responde Mauricio, y mirándome a mí prosigue—, me imagino que tienen muchas cosas por qué brindar.

—A mí me parece perfecto —dictamina el gran jefe—, almorzamos todos juntos, después de todo, tú eras su jefe anterior.

—¡Sí!—vuelve a chillar la insoportable—, esto será como un cambio de mando.

—Mejor dicho imposible.

—Yo no tengo nada que celebrar, tengo demasiado trabajo.

—Pero tiene que almorzar, señor Costabal —me atrevo a decirle.

—No tengo hambre, anoche comí algo que me cayó pésimo al estómago.

—¿En serio? ¿Y qué fue? —pregunta María José tomándolo del brazo en tanto él se deja.

—Algo que seguro no estaba lo suficientemente maduro —suelta mirándome directamente.

—Con mayor razón entonces, hombre, te vienes con nosotros.

Ante esas últimas palabras el señor Costabal no tiene nada que objetar y los cuatro caminamos por la calle hasta llegar a un restaurante en donde comen los más altos ejecutivos de la ciudad. Es un lugar refinado y he escuchado que la comida es deliciosa.

Al llegar nos llevan a una mesa reservada para don Agustín, él de inmediato pide pisco sour para brindar.

Intento ser educada y responder a todas las preguntas que me hacen, conversamos un poco de todo, pero cuando ahondamos en la familia María José salta de verdadera alegría.

—¿Estás emocionado, Mauri, por lo de esta noche? Porque lo que es yo, estoy que me subo por las paredes de los nervios.

—¿Qué hay esta noche? —pregunta don Agustín, y justo cuando mi cabrón favorito va a responder se le adelanta María José.

—Sofía tiene su primera presentación en una obra del colegio.

Mi cabeza se gira automáticamente hacia Mauricio, es como que estuviera esperando una explicación, ¿por qué no me lo dijo?

—¡Vaya! Me imagino que debes estar muy emocionado —. Interrumpe mis

pensamientos el gran jefazo.

—Sí, mucho, aunque podría estarlo más —dice y de inmediato se da cuenta de su error.

—Si es por el trabajo no te preocupes, tomate la tarde libre.

—Gracias, pero no es necesario, tengo todo cubierto, María José la ayudará en todo lo que necesite esta noche.

—Vaya... —se me escapa del alma con un dejo de rabia, pena y dolor.

—Así es, señorita Andrade, ¿tiene algo que acotar?

—No, o en realidad sí —le digo molesta—, uno nunca termina de conocer a las personas.

—Lo mismo digo yo, sobre todo al sexo femenino, muchas veces no son capaces ni de entender ni de pensar, pero sobre todo de madurar.

—¿De qué hablas, Mauricio? —interroga don Agustín que no entiende nada.

—Nada, fue solo un pensamiento hablado, nada que valga la pena repetir —recalca escrutándome con la mirada, y siento que una daga se clava justo en medio de mi pecho.

María José, que de tonta no tiene un pelo se queda mirándolo muy pensativa para mi gusto, es más, incluso ahora es como si un rayo cayera por su cabeza iluminándole las ideas, ¿cuáles? ¡Ni idea!

Pido permiso para ir al baño, necesito tomar un poco de aire y reponerme de lo que he escuchado, sé que está dolido, pero tampoco es para que diga esas cosas, me duele, y me afectan de verdad. Después de mojarme la cara vuelvo, y ahora veo a un tipo bien parecido conversando animadamente en la mesa, en otro momento lo habría encontrado atractivo, pero al lado de Mauricio, al menos para mí todos se opacan. El nuevo comensal al verme se levanta de mi asiento.

—Disculpa, estaba usando tu silla.

—No se preocupe.

—Claro que sí, que imprudencia de mi parte.

—Bernardo, acerca otra silla y comparte con nosotros —le dice don



Agustín y ahora la cara de Mauricio cambia. El tal Bernardo se sienta a mi lado, se presenta y me da un sonoro beso en la mejilla, que siento que dura un poco más de lo debido.

—Hace mucho que no te veía, Mauricio, ¿mucho trabajo?

—Lo normal —responde seco y cortante.

—Pero he sabido que tu cartera de clientes se está agrandando rápidamente, nos dejaran fuera si siguen así —bromea sonriendo.

—Me imagino que a ti también te ha ido bastante bien, eso al menos se rumorea.

—Pero no tanto como a ustedes —habla mirando a los hombres—, nosotros no tenemos este tipo de bellezas en la consultora.

—Te dejaré mi curriculum si necesito trabajo algún día —responde María José, coqueteándole directamente, ¡descarada!

—¿Y el tuyo? —me pregunta a mí.

—Yo estoy celebrando mi ascenso justamente ahora —contesto levantando la copa.

—¡Mejor aún! Carne fresca para el mercado bursátil.

—¿Y crees que esto es una carnicería? —bufa Mauricio apretando los dientes.

—Todo vale, y si trabaja con Agustín, es que es buena, y buena de verdad —responde cerrándome un ojo.

—Así es, Bernardo, pero la señorita Andrade está fuera de tu alcance —comenta el gran jefe sin darle importancia a lo que dice el nuevo invitado.

—Todo es negociable en esta vida, y sobre todo en este medio —dice y delante de todos saca su tarjeta de presentación y me la entrega—, cuando quieras pactamos una reunión, y no tiene que ser únicamente de trabajo.

En ese mismo instante veo cómo la cara de Mauricio se transforma y arrastra su silla hacia atrás en un gesto bastante violento para mi gusto, yo para poner paños fríos a la situación le devuelvo con una fingida sonrisa la tarjeta.

—Estoy muy bien en mi puesto de trabajo, Bernardo. Muchas gracias de todas maneras.

Con eso la bestia que está a mi lado parece quedarse más tranquilo, y es María José quien nos lleva por una conversación diferente en donde todos podemos participar. Aunque de igual forma este hombre se las arregla de repente para decirme uno que otro cumplido, la verdad es yo ya me estoy incomodando, sobre todo cuando en un acto relajado pasa su mano por el respaldar de mi asiento.

—Bueno —digo para zafarme—, antes de volver a la oficina tengo un par de cosas que hacer, si no le molesta, don Agustín, me gustaría retirarme ahora para no llegar atrasada.

—No hay problema.

—Yo también me voy —anuncia Mauricio poniéndose la chaqueta.

Él sale primero, yo apuro el paso, cuando estamos afuera literalmente corro para alcanzarlo, lo tomo del brazo para detenerlo, pero él hace un movimiento y me suelta.

—¿Por qué no me contaste lo de Sofía?

—Porque hoy es miércoles, tu día de chicas —se mofa abiertamente.

—Pero esto es importante para ella.

—¿Y eso acaso te importa?

—¿Podemos hablar?

—No tengo ganas.

—Mauricio, por favor, no seas niño chico.

—¡Yo! Niño chico —se gira hacia mí con la mirada furiosa—, ¿estás segura que soy yo el pendejo en esta relación?

—Tenemos que hablar, pero calmadamente.

—No tengo tiempo ahora —espeta y sigue caminando, lo primero que pienso es en seguirlo, pero sé que estando así no conseguiré nada, y lo que tengo que hacer ahora es realmente importante, y claramente no tengo mucho tiempo.

Voy directo a una juguetería y compro un peluche con forma de gato, pido que me lo envuelvan de morado y luego voy a la oficina de mensajería exprés, quiero que Sofía reciba esto en su casa antes de la presentación. Le escribo

unas líneas deseándole suerte y diciéndole que estoy segura todo saldrá muy bien, que ya me contará todo el fin de semana. Y con mi cometido hecho vuelvo feliz a mi trabajo.

A las cuatro de la tarde cuando estoy totalmente imbuida en un informe financiero sacando cálculos para entregárselo a un compañero y que así pueda poner las acciones en la Bolsa, con muy mala cara aparece por la mampara de vidrio el señor Costabal, ni siquiera saluda a la secretaria de don Agustín y entra directamente hasta su oficina, varios minutos después, con el mismo semblante enojado, pero creo que un poco más relajado, sale y se para frente a mi escritorio y con voz autoritaria me ordena:

—Vamos, necesito los informes de “Social Company” para la auditoria interna —levanto las cejas y la boca automáticamente se me abre, ¿qué mierda es “Social Company”?—. Es para hoy, señorita Andrade, muévase.

Ante esas palabras claramente no tengo mucho más que decir, me levanto de la silla y lo sigo al ascensor. Y cuál es mi asombro cuando en vez de apretar el botón que indica el piso cuatro, aprieta el del subterráneo.

—¿A... a dónde vamos?

—Bueno, no querías tanto hablar conmigo —comenta con una sonrisa verdaderamente maquiavélica.

—Pero podía ser en otro momento, cuando estuvieras más... ¿tranquilo?

Nos subimos a su auto y a él ni siquiera le importa quién nos pueda ver, acelera de tal forma que los neumáticos rechinan en el pavimento encerado. Pasan varios minutos y solo hay silencio, como se a lo que vamos y es él quien no me quiso escuchar ni anoche ni hoy, espero a que comience, en tanto yo miro por la ventana los árboles pasar, hasta que al fin suelta la primera frase:

—¿Tan poca cosa me consideras en tu vida que ni siquiera puedes darme una respuesta? —lo dice con un tono lleno de reproche, tan bajo que me aterra. Cierro los ojos, no quiero discutir y menos mientras va manejando.

—No quiero discutir en el auto, es... peligroso.

—Tampoco quiero discutir, Beatriz, pero explícame por qué mierda no eres capaz de darme una respuesta, positiva o negativa. —Sus manos aprietan tanto el manubrio que sus nudillos están casi blancos, sé que está tratando por todos los medios de controlarse—. ¡Pero dime algo!

—Anoche no te puse tanta atención, o sea no es que no te escuchara, pero me lo dijiste en un momento tan... ¿extraño?

—¿Extraño? O sea que tú crees que yo voy por la vida diciendo «te quieres ir a vivir conmigo» sin pensarlo ¿y solo porque estaba acabando?

Lo miro mordiéndome el labio.

—Me estás malinterpretando.

—¿Crees que no entiendo lo que me acabas de decir? Crees que puedes decirme «¿Qué quieres que te diga?» a una pregunta tan importarte sin hacerme mierda por dentro —me mira fugazmente y un auto nos toca la bocina haciéndolo volver la vista al frente.

—Nunca pensé en hacerte daño —murmuro bajito.

—Exacto, no lo pensaste, ¿y sabes por qué?

Niego con los hombros y vuelvo a mirar hacia afuera, prefiero esto a verle su cara llena de rabia y rencor.

—No pensaste porque eres una pendeja arrebatada que jamás ha medido las consecuencias de sus actos.

—Me vuelves a decir pendeja y juro por Dios que me bajo del auto —le respondo volteando la cabeza, ¿y su reacción cuál es? Descargar su rabia contra el manubrio, gira bruscamente y de pronto se detiene en seco.

—¡Eres una pendeja! —se exalta.

Sin siquiera mirarlo me desabrocho lo más rápido que puedo el cinturón de seguridad y me bajo del auto, porque lo que siento en este momento no es sano, quiero partirle la boca de una sola bofetada, y como estoy loca después..., después me gustaría quitarle el dolor a besos.

—¡Si yo soy una pendeja tú eres un soberano cabrón! Pero al menos lo pendeja, como dices tú, se quita con el tiempo, en cambio lo tuyo es crónico e irreversible, y por si fuera poco ¡va en aumento! —le grito a todo pulmón y esta vez es a mí a la que no le importa quién nos mira o escucha, ¡se pueden ir todos juntos a la mierda!

Mauricio no me responde nada, yo sigo furiosa caminando, hablar con este hombre es imposible, no razona, no piensa y lo peor es que no es capaz de

entender nada porque su mente es más cerrada que un cuadrado. Menos mal que estamos cerca de la oficina, solo quiero llegar y estar tres pisos separada de ese maldito hijo de su santa madre, que no la ofendo únicamente porque me cae bien. ¡¡Pendeja yo!! ¿Y él qué es?

Mientras voy a paso firme y sin siquiera darme cuenta siento como me toma del brazo y me gira poniéndome justo en frente de él. Ruje tal cual fuera un animal rabioso, toma mi cara con sus dos manos y su boca se pega a la mía bruscamente. Con los ojos abiertos como platos veo cómo la gente que pasa por el lado nos miran y comentan, en tanto su boca furiosa ayudada por sus dientes me obligan a abrir la mía, y es cuando su lengua rabiosa y cálida entra, calmándolo al menos un poco, el beso deja de ser tan violento. Y como siempre me pasa con este hombre empiezo a sentir una y mil sensaciones en tanto mi razón se comienza a nublar y mis manos toman vida propia y me traicionan abrazándolo.

Mauricio pega las manos a mi espalda y me acerca tanto que incluso puedo sentir los botones de su camisa en mi pecho aprisionándome. Cuando a él le vuelve la cordura, porque sería mentira arrogármela yo, vuelve a tomar mi cara, pero esta vez con tanta suavidad que me emociona, «sí, así de tonta soy».

—Necesito una maldita respuesta —gruñe volviendo a ser el animal de segundos antes.

Me aparto un par de centímetro y alzo la vista para mirarlo, está nervioso y podría jurar que su barbilla está temblando.

—¿Habrás alguna vez que podamos tener una discusión normal, cómo la gente civilizada?

—Es que me desesperas, nunca sé qué esperar de ti.

—Esa nunca ha sido mi intención, al menos no anoche —reconozco con total sinceridad.

—Entiendo que fue precipitada mi propuesta, pero no tengo quince años. —Niego con la cabeza con la culpa instalada en mi semblante—, siempre he intentado mantener el control de mis actos, tengo mis arrebatos, no lo niego, pero sé lo que quiero y lo que pienso, te lo comunico abiertamente, pero tú—. Menea la cabeza como buscando la frase correcta para no volver a cagarla—, eres tan impredecible que nunca sé cómo vas a reaccionar, rompes el molde, mis reglas y me haces desear cosas que jamás imaginé que quería volver a

experimentar, pero esta vez es diferente, no es por obligación, no es porque es lo que corresponde, es simplemente de aquí —dice agarrando mi mano llevándosela a su agitado corazón—. Quiero estar contigo siempre, quiero que seas parte de mi vida y yo de la tuya, ¿es irracional lo que te estoy pidiendo?

Suspiro desde lo más profundo de mí ser y niego con la cabeza, tomo su mano y ahora soy yo la que la pone sobre mi corazón.

—A veces —tomo aire—, para salir del infierno tienes que hablar con el mismísimo diablo.

—No entiendo.

—Anoche... anoche después que te fuiste hablé con Francisca —ahora es él quien levanta una ceja asombrado—, y fue ella la que me hizo entender lo que realmente me pedías.

—¿Y...? —pregunta tan despacio que apenas lo oigo, y ahora sí que está temblando, y no me lo estoy imaginando.

—Quiero..., pero también deseo hacer las cosas bien. Esto es una decisión importante en que no solo estaremos nosotros dos y no quiero ser una imposición para nadie, eso resultaría mal y Sofía terminaría odiándome en su adolescencia, y yo... yo la quiero demasiado para soportar su indiferencia.

—¿Solo quieres a Sofía ?

—¿Ahora quién es el pendejo? —pregunto utilizando esa palabra que tanto odio.

—Beatriz... —suspira exasperándose.

—Mauricio... —repito su misma expresión.

—No empieces de nuevo a ser...

—Prométeme que nunca más me volverás a decir pendeja.

—Beatriz —ahora ruge de nuevo.

—Júramelo —le ordeno cuando en realidad se lo estoy pidiendo.

—Eres mi pendeja favorita.

Achino los ojos mirándolo feo y él de inmediato borra esa sonrisa burlona de su cara.

—Te prometo por Sofía que nunca más volveré a llamarte así —afirma poniéndose el puño solemnemente sobre el corazón.

Y es en este momento cuando me lanzo a sus brazos y menos mal que tienes buenos reflejos y me ataja con sus dos manos.

—¡Sí, Mauricio! Quiero ir a vivir a tu casa contigo, con Sofía, con Pasqui, ¡y con... Soledad!

Ante mi respuesta empieza a reír como nunca antes lo había oído y comienza a girarme en círculos como si me hiciera el avioncito. Ríe, me besa, rio, lo beso.

—Te amo.

—Yo más mi vida, ¡yo más!

Segundos después un par de chicos nos chiflan y mi adorado cabrón pone mala cara, juntos, de la mano caminamos de vuelta al auto.

—Este fin de semana hablaré con tus padres.

—¡Ya! —chillo—, dije sí, pero no mañana.

—¿Y para qué vamos a esperar?

—Porque... porque tienes que hablar con Sofía, tu familia, no sé, digo yo.

—Solo me importa lo que diga Sofía, y con ella hablaré esta noche.

Me pego lo que más puedo y mi cabeza cae sobre su hombro, y como si estuviéramos coordinados ambos suspiramos al mismo tiempo al llegar al edificio.

Con un extenso beso en los labios nos separamos, sé que hoy se irá con *caliente José*, pero por primera vez ni siquiera me molesta. Estoy nerviosa, pero feliz. Le deseo toda la suerte del mundo y le mando montones de besos a Sofía y al fin baja en su piso prometiéndome que en la noche me llamará.

Cuando dicen que uno camina sobre las nubes, es verdad, así me siento yo en este momento, tengo una sonrisa de oreja a oreja imposible de borrar de mi cara. El resto de la tarde sucede en un abrir y cerrar de ojos.

Por suerte, ya que nos juntamos ayer, hoy no me veo con las chicas, y lo primero que hago cuando llego a mi departamento es contarle a Soledad, ¿y la

gata qué hace? ¡Mueve la cola como si lo aprobara!

A las diez de la noche Mauricio me llama y me dice que Sofia está feliz con la noticia y que me espera con ansias. Hablamos casi hasta las tres de la madrugada, menos mal que tiene minutos ilimitados, porque lo que es a mí ya se habría agotado el plan.

Al despertarme por la mañana quiero verme *sexy*, hoy almorzaremos juntos, y de solo pensarlo mi corazón se acelera, pero rápidamente me acuerdo que hoy es jueves y tengo una reunión en recursos humanos para firmar mi nuevo contrato. ¡Ahora sí será verdadero mi ascenso!

Al llegar a la oficina me encuentro con Bernardo, que parece totalmente despreocupado pero hay algo en él que me hace pensar lo contrario, cuando me ve, rápidamente se acerca.

—¡Beatriz! Espero que las flores de ayer te hayan gustado. Tal vez fue muy pronto, pero fue un impulso que no quise dominar.

«Flores », pienso tratando de recordar algo, pero claramente yo no recibí nada, hasta que es Bernardo quien habla y me saca de mis pensamientos.

—La recepcionista dijo que trabajas en el piso cuatro, es más —recuerda sacando un papel de su chaqueta—, Carmen firmó el recibo.

—Oh, sí, sí, es que ayer —miento como Pinocho—, llegué tarde y estuve el resto del día en la sala de reuniones —me disculpo con la nariz un centímetro más grande.

—Entonces —comenta metiéndose las manos en los bolsillo—, espero que leas la tarjeta y me des una respuesta —sonríe, me cierra el ojo y camina hacia la salida.

En tanto yo tomo aire un par de veces para calmarme y espero de todo corazón que no sea lo que estoy pensando.

Como llego justo, el maldito ascensor está lleno, y para subir tendría que esperar al menos dos vueltas más, decido irme por las escaleras. A duras penas y con un deplorable estado físico llego al piso de mi futuro no marido, porque de matrimonio no hemos hablado. Me acerco hasta Carmen y ella al verme pone una sonrisa fingida y nerviosa, luego aprieta sus labios y levanta sus hombros, con eso me lo dice todo. No le pregunto nada y camino directo a la puerta del señor Costabal, entro sin tocar y él me recibe con una gran



sonrisa, pero a medida que me acerco se le va borrando de la cara.

—¿Hay algo que me quieras decir? —pregunto con calma.

—Sí, que me encantó tu voz erótica de anoche, y quiero repetirlo, tengo hasta un par de ideas para realizar.

—No sobre eso, algo sobre la tarde.

—No —responde todo lo suelto de cuerpo que puede volviendo a tomar el lápiz para anotar algo.

—¿Seguro? ¿Seguro qué no te adueñaste de nada que no fuera para ti?

Levanta la cabeza, se sienta recto y mirándome a los ojos sin amilanarse ni un poquito me responde:

—Si lo dices por las flores que te envió ese imbécil, están en la basura.

—¡En la basura! ¡¿Por qué?!

—Cómo qué por qué, porque nadie tiene derecho a invitarte a salir, y menos a mandarte flores—responde tranquilo y seguro de sí mismo.

—¡Leíste la tarjeta! —lo acuso.

—Sí, y como veo que Bernardo sigue rondándote voy a aclarar las cosas directamente con él, tú no te preocupes.

—¿Qué no me preocupe?, pero tú te estás oyendo, Mauricio —lo tuteo en la oficina, cosa que hago solo cuando el enfado me empieza a ganar—, tú no tienes derecho a hacer eso, puedo resolverlo yo misma diciéndole que no, ¡como una mujer grande! —exclamo recalcándole la palabra—, no necesito que tú lo hagas por mí.

—Eres mía y mi deber es proteger tu integridad.

—¡Qué! ¿Pero de verdad te estás escuchando?— Y cuando afirma positivamente mi paciencia se agota—, ¡estamos en 2017! No en la Edad Media, ¡no eres un caballero de brillante armadura ni yo una doncella en apuros! Debes respetar mis derechos, sino estamos mal.

—Beatriz —se acerca ahora un poco apenado—, no lo tomes así, mi vida, sé que puedes defenderte, pero sé lo insistente que puede llegar a ser Bernardo.

—No quiero que vuelvas a hacer una cosa así nunca más —le advierto y ya sé que soy un flan, y derritiéndose.

—Bueno, mi vida, pero ahora dame el beso de los buenos días o si quieres háblame como la mujer *sexy* y desenfadada de anoche, me gustó —sonríe con picardía.

—¡Mauricio! —chillo pegándole en el pecho, enrojeciéndome, una cosa es por teléfono y otra muy diferente en vivo y en directo, así que le doy un casto beso en los labios que me sabe a poco y moviendo las caderas exageradamente para ponerlo caliente, (más de lo que está) me voy a mi piso. Hoy es uno de los días más importantes para mí, no solo firmaré el contrato, sino que también... ¡afinaremos los detalles de mi mudanza!

¡¡Estoy feliz, no... lo siguiente!!

A media mañana mientras estoy de lo más concentrada, trabajando en un informe, se acerca Patricio, otro compañero y me mira con una gran sonrisa en la boca y unos papeles en la mano.

—¿Adivina qué es lo que tengo aquí?

Lo miro sin entender nada, pero cuando gira el informe alucino.

—¡No...!

—¡Sí! Tu análisis de ayer fue aprobado para la Bolsa, ¡harás tu primera compra de acciones!

En el mismo momento en que chillo, porque sí, chillo de felicidad me lanzo a sus brazos y nos fundimos en una pequeña celebración ¡Sííí! ¡Este día no podría ir mejor!

Hasta que de pronto siento que alguien carraspea detrás de nosotros, incluso sin que me hable, sé que es él.

—¿Perdón? —bufa parado con las manos cruzadas a la altura del pecho.

—¡Mi informe va a la Bolsa! —le digo con toda la alegría que tengo, conteniéndome para no lanzarme a sus brazos y celebrar con él.

—Felicitaciones —es todo lo que dice y pasa directo a la oficina de don Agustín, dejándome totalmente estupefacta. Pero eso no empaña mi felicidad, tomo el informe y bajo a mostrárselo a Raúl, si tengo que celebrar con alguien,

ese mi querido Raúl.

Al llegar él está sumido en su trabajo frente al computador, saludo a mis compañeros y cuando Raúl levanta la cabeza, le enseño desde lejos los papeles, él, de inmediato sabe lo que es, rodea la mesa y ahora sí que nos fundimos en un gran abrazo de felicitaciones.

—¡Estoy orgulloso!

—Esto no lo hice sola, tú me enseñaste mucho.

—Ven acá, modesta —me dice y vuelve a abrazarme.

—¿Hoy es el día de los abrazos y yo no me enteré?

—Señor Costabal —exclamo separándome automáticamente de Raúl—, solo vine a mostrarle el resultado del informe.

—¿Y también irá a mostrárselo al portero del edificio?

Eso me molesta, sé porque la pesadez, pero este hombre se está pasando y bastante.

—Si ya terminó puede volver a su departamento y dejar que mi gente trabaje tranquila.

Lo miro achinando los ojos y contesto:

—Sí, señor Costabal, tiene toda la razón, para celebrar con mis amigos tengo la hora de almuerzo —le digo en broma solo para molestarlo, porque sé que esa hora es nuestra.

Las aletas de su nariz se dilatan y la vena del cuello, esa que le late solo cuando está furioso, ya se le empieza a notar.

—Lo siento —habla sardónicamente—, no podrá celebrar hoy. —Y sin decir ni media palabra más entra a su oficina dando un portazo que retumba en todo el lugar.

Me despido de todos y quedo en celebrar mañana con Raúl, justo cuando estoy llegando a mi piso, la secretaria de don Agustín me avisa que debo bajar al tercer piso, que la jefa de recursos humanos me está esperando.

Sin hacerla esperar ni un minuto más voy a su oficina, obvio en el camino me encuentro con Fabián y al contarle también me abraza, y menos mal que esta vez no me vio mi adorado señor Costabal, porque esto fue con beso y

escándalo. Me arreglo un poco la blusa, que me quedó chueca, y toco la puerta de *calienta José*. Me dice que entre y me recibe con una extraña sonrisa y los ojos más brillantes que nunca he visto.

—Beatriz, buenos días. Felicitaciones por tu salida a la Bolsa.

«Y esta, ¿cómo sabe?».

—Gracias...

—Si te preguntas cómo lo sé, es porque en esta oficina no sucede nada sin que yo lo sepa, lo vea o me entere.

Trago saliva y juro que las rodillas me empiezan a temblar.

—Está... está mi contrato listo, no quisiera ser mal educada, pero tengo mucho trabajo que hacer —me mira ahora sin la sonrisa en su cara, poniéndose seria.

—Ya que estás tan apurada iré directa al grano. ¿Te has divertido siendo el pasatiempo de Mauricio?

—No soy un pasatiempo...

—¡Ay, por favor! —dice cortándome con su mano levantada haciéndome callar—, ahórrate los detalles que no me interesan.

—Entonces, ¿qué tiene que ver esto con mi contrato?

—Oh, nada, absolutamente nada porque no hay contrato.

—¡Qué!

—Te lo voy a explicar, porque como dice Mauricio que vienes de un colegio con números, capaz la comprensión lectora no es tu fuerte.

—Auditiva —la corrijo con ganas de matarla.

—Bueno, como digas, no me gusta el melodrama y de esto no haré un circo, seré directa y clara, mañana entregarás tu carta de renuncia —mis ojos se abren tanto que casi chocan con el pelo.

—No voy a hacer eso —respondo segura y con violencia.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto qué estoy segura!

—Te equivocas —manifiesta y de nuevo aparece esa maldita sonrisa, da vuelta la pantalla del computador y me quedo de piedra viendo imágenes nuestras besándonos y otras cosas un poco más subidas de tono—, bueno, también tengo videos, pero no tengo ganas de volver a mirarlos. —Estoy sin habla, y ella añade—, renunciarás mañana, y no solo eso, también terminarás tu relación con Mauricio.

—Voy a renunciar —digo a penas, porque sé la regla que he incumplido—, pero no terminaré con Mauricio, incluso nos iremos a vivir juntos —suelto de sopetón esa información, y aunque sé que la sorprendo ahora empieza a reír tan fuerte que su maldito ruido retumba por todo el lugar.

—Beatriz —se jacta riendo—. Te hacía más inteligente. Renunciarás y saldrás de la vida de Mauricio para siempre y todo por una simple razón —trago saliva y ella añade—: si no lo haces estas fotos y videos irán a parar directamente a don Agustín y a la mesa directiva. Ya sabes cómo son de respetuosos con las reglas de la empresa, y claro, no te despedirán solo a ti, sino que a Mauricio también, y aunque me duela decirlo, sus papeles quedarán manchados porque será acusado de acoso laboral.

—¡Él nunca me acosó! —chillo un tato desesperada.

—Pero eso solo lo saben ustedes dos, y créeme que con los antecedentes psicológicos de Mauricio no le será fácil encontrar trabajo de nuevo, y... ¿de qué van a vivir?, ¿cómo va a alimentar a su hija? Eso es lo que quieres para Mauricio y Sofía, ¿llevarlos a la miseria?, ¿qué vuelva a recaer?, ten por seguro que su familia no lo va a volver a ayudar.

—¡Eres una víbora!

—Víbora, zorra, me da igual lo que pienses de mí, y ahora por favor vete, tengo muchas cosas que hacer —comenta bajando la cabeza para escribir algo—, tú ya sabes lo que tienes que hacer, y las consecuencias que pueden traer tus actos. La decisión está en tus manos, Beatriz.

—Me das asco, eres su cuñada, no te importa su felicidad.

—Me importa más de lo que crees, pero esa no está junto a ti, así que si lo amas como dices, no arruines la única oportunidad laboral de ese hombre, porque créeme que no volverá a encontrar trabajo en su rubro nunca más y lo verás de manisero en la calle, y no quiero ni pensar que sería de la pobre Sofía pasando hambre otra vez. ¡Ah!, y por supuesto, esto queda solo entre tú y

yo, si no, don Agustín recibirá el correo de igual forma, y no me importará lo que pase con ellos. Si hay un Dios, en este momento, soy yo.

No puedo seguir escuchando, mi mente de inmediato recrea la maldita escena en mi cabeza y veo a Mauricio en un carrito y a Sofía mal vestida a su lado. Cierro los ojos un momento y me voy directa al baño, todas mis ilusiones se acaban de ir a la mierda. Mi cabeza va a mil por hora rememorando toda la situación, no tengo alternativa, tengo claro lo que tengo que hacer. Hasta que da la una no hago absolutamente nada, no tecleo ni una sola letra.

Como zombi, porque me acaban de matar en vida bajo al cuarto piso.

—¿Pasa algo, Bea? estás pálida —me dice Raúl con el semblante preocupado.

—Nada, solo vine a buscarte para almorzar.

—¿Seguro?

—No estaría aquí si no fuera así —le digo de mala manera y justo cuando vamos saliendo aparece el hombre de mis sueños, y como soy estúpida y de verdad, además de las ganas que tengo de llorar lo encuentro más hermoso que nunca.

—¿A dónde vas?

—A almorzar con Raúl —le suelto, tomo del brazo a mi compañero y rápidamente salimos por el ascensor, dejándolo totalmente asombrado.

Cuando nos sentamos a almorzar, comida China, cojo un rollito y al morderlo me quemo hasta el alma.

—¡Por la cresta! —grito lanzando lejos la masa, segundos después Raúl me mira seriamente.

—¿Me puedes decir qué te pasa?

—Me pasa que se acabó, me voy de la empresa y de la vida de Mauricio —respondo furiosa, desquitándome con la servilleta de género que está perfectamente doblada en forma de cisne o pato, o qué se yo.

—¿Cómo?, ¿qué has dicho, tú y el señor Costabal?

—Sí, y no me preguntes más, no ahora por favor, y sí te lo estoy contando

es porque necesito tu punto de vista, no como amigo, sino como empleado de esta empresa que lleva años trabajando en este rubro.

—Dime.

—María José me ha amenazado con contarle todo a don Agustín, tiene fotos y videos de nosotros juntos aquí en la oficina.

—¡Aquí! ¿Pero cómo se les ocurrió hacer algo así?, la oficina está llena de cámaras, tenemos un circuito cerrado de televisión.

—Raúl —suspiro—, no necesito una clase de vigilancia ahora, quiero saber qué pasaría si el gran jefazo ve esas fotos.

—Siento decirte —comienza a hablar muy complicado—, que los desvincularían a los dos de la empresa y el señor Costabal sería el más perjudicado.

—¿Por qué...? —pregunto bajito.

—Porque él es tu superior y tú una subordinada, podrían acusarlo de acoso aunque no fuera así, y bueno, se sabe que el señor Costabal no llegó a esta empresa particularmente por sus méritos sino con ayuda, y con los papeles manchados le costará mucho encontrar trabajo. Este mundo es de tiburones, él es bueno y buscaran cualquier cosa para ponerle la pata encima.

Me agarro la cabeza con las dos manos, la maldita de María José tenía razón.

No como absolutamente nada más y cuando pasa la hora de almuerzo ya sé que tengo que hacer aunque se me rompa el corazón. Me despido de Raúl y subo a mi oficina, le mando un mensaje a las chicas por el grupo de WhatsApp “De las Brujas”.

**\*¡¡Hoy vamos al bar a celebrar!!**

**02:10**

De inmediato Claudia y Paula me responden que sí, en tanto Francisca tarda un poco más, ¡cómo me conoce esa mujer! Sabe que hay algo raro, pero termina aceptando de todos modos.

Sigo mirando la pantalla sin ver nada hasta que llama él, mi voz tiembla cuando lo escucho.

—Sé que no te hablé de la mejor manera, pero deseaba almorzar contigo y hablar de nuestras cosas.

—Tenía que celebrar con Raúl —él bufa por el otro lado pero no dice nada durante unos segundos hasta que agrega—, ¿celebramos hoy después del trabajo? Incluso podríamos ir con Sofía a un restaurante de hamburguesas que conozco, son realmente buenas.

Cierro los ojos y me trago el nudo de emociones que siento en la garganta para ser una perra desgraciada.

—Lo siento, voy a celebrar con las chicas en el bar, y ahora tengo que dejarte porque me llama don Agustín, y a él no lo puedo hacer esperar.

—Beatriz... —es lo último que escucho antes de cortarle el teléfono.

Cuando son las cinco, ya no aguanto más y sin decirle a nadie me voy, como no quiero encontrarme con nadie bajo por las escaleras y caminando me voy directo al bar. Tengo una mezcla de pena, de rabia, de odio y un gran instinto asesino hacia María José, simplemente me cagó la vida y esperó hasta el último momento para darme el tiro de gracia, y sí, ganó, ganó porque no puedo ser yo la que le cague la vida a Mauricio y a Sofía, no cuando después de años están saliendo adelante. Cierro los ojos para que las lágrimas no se me escapen.

Cuando llego al bar, los chicos me reciben felices, solo les hago una mueca y les pido algo fuerte. Me traen un ron y antes de que le pongan bebida me lo tomo al seco, de inmediato pido otro y juro que ya estoy un pelín mareada, pero no me importa. Como las chicas aún no han llegado me voy a la pista de baile y me empiezo a mover, como el lugar es oscuro da igual si es noche o día, aquí todo siempre parece de noche, un hombre se acerca y ambos comenzamos a movernos hasta que veo a mis amigas y le digo que lo dejemos para otro rato.

Me acerco a ellas y pido una botella entera de champán, ni siquiera me molesto en usar una copa, esas se las lleno a las chicas y yo bebo directamente de la botella.

—¡Salud! ¡Por los nuevos tiempo y porque la vida te da sorpresas!



—¿Estás bien? —quiere saber Claudia.

—Perfecto, pero vamos a bailar.

La primera en seguirme es Paula, que rápidamente se pone a bailar con un chico bien parecido y que a ella parece gustarle, así que me quedo sola bailando, hasta que aparece alguien y juntos comenzamos a movernos, porque con tanto alcohol en el cuerpo ya no sé ni siquiera si bailo. Varias canciones más adelante y una piscola más en el cuerpo, cuando él pone su mano sobre mi cadera, mi primera reacción es un repelús, solo quiero olvidar pero él, claramente, parece querer algo más. Así que decido dejarlo e ir a la barra a por una cerveza.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me pregunta de mala forma Francisca, o la psíquica como la acabo de bautizar.

—Nada, estoy celebrando.

—Pues yo no veo eso, creo que estás emborrachándote por rabia. ¿Qué te hizo Costabal?

—Nada, ese hombre no me ha hecho nada, yo se lo voy a hacer a él — respondo chocando mi cerveza con su vaso de champaña.

—¿Qué estás diciendo?

—Eso, que se acabó, no quiero responsabilidades.

—¿Pero tú eres tarada o weona?

—Las dos, amiga, ¡las dos! —chillo alto para que la voz no se me escuche rota como la tengo, pero como hoy es un día de mierda, Costabal aparece por la puerta y antes de que me vea camino directa a la mesa donde está el tipo, y le digo: “tipo”, porque ni siquiera se su nombre y para que me haga caso le doy un piquito en la boca y lo saco a bailar.

La canción es rápida, pero de igual forma soy yo la que me pego a él coqueteándole, y él, que es hombre y básico se deja mientras sus manos recorren mi espalda de una forma que me da asco.

De pronto siento que me giran del brazo y me encuentro con un enajenado Mauricio.

—¿Qué crees que haces? —ruje.

—¡Celebrar!

—Estás ebria, nos vamos —me ordena y comienza a tirarme, a los pocos metros me suelto y le planto cara en medio de todo el mundo.

—No me voy a ir porque quiero celebrar aquí, con gente de mi edad que solo quiere pasarlo bien sin compromisos, no con un hombre y su hija comiéndome una hamburguesa, ¡y eso hasta temprano porque al otro día hay colegio! —le grito siendo lo más víbora que puedo, necesito terminar esto ahora y dejarlo libre.

—¿Qué estás diciendo?

—Qué te vayas y me dejes bailar con... —lo busco entre la gente y cuando lo encuentro lo apunto—, ¡con él! ¿Es mucho pedir?

En ese momento se acerca Francisca que también me toma del brazo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¡¡Viviendo!! ¡No es eso lo que tú dices que hay que hacer! Y no me vengas con la estupidez ni te pongas a defender a Costabal, tú y ellas dicen que es un cabrón.

Mis palabras no pasan desapercibidas para ninguna de mis amigas, y menos para Mauricio.

—Ahora, Mauri, por favor ve a acostar a tu hijita y déjame seguir disfrutando, ¿qué no ves? —digo amparada en los litros de alcohol, necesito que me mande a la mierda de una vez y para siempre, porque yo no sé si seré capaz de hacerlo y mi tiempo tiene límite y fecha de caducidad.

—Tengo ojos, y así veo. No sé cómo me pude equivocar tanto.

—¡Fácil! —chillo y ahora sí que le voy a dar la estocada final—, no es la primera vez que te equivocas, lo hiciste el día en que te casaste con Soledad porque seguías un esquema perfecto, pero esa no fue tu peor equivocación, la peor fue cuando como un taimado no quisiste conducir de vuelta a tu casa y tu mujer terminó desbarrancándose...

—¡¡Beatriz!! —me grita Francisca tironeándome del brazo con brusquedad para que me calle, pero yo necesito terminar y que se vaya de una vez por todas.

—No estoy mintiendo, ¡ella terminó muerta!

La cara de Mauricio se desencaja completamente, nunca lo había visto así, es como si en cosa de segundos ese hombre que mide más de un metro ochenta se hiciera enano ante mis ojos y los ojos de todos, no desprende ni siquiera seguridad, da un par de paso hacia atrás..., derrotado.

Y es ahí cuando con el corazón tan hecho mierda como el de él ya sé que todo se acabó y para siempre. Lagrimas que no puedo retener caen por mis mejillas, mis amigas están tan pasmadas como él y casi no se fijan cuando camino hacia mi acompañante, cuando miro hacia la puerta y veo a un Mauricio que me está mirando, tomo la cara de “nosénisunombre” y le planto un beso en la boca que me produce una arcada que me tengo que tragar, y cuando vuelvo a mirar él ya no está.

Desde este punto en adelante mi cabeza se desconecta de mi cuerpo y funciono como un *robot*, no soy consciente de nada de lo que sucede a mí alrededor, ni siquiera cuando mis amigas me dicen que nos vayamos, las mando a la mierda, se van enojadas y solas.

Tampoco soy tan con consciente cuando Marcelo, que al fin supe su nombre, me agarra del culo para que yo sienta su erección, y como si necesitara castigarme a mí misma por ser una perra sin corazón le tomo la mano y lo invito a mi casa. Necesito imperiosamente hacer esto.

En mi apartamento no hace falta que le diga nada, sabe a lo que venimos y es él el primero en quitarse la ropa. Le pido un segundo y voy por una botella de cerveza, necesito infundirme valor para lo que voy a hacer a continuación, y si fuera posible que se me apagara la televisión sería mejor.

Pero no tengo esa suerte y sus caricias que no son las que yo quiero sentir me quitan la curadera.

—Espera...

—Tengo condones.

—Genial —digo sin expresión alguna.

Y cuando nos vamos a la habitación, me lanza a la cama y se pone sobre mí completamente desnudo, y es ahí, cuando siento su erección, que me pongo a llorar sin poderme contener.

—No puedo —confieso entre hipidos apenas audibles—, te juro que quiero pero no puedo.

Esperando un sinfín de improperios e insultos bien merecidos que tendría por haberle calentado la sopa y no tomármela cierro los ojos, y lo que sucede a continuación no me lo espero ni en un millón de años.

¡Me abraza!, me abraza y me besa el pelo como si fuéramos amigos. Y sin importarle ni siquiera su desnudes se acuesta a mi lado y comienza a acariciarme la espalda para que me calme, yo hipando me quedo profundamente dormida pensando en que soy la peor mujer del mundo.

Al otro día el primer rayo de sol me da en la cabeza, que dicho sea de paso se me parte, me quito rápidamente la ropa pasada a humo y alcohol y me pongo una polera ancha, mientras que Marcelo ronca como si fuera una metralleta. ¿Este hombre no trabajará? Y al hacerme esa pregunta una nueva punzada de dolor cruza mi pecho.

Hoy tengo que renunciar.

Voy a la cocina por un vaso de agua, tengo tanta sed que podría acabar con el agua del edificio entero, cuando estoy en el segundo vaso suena el timbre de mi casa. Suspiro resignada, sé que es el pelotón de fusilamiento que vienen a pedirme explicaciones por lo de anoche, no quiero ni pensar en la cara con que me mirará Claudia, Francisca y Paula.

Lentamente camino para mentalizarme y el timbre vuelve a sonar ahora más tiempo.

Pero cuando abro me paralizó, el vaso que llevo se estrella contra el suelo haciéndose añicos en mil pedazos.

—Tú...

Mauricio me hace a un lado para entrar, supongo que viene a atacarme, pero cuando me doy la vuelta lo veo quieto como una estatua sin moverse, rígido como si fuera de piedra.

—¿Estás bien? —me pregunta Marcelo desnudo tapándose con las manos, que seguro llegó con el ruido del vaso.

No alcanzo a hablar cuando Mauricio se gira hacia mí y una lágrima rueda por su mejilla, una lágrima que se limpia con furia y al pasar por mi lado me

choca bruscamente, yo no soy capaz ni de moverme pero cuando lo escucho..., tiemblo.

—Debí imaginarme que si fuiste capaz de follar conmigo en la oficina serías capaz de follar con cualquiera. ¿Y sabes una cosa? ¡Sí!, eres una verdadera pendeja de mierda —me suelta entre dientes y cierra la puerta de un solo portazo.

—Mauricio... —murmuro en un susurro ahogado tapándome la boca. Si antes sentía roto el corazón, ahora está hecho trizas igual que el vaso del suelo.

—Qué ironía, ¿no? Siempre pensé que sería yo el que te destrozaría el corazón, y ya vez —habla con voz de ultratumba, y mirando a Marcelo, suelta —, toda tuya, le gusta follar duro y que le digan palabras soeces al oído. Supongo que eso ya lo sabes, y no tengo que decirte que es una mujer fácil. Después de todo te la trajiste a la primera de cambio. Que la disfrutes.

Mareada me apoyo en la pared, cuando bajo la vista al suelo la que me mira ahora con ojos inquisidores es Soledad, cuando me agacho para acariciarla se aleja de mí como si yo fuera la peste... y la verdad... lo soy.

**Mauricio Costabal**



# 1

*“Aparentas ser un ángel, y en el fondo eres un demonio”*

Mauricio, horas antes de la escena en el bar.

Maldita sea, cómo voy a entender a las mujeres. Beatriz es lo más obtusa que existe. Primero se enoja porque no le cuento lo de Sofía y, cuando la invito a cenar, me dice que saldrá al bar con sus amigas.

—Por la puta, dame paciencia, señor —murmuro, pegándole al escritorio. No sé qué me molesta más: que se vaya a celebrar, o que esté en ese maldito bar.

Justo cuando estoy apagando el computador, aparece María José con una gran sonrisa.

—¡Mauri! —chilla—. ¿Dónde iremos a celebrar?

“Lo que me faltaba”, pienso poniendo mi mejor sonrisa, ahora ya no tengo ganas de celebrar, pero antes de responder, ella insiste.

—Podemos ir a comer sushi al local nuevo, ¡me encanta!

—Sofía no come pescado —digo sin siquiera mirarla, mientras guardo mis cosas en el bolso.

—¡Oh...! —exclama como hace mi hija cuando quiere algo y no lo obtiene—, tenía tantas ganas de conocerlo, Mauri.

—Pero es Sofía quien debe elegir.

—Sí, qué tonta —vuelve a chillar—, tienes toda la razón, a las nueve estoy

en tu casa, sé que Sofia estará feliz.

Pongo los ojos en blanco y suspiro totalmente exasperado, pero como no tengo ánimos de seguir discutiendo y porque estoy hasta más arriba de la coronilla, paso por su lado y quedamos en vernos a las nueve.

¡Tráfico de mierda! ¿A todo el mundo se le ocurre salir a la misma hora?

El imbécil de adelante va hablando por celular y con eso le da la pasada a todos los automóviles que se quieren colar. Lo bocineo hasta decir basta, y en respuesta me levanta el dedo.

—¡¡Imbécil!! ¡Mira para delante y déjate de hablar! —grito dentro del auto, dando un volantazo. Todo esto es culpa de Beatriz. Con solo nombrarla mi cabreo sube un par de decibeles más.

Al llegar a casa, el primero en recibirme es el gato, que por supuesto me deja el pantalón lleno de pelos, y justo cuando lo voy a patear aparece mi ángel sonriendo.

—¡Papi!

—Sofía, cámbiate ropa que vamos a salir.

—¡Estoy lista! —exclama dándose una vueltecita.

—¿Qué? —gruño—, no vas a salir así a la calle.

—¡¿Por qué no?! —me contesta poniéndose las manos en la cintura, ¡retándome a mí! ¡A su padre!

—Porque ese vestido parece un traje de ballet, ponte pantalones, punto.

—No quiero —alega, agarrando al gato ese que, por supuesto, se deja hacer y deshacer.

—Entonces nos quedamos aquí, punto y final.

Resoplando se da la vuelta de mala gana y al fin yo tengo un minuto de paz. Dejo mis cosas en el sillón y me siento en la cama aflojándome la corbata. Inevitablemente pienso en esa mujer.

Necesito una ducha para despejarme. Me estoy vistiendo tocan el timbre, sé quién es, pero prefiero abrir yo antes de que lo haga mi hija.

—¡Yo voy! —grita adelantándose. Cuando abre la puerta, se queda como



si hubiera visto un fantasma, luego se gira y me queda mirando como si ella me estuviera pidiendo una explicación ¡a mí! Pero cuando la miro detenidamente soy yo el que se queda congelado unos segundos.

—¿Qué tienes en la boca? —bufo acercándome demasiado enojado, tratando de controlarme. Pero cuando paso el dedo por sus labios y este queda pegajoso y manchado me escandalizo—. ¡De dónde sacaste eso, Sofía Costabal! ¡Dime!

—¿Te gusta? —me pregunta juntándolos y sonriendo.

—Mauri, por Dios, ¿qué te pasa? —pregunta María José viéndome como si yo estuviera loco.

—¿Estás ciega? —le digo tomando la cara de Sofía para enseñársela—. ¡La ves!

De inmediato se agacha para mirarla, luego lo hace conmigo y con una sonrisa que sé que es totalmente fingida dice:

—Sofí, ¿por qué no te quitas el brillo de los labios y hacemos a papi feliz?

—Sí —la interrumpo—, ve a lavarte la cara —le aclaro por si aún no lo entiende.

Sofía me fulmina con la mirada por unos segundos.

—No.

—¿No?! —digo cuan irracional puedo ser, sacando toda la rabia que tengo desde hace horas—. Perfecto, entonces nos quedamos aquí, ya está.

—Mauri —expresa mi cuñada acariciándome el brazo, y cuando me toca me molesta, ella se da cuenta y se aparta—, tranquilízate, yo puedo preparar la cena.

Bufo igual que un toro, sobre todo cuando escucho el portazo que da mi hija y a continuación un grito:

—¡Yo quería celebrar con Beatriz!

«Por la puta. ¡Yo también quería celebrar con ella!»

Sin querer escuchar más me encierro en la habitación.

Media hora después unos golpecitos me distraen de mis pensamientos, que

giran entre Sofía y Beatriz. Ese par de mujeres que estoy seguro terminarán por volverme loco.

En el comedor, ninguno de los dos tenemos ganas de cenar, la comida no está mala, pero... esto no era lo que yo quería. Cuando Sofía da vuelta el tenedor en el plato por enésima vez sin comer nada, me irrito.

—Ve a tu habitación, Sofía.

Ella, contestataria como siempre, me mira, deja la servilleta perfectamente doblada en la mesa, toma a su gato y se va.

—Eso sucede porque está muy malcriada, mano dura deberías tener, Mauri, quizás yo...

—María José —la detengo, una cosa es que yo le hable en un tono seco y otra muy distinta es que alguien me diga algo sobre mi hija—, no he pedido tu opinión, eres únicamente su tía, no lo olvides.

—Mauri, yo solo...

—Está bien —respondo dejando los cubiertos sobre el plato, acomodándome hacia atrás en la silla.

Ella, que no es tonta, entiende mi mensaje corporal, recoge las cosas de la mesa, me da un beso demasiado largo, me pide que mañana la lleve al trabajo, y luego se va.

Apago todas las luces, me bebo un whisky y suspiro, cierro los ojos un momento y vuelvo a pensar en ella, al hacerlo imagino lo que me diría o haría en este momento si hubiera presenciado todo lo sucedido con mi hija.

Así que en honor a esa mujer que me ha cambiado tanto, me levanto, voy a la cocina, hiervo el agua, la pongo en una taza y luego vierto una sopa de sobre.

Con delicadeza toco a su puerta, Sofía no responde, sé que no está dormida porque la música está encendida. Entro y lo primero que le enseño es su tazón preferido.

—Me gritaste —.Es lo primero que me suelta, pero recibe la taza y la huele, sé que le gusta, aunque intenta no demostrarlo.

—Lo sé —reconozco sentándome en el suelo, a su lado—, pero tienes que

entender que para mí verte crecer no es tan fácil, ¡además eres una niña!  
¿Cómo vas a llevar los labios pintarrajeados?

—Pintados —me corrige apartándose un poco—. Y no era un labial, era un brillo, que es diferente—puntualiza.

—Como sea, Sofía, como sea —suspiro abatido, me siento impotente, quiero estar con Beatriz, comer hamburguesas con mi hija, y luego ver algo en la televisión, ¿acaso eso es mucho pedir?

Ninguno de los dos hablamos, así que acuesto a Sofía en su cama, me voy a mi habitación y tragándome mí orgullo llamo a Beatriz.

Nada.

Vuelvo a marcar, sucede lo mismo, solo suena y ella no responde.

A las dos de la mañana aún estoy despierto, incómodo, intranquilo. Sé la solución, y a pesar de que sé que estoy mal, salgo de casa dejando a Sofía sola, por primera vez en mi vida.

Gracias a que las calles están despejadas llego en tiempo record al maldito bar, que, por supuesto, está atestado de gente.

Al entrar, lo primero que me golpea es la música escandalosa que se escucha por todos lados. Imposible conversar. Sin importarme a quién pase a llevar, camino hasta el bar, no la veo, pero la que sí está, y bastante acaramelada con un tipo, es la tal Paula. Sigo avanzando hasta llegar al lugar donde están las mesas, pero ahí solo está esa mujer que me odia y la otra que parece un poco más sensata.

¿Dónde mierda está Beatriz?

De inmediato mi vista se va a la pista de baile, y no necesito divisarla para saber que ahí está. Intento tranquilizarme y parecer un ser racional. Pero no me está resultando. Hasta que la veo.

Beatriz está bailando, o mejor dicho restregándosele a un tipo que gustoso acepta la cercanía del cuerpo de mi mujer.

¡A la mierda la paciencia y los intentos por parecer normal! Me acerco y, cuando la tengo en frente, la tomo del brazo con brusquedad para girarla.

—¿Qué crees que haces? —rujo como animal en celo.

—¡Celebrar! —chilla sorprendida y arrastrando las letras.

—Estás ebria. Nos vamos —la acuso al tiempo que comienzo a tirarla, y ¡sí! ¡No me importa! Hasta que de pronto se suelta y se pone enfrente, plantándome cara delante de todo el mundo y me grita a todo pulmón:

—No me voy a ir porque quiero celebrar aquí, con gente de mi edad que solo quiere pasarlo bien sin compromisos, no con un hombre y su hija comiéndome una hamburguesas, ¡y eso hasta temprano porque al otro día hay colegio!

Durante un par segundos me quedo bloqueado, conteniendo todas mis fuerzas para no agarrarla de los brazos aquí y ahora.

—¿Qué estás diciendo?

—Que te vayas y me dejes bailar con —dice buscando al imbécil con que estaba antes—, ¡con él! ¿Es mucho pedir?

Ahora sí que me quedo paralizado, y es la feminista quien llega a increpar de mala gana a Beatriz, tomándola del brazo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¡¡Viviendo!! ¡No es eso lo que tú dices que hay que hacer! Y no me vengas con la estupidez ni te pongas a defender a Costabal, tú y ellas dicen que es un cabrón.

No creo lo que oigo, esto debe ser una pesadilla, no puede ser Beatriz.

—Ahora, Mauri, por favor vete a acostar a tu hija y déjame seguir disfrutando, ¿que no ves? —se mofa con todo el mundo mirándonos.

—Tengo ojos, y así veo. No sé cómo me pude equivocar tanto —le reprocho y me importa una mierda parecer un idiota, pero por un error no puedo perder a esta mujer, a mi verdadera mujer.

—¡Fácil! —grita pegándome en el pecho—, no es la primera vez que te equivocas, lo hiciste el día en que te casaste con Soledad porque seguías un esquema perfecto, pero esa no fue tu peor equivocación, la peor fue cuando como un taimado no quisiste conducir de vuelta a tu casa y tu mujer terminó desbarrancándose...

—¡¡Beatriz!! —le grita Francisca tironeándola para que se calle, pero

continúa.

—No estoy mintiendo, ¡ella terminó muerta! —sisea como una salvaje volviéndose en mi contra.

Está roja de ira y el pelo se le pega en la cara... Nunca la había visto así.

Siento que sus palabras son dagas que se entierran en mi pecho y, con eso, la rabia que sentía se desvanece y da paso a algo peor...

Desazón.

Ella tiene razón y no ha mentido, soy un verdadero hijo de puta cabrón. Creo que el piso se abre bajo mis pies y me cuesta sostenerme, me giro en busca de aire, y antes de llegar a la puerta creo que muero.

Lo está besando igual como me besa a mí, con las mismas ganas, con el mismo ímpetu, ¿con el mismo amor?

Estancado me quedo mirándola, hasta que decido salir con la imagen vívida en mi memoria de él agarrándola por la cintura.

Como si fuera un robot, me subo al auto tratando de procesar todo, de no convertirme en lo que dice que soy.

«Un hijo de puta, Costabal, un verdadero cabrón»

Arranco el auto sin dirección fija, no puedo pensar en nada, y en cada ocasión que tengo descargo la rabia con el volante. Después de dar muchas vueltas termino estacionado frente a su edificio. Mi cabeza cae hacia atrás, desplomándose de una vez. Intento convencerme a mí mismo que tengo que esperar hasta que amanezca, así al menos estará más racional. O eso espero. Pero ese maldito beso, sus palabras... ¿qué mierda fue todo eso? Lo que estoy pensando me destroza un poco más y acrecienta mis ansias por subir y pedirle explicaciones... a pesar de lo que vi. Que por favor todo sea un mal entendido.

«Las palabras de Macarena vienen a mi mente: sé positivo, estás cambiando».

Pero por la mierda, yo no soy así, nunca lo he sido y ahora no es el momento de serlo. Necesito explicaciones ¡ya! Y, por su bien, espero que esté durmiendo la borrachera en su departamento.

¿Y si no está? Mi corazón se acelera y entro al edificio sin siquiera saludar al conserje. El maldito ascensor se demora tanto que subo las escaleras de dos en dos. Casi sin aliento, me detengo frente a su puerta.

—No te demores maldita sea, abre de una puta vez —rezongo entre dientes, apretando y soltando mis manos para tranquilizarme, pero como no abre, dejo el dedo pegado al timbre.

Hasta que... me abre.

Su mirada es de auténtico terror, tanto que hasta la taza que sostiene se estrella contra el suelo. ¿Pero esta mujer qué cree? ¿Qué soy un monstruo?

Para no seguir viéndola ingreso con brío, hasta que de pronto, simplemente me paraliza.

Una sensación que jamás había sentido en la vida me quema el pecho. Un hombre completamente desnudo sale desde su habitación... y ella solo está con... camisa.

La cólera, la rabia, la ira, me invaden en cosa de segundos, nublándome la vista, con furia me refriego los ojos y paso por su lado, chocándola de adrede, necesito sentirla... por última vez.

—Debí imaginarme que si fuiste capaz de follar conmigo en la oficina serías capaz de follar con cualquiera. ¿Y sabes una cosa? ¡Sí!, eres una verdadera pendeja de mierda —le suelto entre dientes antes de dar un portazo que retumba por todo el rededor.

Cómo pude ser tan imbécil, ¿acaso creías que merecías la felicidad, Costabal? Le hablo a la figura que me mira a través del espejo del ascensor. Eres un iluso, ¿de verdad lo pensaste? ¿Cuando tú, y solo tú, fuiste el culpable de la muerte de Soledad?

No puedo con esa mirada escrutadora que está delante de mí. Con el puño cerrado y con toda la fuerza que logro conseguir, en cosa de segundos le doy un golpe al espejo, se quiebra, y ahora son muchos hijos de puta los que se ríen de mí.

Ellos me ven tal cual soy. El monstruo que mató a su mujer.

Al llegar al lobby, asustado, se acerca el conserje y dirige la vista directo a mi mano.

—Está sangrando, señor.

Ni siquiera me esfuerzo en responderle, siento que dentro de mí una grieta me hace pedazos, me quema hirviendo el corazón.

Al salir, el sol me da directo a la cara, elevo la mirada y, como un poseso, le grito al cielo:

—¿Estás feliz, ahora?! ¿Qué más me quieres quitar en esta puta vida, maricón de mierda?, ¡qué más!

Ningún semáforo me detiene, y espero que algún auto se cruce en mi camino y me haga dejar de pensar. ¿Me duele? Me duele de una manera lacerante que ni siquiera sentí con la muerte de Soledad.

La maldita luz que me volvió a la vida, me ha traicionado, traicionado, como si no le importara nada. Me mintió haciéndome creer en un cueto de hadas, me prometió que seríamos una familia.

Cierro los ojos para disimular la pena, esa perra no se merece ninguna de mis lágrimas.

Un estúpido auto me toca la bocina y alcanzo a frenar antes de llegar a la esquina y literalmente pasar por encima de una mujer con un coche.

«Qué ironía..., así me la imaginaba yo», pienso y no puedo retener esa maldita lágrima que me quema en su recorrido.

«¿Qué imbécil le cree a una pendeja?» Tú, imbécil, me respondo a mí mismo, tú y solo tú.

El suelo se abre entre mis pies, pero no me detengo, sigo manejando. La ajuga del velocímetro está al tope. Ninguna curva me detiene, exactamente las 33 que surco con rabia, porque me niego a sentir una gota más de dolor por ella.

Cuando me detengo, dejo caer la cabeza al volante, no sé cuánto tiempo pasa hasta que veo la hora. Es tarde. Aprieto los dientes con fuerza, me bajo y me acerco al risco.

Mi vista inevitablemente se va hasta el árbol partido que detuvo nuestro accidente. Mis hombros están rígidos, este es el lugar donde maté a mi esposa, y donde hoy he muerto yo.

Al agarrarme de una rama para bajar un poco más, me doy cuenta que me arde la mano, y nada me puede importar menos en este momento. Estoy hecho mierda.

Este lugar, que trae tantos recuerdos a mi vida, me hace pensar en que uno nunca puede cambiar. Al menos, yo no lo haré. Si antes era un cabrón, ahora todo será peor.

Mi teléfono suena varias veces hasta que decido contestarlo, ni siquiera intento disimular mi cabreo.

—¡Qué! —bufo.

—¡Se puede saber dónde estás! ¡¿Cómo se te ocurre dejar a Sofía sola!? — Me grita enojada Macarena—. La niña me llamó llorando, Mauricio.

Levanto la vista hacia el paisaje, no quiero darle explicaciones.

—Mauricio, háblame, ¿estás ahí? —ahora su tono es de preocupación.

—Se acabó, hermana, todo se acabó —reconozco y esas palabras vuelven a dolerme.

—¿Se acabó, qué? ¿El trabajo? María José ha llamado cien veces, no has llegado a la oficina, ¿dónde estás? ¡Son las tres de la tarde!

Respiro para coger fuerzas.

—Beatriz...

—¿Beatriz qué? Por favor, dime dónde estás, te escucho mal. ¿Quieres que te vaya a buscar?

—No.

—Estás en la montaña, voy para allá.

—No, Macarena, quédate con Sofía, yo tengo que volver a trabajar.

—No, no, ven a casa, hablemos.

—Te veo en la tarde, Macarena, dale un beso a Sofía y dile que tuve un problema en la oficina.

—¿Quieres que le mienta? —pregunta muy despacio.

—Si quieres, dile la verdad —le suelto entre dientes—, dile que su padre



está hecho mierda porque vio a Beatriz revolcándose con un “weón” en su departamento.

—¡No! —chilla incrédula—, Mauricio, pero cómo...

—Y también puedes agregarle a la historia que su padre por cabrón mató a su madre.

—Fue un accidente —me defiende y yo río sin ganas.

Cuelgo el teléfono y vuelvo a mi realidad. Pero ya no más. Si la vida sigue adelante, yo también.

Una hora después llego a la oficina, no hay nadie en el piso que no se gire a mirarme. Al llegar a mi piso le pido a Carmen que venga, y le enseño mi mano.

—Necesito gaza y alcohol —demando.

—Pero..., eso necesita puntos, señor.

—¿Acaso es usted medico?

—No, señor.

—Entonces salga y haga lo que le digo.

Al poco tiempo vuelve y me cura la mano, mientras me mira con lástima.

—Contácteme con María José de recursos humanos y luego con Beatriz Andrade.

Sin decir ni media palabra, acepta y se va. Yo ni siquiera la miro.

Mi humor está a cada segundo peor, todo me molesta, ni siquiera me importa la reunión importante con don Agustín y menos tener que darle explicaciones. Tengo algo más importante que hacer.

Al fin, suena el teléfono.

—Hola, Mauri, estaba preocupada —me saluda con esa voz melódica que tanto me molesta.

—Quiero que despidas a Beatriz Andrade —le digo y ella se queda en silencio, respirando apresuradamente.

—Pero es que... —comienza a justificarse.

—No me interesa.

—Ella ya... —no la dejo terminar y le corto el teléfono. Yo soy Mauricio Costabal y una mujer como esa no me la va a ganar.

Me paro un par de veces y miro por la ventana, hasta que de pronto golpean la puerta y antes de que entre, sé que es ella, su olor, su forma de tocar...

Concéntrate Costabal.

—Dígame, señor Costabal —dice bajito quedándose pegada a la puerta.

Evita mirarme y retuerce las manos.

—Señorita Andrade, está despedida —digo—. Por favor tome sus cosas y abandone la empresa.

Traga saliva y a través de sus ojos ojerosos puedo ver que no está bien. Que se joda. Yo no voy a dar pie atrás.

Me recuesto en el sillón y con una voz severa repito.

—¿Qué está esperando, señorita Andrade? ¿No me entendió?

Maldita sea, no se mueve y yo necesito que se marche, hasta que una sonrisa aparece en mis labios y ya sé cómo humillarla.

—No quedaste a gusto esta mañana que necesitas mirarme.

No dice nada, pero tampoco parecen afectarla mis palabras. Apoyo las manos sobre el escritorio y me voy hacia adelante mirándola con odio. Quiero humillarla.

—No es necesario que me despida, señor Costabal.

—Acaso creíste que podrías seguir trabajando aquí después de lo sucedido —gruño—, te acabo de decir que...

—¡Ya he renunciado! —suelta y con eso me deja sorprendido.

—Entonces qué hace aquí aún, señorita Andrade, ¿quiere que llame a seguridad? —digo levantando el teléfono, estoy dispuesto a hacerlo sin remordimientos—. ¿O está esperando una carta de recomendación para trabajar con Bernardo?

—No necesito nada de usted, señor Costabal.

—Eso me queda claro, lo comprobé de primera mano esta mañana.—Le recuerdo con una sonrisa sardónica—. Debí imaginarme el día que follamos en este escritorio la clase de mujer que eras.

—La clase de mujer que soy —dice, teniendo la desfachatez de sentirse ofendida.

—Sí, mujeres dispuestas a todo para surgir en el trabajo, mujeres como tú que no tienen escrúpulos a la hora de jugar con los sentimientos de la gente —gruño—, pero no es tu culpa, es la mía y me pasó por caliente.

Me mira sin decir nada, incluso creo que tiembla, y eso me da más fuerzas para seguir.

—Pero tranquila, no te preocupes, puedo darte una carta de recomendación, incluso puedo decir lo buena que eres con el sexo oral. Estoy seguro que eso será un muy buen plus —comento cerrándole un ojo.

—¡Cómo me puedes decir una cosa así! —me grita acercándose, retándome con la mirada—. Ni se te ocurra decir una sola palabra de mí.

—Tienes razón, no necesito decirlo porque tu reputación habla por ti.

—No sabes lo equivocado que estás —susurra con la voz quebrada.

—Sé lo que vi, pendeja de mierda.

—¿Sabes una cosa, maldito hijo de puta? ¡Sí! Puedo ser una pendeja como dices tú, pero tengo sentimientos —chilla lanzándome la corchetera—. ¡Ahora ya puedes llamar a seguridad! Y claro, no olvides salir con tu cuñada, a ver si así te la tiras de una buena vez —ladra saliendo de mi oficina, estoy tentado a seguirla, pero no lo hago.

Desde ahora, Beatriz Andrade puedes irte a la misma mierda.

Ni siquiera espero que sea la hora de salida, siento que mi cabeza me va a estallar. Salgo y por supuesto que me encuentro con ella.

—Mauri, estás bien, estaba muy preocupada por ti, ¿dónde estabas esta mañana?

—Solucionando algunos inconvenientes.

—¿Pero estás bien?

—¿Acaso me ves mal? —bufo, caminando hacia al maldito ascensor.

—No, no, para nada.

—Perfecto, entonces si no te pasa nada, ¿podríamos cenar?

Justo cuando le voy a decir que no, Beatriz pasa cargada de papeles en dirección al escritorio de Carmen.

—Por supuesto que cenaremos juntos, María José. Paso por ti a las diez — respondo fuerte y claro y sé que ella me escucha. Ni siquiera me volteo, al fin llega el ascensor y me subo viéndola con desdén.

Creo que me estoy convirtiendo en un maldito sicópata otra vez. Así es como todo comenzó, siempre supe su dirección, y a veces la seguía hasta su departamento, igual como lo estoy haciendo en este instante.

Me estaciono a una cuadra, solo para ver cuando llegue, si es que llega y no se va con...

Aprieto los ojos con rabia al imaginarme la escena que debe haber vivido anoche Beatriz, ella borracha, con ese tipo en su cama...

Siento arcadas de solo imaginarlo. Ella riendo, mientras el imbécil hace que acabe, luego abrazados esperando el amanecer, y ella llevándole un café, porque eso estaba haciendo hoy en la mañana.

Respiro profundo y tengo que recurrir a la cordura para no bajarme y, bueno, no hablarle de la mejor manera. Lo de la oficina ha sido nada con lo que de verdad quisiera gritarle, y luego follarla hasta decir basta, hasta que olvide cada gemido del día anterior, sin tregua, sin placer, solo con odio y rencor, como si fuera una cualquiera más, sí, eso es lo que es.

Se acabó, no puedes seguir así Costabal. Ella no vale la pena. Me niego a sentir estos... celos que remueven lo peor de mí. Me voy.

Ya no la veré más, señorita Andrade.

En mi departamento todo está en completo silencio, pero apenas enciendo la luz del recibidor lo veo. Nos miramos, y sé que desde este momento se convierte en mi enemigo.

Tiro la chaqueta sobre la mesa y voy directo hasta donde provienen las risas, Sofía al verme corre a abrazarme, en tanto Macarena hace un gesto déspota como diciendo, «ya era hora»

Antes de que Sofía me abrace le suelto:

—Quiero que en este momento metas todas las cosas de ese animal en esta caja, ¡y sin discusión, Sofía! —le ordeno, pero como no se mueve, soy yo el que empieza a meter todas las cosas del maldito gato dentro de la caja.

Todo esto frente a la atenta mirada de Sofía que me observa como si fuera un monstruo.

Y bueno, sí, lo soy.

—Papi, nunca más me volveré a pintar los labios, te lo juro por mi mamá que está en el cielo —me suplica agarrando al maldito gato, que se apega a ella incluso con las uñas.

—¡Mauricio! —me regaña Macarena.

—No te metas —bufo con tanta intensidad, que es ella misma quien con cariño avanza hasta mi hija para pedirle el animal.

La escena no es bonita, pero sí será lo mejor, si a mí me duele perder a esa... mujer, sé que a Sofía también, y mi hija no se merece volver a sufrir.

Cuando tengo todo listo y estoy casi llegando a la puerta para ir a dejarle “esto” al conserje, aparece Sofía con lágrimas en los ojos.

—¿Tampoco voy a ver más a Beatriz, verdad, papá?

Trago saliva consternado, esta niña es de otro planeta, no quiero que sufra, pero tampoco puedo mentirle, no a ella, no a mi hija.

Me agacho para quedar a su altura, y cuando voy a acariciarla retrocede dos pasos, y sé que ya ha llegado el momento de hablar.

—No, Sofía, no la veremos nunca más—. Una lágrima se escapa y cae al suelo. Me parte el alma, porque esto no es por el animal, es por ella, siempre ella. Mi hija se gira y me deja solo, la observo caminar hasta su pieza, y luego volver con varias cosas.

—Estas cosas tampoco las voy necesitar —me dice entregándome todas las cosas que Beatriz le ha regalado.

—Hija, no es necesario que... —no alcanzo a terminar cuando mi pequeña me abraza y me susurra al oído:

—No importa, papi, solo estamos los dos.

Se me parte el alma, y mi corazón se acelera. ¿Por qué tiene que sufrir Sofía por culpa de esa, perra? Sí, se acabó. Mi odio solo aumenta a cada segundo.

—¿Puedo pedirte un favor, papá?

—Dime.

—Deja a Pasqui con su hermanita para que no se sienta tan solo, por favor.

Eso me deja un momento helado, solo pensaba dejarlo en conserjería y que ahí vieran que querían hacer, ¿pero devolverlo? Aunque al ver los ojos de mi hija, sé que no se lo puedo negar. Bajo la caja y como si el animalucho fuera inteligente ni siquiera se escapa de su caja.

—Sí, Sofía, eso haré.

—Gracias, papi —responde, me da un beso de buenas noches y vuelve a su cuarto.

Estoy hecho mierda, por dentro y por fuera. Pero esto no me va a cagar la vida nuevamente. No señor.

Así que pensando en eso me voy a la ducha, necesito despojarme de cada uno de mis sentimientos, pero sobre todo... de su olor. El agua esta fría, casi congelada, pero así la necesito para no pensar. Jabono todo mi cuerpo para que nunca más quede un vestigio de ella.

Me rio bajo el chorro de agua, que está dejando roja mi piel, como si también me estuviera castigando. Yo, que hace poco rato juré nunca más volver a esa dirección, romperé mi promesa por mi hija. Soy un monstruo al quitarle los recuerdos a Sofía.

Pero sí, será lo mejor.

Ella ya no estará más en mis días y todo será como antes, solo Sofía y yo. No más electricidad al tocarla, no más risas espontaneas, no a la idea de formar una familia.

No más todo.

Salgo y el espejo me devuelve la silueta que soy. Un jodido cabrón que creyó que la vida le daría otra oportunidad.

Imbécil.

Asqueado, me visto, necesito salir a respirar, y si María José alguna vez sirvió... ¿Por qué, no?

Cuando estoy listo voy a despedirme de Sofía, pero está durmiendo hecha un ovillo vuelta hacia la ventana, camino despacio, la beso en la cabeza y ella ni siquiera se mueve, no está dormida, ahora lo sé.

En el salón Macarena me está esperando.

—No quiero gritarte ni abalanzarme sobre ti como cuando éramos niños y te exigía una explicación, pero necesito poder entender al hombre irracional que eres desde ayer.

—No debí dejar a Sofía sola.

—Gracias a Dios, mi niña es inteligente y me llamó a primera hora. ¿Te imaginas le pasa algo?

—Qué le va a pasar, es un edificio, nadie entra sin ser anunciado —le respondo de mala manera.

—¿Y si hubiera temblado? ¿O si hubiera habido un incendio? ¿O si...?

—Basta —la corto, sus palabras son ponzoñosas y con justa razón—. Nada de eso sucedió, fin de la discusión.

—¡Pero tú quién te crees que soy para hablarme así!

—Fin, de, la, discusión —le repito cada palabra de la oración, es la única forma que entienda.

—Está bien —comenta derrotada.

—Voy a salir con María José, ahora.

—¡Qué! ¿Cómo?, ¿A dónde? No hemos hablado, no puedes desaparecer de nuevo como si nada, tú no estás bien.

—Macarena, puedes o no quedarte esta noche —le digo molesto por cómo me mira, o en realidad me juzga.

—Por Dios, Mauricio, claro que sí, soy tu hermana, pero estás actuando mal. ¿¡Por qué vas a salir con ella?!

—Porque se me da la gana y punto.

—Es que no entiendes, María José es...

—Mi amiga —la corto antes de que continúe—, y yo decido que hacer y con quién.

—Es tu cuñada... —me dice un tanto más bajo, y sé lo que intenta hacer.

—Soy viudo —sonrío con malicia y frialdad—. Por ende, no tengo cuñadas.

—Tarde o temprano te vas a arrepentir.

—Pero como dices tú, hermanita, lo comido y lo bailado...

—Haz lo que quieras.

—¿Y crees qué no lo voy a hacer? —le respondo.

Tomo la caja del gato y salgo por la puerta, dejándola con la palabra en la boca.

Voy a buscar a María José, que no es mi cuñada, pero antes, tengo que hacer una parada más.



## 2

### *“Ángel caído, ángel destruido”*

Durante todo el trayecto escucho el maullar del gato, es como si me reclamara. Ni siquiera lo miro, quizás para no sentirme culpable.

¿Culpable? ¿Yo? ¿De qué! Si no he hecho nada.

—Deja de chillar o te lanzo por la ventana —le hablo al animal y éste parece entender. Se queda callado al instante.

¿Pero, de verdad soy capaz de tirarlo por la ventana? Justo cuando voy a responderme a mí mismo, veo que tengo el dedo en el alza vidrio y la ventana ya va a la mitad.

—¡Por la mierda! —grito frustrado, golpeando el volante—. ¡Me estoy volviendo, loco! Claro que te iba a lanzar.

De pronto suena el teléfono y agradezco que me saque de mis pensamientos.

—Qué.

—Mauri, soy yo. —«Y quien más si es su número»—, es que aún no llegas, y ya son casi las nueve.

Miro la hora y sí, malditamente tiene razón.

—Voy en camino —es todo lo que le digo y corto, ya estoy próximo a llegar, y aunque no quiero admitirlo la adrenalina me está jugando una mala pasada. Sé que no quiero verla, pero también sé que lo necesito.

Me estaciono frente al grifo, con eso me obligo a demorarme lo menos posible, nunca me han sacado una infracción, y esta no será la excepción.

Con la caja en la mano voy directo al conserje, un señor mayor que no conozco. ¿Dónde mierda está el otro?

—Esto es para la señorita Beatriz Andrade —le digo dejando la caja sobre el mostrador, pero justo cuando me doy vuelta él dice:

—Lo siento, señor, no puedo entregarle nada, no puedo dejar la recepción. Me giro con rabia por su ineptitud, y lo fulmino con la mirada.

—Entonces tire la caja —. Cuando la toma, el maldito animal maúlla, y no sé quién es el que se asusta más.

—¡Un gato!

—Claramente un tigre no es —respondo de mala manera.

—Aquí están prohibidos los animales.

—¿No me diga? —hablo con sarcasmo—, entonces, creo que alguien no está haciendo bien su trabajo, en este edificio sí habitan animales.

—No, señor —lo niega tajantemente.

—Pues se equivoca, además de gatos viven zorras. —Me mira extrañado, y con la mano me indica los ascensores, como si yo no supiera donde están.

—Entréguelo al departamento, y luego yo hablaré con Beíta.

—No sabía que las zorras tenían nombre —murmuro un tanto fuerte, él me escucha y antes de que me pregunte más me subo al ascensor.

Me siento incómodo dentro de esta caja de metal, estoy tenso, intento mantener la calma, pero la ansiedad hace que se me revuelva el estómago. El gato me mira con expresión de lastima.

Maldita seas Beatriz Andrade.

Cuando llego a su piso, respiro profundo, soy un hombre, no un cobarde, y camino decidido hacia su puerta, pero a medida que voy llegando a mi mente llegan recuerdos de lo que pasó la última vez.

Un sentimiento de rabia me invade. Me agacho, dejo la caja en el suelo y la pateo para que choque con su puerta, y justo cuando me estoy devolviendo las puertas del ascensor se abren y me encuentro con ella, la última persona a quien me quería encontrar.

—¡Oh! qué sorpresa encontrarte aquí —dice mirándome fijamente, pero tarda dos segundos en re direccionar su vista—. Qué maduro de tu parte, ¿también le devolverás los peluches y las cartas?

—Déjame en paz —protesto, pero a esta feminista de cuarta parece que no le afecta.

—La verdad siempre incomoda, Costabal. Y lamento enormemente haberte dado un voto de confianza.

—¿Y quién te dijo a ti que yo necesitaba algo de ti?

—Igual que todos los hombres, creen que se las saben todas. Has visto demasiadas películas de Hollywood, donde el jovencito cree que es invencible, pero déjame decirte que erraste, me jugué las fichas por ti y me decepcionaste.

—¡Perdón! —digo acercándome más—. ¿Yo te decepcioné? Creo que la historia te la contaron al revés, la que se revolcó borracha con un tipo que conoció en un bar, no fui yo, sino que la...

—Ni se te ocurra insultarla —la defiende a brazo partido—. Eres más idiota de lo que pensaba, y solo porque le debo lealtad a la inmadura de mi amiga ¡no te canto unas cuantas verdades!

—Lealtad, deja que me ría, esa no conoce ni el significado de la palabra, pero si conoce otras, yo te las puedo enumerar.

—¿Y tú sí la conoces? La conoces tan bien que estás aquí como un adolescente esperando que salga para insultarla, cuando en ningún momento ha pasado por tu cabeza que algo aquí está mal. Vaya que la conoces, imbécil.

—Qué me estás queriendo decir, qué yo vi mal, ¡qué aluciné! No sabes lo que estás diciendo.

—Sí, lo sé, y en este momento no estás hablando con la amiga de Beatriz, estás hablando con una mujer que espera que en esa cabeza te entre algo más que solo tu ego herido.

—Eso qué significa —ladro enojado—, si sabes algo, dímelo ahora.

—Escúchame, Mauricio, intento ser respetuosa contigo y no darte con un palo en la cabeza, pero ni tú ni nadie va a insultar a Beatriz, y menos difamarla delante de mí.

—¿¡Pero tú te estás escuchando!?

—Por supuesto que sí, ¡quiero qué pienses! —grita tocándome la cien con el dedo—, ¡usa la cabeza!

—Me estás faltando el respeto, Francisca.

—Sí, porque primero la humillaste, la usaste, y luego cuando te das cuenta que no es lo que creías la encuentras una mujer indigna de ti y de tu hija, y ya no te lo voy a permitir, ya no, Costabal.

—Realmente estás loca, habla con ella y que te cuente realmente cómo sucedieron las cosas, porque yo no estoy mintiendo y sé muy bien lo que vi, ¡y cómo la vi! Así que no me reclames nada a mí.

—De verdad que eres ciego —comenta moviendo la cabeza, como si yo fuera el culpable de algo.

—Pregúntale cómo fueron las cosas —siseo lentamente, palabra por palabra—, ve a hablar con ella. Y si me vuelves a hablar en este tono, no seré tan amable como hoy.

Solo me mira y se va, hago lo mismo porque en realidad en este momento no sé de qué soy capaz.

—Increíble, la que me caga es ella y el culpable soy yo —murmuro frente al espejo, que aún no han arreglado.

Al salir ni siquiera miro al conserje. Conduzco ofuscado a toda velocidad, estoy molesto, con ella, con la feminista y con todo el mundo, ¿qué mierda me quiso decir? Esa maldita duda es la que me da vuelta por la cabeza, no me deja en paz.

María José me llama y le digo que baje, está con un escote generoso, siempre ha sido una mujer exuberante, pero creo que esta vez exageró con el maquillaje.

—Mauri —me saluda con voz chillona y un beso demasiado largo—. Dónde estabas.

—Solucionando un asunto.

—¿De...?

—Mira, ha sido un día demasiado largo, quieres cenar, pues eso haremos.

Ante mis palabras se queda en silencio, subo el volumen de la radio y me concentro, o en realidad trato de concentrarme en el camino.

Nos sentamos al fondo del restorán, ni siquiera tengo hambre, solo la estoy escuchando hablar y hablar, hasta que de pronto me invade una duda.

—María José —detengo su monologo—, ¿cuál fue la razón por la que la señorita Andrade renunció?

—¿Cómo? —me pregunta, cuando sé que me entendió perfectamente, incluso parece un poco sorprendida.

—No eres sorda, no me hagas repetir la pregunta —respondo hastiado.

—Bueno, dijo por razones personales, pero por lo que escuché —dice acercándose demasiado, como si alguien estuviera atento a nuestra conversación, cosa que por supuesto no es así—, creo que se iba a trabajar a la competencia, nada más y nada menos que con Bernardo.

Aprieto la mandíbula, pero ni un músculo se me mueve de la cara.

—¿Te pidió una carta de recomendación?

—¡Sí! —exclama histriónicamente—, ya la tengo incluso preparada, mañana mismo se la hago llegar.

—No.

—¿No?

—No, yo hablaré personalmente con Bernardo.

—Pero...

—No estoy preguntando tu opinión, solo te lo estoy informando.

Ella sonrío como si nada, seguimos cenando hasta que de pronto me sorprende sentándose a mi lado.

—Mauri, creo que deberíamos hablar.

—Y no es eso lo que hemos hecho toda la noche —replico.

—No, de otras cosas, más... importantes.

Ahora el idiota que la mira asombrado soy yo.

—Creo que ya es tiempo de que dejes el luto por mi hermana, no es sano

ni para ti ni para Sofia, creo que deberían formar una familia.

Vuelvo a mirarla sorprendido, pero no por eso sin entender a qué punto quiere llevar esta conversación. ¿Ella y yo? ¿Otra vez?

María José no se aparta, y eso me aclara completamente sus intenciones, mi primera reacción es rechazarla, pero a mi mente vienen esas imágenes de ella. Automáticamente pongo mi mano sobre su muslo, se deja, e incluso se apega un poco más.

Me separo un poco, ya no asombrado, sino que aturdido.

—Recordemos esos buenos tiempos, Mauri, donde nada nos importaba.

—No estamos en la universidad.

—Pero si lo estuviéramos créeme que me acercaría tu mano a mi pecho y yo acercaría la mano a tu...

Antes de que termine se lanza hacia adelante y sus labios tocan los míos dejándome completamente aturdido. Me besa, y sí, la dejo, hasta que yo mismo me doy cuenta de que esto no está bien. ¿Pero importa?

Con ansias su lengua recorre mi boca haciéndome saber lo caliente que se encuentra, y claramente a dónde quiere terminar.

—¿Te das cuenta lo que estás haciendo?—le pregunto separándome un poco, María José respira agitada y ahora acerca su mano a mi pantalón.

—Sí, lo sé, y quiero terminar lo que acabo de empezar. ¿Nos vamos?

Directa y sin titubear me da la respuesta que seguro hace años me quería dar. La miro a los ojos y no encuentro esa luz de inocencia que me gusta tanto de Beatriz, pero claro, no es ella.

Sin mediar ni media palabra la tomo del brazo, tiro unos billetes sobre la mesa y caminamos al auto, ella se pega a mi lado como una lapa, se refriega enseñándome la parte que sobre sale de su cuerpo.

—Si estuviéramos en la universidad... —ronronea.

—Ya hubiéramos follado en el baño del restorán.

—Como en los viejos tiempos —sonríe excitada.

A eso no tengo nada que agregar, con María José siempre se trató de sexo

y de mi satisfacción personal, nunca discutimos sobre un futuro y mucho menos conocimos una cama. Durante el trayecto no hablamos, y de pronto, sorprendiéndome, comienza a tocarme la entrepiernas, y a pesar de todo la siento, y ese órgano que es parte de mí, educado se yergue, cosa que provoca una sonrisa en sus labios.

—Voy conduciendo. Todavía no.

Igual que una niña pequeña refunfuña y se sienta correctamente, ni siquiera le pido que se ponga el cinturón. No me interesa.

Una vez en su casa, lo primero que veo es una foto familiar, y la verdad, es que ver a Soledad no me produce lo mismo que antes. Me acerco hasta tomar el marco, la miro con detención y me doy cuenta de la gran diferencia de sentimientos.

María José aparece por detrás poniendo las manos alrededor de mi cintura, al voltearme nuestros labios se juntan de nuevo, hasta que de pronto, sin saber por qué, la cara de Beatriz aparece en mi mente, su risa, su forma libre y su espontaneidad me invaden de recuerdos en cosa de segundos, e inconscientemente me hacen suspirar. Pero, ¿qué mierda hago yo pensando en esa zorra?

Cojo con fuerzas a María José y me la llevo al sillón, ella cae feliz, su pecho sube y baja cada vez más rápido. Está caliente y, aunque mi cuerpo reacciona completamente, una parte de mí no está aquí.

El siguiente rato lo pasamos tocándonos, y cuando ella es quien se desabrocha la blusa, me detengo.

—¿Qué pasa? —me pregunta jadeando.

—Nada —respondo levantándome al mismo tiempo que abrocho mi pantalón, no tengo ganas de darle explicaciones a nadie—. Me voy, es tarde.

—Pero...

—María José —suspiro—, compórtate como una mujer con dignidad.

Ante eso veo la rabia en su mirada, pero no me importa, me voy sin mirar atrás.

Al llegar a mi casa sigo igual de enfadado porque aún no puedo sacar a esa mujer de mi cabeza. Me acuesto y es peor. Supongo que la sicopatía que

tenía dormida vuelve, y aun con más ganas. Sin importarme la hora, la llamo.

No contesta y amparado en la oscuridad de la noche le dejo un mensaje.

«A estas alturas no me sorprende ni espero nada de ti, pero espero que seas lo suficientemente mujer, si es que, claro, conoces esa palabra y controles a tus amigas. No dices que eres adulta, pues cuéntales la verdad.»

Espero como idiota un buen rato una respuesta, pero nada, y cuando me duermo ya es casi el amanecer. Lo único que me reconforta por la mañana es Sofía que ha llegado a acostarse conmigo, me abraza por la espalda.

Después de llevarla al colegio, llego a la oficina. Carmen me mira diferente. Incluso Raúl.

Me sumerjo en el trabajo y en reuniones, el día pasa lento y debo reconocer que me estoy volviendo un poco loco, de vez en cuando he subido donde Agustín, y aunque sé que no la voy a ver, mi corazón se acelera.

Siento rabia, tanta, que aun ni siquiera puedo referirme a ella en términos normales, pero... las palabras de Francisca resuenan en mi cabeza, «acaso no la conoces»

Los días pasan uno tras otro y el cielo que antes tenía sol, ahora está nublado, incluso no para de llover. Supongo que debo estar un tanto irritable, casi nadie me habla, y no es que me interese, pero encuentro que todos son unos idiotas.

Tengo sobre el escritorio varias carpetas para revisar, y ni siquiera tengo ganas, pues sé, que seguro todas estarán malas. Debo centrarme, pero no puedo, no quiero. Con un gruñido animal le doy un golpe a la mesa para calmar en algo mi rabia, y justo cuando lo voy a volver a hacer, Agustín abre la puerta de mi oficina sin siquiera tocar. Se queda unos segundos mirando el desorden de papeles, no dice nada y avanza con unas hojas en la mano hasta sentarse en frente de mí.

—No puedo creer que hayamos perdido a dos clientes esta semana.

Lo miró detenidamente para que continúe, no estoy para juegos ni soy adivino. Él se pasa la mano por el pelo preocupado, incluso confundido.

—No te preocupes, ya volverán, no hay nadie que valga la pena en la competencia. ¿Quién domina mejor el mercado bursátil que nosotros?



—No es cosa de dominar, es cosa de arriesgarse y ganar.

—Mejor aún, los principiantes se tiran en picada, a veces tienen suerte, pero después caen y el golpe es tan fuerte que terminan por ser una bomba de tiempo para su compañía.

—No se trata de un principiante, es Bernardo quien está detrás de todo esto.

—¿Y te sorprende? —pregunto apretando el bolígrafo con fuerza, ese maldito siempre está tocándonos los talones.

—No me sorprende nada de Bernardo, sí de Beatriz Andrade.

Mi cerebro tarda más de lo normal en procesar lo que me dice, espero un momento para que no se dé cuenta que necesito más información, ¡pero por la mierda! Estoy tentado a sacarle palabra por palabra si es necesario.

—De la señorita Andrade —repito como tarado lentamente.

—Sí —me dice enseñándome unos documentos en donde aparece su firma con nombre y apellido, un par de transacciones impecables con visión de futuro.

—Está trabajando como asistente de Bernardo.

Respiro hondo y siento como las aletas de mi nariz se dilatan. Cierro los ojos un segundo para ocultar la rabia. Ese mal nacido me la está jugando. Esto es más una afrenta personal que laboral, nunca ha tenido asistente, ¿Por qué tendría que tenerla justo ahora?

—¿Desde cuándo?

—Supongo que desde hace unos días, estos informes son de ayer, pensé que ya los habías revisado—dice poniéndose de pie un poco decepcionado.

—Tenía todo planeado —resoplo golpeando la mesa nuevamente, ahora sí que me estoy descontrolando por la furia que siento, estoy a punto de quitarle los documentos y hacerlos mierda, como si eso sirviera de algo.

—Esperemos que sean solo estos dos clientes, y que el asunto no pase a mayores —habla para calmarme—. Lo que no entiendo es por qué teniendo aquí la posibilidad de trabajar directamente aceptó ser la asistente de Bernardo.

—Porque es una malagradecida —«Y una puta que quiere lamerle las bolas a su nuevo jefe».

—No lo sé, no me calza, estaba feliz, tenía proyección y era a lo que aspiraba.—Dice ahora caminando a la salida sin decirme nada más.

—¡Qué mierda hace Beatriz Andrade trabajando para Bernardo San Martín! —gruño exaltado desahogándome. Pero esto no se va a quedar así.

—Carmen —la llamo con rabia—, comunícame con Bernardo San Martín, ahora, ya.

—Señor Costabal, son las casi las seis de la tarde.

—¿Y usted se volvió reloj? ¿O está muy apurada por irse?

—No, cómo cree, es que...

—No me interesa, si quiere seguir sentada en ese puesto, comuníqueme con Bernardo, ¡entendió!

Qué ineptitud, pero me va a escuchar cuando esto termine. Pasan casi dos minutos que compruebo con reloj y del teléfono se enciende la luz roja que indica que tengo una llamada.

—Señor Costabal.

—Pásame a Bernardo.

—Eh... —titubea—, el señor San Martín dice que no tiene tiempo para hablarle, que va saliendo de la oficina y... que ya es viernes y... que son las seis.

—¿Y qué cresta tiene que ver el día y la hora? —gruño furioso apretándome el puente de la nariz y tomo una decisión.

Exactamente a las 06:05 cojo mi chaqueta y salgo dispuesto a aclarar un par de puntos con ese imbécil. Ni siquiera pienso en subirme a mi auto, así que con prisa camino esquivando a los peatones que aparecen en masa por la calle ¿de dónde sale tanta «gente»?

Mientras avanzo mi mente crea una y mil escenas para decirle.

Al llegar intento verme un poco más relajado, llego a la recepción con una sonrisa que sé que derrite a todas las mujeres.

—Buenas tardes, necesito hablar con Bernardo San Martín.

La recepcionista actúa tal cual lo he pensado, me dice que lo llamará con una gran sonrisa en los labios, y acto seguido se toca el cabello, ¿me está coqueteando? ¿Y así?

Después de unos segundos habla:

—No aparece agendada ninguna cita, señor —afirma mirando la pantalla de su computador.

—No tiene por qué aparecer agendada —ladro, incluso deja de tocarse el pelo—, es un asunto personal.

Ante eso no me dice nada y solo abre los ojos como si le hubiera dicho una barbaridad. ¿Por qué a la gente le molesta la verdad? ¿Qué le tiene que importar a ella? ¡Nada!

Baja la vista y luego de comunicarse con no sé quién, me habla en un tono demasiado bajo.

—El señor San Martín se acaba de retirar —murmura—, ¿quiere que le agende una cita para el lunes?

Ni siquiera me molesto en responderle, me doy media vuelta y salgo. Justo cuando voy a dar la vuelta a la esquina, lo veo y...

¡Qué mierda hace en su auto con Beatriz, y sonriendo!

Me quedo helado y la sangre empieza a hervirme, detengo un taxi y sin buenas tardes ni nada le pido que siga al auto gris que tiene delante, por el retrovisor el taxista me mira dudoso y le suelto:

—Su trabajo es conducir, ¿o tiene el auto de negro y amarillo porque le gustan los colores?

Ante eso deja de mirar y avanza a una distancia prudente. Casi a los veinte minutos se estacionan frente a un restorán.

¡De comida china!

Me bajo rápidamente sin ser visto, pero muy consiente que estoy pasando la raya de la sicopatía normal. Reconozco que la he seguido, ¿pero así? Jamás, antes al menos tenía un objetivo: follarla, en cambio ahora solo quiero humillarla. Y sin importarme nada los sigo, Bernardo la guía hasta una mesa y

ella, sin problemas se deja tocar.

Porque eso es tocar con todas sus letras.

Se sientan y ella sonríe malditamente como a mí me gusta, iluminando todo, y él, baboso, la mira como si fuera un postre para degustar, pero eso sí que no imbécil, ese postre me lo voy a comer yo.

El lugar es como todos los restaurantes chinos, lleno de rococó, dorado, dragones y chefs que no son chinos haciendo comida que los asiáticos ni siquiera comen.

Amparado en el anonimato que me da el acuario paupérrimo, lleno de peces estresados que nadan de un lado a otro, veo como él se ríe, y ella... también.

Cuando se suelta ese maldito “moño de vieja culiada”, se ve ¡preciosa! Por supuesto Bernardo lo sabe y toca un mechón que se le ha ido hacia la cara.

¡Por la mierda! Estoy a punto de pararme, pero la camarera me entrega el menú, solo pido agua.

Beatriz come con la cabeza gacha, en tanto Bernardo habla y habla, hasta que de pronto, ella coge su mano y con una sonrisa en los labios algo le dice, él asiente positivamente y se levanta de la mesa.

¡Lo abraza! ¿Pero por qué?

Estoy furioso, seguro esa zorra hará con él lo mismo que hacía conmigo, y cuando deja la servilleta sobre la mesa lo compruebo de primera mano. Él pasa la mano por su hombre y así salen del restorán.

Espero un poco, y los sigo hasta que suben al auto.

Ningún maldito taxi aparece ahora, pasan varios minutos hasta que llega uno.

¿Qué estás haciendo Costabal?, ¡qué mierda estás haciendo!

Al llegar a su edificio me aseguro que haya llegado, y lo compruebo cuando veo la luz encendida. Durante varios minutos intento calmarme, hasta que como si fuera una señal el conserje sale de la recepción.

No quiero que me anuncien, no quiero que sepa que estoy aquí, quiero pillarla infraganti y gritarle todo lo que pienso de una zorra como ella.

Porque como que soy Mauricio Costabal me va a escuchar.

Por unos segundos me quedo frente a la puerta y escucho que está cantando algo así como:

*“Que triste es asumir el sufrimiento. Patético es creer que una mentira. Convoque a los duendes del milagro que te hagan despertar enamorada”.*

Cuando me decido a tocar, ella grita voy, y se oye un tanto enojada, seguro es porque la interrumpo.

—Bernardo, te dije que... —son las primeras palabras que escucho, su tono de voz es único, y a pesar del odio que siento hacia ella un escalofrío recorre todo mi cuerpo, incluso se me acelera el corazón.

—Buenas noches, señorita Andrade.

Ella cierra los ojos un momento y se afirma del canto de la puerta. Claramente no esperaba que fuera yo.

—¿Mauricio? —balbucea con asombro al tiempo que retrocede dos pasos, como si me temiera—. ¿Qué... qué haces aquí? —pregunta con las mejillas absolutamente coloradas y la respiración agitada.

—Claramente no me esperabas a mí.

—No esperaba a nadie.

—Entremos —ordeno, y ella sí que se pone nerviosa, y es así como yo la quería pillar.

Al hacerlo, noto que parece que aquí ha pasado un huracán, nada está en su sitio, ni siquiera ese par de gatos salen a recibirme. ¿Los habrá echado a la calle?

—Disculpa el desorden... —responde apenada mientras yo la miro detenidamente, no es que no la vea hace tanto tiempo, pero en estos casi diez días está diferente, más delgada y un par de ojeras que antes nunca le había visto. Aunque un detalle en sus manos me llama la atención, siempre llevaba las uñas largas y pintadas, ahora las tiene cortas y naturales—. ¿Qué haces aquí?

—Esta tarde acabo de descubrir toda la verdad.

—Quién..., quién más lo sabe.

—Nadie, era justo que fueras tú la primera en enterarte, ¿no crees? —  
suelto irónicamente esperando un sentimiento de culpa, de miedo, ¡de  
arrepentimiento! ¡Pero nada!

Incluso una gran sonrisa ilumina su rostro, cuando me abraza, me quedo  
realmente petrificado y aunque mi primer instinto es apartarla, me quedo ahí,  
sintiéndola.

Sus brazos envuelven mi cuerpo y los míos devuelven el gesto débilmente.

Maldita sea, sentirla así, como si fuera una niña inocente, sin culpa alguna,  
hace que mi cuerpo reaccione de una manera diferente, con ímpetu, con unas  
ganancias incontrolables de tocarla y hacerla mía, que sepa quién soy yo.

Cuando me separo, ella tiembla, y no precisamente por emoción, y es así  
como te quiero tener, tenme miedo Beatriz Andrade.

Mi maldito corazón se acelera y por supuesto esa necesidad primitiva que  
siento con ella empieza a nublarle la razón, con brusquedad la cojo de la  
barbilla para que me mire, y... la beso.

Me odio al mismo tiempo en que me la estoy devorando, ese olor tan  
característico que tiene me llena los pulmones del mejor embrujo que una  
mujer puede tener. Como si ya nada de mí fuera racional, comienzo a besarle  
el cuello apartando las ganas que tengo de humillarla y dejo de pensar.

Con brío le arranco la ropa, y ni siquiera me molesto en ir a su habitación,  
estoy furioso y excitado a partes iguales. La rabia y el recuerdo de la traición  
hacen que parezca un cavernícola a punto de saciar sus necesidades básicas  
sin pensar en nada y mucho menos en nadie... en ella.

No me molesto en quitarme la ropa, solo me bajo el pantalón. Sí me  
preocupo de que ella se quite absolutamente todo. La quiero desnuda  
enteramente para mí. Sin esperar ni un segundo más, la doblo sobre la mesa  
botando al suelo todo lo que me molesta, y sin pensar si ella está preparada la  
penetro con fuerza, tragándome el gemido de placer que siento.

Soy brusco, lo sé, incluso ahora debería ser más delicado, al menos así me  
lo indican las manos empuñadas de Beatriz y los jadeos que me entrega son

una mezcla de dolor y placer. Una y otra vez sigo penetrándola sin contemplaciones, obligándome a cerrar los ojos para no pensar y concentrarme porque sus gemidos me harán perder el control en cualquier momento. Su respiración agitada, los temblores de su cuerpo me avisan que está a punto de llegar al clímax, pero eso sí que no se lo voy a permitir. Con una mano le hago una cola en el pelo y la galo hacia atrás al mismo tiempo que me dejo ir con brutalidad.

A pesar de que ya no doy más, continúo, una... dos, y tres veces más llegando con dolor a ese punto cúlmine que me debería hacer tan feliz. Y me retiro, sin esperar que ella sienta lo mismo que yo.

Beatriz, agitada se gira y me observa enojada, esta mujer es una mezcla perfecta de mi paraíso y de mi infierno, pero esta vez señorita Andrade, a mí no me interesa ser Dios.

Necesito calmarme, ni una ducha con agua congelada me enfriaría ahora, le sonrío sarcásticamente controlando mis verdaderas emociones.

—Por qué te detuviste —quiere saber acercándose como una gata en celo, sudada, colorada y con los pezones erectos, listos y pidiéndome una segunda batalla. Una que ya no me apetece combatir.

—Porque ya tengo lo que necesitaba —respondo subiéndome el pantalón.

Sin importarle mis palabras, se acerca y acaricia mi rostro con delicadeza, y yo giro para mirar hacia otro lado.

—Mírame, mi vida, por favor —ruega con voz culposa—. Te he extrañado tanto.

Esa palabra es la que me hace click en el cerebro, la tomo del brazo y la empujo hacia el sillón lleno de ropa, y otras cosas.

—¿Así mismo has disfrutado con Bernardo? —murmuro pegando mis labios a los suyos—, ¿o es que con él solo no te basta? —le recrimino ante su mirada confundida.

—¿Qué acabas de decir?

—No eres sorda, Beatriz —le respondo apartándome de ella, mirándola con verdadero odio.

—¡Soy solo su asistente! —se justifica intentando pararse, pero no la dejo

—. ¡Necesitaba un trabajo!—chilla cubriéndose con el cojín, como si eso fuera un escudo.

—En realidad, tienes razón, necesitas un trabajo que cubra tu verdadera identidad y no te haga tan mal para la reputación de prostituta. ¿También tienes un carnet de sanidad? Al menos así me aseguro de no tener ninguna infección.

Beatriz no habla, solo me mira con la misma expresión que tiene un conejo antes de ser atropellado, no sabe qué decir, y eso me molesta aún más.

—Dime, ¿cuánto le cobraste al tipo de la discoteca? Porque me imagino que a Bernardo no le cobras, solo necesitas engatusarlo para subir de puesto, igual como lo hiciste conmigo, ¿verdad?

—¿¿Qué mierda estas diciendo?!—grita indignada.

—La verdad, y nada más que la verdad —comento tranquilamente, o al menos aparentándolo, porque estoy a punto de estallar ante su cara de mentirosa profesional ofendida—. Pero como ya no trabajas para mí, estoy dispuesto a pagar un precio justo por ti, en el momento en que yo quiera.

—¿Me estás diciendo puta? —suelta haciéndose la ofendida, incluso de su cara colorada a punto de estallar se le cae una lagrима. ¡Qué buena actriz!

—Perdón, tienes toda la razón —digo—, decirte puta es ser benevolente y ofender a esas mujeres que lo hacen por dinero, lo que tú eres es una zorra que disfruta del sexo como una cualquiera para tener dividendos, te aprovechas de lo que tienes entre las piernas.

—Eres un verdadero cabrón, un hijo de puta resentido. ¡Cómo te atreves a decirme una cosa así!

—¡Porque lo vi! —le escupo con odio—. ¡Y dos veces!

—¿Me viste, Mauricio? ¿Me viste en la cama con ellos? —me interroga haciéndose la víctima, cosa que se le da bastante bien, teatro debería haber estudiado esta mujer.

—No necesitas de una cama para revolcarte con alguien, te conozco.

—¿Me conoces? —responde decepcionada, como si el culpable fuera yo.

—Porque te conozco puedo dar fe que seguro ha sido así, ¡las cosas te pasan por caliente!



—Si piensas así de mí, ¿por qué acabas de hacer el amor conmigo?

Suelto una risa tan sarcástica, tan ronca y con tanta rabia implícita que parece demoniaca, la miro fijamente a los ojos y respondo:

—¿Hacer el amor? Quién te dijo a ti que yo te hice el amor, es más, ni siquiera se puede decir que te follé. Simplemente me quite las ganas y tú fuiste solo un medio para un fin. Ya estoy adulto para masturbarme como un adolescente. ¿No crees?

—¡Eres realmente un verdadero CSM! —grita histérica—. ¡No entiendes nada, estás ciego, ciego por tu rabia y porque te compadeces a ti mismo sin ser capaz de ver lo que pasa en realidad! —afirma, levanta la mano y me cruza la cara de una bofetada que me toma por sorpresa.

—Pero así es como te gustan los hombres, no creo que tu nuevo jefe sea muy diferente a mí —respondo tomándola del brazo, sé que es desmedida mi fuerza, y al notarlo aflojo mis dedos sino, sería capaz de hacer cualquier cosa—. No tuviste ni siquiera respeto por la empresa que te abrió un nombre en el rubro —la suelto, antes de que esto pase a mayores—. ¿Tantas ganas tienes de ser alguien en esta vida que ni siquiera te importan los valores?, ¡y los sentimientos de los demás!

—¡No hables de lo que no sabes! —exclama indignada y furiosa—. ¡No entiendes nada! Eres un maldito ciego que no quiere ver la realidad aunque la tenga enfrente.

—La realidad es la que yo sé que he visto, el resto me importa una soberana mierda. Mientras te acostabas conmigo, ¿también te revolcabas con otros?

—Soy una mujer decente —reclama defendiendo ahora su integridad.

—Ah, perdón, santa Beatriz debo llamarte ahora, ¿te prendo velas también?

—¡Se acabó! Me importa una mierda lo que te pase de ahora en adelante, averigua la verdad y luego si tienes algo dentro de esa cabeza podrás juzgar.

—No necesito saber nada porque sé lo que ven mis ojos, lo único que te advierto es que si vuelves a quitarnos a un solo cliente te voy a hacer mierda la carrera, ni siquiera de recepcionista podrás trabajar, y todo por lo que has luchado a punta de sexo se te irá a la mierda.

—No tienes idea de lo que dices —me acrimina llorando, su cara está completamente húmeda, sus ojos rojos, su cuello marcado con pequeñas pintitas.

—¿Acaso es mentira lo que he dicho, existe otra verdad?

—Ya no me interesa explicarte nada más, y de lo único que me arrepiento, es de cuanto me equivoqué —dice mirándome a los ojos, y cuando yo lo hago noto algo diferente, no es ella la que habla, es como si no... tuviera vida en sus palabras—. Vete y no me hables nunca más. Sé feliz Mauricio.

—Tienes toda la razón, esto se acabó antes de comenzar, jamás debí confiar en una mujer como tú. Cuando te veo, solo recuerdo lo que hiciste.

—¡Sal de mi casa! ¡No quiero verte nunca más!

—¡Yo aún no he terminado! —gruño.

—¡Pero yo sí! Y aunque me duela el alma reconocerlo, yo sí te amaba y estaba dispuesta a cambiar mi vida para unirme a la tuya y a la de Sofía.

—Mentirosa —gruño empujándola con brusquedad.

—Ya no me importa lo que creas —habla con voz baja, lacerante para mis oídos—. Lo único que sé, es que en realidad, no me conoces.

—Estás en lo cierto, no te conozco, no ahora, tú no eres ni la sombra de la mujer de la cual yo me enamoré —confieso apenado con la vista acuosa—. Te di todo lo que pude darte, te abrí mi corazón, mi casa y mis sentimientos más profundos, ¿y tú qué hiciste? Los hiciste mierda como la zorra arribista y calculadora que eres.

—¡Fuera! —grita ahora sí que muy desesperada, avanzando hasta la puerta para abrirla, ¡y ni siquiera se ha puesto ropa!

—Y quiero que una cosa te quede clara, Beatriz Andrade —espeto mirándola detenidamente—. Los favores los pago y las traiciones las cobro, y esta deuda, no está ni remotamente saldada.

Descontrolada me grita por enésima vez que me vaya, y esta vez antes de poner un pie en el pasillo ella da un portazo que retumba en todo el rededor. Me quedo un segundo para recomponerme y lo que escucho me llega hasta lo que yo creía que no poseía.

Al alma.

Beatriz llora desconsoladamente con sollozos que se pueden escuchar a través de la madera...

¿Y si me equivoqué? ¿Y... si hay algo más?

No. Imposible, no estoy ciego y sé lo que vi, es una zorra trepadora que solo le importa su beneficio personal.

Mientras camino de vuelta a la oficina para retirar mi auto, siento que el estómago se me retuerce cuando recuerdo su llanto, despejo la idea de mi cabeza y continuo mi camino.

Yo soy Mauricio Costabal, y ninguna mujer va a jugar con mis sentimientos.

Ya no, nunca más...

### 3

*“No confíes en nadie, recuerda que el diablo también una vez fue un ángel”*

Furioso y sin ganas de nada, llego a mi casa. Agradezco que todo esté apagado, no tengo humor para nada, voy directo a la botella de whisky y sin siquiera buscar un vaso, la destapo y me bebo el primer trago que me quema hasta las tripas.

No puedo sacarme de la cabeza a esa desgraciada.

Cuando estoy empujando el brazo por cuarta vez, la luz del salón se enciende, achino los ojos y aun así puedo divisar su cabreo.

—¿Crees qué estas son horas de llegar? —me pregunta, acercándose con las manos en la cintura y agrega—. Ahogar las penas con alcohol no te ayudará en nada, hermanito.

—Buenas noches para ti también, hermanita —digo levantando la botella con una sonrisa petulante—. Y contestando a tus preguntas, es problema mío lo que hago.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Absolutamente. —Y doy otro trago, aún más largo, el líquido pasa como si fuera agua por mi garganta—. No te metas en mis asuntos, preocúpate de los tuyos, es más, a esta hora —digo mirando el reloj—, deberías estar durmiendo.

—¿No me digas? —se mofa con chulería y eso hace que la odie un poco más—, pero da la casualidad que no puedo estar en mi casa y en mi cama,

¡porqué estoy cuidando a mi sobrina! ¡A la que, por cierto, deberías estar cuidando tú!

—Oh, gracias, ¿te prendo velas también? ¿Te hago un altar, qué quieres?

—¡Quiero que dejes de auto compadecerte!

—¿Es que acaso no entiendes cómo me siento? —le confieso desesperado tapándome la cara con el brazo—. Me quiero morir —susurro avergonzado—. Le estregué todo a esa mujer, le abrí las puertas de mi casa, de mi vida, ¡y ella qué hizo! Se acostó con...

—Mauricio —me detiene, arrodillándose en frente, quitándome el brazo de la cara para que la mire—, sé que es espantosa la sensación, pero de amor nadie se muere. Te deprimirás un tiempo, supongo que no tendrás ganas de trabajar, ¿pero morir? No, hermano, de amor nadie se muere, tú eres fuerte, ya pasaste por una situación como esta cuando sucedió el accidente...

—Este dolor es diferente, incluso me está quitando las ganas de... vivir.

—¿¡Cómo se te puede ocurrir decir una cosa así!? —me regaña enérgica—. Escúchame, Mauricio, tú no eres así, siempre has tenido una gran capacidad para superar las situaciones que la vida te va poniendo. Ves la vida con optimismo...

—Te aseguro que eso es lo que menos tengo en este momento, nunca me había sentido así, y no quiero... —me callo de pronto, estoy sacando a flote cosas que jamás imaginé sentir, no quiero ser débil ni sonar derrotado.

Luego de unos minutos en que ambos nos miramos, Macarena se acomoda en el suelo, toma un trago de mi botella y luego con parsimonia arremete de nuevo:

—Siempre he pensado que juzgar a una persona, no define lo que es ella, sino lo que eres tú, o en este caso lo que harías tú, Mauricio —suspira y a pesar de mi cara continúa—. Estoy de acuerdo con que su actitud no fue correcta, que te mintió, y... que actuó de la peor manera, pero... ¿estás seguro de lo que viste?

—¡Por supuesto que sí!

—Mauricio, por favor intenta razonar. Sé que no estás ciego, pero Beatriz no es una mujer que se comporte así, tú la conoces, yo la conozco y tú a veces

eres un poco exaltado, y no me digas que no.

—Por la cresta, Macarena Costabal, sé lo que vi, y sé lo que escuché, no estoy loco —protesto enojado.

—Eso no lo tengo tan claro —bromea para que me tranquilice—, pero tal vez las cosas no sucedieron como las viste, te guste o no tienes que reconocer que esa mujer es especial, no por nada logró entrar en tu corazón, cosa que, perdóname que te diga, no ha hecho ninguna otra mujer. ¿Por qué no intentas hablar con ella de lo que pasó?

—No.

Macarena me mira como si de mi cabeza salieran cachos, y bueno, como es de irónica la vida, así es.

—¿Por qué no, Mauricio?

—¡Porque me engañó! —me exalto poniéndome de pie—, traicionó mi confianza, y en todos los sentidos, ¿sabes con quién estaba hoy? ¡¿Lo sabes?! —le grito.

Ella solo niega con la cabeza e intenta que me calle, pero ya no puedo.

—¡Con Bernardo! ¡Y además trabaja para él! Eso solo significa que también se lo va a tirar como lo hice yo.

—Tranquilízate por favor, cómo se te ocurre pensar una cosa así. Beatriz no es esa clase de mujer.

—Y tú qué sabes —gruño alejándome, estar a su lado me hace vulnerable, y no me gusta.

—Solo lo sé —responde sin más.

—Creo —le digo tomando más de un sorbo de la botella que ya está casi vacía—, que no la conoces nada, todavía tengo su olor en mi piel —sonrío sarcásticamente recordando lo de esta noche... con amargura.

—No... no puedes haber hecho lo que estoy pensando, dime que no por favor —me pide tomándome de la barbilla para que la miré.

—No soy adivino, no sé qué piensas —le suelto al tiempo que giro mi cara, pero terca, ahora la toma con las dos manos.

—¿Te acostaste con ella, hoy?

Mi risa retumba con ganas, al igual como lo hace el eco encerrado en una cueva.

—¡Acostarnos! —me mofo—. Follamos, Macarena, eso hicimos, sexo y nada más que sexo, para mí y por mí.

—Ay no, ahora sí que te volviste loco, ¡¿qué le hiciste?! —pregunta horrorizada retrocediendo dos pasos muy angustiada.

—¿Qué crees? —espeto.

—¡Dios mío! —exclama tapándose la boca.

—Dios no tiene nada que ver aquí, Macarena. Él ni siquiera tiene tiempo para los simples mortales como yo.

—Dime...

—Humillarla... —.Y justo cuando voy a continuar aparece Sofia medio sonámbula restregándose los ojos y el silencio cae de inmediato entre nosotros.

—Papi —dice llorando, y corro a su lado.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—Estaba soñando —hipa y me vuelve abrazar.

—Era una pesadilla, no es verdad —continúa Macarena poniéndose a su lado, pero mi hija niega con la cabeza.

—Yo quiero que pase.

—¿Qué quieres, princesa? —susurra Macarena acariciándole el cabello —, ¿quieres que mañana vayamos a comer helados, al parque?

Ella niega con la cabeza y sigue llorando, cosa que ya me está desesperando.

—Bueno, dinos lo que quieres y lo haremos.

—¡De verdad! —chilla y sus pequeños ojos se iluminan.

—Quiero...

—Ni un gato más en esta casa, si quieres un perro, un canario, o un hurón —dictamino con firmeza, pero ella niega con la cabeza—. ¿Entonces?

—Quiero ver a Beatriz, estaba soñando con ella.

—¡No! Ni media posibilidad, olvídalo, Sofía, esa mujer no existe más, ¡ni en tu vida, ni en la mía!

—¡Mauricio!

—Dije que no, Macarena, y no intentes hacer algo de lo que después te puedas arrepentir. Y estoy hablando en serio. Beatriz Andrade no existe, ¡no existe! —grito ofuscado mientras camino hacia mi dormitorio y doy un portazo.

Acostado y supongo por efectos del alcohol todo me da vueltas. «Maldita seas Beatriz» ¿hasta qué punto esa mujer me trastorna?, estoy agotado, no puedo más, quiero borrarla del mundo, de mi mundo, del de mi hija, pero cuando cierro los ojos lo primero que veo es su sonrisa y a continuación las lágrimas que vi hace un rato en su rostro.

Pero te lo mereces, no voy a sentir lástima por ti, me traicionaste. ¡Cómo pude ser tan imbécil! Nunca me había dejado manipular por una mujer y ahora...ahora solo por una cara bonita...

«Qué cara bonita, idiota», me digo a mi mismo, ojalá hubiera sido solo eso, es algo más, algo que nace desde aquí, desde este maldito corazón que no deja de latir, y ya no quiero sentir más. No por ti, mujer, non por ti.

Menos mal que mi madre y mi hermana se han preocupado este fin de semana de Sofía, y como ya comienzan las vacaciones se irán toda una semana a la playa, eso me deja tranquilo, creo que no estoy siendo un buen padre en este momento.

Por la mañana, a pesar de que Sofía hace un escándalo por no querer irse, logro despedirme de ella, que se va con su carita congestionada, me duele incluso a mí, pero es lo mejor.

Como ya se me ha hecho costumbre, el lunes paso por la oficina y todos agachan la cabeza, me encierro y comienzo a trabajar.

A media mañana entra Carmen con cara de asustada. ¿Seré un ogro?

—Señor Costabal, la secretaria del señor San Martín ha confirmado la reunión de hoy a las tres.

Arrugo la frente, ¿de qué mierda me está hablando?



—Genial —dice Agustín que viene entrando con varias carpetas—, confirmela por favor, Carmen, creo que es una muy buena estrategia conversar directamente con el enemigo, Mauricio, muy bien pensado.

Ante eso solo asiento, no he planeado nada, pero a Agustín le parece una idea genial, y no me voy a desdecir, ni menos decirle que al último lugar que me apetece ir es a esa oficina, y... con ella.

—¿Estás de acuerdo? —me consulta Agustín sacándome de mis pensamientos, en tanto me enseña algo en el computador, como idiota le digo que sí, porque no tengo ni idea de lo que me planteó.

—Si tú crees que es lo mejor.

—Sí, Raúl es un muy buen empleado y...

—¿Qué tiene que ver Raúl en esto? —pregunto antes de que continúe.

—¿No me escuchaste? Te acabo de decir que creo que Raúl debería subir de categoría, que es un buen empleado.

—Raúl —vuelvo a preguntar como idiota, la verdad ese tipo no me cae bien, y no sé muy bien por qué, ¿o sí?

—¿Qué otro Raúl conoces? Incluso María José está de acuerdo.

Afirmo positivamente, no tengo idea de lo que habla.

—¿Y qué es lo que pensaste exactamente para Raúl?

—Que sea el nuevo supervisor de contabilidad.

—¿Y quién hará su trabajo?

—Bueno, creo que a tu departamento le falta personal, deberías tomar un par de personas más.

—Ellos pueden seguir haciendo su trabajo como siempre, después de todo no lo hacen gratis.

—Pero terminarán estresados, y eso no nos sirve.

—Como digas, hablaré ahora mismo con María José para que se ocupe de eso.

—Perfecto —dice levantándose de la silla para irse—. Paso por ti a las 14:30.

Asiento con la cabeza, termino el correo que estoy redactando y decido bajar hasta donde está María José, y espero que no esté muy enfadada, este fin de semana ni siquiera le respondí el teléfono.

No sé cuál es la manía de la gente. A muchos los he visto temprano, y ahora me vuelven a saludar, respondo con una sonrisa fingida, hasta que de pronto me detengo en la puerta de la oficina, y escucho claramente un gemido a toda regla.

—¿Me extrañabas, extrañabas mis besos, mis dedos...?

¿Qué mierda está pasando ahí dentro? Claramente alguien está infringiendo la maldita regla de no confraternizar entre el personal, yo también lo hice, ¿pero de María José y Fabián?, eso sí que no me lo esperaba, no de la “señorita rectitud formemos algo más serio”. Suspiro para tranquilizarme, no porque me den celos, sino que una rabia enorme por no poder estar haciendo lo mismo. Y cuando ya no aguanto más porque los recuerdos se estrellan en mi memoria, golpeo fuerte un par de veces y entro.

—¿Lo están pasando bien?

—No... no es lo que crees, Mauricio —intenta disculparse en tanto se arregla la blusa, no es que los haya encontrado desnudos, ni follando, pero sí en una posición un tanto... indecorosa, como dice alguien por ahí, “en un cuadro plástico”.

—Últimamente esa palabra la escucho más de lo que quisiera —digo más para mí que otra cosa, y acto seguido abro la puerta para que Fabián se marche.

—Señor...— antes de que continúe mi mano lo detiene y lo miro literalmente con envidia.

—Fuera.

—Mauri, escucha.

—No quiero escuchar tus explicaciones —la corto levantando una ceja.

—Por favor —ruega acercándose, la detengo con una mano y con la otra doy un portazo que retumba por todo el lugar.

—De verdad que ustedes las mujeres son de otro planeta —espeto furioso —, hace un par de días me dices que quieres formar una familia, nos vamos a

tu casa, ¡y ahora esto!

—Tienes razón, perdóname, pero te juro que no es lo que imaginas.

—¡Claro qué tengo la razón! —respondo molesto—. La mentira y el engaño tienen fecha de caducidad, María José, al final todo en esta vida se descubre, al mismo tiempo que la confianza se rompe para siempre.

—¡¡¡No!!!

—Cerremos el tema aquí, y no agraves la falta con una disculpa estúpida, tú tienes tu vida y yo la mía, punto y final.

—Pero yo te quiero a ti, Mauri —reclama lanzándose a mis brazos—, te quiero desde el día que te vi, te quiero como nunca pensé que lo haría, para mí nunca fue solo sexo, luego llegó Soledad y tú te fijaste en ella, ¡me aparté de tu lado! Eres muy importante para mí, yo... yo estoy dispuesta a hacer lo que quieras, perdóname por favor.

No puedo creer lo que estoy escuchando, esto es más de lo que imaginé, esto no puede ser verdad, y menos en la forma directa y clara en que me lo está diciendo.

Luego de un silencio incómodo la aparto de mis brazos, no quiero sentirla, la miro a los ojos y le digo:

—Todo lo que hubo entre nosotros pasó hace años, jamás te di esperanzas de algo más. Me casé con tu hermana porque creía que la amaba, pero jamás sentí algo más por ti, lo nuestro siempre fue solo sexo, lo pasamos bien, lo disfrutamos, pero nada más. Yo no te necesito, no te quiero como mujer, te respeto como la tía de mi hija, pero nada más.

—Dame una oportunidad, eres alguien muy importante en mi vida.

—Bonita forma tienes de demostrarlo —me sale del alma—, y no creas que te estoy recriminando por celos, porque no me importa.

—¡Pero a mí me importa! ¡Te amo! No puedo vivir sin ti.

—Acaba con el melodrama, María José, respétate —le digo cabreado por la situación—, entiéndelo de una vez, los únicos sentimientos que nos unen es porque somos familia, no siento nada por ti. ¿Es qué no te has dado cuenta?

—Siempre he guardado una esperanza, al menos déjame ser parte de tu

vida.

—No.

—¿Por qué?

—Porque yo decido quien es parte de mi vida personal, y tú ya no lo eres más —le aclaro con dureza para que entienda de una buena vez.

De pronto, no sé cómo siento sus labios pegados a los míos, ni un solo músculo se me mueve, y aunque estoy tentado en quitarla con brusquedad, solo la aparto con energía tomándola por los brazos.

—Lo que sientes no es amor, amor es mucho más que esto, solo tienes un deseo sexual, y eso ya sabes bien con quién conseguirlo —le digo con tranquilidad apartándome por fin.

—¡Me ofendes!

—Digo lo que veo.

—No sabes lo que ves —grita poniéndose histérica, y ahora sí que no me interesa seguir conversando. Me doy media vuelta y me marchó, mientras ella se queda gritando dentro de su oficina.

Al pasar la secretaria me mira extrañada.

—No la molesten, acaba de perder un muy buen negocio.

La secretaria asiente con la cabeza, y justo cuando voy llegando al ascensor, Fabián llega a mi lado.

—Señor, ¿podríamos hablar un momento?

—Lo que hagas en tu vida privada, no me interesa, únicamente ten cuidado, podría haber sido otro el que entró.

—Lo sé, pero no es sobre eso.

—Entonces —pregunto levantando una ceja.

—Me gustaría que fuera en otro lugar.

—Si no es de trabajo lo que quieres conversar, no me interesa.

—Pero, señor...

—Escúchame bien, Fabián, no colmes mi paciencia, mira que últimamente

no tengo ni quiero tener. Las amistades que tengas por fuera no me interesan. ¿Estamos claros?

—Es que hay más...

—Basta —lo corto entrando al ascensor—, no hagas que me arrepienta de mi decisión —digo y al fin las puertas se cierran.

Me quedo de espaldas y le doy un golpe al barandal.

Maldición, ¡todo el mundo cree que tiene derecho a opinar en mi vida!

¡¿Qué mierda se creen?!

Ofuscado termino dando un portazo en mi oficina, me asomo a la ventana y cierro los ojos. No quiero verla... y si no fuera por Agustín ni siquiera iría a esa reunión. Solo espero que no se aparezca.

Pensando en eso estoy cuando tocan a la puyera.

—¡Que! —respondo— ¡Ni un minuto me pueden dejar en paz! —resoplo al ver a Raúl.

—Disculpe, señor Costabal, necesito hablar con usted. Es importante.

Resoplo.

—Está bien, dime, qué es eso tan importante que tienes que hablar conmigo.

—Es sobre Beatriz —me dice y ahora sí que lo miro irritado.

—Raúl, esto es una oficina de contabilidad, si no es sobre eso de lo que quieres hablar, te puedes marchar ahora.

—Pero, señor... —insiste con convicción.

—Sal ahora antes de que te quedes sin ascenso, y por supuesto sin trabajo —le advierto con frialdad acercándome a él, amedrentándolo.

Y sí. Sé que estoy ejerciendo todo mi poder, pero que se joda él y esa...

—¡Necesita saberlo! —se exalta nervioso.

—¡No necesito saber ni una mierda más sobre esa mujer! Y que te quede claro, Raúl, ni tú ni nadie tiene derecho a meterse en mi vida privada. —Grito, y soy yo el que sale hecho una furia, ni siquiera me detengo cuando Carmen

intenta hablarme.

Primero necesito calmarme, tomar un poco de aire.

Al llegar a la primera planta para poder por fin encender un cigarrillo, cosa que se me ha hecho una odiosa costumbre últimamente, diviso a María José discutiendo con alguien, aleteando igual que una gallina, hasta que me fijo bien y es... ¿Fabián?

«Vaya, vaya, cuñadita... quién te vio y quién te ve».

Cuando ya casi son las dos y ya llevo tres cigarros seguidos veo aparecer a Agustín, seguro el guardia que ahora me sonrío como idiota, le avisó a Carmen que me encontraba acá abajo.

«¡Que nada pueda hacer tranquilo!»

—Mauricio, disculpa la demora, ¿me estabas esperando?

«No lo esperaba, trato de no arrancarle la cabeza a todo el que me hable de esa zorra».

—No se preocupe, Agustín, ¿nos vamos?

Mientras caminamos, ¡él va dándome directrices a mí! De cómo llevar la conversación, que sea claro, pero enérgico, que educado pero que lo amedrente. Y cuando por ultimo me dice que cuide mi carácter y que no increpe a Beatriz por el asunto de los clientes, mi cabeza se gira como si fuera un robot para mirarlo fríamente y me dice:

—Sé lo que hizo, pero también creo que debe haber una explicación, conozco a Beatriz, ella no es así.

—Discúlpeme que le diga, pero ni usted ni yo conocemos a esa... mujer.

—¿Hablas como si tú supieras algo más? —me pregunta con suspicacia en cada una de esas palabras.

—En absoluto —respondo cortante, y desde ese punto seguimos en silencio hasta que llegamos al edificio, y Agustín es el que con caballerosidad pregunta por Bernardo San Martín.

De inmediato aparece un tinterillo y nos lleva a la sala de reuniones. Mmm no está mal, pero los muebles son tan viejos como matusalén, se respira antigüedad.

La puerta se abre de par en par y, por supuesto, aparece él, con ese aire de suficiencia y total desconcierto por no ser solo yo el que está en sus dominios.

Así que le sonrío con arrogancia sin siquiera despegarme del asiento.

—No esperaba verlos a ambos —dice a modo de saludo.

—No te preocupes, no te quitaremos mucho tiempo.

—Perfecto, porque es que justo lo que no tengo.

—Caballeros —comienza Agustín abriendo su portafolio negro de cuero sacando unas carpetas—. Sé que has contratado a Beatriz Andrade para que maneje acciones en la bolsa, pero me parece que no es ético que utilicen clientes de nuestra empresa para que se cambien con ustedes. Desde que tu padre inició esto hemos tenido acuerdos tácitos sobre la lealtad entre ambas compañías.

—Agustín —se acerca más a la mesa para tomar los papeles, en tanto yo tengo los puños apretados para darle su merecido—, está totalmente equivocado, Beatriz no trabaja conmigo como “*broker*” transando acciones en la bolsa...

—¿Cómo que no trabaja aquí? —lo corto exaltado—. Si yo mismo la vi salir con...

—No lo puedo creer —se mofa a viva voz cortándome la frase, y es cuando Agustín toma mi brazo en que me doy cuenta de que la he cagado.

—Bernardo, vimos los papeles firmado por Beatriz Andrade la semana pasada, no nos trates de hacer pasar por imbéciles.

Solo lo miro, porque ahora sí que deseo borrarle esa sonrisa de un solo puñete bien dado.

«¡Te vi imbécil! ¡Te vi en tu auto con ella! ¡Te vi cenando con ella! ¿Y según tú no trabaja aquí?».

—Denme un momento —pide con parsimonia y levanta el teléfono—, podrías traernos café a la sala de reuniones—dice y cuelga.

—No hemos venido a tomar café, venimos a dejar las cosas claras.

—Tranquilo, Mauricio, yo deseo lo mismo, no es mi intención tener problemas con una compañía como la de ustedes. Pero que una cosa no se les

olvide, somos competencia, no aliados.

Justo cuando voy a responderle de mala manera al cabrón por tirar el guante sobre la mesa iniciando el duelo, entra una chica con el café, antes de que deje la bandeja sobre la mesa puedo sentir su olor y mi estómago se aprieta a tal punto que creo que mil agujas pinchan mis intestinos.

—¿Beatriz? —pregunta tan anonadado como yo, mi jefe.

—Don Agustín —tartamudea con asombro y una risita nerviosa, pero al ver que estoy al otro lado de la mesa, se pone pálida—. ¿Señor Costabal?

—Hola, hija...

—¿Pero qué mierdas haces tú sirviendo café? —gruño indignado, mirándola al tiempo que la cucharilla tiembla en su mano, ella ni siquiera me mira.

Noto como por el rabillo del ojo el cabrón de Bernardo está disfrutando de la situación, y más aún cuando le entrega la taza y le dice «aquí tiene señor».

—Gracias. Beatriz, podrías traerme las carpetas que están sobre mi escritorio.

Apenas sale, Agustín es quien lo increpa, ya no tan protocolarmente como siempre.

—¿A qué estás jugando?

—A nada, yo no juego, no es mi estilo.

—¿Y puedes explicarnos que mierda significa lo que ha acabado de pasar?  
—murmuro apretando los dientes.

—Ah —dice como si nada—, la asistente de mi secretaria nos ha traído café.

—¡Asistente! —exclamo furioso, sé lo que significa ese concepto para cualquier hombre, comenzando porque ese puto puesto no existe si no más para... prefiero no imaginarme nada.

—Beatriz está capacitada para mucho más que ser una asistente, Bernardo, y lo sabes.

—Ahí se equivoca, Agustín, no la conozco, por eso la voy a probar...



—¿Qué mierda acabas de decir? —. Me pongo de pie tirando la silla, perdiendo todos los estribos y si no es por el brazo de Agustín que me aprieta fuertemente ya estaría sobre él.

—No a la violencia, caballeros, por favor —comenta levantando las manos como si fuera una paloma inocente —. Y justo ella vuelve a aparecer, nos mira a todos sin entender nada, pero solícita se dirige a Bernardo.

—Aquí están, señor.

—Puedes retirarte, gracias, y reserva una mesa para dos en el restorán — le ordena solapadamente, pero cuando con descaro le mira el escote, se acabó.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo? —bufo agarrándolo del antebrazo, apartando su mirada de ella, o de esa maldita blusa casi transparente que lleva puesta.

Agustín nos mira sorprendidos sin saber qué hacer, y a la única que habla, es a Beatriz para que se retire; ella como un conejo a punto de ser cazado sale rápido por la puerta.

—Sé lo que estás tratando de hacer —murmuro entre dientes solo para él.

—Solo le he pedido una reserva —se justifica mirándonos intercaladamente a mí y a Agustín como si no entendiera de lo que hablo.

—No te hagas el imbécil conmigo, San Martín.

—No todos somos como tú, Costabal, algunos tenemos principios.

—Te lo advierto, San Martín.

—Oh, disculpen —ignora mi advertencia—, Beatriz firmó esos documentos por mí, y solo para que les quede claro, ella ni siquiera sabía lo que la hoja contenía, estábamos ocupados en otra cosa.

Al oír eso dejo de escuchar todo y ahora me pongo frente a él, mirándolo con furia, esperando el primer movimiento para darle un puñetazo, pero tras un par de segundos, Bernardo espeta:

—No sabía que era tuya, ojalá viva lo suficiente... —ante esas palabras solapadas que envuelven un recuerdo retrocedo dos pasos, lo suelto y salgo de la sala de reuniones, choqueado y confundido.

Agustín me alcanza en el ascensor, durante unos minutos no dice nada, y

cuando lo va a hacer me detiene.

—No soy estúpido, Mauricio, ¿Qué sucede?

—Jamás te consideraría así.

—¿Entonces? —pregunta con la convicción de saber algo. Pero no me importa.

—Entonces nada, solo creo que la señorita Andrade tiene más capacidades que solo servir café.

—En eso tienes razón, ya hablaremos de ese asunto, pero pareces cansado, porque no te vas a casa y descansas, tienes ojeras, y como diría mi mujer, una siestecita no te vendría nada de mal.

—Estoy perfectamente —aseguro y trato de sonar creíble, porque mi corazón no ha dejado de bombear aceleradamente, incluso supongo que mi presión estará por las nubes.

—Lo dudo, así que como jefe, te ordeno que te vayas a casa —me dice, y con eso damos punto final a la conversación.

En la oficina, nuevamente Raúl intenta acercarse, pero solo con ver el gesto de mi cara se aparta. Tomo mis cosas, le digo a Carmen que cualquier cosa me llame a la casa y me voy.

El silencio de mi hogar me relaja, y malditamente mil imágenes e ideas se me pasan por la mente, y siempre es la misma conclusión, ella y solo ella es la culpable.

La tarde pasa y solo soy consciente de eso cuando ya estoy en total oscuridad, y cuando voy a coger la botella que tengo al lado, se me cae.

—Idiota —murmuro tratando de recogerla, pero no veo ni una mierda, así que resignado enciendo las luces para ver, y al hacerlo siento que esto no es mi hogar, son solo paredes frías que no tienen sentido.

Voy a la habitación de Sofia y el color y su olor me reconfortan un poco. Me siento en su cama y me agarro la cabeza cuando veo una foto de Soledad y de ella. La tomo y murmuro:

—¿Me perdonarás alguna vez?

Por supuesto que no me responde, dejo el cuadrito en su posesión y veo

como por detrás hay un dibujo. Ella y ese par de gatos.

Cierro los ojos con amargura y tiro lejos el marco y el vidrio se hace mil pedazos.

No puedo ni siquiera pensar con claridad. La ducha de agua fría al menos me quita el olor a alcohol, y me despeja un poco. Hasta que la tranquilidad se ve interrumpida por el timbre.

—¿Qué mierda quiere el conserje ahora? —murmuro mientras camino a abrir, porque además no toca una, sino ¡dos y tres veces!

—Que es lo que... —no termino la frase al ser consciente de lo que veo.

—Siempre gritando, definitivamente no tienes modales.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—Si es de tu amiga, te puedes ir —digo cerrando la puerta, y justo cuando lo voy a lograr, un zapato masculino se interpone.

—¿Pero qué haces tú aquí y en mi casa?

—Señor, le dije que teníamos que hablar.

—Pues considérate despedido, Fabián.

—Oh, la madurez en persona ha hablado —agrega Francisca, abriendo completamente la puerta, y como si con eso no fuera suficiente, no está sola, además viene todo su equipo y él, ¿qué mierda hace Raúl aquí?

—Raúl, olvídate del ascenso, y a ustedes les digo que si no salen de mi casa ahora, llamaré a carabineros por invasión de casa.

—¿Casa? —habla la tal Claudia mirando el estropicio que tengo.

—Mira, Costabal, haremos esto fácil y cortito —empieza la feminista observando el lugar—, ante todo, entérate que esto de casa no tiene nada, parece...

—Un salón de departamento piloto —acota la única que hasta este momento me caía mejor, la tal Claudia—. Todo está perfecto, en su lugar, es como si no tuviera, vida.

—No he pedido a ningún decorador de interiores, así que guárdense su

opinión.

—No hemos venido a hablar de eso —dice Raúl acercándose.

—¿Tiene un computador, señor Costabal? —pregunta Fabián con un pen drive en la mano.

—No.

—¡Pero si no eres pobre! —chilla la feminista poniéndose de pies abruptamente—, ¡¿y cómo trabajas?!

—No tengo que darte ninguna explicación.

—¿Una tv? —quiere saber Paula, que es la más suave de las tres.

Pienso en decirles que no, pero algo en mi interior me dice que eso no los va a detener, y antes de responder escucho un grito:

—En el único lugar decente de esta casa hay un televisor, en la pieza de la niña.

Y como si fueran un batallón ordenado, todos caminan directo a la voz de Claudia, que en cosa de segundos se ha adueñado de mi casa.

Y yo, pasmado, los sigo, aun sin entender nada.

—Costabal, esta niña debiste adoptarla, o habértela encontrado en la calle, es totalmente diferente a ti —dice Francisca.

—Por eso Bea la quiere tanto, ella es pura vida —continúa Paula.

—¿Qué mierda quieren todos ustedes?—me exalto—. ¡Los quiero fuera!

—Sí, señor, nos iremos, pero antes necesitamos que vea esto —acota Fabián encendiendo la pantalla, me giro y lo que veo es irreal, todas sentadas sobre la cama como si estuvieran esperando a ver una película de cine.

—Si quieres apagamos la luz —vuelve a la carga la insoportable—, las porno se ven mejor con la luz apagada.

—¿Qué mierda estás diciendo...? —gruño, no estoy entendiendo nada.

—Señor —me distrae Raúl y es él que con el control en la mano le pone play. Me quedo pasmado, viendo unas escenas que para mí pasan en cámara lenta.

Diferentes imágenes de ella y yo besándonos, tocándonos, y follándonos pasan por la pantalla, y cuando soy consciente que no solo yo las estoy viendo, como energúmenos intento apagar la pantalla, y como no encuentro el maldito botón digital y tampoco escucho a Raúl que me dice que me aparte, volteo el maldito aparato y por el ruido y el estropicio que hace sobre el mueble, sé que está arruinada.

Parpadeo sin entender nada, ¡nosotros! En la oficina, esto jamás me lo habría imaginado.

—¡Así que el par de imbéciles me quieren chantajear! —grito enajenado, abalanzándome sobre Fabián que no alcanza a reaccionar y me mira.

—¡Pero tú de verdad eres imbécil! —siento un tirón de pelo que me lleva la cabeza hacia atrás—. De verdad que eres un *weon* completo.

—Francisca, ¡suéltalo! —grita otra de sus soldados.

—¡Te voy a moler a golpes, Fabián! —gruño sin importarme nada.

Y de un momento a otro, me veo arrastrado hacia un lado, detenido por todos como si fuera un animal.

Las miro a todas.

Por un momento me bloqueo, tiemblo... no tengo habla, hasta que me sale la voz desde las entrañas.

—¡Pueden decirme qué significa esto!

—Si te calmas podemos —responde con suficiencia Claudia.

—Estoy calmado —grito moviéndome, soltándome del agarre de estas arpías y de el traidor de Raúl—. ¡Hablen!

—Bueno señor, la historia es complicada —empieza Raúl caminando por la habitación.

—Te escucho, Raúl —siseo.

—Antes que hables, Raúl —lo corta la feminista poniéndose de su lado, mirándome fríamente a mí—. Entérate que esto no lo hacemos por ti, sino por la tonta de Beatriz, y su maldita...

—Lealtad —acota Claudia.

—¿Lealtad?, veo que esa mujer les lavó el cerebro a todas —respondo bruscamente—. ¿Cómo se atreven a defenderla en mi casa, en mi cara?

—Señor Costabal, el día que nos vio almorzar juntos con Beatriz, el día que ella iba a firmar su anexo de contrato vio las mismas fotos que usted acaba de ver.

—¿Y? —pregunto en voz baja, con rabia.

—De verdad que eres tonto, Mauricio —suelta Paula, pero continua Raúl, que para ellas es como un gurú en este momento, ¡le obedecen!

—La jefa de recursos humanos le dijo a Beatriz, que si no terminaba la relación, estas imágenes se las enseñaría a don Agustín, que ella quedaría sin trabajo, y aunque a ella eso no le importó, cuando la amenazó con que además de todo a usted lo denunciarían por acoso laboral, ya no encontraría trabajo otra vez, y entonces usted y su hija sufrirían las consecuencias de la cesantía.

—¿Y eso le dio derecho a traicionarme?! —suelto bruscamente, demasiado confundido.

—¡Pero tú no entiendes! Beatriz lo hizo por ti y tu hija, ¡para salvarte el pellejo!

—Ella es inocente —habla Fabián—, lo hizo para salvar su trabajo, se sacrificó por usted.

—¿Sí? ¿Y eso le da derecho a hacer lo que hizo?

—¡No! —grita Paula.

—Sí, me traicionó. Ustedes estaban ahí, ¿a tanto llega su solidaridad de genero que aun así la van defender?

—Todo lo que viste en la discoteca fue para alejarte definitivamente, el beso, ese hombre, todo lo hizo por ti y Sofia —. En este momento, siento que la historia me la están contando desde muy lejos, incluso la habitación me está dando vueltas, estoy recordando paso a paso todo lo sucedido esas horas.

—...Y lo que vi...

—Nada, todo fue mentira, un beso para que te fueras, luego se llevó al tipo a su casa, ¡no pasó nada! ¡Nada de nada! Solo le habló de ti y agotada se durmió. Te abrió la puerta no para que la vieras, sino porque pensó que

éramos nosotras, fue ahí cuando nos contó todo, todo lo que hizo por ti.

—Yo también la juzgué al principio —murmura Claudia—, por su forma de actuar contigo.

—¿Me están diciendo que todo lo que pasó no sucedió? —pregunto confundido.

—No señor, nada sucedió, María José lo planeó todo, sabía de su romance, pidió las cámaras y gestó todo, esperando el momento perfecto para sacarla de juego. Yo lo sé porque mantenemos relaciones hace mucho tiempo, pero quiero a Beatriz, y no es justo lo que le hizo.

—Beatriz es además de tonta, completamente inocente, Costabal —afirma Claudia.

Los miro a todos alternadamente, siento que el mundo se está quebrando bajo mis pies y los recuerdos del viernes aparecen lacerantes en mi memoria.

—Por la puta, ¿qué hice? —murmuro agarrándome la cabeza, tratando de borrar esas imágenes de mi atacan...

—¿Qué le hiciste, hdp? —se abalanza Francisca como enajenada sobre mí.

—¡Creía que era culpable!

—No, no, ¡no lo era! Dime que le hiciste a Beatriz —me grita.

Logro soltarme y camino desesperado al salón, mi vista está nublada. Soy un ctm, me digo a mi mismo moviendo la cabeza de lado a lado, negándome a la atrocidad que cometí.

No sé ni me interesa quien se va o se queda. Solo siento que Claudia se acerca cuando la puerta se cierra.

—Hay más que no sabes. Beatriz renunció a todo, incluso a la indemnización que le pago María José, se quedó sin nada, nosotras prácticamente la obligamos a trabajar con Bernardo.

—¿Cómo?!

—Sí, no podía morir de hambre, suficiente tenía con haberse quedado una semana encerrada llorando por ti, le dijimos que si no buscaba un trabajo en lo suyo, hablaríamos con sus padres, y ella no quiere decepcionarlos por nada del mundo. Es la primera en tener estudios universitarios en su familia,

es el orgullo de su madre. Por eso acudió a Bernardo.

—No...

—Sí, y él, otro de tu especie —interrumpe Francisca—, le dijo que inventaría un puesto para ella, como asistente, y por supuesto Beatriz que no sé qué tiene en la cabeza se siente muy agradecida de él. Pero ese imbécil el viernes le insinuó cosas que...

—¡Qué! ¿Pero qué mierda me estás diciendo ahora?

—Pero, hombre, de verdad que eres tonto, Mauricio, le dijo que si quería recuperar el puesto que tenía en tu empresa debería esforzarse, y no precisamente trabajando.

—¡Hijo de puta!

—Por eso la llevó a cenar el viernes, y cuando se dio cuenta de sus intenciones decidió renunciar hoy.

—¡Lo voy a matar!

—Contrólate, por favor.

—¡Una mierda que me voy a controlar!, yo vi hoy sus intenciones —ladró furioso.

—Ya renunció, y por eso y porque hoy supo que...

—Cállate, Paula, eso no te corresponde a ti —la detiene enérgica Claudia.

—Bueno, porque no queremos verla sufrir más hemos venido a hablar contigo, Costabal, así que o le pones punto final a esta historia y hablas con la tal María José, o lo haré yo. A mí me da igual si te quedas sin trabajo, o te mueres de hambre, Beatriz no se merece lo que le está pasando.

—Lo que yo le hice tampoco —confieso con el dolor de mi corazón e inevitablemente lágrimas caen por mis ojos—. Nunca me va a perdonar.

—Lo hará, te ama demasiado, créeme que aunque me molesta profundamente, lo hará —dice en un susurro Francisca. Así como que no le gustara la idea.

Niego con la cabeza y la culpa me cae.

— Nada de lo que yo pensaba sucedió, todo lo hizo por mí y por mi hija, y



me comporté como un animal el viernes.

—¡Si le hiciste daño no te lo perdonaré nunca! Me escuchas bien Costabal —dice con rabia ahora Claudia, alejándose como si fuera un monstruo, y sí, no tengo nada que decirle, lo soy.

Me encojo pidiendo disculpas sintiéndome culpable, las observo a todas mirarme y no necesitan palabras para entender lo que sucedió.

—Ahora ya sabes toda la verdad, y si te queda algo de dignidad, déjala en paz, tu maldito orgullo hizo que cavaras tu propia trampa, y por lo que veo, tu solo cavaste tu tumba. Se acabó, Costabal.

—¡No puede! —chilla la calmada de Paula—, no ahora que...

—Cállate —le gritan las dos y Claudia me mira—, me decepcionaste, siempre supe que eras un hdp y un cabrón, pero te di una oportunidad.

—No la... —intento defenderme ante este pelotón de fusilamiento.

—Ni se te ocurra nombrar esa palabra, por supuesto que no lo hiciste, pero lo que hiciste no tiene nombre —vuelve a hablar Paula—, yo me quedé con Bea el fin de semana, y si lo de tu cuñadita no la destruyó, lo que hiciste, tu, sí.

—Soy una bestia, si lo hubiera sabido antes —me lamento mirándolas, pero ahora ellas son unas rocas que me miran sin compasión alguna.

—Eres la bestia que siempre has sido, aunque un tiempo la tuvieras dormida —dictamina Francisca poniéndose de pie, y las demás la siguen—. Nosotras nos vamos, no tenemos nada más que hacer aquí.

—Y ni intentes buscarla, ¡no está en su casa! —exclama Claudia.

—Eso es lo que voy a hacer ahora —digo tomando las llaves de mi auto. Tengo que buscarla, explicarle y suplicarle su perdón, el agobio me está matando, todo esto es mi maldita culpa.

Ni siquiera con la muerte de Soledad me sentí así, entre lágrimas voy conduciendo, quiero darme contra la pared por imbécil, sé que no me va a escuchar, pero aunque tenga que derribar esa puerta la voy a ver.

Ni siquiera me estaciono, y mucho menos le respondo al conserje cuando me abre la puerta del edificio, corro por las escaleras hasta llegar al piso de

Beatriz, y pego el dedo en el timbre.

Uno... dos... tres... cuatro segundos pasan y nada. Empiezo a golpear la puerta como enajenado.

—Mi vida, ábreme por favor, ¡sé que soy un cabrón! ¡¡Beatriz!! —grito, pero nada, silencio absoluto, hasta que las puertas del ascensor se abren y veo aparecer junto a don Hugo dos carabineros, no les doy importancia y sigo tocando la maldita puerta que no se abre, a vista y paciencia de todos los vecinos que me están mirando.

—¡Beatriz...!

## 4

*“No permitiré que te quiten las alas con que  
has llegado al mundo”*

Lo primero que escucho es cómo unas voces me hablan, ordenándome a mí que deje de golpear. Poco y nada me importan los gritos de mujeres histéricas a mi alrededor, hasta que siento cómo unas manos detienen mis brazos.

—No puede estar aquí, señor.

—¡Yo puedo estar donde se me dé la gana!, y claro que puedo estar aquí —grito—. Soy Mauricio Costabal.

—Esta no es su casa —me repite ahora el carabinero poniendo la mano sobre su arma de servicio.

—¡Una mierda lo que me digan! Los que no deberían estar aquí son ustedes —les escupo y me vuelvo hacia la puerta para seguir gritando—. ¡Beatriz, abre la maldita puerta!

Como si a nadie le importara lo que siento, este par de hombres me cogen por los brazos y sin saber cómo de pronto estoy esposado y, como si eso no fuera suficiente, un palo de goma está guiando mi camino.

Bajamos por el ascensor entre forcejeos y gritos. Me empujan hacia la camioneta de Carabineros. Aunque les cuesta cerrar la puerta lo logran y, segundos después, escucho:

—Estarás unas horas en el calabozo por violencia intrafamiliar y mañana de “patitas en la calle”.

—No tienes ni la puta idea de lo que estás diciendo —gruño molesto.

—Ya..., bueno, si la puta se lo merecía, nada que hacer entonces —

responde como si me conociera, hablando de mi Beatriz como si fuera una... —, así aprenden las mujeres, aunque son duras algunas, pero una pateadura efectiva lo soluciona todo, después solitas llegan a ofrecerte el cho...

Antes de que termine de hablar, me abalanzo sobre el imbécil que además huele a alcohol, pongo mis manos por detrás de su cabeza y choco la mía con la de él. Éste se abalanza y comenzamos a rodar por el suelo húmedo de la camioneta.

Hasta el momento, ni me había enterado que más hombres venían con nosotros. Se ponen a vitorear como si esto fuera un circo romano.

“Vamos, ctm, dale más...”; “defiéndete, maricón...”; “le apuesto al maricón...”, son algunas cosas que escucho, hasta que, de pronto, nos detenemos en seco. Se abren las puertas y unos golpes duros nos separan, a continuación todos quedamos esposados al fierro del techo y ninguno nos podemos mover, pero no por eso no nos seguimos insultando hasta llegar a la comisaría.

Me quitan todos mis documentos, y ni siquiera me entregan un paño para limpiarme.

De mala gana, de parte de ellos y mía, me dejan separado de los demás, pero con las esposas puestas.

—Cabro—me habla alguien con voz ajada desde el otro lado—, mientras más tranquilo te quedas, más fácil será que salgas de aquí.

—No me diga —me burlo.

—Aquí no es nada comparado con lo que es estar en “cana” así que más te vale quedarte calladito, a nadie le gustan los maricones que le pegan a las “minas”.

—¿Qué...? —me enfurezco acercándome a los barrotes—. ¡Qué mierda estás diciendo!

—Que eres un maricón, y que adentro te van a enseñar a respetar a las mujeres, la cara es lo menos que te destrozarán —se rió con sorna.

—No tienes ni puta idea de lo que dices —espeto mirándolo con odio, decidiendo que ya no tengo nada más que hablar con este individuo.

Me siento sobre lo que parece ser una banca adosada al suelo, que huele a

orina y a excrementos. Cierro los ojos sintiéndome realmente miserable, con una oscuridad que no había sentido jamás. Mientras, las imágenes de lo que le hice a Beatriz pasan por mi mente una y otra vez, recordándome lo imbécil que soy.

¿Cómo mierda pude pensar que ella, el único amor de mi vida, me fuera traicionar así?

Sonrío como el idiota que soy y, para calmar estas ansias que tengo por salir de esta pocilga, respiro profundamente, cosa que resulta peor.

Tengo que controlarme y esperar que amanezca para hablar civilizadamente con los carabineros o, en su defecto, esperar que aparezca el fiscal de turno, porque lo que en realidad tengo ganas de hacer es gritarles a todos y cada uno de ellos que son unos incompetentes, deteniéndome a mí por tocar una puerta, cuando los verdaderos delincuentes están en la calle.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que un ruido metálico me saca de mis pensamientos.

—Arriba —me dice un carabinero que parece sacado de una tira cómica, casi como el de “Buenos días, Buenas tardes” y no es que lo mire en menos, pero así no asusta a nadie—. Llegó el fiscal. Mucha suerte.

Esposado, salgo de la celda. Al pasar recibo abucheos y promesas de agresión, que estoy en este momento encantado de responder.

La oficina mide dos por dos, la luz fluorescente parpadea varias veces hasta quedar normal, y un hombre, que más parece un niño, me recibe.

¿Este es un fiscal, y de la República?

Me siento, mirándolo directamente a los ojos, necesito que su trabajo sea rápido, yo no tengo tiempo que perder.

—Mauricio Costabal... —comienza leyendo todos mis antecedentes personales, como si yo nos los conociera, hasta que me siento correctamente en la silla cuando escucho—: está aquí por el cargo de violencia intrafamiliar y...

—¿Perdón? —me exalto—, esto es el colmo, ¡caso nadie sabe hacer su trabajo!

—No me falte el respeto —me expresa indignado, levantándose la voz.

—Perdón, no me lo falte usted a mí, aquí no existe ningún caso de violencia —recalco bien la palabra mirándolo a él y al señor de verde que abre los ojos como si yo le estuviera sacando la madre—. No he tocado a nadie, fiscal, no al menos dentro del margen de violencia intrafamiliar—. Apunto porque claramente mi cara y mis puños están ensangrentados—. Estaba tocando la puerta del departamento, como no me abrían comencé a gritar, sí, lo reconozco, tal vez un poco fuera de control, pero de ahí a ¿violencia? ¿Está usted loco? ¿Cómo se le ocurre! —. Me levanto, como engendro del demonio —, tengo una madre, hermana, hija, ¿qué cree que soy? Ahora, ¡sí! me puse a pelear dentro de la “cuca”. ¡Esos delincuentes estaban hablando mal de mi mujer! ¿Qué hubiera hecho usted? —lo increpo, sentándome al sentir una mano fuerte y pesada en mi hombro.

El fiscal mira nuevamente los antecedentes y luego al carabinero que se encoje de hombros. Se pone de pie y sale con la carpeta.

Los minutos que pasan se me hacen eternos y, como forma de amedrentamiento, la mano de carabinero está en su arma.

«¿Creerá que soy idiota?». «¿Qué me voy a escapar?».

La puerta se abre y ahora la actitud del fiscal es totalmente diferente.

—Señor Costabal, creo que ha habido un pequeño error de interpretación.

—¿Pequeño?

—Tal parece que usted tiene razón...

—Por supuesto que la tengo —golpeo la mesa.

—Pero no se equivoque, que no sea culpable de violencia intrafamiliar no lo exculpa de su falta.

—Por supuesto que no me exculpa, pero sí me da la posibilidad de irme de este lugar y esperar que llegue la citación de la fiscalía, para que mi abogado acuda y, por supuesto, revise detenidamente el proceder de carabineros, y el suyo... todo sería más normal.

Ambos nos miramos retándonos, sé que en parte tengo razón, pero eso no quita que el fiscal esté haciendo su trabajo y se pueda equivocar cuando son las 5 de la mañana y es el único de turno en la zona oriente.

—Terminaré el papeleo para que pueda retirarse, una señorita lo está

esperando en la puerta. Haré que entre, ya que es la misma que retiró los cargos.

—¿Beatriz? —pregunto solicito y sorprendido a la vez.

No me responden ni media palabra. Siento que las esperanzas vuelven a mi alma y mi corazón empieza una carrera desbocada dentro de mi pecho. Intento arreglarme lo mejor que puedo, pero con las esposas no es mucho lo que puedo hacer. Llevo tanto esperando este momento para pedirle, no, rogarle que me disculpe, que ahora que por fin ha llegado. La ansiedad me está matando, un nudo en mi estómago aprieta el corazón.

Por la mierda, ¿por qué no entra de una vez? Los minutos pasan como en cámara lenta, uno tras de otro, sin darme la posibilidad de verla, tocarla y...

La puerta se abre como un verdadero vendaval, atontándome por unos segundos. Cuando la veo quedo totalmente atontado y el aire desaparece de mis pulmones, mareándome por una milésima de segundo.

Esos zapatos de tacón altísimos, y lo que hay bajo esa chaqueta militar me desconciertan.

La rabia me invade.

La tolerancia me abandona.

Y la decepción se apodera de mí.

Y cada uno de mis sentimientos se transforman en ira.

—¿Qué se supone que haces tú aquí? —pregunto bruscamente, sin siquiera saludar.

Con su mirada me lo dice todo, pero es esa boca la que me responde.

—Vaya, vaya, siempre pensé que te gustaba más el papel de amo dominador que el de sumiso esposado, pero viéndote así, y no precisamente en una escena sexual, me sorprende Costabal.

Se burla abiertamente, incluso el carabinero hace esfuerzos para no reír ante tamaña estupidez.

—No estoy de humor para tus idioteces, qué haces aquí.

—¿Qué? Tan mal educado es el gerente de “[HDP Management Consulting GmbH](#)”, que no va a agradecer mi presencia? He retirado todos los cargos,

Mauri —. Se vuelve a burlar—. ¿Que mal agradecido eres, y sordo? —puntualiza.

—Contenta.

—Te dije que Beatriz no estaba en su casa, que no la buscaras, y tú, don inteligencia emocional ¿qué haces? Vas a buscarla, es que realmente eres estúpido. Te dije que no te acercaras a ella, que la perdiste, que no te la merecías.

—Sal de aquí, Francisca...

—Error, señor Costabal, soy tu salvación, y si te digo que saltes, tú me dirás, cuan alto...

—Vete a la mierda —respondo justo en el momento en que el fiscal entra y literalmente se come a la feminazi con la mirada.

—¿Está seguro, señor, que quiere que se las quite? —pregunta el carabinero, que al menos presenta más respeto y no se la está devorando.

—Por supuesto —responde, sonriéndole como idiota, y luego mira al uniformado para que se acerque.

Apenas me quitan las esposas, salgo hacia el mesón para que me entreguen mis documentos.

Ya casi está aclarando, y aunque no se bien dónde estoy, camino para tomar un maldito taxi, pero siento esos tacos atrás mío.

—¿No me vas a agradecer?

—Ni siquiera sé porque estás aquí —respondo—, supongo que has venido a reírte.

—Equivocado, aunque pena por ti no siento, que te quede claro.

—¿Entonces? —me detengo para mirarla, si tengo una oportunidad para encontrarla, la única que me puede ayudar es esta mujer que tengo en frente.

—El conserje llamó a Bea, y yo tengo su teléfono, el resto de la historia te lo podrás imaginar.

—¿No quiso venir ella?

—Qué fácil sería decirte que no quiso venir, pero no tiene idea de dónde



estás, y mucho menos que yo estoy aquí contigo ahora.

—¿Estás disfrutando este momento, verdad?

—La verdad es que sí, para que te lo voy a negar, Costabal, pero lamentablemente tengo unos principios un poco extraños para el común de los mortales. Se llama lealtad hacia la amistad. ¿Lo conoces?

—Por supuesto que sí.

—Pues yo lo dudo. Y lo que hice, fue por ella. No podía dejar que te quedaras aquí —dice apuntando a la comisaria—, mi amiga no me lo hubiera perdonado, porque aunque yo sí te habría dejado para castigarte por imbécil, ella no..., a pesar de todo lo que le hiciste.

—¡Me arrepiento! —exclamo más fuerte de lo que quisiera, pero a esta mujer parece que no le afecta nada, es como si siempre se llevara al mundo por delante.

—Sí, también lo sé —reconoce entregándome una botellita con alcohol gel—, aunque no por eso es menos deleznable lo que hiciste. Tu problema es que no sabes lo que realmente es el amor.

—¿Qué no lo sé? ¡Claro qué lo sé! —Le digo mirándola seriamente, no se esperaba una respuesta tan efusiva de mi parte—. El amor es una emoción que se mezcla con dolor, no es un concepto con una definición cerrada. El amor desbarata tu esquema, es algo que no se puede expresar semánticamente, y esa precisamente es la magia y el enigma que envuelve ese maldito sentimiento, que no se elige, que nos elige a nosotros, porque el amor aterriza, nos da miedo entregarnos a lo desconocido, no hay un guión ni reglamento que seguir. El amor es sentir, descubrir, aprender, entregar, ¡es todo eso y más! No entiende de idiomas, colores, ideologías, edades, incluso de sexos, pero hay que ser valiente para sentirlo y que los prejuicios no te alejen de esa persona. “El príncipe azul” es un mito, también lo es eso “de que a las mujeres nadie las entiende”, o “cazador cazado”. Son estupideces, una perspectiva equivocada. Y por supuesto —tomo aire para seguir—, estoy consciente que también existe la química, un cierto componente biológico o fisiológico que te une a esa persona especial, eso... eso es el amor para mí.

—¡Wow, Costabal! —expresa, y es primera vez que la veo parpadear sorprendida—. Ya sé qué ve la tonta de mi amiga en ti. ¿Seguro no eres pariente de Nicanor?

—No estoy para juegos, Francisca.

—Y para seguir conversando aquí tampoco, vete a tu casa, dúchate y espera a que el tiempo solucione las cosas. Bea es terca como una mula, y esta vez, las cosas no serán tan fáciles.

—¡Le voy a explicar todo! ¡Le voy a pedir perdón!

—¿Es que todavía no lo entiendes? Ni siquiera pasando una noche preso eres capaz de entender—me dice acercándose un poco, mirándome casi con pena—, esto no se trata de ti, ni de lo que sientas tú. Es lo que Bea siente.

—Eso lo dices porque no quieres que estemos juntos —refuto indignado—, ¡pero eso sí que no depende de ti!

—Uf, realmente eres intratable, en un minuto casi quiero hacerte un altar y ahora quiero darte con una pala en cabeza por idiota, entiende de una vez por todas lo que te estoy diciendo, ¡es un consejo! —grita volviendo a ser la misma loca de siempre.

—Entonces métete tu consejo por...

—Ándate a la mierda, Costabal —ladra caminando en la dirección opuesta.

—¿Te vas? Viniste hasta acá, te tragaste tu orgullo y porque no pienso como tú, no me vas a ayudar.

—¡Dios! —exclama mirando al cielo suspirando—, no sé cómo mierda lidiar contigo.

—Francisca —me apresuro a hablar—, necesito encontrarla, y solo tú me puedes ayudar —tiro de su mano para que se detenga y me vea—. Ella se merece una explicación de mi parte.

—Hasta luego.

—¿Hasta luego?

—Sí, ambos estamos cansados y tú no te ves muy bien.

—Francisca..., no...

—Vete a tu casa y descansa, Costabal —me ordena con una calma inusual, y yo siento la necesidad de remecerla para que me entienda—. ¿Y ahora qué pasa? —quiere saber porque no me he movido ni soltado su mano.

—No puedo esperar más... —hago una pausa porque no sé ni cómo explicarle lo que estoy sintiendo.

—¡Vamos hombre! Habla de una buena vez.

—No quiero que esto termine, quiero...

—¡Quiero!, ¿quieres, qué?!

—Quiero quedarme con ella para siempre —murmuro despacio, escuchando mi voz un tanto desgarrada.

Francisca suelta una suave risa y agrega:

—¿Y dónde está el problema? —Pregunta, en tanto yo me llevo las manos a los ojos para aclarar la vista—. Vamos, Costabal, que no quiero una escena en plena calle, no soy una feminazi sin sentimientos, soy feminista, cosa muy diferente, lucho por los derechos de todas las mujeres por igual.

—No te vayas, eres el único nexo que tengo para llegar a ella...

—No me voy a desaparecer.

—¡Me dijiste hasta luego! —exclamó cada vez más confundido con estos malditos sentimientos que casi no puedo controlar.

—¡Por supuesto, hasta luego, hasta más tarde! Tienes que ducharte.

—¡No!

—Costabal, entiende, descansa, pasaste una noche espantosa y muy intensa —me dice cogiéndome el rostro—, y te recuerdo que he sido yo la que he venido a buscarte.

—Lo sé, y no sabes cómo te lo agradezco. Esto es todo culpa mía...

—Alto ahí, solo una parte es culpa tuya, pero la otra parte es de tu cuñadita y a esa sí que no la voy a perdonar ni en esta, ni en la próxima vida.

—Cálmate Francisca, sé exactamente lo que hay que hacer con ella.

—Dímelo —me apremia con la luz de la venganza en los ojos, la misma que a mí me está dando energías para seguir y no aparecer en su casa advirtiéndola de lo que ya tengo planeado—. ¡No te quedes callado ahora!

Cuan niña chica, ansiosa, me agarra de la manga, tironeándola y ahora soy yo el que río.

—Descansa, Francisca, nos vemos luego.

—Serás...

—Aprendo rápido, y de la mejor maestra.

—Nunca creí decir esto, pero me sorprendes cada vez más, Costabal, y espero no equivocarme contigo, porque si no, la pateadura que te voy a dar me dejará a mí en la celda por unos buenos años.

—No te defraudaré —le digo con convicción.

—Entonces, espera mi llamado, en la tarde, “luego” —recalca esa maldita palabra—, te daré mi dirección, y tú me dirás ese plan que sé que ya tienes en tu cabeza para aplastar a esa rata.

—Lo haré.

—Hasta luego, Mauricio —me dice despidiéndose, y justo cuando va a subirse a su auto, grito.

—¿Podrías llamarla ahora, solo para escuchar su voz?—suplico, ella me mira, saca el teléfono y mi corazón se acelera.

—Lo siento, esta santa concede solo un favor diario, y el tuyo ya se concedió, y con creces, Costabal.

—Francisca —gruño tratando de frenar mis impulsos, y al parecer eso da resultado.

—¡Olvídalo! Son las 6 de la mañana, ¡esa loca me mata si la llamo! Además, deberías agradecerme, la necesitas descansada para que te escuche. ¿Te das cuenta qué sí soy una santa?

—Una santa del demonio —replico.

—Espera mi llamado.

—Gracias —susurro.

—¿Perdón? No escuché, ¿Qué dijiste?

—¡Gracias! ¡Gracias! Y que vivan las feministas como tú.

Se larga a reír como una loca, hasta incluso veo como se limpia la comisura del ojo.

—Agregaré una polera más a mi lista de compras —me dice, y la quedo mirando mientras se va.

A los pocos minutos, vuelvo a estar solo, pero esta vez con la esperanza de poder hablar con ella.

Y como que me llamo Mauricio Costabal, me perdonará.

Cuando vuelvo a mi departamento, me siento solo de nuevo. Miro el teléfono esperando a que suene, pero éste permanece en silencio. Sin ruido, tan solo como yo. A ratos vibra y creo que es ella, pero luego esa ansiedad creciente se desintegra al saber que no lo es.

¿Y si no quiere escucharme?

¿Y si de verdad esto se acabó?

No, no puede ser así, Beatriz tiene corazón, me va a escuchar. Estaba dispuesta a vivir conmigo, con Sofía, no puede mandar todo a la mierda sabiendo toda la verdad.

—¡Por la cresta!—grito y el eco retumba en las paredes.

La espera me está matando, hasta que suena el teléfono y corro a contestarlo.

—¿Beatriz?

—¿Beatriz?—dice mi madre y yo me veo obligado a tragarme mi decepción y escuchar que ya están en camino.

Lo único que le pido es que se quede con Sofía un día más, cuando acepta, vuelvo al sillón... a esperar.

A esperar... y a esperar...

## 5

### *”Necesito a mi ángel para que me salve de mis demonios”*

Ya no puedo más, estoy cansado de esperar, la luz ya apareció por la ventana y los autos han comenzado a circular por la ciudad, y de la feminista... ¡nada! Nada de nada.

Incumplo mi promesa y la llamo directo a su teléfono personal, y, por supuesto, no me responde.

Parezco león enjaulado dando vueltas por mi casa con el teléfono en la mano, esperándola.

Antes de llegar a mi habitación cierro la puerta de Sofia, no quiero que mis demonios entren aquí, en un lugar sagrado donde solo se respira paz y tranquilidad.

Y justo cuando estoy por salir, mi vista se dirige a algo que está sobre su cama. Con cuidado como si se tratara de un gran descubrimiento me acerco, y con las manos temblorosas tomo el cojín de gato que está oculto bajo unos peluches.

Mi corazón se acelera, reconozco este olor e inhalo profundamente para empapar me de su perfume, que me acaricia suavemente, burlándose de mí, recordándome lo que he perdido a una mujer inconfundible, extraordinaria que huele a cítrico a la vez que también lo hace a un perfume floral, pero es más, mucho más que eso, es su esencia.

Cierro los ojos, apoyándome en la pared.

—Lláname, por favor, lláname —ruego en un suspiro apretando contra mi pecho este pequeño tesoro. Camino al baño para lavarme las manos y no ensuciarlo, y cuando veo mi imagen en el espejo, siento que debo bañarme. La feminista esa tenía razón.

Después de quitarme la ropa, abro el grifo y ni siquiera espero a que esté caliente, solo me quedo bajo el chorro frío que cae directo sobre mi cuerpo. Cierro los ojos y siento el agua correr, pienso en todo lo acontecido en las últimas horas.

Fui un verdadero idiota, nunca debí actuar así, jamás debí dudar de ella; era claro que algo estaba sucediendo, pienso mientras mi espalda se pega a la pared y comienzo a caer lentamente al suelo.

—Solo perdóname Beatriz, por favor —ruego golpeando la muralla con rabia. Y justo, cuando me estoy lamentando, escucho el teléfono. Corro para alcanzarlo.

—Diga —respondo con el último aliento.

—Vaya..., cualquiera diría que acabas de correr la maratón de Santiago —se burla Francisca por el otro lado de la línea—, ¿o es que debo ser mal pensada y creer que estabas en otra cosa?

—No digas estupideces.

—Epa, trátame con respeto, Costabal, soy tu única oportunidad en la vida.

«Maldita sea, tiene toda la razón» me digo a mi mismo en tanto me paso las manos por el pelo una y otra vez, escuchando su respiración.

—Por favor... —susurro—, ¿dime dónde y a qué hora?

Ella suspira y aunque no la veo sé que está esbozando una pequeña sonrisa.

—Mi parte mala me dice que te haga sufrir un poco, pero parece que hoy amanecí buena.

—¿Entonces...? —la apremio.

—A las cinco de la tarde en el café que está en el parque forestal.

—¡Son las once de la mañana! —rugo pensando en la cantidad de horas que faltan.

—Lo tengo claro, Costabal, pero somos muchos los que tenemos que cumplir horario y no podemos faltar a trabajar, es más, y como estoy ocupada, te dejo. Nos vemos en la tarde. —Se hace un silencio y continúa—. Y si quieres un consejo, antes de decir cualquier cosa cuando la veas, cuenta hasta diez — me advierte y corta la comunicación.

Me quedo pensando en su consejo y no lo entiendo. Solo quiero que me disculpe y que todo vuelva a ser como antes.

Pasan las horas y la ansiedad puede conmigo, incluso para tranquilizarme bebo un poco de whisky, y cuando voy por el segundo vaso me detengo, debo estar absolutamente cuerdo, pero los nervios me están matando y este maldito reloj no avanza. Cada minuto transcurre más lento que el otro y como si no tuviera suficiente con todo, varias preguntas cruzan por mi cabeza. ¿Si no me perdona? ¿Si no me quiere escuchar? ¿Si ya no le intereso? ¿Si quiere a alguien sin complicaciones? ¿Y si ya...?

—¡Por la puta! —grito desesperado, la angustia me está matando, estoy desesperado, y cuando ya son las cuatro, voy para la segunda ducha del día, pero esta vez no pienso en nada, necesito calmarme.

En menos de cinco minutos estoy listo, solo un jeans y una polera blanca, específicamente esta porque sé que le gusta, y así bajo hasta el estacionamiento.

—¡Por la cresta! —gruño, escuchando mi propio eco por el rededor, y con lo malhumorado que estoy, literalmente agarro a patadas la maldita rueda pinchada.

Con tan mala suerte, que el hijo de mi vecina pasa por mi lado deteniéndose.

—Esa rueda ya cagó —asegura el pendejo que no debe tener más que dieciocho años—, pero si quieres te la puedo cambiar yo, tío.

Tiemblo al escucharlo.... ¿tío? «Yo no soy tu tío pendejo de mierda» quiero gritarle, pero cuando estoy por abrir la boca él continúa:

—No es tan difícil, incluso te puedo ayudar.

Alucino, y en colores, ¿Qué se cree? Sé que estoy dilatando las aletas de mi nariz y apretando la mandíbula para no insultarlo. Así que mientras él está mirando, abro el porta maletas, saco todo lo que guardo hasta alcanzar la



rueda de repuestos y la gata.

Ni siquiera la bajo al suelo, yo le voy a demostrar a este... niño, qué es ser un hombre.

Sacar el neumático no me cuesta nada, incluso me asombro yo mismo, pero encajar la gata es otra cosa. Me pongo de pie para mostrarle como lo hace un verdadero hombre, pero al quinto intento ya estoy sudando, ¡y cansado!

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta inclinándose.

Solo lo miro, y con eso entiende, pero a pesar de mi mala forma se queda.

Después de varios minutos, termino y, como el gran hombre que soy, me envaró frente a él y le digo:

—Primero debes aprender, niño, es cambiar un neumático.

—Sé cambiarlos, y también sé cambiar la correa de distribución —habla como si fuera el dios de la mecánica.

—Qué bueno, me alegro.

—Gracias, ¿pero puedo decirte algo?

—¿Qué? ¿También sabes cambiar la batería?

—No.

—Entonces —suelto, limpiándome las manos lo mejor posible en un paño todo roñoso que encuentro.

—Es que le faltó ponerle la tapa a la llanta —me indica el muy sabiondo con altanería, y yo para no ser menos lo miro y respondo en igual tono.

—Estaba esperando que lo hicieras tú, ¿no tenías tantas ganas de ayudar?

Es lo único que le digo y me subo al auto, miro la hora y ya sé que voy justo, maldita sea mi suerte.

Cuando termina, arranco tan fuerte que las ruedas rechinan en el pavimento y, a penas escucho el “chao, tío, que le vaya bien”.

El primer rojo lo respeto, el segundo también, pero el tercero me lo salto, es como si todo se hubiera confabulado en mi contra para retrasarme.

El tráfico está de los mil demonios, he tocado tanto o más la bocina que

Sofía cuando ganamos la Copa América.

Sonrío ante ese recuerdo, mi niña pintada de azul, blanco y rojo con su polera de la Selección. Por supuesto, yo me negué a pintarme, y si no hubiera sido por Macarena que me obligó, jamás hubiera ido a la plaza Italia para toparme con un taco infernal y miles de hinchas encontrando una razón para embriagarse en la vía pública. Por qué celebrar... ¡no! Eso sí que no era una celebración, ¡era un desmán!

Al fin llego, y con la suerte que tengo, por supuesto no encuentro ningún estacionamiento cerca, sigo avanzando y el maldito parking privado está completo.

¡Por la puta madre! ¡¿Qué más por la mierda?! ¡Qué más! Y sin importarme nada de nada giro dándome una vuelta en “U” frente al cerro Santa Lucía, ni siquiera escucho los bocinazos que me propinan todos esos amargados que seguro no tienen otra cosa que hacer.

Me subo sobre la cuneta y al fin estaciono. Cuando el parquimetrero me va a decir algo levanto la mano y mágicamente se calla.

Seguro los municipales me van a sacar un parte o, con la suerte que tengo, capaz y la grúa de carabineros se lleva mi auto, pero no me importa, nada en este momento me puede importar más que hablar con ella... mi amor... mi esperanza y mi salvación.

Camino con las manos en los bolsillos para ocultar el temblor de mis manos, tengo una sensación extraña, ansiedad y felicidad casi en la misma cantidad y, a pesar de que tengo claro todo lo que le voy a decir, temo no poder expresarme. Tal vez si no fuera un lugar público podría tomarla y besarla hasta que se convenciera, y así terminaríamos en algo mejor, en donde por supuesto las palabras sobran... pero eso, aquí, es casi imposible.

El lugar está completamente atestado de gente, ¿que a todos se les ocurrió venir a tomar café hoy?

Mientras avanzo por entremedio de las mesas, la gente me mira y murmuran entre ellos hasta que me doy cuenta del por qué.

¡Mi polera está totalmente manchada! Mis manos negras y mis brazos que decir, incluso los jeans han sufrido las consecuencias. Creo que debí dejar que el pendejo cambiara la rueda.

¡Al fin! Al fin diviso a la mujer de mis sueños, y por supuesto de mis pesadillas, pero al fijarme bien, no está sola, está....está con todas sus amigas.

En un acto inesperado, Francisca se levanta sin que ninguna de las otras chicas se den cuenta y llega hasta mí. Lo primero que hace es mirarme de arriba abajo y soltar:

—¿No podías bañarte? Hasta un pordiosero se ve mejor que tú.

—Gente en situación de calle —la corrijo.

—Ah, bueno, si estamos con esas, no sé si dejar que mi amiga del alma hable con un hombre que recién ha salido de la cárcel.

—Comisaría —recalco poniéndome nervioso, hasta que de pronto, suelta una risita que odio y me da un golpe en el brazo que me pilla totalmente desprevenido.

—Vamos, Costabal, es broma, suéltate un poco, deja de ser tan empaquetado, la Bea no es un monstruo, pero...

—¿Pero qué? —la apremio.

—Pero dice que te odia con toda su alma, y Paula piensa lo mismo.

—¿Y qué tiene que ver ella? —gruño odiándola de antemano.

—Se nota que no sabes nada sobre la sororidad.

—Por la cresta, Francisca, ¡no transformes esto en una lucha feminista de poderes! ¡Separa las cosas mujer!

Abre los ojos tanto que creo que se le van a salir, incluso su cara está completamente roja, respira profundo y con una tranquilidad inusual en ella responde:

—No pienso darte la razón, pero debes entender que la amistad entre nosotras es bastante más fuerte que solo tomarnos un café o salir de vez en cuando, si he traído a las chicas es para que te ayuden. Entendemos lo que pasó, pero no por eso disculpamos tu actuar ni te vamos a prender velitas, solo hacemos esto por Bea, porque se merece una explicación, y porque...

—¿Por qué!?

—Porque cuando está contigo es feliz, y así queremos verla, pero si le dices a alguien que yo te dije esto, te parto la cara, Costabal, ¿me escuchaste?

Asiento con la cabeza positivamente, me dice que espere un par de minutos antes de llegar, que ella me ayudará, al menos a retener a Beatriz para que escuche mi explicación. Eso decae un poco mis esperanzas, significa que no tiene idea de que voy a venir, por eso está tan tranquila.

Dejo pasar medio segundo y avanzo, no puedo seguir esperando. Con el corazón a punto de salir, me paro frente a ella y le hablo:

—Beatriz.

Asombrada me mira primero a mí y luego a sus amigas, y antes de dejar que diga algo se gira hacia Francisca y bufa:

—¡Me mentiste!

¡No! —se defiende Francisca un tanto nerviosa.

—Mi vida, por favor escúchame, ¡tengo una explicación!

—Mi vida una mierda —grita furiosa sin que le importe el espectáculo que está dando, porque no puedo negar que toda la gente se ha volteado hacia nosotros.

—Cálmate, no grites.

—Grito todo lo que quiero, no quiero escucharte —me dice, tomando sus cosas para irse, pero es Claudia la que la detiene.

—Beatriz, por favor, solo unos minutos.

—¡No quiero escucharlo ni un segundo! Les queda claro.

—Por favor, Beatriz, sé que merezco todo esto, sobre todo después de la otra noche —le recuerdo y sé que se incomoda, su rostro ha cambiado de color y le llega a salir humo de la rabia que tiene—. Solo pido que me escuches, luego me podrás insultar todo lo que quieras por el resto de tus días y yo te escucharé sin decir nada porque me lo merezco por idiota.

—¡Por idiota, eso te queda chico, eres un verdadero H.D.P y con mayúsculas! Así que no pierdas tiempo explicándome nada, no me interesa nada de lo que me puedas decir. Me rendí, así de fácil, no puedo contigo, con tus cambios de humor, con tu carácter, con tu vida, con todo. No quiero vivir en una constante novela. Así que por favor, vete, Mauricio, nosotros ya no tenemos nada que hacer.

—¡Te equivocas! ¡Te quiero! —grito con todas mis fuerzas, y ahora el que atrae la atención de todos soy yo.

—¡No puede ser! —me dice desesperada apretando los puños, y juraría que está a punto de soltar una lágrima.

Las chicas me miran y es Paula la que habla.

—Dile todo de una vez, ¿qué estás esperando? —habla y por supuesto las chicas la siguen en esta pequeña revolución, pero la única persona que quiero que me escuche no quiere hacerlo.

—¡Habla de una vez! No urdí todo este plan para que ahora te quedas callado como un cobarde.

—No quiere hablarme —reconozco cuando Beatriz comienza a caminar hacia la salida.

—¿Y te vas a dar por vencido, así de simple? —me pregunta Claudia—, de verdad tenía otra percepción de ti, Costabal.

—Es que acaso no lo ven —exclamo indicando el camino que ha seguido Beatriz.

Entonces, como una tromba que deja todo un desastre a su paso, Francisca pasa por entre medio de nosotros y llega hasta Beatriz, la jala del brazo y a pesar de su negativa e intentos por soltarse se acerca de nuevo a nosotros.

Yo... alucino con lo que veo. ¡Esto no es normal! Pero bueno... ¿qué en mi vida lo es?

—¡Dile! —chilla Francisca y sé que ya ha llegado el momento de contarle todo.

—¡Alto!, aunque sea lo último que haga me vas a escuchar —le ordeno en tanto ella tiembla, su expresión, sus gestos y toda ella está nerviosa, se queda petrificada ante mi orden y muy sutilmente se limpia la comisura de los ojos.

—Tus amigas no te han traicionado, están aquí porque sabían que tú no me querrías escuchar y todo esto tiene una explicación —murmuro lo más humilde que puedo.

—¡De qué mierda me estás hablando!

—Sé lo que te mostró María José, sé lo de las fotos y de los videos, y sé

también que todo lo que hiciste en el bar fue para que me alejara de ti. Hiciste todo por protegerme a mí y a Sofía.

No puede creer lo que le digo, que lo sé todo y en un acto de vergüenza agacha la cabeza dirigiendo su vista al suelo, incluso se afirma de Francisca para no perder el equilibrio mientras puedo notar cómo un escalofrío recorre su cuerpo en fracción de segundos.

Aturdida se lleva la mano a la frente y suspira agotada.

Cuando cierra los ojos estoy seguro que está recordando las imágenes que vio de nosotros juntos en posiciones más que indecorosas, aunque yo, a decir verdad, podría repetirlas una y mil veces.

—Por la cresta, Beatriz, ¡dime algo! —mascullo, tragando saliva con dificultad.

—Me siento como una completa idiota... —suspira en un lamento que lacera mi corazón—. Todo lo hice por ti, por Sofía, por nosotros, esperando estúpidamente que en algún momento supieras la verdad, pero después de lo que pasó la otra noche me di cuenta de la capacidad que tienes para hacerme daño, para humillarme...

—Beatriz, por favor, déjame explicarte —sacudo la cabeza negando ese día—, yo pensé que tú...

—Da lo mismo lo que pensaste, o lo que creíste, sabes como soy y lo que estaba dispuesta a dejar por ti.

—Debiste habérmelo contado, Beatriz —la interrumpo sin dejarla continuar y sin opción a lamentarse—, tenía todo el derecho a saber que de alguna u otra manera te estaban extorsionando, tenía el derecho a saber qué sucedía, el porqué de tu cambio de actitud, éramos una pareja, ¡nos íbamos a vivir juntos!

El silencio se hace entre nosotros y supongo que miles de pensamientos nos invaden a los dos.

—¿Y sabes qué es lo peor, Beatriz?, es que no fui capaz de darme cuenta de lo que sucedía, aunque había señales que me decían que algo estaba mal —digo golpeándome el pecho—, algo aquí no encajaba, pero no fui capaz de darme cuenta por mí mismo...

Suspiro un par de veces porque lo que siento no me deja continuar, me falta el aire y el pecho se me aprieta como nunca.

—Mi vida... —hablo comenzando a acercarme hacia ella, necesito tocarla, sentirla, abrazarla. No puedo ver esa fragilidad con que me mira, me está haciendo mierda por dentro, me siento un miserable y ni siquiera sé si merezco su perdón.

—No te me acerques —gruñe desde sus entrañas al tiempo que me muestra la palma de su mano—, mantente lejos de mí.

Ante esas palabras me detengo, respetando su decisión, pero sin dejar de mirarla en ningún momento. Soy muy consiente que el brillo de sus ojos se ha apagado, ya no me miran con la intensidad de antes, y me doy cuenta que ni siquiera queda un vestigio de lo que alguna vez fue o hubo entre nosotros..

—Desde el primer día que te vi me fijé en ti, cuando follamos por primera vez creí que era un sueño, pero cada palabra tuya... cada caricia, y todas esas situaciones que vivimos me hizo creer que en realidad esto no era un sueño, era una oportunidad para ser feliz con el hombre que amaba... Pero después de la rabia que vi en tus ojos esa noche, no sé si algo de lo que vivimos fue real, o simplemente un mero placer carnal para ti —argumenta con la voz debilitada.

—¡No! Todo es cierto, mi vida, ¡todo! —afirmo con la voz rota, desgarrada. Sus ojos se llenan de lágrimas, su mirada ya no era con odio, era de dolor, ese dolor que me indica que ya no hay esperanzas.

Contengo el aliento, pero no puedo quedarme de brazos cruzados, debo recuperar su confianza... necesito tenerla en mi vida, anhelo que todo sea como antes, que reconstruyamos nuestra relación y que forjemos un futuro juntos, que comencemos de cero.

Y a pesar de su negativa, la tomo entre mis brazos con fuerza, no le permito moverse, y con vigor le digo:

—Te amo, Beatriz, te amo como jamás pensé amar a alguien —digo besándola, desesperado, por donde puedo—. Siempre me has dado la luz que necesito para vivir, desde la primera vez que te vi... comencemos de nuevo, desde el principio, a tu forma...

Y cuando levanta la cabeza siento como mi corazón se detiene.

—Entiendo, entiendo todo lo que dices, y está bien, ambos nos equivocamos, ahora estamos en paz, pero por favor márchate, Mauricio.

—¡No! ¡¿Cómo se te ocurre?!

—Te lo ruego, te lo imploro, si es necesario, pero por favor márchate y déjame seguir por mi camino.

—¡Tu camino es conmigo!

—¡No, Costabal! —exclama zafándose de mis brazos empujándome con fuerza—. No quiero verte nunca más, esto se acabó el día que me humillaste, y ya no lo puedo volver a aguantar, soy mujer y aunque no lo creas tengo dignidad, esa que tú mismo te hiciste cargo de cagar. No me dejaste nada —dice, tapándose la boca con las dos manos temblorosas dando dos pasos hacia atrás.

No...no...no... niego en mis pensamientos y pesar de todo y en un acto desesperado doy un paso hacia ella, y es ahí, cuando al mirarla a los ojos por un instante, en una miserable fracción de segundo, cuando la mente interpreta las miradas, comprendo la decepción que le causo.

Cierro el puño y sé que la he perdido.

—Soy consciente del daño que te hice, pero fue consecuencia de nuestros propios actos. Tú me ocultaste algo importante y yo no supe cómo reaccionar sin rencor —reconozco con un dejo agrio, totalmente amargado—. Mi gran error fue no creer en ti, debí haberlo hecho y saber que había un motivo para todo lo que hacías —sonríó tristemente—, pero no lo hice, me dejé cegar por la rabia, la ira y... la venganza —respiro profundo y continúo con la serenidad de alguien que sabe que lo perdió todo—. Te amé, Beatriz, como jamás pensé que amaría a alguien..., te amo con todo mi ser, y aunque creas que soy petulante, sé que nadie te amaré como yo..., pero no puedo obligarte a que estés conmigo y a que me perdones. Quiero que sepas que soy capaz de hacer cualquier cosa que me pidas, incluso de vender mi alma al diablo por ti. Pero no puedo obligarte... y porque te amo, haré lo que me pides —murmuro acariciando sus facciones y comienzo a caminar hacia la salida, rogando con todas mis fuerzas que me pida que me detenga, como pasa en las películas, pero no hay nada, ni gestos ni intenciones...

Ahora sí estoy completamente solo.



Tan pronto como llego a mi departamento me desplomo en el sillón, ni siquiera enciendo la luz, estoy solo, me siento perdido, encerrado entre estas cuatro paredes.

Siento que me falta el aire para seguir respirando, prisionero de mis propios sentimientos y condenado por mis propios actos.

Con los dedos apretándome el puente de la nariz me permito llorar, llorar de verdad y desde lo más profundo de mi alma, asumiendo que ya nada volverá a ser como antes.

Varias horas después, el teléfono me despierta y mi corazón late con fuerzas pensando en que es ella.

—Mauricio, ¿estás ahí?

No tengo ganas de pelear, así que solo respondo con un gruñido algo parecido a un sí.

—Tenemos un problema.

—Macarena, nada en este momento podría importarme menos que un problema ajeno que no sea el mío.

—Sofía...

—Dale a Sofía lo que quiera, si quiere un gato, cómpraselo, yo no me opondré...

—No, Mauricio —me interrumpe—. ¡Sofía no está!

—¡¡¡Qué!!!

—Sofía se perdió.

En ese momento, la sangre bombea tan fuerte que aturde mi cerebro...

«¿Cómo qué Sofía se perdió?»

## 6

*“Hay días en que el ángel de la guarda se vuelve un demonio”*

Aún no soy capaz de sintetizar la información de Macarena, me niego a entenderlo. Cómo que Sofía se perdió, ¿de dónde?, ¿Cuándo? ¿Cómo?

Inspiro hondo reteniendo el aire para tranquilizar los latidos de mi corazón, mientras voy conduciendo a su casa. Cuando estoy a punto de llegar, me sorprende pidiéndole a ese ser supremo que llamamos Dios, que ya haya regresado, que me abra la puerta y que me diga ¡papá!

No me hacen faltan más segundos para saber que no es así, mi hermana está en la calle, esperándome.

—¿Dónde está? —es lo primero que digo cuando me bajo del auto.

—No lo sé, estaba aquí y ahora... —no termina la frase y rompe a llorar, como si eso ayudara en algo.

La tomo de los hombros y la miro seriamente.

—Dime, ¿te dijo algo?, ¿estaba triste?, dime todo lo que recuerdas —la apremio, conteniendo mi nerviosismo y ganas de gritarle “irresponsable”.

Niega con la cabeza varias veces y sus lágrimas vuelven a brotar. Me doy media vuelta, no tengo tiempo que perder.

—¿¡A dónde vas?! —me grita cuando camino de regreso al auto.

—A buscarla.

—¡Te acompaño!

—¡No! ¿Cómo se te ocurre?, quédate aquí por si llega.

—¿Y dónde irás? —quiere saber histérica—, ¿si no sabes dónde está!

—No sé, ¡¡por la mierda no sé!! ¡Pero aquí no me voy a quedar!

—Beatriz —dice como si hubiera encontrado la solución a todos mis problemas, aunque en realidad ella es el problema.

—¿Qué mierda tiene que ver ella en todo esto? —gruño furioso—. ¡¡Qué!!

—Sofía la extraña, capaz está en su departamento.

Protesto cuan animal con rabia, pensando en esa posibilidad que no es tan irrisoria y, sin decir nada, me voy.

Comienzo a llamarla insistentemente, pero nada, no me responde.

«Por la puta, Beatriz ¡responde!», exclamo desquiciado y preocupado a la vez, pero nada, no lo coge, hasta que al décimo intento, tras una nueva llamada responde y yo grito:

—¿¡Por qué no me respondías?!

Luego de unos segundos de silencio, en donde soy capaz de darme cuenta que la cagué, me corta, vuelvo a llamar pero nada, incluso ahora aparece apagado.

Al fin llego a su edificio, ni siquiera me molesto en estacionar, lo único que me importa en este momento es Sofía. Mientras camino, imploro que esté con ella.

—Por favor, por favor, tiene que ser así —repito como un mantra.

Apenas el conserje nota mi presencia pone mala cara, y el imbécil ni siquiera se levanta para abrirme. Como un poseso golpeo la puerta de vidrio. Le ordeno que me abra.

Cuando lo veo mover el culo, me apronto para tirarle la puerta encima, claramente no tiene intenciones de dejarme pasar, pero en cuanto pongo el cuerpo para hacerme paso siento ¡plaz!

Con todas sus letras. Me ha asestado un gran golpe en la cara.

—¡Váyase de aquí, o llamaré a Carabineros! —me dice con toda la pachorra. En otro momento lo habría molido a golpes, pero no tengo tiempo

para perder. Ignorándolo, me dirijo hacia las escaleras. Subo de dos en dos los peldaños, hasta llegar a su piso. No me detengo y bramo, como un energúmeno:

—¡Sofía! ¡Beatriz!

El corazón me late tan rápido que siento que se me va a salir del pecho. Escucho un movimiento dentro y golpeo aún más fuerte, y al volver a gritar, se hace el silencio.

—Beatriz, ábreme, necesito ver a Sofía. ¡Sofía!—la llamo.

En ese momento, y como si fuera un rayo, la puerta se abre. Beatriz aparece en pijama con los ojos hinchados, despeinada y con una cara que nunca había visto.

—¿Por qué llamas a Sofía? —pregunta sin dejarme entrar, pero eso no me importa, la hago a un lado y recorro en dos segundos el departamento, por supuesto sin encontrar nada, hasta los gatos que están acostados saltan de la cama al verme corren como si fuera el mismísimo diablo, y bueno, en este momento lo soy.

Como no la encuentro, sin perder más tiempo, me voy, pero antes de dar un paso, su brazo atrapa al mío.

—¿Me puedes decir qué está pasando con Sofía?

—Nada.

—Por la mierda, Mauricio, deja de ser un cabrón caprichoso, orgulloso y habla de una vez.

—Sofía se escapó —respondo de mala gana, decidido a irme.

—¿De tu casa?

—No, y ahora suéltame —bufo, quitando mi brazo, pero esta mujer es terca y me aprieta más fuerte—. ¡Tengo que ir a buscarla!

—Voy contigo.

—¡No! —la detengo—, este no es tu problema, ¿no dijiste que me querías lejos de tu vida? Eso incluye a Sofía—suelto con rabia, a sabiendas que estoy comportándome como un imbécil.

—Es mi problema —dice sacando las llaves de su departamento,

¡echándome!—, no me voy a quedar de brazos cruzados, no me voy a quedar aquí —me grita dando un portazo.

—Claro que sí—le contesto en el mismo tono—. ¿O no has pensado que si viene no te encontrará?

—Para eso existe el conserje —se burla pasando por delante de mí, y luego agrega.—, te quedó bonito el ojo. Don Hugo es buen boxeador.

—¿Qué sabes? —gruño, siguiéndola, porque no espera el ascensor, va directo hacia las escaleras.

—Para tu información, los conserjes no solo abren la puerta, existen los citófonos —responde y deja de hablar, como si yo ya no existiera.

Pasamos por el lado del maldito y me mira con gracia, regocijándose con lo que ha hecho. Beatriz se acerca y le explica la situación, él, solícito, le dice que no se preocupe, que se quedará al pendiente. Al llegar al auto se pone en la puerta del conductor.

—Dame las llaves.

—¿Qué, estás loca?

—Loca estaría si te dejo conducir a ti en el estado en que estás, deja de ser irresponsable, y entrégamelas de una vez.

La miro con furia, pero a pesar de eso creo que tiene razón, hago crujir los nudillos y claudico.

—¡Entra ya!

Beatriz, segura de sí misma, se sube, se quita esos patatines horrorosos de unicornio —«¡es tan ella!»— y enciende el motor.

—¿Quién está en tu casa? —me pregunta después de un minuto.

—Nadie —respondo osco.

—Dame tu teléfono —me pide y yo levanto una ceja.

—¿Qué? ¿Me vas a pedir explicaciones? ¿Ahora?

Casi le tiro el teléfono, y volteo la cara, voy mirando en todas direcciones, recorreremos la cercanía del lugar. De pronto la escucho hablar.

—Fran, ve a la casa de Mauricio, por favor —algo le grita la feminista,

porque hasta aquí la escucho, solo que no entiendo—, Sofía se escapó de la casa, y no hay nadie allá por si vuelve —se queda en silencio mirándome de reojo, y luego al parecer confirma lo que su amiga le dice.—Sí, es un bruto, nada que hacer —afirma y corta el teléfono, llama a Claudia y a la otra, esa tal Paula y les pide que vayan a su casa, luego, me devuelve el teléfono.

—Esto no sirve —comento desesperado—, ya pasamos por esta calle.

—Lo sé, lo sé —suspira—, estoy pensando dónde puede...

—¡Soledad! —exclamo, como si la mente se me iluminara. Beatriz gira la cabeza como la niña del exorcista, sin entender nada—. Vamos al cementerio.

—¡Al cementerio! —chilla como si fuera una locura.

—Por supuesto, allá debe estar Sofía, con su mamá, estoy seguro.

Ella niega con la cabeza varias veces hasta que al fin se decide a hablar.

—No, no, imposible que esté allá, es una niña, es de noche, ese lugar es... tenebroso.

—Que tú seas miedosa no significa que Sofía también lo sea, ¿me llevas tú, o te quitas del volante?

Solo me mira, esto va de mal en peor, entre la ansiedad y la rabia que tengo en este momento, siento que me estoy comportando como un verdadero hdp, ni siquiera soy consciente de lo que ella está haciendo por Sofía... y por mí.

Una vez que le digo en qué cementerio está, sé que tiene algo que decir, pero no lo hace. Conduce en dirección a la carretera, y en la próxima salida entra. Ya no tenemos límite de velocidad, y si lo hay, Beatriz ya lo rebasó.

Veinte tortuosos minutos después, llegamos al cementerio Metropolitano de Santiago. Por supuesto que está cerrado, y aunque no lo voy a reconocer, es tétrico.

Es la primera en bajarse y correr a la reja.

—¡Aló! ¡Aló!

—Si no te diste cuenta, esta no es una casa —manifiesto zamarreando el portón.

—No me digas —se mofa de esa forma que tanto me irrita—, estoy esperando que un finado me venga a abrir.

Gruño y sacudo la maldita reja de fierro forjado con más fuerza, ella sigue gritando.

De pronto, entre la oscuridad vemos una luz proveniente de una linterna.

—¡Señor, señor! —hace señas hasta que un guardia se acerca.

De mala gana, llega hasta nosotros, Beatriz le explica la situación, atropellándose con sus palabras, recitando un rosario de súplicas. Yo, al ver su parsimonia, estoy perdiendo la poca paciencia que me queda.

—¡Abra la puerta de una vez!

El guardia accede, no espero que termine cuando entro, arrasándolo como si fuera un ciclón. Él me mira con los ojos tan abiertos que parece que se le fueran a salir.

—¡Mauricio, cálmate! —me aconseja Beatriz, tratando de retenerme.

—¡Es una niña! —suelto, mirándola con rabia, desde lo más profundo de mis entrañas, también su pasividad me molesta.

Beatriz ahoga una exclamación, al mismo tiempo que agacha su cabeza frente a mi actitud ofuscada, pero ya no puedo más, necesito a mi hija, y la necesito ya. Rabia, ira, ansiedad, nerviosismo, todo eso y más es lo que siento en este momento.

Me obligo a respirar y lo más tranquilo que puedo resoplo:

—Disculpa —artículo avergonzado—, no fue mi intención gritarte.

Beatriz, por su parte, ni siquiera se molesta en mirarme, y señalando hacia la puerta agrega:

—No pierdas más tiempo, ve por la niña.

—Gracias —respondo y comienzo a adentrarme en este lugar, recorriendo con grandes zancadas cada paso del cementerio, observando cualquier movimiento, cada tumba que voy dejando atrás, hasta que llego al mausoleo de la familia Rojas. Nervioso y esperanzado, me paso la mano por el pelo, y sin esperar más, abro la maldita puerta, y...

¿Nada? ¡Nada! Todo está absolutamente oscuro, saco mi celular y

enciendo la linterna susurrando:

—Sofi, Sofi, dime dónde estás... —murmuro, pero cuando no escucho nada de vuelta, grito desde el fondo de mi ser— ¡Sofía, por la mierda, dónde estás!

Solo eco es lo que recibo en respuesta, mi propia voz es la que retumba por el lugar, mis fuerzas se acaban y mis piernas flaquean hasta que caigo al suelo, suspirando de amargura.

Durante varios minutos la oscuridad me rodea, hasta que como si mi cuerpo tuviera vida propia me acerco hasta la tumba de Soledad, paso la mano suavemente por el mármol y murmuro acongojado:

—Soledad..., por favor —se me quiebra la voz al comenzar—, sabes que no soy de pedir ayuda, pero esta vez solo no puedo..., te fallé, no sé dónde está nuestra hija —confieso dándome un manotazo en la cara para quitarme estas malditas lagrimas que no dejan de caer—. Lo único que te prometí no pude cumplirlo, ayúdame a encontrarla —suplico con ahínco, ¿pero a quién quiero engañar rezándole a una muerta?

—Maldito seas —me arrodillo mirando al cielo, uno que es negro como mi alma en este momento—, ¡por qué me haces esto! ¡Cobarde! No te tengo miedo, pero castígame ¡a mí! No a ellas, me lo estás quitando todo —grito con todas mis fuerzas, abrazándome a mí mismo para infundirme valor—, si pudiera cambiar las cosas desde el principio lo haría, no sé cómo fui capaz de reaccionar así ese día, y te prometo por lo más sagrado que tengo, que si pudiera hubiera cambiado mi vida por la de Soledad, me arrancarí el corazón para que ella estuviera y Sofía tuviera una madre digna de lo que ella merece...pero no puedo, ¡no puedo!!

Sin fuerzas, me derrumbo. El cansancio me invade por completo, estoy abatido, perdido, incluso siento que me falta el aire para respirar, hasta que de pronto una diminuta luz se cuele por la puerta y, como si fuera un ángel, ilumina todo a su alrededor.

—Beatriz...

Ella abre la boca para decirme algo, pero en cosa de segundos solo se acerca y me rodea con sus brazos, confortándome.

—No deberías estar aquí —le recrimino—, no tenías que venir.



No dice nada, solo sigue conmigo en la misma posición hasta que su voz suena por todo el rededor.

—Vamos, este no es un buen lugar para ti.

—Ni para Sofía, tenías razón —confieso abatido.

—La encontraremos, Mauricio —asegura y yo niego con la cabeza, no sé dónde puede estar.

—Le fallé a Soledad, le fallé a Sofía como padre, te fallé a ti, he fallado en todo, ya no puedo... —suspiro al tiempo que uno de sus dedos tapa mis labios—, deberías odiarme, y acá estás, conmigo, a pesar de lo que sucedió, de lo que te hice —le recuerdo con amargura.

—Vamos —susurra con pena, levantándose al tiempo que estira su mano—. Iremos a buscar a Sofía, y la vamos a encontrar.

—¿Y si no? —me atrevo a decir.

—Esa no es una posibilidad, no puedes rendirte, menos ahora. Piensa que solo lleva unas horas fuera.

—Demasiadas para una niña de su edad, que no conoce nada, ni ningún sitio en particular, excepto éste.

—¿Qué dijiste? —me pregunta con un brillo extraño en los ojos.

—Que hemos venido aquí, por eso lo conoce.

—Mauricio, apresúrate —me ordena, tirándome de la mano, ni siquiera me deja cerrar la puerta del mausoleo, ahora camina rápido por entre medio de las tumbas y yo, sin entender nada, la sigo.

—Ya sé dónde está Sofía, estoy segura de que lo sé.

—¿Qué dices?

—Tengo una intuición, Mauricio.

—Y si...y si, ¿te equivocas?

—No existen batallas que ganar si no hay soldados dispuestos a luchar, y tú eres un soldado de la vida, que no se rinde, que se enfrenta a la adversidad y continua como si nada ni nadie le importara, así que deja de ser pesimista y

compórtate como el jodido cabrón que eres, Costabal —recita como si fuera un general de batalla. Eso solo me hace admirarla todavía más.

Al llegar al auto con decisión vuelve a sentarse en mi lugar. Sin siquiera ponerse el cinturón arranca y a toda velocidad comenzamos a movernos, cada auto que se nos cruza, Beatriz lo rebasa, no le importa si es por la derecha o por la izquierda, solo lo adelanta y se apresura un poco más, lo único en que puedo pensar es en que tenga razón, y que a donde vayamos la encontremos.

—¡Baja la velocidad! —le grito cuando la aguja marca casi los 180 K/H y ya veo el pórtico por el cual vamos a doblar.

—No —es lo único que dice y, al entrar de nuevo en la ciudad, se pasa todas las luces rojas. Por un momento, no sé adónde se dirige, las calles oscuras y sucias no me indican nada, hasta que, como si todo tuviera sentido, ante nosotros aparece un galpón.

—La vega... —afirmo, más que pregunto, atontado, sin ser capaz de entender.

—Sí, y aquí no te puedes poner a gritar, porque estos no son muertos y sí contestan, y no creo que de muy buena gana.

Sin decir nada más, nos bajamos. Como si fuera una acróbata, Beatriz pone unos cajones, se sube y salta el portón, y antes de que diga algo, me abre los ojos para que yo haga lo mismo.

—Sofía no podría subir... —reclamo pensando que es una pérdida de tiempo, deberíamos ir a Carabineros, tal como le dije en el auto, pero ella insistió en que viniéramos primero acá, que luego iríamos si no la encontrábamos, y yo... yo no sé en qué estaba pensando que le dije que okey.

—Claro que no, y no lo necesita, ella cabe por entre medio de la reja, nosotros no.

Resoplo. Camino, buscándola por todos lados. Solo unas fogatas encendidas por pordioseros alumbran, y de solo pensar que mi hija puede estar aquí, mi cuerpo tiembla. Pero Beatriz parece segura, a cada momento apresura el paso, damos vueltas por pasajes oscuros y malolientes, hasta que, de repente, llegamos a una zona vacía.

—Mauricio —me llama para que la mire, y es ahí cuando la angustia que me oprime hace que el corazón me salte, bajo unas cajas de cartón, entre

medio de cajas de madera, un ruido me hace llamar la atención... ¡gatos! Maullidos de gatos, y un sonido que es música para mis oídos, un gemido suave que me sabe a gloria.

Con cuidado, camino hasta la casa improvisada, cuando quito el primer cartón de un manotazo, el alma se me cae a los pies, y la luz proveniente desde atrás hace que vea la carita de mi niña completamente compungida. Sofía tiene varios de esos animales sobre ella, incluso abraza a un par.

Parpadeo un par de veces porque no veo lo que creo, mi hija, mi niña, está bien. Caigo de rodillas al suelo húmedo abriendo los brazos para acunarla.

—No te enojés... —me pide Sofía con miedo en sus ojos, haciendo que me sienta un puto egoísta—, solo quería tener algo que me recordara a Beatriz, papi, no la quiero perder también a ella para siempre.

—Mi vida... ven acá —murmuro casi en un hilo de voz.

Sofía camina lento, sin soltar a una de esas bolas que se acopla a ella como una rémora, y cuando me abraza siento que recupero toda la seguridad que había perdido, todas las esperanzas vuelven a mí con más fuerza, como un tsunami que arrasa todo a su paso. Su olor a champú me devuelve la vida, su aroma de niña me devuelve el aliento, amándome a pesar de lo hdp que puedo llegar a ser.

De golpe, chilla:

—¡Bea!

Se suelta de mis brazos y corre hacia ella, que está llorando en silencio, la toma, se abrazan como si no se hubieran visto en años y eso me rompe el corazón. Esas dos mujeres realmente son todo para mí.

—Sofía, estábamos muy preocupados por ti, prométeme que nunca más vas a venir aquí sola —la regaña cariñosamente, cosa que yo no he podido hacer.

—Extrañaba a Pasqui y a Soledad —se disculpa mi hija, haciéndome sentir culpable por la maldita decisión que yo mismo tomé por venganza, por rencoroso, por orgulloso, porque en realidad, sí soy un verdadero cabrón. La abraza de nuevo, susurrándole algo, algo que seguro no me va a gustar, eso me basta saberlo solo con mirar la expresión de la cara de Beatriz, que abre los ojos como si se le fueran a salir.

—No, no podemos llevarnos a todos los gatitos, Sofía, son muchos.

—Se quedarán solitos...

—Pero...

—Sí podemos —afirmo, tragándome el nudo de la garganta, respondiendo positivamente a algo que sé que después me voy a arrepentir, pero todo esto ha sido mi culpa.

—¡Gracias, papi! —chilla Sofía, corriendo hacia mí, dándome un abrazo que jamás pensé que recibiría en mi vida. Veo cómo Beatriz se limpia una lágrima y me mira con ternura, con amor, así... así como alguna vez me miró.

—Sofí, los que son grandes deben quedarse aquí, esta es su casa, les gusta, tienen amigos y...

—Y los “*quichititos*”...

—Bueno, esos —tartamudea, mirándome a mí y yo afirmo con la cabeza—. Bueno, a ellos sí.

—¡Gracias! —chilla, caminando a buscar a cuatro bolas de pelo completamente espantosos, incluso Pasqui y Soledad son hermosos al lado de estos.

Y así, con la pesadilla terminada, caminamos los tres tomados de la mano de vuelta al auto, y tal como Beatriz había dicho, Sofía se pasó por entre medio de los barrotes.

Dentro del auto, ellas se van atrás acurrucadas junto a los nuevos integrantes de mi pequeña familia. Aprovecho para llamar a mi hermana, que suelta un grito de felicidad que casi me deja sordo, y a continuación, soy yo el que llama a las amigas de Beatriz, que, por supuesto, lo primero que me preguntan es si ella está bien, que por qué las llamo.

«Un interrogatorio a toda ley».

Una vez que les aseguro que sí, Beatriz se queda tranquila, y por primera vez en muchos días me regala una sonrisa. Ni siquiera se niega cuando le digo que vamos a mi casa, cosa que jamás pensé que sucedería, al menos no tan pronto.

Mientras conduzco, y no me dejo de rascar la pierna, porque estoy seguro

que me picó una pulga, me fijo en ella, la mujer que es la luz de mi vida y que llena mi alma, recorro con la vista su nariz, sus pómulos, y sin poderme contener voy bajando hasta perderme en sus sensuales labios. Con una sonrisa que no cabe en mi rostro, imagino sus labios sobre los míos, como tantas otras veces lo he disfrutado.

Y por primera vez, en muchos años, me siento un hombre completo.

Pero cuando veo que mi teléfono se enciende con una llamada entrante proveniente de María José, toda la rabia dormida vuelve a fluir, y ahora con mucha más fuerza.

«Y como que me llamo Mauricio Costabal, me las vas a pagar María José, y cuando cobro, lo hago con intereses...».

*“Ni ángel ni demonio, solo un ser sin corazón”*

Casi media hora después, llegamos a mi edificio. Me extraña ver una patrulla de carabineros con la baliza encendida, espero que ese viejo del edificio de Beatriz no me haya denunciado de nuevo, porque esta vez sí que no lo golpeé.

Reduzco la velocidad por si acaso, entrando al subterráneo sin contratiempos. Miro hacia atrás, las chicas están completamente dormidas.

—Llegamos —susurro apenas me estaciono. Beatriz es la primera en abrir los ojos, se despierta desconcertada.

—Estamos en mi departamento —le recuerdo.

—Sí, sí, tienes razón —responde, aún con somnolencia—, dejo a Sofía en su cama y luego me marchó.

—No es...

—Sí lo es —me corta, abriendo la puerta. Sostiene bien a Sofía, quien al despertar le da un beso y se queda pegada a su hombro.

—Papi. Trae los gatitos.

Beatriz ahoga una sonrisa. Yo, como un idiota, agarro a todos los animales como puedo, incluso ese que tiene manchas en el ojo, me rasguña.

—Gato de...

—Qué lindo es, ¿verdad, Mauricio? —me corta Beatriz, al intuir lo que

iba a decir, ya que Sofia tiene los ojos ahora sí que muy abiertos.

—Ese se llama Pirata —bosteza, alargando la manito para que se lo entregue, y yo, encantado, lo hago, así cojo mucho mejor al resto de bolas de pelos.

Dentro del ascensor, nos miramos, pero ella voltea la vista hacia otro lado.

Al salir escucho, ¿música? Que extraño, y proviene justamente de mi departamento. No alcanzo a poner la llave, cuando la puerta se abre.

Todo el mundo está aquí, y cuando digo todos, ¡no exagero!

—¡Sofía! —grita Macarena, corriendo a abrazarla, incluso se la quita literalmente de los brazos a Beatriz. Comienza a besarla por todos lados, pidiéndole perdón y, de pronto, comienza a besar a la salvadora, dándole las gracias.

—¿Y a mí qué?

—Mi niña —chilla mi madre tomando ahora a mi hija—, cómo se te ocurre salir de noche —la regaña con la voz rota por el llanto.

—Casi me da un infarto —agrega mi padre, acercándose también.

—Sofía está bien —comento para tranquilizarlos a todos.

—Por supuesto que está bien —asegura la feminista, que no está sola, sino que con sus otras dos amigas, y... ¡en mi casa!—. Todo gracias a Beatriz —dice abrazándola y, al hacerlo, noto por el rabillo del ojo cómo una lágrima le cae.

—¿Por qué lloras?

—Pensé lo peor —susurra bajito para que nadie la escuche, pero estoy atento a cada uno de sus movimientos. Justo cuando voy a acercarme para consolarla, Macarena me abraza fuerte, muy fuerte, como cuando éramos pequeños y necesitaba de mi ayuda.

—Perdón, Mauricio, te juro que si le hubiera pasado algo, jamás me lo habría perdonado —recita llorando, hecha un mar de lágrimas.

Creo que nunca había habido tanta gente reunida en este departamento. Las chicas se llevan a un costado a Beatriz, en tanto mi madre sigue besando a Sofia.

Mi padre, el más sensato, es el primero en retirarse para darle espacio, pero no menos compungido.

—¿Estás bien, hijo? —quiere saber mi madre acariciándome la cara, y acto seguido chillar—. ¡Dios mío! ¿Qué te pasó en la cara?

—Nada —respondo, retirándome, pero claro, es Claudia la que pone cizaña.

—Uf, parece como si alguien te hubiera dado un golpe.

—¡Un puñetazo! —exclama Francisca festinando.

—¿Cómo fue que te pegaron así? —vuelve a preguntar mi madre, la rodeo en mis brazos, dándole un beso en la frente—. Dime, hijo.

—Estoy bien, no fue nada.

—Es que tú no te has visto cómo te quedó el ojo —comenta Claudia acariciando a los gatos, mientras Francisca está expectante a mi respuesta.

—Aún no he tenido tiempo.

—Pues no te preocupes —agrega Claudia—, solo te diré, que para príncipe azul no estás.

—¡Príncipe azul! —chilla la feminista mirando mal a su amiga—, este de príncipe no tiene ni la p de...

—Francisca —chilla Beatriz—. Creo que es hora de irnos.

—No, niña —dice mi madre. Y si pudiera besarla en estos momentos por ocurrence, juro que lo haría—. Tenemos que celebrar que Sofía está bien.

—Y a los gatos —se burla mi querida hermana que está con una servilleta en la mano y ya intuyo el por qué.

Sofía bosteza y Beatriz le habla.

—¿Quieres dormir? —. Mi niña no dice nada, solo asiente con la cabeza y, con lo educada que es, se despide de todos, toma la mano de Beatriz, a un par de gatos y se van a su habitación.

Cuando desaparecen de mi vista, Macarena se pone seria y pregunta:

—¿Dónde estaba? ¿Qué te dijo?



—Estaba en La Vega.

—¡En La Vega! —chilla mi madre.

—Quería... unos gatos.

—Dios mío, mi niña —se tapa la boca y de nuevo lágrimas brotan por sus ojos.

—¿Pero y el gato que tenía? —quiere saber mi padre, acercándose a mi madre para consolarla.

—Es...

—El gato que tenía, señor, su hijo lo devolvió, y dejó a la pequeña sin su mascota favorita —me acusa la feminista con una sonrisa digna de quien ha ganado una batalla.

—¡Pero cómo! ¿Por qué? —se altera mi madre.

—Ah..., yo le voy a decir —vuelve a entrometerse, ya con la bandera ganadora en la mano.

—No te preocupes, Francisca, puedo responder yo.

—Te escucho y tomo palco —responde

—Devolví el gato a su verdadera dueña que es Beatriz.

Mis padres asienten, pero es Macarena la que niega con la cabeza y todos dirigen su atención a ella.

—Mauricio terminó su relación, no quería nada de ella, por eso devolvió el gato.

—¿Es cierto eso, hijo?

—Sí, papá —respondo avergonzado. Escuchado así suena cruel.

—¡No eres un adolescente! ¿En qué cabeza cabe hacer una cosa así?

—En la hueca de su hijo.

—Si ya acabaron las interrogaciones...

—¿Qué vas a hacer ahora con tanto gato, Mauricio?

—No sé —respondo a mi padre suspirando—, la verdad es que acá no se

pueden quedar.

—¿Y por qué no? —inquiére Francisca.

—Porque son cinco. ¿Quieres llevarte uno y colaborar con la protección animal? Te puedo regalar una polerita —me burlo yo ahora de ella, que me fulmina con su mirada.

—Yo podría llevarme uno —opina mi santa madre, y no quiero ni ver la cara de mi padre.

—Bueno, yo podría llevarme otro —agrega Macarena—, no creo que los perros tengan algún problema, además estarán adentro.

—Bueno, ya que todos se están apuntando, me quedo con uno —murmura Paula tomando al más negrito.

—No —respondo tajante, todos me quedan mirando extrañado—, primero le preguntaré a Sofía, trataré de explicarle que no nos podemos quedar con todos, pero la dejaré decidir a ella.

—¡Ay no!— chillaba teatralmente esa...—, ¡ahora sí que se cae el mundo!

—Francisca —le da un codazo Claudia, y parece surtir efecto ya que se queda callada.

El único que disfruta del espectáculo es mi padre, que no sé porque razón le ha tomado cariño a estas chicas.

—¿Dónde vas mamá? —quiero saber, cuando se levanta con el teléfono en la mano.

—Voy a avisarle a María José que la niña ya está bien. Pobre, ha estado tan preocupada, tal vez sería bueno que viniera.

Y como si yo ahora tuviera dos cabezas, las chicas se giran a mirarme, y no de la mejor manera. Delante de mi madre no puedo hacer un escándalo, incluso mi hermana está de su lado, uniéndose a la mirada aterradora que llevan.

—No —respondo tajante—, no es necesario que venga. Es tarde y quiero descansar.

—Toda la razón —salta Claudia—, creo que debemos irnos, mañana algunos trabajamos.

—Porque claro, aún tenemos trabajo, y tenemos dignidad.

—Y no nos manipulan.

Hablan todas a la vez, y estoy seguro que tendré que dar un par de explicaciones después, conozco a mi padre y, sobre todo, esa mirada observadora, que exige respuestas.

—Voy a buscar a Beatriz, mi niña debe estar durmiendo ya.

—Voy yo —digo saliendo del salón, la verdad es que desde que la vi desaparecer quiero estar con ella, la necesito más de lo que estoy dispuesto a aceptar. Al llegar a la puerta de la habitación, increíblemente, se respira paz, ambas están abrazadas, y sin poder evitarlo, un suspiro se me escapa del alma. Eso hace que Beatriz se sobresalte, atontada, hasta que se da cuenta de mi presencia.

—¡Mauricio!

—Tranquila, solo soy yo.

—Me quedé dormida —se disculpa saliendo de la cama, dejando perfectamente tapada a Sofía que está soñando profundamente.

—Estás cansada, ya es tarde. Deberías darte una ducha y dormir —le confieso guardando mis manos en los bolsillos para que no vea mi nerviosismo.

—Tienes razón —asiente aún aturdida—, una de las chicas me irá a dejar a mi casa.

—A tu casa —respiro hondo sin aceptar la resignación—. ¿Por qué allá? Te puedes quedar acá.

—Porque no sería correcto, porque ya no tenemos nada, porque todo se acabó entre nosotros, ¿no te bastan todas esas razones?

Niego con la cabeza.

—Te estás engañando a ti misma, Beatriz.

—¿Engañarme? —Abre muchísimo los ojos, atraviesa el dormitorio y pasa por mi lado contorneando esas sensuales caderas que me vuelven loco—. Lo que acaba de suceder no cambia lo que te dije esta tarde —me recuerda su firme declaración, rechazando la palma de mi mano que va hacia su cara.

—Todo fue un mal entendido, podemos superarlo juntos, mi vida.

—¿Tú crees? ¿Y qué pasará cuando un nuevo problema nos azote? ¿Qué ocurrirá si yo, por pendeja, vuelvo a cometer un error? ¿Qué sucederá cuando estés enojado y te den ganas de vengarte de la peor manera posible? No nos engañemos, Mauricio, nosotros somos como una bomba de tiempo.

—Lo único que estás haciendo es minimizar lo que teníamos, nuestra relación.

—No es eso, solo intento quitarte la venda de los ojos.

—Por la mierda, Beatriz, ¡sigues sin entenderlo! —asevero descontrolándome un poco—. Tenemos todo para ser felices, deja de pensar en un futuro que ninguno de los dos conoce y atrévete a vivir el presente, ¡este presente!

—¡No puedo!

—Claro que puedes —digo sujetándola de los hombros, obligándola así a mirarme—, yo te ayudaré a superar lo que sucedió, arreglaré las cosas en la oficina, todo volverá a ser como antes.

Algo va mal. Beatriz deja de mirarme y por un instante veo como tiembla su barbilla, pero cuando vuelve a fijar su mirada noto un pozo oscuro en sus ojos.

—Necesito que me dejes para poder olvidarte antes de que yo misma me niegue a hacerlo —escucho cada una de sus palabras con angustia, su voz es de total aflicción, siento que la estoy perdiendo.

—¡No! Me niego a dejarte, me niego hasta que tú te lo plantees.

—Es que no lo entiendes, no es una propuesta, es mi decisión, y solo yo soy dueña de tomarlas. No puedes obligarme a quererte...

Dicho eso mis manos caen como peso muerto por sus hombros, el silencio se hace entre nosotros y, después de varios minutos, mi cordura es la que habla, porque mi corazón quiere otra cosa.

—Tienes razón, Beatriz, no puedo obligarte a estar junto a mí —respiro para darme valor y no mostrarle mi voz quebrada—, lo único que sé es que te quiero. Te amo con toda mi alma..., esa mi verdad. Cometí un error al no pensar que algo estaba sucediendo, que tú no podías reaccionar así por nada.

Te defraudé. Pero estaba dispuesto a enmendar mi error cada uno de los días que me queden por vivir..., sin embargo, no puedo obligarte a estar a mi lado.

Otro tétrico silencio, más duro y extenso que el anterior, solo nuestras miradas se cruzan, nuestros cuerpos ni siquiera se tocan, cuando ya no puedo más, suelto el aire que tengo reprimido y, aunque me niego siempre a hacerlo, dejo que sea mi corazón el que habla:

—Jamás pensé que amaría a una mujer como te amo a ti, jamás pensé en volver a tener una oportunidad. Tú eras mi luz, ¿recuerdas? Aún me pregunto como pude ser tan imbécil, y en qué momento la rabia cegó mi cordura y me hizo cometer ese acto deleznable, te pido perdón, perdón por ser un cabrón que se deja llevar por un arrebato, te pido perdón por hacerte parte del caos que es mi vida, te pido perdón por tocarte esa primera vez en mi oficina, te pido perdón por todo lo hijo de puta que fui, que soy, y que seguramente seguiré siendo, porque a tu lado me sentía una mejor persona. Pero tienes razón, te perdí. Puedes irte, Beatriz.

No sé si es lo que esperaba escuchar, pero no dice nada, y estoy seguro que se está aguantando las ganas de llorar, porque yo me siento igual. Sus ojos tratan de decirme algo que no soy capaz de entender y sus labios sellados gritan por hablar.

—No te preocupes por María José, yo lo arreglaré.

—Ya no le tengo miedo —murmura en un hilo de voz—, ya sabes toda la verdad, y eso es lo único que importa.

Doy un paso hacia adelante y ella da uno hacia atrás.

—A mí sí me importa —intento sonar sensato y no gritarle que abra los ojos y se dé cuenta de lo que sucedió—: íbamos a comenzar una vida juntos. Los tres: Sofía, tú y yo. Una familia, tuya y mía, eso era lo único que quería, que mi vida girara en torno a las dos mujeres más importantes de mi vida.

—Mauricio... —gime, mi mano se va directo a su mejilla, la acaricio con suavidad, incluso contorneo sus labios—. No sigas...

—Por qué, si yo aún recuerdo tus labios sobre los míos, tu piel en mi piel, tu olor..., tu sabor y tus gemidos cada vez que hacíamos el amor —recito, con tanta suavidad, que se me erizan los vellos de la piel al recordar. No quiero esta distancia, me acerco muy despacio hasta quedar a escasos centímetros y,

como no obtengo negación, mis labios se pegan a los suyos. Enredo mis dedos en su pelo para que no se aparte, me cuesta respirar, pero no quiero dejarla, no quiero separarme, hasta que es ella quien lo hace.

—Te amo, Beatriz, no quiero vivir sin ti, olvida el pasado y comencemos un futuro nuevo, enséñame a vivir con esa luz que siempre he admirado de ti.

Nada, se separa de mí lentamente con el rostro contraído, me mira, por última vez, y se va.

No soy capaz de retenerla, no puedo, no debo, pero quiero. Y, cuando al fin me decido, camino al vestíbulo, pero me quedo de piedra cuando escucho cómo Claudia, que no es mi gran fan, le habla:

—Beatriz, estás segura de lo que estás haciendo...

—No le vas a decir nada —pregunta Paula histérica.

«¿Qué me tiene que decir?».

—No, y no voy a hablar de esto aquí, nos podemos ir por favor —ruega.

—Mauricio se merece saber la verdad, estás siendo cobarde.

—Estoy con Paula.

—Sí, pero es mi decisión, y a ustedes no les queda nada más que respetarla —les dice un tanto enojada.

—Sabes, Bea, hay que ser muy tonta para no valorar el lado cursi que tiene el idiota de Costabal, ese lado que solo a ti te entrega, sabiendo que es un cabrón redomado y el mismísimo diablo.

—Sé lo que hago.

—No sabes una mierda, eres una pendeja caprichosa que no quiere intentarlo de verdad.

No aguanto más, necesito saber qué mierda es lo que oculta Beatriz, pero justo cuando voy a dar un paso, Sofía me llama, llorando. Suspiro, no lo pienso dos veces y voy a socorrer a mi pequeña, que llora en mi pecho asustada por una pesadilla que acaba de tener.

Y mientras la tengo entre mis brazos, respirando su olor tranquilizador, escucho el cerrar de la puerta. Unos pasos se acercan, es mi madre que me dice que se va, se despiden solo con una seña.

—¿Quieres qué me quede? —pregunta Macarena cuando vuelvo al comedor.

Niego un par de veces.

—Esto es lo que tengo —le indico con la mano—. Sofía y yo, a eso tengo que acostumbrarme.

—Pero...

—Sin peros, Macarena, no valen la pena, ya lo intenté todo.

—¡Tiene que haber una solución!

—Por primera vez creo que las chicas tienen razón en algo.

—¿Las amigas de Beatriz?

Asiento positivamente.

—No quiere intentarlo, se rindió.

—No puedes hablar así, ella dio todo por ti.

—¿Y qué ganó? —sonríó melancólico—. ¿Algo?

—Por culpa de María José —gruñe como nunca la había visto antes—. ¡Tienes que hacer algo!

—Y lo voy a hacer, hermanita, aunque con eso se rompan todas las relaciones con la familia Rojas.

—¿Y no te importa?

—Por Beatriz, soy capaz de cualquier cosa.

—A nuestra madre no le va a gustar.

Me encojo de hombros.

—Ya va siendo hora de que se quite la venda con esa zorra.

—¡Mauricio!

—¿Qué?, una santa no es.

—Pero tampoco para insultarla.

Ahora sí que me río con ganas después de muchos días, sacando al diablo que llevo dormido dentro.

—¿Insultarla? No, hermanita, eso sería ser benevolente, si yo no soy feliz, ella tampoco lo será, y pagará de la misma manera que yo.

—Me das miedo. ¿Qué vas a hacer?

—No voy a quemar el pan en la puerta del horno, no seas curiosa. Y no, no es necesario que te quedes por mí, pero sí por ti —le digo dándole un abrazo fraternal—. Quítate la culpa por lo de Sofía, no hay mejor tía que tú en este mundo, y si te lo digo yo... es porque es verdad.

—Te quiero.

—Y yo, aunque no te lo diga nunca.

—No me importa, lo sé, al fin y al cabo a la única persona que recurres cuando estás en problemas es a mí, así que no hace falta que me lo digas para saber que soy todo para ti —se ríe, me besa, y se va a dormir. En tanto yo, termino de apagar las luces, me sirvo un vaso de whisky, me siento en penumbras y empiezo a urdir mi gran plan.

—Como lo voy a disfrutar, cuñadita —murmuro solo, celebrando de ante mano.

Tomo el teléfono y le dejo un mensaje de voz en WhatsApp:

“María José, siento no haber podido hablar antes contigo, pero se complicaron las cosas con Sofía, mañana te paso a buscar y nos vamos juntos al trabajo. Un beso, creo que tenemos que hablar”.

Dicho esto, aprieto enviar, y pienso que en realidad lo que quería decirle es que es una zorra de mierda, que me las va a pagar todas, que su maldito apodo de Calienta José lo lleva bien puesto, y que se merece todo y más sobre lo que le va a pasar. Conmigo no se juega, Cotetita. Conmigo no.

Al otro día, apenas veo a María José esperándome, el estómago se me retuerce. Pero la venganza se sirve en plato frío y éste me lo comeré congelado.

Cuando me ve, su sonrisa se ensancha. Ni siquiera le abro la puerta, nunca lo he hecho, y menos ahora. Se sienta, me da un beso que dura más de lo necesario y cruza las piernas de manera sexy. Sé lo que quiere, se lo doy.

—Hoy estás muy guapa.



—¿En serio? —pregunta un tanto asombrada.

—Por supuesto.

—Mauri, ¡qué feliz me hace saberlo! —chilla, dándome otro beso, pero esta vez, muevo la cara unos milímetros y alcanza la comisura de mis labios, sorprendiéndola. Para no quedarme corto, mi mano se sitúa en su pierna, acariciando en movimientos lentos de arriba abajo.

—Mauricio...

—No digas nada. Es hora de hacer las cosas bien.

—No sé... no sé qué decirte.

—María José —suspiro hastiado—, está claro que no tenemos nada que decirnos, somos adultos —le digo. Ambos nos miramos, demostrando que tenemos claro hacia dónde vamos o, al menos, lo que yo quiero que crea.

—¿Será solo sexo, Mauricio? ¿Acaso ya no queda nada de lo que sentimos alguna vez? Porque yo sigo...

—El sexo entre nosotros siempre fue increíble —la corto—, si estás de acuerdo, seguimos adelante.

—No hablo solo de sexo, hablo de nosotros.

—Esto es lo que puedo ofrecerte por el momento, María José —me encojo de hombros—, y si no quieres, lo dejamos como que nunca ha pasado nada.

—¡Quiero! Pero también quiero formar parte de ti, tener una relación, que incorporemos a...

—Qué quieres, María José, ¿follar o un cuento de hadas? Porque lo primero te lo puedo garantizar, lo segundo es una quimera.

—Un día lo tuvimos.

Así como si no viniera ningún auto detrás me detengo en medio de la calle, ni siquiera me orillo, y mucho menos me importa que el idiota de atrás tenga la mano pegada a la bocina.

—Está bien, te entiendo, puedes irte ahora —hablo bajo, para que no note mi rabia, ¿cómo pude estar cegado tantos años?—. ¿Te bajas?

Ella solo niega con la cabeza y, acto seguido, pasa la mano por mi

entrepuerta. Es como si no la sintiera, nada de nada reacciona en mi cuerpo.

—Acepto.

«¡Perfecto! No te soporto».

—Una cosa, si estás conmigo, no estás con nadie más.

—¡Por supuesto! —chilla, haciéndose la ofendida.

—María José, como diría mi hermana, no nos veamos la suerte entre gitanos, que no nos conocemos desde ayer.

—Entonces solo debes hacer bien tu trabajo —sonríe con picardía. Le respondo el gesto de igual manera.

Al llegar a la oficina, le pido que suba y le advierto que nadie debe enterarse. Ella acepta, incluso nos rozamos en los labios con la promesa de vernos esta noche.

Mi humor ahora no solo empeora, sino que además me recrimina la conciencia, pero el sabor de la victoria está a la vuelta de la esquina.

Lo primero que hago al llegar a mi piso, es mirar el puesto vacío de Beatriz. Esa es la primera herida de mi mañana. Justo cuando voy entrando a mi oficina, Carmen se pone de pie, atajándome.

—¿Que no ves que estoy apurado? —ladro. No puedo perder más tiempo.

—Señor Costabal, las chicas que están en recepción son las que don Agustín pre seleccionó para el puesto de contabilidad.

—Que lo vea RR.HH.

—Oh, la señora María José, las entrevistó ayer, solo falta su visto bueno.

—¿Señora? —me burlo, pero Carmen no lo entiende.

—Señorita, perdón, señor Costabal.

Le hago un gesto con la mano, porque me da igual y al fin entro a mi oficina, me siento, me desabrocho el primer botón de la camisa y respiro.

«¿Qué mierda tengo que hacer yo con esas postulantes?».

Ni dos segundos y el teléfono privado suena.

—¿Qué?

—Vaya, parece que no es un buen día, Mauricio.—Lanza don Agustín.

—No, no lo es, y menos con la cantidad de postulantes que elegiste para el cargo.

—Pero, hombre —oigo como se ríe por el otro lado—, la que se quedará con el puesto de Beatriz debes escogerla tú, esa no es mi área.

—Como Beatriz ninguna —se me sale, y un silencio se hace entre nosotros.

—Sobre eso, tengo una noticia.

Cierro los ojos, apretándome el puente de la nariz, ¿qué más por la mierda?, ¿qué más!

—Dime.

—Me llamaron de “Sur Latina Asociados”

—¿Y? no es nuestra competencia, ellos están en... —me detengo cuando caigo en cuenta—. ¿Qué tiene que ver esto con la señorita Andrade?

—Está postulando al puesto de analistas de riesgo. Alfonso Estuardo me llamó personalmente para saber sobre su trabajo y pedirme recomendaciones.

—¡No! —refuto golpeando la mesa.

—¿Cómo no? Ella es muy capaz, no es una mala persona, es una oportunidad única, ganaría el doble, su carrera se potenciaría y...

—“Sur Latina” está en el fin del mundo —ahogo el grito de verdadera intensidad que quiero dar.

—Hombre, está en Punta Arenas.

—Beatriz no puede irse.

—Lo siento, Mauricio, siempre hemos diferido de las capacidades de la señorita Andrade y, a pesar de su corta edad, yo la veo más que capacitada para ese cargo. Y le di las mejores recomendaciones que podía porque... —Desde ese punto dejo de escuchar y solo puedo pensar en que se va, ¡claro! Eso era lo que no me quería decir, por eso su urgencia. Niego vehementemente, eso no sucederá, y si tengo que ser yo quien le corte las alas hablando con el mismísimo Alfonso, lo haré. Vuelvo a reaccionar cuando escucho—. Así que ya sabes, quiero a la sucesora hoy mismo, te he notado

demasiado estresado últimamente, tal vez deberíamos ir nuevamente al cajón del Maipo.

—¡No! —vuelvo a decir, porque de solo escuchar esa palabra me acuerdo del instructor de pacotilla ese—. No están los tiempos para eso.

—Te das cuenta que estás estresado, todo es no.

—Tal vez, pero tengo algo que proponerte, y ya que dices que estoy negativo, esto nos podrá ayudar.

—Te escucho —dice en tono serio, poniéndose en la posición de hombre de negocios que es.

—Tengo una propuesta colectiva de seguros.

—Pero ya tenemos una, y es muy buena.

—Esta es mejor —lo corto—, y además me fío de ella.

—Mándamela para estudiarla con los abogados.

—No —vuelvo a negar y, al parecer, Agustín va a tener razón, estoy un poco negativo—, ya la revisé, todo está perfecto, solo quiero que me des la autorización para hacer una reunión mañana en el auditorio general, así la aseguradora puede informarle a toda la empresa.

—No sé por qué estás tan ansioso con este tema, solo espero que valga la pena, y que no tenga que ver con un par de piernas bonitas.

«Pienso un segundo en eso y la verdad, es que no lo sé, y si las he visto no me acuerdo».

—Valdrá la pena, Agustín. Te dejo, seguiré trabajando para encontrar a la asistente perfecta, hasta luego.

Al colgar, mi mente hace un remolino de preguntas, de ideas, de acciones, pero sobre todo de la verdad sobre Beatriz. No tengo más tiempo para perder. No puedo.

Saco mi celular y marco al último número que alguna vez pensé llamar.

—No puedo creer que haya salido de una reunión importante para atenderte justamente a ti.

—Para que veas, y no tengo tiempo para discutir, Francisca.

—Buenos días para ti también, Costabal.

—Tú no me los diste, estamos iguales.

—¿Qué quieres?

—¿Cuándo se va Beatriz?

—¡Que! —chilla malhumorada—, voy a matar a Paula.

—Ella no tiene nada que ver. ¿Cuándo? —la apremio.

—Pronto.

—Cuándo —gruño, creo que surge efecto porque al fin me da la respuesta que necesito, aunque no es la que quiero escuchar. Una semana, una maldita semana más y ya no estará.

—Si le dices una sola palabra de esto, te mato, Costabal, ¿me oyes?

—Necesito que vengas a mi oficina a las seis.

—¿Perdón?

—¿Quieres vengar a tu amiga?

—¡Por supuesto que sí!

—Entonces lo haremos a mi manera. Estarás aquí a las seis. ¿Sí o no?

—Sí —bufa enfadada—. Pero solo porque quiero vengar a Beatriz, porque con un hombre como tú, lo menos que se puede esperar es que le hagas justicia divina.

—Una cosa es hacer justicia y creerse Dios, que dudo que exista, pero lo que sí sé, es que la venganza se sirve fría y se paga en la tierra. Así que no me jodas, y no buques que te deje fuera de esto. Hasta las seis —le digo cortando el teléfono.

Marco a Carmen y le pido que llame a Raúl y que busque a Fabián, los necesito urgentemente aquí. Ella, solícita como siempre, sale rauda por mi cometido.

Por alguna extraña razón que desconozco y no me interesa averiguar, este hombre me mira con desconfianza.

—Dígame, señor Costabal.

—Afuera están las postulantes al cargo que está vacante, el que dejó Beatriz, entrevístalas y ve cuál sirve para el puesto.

—¿Yo?

—No hay nadie más aquí, Raúl.

—Pero...

—Raúl —suspiro profundo para darle valor—. Eres un excelente elemento en este departamento y no dudo de tus capacidades para hacer una buena elección.

—Gracias, señor —habla y me queda mirando, sé que me quiere decir algo, pero no lo hace y eso me molesta, ya no quiero ni un solo secreto más.

—¿Algo más?

—Bueno, eh..., no me gustaría que malinterprete mis palabras, pero, ¿habló con la jefa de RR.HH?

—¿Por qué? —lo interrogo para saber qué terreno estoy tocando.

—Porque me parece injusto lo que sucedió con Beatriz —espeta con rabia, eso me gusta, me sirve.

—Vuelve a las seis de la tarde y hablaremos.

Listo, dos de tres, ahora solo me queda esperar y, como siempre, con la fama que lo precede, toca la puerta con aires de galán de pacotilla, el último que me faltaba. Este hombre me habría caído bien si no hubiera querido tener algo con Beatriz, que es la única que no cayó en sus encantos, porque hasta Carmen le sonrío al pasar.

«¿Qué mierda le ven?».

—Me mandó llamar —pregunta, sentándose sin que yo lo invite—. Usted dirá, para qué soy bueno.

—Necesito dos cosas, que supongo tú puedes conseguir.

—Depende —me dice el muy creído—. ¿Me sirve?

Me acerco al escritorio y pongo ambos brazos sobre él, amedrentándolo.

—En esta empresa existe una regla, de no confraternización, cosa que tú has violado varias veces —recuerdo con malicia—, causa de despido. Y, por

otro lado, supongo que aspiras a ser el jefe de RR.HH., si no ¿para qué estarías aquí?

—Hablemos sin rodeos —agrega, adoptando una posición defensiva—. No soy el único que ha roto la regla de no confraternización.

—En efecto, pero yo ya no tengo nada que perder, en cambio, tú, sí, mucho que ganar. La decisión está en tus manos.

Ambos nos desafiamos por varios segundos, el que está sopesando la propuesta, es un hombre ambicioso.

—Además, Fabián, ¿no crees que tendrías más oportunidades económicas con un cargo más acorde a lo que tú buscas?

—Dígame una cosa, Costabal. ¿Esto es por Beatriz? ¿O por usted y su reputación implacable?

—Ese no es el punto.

—Para mí lo es.

—Tengo mis motivos.

—Ahí se equivoca, Costabal. Porque si sus motivos son diferentes a los míos, el caso es que lo único que nos puede unir depende de su respuesta.

«Maldito engreído que quiere saberlo todo».

—Lo sé —suspiro—, pero no me gusta que me obliguen.

—Claro, el implacable señor Costabal —repite.

—No vayas por ese camino, Fabián —anuncio poniéndome de pie—. Te respeto, pero la impulsividad no te llevará a nada...

—Dígame ya qué es lo que quiere —se apresura a hablar—. Y veré si me interesa. Sinceramente yo no necesito nada de usted, en cambio, creo al revés, sí.

—Has follado con María José más de una vez —le suelto muy tranquilo caminando hacia el vidrio—, y no solo con ella, con varias más. No eres el único cuya reputación lo precede —sonríe irónicamente—, pero ese no es el punto, ninguna de esas mujeres te ha interesado tanto como sí lo hace tu jefa. ¿O me equivoco?

—Continúe y acabemos con esto de una puta vez —gruñe, por el rabillo del ojo veo como empuña sus manos. Arde de rabia, su pecho sube y baja acompasado.

—Y bueno, ella solo te utiliza para su placer, porque verdaderamente con quien quiere estar es conmigo, ¿lo sabes, verdad?

—Sí —reconoce despacio.

—Entonces esta es tu oportunidad —respondo girándome violentamente—, a mí ella no me interesa en lo más mínimo, pero ahora ella cree que estamos juntos.

—¡Qué! —rabia, dolor y odio es lo que emanan sus palabras.

—Todo esto es una puta farsa, parte del plan en que tú me vas a ayudar. Todo tiene una razón... hasta tú para vengarte —comento con firmeza—, puedes vengarte de todo lo que ella te ha hecho sentir.

—No entiendo —pregunta desesperado—. ¡Y qué gana usted! ¿Qué se la entregue en bandeja?

—Escúchame bien —le digo, tomándolo por la solapa de la chaqueta, levantándolo con furia—. No me interesa en absoluto esa mujer, pero sí me interesa lo que hizo a Beatriz.

—Pero ahí está ella, ¡la perdonaste!

—¡Te estoy diciendo que me quiero vengar, y para eso te necesito a ti! Estás en esto sí o no. Y ni siquiera me vuelvas a preguntar qué mierda ganas tú.

—Esa —dice quitándome las manos—, es la respuesta que quería escuchar. Que es por Beatriz, por mi amiga y no por un hombre como usted que se enorgullece que le digan diablo.

Una risa sale desde lo más profundo de mí ser.

—¿Realmente crees que me interesa lo que los demás piensen de mí? Por favor, que ingenuo puedes ser, esa es la diferencia entre un hombre como tú y uno como yo.

—¿Cuál?

—Que yo no tengo nada, y lo que tenía lo perdí. Beatriz y las personas



como tú lo tienen todo, a mí me lo han quitado todo, pero esta vez sí tengo a una persona para cobrárselo. Antes no.

—¿Qué quiere que haga? —pregunta atónito. No se esperaba mi respuesta y, para bien o para mal, cambia su actitud.

—Como te dije anteriormente, dos cosas —me vuelvo a sentar más relajado—, primero, que te la folles hoy —. Él levanta una ceja—, y de preferencia en algún lugar donde haya una cámara. Eso no puede ser tan difícil para ti. Después de todo, ya lo has hecho antes.

—¿Y la segunda? —pregunta con soberbia, sabiendo que podrá hacer lo primero.

—Quiero las cámaras de seguridad del C.C.T.V en donde apareces follando con ella. Y...

—Y en las que aparece ella follando con otras personas, ¿verdad?

—Muy inteligente, Fabián —me mofó sorprendido—, pensé que no lo sabías.

—Me subestima, Costabal, no por nada la apodan Calienta José.

—Entonces, ¿me darás esos videos?

—Para eso —manifiesta ensanchando el pecho—, no soy el hombre indicado, pero sí sé quién lo es. Sígame —me pide, poniéndose de pie, esbozando esa sonrisa matadora de pacotilla.

No sé dónde vamos porque no me lo ha dicho. Bajamos al subterráneo y, cuando llegamos al estacionamiento, caminamos por un pasillo oscuro, hasta que aparece una puerta que jamás había visto. Toca un par de veces y nos abren.

El hombre que aparece me ve como si fuera a comérmelo.

—Luis —lo saluda Fabián con seriedad—, necesitamos hablar... en privado.

Entramos a una oficina llena de monitores y cables con lucecitas de diferentes colores. Alucino con lo que veo, es igual que en las películas.

—Él es el señor Costabal, gerente de “H.D.P Management Consulting GmbH”.

—Sí, sí, claro que sé quién es —tartamudea con sorpresa frente a mí, con un sentimiento de culpa que no se puede quitar.

—Bueno, él ya sabe lo de las cintas.

Su cara palidece en cosa de segundos, retrocede un par de pasos. Yo me acerco otros dos, amedrentándolo.

—Le juro que no fue mi intención causarle algún problema, pero la señorita...

Estiro la mano para que no siga hablando, no me interesa en lo más mínimo algo que ya puedo suponer.

«Vendido de mierda».

—Ya..., bueno, está bien —vuelve Fabián a tomar el mando—, la cosa es que ahora tú puedes revertir la situación.

—¿Perdón? —me adelanto como un toro—. ¿Revertir? No, de eso nada, harás lo que yo te diga o te denunciaré personalmente con tus supervisores y, como si con eso no me bastara, mis abogados harán el resto.

—Tengo familia... —murmura cagado de miedo—, mi mujer está embarazada de ocho meses.

—¿Pero eso no te impidió follar con la jefa de RR.HH.? —.El tipo abre los ojos y solo eso me basta para saber que la pulla que he lanzado es verdad, pero al parecer el que no lo sabía era Fabián, y eso lo deduzco por como lo está mirando ahora. Perfecto.

—Yo...

—Me das igual lo que pienses —lo corto—, necesito todas las cintas en donde María José Rojas aparezca en alguna situación embarazosa.

—Pero para eso necesito una orden directa de mis jefes...

—Luis, por favor, creo que eso no será necesario, estoy aquí para apelar a tu buena voluntad, amigo.

—Bueno, si tú lo dices, y estás seguro —espeta con un tono acusador que no sé de qué va—. Haré lo que me pidan.

—Qué buen vigilante eres —sonrió con cinismo—. Deberían ascenderte.

—Luis, ¿cuánto tiempo te demorarás en tenernos la información?

—No tienes tiempo, así que si tienes que dejar de lado todo lo que estás haciendo, lo haces. Necesito los archivos de grabación a las seis. Fabián vendrá por ellos.

—No necesito tanto tiempo —responde con altivez, sentándose frente a las pantallas, tecleando algo con rapidez y, como si fuera el amo de las cámaras, agrega—: Poniendo el rostro de la persona que se necesita ubicar, el programa nos da todas las imágenes.

—¡Mierda! Qué avanzado —suspiro, ahora sí que muy sorprendido—. ¿Y puedes agrandar la imagen?

—Sí —responde, dándole zoom a una imagen en donde se ve a la señorita en una posición bastante indecorosa.

—Perfecto, eso es lo que necesito, y fechado —miro de reojo a Fabián y continúo—, solo me interesa que a ella se le vea el rostro, el resto lo dejas borroso —ordeno, me doy media vuelta y salgo.

De inmediato Fabián aparece a mi lado.

—Esto la va a denigrar...

—¿Y qué hizo ella con Beatriz?

—Pero...

—Te lo dije, no hay clemencia.

—Mi trabajo ya está listo entonces.

—No.

—¿No?

—Esto es solo una de las cosas que tienes que hacer, la segunda te gustará —sonríó con malicia—, fóllate a tu jefecita hoy, de preferencia en la tarde y... te quedas con un pequeño recuerdo íntimo.

Abre los ojos, incrédulo.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no puedes?, ¿no eres capaz?

—Por supuesto que sí.

—Perfecto, ten cuidado, María José es inteligente, al principio estará reticente, pero supongo que la conoces bien para saber cómo caerá.

—Sé muy bien cómo hacer las cosas.

—Me alegro, porque aquí la única verdaderamente inocente es Beatriz, ha salido perjudicada gratuitamente. Quiero todo esto a las seis en mi oficina.

—Eso no, Costabal, no creo que sea la única inocente —niega con la cabeza—, las mujeres no alimentan de la nada su imaginación, y no creo que María José sea de ese tipo de personas. Si nunca has sido claro, por supuesto que alimenta una esperanza, y eso, como hombre, ya deberías saberlo. Las cosas como son.

Después de mirarlo por un rato, me voy pensando en lo que me acaba de decir, pero no voy a ser víctima de mis propios pensamientos o actitudes y mucho menos de los demonios de mi pasado.

Al menos, Raúl está haciendo bien su trabajo, está con una postulante haciéndole todo tipo de preguntas, debo reconocer que el tipo es eficiente.

—Carmen, necesito que mandes un correo a todo el personal de la empresa, sin excluir ni siquiera a la señora del aseo.

—Sí, señor. ¿Y qué debe decir?

—Que mañana a las dos de la tarde habrá una reunión extraordinaria, de carácter oficial, a la cual es imprescindible asistir.

—Pero..., es hora de almuerzo.

—¿Se lo repito? A las dos, ni un minuto más, ni uno menos. ¿Entendido?

Asiente positivamente. Y desde ese minuto en adelante el tiempo en el reloj se mueve demasiado lento. Tanto así que he repasado mi plan más de cien veces. Nada me puede salir mal.

## 8

*“Mejor reino en el infierno, que servir al cielo”*

Cabreado, llamo a la secretaria de Agustín para que coordine todo para mañana, y le ordeno que corrobore cada uno de los asistentes. Los quiero a todos ahí presentes.

Pasa un rato, y me llama para avisarme que todo el mundo confirmó, eso me arregla un poco el genio. Llamo al ejecutivo de mi banco, le hablo largo y tendido. Ahora más que nunca necesito ordenarme. No es fácil encontrar trabajo en estos tiempos, pero es el momento justo para comenzar de nuevo, iniciar un nuevo ciclo con una nueva oportunidad, concentrarme solo en lo positivo, conocerme a mí mismo, aprender a amar y evolucionar.

Una puerta nueva...

Un nuevo camino...

Una nueva meta...

Y un nuevo destino para emprender.

Me aprieto el puente de la nariz pensando en todo lo que vendrá, y no puedo evitar sentirme triste, esto no es un triunfo, no es una venganza, es una verdadera mierda. Beatriz se va... se va a pesar de todo lo que le he dicho. Quisiera encerrarla para siempre en mi casa y no dejarla escapar jamás, sí, eso es lo que de verdad deseo, pero no puedo, y no porque me importe el qué dirán, sino porque necesito comenzar otra vez, pero ahora de verdad.

Nervioso tamborileo los dedos unos segundos, hasta que haciendo algo

que jamás pensé hacer, escribo sobre un papel su nombre y lo encierro en un corazón. Cuan adolescente, lo beso y me lo meto al bolsillo.

Voy por un café para aplacar los nervios, me cruzo con ella, que sonriente y meneando las caderas llega hasta mí, y sí, sé que Fabián ha hecho lo que tenía que hacer.

Me da asco cuando se acerca. Como si fuera un sabueso, puedo oler su olor a sexo.

—¿Todo bien? —le pregunto con inquina.

—De maravilla, estaba concluyendo unos asuntos pendientes.

—Me alegro por ti.

—¿A dónde vas? —me toma del brazo a vista y paciencia de todos.

—Por un café.

—Te acompaño.

—No, te veo mañana, tengo mucho que hacer.

—Pero... yo pensé que nos iríamos juntos.

—Tengo una reunión a última hora, será larga, imposible de aplazar — afirmo, subo mi mano y pongo un mechón de pelo de ella hacia atrás, tiembla al solo contacto—, y mañana, debo dejar a Sofía en el colegio, pero quiero pedirte un favor.

—Claro, dime, dime, lo que quieras.

—Deseo que mañana me impresiones —comento recorriendo su cuerpo lascivamente, ella entiende perfectamente lo que quiero. Con un beso en la mejilla nos despedimos y a mí me da un escalofrío, pero ahora no es minuto para pensar en que estoy siendo un verdadero hdp, redomado como diría ella.

Después que me bebo el café, miro el ordenador, respondo correos atrasados, recibo informes e intento mantenerme ocupado. En otro momento ya los hubiera derivado, pero hoy no. Carmen me entrega varios documentos, se los firmo de inmediato y debo tener tan mala cara que incluso me pregunta si me duele la cabeza.

De pronto, y como si fuera la absoluta dueña del lugar, ingresa Francisca con sus aires de mujer superada. No viene sola, sino que con todo el club de

Lulú.

Durante unos instantes las fulmino. Amablemente le pido a Carmen que se retire, que puede irse a casa. Ella, confundida, se despide, topándose en la puerta con Raúl.

—Bueno, supongo que estamos todos reunidos —habla Claudia, sentándose en el sillón.

Me voy directo a mi asiento y siseo:

—No esperaba a tanta gente.

—¿Y tú qué crees?, ¿que vamos a dejar que la zorra de tu ex cuñada se salga con la suya? —vocifera Paula.

De pronto, una voz masculina, las sorprende a todas.

—Ya puede empezar la reunión, jefe.

«Jefe».

Al parecer, Paula, que es la más calladita, hace contacto de inmediato con él, meneo la cabeza, al final son un trío de locas.

—Señor Costabal —comienza el solícito de Raúl—, nos puede explicar en qué consiste su plan.

Ahora sí me levanto orgulloso por lo que he planeado. Le pregunto a Fabián si está todo en la cinta y, cuando con suficiencia me responde que todo y más, empiezo a contarles mi plan detalladamente. En un principio no lo entienden, es más, durante un momento Francisca lo encuentra macabro, y empieza con su retintín de la solidaridad de género y unas cuantas cosas más, pero Claudia la hace callar.

—¡Por la mierda, Mauricio! —chilla por primera vez, tuteándome, Fabián—, ¿tienes la puta idea de lo que va a suceder si haces eso?

—Sí —respondo con frialdad, encogiéndome de hombros—. Lo tengo claro.

—La va a arruinar —reprocha Raúl.

—Un poco —meneo la cabeza—, pero solo un poco.

—Cresta... —se acerca Francisca—, ¿sabía que no serías indulgente, pero

esto?

—No puedo ser indulgente, no soy Dios, y eso si es que existe uno.

—Ya...— ríe Claudia—, vas a destruirle la reputación, y esperas seguir trabajando aquí —hace un gesto indicando todo—, así tan tranquilo.

—No.

—¿Cómo no? —. Ahora es Raúl el que alza la voz.

—Como oyes, y eso es algo que no estoy dispuesto a hablar, menos con ustedes.

—Estás haciendo que el sacrificio de Beatriz no valga nada —gruñe bajito Francisca, a quien aún no termina de gustarle mi idea.

—Todo lo contrario, voy a dejar las cosas claras mostrando la verdad — afirmo sentándome—, nada más y nada menos.

—¡Manipularás la información!

Levanto la mano para acallarla, se supone que es su amiga.

—Error, nada es inventado, todo ha sucedido, incluso hasta yo estoy sorprendido, no esperaba encontrar tanto.

—Estuve toda la tarde reunido con el encargado —interrumpe Fabián haciéndose el lindo—, y lo he podido comprobar de primera fuente, María José, no es precisamente Sor Teresa de Los Andes.

—Pero Mauricio —vuelve a la carga Francisca.

—Fabián, enséñaselo —le ordeno para que le muestre la evidencia. No solo Francisca alucina, sino que todas las chicas, excepto Paula que mira de mala manera al portador del descubrimiento, y estoy seguro de que él se avergüenza.

—¡Hija de la san puta! —exclama la feminista al fin saliendo en defensa de quien debe—. Esa, sí es una zorra de tomo y lomo. Buena cuñadita te gastas, Costabal.

—Esto no me gusta nada —comenta Raúl—, pero para ser justo lo que le hizo a Bea fue espantoso, fue planeado con alevosía y fue una amenaza a toda regla.



—Por eso nos ocuparemos.

—¿Y qué dirá la familia, después de todo ella es...?

—Me ocuparé de eso —la corto a Claudia—, mi vida personal debe seguir siendo así, ya bastante tienen con lo que se ha develado.

—Está bien, vamos a darle con todo a esa mara...

—Paula —la detiene Claudia—, basta, no son necesarios más insultos.

Los miro a todos, uno por uno, entendiendo que ninguno se va a negar. Es un acuerdo tácito. Cada uno tiene un rol que ejecutar, y estoy seguro que lo harán a la perfección.

—Caballeros, eso es todo, pueden retirarse, mañana tenemos mucho que hacer. Fabián, mañana te entregaré la cinta.

—Claro como el agua, jefe.

Cuando los hombres se van, miro a las chicas con otra expresión.

—Sé y soy consciente de todo lo que les he dicho, y de lo que les he pedido, en especial a ti Francisca, pero aunque no lo vean así, creo que es justo.

—No sé una mierda si es justo o no, pero se lo merece, si se meten con una, se meten con todas. De eso se trata la amistad, ¿no? —manifiesta Claudia, mirando a las chicas, que afirman con rapidez. Todos los que estamos aquí, en este momento, en esta oficina, necesitamos de alguna u otra manera reafirmar lo que vamos a hacer. Porque sin duda, los hechos cambiarán el curso de muchas cosas, con todo lo que eso implica, para bien o para mal.

Después de unos segundos de silencio me atrevo a hablar.

—¿Nunca me iban a decir que Beatriz se marchaba? —las acuso.

—¡Paula! —grita Claudia, y ella con ojos de cordero degollado niega con la cabeza.

—No he dicho nada, aunque ganas no me faltaban.

—No lo entiendo, ¿cómo pueden dejar que se vaya?

—¡Cómo! —exclama Paula—. ¿Cómo? Yo te lo diré, es muy fácil, es más te lo sintetizo. Beatriz te entregó todo lo que podía, lo dio todo, luchó como

caballo de carrera con los ojos vendados, y se estrelló directo con la realidad, una que tú solito te encargaste de mostrarle. ¿Y ahora qué esperas? ¿Que se quede aquí? ¡Tiene la moral hecha mierda! ¡Está dolida! Y como si eso no bastara lleva la carga sobre sus hombros porque no es capaz de defraudar a sus papás. Por eso se va, se aleja de ti, porque los números son la carrera que ella eligió, por la que luchó, y por la que todavía le quedan como quince años que pagar. Y aquí, contigo, en este pseudo mundo —hace un gesto con los dedos—, siempre ibas a estar tú, pisoteándola, sacándole en cara que estudió en un instituto.

—¡No! Jamás se me ocurriría hacer una cosa así. ¡La amo!

—Tarde para darse cuenta, Mauricio —opina Claudia, mirándome con lástima—, yo soy la que menos quiere que se vaya, y menos al sur alejada de todo, pero la entiendo, y la admiro tremendamente por lo que está haciendo. Ella... ella, se sigue postergando por ti y por Sofia.

—¡Claudia! —la acallan al unísono.

—¡No! —reclama tajante—, es hora que vayas sabiendo todo de una puta vez. Beatriz no quiere intervenir en tu carrera, porque no quiere que tu hija lo vuelva a pasar mal, por eso se va, te deja, te suelta, o nunca has escuchado que si amas a un pájaro tienes que dejarlo volar.

—¡No quiero!

—Ya no depende de ti, Costabal. Respeta su postura, y por una vez en la vida, enalécete como hombre y no como un cabrón que solo piensa en él y solo en él, no seas egoísta.

—No quiero que se aleje de mí —pido, mirándolas fijamente—, encontraré la manera de arreglar las cosas, pero necesito tiempo para no perderla, ¡ayúdenme!

Claudia y Paula son las primeras en negarlo, en cambio, Francisca únicamente agacha la cabeza.

—Game over, Mauricio —sonríe Paula, aunque sé que no lo hace con malicia—, tuviste muchas oportunidades y las perdiste. Ahora a terminar lo que tenemos que hacer, ¿sí? —pregunta levantado las cejas aparentando calma después de todo lo que me soltó—. Ella estará bien y tú, con el tiempo, olvidarás. El tiempo cura todo.

—Eso no es así.

—Sí lo es, le pasa a todos, incluso tú pudiste olvidar a Soledad. ¿Quién te dice que no será así con Beatriz?

—No sabes de lo que hablas —aseguro con rabia—. Esto no puede acabar así.

—Ya lo creo que sí, Mauricio.

—Es hora de irnos —manifiesta Francisca, que ha estado extrañamente callada, las chicas le obedecen y al pasar por mi lado, me queda mirando un par de segundos, dándome ¿esperanzas? Ambos nos miramos a la cara, sabiendo de antemano quien ha sido el derrotado.

Cansado, agotado y, por sobre todo, abatido, llego al encierro de mi departamento. Me despido de mi madre que estaba cuidando a Sofía y me quedo completamente en silencio.

Veo a mi ángel dormir me da paz, pero esta vez creo que soy yo el que se la quitó. La veo y sonrío, está rodeada de gatos, que ahora lucen realmente diferentes, no hay ninguno que no tenga un adorno en el cuello, la cuidan como si fuera su salvadora, y lo es.

Me siento, tratando de encontrar un espacio, y uno de sus guardianes me muestra los dientes. Sofía apenas abre los ojos, me dice ¡papi! Estirando sus pequeños bracitos para que me acerque, y cuando lo hago me susurra al oído que no me enoje con sus amigos. Eso me llega directo como una estocada dura y certera al corazón.

Una cosa es ser un cabrón para el resto del mundo, otra muy diferente para mi pedacito de vida. He sido un tonto todos estos años, negándole cosas tan simples, cuando en su vida ha perdido cosas tan importantes. Y yo... yo siempre pensando en mí...

—Papi, ¿estás llorando?

La miro sin ser consciente de que tiene razón, mis ojos están acuosos. La vuelvo a abrazar con más fuerza, tanto que hasta me pide que la suelte un poco, que la estoy ahogando.

—Perdóname, Sofía, no he sabido ser un buen padre para ti.

—Papi, tú no eres perfecto, no sabes hacer trenzas, y... tus sopas no son

las más ricas del mundo, pero..., eres perfecto para mí, te adoro, y si tuviera que nacer de nuevo, te volvería a elegir como mi papá.

—Sofía —murmuro y ya es inevitable que sea visible mi llanto, lágrimas que ella limpia. Como si fuera una niña grande, me hace espacio en su cama, me cubre con la colcha rosada y me abraza fuerte, muy fuerte.

¿Quién diría que yo, Mauricio Costabal, estaría durmiendo en una cama llena de gatos?

Cómo nos cambia la vida, y eso solo lo hiciste tú, mi vida.

Tengo que recuperarte.

No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que un sonido proveniente de la puerta me saca de mi letargo, mientras camino a abrir quedo impresionado, ya puedo sentir su olor, mi corazón se acelera, y no necesito inspirar más profundo para saber que es ella. Al abrir la puerta su cuerpo, cuan torbellino, se pega al mío, creando ese nexo tan potente que siempre generamos alrededor del sexo, algo que es más que química, algo que realmente parece irreal, pero está aquí. La tomo por la cara para mirarla, no habla, solo cierra los ojos y me besa.

—¿Estás aquí...? —susurro incrédulo.

En respuesta solo recibo un salto y sus brazos me envuelven con tanta fuerza, que topo directo con la pared. En este momento no hay nada más que una necesidad potente del uno con el otro, una pasión interrumpida que reaparece con violencia para saciarnos a los dos, el tiempo, la espera, los engaños, los conflictos, nada existe en este momento, solo ella y yo.

Con una lasciva honestidad se quita la blusa, dejando completamente claras sus intenciones.

—¿Me quieres? —pregunto aún aturdido y sin vergüenza continuo—. ¿Quieres que te haga el amor, Beatriz?

Ella me mira fijamente sin contestarme, como diciendo: para qué preguntas si ya sabes la respuesta.

La cojo aún más fuerte y la dejo sobre el sillón arrancándole los pantalones de una vez por toda.

—Abre las piernas, voy a disfrutarte entera —comunico arrodillándome

frente a su sexo.

—Sí, hazlo —dice alguien desde atrás. Doy un salto y me vuelvo a mirar quién es.

—¿Qué? —me pregunta con sorna Beatriz—, ¿no quieres que esté con nosotros? Después de todo ya han estado juntos.

Niego con la cabeza dando dos pasos hacia atrás, pero esa voz vuelve a sonar hasta que incluso la puedo ver

—Si follaste conmigo, con mi hermana, y con Beatriz es justo que ahora lo hagamos los tres. ¿O no te gusta el sexo morboso y violento, esposo?

—¿Qué... qué? —tartamudeo viendo su rostro que ahora se transforma en el de Beatriz con una sonrisa de desprecio desdibujándose hacia la de María José, ambas se transforman en una sola, acercándose hasta mí, ¡tocándome!

—¡Papi, papi! —chilla Sofía zarandeándome por los hombros, doy un salto, saliendo rápidamente de la cama, estoy sudando como si hubiera corrido la maratón de Santiago. Al verla, siento pánico, pavor. Miro mi cuerpo y respiro tranquilo al ver que estoy completamente vestido. Mi niña me mira con terror abrazando a sus gatos.

—Ha... ha sido una pesadilla.

—Estabas asustado papi, por eso te desperté.

—Sí, sí..., soñaba con... animales —miento para tranquilizarla.

—¿Con una perra muy fea? —me pregunta extrañada bostezando y yo la miro sin entender nada—, dijiste, aléjate perra.

—Oh... —afirmo aturdido—, sí, una perra muy fea, ahora vuelve a dormir —le digo cariñosamente poniéndole los gatos encima, ella los acoge a todos, bosteza, y cierra sus ojos.

Aún agitado, me sirvo un whisky para quitarme el sueño tan vívido que acabo de tener. Acabo de pasar del deseo y la excitación, al miedo y la aflicción. Me estoy volviendo loco, ojalá tuviera una de esas pastillitas de la felicidad que toma mi hermana.

«Maldita seas, María José, que te cueles hasta en mis sueños más íntimos con Beatriz. ¡Y tú estás muerta Soledad!».

Suspiro y, sin saber cómo esta vez me quedo dormido en el sillón, no quiero acostarme, porque aunque sea un hombre plantado por los pies, no quiero volver a tener una pesadilla así en mi vida.

A la mañana siguiente me despierto sintiendo cada musculo de mi cuerpo, me duele todo, y la espalda me está matando.

Mi madre llega puntual como siempre, pero antes de que entre, salgo, me mira extrañada, tenemos la costumbre de tomar desayuno los tres juntos y luego llevar a Sofía al colegio, pero hoy es diferente.

El día está gris, incluso pequeñas gotas de agua se estrellan contra el parabrisas. Mi rumbo es claro, estoy decidido y convencido de todo lo que va a suceder hoy, desde mañana todo en todos los aspectos de mi vida cambiará, nada será como antes.

Me bajo, y solo por respetar este lugar, me estaciono donde corresponde. Veo a la única señora que está armando su puesto y me acerco a ella.

—¿Me puede decir cuál es la flor que más compran?

La señora octogenaria me sonríe amable, y ni siquiera le importa no tener completa su dentadura.

—Depende, es para manifestar: amor, dolor, arrepentimiento...

—Perdón —confieso—, es para pedir perdón.

Me vuelve a mirar, entra a una especie de bodega de metal y cuando sale no trae nada en las manos más que un papel, que me entrega junto a un lápiz.

—Después que le hable y le diga todo lo que le tiene que decir, escriba en este papel la palabra perdón, quémelo y esparza las cenizas que volaran por el viento hasta llegar al cielo.

Arrugo la frente incrédulo.

—Ya veo, no cree en el cielo ni en Dios, pero no importa, las cenizas volaran de todos modos.

—¿Y las flores?, si solo hay que escribir, ¿para que venden flores?

—Para que se vean bonitas las tumbas —sonríe de nuevo—. Las flores se marchitan, incluso hay personas que se las roban para ponerlas en otras tumbas. Hágame caso.

—Entonces deme un ramo para adornar.

—¿Y para qué?, si a usted no le gustan las flores.

—Pero...

—¿Le gustaría que le regalaran algo que no sea escogido con el corazón?

Tiene razón, es lo único que pienso, me despido de ella y voy al panteón, que está completamente desolado a esta hora. Nunca me había detenido a mirar las tumbas, unas más bonitas que otras, incluso estatuas adornan el lugar.

Cuando llego, abro la puerta y me quedo parado frente a la lápida que indica que Soledad descansa en paz.

—Bueno, últimamente te he visitado más que en estos años —confieso un poco incómodo, esta es una cripta familiar y hay más muertos enterrados—. Ante todo, quiero pedirte perdón por lo que hice y por lo que voy a hacer —tomo aire—. Nunca te lo conté porque no lo consideré necesario, pero creo que ahora lo es. Antes de conocerte, tuve una relación con tu hermana, nada importante, al menos para mí, pero... pero para ella al parecer lo fue. Durante todo el tiempo que estuvimos juntos jamás la miré con otros ojos. Siempre te respeté, incluso después de que te fuiste —suelto respirando profundo—. El punto es que conocí a una mujer que me hizo conocer el amor, un amor diferente al que vivimos juntos. Me siento estúpido contándotelo, pero creo que es necesario. No hay comparaciones, no hay maldad en lo que te digo, solo necesito que lo sepas. ¿Seguro te preguntarás por qué te confieso esto ahora? La razón es simple. Voy a arruinar la vida de tu hermana y supongo que las relaciones entre tu familia y la mía no quedarán muy bien. Pero créeme que es lo justo, y por eso te quiero pedir perdón, Soledad.

Cierro los ojos tratando de enfocarme en ella y de cómo sería su cara en este momento, no es un secreto que adoraba a su hermana, pero supongo que si todo lo ve, o eso dicen, sabrá también de lo que fue capaz y de lo que no me atrevo a vocalizar. Tomo el papel, escribo “perdón”, lo enciendo y espero que se queme lo más posible entre mis dedos hasta que lo suelto. Y tal como me dijo aquella anciana las cenizas comienzan a esparcirse por el rededor.

Después de varios minutos en que sigo hablándole en silencio me marchó, ya no hay vuelta atrás, y mi venganza va a comenzar.

Todo parece calmado en la oficina, bajan la cabeza cuando me ven, se nota

que mi humor es gélido y que estoy con ganas de buscar problemas. En realidad, sí, hoy soy el diablo y, como tal, voy a decidir por la vida de algunos.

Me siento en mi escritorio y escucho cómo Carmen me informa de algunas cosas, y de una reunión que tengo fijada para esta mañana, que es imposible de reemplazar.

Cuando termina veo que ya son las doce del día, solo faltan dos horas. Mi cerebro empieza a funcionar repasando paso a paso mi plan. Vuelvo a ver el correo que me mandó Fabián y compruebo que está perfecto, tal y como lo esperaba.

Cierro los ojos un momento y pienso en ella, que todo es por y para ella, hasta que de pronto me sobresalto

—¿Pensando en mí, Mauri?

—María José —exclamo casi sin ganas. Ambos nos miramos y puedo notar lo sexy que va. Rompo el contacto visual porque hoy, realmente, no la soporto.

—Mauri, he visto que la reunión será en el auditorio principal y a las dos de la tarde. Justo a esa hora no puedo...

—¿Perdón? —digo, controlando la irritación de mi voz— es una reunión programada.

—Sí, sí, pero justo tengo que ver un asunto ineludible.

—Lo siento —gruño cerrando los puños un par de veces—. Aquí el jefe soy yo, así que te presentarás a la reunión extraordinaria y me importa una mierda lo que tengas que hacer a esa hora.

—Está bien, Mauri, no te alteres —comenta, tragando saliva, nerviosa—, puedo cambiar mi reunión, pero... qué tal si tú me premias después, por el esfuerzo.

—Por supuesto —suelto, tragándome la rabia—. Después de la reunión seguro tendremos mucho que hablar.

Se va y con eso logro respirar en paz, mágicamente el maldito reloj avanza a toda prisa. Cuando faltan diez minutos para la hora pactada, todos comienzan a levantarse, nadie quiere llegar tarde. Entonces aparecen Fabián y Raúl para



informarme que todo está listo y dispuesto. Luego se van y me vuelvo a quedar solo. Al menos por un minuto, hasta que entran Francisca, Paula y Claudia.

—Estoy lista —habla Francisca con muchas carpetas en la mano.

—Gracias —le dedico una sonrisa a todas.

—Esto no es por ti.

—No tienes que jurármelo, Claudia, lo tengo claro.

—Perfecto, era solo para que lo tuvieras claro. Ah, Mauricio —habla Paula—, espero que después de hoy no tengamos que verte nunca más. Una por otra, Costabal.

—Lo sé —respondo con un gruñido irritado.

—Sabes que eres un verdadero cabrón por lo que vas a hacer.

—Lo tengo claro, Francisca. ¿Te arrepientes?

—Espero que no —manifiesta con verdad en sus palabras, a pesar de que puede ser la más dura, esa maldita solidaridad de género le impide estar feliz con esta venganza. Las demás no lo notan, pues tienen ansias, igual que yo, pero solo basta fijarse un poco detrás de la caparazón de la feminista para darse cuenta que en realidad es más angelical de lo quiere aparentar. Es mucho más romántica y creyente en las cosas del corazón que las demás, pero a kilómetros se le nota el temor a entregarse. Eso lo sé cómo hombre, pero sobre todo porque he llegado a conocerla un poco más en estos últimos días, y a pesar de que lo diga, no me odia, y eso... me tranquiliza más de lo que quiero aceptar.

## 9

*“¿Ángel o Demonio?...bueno, digamos que tengo una venganza que comenzar!”*

Al llegar a la sala de reuniones, ya están todos sentados murmurando entre sí. Al pasar por el costado, uno a uno se van quedando en silencio. Miro al directorio, solo los saludo con un movimiento de cabeza.

Agustín es el primero en dirigirse a todos, agradeciéndoles la asistencia, como si no fuera obligación. Habla un poco de los logros que últimamente hemos tenido, aplauden, después de todo, cada uno de nosotros es parte de este logro.

Luego, al fin, entra Francisca exponiendo su seguro colectivo, que la verdad me asombra, es bastante mejor que el otro, incluso Agustín lo aprueba de inmediato. Todos están atentos, y muy expectantes, y cuando termina, es mi turno de subir al estrado, en ningún momento dejo de mirarla, ella se relame los labios sin siquiera imaginarse lo que va a pasar.

Claudia y Paula que están al final, sonrían, expectantes con lo que sucederá, en cambio, Francisca mira por la ventana.

Y ya está, no hay vuelta atrás.

—Nos hemos reunido hoy para hablar de un tema muy especial, seguros de vida —ironizo mirando a Francisca, que me responde con una mueca de mala manera—. Los seguros de vida no se piensan, se toman, porque uno nunca sabe cuando llega el momento. Los siniestros siempre existen y, no me refiero a las situaciones de la vida, si no a las personas que habitan en el mundo. Sin ir más lejos, aquí. Todo los presentes conocemos la regla de no confraternización, y

por qué fue hecha, pero como toda en la vida, las reglas a veces se rompen. ¿O no María José? —pregunto delante de todos y ella sonrío, como si estuviera hablando de nuestra supuesta relación—. Además de esa regla, existe una aún más importante: la regla de oro, un código de honor que nos hace mejores personas, uno que voy a romper hoy, igual como lo hicieron conmigo —anuncio, haciéndole un gesto a Fabián, que apaga las luces y comienza a proyectar el video. La primera escena en aparecer es la grabada ayer, en donde sale él intimando con la jefa de RR.HH. Un barullo enorme se gesta en este momento, todo el mundo quiere dar su opinión, pero cuando aparecen otras imágenes con distintas personas se hace un silencio sepulcral y todas las miradas se dirigen hacia la culpable de todo mi dolor últimamente. Ella se pone de pie, camina hacia la salida y es detenida por Paula, que le dice que aún no.

Se encienden las luces y vuelvo a tomar el mando. Agustín me mira enfurecido, al igual como lo hace el directorio, nadie puede creer lo que ha sucedido. Nadie.

—Esto es una muestra de lo que nuestra querida jefa de recursos humanos realiza, misma regla con que extorsionó a una de sus compañeras, enseñándole los mismos videos, con la diferencia que en ellos aparecíamos Beatriz Andrade y yo.

Un “oh” estalla alrededor, y sé que la función ya se acabó. Bajo y Agustín es el primero en acercarse.

—Lo que has hecho no tiene nombre.

—Sí lo tiene, Agustín, se llama venganza. Y no te preocupes. Mi carta de renuncia está sobre tu escritorio. Gracias por los años y la oportunidad. Pero al igual que María José cometió un error, yo también, y créeme que también lo estoy pagando.

—¡Esto no era necesario!

—Quizás —digo sobrecogiéndome de hombros—, pero para mí sí lo era.

Nada más, ni media palabra cruzamos, no me detiene y con eso sé que todo se ha dado por terminado, ahora es Agustín quien sube al estrado e intenta calmar a los presentes.

Las chicas se abrazan al ver el nombre de su amiga vengado, están felices, excepto Francisca, que disimuladamente se limpia una lágrima.

En el pasillo les agradezco a todos, las beso en la mejilla y me despido. Esto ya se acabó.

—Espero que ahora cumplas tu palabra —me recuerda Paula—, aléjate de Beatriz y deja que se marche en paz.

El estómago se me revuelve, y el corazón se me aprieta, pero aun así soy capaz de afirmarle, se queda complacida y me da la mano, como si cerráramos un pacto.

Francisca, de pronto, se gira y camina decidida hacia mí.

—¿Sabes que siempre queda una opción, verdad?

—¿Cómo? —contesto confundido.

—A estas alturas ya deberías ser más inteligente, Costabal. Beatriz se marcha mañana, ya perdiste todo —me guiña un ojo cómplice—, no tengas miedo, juégatela por última vez.

Me da una palmadita en el hombro y me deja pensando, ¿que no tenga miedo?, estoy aterrado por perderla...

Pero... ¿y si tiene razón?

Despejo esa idea de la cabeza y camino dispuesto a aclarar todo de una vez por todas. Todo el piso está completamente desierto y debo reconocer que extrañaré este lugar.

Abro la puerta con cuidado.

—Sabía que vendrías —murmura, no me importa y sigo avanzando—. Esperaba que vinieras a dar tu última estocada, Mauricio —reconoce sin mirarme—, y estoy preparada —suspira—. Creo que me lo merezco, pero lo volvería a hacer, siempre estuve enamorada de ti —ríe como una loca—, intenté llenar el vacío que dejó Soledad, y no me importaba cómo, si era solo sexo no me importaba siempre y cuando después me abrazaras. Mi hermana era una soñadora, una mojegata incapaz de darte lo que nosotros teníamos, sexo puro y animal, pero la preferiste a ella, me apartaste. Cuando murió me acerqué a ti y a tu familia para que me vieras, incluso hablo hasta con tu madre, que es insufrible —se jacta—, estabas a punto de caer en mis brazos, hasta que llegó esa, una pendeja que ni siquiera sabía dónde estaba parada, con su fresca locura se llevó tu corazón. Y ahora... yo lo he perdido todo, me

dejaste expuesta ¿y sabes? No me importa, me dejó de importar cuando vi como la mirabas a los ojos y deseabas más de lo que pedías, incluso Sofia la quería —gruñe dándose la vuelta para mirarme, no hay una gota en sus ojos, solo existe el rencor—. Me cegó la rabia y vi la oportunidad de alejarla sin importarme el dolor que eso te causaría, porque eso me daba esperanzas. Esperanzas para que volvieras a mi lado, porque cuando me entregué a un crío hace más de diez años éramos pura pasión, así funcionamos, básicos, como animales buscando nuestro propio placer, porque así eras, ¿lo recuerdas? —cierra los ojos—, eras capaz de tanta pasión, de tanto. Pero no me amabas, así como tampoco amaste a mi hermana, y sabes por qué, porque somos diferentes, y así como amamos con intensidad, también lo hacemos cuando odiamos, eso lo aprendí de ti, Mauricio. Siempre haciendo tu voluntad, ¿y ahora? Nada, ni tu ni yo tenemos nada, pero eso me deja como vencedora a mí —dice irguiéndose sobre ella—, gané, aunque me acabas de arruinar, en un tiempo todo esto se olvidará, pero tú estás solo, ella no luchó por ti, se retiró.

—Esto es por... —respondo entre dientes.

Su risa retumba.

—Eso, míentete a ti mismo —aplaude—, ¿por Sofia?, ¿por ti! No cuñadito, esto es por ella, así sin más —recalca cada palabra con ponzoña, pero yo ya no la quiero escuchar, me voy dejándola sola sumida en una risa demoniaca que jamás pensé escuchar.

Al salir me encuentro con Fabián, ni siquiera sé porque está aquí, capaz y aún esa víbora le importa.

—Créeme que ella no se merece tu compasión.

—Lo sé.

—Entonces eres más estúpido de lo que pensé.

—No, todo lo contrario. La palabra en este caso es vulnerabilidad ligado de una oportunidad.

—No lo hagas —me atrevo a decirle tocándole el pecho—, lo único que vas a conseguir es infelicidad, y créeme que eso no es justo para nadie en la vida, el amor es otra cosa.

—¿Amor? —sonríe—. No hay amor sin sufrimiento, ni partidas ganadas sin apuestas.

—Haz lo que quieras —susurro—, lo único que te advierto es que lo pasarás mal, vamos, ahora entra por esa gran mujer, es toda tuya —digo y abro la puerta de par en par, lo que vemos es a María José de rodillas en el suelo, y lo primero que hace es descargar su furia arrojándole una corchetera.

A mí ya no me interesa lo que pase. Voy por última vez a mi oficina, tomo los papeles que ya dejé ordenados y me marcho. Afuera me encuentro con Carmen, que, sin pedírselo, me da un abrazo en agradecimiento. Raúl me da la mano y me desea suerte. Y así, después de tantos años de trabajo duro que entregué a esta empresa, me voy, tal cual como llegué, solo con mi cartera de clientes, esperando comenzar de nuevo.

Lo último que me unía a H.D.P Management Consulting GmbH era la tarjeta de autenticación y ya se la entregué al guardia que me mira extrañado.

No hay luz, la lluvia cae copiosamente, parece una tormenta. Un rayo atraviesa el cielo y recuerdo la primera vez que todo sucedió.

Y ahora sí sé dónde ir.

«Espero que tengas razón Francisca».

Me estaciono cerca de su departamento, deambulo por la calle, pero antes de llegar me detengo, desde aquí puedo ver a ese maldito conserje, parezco un gato enjaulado queriendo arañarlo, y como si alguien en el cielo existiera, ¡se va! No sé a dónde pero no me interesa, incluso me apresuro cuando un residente abre la puerta, le sonrío y me deja entrar sin problemas. La suerte está de mi lado. Sin perder un segundo más, subo, toco la puerta y digo.

—Beatriz, por favor, abre la puerta, sé que estás ahí.

—No tienes nada que hacer acá, Mauricio, márchate.

—Sí, tenemos que hablar. Me debes una disculpa.

—¡Qué! —gruñe—. ¡No te debo absolutamente nada! ¡Lárgate!

Esa era la reacción que esperaba, por un momento solo hay silencio entre los dos.

—Beatriz, abre o voy a tirar la puerta abajo.

—Ni se te ocurra, qué crees que es esto, ¡el cuento de los tres chanchitos!  
—grita, y sé que está pegada a la puerta—, si entras estarás invadiendo mi

privacidad, ¡y eso es acoso señor Costabal!

—Entonces abre, eres tú la que no me está dando alternativas

—Te dije que todo se acabó, te pedí que me dejaras. ¡¡Márchate!!

A pesar de sus gritos comienzo a forcejear con el pomo de la puerta al tiempo que intento empujarla. Pero para mí sorpresa, de pronto se abre y me encuentro con la mujer de mi vida.

—¿Cómo se te ocurre?! —me grita con los ojos muy abiertos—, voy a llamar a los Carabineros.

—Sabes tan bien como yo que no lo harás —entro, cierro la puerta y avanzo, quedamos a pocos centímetros de distancia, pero sin tocarnos.

—Lo haré.

—Si hubieras querido, ya los hubieras llamado, o al conserje —insto, pasándole mi teléfono celular—llámalos.

Ahora me mira ofendida.

—Si no te vas tú, perfecto, entonces me iré yo, pero no voy a estar en la misma habitación contigo, no sé lo que puedes hacer —me provoca y lo logra.

—Sabes que me arrepiento de ese momento, y no me digas que no confías en mí.

—¡No confío en ti!

—Mentirosa, si no confiaras no habrías estado ayudándome a encontrar a Sofía.

—Pues no confío en ti ahora —chilla.

Oteo rápidamente el lugar, que ya no desprende calidez, y veo varias maletas ordenadas, ella solo me mira.

—¿De verdad piensas irte y dejar atrás tu vida?, ¿eso es lo que en realidad quieres?

Beatriz aprieta la mandíbula y abre las aletas de la nariz como un toro a punto de atacar, al borde de las lágrimas.

—Sí —afirma con una falsa frialdad, sus labios que tiritan la traicionan—. En este minuto es lo único que quiero.

Su confesión me llega directo al pecho como un puñetazo duro y doloroso.

—Necesito irme y comenzar de nuevo —empieza a hablar con honestidad—, tampoco es fácil para mí, pero no voy a decepcionar a nadie, debo hacer las cosas bien. Quiero a Sofía, y no necesito ser madre para saberlo, pero si me quedo solo le voy a hacer daño, ella no me ve como a una amiga, ambos lo sabemos. Ella quiere y necesita algo más, y tú no puedes no darle esa estabilidad.

Abro los ojos de par en par, es como si hablara con la madurez en persona, me deja atónito, y eso hace que la admire aún más.

—Si la quieres, y sé que me quieres, ¿por qué te marchas? —sentencio—, nos das esperanza y luego nos abandonas.

—¡Eso no es así, Mauricio!

—Lo es, y lo único que puedo decirte es que siento todo lo que pasó, ya no sé cómo pedirte perdón —digo desesperado—. Si quieres irte con los pingüinos no voy a impedirlo, no voy a rogarte más.

Doy un paso más acercándome, sus ojos me miran intensamente, y por primera vez siento que se hace una grieta en su escudo.

—Por favor —murmura—, márchate y déjame ir.

Se gira, dándome la espalda, como si ya no le importara, me quedo de piedra buscando las palabras para que le lleguen al corazón, pero no las encuentro, se lo he dicho todo ya, lo único que sí sé, es que no voy a dejar de luchar. Sigiloso como los gatos que tanto le gustan me acerco, la tomo por la espalda y la obligo a mirarme.

—¿Qué... qué crees que haces? —suelta confundida.

—No voy a dejar que te marches.

—¿No? —pregunta con vacilación—, ¿y qué harás para impedirlo? —habla respirando agitadamente, e inexorablemente mis ojos se van a su pecho qué sube y baja como una montaña rusa—. Ni siquiera eres capaz de decirme por qué no quieres que me vaya —se lamenta—, ni siquiera eres capaz de...

Sin dejarla hablar, la sujeto por la nuca y la beso, devoro esos labios que me dicen que estoy en casa, y el hombre primitivo que vive en mí solo quiere desnudarla, quitarle la ropa y hacerla mía otra vez. Con amor.



Como si de una pluma se tratara, la tomo entre mis brazos y la llevo a la habitación, con cuidado la dejo sobre su cama y la vuelvo a besar.

—No sigas, no más por favor —gime sin convicción—, no me hagas esto ahora.

No la escucho, no puedo, le quito el pantalón jogger que lleva y sin contemplaciones arranco sus braguitas. Lo único para lo que tengo cabeza en este momento es para amarla. Acaricio cada centímetro de su cuerpo con la yema de mis dedos, vuelvo a besarla hasta que ambos nos quedamos sin aliento dejándola sin opción a negarse.

—Mauricio, no, ¡ahí no! —chilla cuando succiono con todas mis fuerzas su parte más íntima, y cuan gata suelta un aullido que es música para mis oídos. Mi lengua recorre tortuosamente cada rincón abultado de sus labios, succiono y saboreo con ganas, esto es un manjar de los dioses. Por un momento se tensa y al otro comienza a temblar.

—Dios... —jadea apretando los labios al tiempo que hunde aún más mi cabeza, y es ahí cuando aprovecho de introducir dos de mis dedos, está húmeda y eso me calienta aún más.

—Mierda —suelto perdiendo todo el control—, necesito sentirte, no puedo aguantar más, Beatriz —pido, compungido, atropellándome con mis propias palabras.

Ante mi pregunta, su respuesta es simple, desabrocha mis pantalones, se quita la blusa, abre las piernas y vuelve a tirarse sobre la cama.

—Eres mi perdición —afirmo más para mí que otra cosa.

Apego mi cuerpo al de ella, separo sus piernas, tomo mi erección con la mano, la froto contra su clítoris y al fin la penetro con lentitud, disfrutando del momento. Respiramos con dificultad y cuando llego hasta el fondo se me acaba la paciencia, ya no hay tregua que valga, mis movimientos son tan frenéticos como es mi beso. Sus manos se deslizan por mi espalda apretándome los glúteos.

—Estoy a punto —jadeo con toda sinceridad.

—Ni se te ocurra parar —me ordena acelerando sus movimientos de cadera, profundo, mucho más profundo de una forma totalmente descontrolada. Aprieto los dientes hasta que rechinan y cuando siento su temblor me dejo ir

completamente a su merced.

—Lo siento —digo, pero no tarda nada en encontrar la misma gloria que yo acabo de disfrutar en un espiral de espasmos que nos envuelven a los dos, destrozando cada pedazo de cordura a su paso.

Agotado me dejo caer contra su pecho, no quiero separarme, y claramente mi pene tampoco, a pesar de todo sigue duro dentro de Beatriz.

—Ha sido —murmuro buscando su boca—, increíble, mi vida, somos el uno para el otro..., no quiero parar nunca más.

Beatriz solo me dedica una tierna sonrisa y a pesar de que no dice nada, no me importa, solo me vale tenerla entre mis brazos.

—Eres perfecta —confieso, besando su cuello con claras intenciones de algo más.

—No hagas eso —dice sentándose a horcajadas sobre mí, dejando que la vea en todo su esplendor.

—Mauricio, mírame por favor —pide, encendiendo la luz del velador, afuera ya está completamente oscuro.

—Siempre te miro, mi vida —respondo, quitándole el pelo de la cara, ella me sostiene la mirada.

—Dime qué te dicen mis ojos.

—Me dicen que no quieres irte a vivir con los pingüinos —afirmo y una pequeña lágrima rueda por su mejilla— y también dicen que quieren que te vuelva a besar.

Sonríe de forma extraña hasta que susurra en forma seductora sobre mis labios.

—Ahora también lo quiere mi boca...

Y con esas palabras, luz encendida, mirándonos damos rienda suelta a nuestra pasión, que pasa por diferentes etapas, amor, locura, pasión, morbo, lujuria y así cansado, pero feliz, me duermo en su pecho mientras la escucho respirar.

## Epílogo

*“Se enamoró de mí, de mis demonios, de mis secretos. Y pudiendo elegir lo más lindo, decidió enamorarse de mi infierno”*

No sé cuántas horas pasan, hasta que estiro mi brazo buscando su calor, tanteo un par de veces y no la encuentro. Todo está en completo silencio. Mi corazón se acelera al tiempo que enciendo la luz.

—¡Beatriz! —grito, desencajado en la oscuridad. Me tropiezo con las sábanas y como puedo llego hasta el salón. Mi corazón simplemente se detiene, mis pulmones dejan de bombear aire y la sangre deja de circular por mis venas.

—¡Beatriz! —bramo a todo pulmón. Me desespero, paso la mano por mi pelo en reiteradas ocasiones, quiero gritar y destruir todo, pero extrañamente siento como me invade una calma que emana desde mi interior.

«Piensa imbécil, piensa», me digo a mí mismo.

Lo primero que hago es vestirme, bajo y comienzo a conducir, está amaneciendo y eso permite que las calles estén expeditas.

Marco un número que no se demora nada en atender.

—¿Mauricio? —pregunta asombrada, y no más que yo porque jamás me llama por mi nombre.

—Beatriz se fue.

—¡Qué! ¿¿Cómo qué se fue!? —pregunta histérica—, ¿no se suponía que la irías a buscar?, ¡por qué mierda no me hiciste caso, Costabal! —grita enajenada por el otro lado del teléfono.

—Lo hice, le dije todo, estuvimos juntos —revelo sin dar muchas explicaciones—, pero no sé en qué momento se fue.

—Por la puta, pendeja de mierda —regaña sola por teléfono—, es la reina de las burras, estoy segura que aún piensa que así te arreglará la vida. Dime, ¿te dijo algo?, trata de recordar, cualquier detalle.

«Y ahora que lo pregunta, sí, lo hizo».

Pego un volantazo con fuerzas y murmuro:

—¿Cómo pude ser tan idiota?

—Fácil, porque, o te funciona la cabeza de abajo o la de arriba, y ya me queda claro cuál usaste anoche.

«Tiene razón, pero se equivoca en algo, ayer solo pensé con el corazón».

—¿Qué hago ahora!

—¿Quieres que te responda de forma racional o irracional? —murmura.

—Quiero me respondas con tu corazón, Francisca, ¿qué te gustaría que sucediera si tú estuvieras en esta situación? —. La escucho suspirar y sorber por la nariz—, qué sería totalmente inesperado.

—Más... —susurra.

—Por favor sé clara, que tu “más” puede ser diferente al mío, y el mío ya es enorme.

—Solo existe un “más” capaz de cambiar el curso de la vida, idiota.

—Entonces mi “más” es igual que el tuyo —afirmo.

—Que te quede claro que mi “más” no es traerla a la fuerza y encerrarla de por vida en tu departamento.

—Mi “más” es un para toda la vida, hasta que la muerte nos separe —confieso acongojado.

—¡Csm! —silva cuan señorita que es.

—Dime qué ese también es tu “más”

—Sí, pero con estilo.

—Define estilo —la apremio, y así comienza a relatarme toda una película hollywoodense. Esto sí que es arriesgado, tanto como si lo puedo lograr, como si no.

—Sabes que para eso necesitaré tu ayuda, ¿verdad?

—Si no lo supiera, no te lo estaría diciendo, tú encárgate de Beatriz, y yo de todo lo demás.

—Gracias..., gracias, no sé cómo poder pagarte esto.

—Fácil, fácil, quiero escucharte cantar Girls Jst Wanna Have Fun de Cindy Lauper.

—¿Qué?!

—El himno de las feministas, Girls Jast Wanna Have Fun (damentalRights), a pleno pulmón y que todos escuchen ondeando sus pañoletas verdes.

—Me estás...

—Costabal...

—Lo haré, te prometo que lo haré.

Con eso mi corazón vuelve a palpar y mis neuronas reviven con más fuerza. Me dirijo directo a la carretera, la ruta más rápida para llegar al aeropuerto. La autopista está vacía, aprieto el acelerador a fondo y me concentro en mi tarea, hasta que varios minutos después suena mi celular.

—Dime, Francisca —respondo.

—No fue fácil, pero convencí a las chicas, creemos que ambos se merecen la oportunidad.

—Estás segura, ¿entonces me van a ayudar?

—Sí —responde un poco tensa, lo que me dice que tan seguras las demás no están, pero lo único me importa es su respuesta, no la de nadie más.

—Perfecto, entonces todo sigue de acuerdo a tu plan, encárgate de todo.

Suelto un poco el acelerador porque ya puedo divisar la entrada al aeropuerto, y en este momento lo menos que puedo hacer es estrellarme. Justo cuando voy pasando el p3rtico, un camión se cruza, freno en seco y descargo un sinfín de garabatos contra el chofer que ni siquiera me mira, haciendo gala del poder del más grande, y en este caso, su maldito camión lo es.

El celular otra vez.

—¿Qué quieres ahora, Francisca?

—¡Costabal! —grita—. Conseguí la hora de salida del bus, así te será más...

—¿Qué bus?! —bramo de vuelta, desacelerando otro poco.

—¿Cómo que qué bus?, el de Beatriz, imbécil.

—¿Se va en bus?

—¿Y en qué creías?, ¿volando? —se mofa por el otro lado, y al darse cuenta de mi silencio suelta—: No me digas que vas camino al aeropuerto.

—¡Por supuesto que sí! ¡A Punta Arenas son más de veinte horas! ¿Quién se va en bus?

Resopla como si fuera un toro y suelta:

—Una persona normal que decide irse de un día para otro al sur del mundo, que no aceptó la indemnización que le ofreció la zorra de tu cuñada, y un mujer que tiene demasiada dignidad para pedirle ayuda económica a sus amigas, ya bastante tiene la pobre con tener que mantener su departamento por dos meses por no dar aviso. ¿Quieres que siga?

¿En bus? Siento que una nebulosa cae sobre mí en este momento, más de cuarenta minutos perdidos y ningún retorno cerca. Estamos literalmente en puntos opuestos, ella va al Sur y yo al Norte. Intento respirar para no desesperarme, pero cuando veo el taco gigantesco pierdo la paciencia, la cordura me abandona y como si no compartiera la calle con nadie más mirando por el retrovisor pongo marcha atrás.

—¿Sigues ahí? —pregunta la que ahora parece mi conciencia.

—Aquí estoy, ocupado, retrocediendo.

—¡Qué! —suelta enfadada—. ¿Cómo retrocediendo?, ¿te quieres matar?

Pongo el teléfono en altavoz y así me concentro plenamente en la carretera.

—No, Francisca, sé lo que hago —respondo. La adrenalina va invadiendo mi sistema cuando estoy a punto de dar la vuelta en U.

No recibo uno, sino varios bocinazos y gritos, incluso una persona frena cuando me ve quedándose detenida en medio del tráfico, espero no le haya dado un ataque al corazón.

—Dime que estás bien...

—Por supuesto que sí, ¿quién crees que soy?

—Claramente Fittipaldi no eres —dice con pánico—, así que cuídate por favor, no hagas estupideces.

—Estúpido sería si no alcanzo ese maldito bus —respiro enfilando por fin hacia el sur, con el pie a fondo en el acelerador. Siento que el corazón se me va a salir de lo fuerte que late, me cuesta respirar, abro la ventana y algo de aire entra en mi interior. ¡Mierda! ¡Un bus! ¡Cuántos buses van por la carretera a esta hora? ¡Cientos!

—Costabal, desde acá escucho tu respiración, tranquilízate, la vas alcanzar. Concéntrate en la carretera —habla tan suave que me extraña—, el bus de Beatriz salió solo hace una hora, y van bastante más lento de lo que lo haces tú, seguro antes del peaje lo interceptas.

Suspiro, para ese peaje me quedan más de cien kilómetros, y es aquí donde necesito mi inteligencia matemática para calcular el tiempo y la distancia, una simple ecuación matemática que me indica que si mantengo esta velocidad podré alcanzarlos en casi la mitad del tiempo.

—¿Qué bus es?

—El único que va a Punta Arenas —se burla, pero no me molesto, es su humor.

—Francisca...

—Verde, es de color verde, y en la parte de adelante debe tener un cartel con el destino.

—Averíguame la patente —demando.

—¿Ya...? y te envió un café con tostadas, también.

—Solo.

—¿Solo qué?

—El café me gusta solo.

—Cabrón —gruñe cortando la llamada.

Para mi buena suerte, el tráfico es bastante expedito, y el pavimento ya se está secando, inspiro profundamente un par de veces hasta que mi estómago vuelve a estar normal. Sintiéndome bastante más seguro, agarro el volante con fuerza, miro para ambos lado y aprieto el pedal a todo lo que da, incluso siento el tirón de la presión.

El velocímetro está al tope, jamás había conducido así. Cuando voy encontrando vehículos delante de mí, los serpenteo con cuidado, cualquier maniobra mal hecha me puede costar la vida, vida que no tengo sin ella.

—Aquí tu genio de la carretera.

—¿Lo conseguiste? —pregunto adelantándome, y cuando me lo da lo guardo en mi memoria.

—No es que quiera ponerte presión ni mucho menos, pero podrías ir pensando en qué le dirás a Beatriz, puedes practicar conmigo —habla calmada, y sé que lo hace para tranquilizarme. Respiro y suelto:

—Espero que algún día encuentres a un hombre que te sepa valorar por sobre todas las cosas, que ame tu forma de ser y que sobre todo te siga en tus locuras, y recuerda que ese hombre especial no es el que te haga sentir diferente, sino aquel con quien puedas ser tú misma.

—Eso..., eso le dirás —murmura sorbeteando.

—No, eso te lo digo a ti, eso es lo que espero para ti.

—Mauricio... —vuelve a murmurar y esta vez sí que sé que está sorbiendo por la nariz.

—Y recuerda, el primer amor no siempre llegas en ese orden.

—Costabal, deja de perseguir a Beatriz y vente a mi casa —sonríe.

—Tarde, querida Francisca, mi corazón ya está tomado, solo espero que lo acepten.



—Yo también —suspira sinceramente—, y si no, te hago un espacio en mi vida.

Ambos nos reímos de manera catártica, esta mujer es de verdad increíble y de corazón espero que encuentre a ese ser especial. Nos mantenemos conectados sin hablar durante un buen rato.

—¿Por dónde vas? —me interroga calmada, ya es casi como que somos amigos de toda la vida, incluso le tengo cariño.

—Llegando al peaje, pero no hay ningún bus.

—Ojalá esté por Chimbarongo, así te compras un canasto de mimbre para ir a La Vega.

—Claro, toda la razón, ¿te compro uno también a ti?, así vamos juntos.

—Céntrate, Costabal, y deja de hablar tonteras.

—¡Mierda! —gruño entre dientes.

—¿Qué, qué pasa?

—Un accidente más adelante, el tráfico está lento.

—¡Perfecto! —aplaude del otro lado.

—¿Cómo qué perfecto?

—Por supuesto, seguro el bus también estará detenido, metete a la caletera.

—Estás loca, así perderé el bus.

—Por qué mierda los hombres creen que se las saben todas —suspira más para ella que otra cosa—, la caletera estará expedita, y si el bus está en el taco podrás alcanzarlo.

Pensándolo bien no es tan malo su raciocinio, y sin decirle nada me acerco hacia la izquierda para tomar la calle.

—Muy bien, Costabal, sigue así.

—¿Qué, eres bruja?

—A veces —responde con altivez—. Dime, ¿ves algo?

—¿Dijiste que el bus era verde?

—¡¡Sí!! ¿Lo ves?

—¡Claro! —chillo casi echándome una porra—. Veo uno y diez más detenidos más adelante.

—¡La patente! Ve los números.

—Eso hago —refunfuño, hasta que, de pronto, y como si algo en el cielo existiera, lo veo. Totalmente detenido. Freno en seco, incluso las ruedas rechinan.

—¿Lo encontraste?

No le respondo, no puedo, dejo el auto tirado. Cuando me bajo siento que las piernas me tiemblan y que cada paso que doy no avanzo. Si antes me faltaba el aire, ahora no tengo. Cuan atleta que no soy, salto la baranda hasta que llego al bus. Toco en reiteradas ocasiones y el imbécil del copiloto no atina a abrirme.

Le grito, golpeándole la ventana más fuerte hasta que, por fin abre la puerta y se asoma, no dejo que me pregunte nada, lo hago un lado para subir, pero es un palo de beisbol del conductor el que me detiene.

—O te bajas o te muelo a palos, ladrón.

Lo miro con la peor cara, ¿Qué se cree?

—¿Es usted tonto o se hace?, qué le voy a robar yo a usted, si ni siquiera maneja dinero, abra la puerta y déjeme buscar a mi mujer.

El hombre me mira igual de disgustado que antes, pero le hace una seña a su compañero y al fin me dejan pasar.

Camino por el pasillo buscándola y no la encuentro...

—Donde estás Beatriz —tartamudeo como idiota con la mirada fija en los pasajeros, hasta que me doy cuenta que el bus tiene otro piso. De dos en dos subo, y es tan fuerte el portazo que doy, que las dos personas de adelante llegan a dar un salto.

Cuando la veo, el miedo me invade, ella está leyendo sumida en las páginas de un libro, hasta que de pronto.

Nos miramos... y antes de que ella pueda decir algo me acerco rápidamente. Es la mujer más bonita que he visto en mi vida, sus labios son lo

primero en que me fijo.

—Quiero besarte —le digo sinceramente, pero ella no dice nada, creo que aún está en shock.

—Anoche... anoche nos besamos.

—Anoche me mentiste —le recrimino siendo observado por todos los pasajeros—. Huiste.

—Porque sabía que no me dejarías marchar, Mauricio, entiéndelo de una vez, esto se acabó.

—Esto no se ha acabado, vamos, bajemos y hablemos como la gente civilizada —le ordeno, pero es ella la que ahora parece enojada, y claro, el imbécil que está delante se gira y le pregunta:

—¿Estás bien, necesitas ayuda?

Pongo la mano en el respaldo del asiento y entre dientes siseo:

—No te metas porque este no es un asunto tuyo. ¿Te queda claro?

Beatriz abre la boca para defender a su supuesto caballero, pero, antes de que hable, la corto:

—Este es un problema entre tú y yo. Somos adultos —recalco—. Hablamos las cosas.

—Perfecto, señor Costabal, se lo digo bien claro entonces, quiero que me deje en paz —protesta—. Lo nuestro se acabó, quiero seguir con mi vida.

—¡Y por eso huyes!

—¡No huyo!

—¿Y qué es lo que estás haciendo?, te vas al extremo sur del país para no verme más porque no estás segura de tus propios sentimientos.

—Eso no es verdad —se defiende.

—¿No? ¿Es mentira acaso que te vas porque no puedes estar en la misma ciudad que yo? Porque no sabes cómo vas a reaccionar —la insto—. Porque le tienes miedo a tus propios sentimientos, por eso hace unas horas hicimos el amor, y fuiste una cobarde, yéndote en medio de la noche como un delincuente. Así que no voy a hacer lo que me pides porque no es lo que quieres de verdad,

mi vida.

—Deja de llamarme así, no soy tu vida, no soy nada, solo déjame en paz.

—No quiero y no lo voy a hacer. No te voy a perder.

—Por la mierda, Mauricio, por favor, ¡entiéndeme!

—¿Qué quieres que entienda?, que te vas para que yo tenga un futuro, que te vas por mí, porque no me quieres ver. No, mi vida, eso no lo voy a entender jamás. Sé que soy un hdp, el más grande del mundo si quieres, pero te amo y como soy un egoísta no te lo voy a permitir.

Sus ojos se ponen acuosos, y con eso sé que mis palabras le llegan al corazón, a ese corazón tan blindado que tiene ahora.

—Por favor...

—Por favor una mierda —gruño tomándola por la barbilla, necesito que nuestros ojos se conecten, necesito que sepa que la amo, que es mi vida—. Sé que ni un millón de palabras te traerán de vuelta, lo sé porque lo intenté, tampoco un millón de lágrimas, lo sé, porque ya las lloré. Por eso y porque no puedo dejarte ir te pido, te imploro aceptes ser mi mujer. Sé que después de lo de Soledad me volví un ser más egoísta, solo pensaba en mí y en mi bienestar, estaba mal, también estuve mal con Sofía. Pero apareciste tú iluminando mi vida, y todo cambió para mí. Eres todo lo que necesito para estar completo.

Beatriz no sabe qué decir, abre y cierra la boca un par de veces mientras todo el bus está murmurando, expectante igual que yo a que me dé una respuesta.

—Sé que lo que hice estuvo mal, me vengué de ti sin ser tú la culpable, no confié en ti y a veces te pedí más de lo que podías dar. Lo sé, sé también que soy cabrón, caprichoso y egoísta, incluso aburrido para una mujer de tu edad, que no estoy solo, pero te prometo que intentaré ser lo que tú necesitas. Si tú quieres tener gatos, tendremos a esos animales, incluso podemos alimentar a los que estén en situación de calle, por favor, Beatriz, acéptame.

Con eso siento que ya le he dicho todo, no tengo más palabras para convencerla. Se levanta de su asiento sin mirarme, pasa por mi lado rozándome hasta que se queda frente a mí.

—Antes que todo, sé que eres un cabrón y muchas otras cosas más, me

enamoré de ti cuando te conocí, y a pesar de que me advertiste que me ibas a hacer daño seguí ahí, por ti, Costabal, porque veo lo que hay dentro de tu corazón —argumenta, pegándose en el pecho—, pero no puedo permitir que quieras cambiar por mí, porque ya no serías el hombre del que me enamoré. Quiero que cambies, sí, algunas cosas, pero quiero que entiendas la más importante. No sé si eres o no aburrido porque a mí me encanta como eres conmigo, y ese pedacito de ti, también siento que es parte de mí, la quiero. Pero soy inmadura, no quiero hacerles daños, ni quiero fallarme a mí misma ni a mi familia, no quiero fallarle a nadie, y tampoco quiero dañar tu reputación.

Carraspeo para que se calle y murmuro:

—En lo de la reputación creo que llegaste tarde, está por los suelos, ya ni siquiera tengo trabajo.

—¡¡Que!! —chilla ahora de mal genio—. ¿Qué hiciste?

—Lo que debí haber hecho desde el principio.

—Mauricio...

—Eso no importa ahora —confieso tomándola por la cintura, cuando se deja y su cuerpo se pega al mío, la felicidad me inunda, mis labios se pegan a los de ella y arrasan vehementemente con su boca, saqueando todo lo que encuentro. Mía y solo mía, cuando nos separamos para respirar, entre medio de aplauso y vítores recuerdo a Francisca. Sin importarme nada, me arrodillo frente a ella y murmuro:

—Ser una pareja perfecta no significa que no tengamos problemas, sino saber que podemos superarlos juntos, por eso, mi vida, porque sé de lo que somos capaces, quiero que seas mi mujer. ¿Quieres casarte conmigo?

Ahora sí que todos estallan en aplausos, pero Beatriz se queda muda, ni una sola palabra emana de esos labios que acabo de besar.

—Sofía... —es lo único que dice.

—Ella va a ser la niña más feliz, mi vida.

—Entonces sí, señor Costabal, me quiero casar con usted —manifiesta lanzándose a mis brazos y ahora sí que siento que estoy completo.

Varios minutos después, el chofer literalmente nos hecha de su “máquina” como dice él. Retiramos su equipaje y de la mano sin soltarnos caminamos al

auto, cuando subimos volvemos a besarnos.

—Te amo.

—Yo más, Mauricio Costabal.

Solo una sonrisa y de las más genuinas sale de mi interior al mirarla, arranco el auto y sin dejar de acariciar su mano nos devolvemos a Santiago.

Beatriz dormita mientras termino de coordinar los últimos detalles con Francisca, que me ha llenado de emoticones el WhatsApp.

Cuando llegamos, la despierto con un beso en la frente y otro en los labios.

—Beatriz..., llegamos.

Desconcertada mira para todos lados sin entender absolutamente nada, frente a la puerta está la artífice de todo, que no espera a que reaccione para abrirle y sacarla casi de un tirón.

—Menos mal que recapacitaste, ¡pero el dolor de tu partida no te lo voy a perdonar nunca, Beatriz Andrade! ¿Cómo se te ocurre que podrías ir a vivir con los pingüinos si no soporta el frío? ¡Tonta!

Y cuando va a responder, Claudia se acerca, también con lágrimas en los ojos.

—Nosotras también somos parte de tu familia, y no nos puedes abandonar.

—Además —se interpone Paula—, a quién le voy a contar mis penas de amor, ¿qué otra loca más que tú para entenderme, Beatriz? Y sí, reconozco que no he perdonado a Costabal, pero sé que es el hombre para ti, y si tú estás bien, yo también lo estoy. Lo que sí debo reconocerle y darle las gracias porque fue el único capaz de hacerte recapacitar.

—¿¡Qué dices, Paula?! —exclama Francisca limpiándose una lágrima disimuladamente—, agradecerle nada, con su deber no más cumplía después del tremendo cagazo que se mandó.

Beatriz está consternada, no sabe qué decir o a quién hablarle primero, hasta que, abriéndose paso entre todos por entremedio de las piernas, aparece Soledad con su tan típico “miau”. Ambas se miran, y de verdad no lo puedo creer, yo, Mauricio Costabal, estoy tomando palco con la situación, se agacha, la toma y le pide perdón, la gata, como si la entendiera, se apeg a ella y le

ronronea al oído.

—Hija mía, no tenía el placer de conocer a este caballero —dice su madre, que es realmente igual a ella—, pero con todo lo que ha hecho, ya ha conquistado nuestro corazón.

—Y eso que no lo sabe todo —se le escapa a Francisca, y es Claudia la que le da un pellizco en el brazo para que no siga.

—Sí, hija, mereces ser feliz, este joven te quiere, te conozco, tú también lo quieres, no tengas miedo tesoro, cuando me casé con tu madre ella tenía veinte años y aquí estamos, juntos, porque nos amamos a pesar de que la vida no es fácil.

—Papá —lloriquea.

Entonces su padre toma su mano y me la entrega mirándome muy serio a los ojos.

—Tengo una escopeta y cartuchos listos para usar si es necesario.

Me quedo atónito, ¿qué le respondo? Pero claro, no podía faltar.

—Tío, menos mal que no lo conoció antes, o ya estaría preso.

—¡Francisca! —gritan las chicas.

Todos estamos muy emocionados, rodeándola como si fuéramos una escuadra militar romana, no hay ningún flanco abierto, y cuando siento que ya no puedo más, por mi lado aparece Sofía. Los ojos de Beatriz se abren y comienza a buscarme con la mirada. Sacudo los hombros y dejo que mi ángel hable:

—Si aceptas a mi papi, que ya sabemos cómo es... ¿me aceptarás también a mí que no soy tu hija de verdad?

Beatriz se agacha, poniéndose a su altura, la abraza y comienza a besarla por todos lados. La imagen que veo es increíble. Mis ojos se van al cielo, agradeciendo por todo lo que estoy viviendo.

—Sofía, no tienes que haber nacido de aquí —dice tocándose el vientre—, para ser mi hija. Si tú lo quieres, y me lo permites, yo voy a estar encantada de ser parte de ti.

—¡¡¡Siiiiiiiiiiiiiiii, quiero!!! —chilla y es mi niña la que ahora se lanza a sus

brazos con toda la fuerza que tiene—. ¿Y puedo decirte mamá?

¡Mierda! para esto sí que no estaba preparado, lágrimas que no puedo contener ruedan por mi mejilla, y un sentimiento que me ahoga se aloja en mi pecho. ¿Felicidad? Sí, por la mierda, ¡sí!

—Beatriz —salta mi hermana—, bienvenida a esta familia de locos, te aseguro que nunca te aburrirás, y si dejas de sacarle canas verdes al Grinch de mi hermano, no te lo perdonaré jamás, ¿me oyes?

—Palabra de honor —responde conmovida, pero se queda en silencio en cuanto ve a mi madre, que se acerca del brazo de mi padre.

—Beatriz —dice sorprendiéndonos a todos, incluso a mí—, jamás imaginé la magnitud de maldad que era capaz de albergar esa mujer. Y si aún es tiempo, me gustaría ofrecerte disculpas por mi comportamiento. Nunca he visto a mi hijo y a mi nieta más felices que cuando están contigo —le revela besándola en la mejilla, hasta que mi padre toma sus manos cubriéndolas con las de él y agrega:

—Gracias por hacer sonreír a mi hijo de nuevo.

—Si ya se acabaron los agradecimientos —carraspeo para quitarle tensión y emoción al momento, todos lloramos como si esto fuera un funeral, y es exactamente lo contrario—, tenemos cosas que hacer —anuncio tomando fuertemente la mano de Beatriz.

—Mauricio —me regaña enérgica la que será mi mujer.

—Mauricio nada. —La tomo de la mano, avanzamos un par de pasos y ella se detiene de pronto, mira el edificio y luego a mí.

—¿Qué..., qué es esto?

—Uf —bufa Francisca—, claramente una iglesia no es, porque Costabalito ya se casó con curita y todo, pero esto es de verdad —apunta—. El registro civil.

—¿¡Ahora!?

—Y cuanto más crees que voy a poder esperar para que seas mía de verdad y me tengas que obedecer —sonrío para molestar a todas las chicas del grupo.



—Papi —nos interrumpe Sofía—, las mujeres no tenemos que obedecerle a los hombres. Somos iguales.

—¡Esa es mi niña! —chilla Francisca tomándola en brazos, y con eso, sé que tendré una nueva feminista en la familia.

Increíble, todo esto es maravilloso, mi hija y mi mujer caminan junto a mí de la mano como una verdadera familia. Porque cuando salgamos, seremos la señora y señor Costabal.

\*\*\*\*\*

Después del almuerzo, de las felicitaciones y de todo lo que acontece en estos casos, literalmente me raptó a Beatriz, ya la compartí lo suficiente y la necesito solo para mí. Mientras vamos camino a nuestro destino nupcial, o en este caso al último piso del hotel donde sé que nadie nos va a molestar, le cuento un poco de mis planes a futuro, le comento que seré independiente, pero que no se preocupe, que saldremos adelante, ella se lanza a mis brazos y con esa luz que ilumina mi alma me dice que feliz será mi asistente, niego con la cabeza y le ofrezco ser mi socia. Otro motivo más celebrar, y quiero hacerlo ¡ya!

Tomando muy en serio su papel de la señora Costabal, es ella quien se registra, me toma de la mano y me lleva al ascensor. Encantado, obedezco, quiero que haga y deshaga conmigo cuantas veces quiera.

¡Csm! Me sale del alma cuando se para delante de mí y toma lo que ella misma ha declarado suyo, acariciándome.

En la habitación no me deja tomar la iniciativa, se desnuda lentamente, torturándome, como si ya no hubiera sufrido bastante, un botón, dos botones, ¡zaz! Afuera la maldita blusa, bienvenido esos senos que me vuelven loco de atar.

—Ahora que vamos a ser socios, quiero que me digas, señora Costabal, Mauricio.

—Como usted quiera, jefa —asiento, saboreándome lo que vendrá.

Muy concentrada siendo mi jefa, se sienta cruzando las piernas, y me

indica que le alcance unos papeles, cuando lo hago, vuelve a acariciarme en agradecimiento, y a continuación susurra:

—Adivina lo que quiero.

—¿Que te amarre y te haga el amor tan duro que mañana no te puedas levantar?

Ella niega con la cabeza y una sonrisa se le escapa.

—No, Mauricio —se relame los labios—, quiero un café con tres cucharadas de azúcar. ¡Ahora!

¿Y lo hago? ¡Por supuesto que lo hago! Eso y muchas cosas más...

**Fin.**

*Ghis, el sol es un recordatorio diario de que nosotros también podemos salir de la oscuridad. Que nosotros también podemos brillar con nuestra propia luz. Aquí, hoy mañana y siempre estaremos esperando ver tu resplandor, porque todos los días sale el sol.*



# Agradecimientos

El trabajo en equipo es el combustible que permite a la gente común lograr resultados sobresalientes, y justamente eso es lo que pueden ver en este libro que es producto de muchas oportunidades, y sobre todo de ustedes que semana a semana me alentaron a más.

Gracias por darme su tiempo, gracias por la paciencia, gracias por el cariño, gracias por poner su corazón y compartir sus emociones conmigo, y como siempre digo:

¡¡Sin lectoras, no habríamos escritoras!!

Y por eso, jamás podría olvidarme de todas las chicas de “Las letras de Conti” que más que un grupo somos amigas.

Y si hablamos de amigas, imposible dejar afuera a mi “equipazo” que son las que están siempre apoyándome.

Y podría decir también, gracias a la vida..., pero en este caso tiene nombre y apellido, gracias Ale Valle por confiar en mí y darme la oportunidad de escribir para tu proyecto.

Y no menos importe, a mi familia, el núcleo que me contiene siempre y me abren los brazos para refugiarme en ellos.

Y no crea que me olvido de usted señor Costabal, para usted, todo y más. Gracias por dejarme contar sus penas y alegrías, para mí, usted siempre será mi hdp favorito.

CONTI.

